

LA IDIOTA



ELIF BATUMAN



La idiota

ELIF BATUMAN

Traducción de
Marta Rebón



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@Literaturarandomhouse



@LitRandomHouse



@Litrandomhouse

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

«... pero lo característico de la ridícula edad por la que atravesaba yo –en modo alguno ingrata, sino muy fecunda– es la de que en ella no consultamos a la inteligencia y los menores atributos de las personas nos parecen formar parte indivisible de su personalidad. Totalmente rodeados de monstruos y dioses, apenas conocemos la calma. Casi no hay un gesto que hiciéramos entonces que no hayamos deseado más adelante poder abolir, pero lo que deberíamos, al contrario, lamentar es haber perdido la espontaneidad que nos movía a hacerlos. Más adelante vemos las cosas de forma más práctica, en coincidencia plena con el resto de la sociedad, pero la adolescencia es la única época en la que aprendemos algo.»

MARCEL PROUST,
En busca del tiempo perdido,
segunda parte del tomo II:
A la sombra de las muchachas en flor

PRIMERA PARTE

OTOÑO

Antes de ir a la universidad, no sabía lo que era el correo electrónico. Había oído hablar del email y sabía que, en cierto modo, «tendría» uno. «Estarás a la última —dijo la hermana de mi madre, que estaba casada con un informático— cuando envíes tus e... mails.» Recalcó la primera vocal e hizo una pausa antes de «mails».

Ese verano oí hablar cada vez más de los emails. «Todo está cambiando a una velocidad pasmosa —me comentó mi padre—. Hoy en el trabajo he estado navegando por la red. Estaba en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York y, un segundo después, en Anıtkabir.» Anıtkabir, el mausoleo de Atatürk, se encuentra en Ankara. No tenía ni idea de a qué se refería mi padre, pero sabía que era imposible que ese día hubiera estado en Ankara, así que no le hice caso.

El primer día de universidad me puse en la cola detrás de una mesita plegable y finalmente obtuve una dirección de correo electrónico y una contraseña temporal. La «dirección» contenía mi apellido, Karadağ, pero con todas las letras en minúscula y sin la ğ turca, que es muda. Ya desde muy pequeña había entendido que una g muda era algo gracioso. Cuando lo explicaba con tono hastiado —«La ğ es muda»—, a los demás les parecía muy divertido. No entendía, sin embargo, en qué sentido la dirección de correo electrónico era una dirección, o de qué cosa era una abreviatura.

—¿Y qué hacemos con esto? ¿Colgarnos? —pregunté mientras sostenía en alto el cable de Ethernet.

—Conéctalo a la toma de la pared —respondió la chica de detrás de la

mesita.

Aunque no tenía la menor idea de cómo funcionaba, me había figurado que el correo electrónico se parecería al fax y que se necesitaría una impresora. Pero no, nada de impresoras. Era otro mundo. Se accedía a él desde ciertos ordenadores que estaban repartidos por el paisaje cotidiano y cuya apariencia no se diferenciaba de los ordenadores normales. Siempre ahí, inalterable, con una configuración que nadie más podía ver, aparecía una resplandeciente lista de mensajes tanto de personas que conocías como de desconocidos, todos con la misma letra, como si se tratara de la caligrafía universal del pensamiento o del mundo. Algunos mensajes mantenían la forma epistolar tradicional, con sus «Querida» y «Un cordial saludo»; otros, de estilo telegráfico, completamente en minúscula y sin puntuación, parecían enviados directamente desde el cerebro de sus emisores. Y cada mensaje contenía el anterior, así que lo que escribías regresaba a ti: todas las palabras que lanzabas al exterior volvían. Era como si la historia de tu relación con los demás, la historia de la intersección de tu vida con otras vidas, se estuviera grabando y actualizando constantemente y se pudiera recuperar en cualquier momento.

Había que hacer muchas colas para recoger un montón de documentos impresos, sobre todo circulares informativas: cómo reaccionar ante un acoso sexual, cómo informar de un trastorno alimenticio, cómo solicitar préstamos estudiantiles. Te enseñaban un vídeo sobre un alumno recién licenciado que se había roto una pierna y no había podido devolver su crédito, lo cual demostraba que no había elaborado correctamente el presupuesto: de haberlo hecho bien, hubiese previsto una lesión incapacitante. El banco nadaba en la abundancia, a juzgar por las colas y los documentos impresos. Te regalaban un diccionario. El diccionario no incluía «ratatouille» ni «demonio de

Tasmania».

Mientras iba por la escalera hacia mi cuarto, oí un canturreo desafinado y el chancleteo de unas zapatillas de plástico. Mi nueva compañera de habitación, Hannah, estaba de pie sobre una silla pegando con cinta adhesiva sobre su escritorio un letrero en que se leía ESCRITORIO DE HANNA PARK, mientras tarareaba en tono monótono una canción de Blues Traveler que escuchaba en su reproductor de cedés portátil. Cuando entré, se dio la vuelta y se balanceó de un lado a otro haciendo una pantomima de sorpresa; luego saltó con estrépito al suelo y se quitó los auriculares.

—¿Te has planteado alguna vez el mimo como salida profesional? — pregunté.

—¿Mimo? No, querida, me temo que mis padres me enviaron a Harvard para que fuera cirujana, no mimo. —Se sonó ruidosamente la nariz—. ¡Eh, a mí mi banco no me ha regalado un diccionario!

—Ni siquiera aparece «demonio de Tasmania» —observé.

Me quitó el diccionario de las manos y se puso a hojearlo.

—Hay que ver, cuántas palabras.

Le dije que se lo podía quedar. Lo puso en la estantería al lado del diccionario que le habían dado en el instituto por ser la mejor alumna de su promoción.

—Hacen muy buena pareja —comentó.

Le pregunté si en su otro diccionario figuraba «demonio de Tasmania». Resultó que no.

—Ese tal demonio de Tasmania, ¿no es un personaje de dibujos animados? —preguntó con aire desconfiado.

Tomé mi otro diccionario y le enseñé la página en que no solo aparecía «demonio de Tasmania», sino también «lobo de Tasmania», con una fotografía de un lobezno que, un tanto compungido, miraba por encima de su hombro

izquierdo.

Hannah se arrimó a mí y miró fijamente la página. Luego echó un vistazo a derecha e izquierda y me susurró con vehemencia al oído:

—Esa música lleva todo el día sonando.

—¿Qué música?

—¡Chsss...! No te muevas.

Nos quedamos inmóviles. Una tenue y romántica música de cuerda salía de debajo de la puerta de Angela, nuestra otra compañera de habitación.

—Es la banda sonora de *Leyendas de pasión* —susurró Hannah—. No ha dejado de sonar durante toda la mañana, desde que me desperté. Está ahí con la puerta cerrada, escuchando la misma cinta una y otra vez. Llamé y le pedí que bajara el volumen, pero todavía se oye. Tuve que calarme los auriculares en las orejas para no oírla.

—No está tan fuerte —dije.

—Aun así, no es normal que se quede ahí sola todo el rato.

Angela había llegado el día anterior, a las siete de la mañana, a nuestro dormitorio triple de dos habitaciones y había ocupado la habitación individual, así que a Hannah y a mí nos tocaría compartir la de las literas. Cuando llegué por la tarde, me encontré a Hannah moviendo los muebles enfurecida, estornudando y despotricando contra Angela.

—¡Ni siquiera la he visto! —gritó Hannah debajo de su escritorio. De repente consiguió separar dos cosas de las que estaba tirando en direcciones opuestas y se golpeó la cabeza—. ¡AYYY! —chilló. Salió a gatas y señaló airadamente el escritorio de Angela—. ¿Ves esos libros? ¡Son falsos! —Cogió lo que parecía una pila de cuatro volúmenes encuadernados en cuero, uno con LA SANTA BIBLIA impreso en el lomo, lo agitó ante mi cara y volvió a dejarlo caer sobre la mesa. Era una caja de madera—. ¿Qué hay ahí dentro? —Golpeó la Biblia con los nudillos—. ¿Su último testamento?

—Hannah, por favor, trata bien las cosas de los demás —dijo una voz suave, y entonces vi a dos pequeños coreanos, claramente los padres de Hannah, sentados junto a la ventana.

Entró Angela. Era una chica negra de semblante dulce y llevaba una chaqueta y una mochila, ambas con el logo de Harvard. Hannah se encaró inmediatamente con ella acerca de la habitación individual.

—Mmm... sí —contestó Angela—. Llegué muy temprano y tenía muchas maletas.

—Sí, ya he visto las maletas —replicó Hannah.

Abrió de un empujón la puerta del cuarto de Angela. En la diminuta ventana había colgado, a modo de decoración, un trapo amarillento y una guirnalda de rosas de tela. En la oscuridad se recortaban cuatro o cinco maletas del tamaño de un ser humano.

Propuse que cada una de nosotras dispusiera de la habitación individual un tercio del año y que Angela fuera la primera. La madre de esta entró arrastrando otra maleta. Se detuvo en el umbral del cuarto de Angela y dijo:

—Bueno, menos da una piedra.

El padre de Hannah se levantó y sacó una cámara.

—¡Primeras compañeras de habitación en la universidad! ¡Una relación importante!

Nos tomó varias fotografías a Hannah y a mí, pero ninguna a Angela.

Hannah compró un frigorífico para la zona común. Me ofreció utilizarlo si yo también compraba algo para el cuarto, como un póster, por ejemplo. Le pregunté qué clase de póster tenía en mente.

—Uno psicodélico —respondió.

Como yo no sabía qué era un póster psicodélico, me enseñó su cuaderno

psicodélico. En la cubierta había una espiral fluorescente, que parecía estampada al estilo *tie-dye*, alrededor de la cual caminaban unos lagartos morados que acababan desapareciendo en el centro.

—¿Y si no tienen? —pregunté.

—Entonces una foto de Albert Einstein —dijo con aire resuelto, como si fuera la opción lógica.

—¿De Albert Einstein?

—Sí, uno de esos retratos en blanco y negro. Ya sabes: Einstein.

Resultó que la librería del campus estaba muy bien surtida de pósters de Albert Einstein. Había un Einstein junto a una pizarra, un Einstein en un coche, un Einstein sacando la lengua, un Einstein fumando en pipa. No entendí del todo por qué teníamos que tener un retrato suyo en la pared. Pero era mejor que comprarme mi propio frigorífico.

A mi modo de ver, el póster que escogí no era mejor ni peor que los otros de Einstein que había visto en la tienda, pero a Hannah pareció no gustarle.

—Mmm... —masculló—. Creo que allí quedará bien.

Señaló un lugar sobre mi estantería.

—Pero ahí tú no lo verás.

—No pasa nada. Queda mejor allí.

A partir de ese día, todo aquel que pasara por nuestra habitación —vecinos que venían a pedir algo, el personal informático de la residencia, candidatos al consejo estudiantil, todo tipo de personas para quienes mis pequeños entusiasmos deberían haber sido una fuente de poca o nula preocupación— hacía todo lo posible para disuadirme de mi gran admiración por Albert Einstein. Einstein había inventado la bomba atómica, maltratado a perros y desatendido a sus hijos.

—Ha habido genios mucho mayores que Einstein —me dijo un estudiante búlgaro de primer año que había venido a pedirme prestado mi ejemplar de *El*

doble, de Dostoievski—. Alfred Nobel odiaba las matemáticas y nunca concedió su premio a ningún matemático. Había muchos otros que se lo merecían antes que él.

—Oh. —Le di el libro—. Bueno, nos vemos.

—Gracias —dijo sin apartar la vista del póster—. Este hombre pega a su mujer, la obliga a resolver sus problemas matemáticos, a hacer el trabajo sucio, y no le da el crédito que se merece. Y vas tú y pones su foto en la pared.

—Mira, no me metas en esto —respondí—. En realidad, el póster no es mío. No es tan fácil como parece.

No me hizo caso.

—En este país Einstein es sinónimo de genio, mientras que hay genios mucho más grandes a los que nadie conoce. ¿Por qué? Me gustaría saberlo.

Suspiré.

—Quizá sea porque realmente él es el mejor y ni siquiera los envidiosos más calumniosos pueden negar que es toda una estrella —solté—. Según Nietzsche, un genio de semejante talla tiene derecho incluso a pegar a su esposa.

Con eso le cerré el pico. Cuando se fue, pensé en quitar el póster. Quería ser valiente y no dejarme intimidar por las estúpidas opiniones de los demás. Pero ¿qué era más estúpido: pensar que Einstein era tan genial o pensar que era lo peor? Al final, dejé el póster donde estaba.

Hannah roncaba. Todos los objetos de la habitación que no eran de madera maciza —los cristales de las ventanas, los listones de la cama, los muelles del colchón y mi caja torácica— vibraban con ella. Despertarla, o hacer que se diese la vuelta, no servía de nada. Un minuto más tarde volvía a empezar. Si ella dormía, yo, por definición, estaba despierta, y viceversa.

Le expliqué a Hannah que sufría de apnea obstructiva del sueño, lo cual privaba de oxígeno a sus neuronas y comprometía sus posibilidades de que la admitieran en una de las diez mejores facultades de medicina. Fue al centro médico del campus y volvió con una caja de tiras adhesivas que, ajustadas en la nariz, prevenían los ronquidos. En la fotografía de la caja se veía a un hombre y a una mujer con la mirada perdida a lo lejos, los dos con la tira de plástico en la nariz, mientras la brisa alborotaba el pelo de la mujer.

Hannah levantó la nariz hacia arriba y yo le apliqué la tira con los pulgares. Su carita parecía la de una muñeca, y sentí un arrebató de ternura hacia ella. Luego se puso a gritar por alguna razón y el sentimiento se desvaneció. Las tiras nasales realmente funcionaban, pero a Hannah le producían dolores de cabeza sinusales, así que dejó de utilizarlas.

En los largos días que se extendían entre noches aún más largas, iba dando bandazos de un aula a otra para presentarme a pruebas de aptitud. Tenías que meterte en un sótano a escribir redacciones sobre si era mejor tener un saber enciclopédico como los renacentistas o ser un especialista. Hicimos un test de razonamiento cuantitativo repleto de ejercicios textuales de tono melancólico —«El diagrama muestra el desarrollo teórico de la masa expresada en gramos de un pollo campero desde su nacimiento hasta las ochenta semanas de edad»—, y cada tarde se celebraba alguna reunión importante en la que, sentada en el suelo, te enterabas de que ahora eras un pez diminuto en un mar inmenso y te instaban a que vieras esa circunstancia como un reto estimulante en lugar de como un motivo de preocupación. Traté de no darle demasiada importancia a lo del pez, pero, aun así, al cabo de un rato empecé a deprimirme. Era difícil sentirse alegre cuando alguien te decía una y otra vez que eras un pez diminuto en un mar inmenso.

Mi tutora académica, Carol, tenía acento británico y trabajaba en la Oficina de Tecnología de la Información. Veinte años antes, en la década de 1970, había obtenido un máster en nórdico antiguo en Harvard. Yo sabía que la Oficina de Tecnología de la Información era donde cada mes se pagaba la factura del teléfono. Aparte de eso, su campo de acción era un enigma. ¿Qué tenía que ver con eso el nórdico antiguo? En cuanto a su trabajo, Carol se limitaba a decir: «Lo mismo valgo para un roto que para un descosido».

Hannah y yo pillamos un resfriado horrible. Nos turnábamos para comprar medicinas que nos atizábamos en vasitos de plástico, como si fueran chupitos.

Cuando llegó el momento de escoger las asignaturas, todos decían que era muy importante matricularse en los seminarios para estudiantes de primer curso; de lo contrario, podían pasar años antes de tener la oportunidad de trabajar con profesores de renombre. Solicité inscribirme en tres seminarios de literatura y me llamaron para una entrevista. Me presenté en la última planta de un gélido edificio blanco, donde tirité durante veinte minutos en un sofá de cuero debajo de un tragaluz mientras me preguntaba si no me habría equivocado de sitio. Sobre la mesita había unas extrañas publicaciones. Fue la primera vez que vi el *Times Literary Supplement*. Y no entendí nada del *Times Literary Supplement*.

Se abrió una puerta y el profesor me invitó a entrar. Me tendió la mano: una mano enorme pegada a una muñeca increíblemente delgada y pálida, que parecía aún más empequeñecida por un gigantesco abrigo.

—No debería darle la mano —advertí—. Estoy resfriada.

Luego tuve un violento ataque de estornudos. El profesor pareció sobresaltarse, pero se recobró enseguida.

—*Gesundheit* —dijo con cortesía—. Siento que no se encuentre bien. Los

primeros días de universidad pueden ser duros para el sistema inmunológico.

—Pues lo estoy aprendiendo al pie de la letra —respondí.

—Bueno, por eso está aquí —contestó—. ¡Para aprender! ¡Ja, ja!

—¡Ja, ja!

—Bueno, al grano. Por su solicitud, deduzco que tiene una gran inventiva. Disfruté de lo creativa que era la redacción que adjuntó. Lo único que me preocupa es que entienda que este seminario es un curso académico, no de escritura creativa.

—Sí, claro —dije asintiendo con energía mientras trataba de determinar si alguno de los rectángulos que veía con el rabillo del ojo era una caja de pañuelos.

Por desgracia, solo había libros. El profesor hablaba de las diferencias entre la escritura creativa y la académica, mientras yo seguía asintiendo. Pensaba en las similitudes estructurales entre una caja de pañuelos y un libro: ambos se componen de hojas de papel blanco dentro de una estructura de cartón; sin embargo, y esto era paradójico, tenían muy pocas similitudes prácticas, sobre todo si el libro no te pertenecía. Este era el tipo de cosas en las que pensaba todo el rato, aunque no eran agradables ni útiles. En realidad, no tenía ni idea de en qué debía pensar.

—¿Cree que sería capaz de pasarse dos horas leyendo el mismo pasaje, la misma frase o incluso la misma palabra? ¿O bien lo encontraría tedioso o aburrido? —siguió preguntando el profesor.

Como mi capacidad para pasarme horas contemplando una sola palabra muy pocas veces había sido alentada en el pasado, fingí tener que pensarlo.

—No —respondí al fin.

El profesor asintió mientras fruncía el ceño, pensativo, y entornaba los ojos. Entendí con desazón que esperaba que continuase hablando.

—A mí me gustan las palabras —expliqué—. No me parecen aburridas.

Luego estornudé cinco veces de un tirón.

No me admitieron. Solo me llamaron para otra entrevista, para el curso de Aspectos Formales del Cine de No Ficción, un seminario en el que me había inscrito porque mi madre, que siempre había querido ser actriz, había asistido recientemente a un curso de guion y ahora quería filmar un documental sobre la vida de los licenciados en medicina extranjeros en Estados Unidos: aquellos que no habían obtenido la licencia para ejercer y que acababan conduciendo taxis o trabajando en farmacias, y aquellos que, como mi madre, sí la obtuvieron y trabajaban como investigadores en institutos de segunda, donde con regularidad los desbancaban exalumnos de la Johns Hopkins y de Harvard. Mi madre había expresado a menudo la esperanza y la convicción de que yo la ayudaría a hacer ese documental.

El profesor de cine estaba aún más resfriado que yo. Me pareció mágico, como un regalo caído del cielo. Estábamos en un sótano lleno de pantallas azules parpadeantes. Le hablé de mi madre, mientras los dos estornudábamos sin cesar. Fue el único seminario de primer año en el que me admitieron.

Fui a la cafetería del centro de estudiantes para comprar una Coca-Cola light. El chico que estaba en la cola delante de mí tardaba una eternidad en pedir. Al principio quería un té helado, pero no les quedaba.

—Y limonada, ¿tenéis? —preguntó.

—Tengo en lata y en botella.

—¿Es la misma marca en lata que en botella?

—La de botella es Snapple. La de lata es... mmm... Country Time.

—Entonces dame una botella de limonada y un trozo de pastel de manzana, por favor.

—El de manzana se nos ha acabado. Me quedan de queso y de frambuesas.

—Oh. ¿Tenéis patatas al horno?

—¿Quieres decir patatas que no estén fritas?

Era la conversación más aburrida del mundo, pero por algún motivo no podía dejar de escucharla. Siguió así hasta que el tipo finalmente pagó su botella de limonada Snapple y el muffin de arándanos y se dio la vuelta para irse.

—Perdona por haber tardado tanto —dijo.

Era realmente atractivo.

—No pasa nada —respondí.

Sonrió, hizo amago de irse, pero dudó.

—¿Selin?

—¡Ralph! —exclamé al darme cuenta de que era un chico al que conocía.

Ralph y yo habíamos coincidido el verano anterior en un programa para estudiantes de penúltimo curso de instituto. Pasamos cinco semanas en una casa de Nueva Jersey estudiando la historia interdisciplinar del Renacimiento del norte de Europa. Lo que nos había acercado era que la profesora de historia del arte empezaba todas las clases, al margen de qué tema abordara, sacando a colación al Dux de Venecia, a quien ella llamaba «el Dux» a secas. Incluso si hablaba de la vida cotidiana de los habitantes de Delft, por una razón u otra el Dux acababa por asomar. Excepto nosotros, nadie parecía notarlo o pensar que fuera gracioso.

Fuimos a sentarnos, con las bebidas y su muffin. Nuestra conversación tenía un no sé qué extraño u onírico, porque me di cuenta de que no recordaba exactamente hasta qué punto nos habíamos conocido el verano pasado. Sabía que lo había admirado por lo bien que se le daba hacer imitaciones. Además, descubrí que, por alguna razón, yo tenía mucha información sobre sus cinco tías, mucha más de la que se tiene de alguien que no es amigo tuyo. Al mismo tiempo, no sé por qué, en mi mente había catalogado a Ralph como el tipo de

persona de quien nunca me haría amiga de verdad, porque era muy guapo y habilidoso a la hora de relacionarse con los adultos. Era eso que mi madre llamaba, en turco, un «chico de familia»: con buena presencia, elocuente, del tipo al que no le molestaba ponerse un traje o hablar con los amigos de sus padres. A mi madre le había gustado mucho Ralph.

Ralph y yo hablamos de las entrevistas que habíamos pasado para los seminarios. Él había presentado una solicitud para inscribirse a un seminario con un físico galardonado con el Nobel que en la entrevista no le había formulado ni una sola pregunta y le había hecho lavar equipamiento de laboratorio. Puede ser que el equipamiento fuese un detector de rayos gamma.

Solicité que me admitieran en un curso llamado Mundos Construidos, que se impartía en el departamento de arte. Conocí al profesor, un artista de Nueva York visitante en la universidad, en un estudio lleno de mesas blancas y vacías, y le llevé mi portafolio de arte del instituto. El artista visitante me observó entrecerrando los ojos.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Dieciocho.

—¡Oh, por el amor de Dios! Este no es un curso para estudiantes de primer año.

—Oh, ¿tengo que irme, pues?

—No, no digas tonterías. Echemos un vistazo a tu trabajo. —Siguió mirándome a mí, no al portafolio—. Dieciocho —repitió sin dejar de mover la cabeza—. A tu edad, tomaba ácidos y hacía novillos en el instituto. En verano trabajaba en una fábrica de pescado en Secaucus. Secaucus, en Nueva Jersey.

Me miró con desaprobación, como si de algún modo llevara retraso en el programa.

—Quizá haga eso cuando tenga su edad —aventuré.

—Sí, claro. —Resopló y se caló las gafas—. Bueno, veamos qué tenemos aquí.

Revisó mi trabajo en silencio. Miré por la ventana y vi dos ardillas que trepaban correteando por un árbol. Una de ellas se agarró mal y cayó, así que fue chocando a través de las capas de follaje. Nunca había visto una escena semejante.

—Bueno, mira —dijo por fin el artista—. Desde el punto de vista compositivo tus dibujos están... bien. Puedo ser sincero contigo, ¿verdad? Estas pinturas me parecen un tanto... ¿infantiles? ¿Entiendes a qué me refiero?

Miré los trabajos que había extendido sobre la mesa. No es que no entendiera a qué se refería.

—Es que, hasta hace poco, yo era una niña.

Se rio.

—Claro, claro. Bueno, este fin de semana tomaré la decisión. Tendrás noticias mías. O tal vez no.

Hannah se estaba preparando para ser guía del campus. Por las mañanas la oía recitar en la ducha, con una voz encantadora, curiosidades sobre Harvard. Más tarde, cuando no le dieron el trabajo, dejó de hacerlo, y me di cuenta de que en cierto modo echaba de menos oír sus recitales.

Fui con Angela a una reunión de presentación del periódico estudiantil de Harvard, donde un chico con patillas no paró de repetir, en tono agresivo, que el periódico de Harvard era su vida.

—Es mi vida —reiteraba con una expresión ponzoñosa.

Angela y yo nos lanzábamos miradas.

El domingo por la tarde sonó el teléfono. Era el artista visitante.

—Tu redacción era, hasta cierto punto, interesante —dijo—. Las otras, en su mayoría, eran increíblemente... ¿aburridas? Por lo tanto, será un placer tenerte en mi clase.

—Oh —dije—. Vale.

—¿Eso es un sí?

—¿Perdón?

—¿Aceptas?

—¿Puedo pensármelo?

—¿Que si puedes pensártelo? En realidad, no. Hay muchos otros candidatos a los que puedo llamar. Dime: ¿sí o no?

—Supongo que sí.

—Bien, hasta el jueves.

Hice una audición para la orquesta de la universidad. El despacho del director era una sala hexagonal con un mirador, un piano de cola y estantes llenos de libros: partituras, enciclopedias, volúmenes de historia de la música y crítica musical. Nunca había visto a un músico con tantos libros. Toqué la sonata que había preparado. No me temblaron las manos, la acústica de la sala era excelente y el director se mostró amable y atento conmigo.

—Ha sido precioso —dijo con un énfasis peculiar que no supe interpretar—. Muy, muy bonito.

—Gracias —respondí.

El lunes siguiente volví al edificio de música para consultar el plan de asientos de la orquesta. Mi nombre no estaba allí, ni siquiera entre los segundos violines, en ninguna parte. Sentí que se me desencajaba la cara. Traté

de controlarme, pero no surtió efecto. Sabía que en Harvard todo el mundo tocaba el violín, que era casi obligatorio y que de ningún modo cabríamos todos en una sola orquesta: el escenario se vendría abajo. Aun así, nunca había tomado seriamente en consideración la posibilidad de que no me admitieran.

No era creyente, no practicaba deportes de equipo y durante mucho tiempo la orquesta había sido el único lugar donde me sentía parte de algo más grande que yo, donde podía esforzarme y al mismo tiempo olvidarme de mí misma. La pérdida de esa sensación fue extremadamente dolorosa. Habría sido bastante malo encontrarme en un sitio donde no hubiera orquestas, pero aún era peor saber que había una y que un montón de gente tocaba en ella, pero yo no. Soñaba con ello casi todas las noches.

Ya no tomaba clases particulares: no conocía a ningún profesor en Boston y no quería pedir más dinero a mis padres. Durante los primeros meses seguí ensayando todos los días, por mi cuenta, en el sótano, pero poco a poco empezó a parecerme una actividad triste, extraña, desconectada del resto de las empresas humanas. Al cabo de poco tiempo, el simple olor a violín —a cola o a madera o a lo que fuera que oliese cuando se abría el estuche— me sumía en la melancolía. A veces todavía me despertaba los sábados, el día en que antes iba a la escuela de música, y me sentía emocionada por ir a tocar; luego recordaba cuál era la situación.

Era difícil escoger una asignatura de literatura. Todo lo que explicaban los profesores parecía irrelevante. Querías saber por qué Anna había tenido que morir, y en lugar de eso te contaban que los terratenientes rusos del siglo XIX tenían el dilema de si pertenecían o no a Europa. Esto implicaba que, en cierto modo, era ingenuo querer hablar de algo interesante, o pensar que un día llegarías a entender algo trascendental.

No me interesaban la sociedad ni los problemas de dinero de la gente del pasado. Quería saber qué significaban realmente los libros. Así era como mi madre y yo siempre habíamos hablado de literatura.

—Necesito que leas esto —decía, pasándome un relato del *New Yorker* en el que un hombre infelizmente casado tenía que vacunarse contra la rabia—, así podrás decirme qué significa en realidad.

Ella creía, al igual que yo, que en el centro de toda historia había un significado. Podías entenderlo, o bien se te podía escapar por completo.

Fui a Introducción a la Lingüística para ver de qué trataba. Iba de que la lengua es una capacidad biológica integrada en el cerebro, infinita, regenerativa, siempre cambiante. La ley suprema, aún más que las Sagradas Escrituras, era la «intuición del hablante nativo», una ley que no se halla en ningún libro de gramática o programa informático. Quizá fuera eso lo que quería aprender. Siempre que mi madre y yo hablábamos de un libro y a mí se me ocurría algo en lo que ella no hubiera pensado, me miraba y decía con admiración: «Tú sí que sabes inglés como es debido».

El profesor de lingüística, un fonetista amable con un leve defecto en el habla, se había especializado en dialectos tribales turcos. A veces daba ejemplos en ese idioma para señalar hasta qué punto podía ser distinta la morfología de las lenguas no indoeuropeas; luego me sonreía y decía: «Sé que hay algunos turcohablantes aquí». Una vez en el pasillo, antes de empezar la clase, me habló de su investigación sobre las variantes consonánticas regionales en las denominaciones de cierta clase de hoyo para las hogueras que los turcos cavaban no sé dónde.

Acabé por inscribirme también en una asignatura de literatura sobre la novela del siglo XIX y la ciudad en Rusia, Inglaterra y Francia. El profesor a menudo se quejaba de las deficiencias de las traducciones que se publicaban y, para demostrarnos lo malas que eran, nos leía fragmentos de novelas en francés y ruso. Como yo no entendía ni una palabra en esas lenguas, prefería las traducciones.

La peor parte de la clase llegaba al final, cuando el profesor contestaba las preguntas de los alumnos. Por muy estúpidas y obvias que estas fueran, nunca parecía entenderlas. «No estoy seguro de haber comprendido lo que me está preguntando —decía—. No obstante, si lo que usted trataba de decir era esto...» Y luego lanzaba una perorata sobre esa otra cosa que, por lo general, tampoco era interesante. A menudo, uno o varios estudiantes insistían en querer transmitirle la pregunta original, agitando los brazos y gesticulando, hasta que la cara del profesor mudaba en una máscara de irritación y proponía que, por respeto a los otros alumnos de la clase, la conversación siguiera en sus horas de consulta. Este fallo de comunicación me resultaba muy deprimente.

Se suponía que solo teníamos que cursar cuatro asignaturas, pero, cuando me enteré de que no me cobrarían más por hacer una quinta, me apunté a ruso elemental.

La profesora, Barbara, una estudiante de posgrado procedente de Alemania del Este (dijo concretamente «Alemania del Este»), nos explicó los nombres y patronímicos rusos. Como su padre se llamaba Dieter, su nombre completo en ruso sería Barbara Dietrevna.

—Pero Barbara Dietrevna no suena como un auténtico nombre ruso —dijo—, por eso me llamaréis Varvara Dmítrevna, como si mi padre se llamara

Dmitri.

Nosotros también tuvimos que escoger un nombre ruso, aunque no necesitábamos patronímicos, pues estos se utilizaban como muestra de respeto y nosotros no éramos autoridades. Greg pasó a ser Grisha, y Katie, Katia. Había dos estudiantes extranjeros cuyos nombres no cambiaron: Ivan, de Hungría, y Svetlana, de Yugoslavia. Svetlana preguntó si podía cambiarse el nombre por el de Zinaída, pero Varvara dijo que Svetlana era ya excelente como nombre ruso. Mi nombre, por su parte, aunque muy bonito, no terminaba en -a o -ia, lo cual causaría complicaciones cuando estudiáramos los casos. Varvara me dijo que podía elegir el nombre ruso que yo quisiera. De repente me quedé en blanco.

—A lo mejor podría llamarme Zinaída —sugerí.

Svetlana se volvió hacia mí en su asiento y me miró fijamente.

—Qué injusto... —dijo—. Eres una Zinaída perfecta.

Tuve la impresión, no obstante, de que Varvara no quería que en la clase hubiese alguien llamado Zinaída, así que repasé la hoja de nombres rusos y escogí Sonia.

—Eh, Sonia, qué fastidio —me dijo más tarde Svetlana en el ascensor, en tono compasivo—. Me parece que Zinaída te queda mucho mejor. Es una pena que Varvara Dmítrievna sea una eslavófila tan entusiasta.

—La habéis machacado con el asunto ese de Zinaída —dijo Ivan, el húngaro, que era insólita, casi inconcebiblemente alto. Las dos nos volvimos a mirarlo—. Lo pasé mal por ella —siguió diciendo—. Pensé que la mujer iba a matarse, que eso era demasiado para su sentido del orden germánico.

Durante el resto del trayecto en el ascensor nadie dijo nada.

El comentario de Ivan sobre el «sentido del orden germánico» supuso mi primer encuentro con ese estereotipo. Me hizo recordar un chiste de *Anna Karénina* que nunca había entendido, cuando Oblonski dice del relojero

alemán que «le habían dado cuerda para toda la vida para que él hiciera lo mismo con los relojes». ¿Se consideraba que los alemanes eran especialmente ordenados, como autómatas? ¿Era posible que los alemanes fueran *de veras* ordenados como autómatas? Varvara siempre llegaba a clase con antelación, siempre vestida igual, con una blusa blanca y una estrecha falda oscura. En su bolso de mano nunca faltaban los tres mismos elementos del vocabulario: una botella de vodka Stolíchnaya, un limón y un ratón de goma rojo, como si se tratara del contenido de una nevera deprimente.

Como teníamos curso de ruso todos los días, no tardó en convertirse en una práctica interiorizada, rutinaria y seria, aunque lo que aprendíamos eran cosas que sabían incluso los niños más pequeños si habían nacido en Rusia. Una vez a la semana teníamos clase de conversación con una rusa auténtica, Irina Nikoláievna, que había sido profesora de teatro en San Petersburgo cuando la ciudad aún se llamaba Leningrado. Siempre llegaba corriendo, con un minuto o dos de retraso, y hablaba en ruso sin parar, en un tono vivaz y emotivo. Cada cual reaccionaba de una manera diferente cuando le hablaban en un idioma que no entendía. Katia se quedaba en silencio, asustada. Ivan se inclinaba hacia delante con una expresión divertida. Grisha entrecerraba los ojos y asentía dando a entender un atisbo de cierta comprensión. Borís, un estudiante de doctorado con barba, hojeaba sus apuntes con aire culpable, como si tuviera una pesadilla en la que ya se le exigiera hablar ruso. Solo Svetlana lo entendía casi todo, porque el serbocroata se parecía mucho al ruso.

El metro de Boston era muy diferente al de Nueva York: las líneas tenían nombres de colores, los vagones estaban muy limpios y eran pequeños como

juguetes. Y sin embargo no eran juguetes, entre sus usuarios había hombres adultos con el semblante serio. La línea roja iba en dos sentidos: Alewife y Braintree. No existían nombres como esos en Nueva Jersey, donde todos los lugares se llamaban Ridgefield, Glen Ridge, Ridgewood o Woodbridge.

Ralph y yo fuimos a una pastelería que él conocía en el barrio de North End. Vendían *cannoli* grandes como el auricular de un teléfono antiguo, bizcochos de Navidad que parecían auténticos troncos de árbol y palmeras gigantes como las orejas de un paquidermo. Ralph pidió una «cola de langosta», yo una porción de pastel de chocolate alemán del tamaño de la lápida de un niño.

Ralph estaba en el curso preparatorio de medicina y asistía a clases de historia del arte, pero se estaba planteando licenciarse en ciencias políticas. La mayoría de los estudiantes de esta disciplina pertenecían a una categoría social conocida como «pijos enganchados a la política». No veía del todo claro qué harían después de la universidad. ¿Llegarían a ser nuestros gobernantes? ¿Se convertiría Ralph en uno de ellos? ¿O acaso ya lo era? Tenía un gran sentido del humor, no obstante, y no le interesaba demasiado la guerra. Aun así, presentaba ciertas cualidades típicamente americanas, era pulcro y ancho de espaldas, y tenía una obsesión desmesurada por los Kennedy. Los imitaba todo el rato, a Jack y a Jackie, con sus voces lánguidas y bobaliconas de la década de los sesenta.

—He disfrutado mucho de esta campaña electoral, señora Kennedy —dijo mirando a lo lejos con una expresión entre asombrada y perpleja.

Ralph ya había presentado su solicitud para hacer unas prácticas en la Biblioteca Presidencial John F. Kennedy.

Mundos Construidos tocaba los jueves, una hora antes de la comida y tres horas después. En la primera hora, Gary, el artista visitante, daba una

conferencia con un pase de diapositivas mientras se paseaba por el aula y daba instrucciones, en un tono cada vez menos amable, a su asistente, una chica taciturna de aspecto gótico llamada Rebecca.

El primer día vimos imágenes de escenas de género. En un cuadro, unos hombres musculosos con el torso desnudo acuchillaban un suelo de parqué. En otro, unas espigadoras se inclinaban sobre un campo amarillo. Luego apareció un fotograma con gente vestida de noche en el palco de un teatro, seguido de un dibujo caricaturesco que representaba una fiesta llena de hombres y mujeres grotescos que se lanzaban miradas lascivas por encima de las copas de cóctel.

—¿Conocéis bien esta fiesta? —preguntó Gary con un resoplido y balanceándose sobre la punta de los pies—. La miráis y pensáis: conozco esta escena. He estado en ese mismo maldito cóctel. Y si aún no habéis estado, algún día estaréis ahí, os lo aseguro. Porque todos queréis tener éxito, y esa es la única forma de lograrlo... Selin no me cree, pero algún día lo hará.

Di un respingo. En las gafas de Gary se reproducía el cóctel en miniatura.

—Oh, no, yo le creo —dije.

Gary soltó una risilla.

—Qué sincera, ¿no? Bueno, espero que me creas de verdad, porque algún día te sabrás esa escena al dedillo. Sabrás lo que dice, come y piensa cada uno de ellos. —Sonaba como una maldición—. Poder, sexo, sexo como poder. Todo está ahí —sentenció mientras golpeaba con un dedo la cara huraña de un hombre que sostenía una copa de martini en una mano y tocaba el piano con la otra.

Concluí que Gary se equivocaba, que no conocería a ese hombre. Probablemente, cuando alcanzara la edad para beber, ese tipo ya estaría muerto.

En la diapositiva siguiente se mostraba una fotografía en color de una mujer

que se pintaba los labios delante de un tocador. La instantánea se había tomado por detrás, pero su cara se reflejaba en el espejo.

—Arreglarse, prepararse para exhibirse, ya sea en una fiesta o en una actuación —salmodió Gary—. Mirad la expresión que tiene. Observadla. ¿Parece feliz?

Siguió un largo silencio.

—No —declaró un estudiante de tercer curso, un chico flaco con la cabeza rapada que respondía al nombre de Ham, o sonaba así.

—Gracias. No, no parece feliz. Esta imagen la considero una escena de género más que un retrato, porque lo que vemos es una situación de género: está en juego la invención del propio yo.

La diapositiva siguiente era un grabado y representaba un teatro visto desde el escenario: se veía la parte trasera sin pintar del decorado, las siluetas de tres actores y, más allá de los focos, un gran espacio negro.

—Artificio —soltó abruptamente Gary, como preso de una convulsión—. Marcos conceptuales. ¿Quién decide lo que vemos?

Se puso a hablar de cómo los museos, que considerábamos la puerta de entrada al arte, eran en realidad los principales responsables de mantenerlo oculto al público. Todos los museos poseían un número de cuadros diez, veinte, cien veces superior a los que exponían. Los comisarios de arte eran como un superyó que enterraba el 99 por ciento de los pensamientos detrás de una oscura puerta con el letrero de PRIVADO. El comisario tenía el poder de decidir el éxito o el fracaso del artista: de condenar a alguien a la su-presión o a la re-presión por el resto de su vida. Mientras hablaba, Gary parecía cada vez más furioso y agitado.

—Todos tenéis el carnet de la Universidad de Harvard. Ese carnet os abrirá las puertas. ¿Por qué no lo usáis? ¿Por qué no vais a los museos, al Fogg, al de Zoología Comparada, a la galería de Flores de Cristal, y exigís ver lo que nos

ocultan? Tendrán que enseñároslo a la fuerza, dado que tenéis ese carnet. Tienen que dejaros entrar, ¿sabéis?

—¡Pues hagámoslo! —exclamó Ham.

—¿Quieres hacerlo? ¿En serio? —preguntó Gary.

Era hora de la pausa para comer. Después, iríamos a los museos para exigirles que nos dejaran ver las cosas que nos ocultaban.

Como yo era la única novata, fui a la cafetería para los estudiantes de primer año. En las paredes oscuras y revestidas de paneles de madera colgaban retratos de ancianos. El techo era tan alto que apenas se veía, aunque si te esforzabas un poco se distinguían algunas manchas claras, según decían porciones de mantequilla lanzadas allí por algunos universitarios exaltados en la década de 1920. Me pareció una solemne estupidez. La escasa luz que había procedía de algunas ventanas altas y de unas imponentes lámparas de araña adornadas con cornamentas de animales. Cada vez que se fundía una bombilla, un operario tenía que subirse a una escalera de dos pisos de altura y esquivar los cuernos para no acabar corneado, hasta alcanzar el casquillo correcto.

Cuando salí de la fila de la comida con un bocadillo de falafel, vi a Svetlana de las clases de ruso sentada sola al lado de la ventana, con un cuaderno de espiral abierto ante sí.

—¡Hola, Sonia! —me llamó—. Contigo quería hablar. Te has apuntado a lingüística, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

Aparté la silla enfrente de ella.

—La semana pasada fui a una clase. Te vi allí.

—Yo a ti no te vi.

—Llegué muy pronto. Te vi cuando entraste. No pasas desapercibida,

¿sabes? Lo digo literalmente. Desde luego, eres muy alta, pero no es solo la estatura. —De hecho, yo era el miembro más alto de mi familia, hombres incluidos. Según mis primos era porque había crecido comiendo succulenta comida americana y llevando una vida ociosa—. Tienes una cara poco común. ¿Sabes que yo también estaba pensando en apuntarme a lingüística? ¿Qué tal es?

—Está bien —dije y le conté lo de los hoyos para las hogueras que cavaban los turcos, así como que las vocales variaban según la época y la geografía.

—Es interesante. —Puso un énfasis casi voraz en la palabra «interesante»—. Estoy segura de que es mucho más interesante que Introducción a la Psicología, pero, bueno, para mí es inevitable estudiar psicología, pues mi padre es psicoanalista. Es un junguiano, un pez gordo. Fundó la única revista seria que hay de psicoanálisis en Serbia. Luego dos de sus pacientes se convirtieron en líderes de la oposición, y el partido empezó a acosarlo. Para conseguir las transcripciones de las sesiones. De todos modos, se la tenían jurada antes, claro.

Pensaba en lo que me decía y entretanto me esforzaba por que las bolas de falafel no se cayeran del bocadillo.

—¿Y consiguieron las transcripciones?

—No, porque no tenía ninguna. Mi padre tiene memoria fotográfica, nunca toma apuntes. Yo, al contrario, soy una auténtica grafómana. En realidad es bastante patético. Es decir, mira todos los apuntes que he tomado, y estamos solo en la segunda semana de clases.

Svetlana hojeó el cuaderno y me enseñó un montón de hojas cubiertas por ambos lados con una caligrafía diminuta y enroscada. Cogió el tenedor y compuso un recatado y armonioso bocado de ensalada.

—Vinieron unos soldados a registrar nuestro piso, en busca de esas transcripciones imaginarias. A las once de la noche se presentaron unos

hombres con uniforme y armados y lo pusieron todo patas arriba, incluso mi habitación y las de mis hermanas y mi hermano. Sacaron todos nuestros juguetes de las cajas y los tiraron al suelo. Tenía una muñeca nueva y me la rompieron.

—Qué horror.

—La muñeca decía «mamá» cuando estirabas de un cordel. Después de que la tiraran al suelo siguió diciendo «mamá» hasta que la emprendieron a patadas con ella. En el despacho de mi padre arrancaron las páginas de los libros, esparcieron hasta el último papel, destrozaron la pared. En el cuarto de baño levantaron todos los azulejos. En la cocina volcaron toda la harina, el azúcar y el té de los botes, en busca de las cintas. Mi hermanito le dio un mordisco a uno de los soldados y le golpearon en la cara. Se llevaron todos los casetes, todos mis álbumes de U2. Me puse a llorar desconsoladamente. Y mi madre estaba enfadadísima con mi padre. —Svetlana suspiró—. No me lo puedo creer. Es la primera vez que hablamos y ya estoy descargando sobre ti todo mi lastre emocional. Basta, hálbame de ti. ¿Quieres especializarte en lingüística?

—No lo he decidido todavía. Quizá haga arte.

—Ah, ¿eres artista? Mi madre lo es. Bueno, antes lo era. Luego se hizo arquitecta y después diseñadora; ahora está loca y prácticamente desempleada. Pero ya me he puesto a hablar otra vez de mi familia. ¿Vas a clases de arte?

Le hablé de Mundos Construidos, de que los museos ocultaban obras a la gente y que nuestra clase estaba planeando una especie de asalto.

—Nunca me atrevería a apuntarme a un curso así —contestó—. En cuanto a los estudios, soy muy tradicional: otra herencia de mi padre. Cuando tenía cinco años, me dijo los libros que tenía que leer y desde entonces solo leo esos. Debo de estar aburriéndote de lo lindo.

—¿Tú también quieres ser psicoanalista?

—No, quiero estudiar la obra de Joseph Brodsky. Por eso voy a clases de ruso. Por cierto, tengo una mala noticia: no seguiremos yendo juntas a clase. Tuve que cambiar de horario por las prácticas de psicología.

—Qué pena.

—Ya, me gustaba ir a clase a primera hora de la mañana. Pero tranquila, creo que vivimos en el mismo edificio. Estás en el Matthews, ¿no? Yo estoy en la cuarta planta. Me parece que terminaremos viéndonos muy a menudo.

Me sentí conmovida y halagada por su convicción. Me apunté su número de teléfono en la mano, mientras que ella anotó el mío en su agenda. En nuestra amistad desempeñé desde el principio el papel de impulsiva, la que menos se preocupaba por la tradición y la seguridad, la que valoraba cada situación desde cero, como si ocurriera por primera vez, mientras que Svetlana era la que respetaba las normas y los sistemas, la que apuntaba las cosas en los lugares establecidos y se veía a sí misma como la heredera de siglos de historia y de responsabilidad humanas. Al instante empezamos a compararnos para averiguar qué manera de hacer las cosas era la mejor. Pero no era tanto una competición como un experimento, pues ninguna de las dos era capaz de actuar de manera diferente, y cada una miraba a la otra con una admiración que era inseparable de la compasión.

En la segunda parte de *Mundos Construidos* fuimos al Museo de Historia Natural, donde vimos un par de faisanes que habían pertenecido a George Washington, una tortuga de la colección de Thoreau y «cerca de un millón de hormigas» descritas como «las favoritas de E. O. Wilson». Me impresionó que E. O. Wilson hubiese logrado identificar su millón de hormigas preferidas en este mundo en que las hormigas parecían infinitas. Vimos el que se

consideraba el mayor cráneo de un cocodrilo de una especie viva conservado en un museo del mundo. Cuando abrieron el estómago del animal, encontraron un caballo y setenta kilos de piedras.

Después de dar la lata durante una hora a los empleados de la recepción y de esperar a que hicieran algunas llamadas telefónicas, conseguimos que nos enseñaran el depósito, donde se guardaban las piezas que no estaban expuestas al público. Había un diorama neozelandés —un prado de yeso poblado de decrepitas ovejas disecadas, así como un emú y un kiwi— devorado por las polillas.

—Lo que hicimos fue desinfectarlo y rellenarlo con acrílico —explicó un empleado del museo.

—¿Acrílico? ¿Por qué no usan lana? —preguntó Gary.

—Mmm... Lo probamos, pero el acrílico resiste mejor.

—¿Lo veis? —preguntó Gary, volviéndose hacia la clase—. ¿Veis el artificio?

Vimos a un montón de nativos americanos de yeso rotos. Los grupos de niños de las excursiones escolares a menudo querían luchar con ellos.

—¿Así que esto es lo que tratan de ocultarnos los comisarios? —comentó Ham cuando llegamos junto a un bisonte al cual le salía el relleno de las entrañas.

Gary se rio sin alegría.

—¿Crees que es muy diferente en el Whitney o en el Met? Te diré algo, muchacho. En la trastienda, de una u otra forma, todo es sangre y vísceras.

El compañero de cuarto de Ralph se llamaba Ira, una abreviatura de Iron Dog. Era un nativo americano y tenía la manía de ponerse a planchar a primera hora de la mañana. Por lo demás, era el compañero de habitación perfecto: amable

y educado, tenía una novia mayor que estudiaba en la facultad de derecho, así que casi nunca estaba allí. De hecho, solo iba a veces por la mañana temprano a plancharse las camisas.

Una tarde que Ira estaba en la facultad de derecho, fui a estudiar a la habitación de Ralph. Él estaba leyendo *Los ensayos federalistas*. Yo leí «Nina en Siberia», un texto ruso escrito específicamente para alumnos principiantes. La primera parte se titulaba «La carta».

1. La carta

El padre de Ivan abrió la puerta.

—¿Quién es?

—Buenos días, Alekséi Aleksiéovich —dijo Nina—. ¿Está Ivan en casa?

El padre de Ivan no respondió. Se quedó allí parado y la miró.

—Disculpe —dijo Nina y repitió la pregunta—: ¿Está Ivan en casa?

—¿Por qué nunca entendimos al chico? —preguntó el padre de Ivan muy despacio.

—Lo siento, pero no le comprendo —respondió Nina—. ¿Dónde está Ivan?

—Solo Dios lo sabe —dijo el padre de Ivan y suspiró—. Ya sabes dónde está su habitación. Sobre la mesa hay una carta.

En la habitación de Ivan había algo extraño. La ventana estaba abierta. La silla, tirada en el suelo. Una fotografía de Nina descansaba sobre la mesa, con el marco roto.

—¡Mi fotografía!

Nina cogió la carta, la abrió y comenzó a leer.

¡Nina!

Cuando recibas esta carta, estaré en Siberia. Dejo la tesis doctoral, porque la física de partículas ya no me interesa. Viviré y trabajaré en Novosibirsk, en la granja colectiva «Chispa de Siberia», donde vive mi tío. Creo que será mejor así. Sé que me entenderás. Por favor, olvídate. Yo nunca te olvidaré.

Tu Ivan

Nina miró al padre de Ivan.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Una broma? Conozco a Ivan y sé que quiere terminar la tesis. ¿Cómo puede dejar la física? Escribe que lo entenderé, pero no lo entiendo.

El padre de Ivan también leyó la carta.

—Sí —dijo.

—¿Cree que escribió esa carta en serio?

—Solo Dios lo sabe.

—Pero si Ivan está realmente en Siberia, tenemos que encontrarlo.

El padre de Ivan la miró.

—¿No quiere encontrar a su hijo? —preguntó Nina.

El padre de Ivan guardó silencio.

—Adiós —dijo Nina.

El padre de Ivan no respondió.

La historia estaba escrita de forma ingeniosa, solo se empleaba la gramática que habíamos dado hasta el momento. Como no habíamos estudiado el caso dativo, el padre de Ivan, en vez de entregarle la carta a Nina, tenía que decir: «Sobre la mesa hay una carta». Como aún no habíamos aprendido los verbos de movimiento, nadie decía directamente: «Ivan se fue a Siberia». En lugar de eso, Ivan escribía: «Cuando recibas esta carta, estaré en Siberia».

La historia parecía un poco forzada, y sin embargo, cuando la leías, tenías la sensación de que estabas inmerso en ese mundo, un mundo en el cual la realidad reflejaba las limitaciones de la gramática y en el que no existía lo que no se daba en Introducción a las Lenguas Eslavas. No había ningún «fue» o «envió», ni intención o causalidad: solo apariciones y desapariciones misteriosas.

Me di cuenta de que no dejaba de leer la carta de Ivan como si me la hubiera escrito a mí, tratando de averiguar dónde estaba y si yo le importaba o no.

En el seminario de cine de no ficción vimos *El hombre de Arán*, una película muda de los años treinta ambientada en una isla irlandesa. Al principio, una mujer mecía a un bebé en una cuna. La escena duraba mucho rato. A continuación, un hombre arponeaba una ballena y luego raspaba algo con un cuchillo. El subtítulo decía: «Haciendo jabón». Finalmente, el hombre y la mujer cavaban con palos en la tierra: «El pueblo de Arán tiene que cultivar patatas en una tierra inhóspita».

Nunca había visto una película tan aburrida. Masqué nueve chicles seguidos para recordarme a mí misma que aún estaba viva. El chico sentado delante de mí se durmió y empezó a roncar. El profesor no se dio cuenta, porque se fue después de la primera media hora.

—He visto esta película tantas veces —dijo.

Cuando se rodó, según nos contó el profesor durante la clase, ya hacía cincuenta años que los habitantes de Arán habían dejado de arponear ballenas. Para filmar esa antigua práctica, el director había tomado prestado un arpón del Museo Británico y les había explicado a los isleños cómo usarlo. Sabiendo esto, preguntó el profesor, ¿es correcto clasificar esta película como no ficción? Tuvimos que debatir esta cuestión durante una hora. No podía creerlo. ¿Era esa la diferencia entre ficción y no ficción? ¿Y eso era algo que debería importarnos? Me interesaba más saber si el profesor era un buen tipo o no y si le caíamos bien.

—Es muy curioso que usted piense que hay, o debería haber, una respuesta correcta o incorrecta —dijo a un estudiante con un tono de voz amable.

Al final de la clase, otro estudiante dijo que faltaría a la clase de la semana siguiente porque iba a visitar a su hermano en Praga.

—Supongo que no puedo intentar grabarla, ¿no? —preguntó el chico.

—No serviría de nada —respondió el profesor en tono cordial—. ¿No le parece?

El jueves llegué temprano a la clase de conversación de ruso. Solo estaba Ivan. Leía una novela con un título extranjero y una cubierta que me resultaba familiar: en la ilustración se veían dos manos que lanzaban al aire un bombín.

—¿Es *La insoportable levedad del ser*? —pregunté.

Bajó el libro.

—¿Cómo lo has sabido?

—La edición inglesa lleva la misma cubierta.

—Ah, pensé que tal vez sabías leer húngaro.

Me preguntó si me había gustado el libro en inglés. Pensé si debía mentir.

—No —dije—. Quizá debería volver a leerlo.

—Ajá —respondió Ivan—. ¿Así es como funciona para ti?

—¿Como funciona qué?

—Si no te gusta un libro, ¿lo vuelves a leer?

Poco a poco fueron entrando los otros estudiantes, seguidos de la profesora, Irina, que llevaba toda una aldea centroamericana bordada en el suéter: mujeres diminutas con pelo de hilo, burros con crines de hilo y cactus con espinas de hilo amarillo. Irina no se teñía el cabello y se lo recogía en un moño francés blanco como la nieve, y en sus ojos oscuros y brillantes había un ardor que parecía no haber cambiado desde que era una niña.

Enseguida se puso a darnos instrucciones que nadie entendía y dijo a algunos que se sentaran y a otros que se pusieran de pie. Al final, entendimos que teníamos que representar por turnos el comienzo de «Nina en Siberia». Las chicas serían Nina, y los chicos, el padre de Ivan.

De pareja me tocó a Borís, el chico que parecía vivir en una continua

pesadilla; resultó que estaba aprendiendo ruso para poder hacer investigaciones de archivo sobre los pogromos. No se sabía ni una sola frase de su texto. Estábamos ahí de pie y se suponía que él tenía que decir: «¿Por qué nunca entendimos al chico?».

—Háblame de Ivan —le insté—. ¿Lo entendimos?

—Ah, Ivan —dijo—. Ah, mi hijo.

Luego tuve que repetir la misma escena con Ivan, que se lo sabía todo y lo dijo todo bien. De niño había aprendido ruso durante un año, detrás del Telón de Acero. Más tarde recordé que le había preguntado:

—¿Cree que escribió esa carta en serio?

Se suponía que tenía que contestar: «Solo Dios lo sabe». Pero, en su lugar, dijo:

—Sí, creo que la escribió en serio.

Como deberes de lingüística tenía que entrevistar a dos angloparlantes nativos procedentes de distintas regiones y preguntarles cómo utilizaban las palabras *dinner* y *supper*. Según Hannah, que había crecido en Saint Louis, *supper* se refería a una cena que se hacía más tarde y que era más formal. Según Angela, que se había criado en Filadelfia, *dinner* era cuando se celebraba una cena familiar a la que todos iban bien vestidos.

—Nosotros no lo utilizamos con ese significado —dijo Hannah.

—¿Y cómo llamáis a una comida formal de un día festivo?

—Ni idea. *Feast*.

«*Feast*», escribí.

—No, *feast* no —rectificó Hannah—. Pon *banquet*.

Angela y Hannah se pusieron a discutir sobre qué era más formal, si la cena de Acción de Gracias (*dinner*) o la Última Cena (*supper*). Debatieron acerca

de la diferencia entre *supper* y *snack*. Hannah dijo que dependía de si la comida era fría o caliente.

—En mi opinión, no —replicó Angela—. En mi opinión —dijo como si se tratase de un libro que pudiera consultar—, se llama *supper* cuando estás sentado y relajado. Si comes de pie y deprisa, estás tomando un *snack*.

—¿Incluso si comes un plato de lasaña?

—Nunca como lasaña.

—Vamos, ya sabes lo que quiero decir.

—Si comes de pie, entre dos clases, es un *snack*.

—Eso es para dar pena —dijo Hannah, después de una pausa—. Es para que luego puedas decir: «Vaya, esta noche ni siquiera tuve tiempo de cenar porque estaba trabajando. Solo he tomado un *snack*». Pero bueno, ¿qué pasa? —gritó—. Hace diez minutos que alguien está llamando a la puerta.

La puerta se abrió y entró Svetlana.

—¿Estabais durmiendo?

—No, yo estaba a punto de irme —contesté—. Gracias por la ayuda con los deberes —les dije a Hannah y Angela.

Eso era lo mejor de la universidad: lo fácil que era largarse. Podías estar en tu habitación, en mitad de una discusión que en el fondo habías empezado tú, y luego decir sin más: «Hasta luego», y marcharte a otra parte.

Mientras me ponía la chaqueta, miré alrededor de la habitación y traté de verla con los ojos de Svetlana. Las paredes estaban casi completamente desnudas, salvo por el póster de Einstein, el banderín de Harvard que Angela había colgado y una serie de diplomas que Hannah había impreso con el ordenador. Había un «premio a la procrastinación», que se había concedido a sí misma. A mí me había entregado el «premio a la mejor compañera de cuarto», lo cual era triste, no solo porque revelaba que Hannah tenía una gran necesidad de afecto, sino también porque, en parte, suponía un insulto a

Angela. No lo colgué.

Svetlana quería que escribiéramos e ilustráramos juntas un relato lleno de depravación y decadencia. Fuimos a la tienda y compramos cartulina, pegamento, rotuladores y un ejemplar de *Vogue*.

—Ay, me parece que mi compañera de cuarto tiene laringitis —dijo echando un paquete de té medicinal a la cesta de la compra—. Es eso, o simplemente no quiere hablar con nosotras. Pero tiene que aprender a relacionarse con los demás.

Todo lo que decía Svetlana me impresionaba: su determinación de querer escribir un libro sobre depravados, su clara opinión sobre cómo debería comportarse una compañera de habitación y la idea de que un té pudiera hacer que alguien se relacionara con los demás.

Nos pusimos en la cola para pagar. Cuando saqué el monedero con el llavero incorporado, Svetlana me tocó la mano y me dijo que pagaría ella.

—Mi familia está forrada de dinero —añadió.

No entendí a qué se refería. ¿Acaso no teníamos todos mucho dinero? Junté las monedas que correspondían exactamente a la mitad del importe total, sin contar el té para la laringitis.

—Si insistes, de acuerdo, pero estás haciendo el tonto —dijo Svetlana, que se guardó el dinero en el bolsillo y pagó con una tarjeta de crédito.

En la sala que compartían Svetlana y sus compañeras de habitación, había una alfombra marroquí, dos grandes pufs rojos, pósters de R.E.M., Klimt y Ansel Adams, y estantes llenos de catálogos de museo y libros de arte de aspecto caro. Junto a la ventana había arbolitos en macetas, y uno de los tres escritorios estaba casi cubierto por entero de plantas más pequeñas: pálidos brotes cerrados, musgos verdes exuberantes y enigmáticas suculentas en potecitos de plástico.

Sentada en el suelo, con un soldador en las manos, estaba una de las chicas

más delgadas que había visto en mi vida. Era Valerie, la compañera de habitación de Svetlana, que estaba construyendo una radio.

—¿Cómo está Fern? —le preguntó Svetlana.

—Sigue igual.

Valerie se encogió de hombros en dirección a uno de los dormitorios. Atisbé un saco de dormir militar en la litera de arriba del que sobresalía una mata de pelo rizada.

—¿Fern? ¿Estás despierta? —preguntó Svetlana, y la mata de pelo asintió—. Te he traído té. No puedes enmudecer solo porque no te apetezca hablar. —Llenó de agua una tetera eléctrica blanca y metió una bolsa de té en una taza de plástico con forma de piña—. Fern, esta es mi amiga Selin.

—Hola —dije.

No hubo respuesta.

—Dice que no puede hablar —me contó Svetlana—. Estudia para ser botánica, se llama Fernanda, así que, cómo no, la llamamos Fern.^[1] Le va de maravilla ese nombre, porque los helechos son plantas misteriosas y esquivas, pueden sobrevivir en cualquier lugar. ¿Sabes que hay helechos que tienen cientos de millones de años y que son más antiguos incluso que los dinosaurios? Algunos, para crecer, ni siquiera necesitan tierra. En el folclore eslavo, si te encuentras una semilla de helecho te vuelves invisible. Evidentemente, los helechos, en realidad, no tienen semillas.

No bajó la voz, aunque Fern estaba en la habitación de al lado, a menos de dos metros. Vertió el agua hirviendo en la taza y la removió con una cucharilla de café.

—Apesta —dijo Valerie—. Pobre Fern.

Svetlana llevó la taza al dormitorio y la levantó hasta la litera de arriba. El abultado saco de dormir cambió de forma y asomó una cara redonda de ojos enormes.

—Gracias —dijo Fern, aunque en un tono de voz que no parecía especialmente agradecido.

—Tómalo todo —dijo Svetlana, impertérrita, y volvió junto a mí, en la sala—. Vamos a mi habitación, así no molestaremos a Valerie.

La habitación de Svetlana estaba muy iluminada, y había una lámpara de lava, un equipo estéreo de música, una estantería repleta de libros y cedés, y un póster de Edward Gorey con un montón de niños victorianos que morían de formas terribles. Sobre la cama estaba apoyado un armadillo de felpa. Le pregunté cómo habían decidido ella y sus compañeras quién se quedaría la individual y si harían turnos. Svetlana suspiró.

—Me da un poco de vergüenza contártelo: Val y Fern querían que hiciéramos turnos, pero les dije que sería un fastidio y las convencí para que lo echáramos a suerte. Y entonces, para mi sorpresa, me tocó la individual, como si lo hubiera planeado así desde el principio. Pero, sinceramente, a veces creo que fue lo mejor que pudo pasar. Valerie es tan agradable que le da lo mismo tener o no una habitación propia, y Fern no es tan reservada como parece. En realidad, necesita mucha atención y estabilidad, así que Val es la compañera ideal. Y ahora sé que esto va a sonar fatal, pero, en cierto sentido, me parece que yo soy más complicada que ellas. Algunas personas son más complicadas que las otras, ¿no crees?

—Supongo que sí.

—Y para esas personas la intimidad es más importante.

Svetlana pasó a describir los orígenes familiares de sus compañeras de habitación como si fueran personajes de una novela. Los padres de Fern habrían preferido que se pusiera a trabajar en su tienda en lugar de que estudiara en Harvard, a pesar de que tenía una beca completa. Su padre, en

teoría, no debía llamarla, pero de vez en cuando lo hacía y le pedía el dinero que ganaba fregando platos en Mather, donde se alojaban los deportistas, que engullían enormes cantidades de comida y hacían cosas asquerosas como mezclar el ketchup con la compota de manzana en los platos que luego tenían que lavar los estudiantes que trabajaban a media jornada.

Valerie era la persona más agradable del mundo, aunque se ponía muy susceptible cuando salía el tema de su hermano, que solo tenía dos años más que ella pero ya se había licenciado en matemáticas. Con quince años había resuelto un problema de criptografía y lo había reclutado la CIA.

—Puedes imaginarte lo difícil que es para ella —dijo Svetlana—. Valerie es superinteligente, pero no es un prodigio en ningún campo en particular, así que no sabe qué hacer. Elegir matemáticas significaría tener que competir con su hermano. Por otro lado, cree que las matemáticas son la única disciplina rigurosa, la única que vale la pena. ¿Cómo va a diferenciarse de su hermano si solo se mide a sí misma en relación con él?

»Ahora asiste a un curso avanzado de física destinado únicamente a los mejores estudiantes de primer año. En la clasificación de los veinticinco estudiantes novatos más sobresalientes, ella debe de estar entre los tres mejores, pero en lugar de alegrarse por ello se avergüenza de tener que competir en la misma categoría que los demás. Después de todo, cuando su hermano era estudiante de primer año, ya iba a clases casi de posgrado.

El libro que Svetlana quería que escribiéramos juntas trataba sobre la iniciación sexual de un fallido ladrón de coches ruso que vivía en París. El protagonista se llamaba Ígor y lo representaba un tipo sentado en una roca que aparecía en un anuncio de perfume del *Vogue*. Svetlana lo recortó, lo pegó en una hoja de papel y dibujó el resto de la escena con mano hábil, sin apenas

dudar de ningún detalle.

—Dibujo como si aún fuera al parvulario, así que no te rías —dijo.

Ígor estaba sentado debajo de una bombilla que colgaba desnuda, sin lámpara, sobre un colchón sin sábanas. Remojaba los pies en un barreño y, junto a él, había un cenicero, un teléfono de disco y unas cuantas botellas vacías. Por una puerta detrás de él, se veía un inodoro de cadena con la tapa levantada.

«Ígor estaba deprimido —escribió Svetlana—. Hacía dos semanas que se alimentaba a base de bocadillos de mostaza. La mostaza la había robado de la mesa de un bar.»

—Uau —dije—. ¿Y en esas condiciones va a tener su iniciación sexual? Svetlana asintió.

—Esas cosas pasan cuando menos te lo esperas.

«Esa noche se había fumado su último cigarrillo y terminado la última botella de vodka que su exnovia le había dejado al irse de casa», añadió.

—¿Tenía novia?

—Sí, pero por alguna razón no quería acostarse con él. Luego ella se marchó. Era la única amiga que Ígor tenía en París y ahora se había ido. Así que cuando esa noche sonó el teléfono, estaba seguro de que era alguien que se había equivocado de número. Pero descolgó, de todos modos.

La persona que llamó, una chica misteriosa, citó a Ígor en el Zodiac Club. Ígor fue allí, se sentó en la barra y pidió una cerveza. En el local solo había una chica que estaba tomando un cóctel verde y no le prestaba la más mínima atención. Ígor esperó un rato, pero no vino nadie más. Así que invitó a la chica a bailar.

Pero ella le dijo que no podía bailar con nadie, porque era la hija de Hitler.

A las once y media, tan abruptamente como había aparecido en mi habitación, Svetlana dijo que tenía que acostarse.

—Soy bastante estricta en cuanto a mis horas de sueño —dijo, y se levantó.

En la sala la radio de Valerie emitía un chisporroteo de electricidad estática. Funcionaba.

—Bueno, ya era hora —dijo—. Llevo aquí desde las diez de la mañana.

Movió un cable e interceptó en el aire una voz humana. «Yo no me avergüenzo para nada de los Evangelios», dijo la voz.

El programa de Mundos Construidos consistía en una lista de los libros y las películas favoritos de Gary, sin trabajos ni fechas de entrega. Simplemente teníamos que leer los libros, ver las películas y comentarlos en clase. Los debates nunca fueron nada del otro mundo, porque cada uno de nosotros escogía libros y películas diferentes.

—¿De veras tengo que ponerlos deberes como si fuerais niños? —preguntó Gary cuando una vez más resultó que ninguno de nosotros había leído el mismo libro o visto la misma película—. Muy bien, leeréis todos *A contrapelo*.

Al principio me entusiasmó la idea de leer ese libro, porque Gary nos dijo que iba de un hombre que había decidido vivir según principios estéticos, no morales, y eso era algo que me había dicho recientemente Svetlana: que yo vivía según principios estéticos, mientras que ella, atiborrada de filosofía occidental, estaba condenada a vivir conforme a tediosos principios éticos. Nunca se me había ocurrido pensar en la ética y la estética como dos cosas opuestas. Pensaba que la ética era estética. «Ética» significa regla de oro, y en esencia esa era una regla estética. Por eso se llamaba «de oro», como la proporción áurea.

—¿No es por eso por lo que no se debe engañar o robar, porque es algo feo? —pregunté.

Svetlana dijo que nunca había conocido a una persona con una sensibilidad estética tan marcada.

Pensé que quizá *A contrapelo* fuera un libro sobre alguien que veía las cosas como yo, alguien que intentaba vivir su vida sin el lastre de la pereza, la cobardía y el conformismo. Me equivocaba: era más bien un libro sobre la decoración de interiores. Cuando no estaba sumido en sus cavilaciones sobre las profundidades subracionales de la tapicería, el protagonista se dedicaba a preparar festines en los que todo era de color negro, a pasar el rato con una tortuga con el caparazón incrustado de piedras preciosas, y a pensar cosas como: «Todo es sífilis». ¿Acaso era eso una vida estética?

En la clase de literatura, estudiamos a Balzac. A diferencia de Dickens, con quien a veces se le comparaba, Balzac no sentía aprecio ni interés por los niños y, además, carecía de sentido del humor. Para él los niños no eran en absoluto importantes: apenas aparecían en su mundo. Su actitud hacia ellos era arrogante, incluso de desprecio; y, aunque sin duda estaba dotado de ingenio, tampoco se le podía calificar de divertido, o no como lo era Dickens. Mientras el profesor hablaba, me di cuenta de que me sentía un tanto ofendida. Tenía la sensación de que Balzac también se había comportado de manera arrogante y despreciativa conmigo. No es que yo fuera exactamente una niña, pero tampoco es que tuviera experiencia en calidad de algo más. Al mismo tiempo, me emocionaba pensar que había un universo —«un *monde*», como repetía el profesor como un loro, de manera irritante— que era completamente diferente de todo lo que yo había conocido y vivido hasta entonces.

2. El número de teléfono

Nina pensó en Ivan toda la semana.

En la clase de física: «¿Es que no me ama Ivan?».

En el tranvía: «¿Por qué Siberia? ¿Por qué no me dijo nada?».

En el laboratorio: «Pronto me llamará y me lo explicará todo».

Pasaron dos semanas. Ivan no llamó. Nina leía y releía su carta.

De nuevo Nina llamó a la puerta de la casa de Ivan. Durante un buen rato no hubo respuesta. Al final, el padre de Ivan dijo:

—¿Quién es?

—Soy yo. Nina, otra vez.

El padre de Ivan abrió despacio la puerta.

—Alekséi Aleksiéovich, tengo que encontrar a Ivan —dijo Nina—. ¿Dónde cree que está? ¿Cree que puede estar con su madre?

El padre de Ivan suspiró.

—En la carta dice que está con mi hermano.

—¿Puede llamar a su hermano y preguntarle si es eso cierto?

—Imposible —respondió el padre de Ivan.

—Por favor, Alekséi Aleksiéovich. Necesito su ayuda.

Lentamente el hombre tomó un bolígrafo y papel y escribió un número.

—Aquí está su número —dijo—. Por favor, no vuelvas por aquí.

Nina cogió el papel y se lo guardó en el bolso.

—Gracias —respondió.

Cuando Nina se fue, Alekséi Aleksiéovich estuvo mucho rato mirando por la ventana. «¡Otra vez mi hermano! —pensó con resentimiento—. Primero mi esposa. Ahora mi hijo...»

En casa, Nina llamó al número que le había dado el padre de Ivan.

Se oyó la voz de una mujer.

—Instituto de Cosmología y Física de Partículas Elementales.

Nina, muy sorprendida, no dijo nada.

—¿Hola? ¿Hola? —preguntó la mujer—. ¿Hay alguien ahí?

—Disculpe —dijo Nina—. ¿Es la granja colectiva «Chispa de Siberia»?

—No. Habla con el Instituto de Cosmología y Física de Partículas Elementales del Centro Científico de Novosibirsk, adscrito a la Sección Siberiana de la Academia de Ciencias de Rusia.

—Estoy buscando a Ivan Aleksiéovich Bazhánov, un joven físico. ¿Trabaja en su laboratorio?

Hubo una pausa.

—No conozco ese nombre —respondió la mujer. Colgó sin despedirse.

Ralph y yo estábamos leyendo en su habitación. Él leía *Los cuentos de Canterbury*. Por alguna razón, sentía una necesidad imperiosa de acabar ese libro ese día. Yo leí la segunda parte de la historia de Nina. Luego fuimos al videoclub a alquilar una película. Era tarde, y todo lo que queríamos ver ya estaba prestado. Al final elegimos una película extranjera titulada *The Gift*. En la carátula había una fotografía en la que se veía a una mujer envuelta como un regalo, con la cara oculta por un pañuelo y una gran cinta roja atada alrededor de los brazos: «La conmovedora historia de una mujer discapacitada que le da a su marido el único regalo de aniversario de boda que él nunca se habría imaginado: ¡otra mujer!».

Volvimos al campus y encontramos una sala vacía en el sótano con un reproductor de vídeo. La película resultó ser una mordaz invectiva contra el sistema de salud británico desde el punto de vista de una pareja mayor de clase obrera de Yorkshire. La mujer iba en silla de ruedas a causa de una negligencia en el quirófano. Durante dos horas y media el marido empujaba la silla de la mujer a través del barro para ver a varios médicos, mientras ella hacía bromas que no entendíamos debido a su acento. El regalo de aniversario de boda resultó ser un corsé ortopédico de metal. No había otra mujer.

Svetlana y yo tomamos el metro hasta Brookline para ir a un colmado ruso en el que se alquilaban vídeos. Las vías discurrían por medio de una calle de doble sentido bordeada por una sucesión infinita de iglesias, cementerios, hospitales y escuelas: instituciones de las que Boston parecía estar muy bien surtida. Svetlana me estaba contando un sueño que había tenido, en el que iba

a Taco Bell y tenía que comerse un burrito relleno de carne humana.

—Sabía que mi padre se enfadaría si me lo comía, pero también que en el fondo quería que me lo comiera —gritó Svetlana para que la oyera por encima del estrépito del tren—. Pues bien, el burrito es obviamente un falo, un falo humano: es al mismo tiempo tabú, como el canibalismo, pero también algo que debe penetrar en el cuerpo. Supongo que pienso que mi padre tiene sentimientos bastante contradictorios respecto a mi sexualidad.

Asentí y miré alrededor. Una anciana cien por cien impasible, tocada con un pañuelo en la cabeza, tenía los ojos clavados en el suelo.

—A veces me pregunto cómo será el hombre con el que pierda la virginidad —continuó diciendo Svetlana—. Estoy bastante segura de que sucederá en la universidad. He tenido relaciones que eran eróticas desde el punto de vista intelectual, pero físicamente no pasó nada. En muchos sentidos me siento como una bomba sexual a punto de explotar.

»Mis compañeras de habitación son tan diferentes... Fern cree que si tuviera relaciones sexuales en la universidad, significaría que algo ha salido mal. Mientras que yo pienso que si no me acostara con alguien en la universidad es que algo habría salido mal. Valerie es tan tranquila que nunca se sabe lo que piensa. Y tú, ¿has pensado en acostarte con alguien aquí?

—No lo sé —dije—. La verdad es que no he pensado mucho en ello.

—Yo sí —dijo Svetlana—. Cuando voy por la calle, miro las caras de los desconocidos y me pregunto: ¿Será él? Me pregunto si lo habré visto ya, si habré leído su nombre impreso en alguna parte, tal vez en una lista o en un directorio telefónico de la universidad. Tiene que estar en algún lugar, es imposible que aún no haya nacido. Entonces ¿dónde está? ¿Dónde está esa cosa que entrará en mi cuerpo? ¿Nunca te lo has preguntado?

Había hojeado a menudo el calendario preguntándome en cuál de los 366 días (contando el 29 de febrero) me moriría, pero nunca se me había ocurrido

preguntarme si ya había conocido a la persona con la que me acostaría por primera vez.

Nos bajamos en Euclid Circle. Allí, sin embargo, no había ningún círculo, solo un andén de hormigón con una cabina telefónica y un letrero con la inscripción EUCLID CIRCLE. Pensé que Euclides se habría puesto furioso.

—Es una actitud tan típica de ti —dijo Svetlana—. Siempre piensas que todo el mundo está cabreado. Intenta verlo desde otro punto de vista. Murió hace más de dos mil años, llega por primera vez a Boston, han puesto su nombre a algo: ¿por qué su primera reacción debería ser cabrearse?

Cuando abrimos la puerta de la tienda sonaron unas campanillas, y el olor a salami y a pescado ahumado nos golpeó en la cara como una cortina. Dos vendedores, uno gordo y otro flaco, estaban detrás de un mostrador de cristal.

—Hola —dijo Svetlana en ruso.

—Hola —respondieron los vendedores con un tono de voz que tenía un deje irónico.

Fue interesante ver tantos productos rusos: quesos curados y frescos, caviar rojo y negro, fardelillos de col, blinis, *pirozki*, setas en salmuera, arenques marinados, un acuario sucio lleno de carpas vivas, aunque quizá por poco tiempo, y un barril lleno de imponentes caramelos rectangulares, en envoltorios con frases románticas en cirílico e imágenes de ardillas. En la sección de alimentos envasados, había un pasillo entero destinado a artículos turcos: dulces de sémola Koska, pasta de pimiento Tat, mermelada de pétalos de rosa Tamek, hojas de parra en conserva y galletas Eti. Eti significaba «Hitita». Cuando era pequeña, había un anuncio en que unos niños cantaban: «hitita, hitita, hitita». Todos los niños turcos querían a los hititas, porque Atatürk había dicho que los turcos descendían de ellos y por esa razón

Anatolia se consideraba el corazón de Turquía. Todo eso tenía algo que ver con los Catorce Puntos y el derecho a la autodeterminación nacional.

Resultó que Svetlana conocía todas esas marcas, porque también estaban en Belgrado. Además, las palabras para designar berenjena, judía, garbanzo y guinda eran las mismas en serbocroata que en turco.

—Es lógico —dijo—. Después de todo, los turcos ocuparon Serbia durante unos cuatrocientos años.

Asentí como si supiera a qué se refería.

Svetlana compró medio kilo de té a granel y preguntó en un ruso exageradamente correcto si era cierto que en la tienda se alquilaban cintas de vídeo. Uno de los vendedores le entregó una carpeta de anillas con una lista de títulos. Svetlana hojeó las páginas plastificadas tan deprisa que no pude ver nada y finalmente escogió una comedia soviética sobre un agente de seguros de automóviles. El vendedor flaco fue a buscar la cinta. El vendedor gordo le pidió que escribiese su nombre y su dirección en un registro.

—¿Tengo que escribirlo en inglés o en ruso? —preguntó Svetlana.

—Como quieras, da lo mismo —respondió el vendedor—. ¿Eres de Rusia?

—No, no soy rusa.

—¿No eres rusa? ¿Cómo es que hablas tan bien el ruso?

—No lo hablo bien. Sé decir muy pocas cosas. Lo estoy estudiando en la universidad.

—A mí me parece que lo hablas muy bien. Y, ¿sabes?, yo soy ruso.

—Bueno, el caso es que soy de nacionalidad serbia.

—Ajá —dijo el vendedor gordo.

—¿Qué es la chica? —preguntó el vendedor flaco, que acababa de regresar con la cinta.

—Serbia —contestó el gordo.

—Ajá —dijo el flaco.

En el trayecto de vuelta, Svetlana me habló de un director de cine serbio que había sido amigo de su padre en Belgrado. La mujer del director, una actriz, había ido a París para rodar una película con un joven realizador francés. Este último había muerto trágicamente, al caerse del taburete de un bar.

—Dicen que tal vez fuera un suicidio —concluyó Svetlana.

Cuando llegamos al campus a las diez, estaba exhausta, sin palabras. Tenía la sensación de que, si me hubieran abierto la cabeza, habrían encontrado un caballo y setenta kilos de piedras, como en el estómago del cocodrilo más grande del mundo. Abrí mi cuaderno. «Murió al caerse del taburete de un bar —escribí—. Tal vez fuera un suicidio.»

Sonó el teléfono: era Ralph. Le habían dado las prácticas en la Biblioteca Kennedy. Eran unas prácticas muy prestigiosas, abiertas a estudiantes de tercer y cuarto curso, e incluso de doctorado, y habían elegido a Ralph. Trabajaría en el archivo, clasificando el material e introduciendo la información en una base de datos.

Para celebrarlo, fuimos a los bajos del centro comercial The Garage, donde un asiático anciano y menudo vendía yogur helado hasta altas horas de la noche.

—Creo que tomaré el de café —dijo Ralph—, pero también me encantaría probar el de mora.

—¿Por qué no pides los dos? —pregunté.

—No, sería demasiado.

—Pide tú uno, yo el otro, y luego los compartimos.

—Pero no quiero imponértelo.

Pedimos uno de cada sabor. Sabían exactamente igual.

Ralph me había traído un libro, un libro de bolsillo de los ochenta. Era la

autobiografía de Oleg Cassini, un aristócrata ruso que, después de huir de la Revolución en 1918, acabó en Estados Unidos y se convirtió en el diseñador de moda oficial de Jackie.

El entorno de Jackie Kennedy contactó por primera vez con Cassini en diciembre de 1960, mientras estaba de vacaciones en Florida. Le pidieron que se presentara en el Hospital Universitario de Georgetown, donde Jackie acababa de dar a luz a su hijo John Jr.

En el avión, Cassini no paró de pensar en Jackie, en su cuerpo jeroglífico y en su naturaleza de esfinge; luego se puso a dibujar. En la cama del hospital, le mostró sus vestidos de línea A inspirados en las sobrias líneas del arte egipcio antiguo. El sombrero tipo casquete estaba basado en el tocado de Nefertiti. Ningún otro diseñador había creado toda una colección de moda solo para Jackie. Cassini consiguió el puesto: modisto oficial de la Primera Dama. Pero Jackie nunca renunció del todo a su estilo y siguió comprando vestidos de Balenciaga.

En clase de lingüística estudiamos el caso de personas que habían perdido la capacidad de combinar los morfemas después de que una barra de hierro les perforara el cerebro. Al parecer había varios casos de personas así, que tenían barras de hierro atravesadas en la cabeza y habían vivido para contarlo... aunque sin morfemas. Estudiando la ubicación de las barras y de los morfemas perdidos, se podía determinar en qué partes del cerebro se almacenaban los morfemas.

Estudiamos los diferentes motivos por los que Noam Chomsky tenía razón y B. F. Skinner se equivocaba. Skinner sobreestimaba el parecido entre seres humanos y animales; a estos últimos, además, los subestimaba. Los hombres no entendían el canto de los pájaros.

Aprendimos que nadie era malo en gramática, ni siquiera los niños pequeños o los negros, porque el lenguaje es un instinto humano universal. Eso es lo que ponía en el libro: podría parecer que los niños pequeños y los negros no saben gramática, pero cuando se analizaban sus enunciados se constataba que seguían ciertas reglas gramaticales tan sofisticadas que ningún ordenador podría haberlas programado.

Estudiamos la hipótesis de Sapir-Whorf, según la cual el lenguaje que hablamos influye sobre la manera en que procesamos mentalmente la realidad, y supimos que la teoría era equivocada. Whorf, un inspector de seguros contra incendios —así lo llamaban siempre—, consideraba que los hopis tenían una percepción del tiempo totalmente diferente a la nuestra, porque no tenían tiempos verbales. Afirmaba que los hopis no veían dos días como dos cosas distintas, sino más bien como una sola cosa que sucedía dos veces. Más tarde se supo que se había equivocado respecto a los hopis.

Los partidarios de Chomsky consideraban que la hipótesis de Sapir-Whorf era una sucia calumnia, no solo incorrecta, sino abominable, como afirmar que las diversas razas tenían distintos coeficientes intelectuales. Dado que todos los idiomas eran igual de complejos y capaces de expresar la realidad igual de bien, las diferencias gramaticales no podían corresponder a diferentes maneras de pensar. «Pensamiento y lenguaje no son lo mismo», decía el profesor con un leve silbido que solo le salía cuando se acaloraba. Decía que la hipótesis de Sapir-Whorf era incompatible con el «síndrome de la punta de la lengua». Era así como lo llamaban, síndrome. Se refería a cuando tenías una palabra en la punta de la lengua.

En el fondo, yo sabía que Whorf tenía razón. Sabía que pensaba de manera distinta en turco que en inglés, no porque el pensamiento y el lenguaje fueran lo mismo, sino porque idiomas diferentes te llevaban a pensar en cosas diferentes. El turco, por ejemplo, tiene un sufijo, *-miş*, que se añade a los

verbos para indicar que no has presenciado algo personalmente. Siempre expresas el grado de subjetividad. Siempre piensas en eso, cada vez que abres la boca.

El sufijo *-miş* no tiene un equivalente exacto en inglés. Podría traducirse como «parece que» o «he oído» o «supuestamente». Siempre lo asociaba con Dilek, una prima mía por parte de padre, pequeña, flaca y morena, de la misma edad que yo, pero mucho más menuda. «Te has quejado *-miş* a tu madre», me decía Dilek con su voz calmada y nítida. «El perro te asustó *-miş*.» «Dijiste *-miş* a tus padres que, si la tía Hülya iba a Estados Unidos, podía vivir en vuestro garaje.» Cada vez que oías *-miş*, sabías que habían estado hablando de ti a tus espaldas, y no solo de ti, sino de tu hipocresía, cobardía y falta de generosidad. Cada vez que lo oía, sentía que me habían descubierto cometiendo alguna falta. Era cierto que los perros me daban miedo. Me quejaba a menudo a mi madre. Entre otras cosas, me quejaba del sufijo *-miş*. A mi madre le parecía divertido.

En clase de ruso aprendimos el verbo «gustar» y hablamos del tipo de películas que nos gustaban. Dije que me gustaban los documentales. Varvara pareció escéptica.

—¿No los encuentras aburridos?

Miré fijamente la mesa. ¿Era tan obvio?

Ivan dijo que le gustaban las películas de Fellini. Varvara comentó que entonces le gustaba el cine italiano. Yo no sabía nada de Fellini; en mi mente se formó la imagen de un gato enorme de tamaño humano.

En la Filмотeca de Harvard habían programado una retrospectiva de su filmografía. Como Fellini también aparecía en la lista de Gary, decidí ir. Me pareció extraño que el director favorito de Gary e Ivan fuera el mismo. La

película preferida de Gary era *La dolce vita*; la de Ivan, *La Strada*. Svetlana me acompañó a ver *La dolce vita*. «¡No hablas más que de la cocina y del dormitorio!», gritaba Marcello Mastroianni a su prometida. Rechazaba su amor maternal, asfixiante, y quería conocer a mujeres extranjeras glamurosas en las fiestas. En *La Strada* no había fiestas y nadie era glamuroso. Giulietta Masina estaba enamorada de un forzudo, pero este le decía que más que una mujer parecía una alcachofa.

Svetlana tomaba clases particulares de francés con una estudiante de doctorado llamada Anouk. Cada semana escribía una redacción en francés sobre el amor y se la enviaba por correo electrónico a Anouk; luego quedaban en el Café Gato Rojo para comentarla. Svetlana me hablaba a menudo de su redacción cuando íbamos a correr juntas. No tenía dificultad para hablar y correr al mismo tiempo; parecía capaz de hacerlo *ad infinitum*.

—Hoy he escrito sobre cómo puedes hacer que cualquiera se enamore de ti si lo intentas realmente.

—Eso no es verdad —dije.

—¿Por qué no?

—¿Cómo podría hacer que se enamorara de mí un jefe zulú?

—Bueno, evidentemente necesitas tener acceso geográfico y lingüístico a esa persona, Selin.

Corríamos por Oxford Street, la una al lado de la otra. Me quedé un momento atrás para dejar pasar a una mujer con un cochecito. Svetlana había escrito acerca de si el amor era un juego en el que podías ser infinitamente bueno, como en las novelas francesas —si se trataba de jugar correctamente tus cartas—, o si existía una suerte de corriente fluida entre ciertas personas que simplemente había que aprovechar.

—¿Así que crees que se trata de jugar tus cartas correctamente? —pregunté.

—Deprimente, ¿no? Creo que tal vez haya dos tipos de amor. Uno raro, que ocurre de forma natural entre ciertas personas. Y luego la forma más común, un amor que hay que construir.

Para mí era un misterio cómo Svetlana podía generar tantas opiniones. En cuanto recibía cualquier información, parecía formarse al instante una opinión al respecto. Entretanto, yo iba de clase en clase, leía cientos, miles de páginas repletas de ideas de los grandes pensadores de la historia de la humanidad, y no pasaba nada. En el instituto yo había tenido montones de opiniones, pero el instituto había sido como una prisión, con constantes oposiciones y obstáculos. Una vez que desaparecían los obstáculos, los significados también parecían desvanecerse. Era como describió Chéjov en «Amorcito»:

Ella veía los objetos que la rodeaban y comprendía todo lo que pasaba a su alrededor, pero no podía formarse una opinión propia sobre nada y no sabía de qué hablar. ¡Y qué terrible es no tener ninguna opinión! Por ejemplo, ves una botella, ahí de pie, o la lluvia cayendo, o un campesino en su carro, pero no sabes para qué están ahí la botella, la lluvia o el campesino, qué sentido tienen, y no lo podrías decir ni que te ofrecieran un millar de rublos.

De vez en cuando había un pasaje así en un libro y me ofrecía algo de consuelo. Pero no era lo mismo que tener una opinión.

Rodeamos la parada de metro de Porter Square. Por debajo de nosotras, al otro lado de la valla de rejilla metálica, las vías férreas y la grava húmeda resplandecían bajo las luces rosadas. Había un letrero de DUNKIN' DONUTS y un gran reloj. Cerca se oía a alguien que pedía dinero.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dijo Svetlana.

—Sí.

—¿Estás saliendo con alguien?

—No.

—¿Quién es, pues, el chico con el que te veo siempre? Ya sabes a quién me refiero. De tu estatura, pelo castaño, un chico de aspecto pulcro, muy americano.

—Ah, Ralph. Es un amigo del instituto.

—No pude sacar nada en claro por tu lenguaje corporal. Al principio pensé que había algo entre los dos, luego me dije que no. ¿Salíais antes, o algo así?

—No.

—¿En serio? ¿Por qué no? Es un chico guapo.

—No lo sé —dije—. De hecho, sospecho que es gay.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Le fascina Jackie Kennedy.

—Mmm. Interesante...

Svetlana me contó que tenía un amigo gay en el club de serbocroata, y que ella había reflexionado mucho acerca de Jackie Kennedy, Maria Callas y Marilyn Monroe: las tres eran artistas, criaturas estéticas que estuvieron próximas a hombres poderosos y fueron infelices.

Al día siguiente, cuando Ralph y yo estábamos cenando, Svetlana se acercó a nuestra mesa.

—¿Os molesta si me siento aquí? No interrumpo nada, ¿no?

—Claro, siéntate —dijo Ralph.

Svetlana dejó su bandeja sobre la mesa y nos contó que Valerie era amiga de una chica sorda llamada Patience, a la que conocía de la clase de física.

—Creo que a Val ni siquiera le cae muy bien, pero no puedes ser grosero con una chica sorda llamada Patience. Aun así, ¿es tan agotador estar con ella! De acuerdo, sabe leer los labios, pero tienes que ponerte delante de ella y

hablar con claridad y al mismo tiempo hacer todo lo posible para no dar la impresión de que estás haciéndole un favor. Con todo, a algunas personas no las entiende, así que Valerie le hace de traductora. También se ocupa de todas sus llamadas. Es muy estresante para ella. No sé cuánto tiempo podrá soportarlo.

»En cuanto a Fern, le ha salido un sarpullido en el cuello porque tiene un examen parcial de bioquímica. Siempre le salen, pero esta vez parece casi una urticaria, le baja por toda la espalda. Es bastante asqueroso, os ahorraré los detalles porque estáis comiendo. Por supuesto, se niega a ir al médico. Hola, soy Svetlana, tú debes de ser Ralph. Te daría la mano, pero me da que Fern me ha contagiado el resfriado. Esa es la otra cosa: también está resfriada. Lo siento, hablo demasiado. Es un alivio no tener que preocuparse de que te lean los labios.

Después de la cena, fuimos a la filmoteca a ver *Casanova*, de Fellini. El camino era demasiado estrecho para caminar los tres juntos, así que yo iba junto a Ralph. Hablamos de Jackie, que al principio no había querido leer las memorias de Casanova porque pensaba que era un villano, pero Cassini la convenció, y ella le escribió una encantadora nota de agradecimiento.

Después de un rato me preocupé por haber dejado sola a Svetlana y dejé que Ralph se adelantara un poco.

—Entiendo a qué te refieres cuando dices que tal vez sea gay —dijo Svetlana.

Un miedo atroz me atravesó el pecho. La sensación de haber traicionado a alguien era tan espantosa como la sensación de que te hubieran traicionado a ti. Aún peor.

—¡Svetlana!

—¿Qué? No me oye, no seas paranoica.

Visto por detrás, nada permitía saber si Ralph la había oído o no.

¿Por qué le había hablado de él a Svetlana? ¿Por qué le había dado siquiera la menor información sobre él? Se me ocurrió pensar en lo arrepentida que me sentiría si Hannah llegara a oír cómo hablaba a veces de ella. ¿Cómo se suponía que debías hablar de los demás?

Casanova, en cierto modo, parecía una película un poco vengativa, como si Fellini estuviera celoso de que el protagonista se acostara con tantas mujeres y tratase de hacerlo parecer estúpido. No entendí por qué las mujeres se reían tanto.

3. *El destino en Novosibirsk*

—Disculpe, ¿va a la granja colectiva «Chispa de Siberia»? —preguntó Nina al conductor de autobús.

Estaba en el aeropuerto de Novosibirsk.

—No —respondió el conductor—. Tiene que tomar un taxi.

—¿Vas a «Chispa de Siberia»? —preguntó alguien. Nina se giró y vio a un joven con una maleta—. Voy en la misma dirección. Vamos juntos —propuso.

—Vale —respondió Nina.

En el taxi, Nina tomó su libro de física. Sacó de entre sus páginas la carta de Ivan y la volvió a leer.

—Mira —dijo el joven, señalando por la ventana—. ¿Ves esas luces? Es el centro de la ciudad, allí vive más de un millón de personas.

—Oh —exclamó Nina.

El joven la miró.

—Veo que tienes un libro de física. ¿Eres física?

—Sí, soy estudiante de doctorado.

—Yo también soy estudiante de doctorado. Deberíamos presentarnos. Me llamo Leonid. Estudio en el Centro Científico de Irkutsk.

—Soy Nina —respondió ella—. Estudio en la Universidad Estatal de Moscú.

—¡Vaya, una moscovita! ¿Qué te trae a Novosibirsk?

—Estoy investigando la física de la locomoción de los renos —dijo Nina.

Era mentira.

Leonid se quedó pensativo.

Nina guardó silencio.

—¿Ivan Alekséievich Bazhánov? —repitió la directora de «Chispa de Siberia». Consultó un libro grande—. Aquí no hay ningún Bazhánov. Pero tenemos otro Ivan Alekséievich, su apellido es Boiarski.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí? —preguntó Nina.

—No, no mucho. Solo tres semanas.

A Nina se le aceleró el corazón. Ivan había desaparecido hacía exactamente tres semanas.

—Me gustaría verlo —dijo Nina.

—Puedes hablar con él a las cinco en punto —prometió la directora—. Ahora está en la granja experimental.

—¿Qué tipo de trabajo realizan allí? —preguntó Nina.

—Se investigan cuestiones importantes. Por ejemplo, ¿cuál es la mejor alimentación para los renos? ¿Qué zorros tienen el pelaje más cálido? Lamentablemente, las visitas a la granja están prohibidas.

—Lo entiendo —respondió Nina.

De hecho, Nina no lo entendía ¿Por qué era un secreto la investigación sobre la alimentación de los renos? ¿Acaso la «granja experimental» era en realidad un laboratorio de física nuclear? ¿Se había escondido Ivan allí bajo un seudónimo?

—Te dije que esto pasaría —le decía Angela a Hannah cuando llegué.

Las dos se volvieron a mirarme.

—Nos han robado —anunció Hannah.

Alguien se había llevado mi chaquetón, la bufanda de Harvard de Angela, una camisa de cuadros de Hannah (su camisa favorita, dijo) y todos sus calcetines. Los había estado ordenando en el alféizar de la ventana y alguien se los había llevado todos.

—Os dije que cerrarais la puerta cuando salierais. Os lo dije —repetía Angela.

—¡Solo he bajado cinco minutos al vestíbulo! Además, pensé que tú estabas aquí. ¿Cómo iba a saber que no estabas? Incluso cuando estás, te quedas ahí dentro con la puerta cerrada.

—¡Pues entonces cierra siempre con llave!

El chaquetón que me habían robado había pertenecido a mi madre. Lo había llevado durante muchos años hasta que finalmente se compró un abrigo de piel. Se lo cogí de su armario cuando tenía quince años y, cuando me lo vio puesto, dijo que podía quedármelo. Me encantaba ese chaquetón: sus hombros cuadrados, sus grandes botones y su tenue olor a perfume.

Quise contarle enseguida a Ralph lo del chaquetón, porque sabía que él me haría sentir un poco mejor. Propuso que fuéramos de compras. De todos modos, él también necesitaba algunas camisetas. Decidimos ir a Filene's Basement, toda una institución en Boston.

Desde lo alto de las escaleras mecánicas, toda la tienda se extendía a tus pies, como una especie de tapiz histórico. Luego ya estabas dentro. Hasta donde alcanzaba la vista, los clientes se peleaban por suéteres de cachemira, vestidos de fiesta para niños y pantalones con pinzas, mostrando una hostilidad primitiva que parecía amenazar los muy burgueses valores encarnados por esas prendas. Una montaña de ropa interior térmica parecía un montón de almas arrancadas de sus cuerpos. Las mujeres hundían sus zarpas en aquellas almas amontonadas, y de vez en cuando sacaban una y la sostenían colgando en el aire, flácida y abandonada.

Resultó que Ralph tenía opiniones muy específicas y detalladas sobre la ropa femenina.

—Si te compras esto, podrías combinarlo con un cesto de paja —comentó sobre una suerte de túnica.

Encontré una chaqueta de cuero de color rojo brillante, ajustada y con capucha, con un 75 por ciento de descuento. Parecía de mi talla, así que me dirigí a un espejo frente al cual solo había dos mujeres peleando por hacerse sitio. Me puse detrás de ellas y traté de ver cómo me quedaba la chaqueta. No tenía muy claro de qué me serviría eso, pues había leído en un artículo científico que la mayoría de las niñas y las jóvenes no tenían una percepción fidedigna de sí mismas cuando se miraban en el espejo. Al final me compré un abrigo negro, amorfo y largo hasta los tobillos, capaz de cubrirlo todo. Me recordaba al capote de Gógol.

La semana entera fue deprimente. Me pasé nueve horas tiritando, arrebujaada en mi abrigo gogoliano, mientras veía un documental de nueve horas sobre el Holocausto. En un momento dado pensé que me había salido un bulto en el muslo, pero resultó ser una mandarina: se había colado a través de un agujero del bolsillo y se había quedado atrapada en el forro.

«Te deseo la máxima eficiencia de todas tus vías enzimáticas, una excelente regulación funcional de tus citocinas y un alto nivel de endorfinas», me escribió mi madre en un correo electrónico enviado a las dos de la madrugada, para darme ánimos con mis exámenes parciales.

«Sería un acto de gran amabilidad por tu parte que llamaras a la tía Berna en Izmir, porque se cayó y se hizo daño en el pie. Con eso me apuntaría unos cuantos tantos. Llámala a partir de la una de la tarde, pero no mucho más tarde, porque es su hora del cóctel y no podrías hablar con ella como es debido.» Mi madre estaba terminando de rellenar un formulario para solicitar una subvención, que llevaría en coche al Upper West Side para entregarla dentro de plazo.

Angela seguía un horario especial de estudio para los exámenes parciales y cada veinte minutos sonaba estridentemente una ruidosa alarma. No se acostaba hasta las cuatro y media de la madrugada, e incluso entonces la

alarma no paraba de sonar, pero ella seguía durmiendo, como si nada. Soñé que por cada «cantidad» de pensamiento que producías tenías que «despertarte» un cierto tiempo. En mi sueño, «despertar» tenía un significado diferente.

La lluvia era constante, y caía casi en horizontal debido al viento racheado. Los paraguas se convirtieron en una especie de chiste visual. Las bibliotecas empezaron a regalar bolsas de plástico en las que se leía: UN LIBRO MOJADO NO ESTÁ MUERTO. Se suponía que esas bolsas tenían que convencerte de que no tiraras los libros mojados.

Solo un tipógrafo en todo París era capaz de descifrar las correcciones que Balzac hacía en las galeradas de sus libros.

Escribí un trabajo sobre el sufijo turco *-miş*. Por un libro de lingüística comparada supe que se describía como pasado inferencial y que existían estructuras similares en las lenguas de Estonia y el Tíbet. El pasado inferencial turco, leí, se utilizaba de diversas formas asociadas a la transmisión oral y a la comunicación de oídas: cuentos, epopeyas, chistes y chismorreos. Me di cuenta de que era verdad, aunque nunca hubiera agrupado conscientemente esas formas o tratado de articular lo que tenían en común. De hecho, era muy difícil articular lo que tenían en común, aun cuando resultase fácil seguir la regla.

Uno de los usos más comunes del pasado inferencial turco, según el libro, se daba en las frases dirigidas a los niños. De eso también me acordaba: «¿Qué parece haberle pasado a la muñeca?». El pasado inferencial permitía al orador presuponer el asombro y la ignorancia en los que vivían los niños, ese

estado en el cual todo conocimiento es esencialmente de oídas.

Había cosas del *-miş* que me gustaban: era una suerte de desconcierto integrado, era automáticamente divertido. Al mismo tiempo, era también una maldición, pues te condenaba a ser consciente de que todas tus afirmaciones representaban una potencial invasión de la experiencia del otro, de que tu propia subjetividad era una trampa explosiva y te llevaba a entrar en conflicto con las historias de los demás. Comprometía y transformaba todo lo que decías. Cambiaba, de hecho, el tiempo verbal que utilizabas. Y no podías escapar. No había manera de afrontar la vida, en turco o en cualquier otro idioma, haciendo solo declaraciones objetivas sobre observaciones directas. Estabas obligado a usar *-miş* simplemente por tu condición de ser humano, por existir en relación con los demás.

El día de Acción de Gracias fui a Nueva Orleans a visitar a mi padre. Las cosas entre nosotros iban mejor y estábamos más relajados de lo que habíamos estado en años. Creo que se debía en parte a que yo no venía de casa de mi madre, sino de Boston.

La mujer de mi padre, que también era turca pero muy adaptable a diferentes entornos, había preparado un *turducken*, un pavo deshuesado relleno con un pato deshuesado, relleno a su vez con un pollo deshuesado. Mi hermanastro, que entonces tenía cinco años, aún no se había repuesto de Halloween. Era lo único de lo que quería hablar.

—¿Y si te dicen «Truco o trato» y tú respondes «Truco» y luego toda la casa sale volando como si fuera un globo? —preguntó.

Todos reflexionamos sobre ello.

—Bueno —dijo finalmente mi padre—. Supongo que pasarías a engrosar las filas de los sintecho.

Nevaba cuando regresé a Boston. No tenía gorro ni guantes. El invierno anterior tenía guantes, pero no recordaba qué había pasado con ellos. Eran diferentes a los guantes de hacía dos años.

En la estación de tren la gente tomaba café y leía los periódicos. Me alegró ver que la vida continuaba, la auténtica vida, en la que la gente trabajaba y se mantenía despierta y trataba de hacer cosas, lo cual era el sentido y el propósito del café. Había un poema de Pasternak que reflejaba ese estado de ánimo: «No duermas, no duermas, artista». En ruso sonaba mejor, porque la palabra «artista» (*judózhnik*) tenía tres sílabas, y no dos como en inglés (*artist*), y era un anfibraco, como «ventana», o «cerrojo». «Don't sleep, don't sleep, gorilla», pensé mientras bajaba en ascensor al andén del metro.

Esta vez, cuando llegué, la ciudad me conmovió especialmente, había una atmósfera particular. Mientras iba en metro a Cambridge, pensaba en los nombres de las paradas de Boston y los reordenaba mentalmente.

Eliot, Holyoke, Copley Square,
Symphony, Wollaston, Hoosac Pier,
Marblehead, Maverick, Fenway Park,
Haymarket, Mattapan, Codman Yard,
Wonderland, Providence, Beacon Hill,
Watertown, Reservoir, Mystic Mall.

Harvard Square me parecía nueva y familiar a la vez. Tenía la sensación que podía decir, con un solo vistazo, que esa configuración de edificios y calles era familiar y significativa no solo para mí, sino para mucha gente. Era extraño ir a un barrio de la periferia, que nadie solía visitar nunca, y luego

regresar a esos célebres palacios y edificios que estadistas, escritores y científicos famosos frecuentaban desde hacía siglos.

Cuando llegué a la residencia, vi que se estaban llevando a alguien en camilla. Era Hannah.

—¡Hey, Selin! —me llamó saludándome con la mano—. ¿No es gracioso?

—No te levantes, por favor —le dijo un enfermero.

—¡Me he caído por las escaleras! ¿Puedes creértelo?

Antes de que yo pudiera responder, se tumbó, y los enfermeros prosiguieron su camino hacia la ambulancia estacionada.

Hannah pasó la noche en la enfermería. Dormí catorce horas seguidas. Al día siguiente, fui a la Army Navy Store a comprarme unos guantes. Las estanterías estaban dominadas por unas enormes manoplas típicas de Centroamérica, multicolores y adornadas con borlas. También había varios pares de guantes de cuero preciosos, pero eran demasiado caros y pequeños. Escogí unos azules de esquí y fui a mirar el calzado. Llevaba todo el año usando las mismas zapatillas de correr para hombre. Yo calzaba un 43/44 y casi nunca encontraba zapatos de mujer de ese número. En la Army Navy Store di con un par de zapatos unisex con cordones, fabricados en Polonia y de un material que parecía cartón mojado. Pesadísimos, con la punta abombada y los tacones de plástico, eran sin duda los zapatos más feos que había visto en mi vida, pero eran baratos y me iban bien.

Al día siguiente nevaba de nuevo. En el desayuno, tres personas diferentes me felicitaron por los zapatos. Me pareció que estaba soñando. En clase de ruso tuvimos que contar lo que habíamos hecho en Acción de Gracias. Ivan había estado en Canadá.

—Tu pelo se ve diferente —le dijo Grisha a Varvara.

—¿Ah, sí? Pues no he ido a la peluquería.

Él la miró entornando los ojos.

—Creo que te ha crecido.

Estudiamos algunos verbos irregulares que, según Varvara, no eran irregulares. Decía que, de hecho, su irregularidad seguía un esquema, aunque en ese esquema había irregularidades.

Después de clase, mientras iba caminando hacia el edificio de arte, mirándome los zapatos y preguntándome si podría perderlos de algún modo, oí una voz detrás de mí.

—¡Sonia! —Era Ivan, que me tendía una especie de pantufla azul y flácida—. Se te ha caído esto.

Ví que era uno de mis guantes de esquí nuevos.

—Oh, no —dije—. Así que ya estoy intentando perderlos...

—¿Estás intentándolo? ¿Es que es tan difícil?

—Se ve que lo hago de manera inconsciente —expliqué.

—Ajá —dijo—. Siento haber interferido en tus planes.

—Es igual. Los perderé más tarde, cuando no estés.

—Sea como sea, la próxima vez que se te caiga algo, por si las moscas, no lo recogeré.

Cuando pasó el primer tercio del año académico, les dije a Angela y a Hannah que era el momento de cambiar de habitación. Como Hannah no quería mover sus cosas, yo me instalé en la individual. De hecho, Angela se hizo de rogar y le llevó dos días hacer la mudanza. Lo sentí por ella, pero no demasiado.

El trabajo final para el curso de Mundos Construidos consistía en construir un mundo. Decidí escribir un relato e ilustrarlo. El relato, como todos los que escribía entonces, se basaba en una atmósfera insólita que me había

impresionado en la vida real. Pensaba que escribir trataba de eso: inventar una cadena de acontecimientos que de alguna manera pudiera explicar cierto estado de ánimo, para saber qué llevó a ello y cuál fue el resultado.

La atmósfera sobre la cual quería escribir me había impresionado unos años atrás, cuando mi madre y yo fuimos de vacaciones a México. Algo fue mal con el autobús que debía trasladarnos de vuelta al aeropuerto. No nos llevó al aeropuerto, sino al patio de azulejos rosas de un extraño hotel, de cuyos altavoces salía el *Adagio* de Albinoni. Algo nos cayó sobre los brazos, y al mirar hacia arriba descubrimos que eran cenizas. Yo estaba leyendo *La peste* de Camus —era mi libro de playa—, y tenía la sensación de que nos quedaríamos para siempre en aquel patio de azulejos rosas, incapaces de salir de allí.

Quería escribir un relato que recreara ese estado de ánimo —un hotel rosa, Albinoni, cenizas, la imposibilidad de irse— con un estilo apremiante y solemne. En realidad, en aquel patio solo habíamos estado tres horas. Yo era una adolescente estadounidense, el tipo de persona menos interesante y solemne del mundo, y estaba allí con mi madre. Era un ejemplo de manual de no-acontecimiento: el vuelo de unos cuantos norteamericanos se había retrasado. En mi relato, los personajes se quedarían atrapados allí mucho tiempo, por un motivo real y legítimo, como una enfermedad. El hotel estaría en algún lugar muy lejano, como Japón. La dirección del hotel se disculparía por que el *Adagio* de Albinoni sonara sin descanso en los pasillos y en el vestíbulo, pero se debería a un problema técnico persistente y de difícil solución.

Aunque en el plan de estudios Mundos Construidos se describía como una asignatura práctica, Gary pensaba que crear obras artísticas en clase suponía

un desperdicio de horas lectivas. Tendríamos que aprender a buscar tiempo libre para el arte, como los verdaderos artistas. Y no se nos permitía utilizar los materiales de la universidad. Eso también era como en la vida real.

Fui a comprar a la tienda de arte. Todo era demasiado caro. Terminé en una papelería, donde compré dos paquetes de papel de impresora rosa brillante con el que cubrí las paredes, el suelo y los muebles de mi nuevo dormitorio. Eso me permitiría tomar fotografías como si las hubiera hecho en un hotel rosa. Todos los que pasaban un rato en mi habitación acababan un poco mareados por culpa del pegamento que había empleado. Svetlana decía que no se imaginaba cómo podía vivir así.

—¿Te das cuenta de que ahora eres tú la persona enferma en un hotel rosa?
—me dijo.

4. Un romance de laboratorio

Un joven alto estaba esperando fuera de la oficina. Nina solo lo vio de espaldas, pero lo reconoció de inmediato.

—¡Ivan! —gritó.

El hombre se dio la vuelta.

No era Ivan, al menos no el Ivan de Nina.

—Disculpe —dijo Nina, sintiéndose avergonzada—. Busco a un amigo mío, Ivan Aleksiéovich Bazhánov, pero ya veo que no es él.

El hombre sonrió.

—No, soy Ivan Aleksiéovich Boiarski. Tengo el mismo nombre y el mismo patronímico, pero mi apellido es otro.

—Me he equivocado —dijo Nina—. Perdóneme. Adiós.

—¿Adónde va?

—Al Laboratorio de Cosmología y Física de Partículas Elementales de Novosibirsk.

—Está a tres kilómetros de aquí y además lleva una maleta —observó Ivan Boiarski—. Vamos en mi tractor.

En Siberia la gente era amable.

Nina llamó a la puerta del laboratorio del tío de Ivan. La puerta la abrió... ¡Leonid, el joven del taxi!

—¿Nina? ¡Qué alegría! Pero no lo entiendo... ¿Qué haces aquí?

—Estoy aquí porque... porque el profesor Bazhánov es pariente mío —mintió Nina—. Y tú, Leonid, ¿por qué estás aquí?

—He venido a este laboratorio para investigar las propiedades eléctricas del permafrost.

—Qué interesante —dijo Nina—. ¿Está aquí el profesor Bazhánov?

—No, ahora están todos en el campamento de hielo.

—¿Puedo esperar aquí?

—Por supuesto. Siéntate, por favor.

Pero Nina no podía estar sentada. Se puso a andar por la habitación.

En el laboratorio había tres escritorios. En el primero había una placa con la inscripción: A. A. BAZHÁNOV. Era el tío de Ivan. En el segundo había una placa con el nombre de una mujer: G. P. USTINOVA. Y sobre la mesa de Ustínova había una fotografía de Ivan: ¡el Ivan de Nina! Cuando Nina leyó el nombre de la placa del tercer escritorio, apenas pudo creer lo que veían sus ojos: I. A. BAZHÁNOV. Eran las iniciales de Ivan. ¡Y en el escritorio estaba su cuaderno! Sobre él, había una nota:

Ivan:

Me retrasé en el observatorio. Perdóname. Iré a buscarte más tarde al campamento de hielo.

Tu Galia

¿«Tu Galia»? Nina tuvo un mal presentimiento.

—Dime, Leonid. ¿Quién es G. P. Ustínova?

A Leonid se le ensombreció la cara.

—Galina Petrovna es nuestra geoquímica —dijo—. Antes la conocía muy bien. ¿Sabes?, tenemos en el laboratorio a «dos tortolitos»: acaba de casarse con Ivan Aleksiéovich, que también trabaja aquí. Ahí, en el escritorio, está su fotografía.

—¡Oh! —Nina miró la fotografía de Ivan—. Es un chico muy guapo. Pero debes perdonarme, Leonid. Tengo que irme.

—¿Qué? ¿No estabas esperando a tu pariente, el profesor Bazhánov?

—Lo siento. No puedo esperar más. Por favor, no le digas a nadie que he estado

aquí.

Antes de que Leonid pudiera añadir algo, Nina había desaparecido.

*

¡Hola, Selin!

Vi tu mensaje sobre la película iraní, pero ya son las siete de la tarde. ¡Ay! El fin de semana me está yendo bien, salvo por el hecho de que estoy un poco enferma y aún tengo que leer una montaña increíble de textos. Y mañana me toca el examen de taekwondo. Ayer intenté trabajar en un proyecto de arte, pero resulta difícil con la presión del tiempo y la falta de intimidad. Val y Fern me caen muy bien, pero necesito estar sola cuando me siento inspirada para hacer mis cosas. Bueno, en fin. Espero que te guste la película y que no vaya sobre campesinos iraníes que cultivan patatas. Siento no poder acompañarte.

Tu Svetlana

P. D.: Por cierto, soñé que tú y yo nos disparábamos balas de pintura con pistolas de juguete en medio de Memorial Drive y que nos divertíamos mucho.

*

Hola, Selin:

Me han dicho que has pasado por aquí, pero estaba durmiendo como un tronco. He estado enferma, aunque ahora me encuentro bastante mejor. ¿Hay algún pase de la película más tarde de las 19.30? Si no, vendré al de las 19.30, pero si hubiese uno un poco más tarde me iría mejor, porque estoy intentando acabar algunas lecturas.

Mmm, veo que has estado estudiando russki. Estoy impresionada. Aparte del texto sobre Carlomagno, ya he terminado todas las lecturas. ¡Urra! ¿Se escribe así o con «h»? De todas formas, también veo por este trabajo académico que estás a punto de volver a meterte en problemas porque no estás de acuerdo con las ideas de tu libro de lingüística. Ay... algunas cosas nunca cambian, ¿verdad?

Hoy he donado sangre, y mientras estaba allí tumbada tuve la extraña fantasía de que me estrangulaban con un tubo de sangre que se retorció como un intestino viscoso. Me asusté enormemente. Quién sabe adónde va la sangre que te extraen. La mía terminará en el cerebro de otra persona. La sangre que alimenta mis

pensamientos alimentará los pensamientos de otro. Qué penetración tan extraña. De todas formas. Me apetecía mucho hablar contigo, pero supongo que habrás salido a hacer quién sabe qué clase de disparatado proyecto en mitad del frío, la oscuridad, la lluvia... Avisame de a qué hora es la película. Estaré en mi habitación... leyendo...

Tu Svetlana

*

Hola, Selin:

Ni aunque me matasen podría ir al cine esta noche. Aún tengo que leer ciento ochenta páginas sobre el Renacimiento carolingio, y eso no es nada bueno. ¡Ay! Nuestros planes cinematográficos parecen condenados al fracaso, ¿no? Y todo por mi culpa. Me carcome la mala conciencia, algo con lo que tú estás muy familiarizada (ja, ja). Te diría que fuéramos el viernes a ver el Gógol, pero ya he aprendido que es mejor no prometer nada.

Este papel rosa es bastante guay, por cierto. Espero que no te moleste que te haya cogido un trozo con la vulgar finalidad práctica de escribirte esta nota. (Escogí a propósito una hoja que ya estaba rasgada.) Y para ponerte al día de mi vida onírica: soñé que mi hermana tenía un accidente en clase de yoga y que alguien decía que parecía una ardilla en una licuadora. Bastante raro, ¿eh?

Oh, ahí estás, con tu genial suéter amarillo. Admiro tus colores chillones.

Svetlana

Como andaba corta de dinero, presenté una solicitud para trabajar en la biblioteca. Cuando se lo conté a mi madre, se hizo un largo silencio al otro lado del teléfono y, antes incluso de que dijera algo, noté que estaba furiosa. La razón por la que ella trabajaba tanto era para que yo pudiera dedicarme a mis estudios sin preocuparme del dinero; si necesitaba más, lo sacaría de su plan de pensiones y me mandaría un cheque; y si quería sentirme útil a la sociedad, no había nada como el voluntariado. De repente me sentí avergonzada por haber querido más dinero. ¿Dinero para qué? ¿Para más zapatos feos, para más películas deprimentes?

Por el sentimiento de culpa, la costumbre de escuchar a mi madre y mi interés en el aprendizaje de idiomas, me ofrecí voluntaria para enseñar inglés como segunda lengua en un programa de formación para adultos en una zona de viviendas sociales. Resultó que ya tenían suficientes profesores de inglés y que necesitaban gente que enseñara matemáticas para los exámenes de equivalencia de secundaria. No es que eso me interesara especialmente, pero nadie dijo nunca que hayamos venido a este mundo para divertirnos.

Para llegar a las viviendas sociales, había que tomar un autobús de enlace hasta la facultad de medicina, bajar y ponerse a andar hasta dejar atrás unos quince hospitales y luego, literalmente, cruzar las vías de tren. Nunca había estado en un barrio así, y esperaba que los bloques parecieran precarios o chapuceros, pero había algo terrible en su solidez institucional. Se veía que los edificios siempre habían sido deprimentes, tanto en su diseño como en su construcción, y que continuarían siéndolo durante siglos hasta que algo más poderoso los derribara. Los terrenos llenos de hierbajos descuidados parecían una cortinilla de pelo en la cabeza de un calvo que no quisiera enfrentarse a la realidad. Todas las superficies estaban cubiertas de grafitis. No había nada en ellos colorido o alegre: se repetía una y otra vez el mismo garabato ilegible, como un pensamiento desagradable que no te puedes quitar de la cabeza.

Las aulas estaban situadas en un edificio de viviendas con una estufa abandonada en el patio delantero. Subí a las aulas destinadas a los programas de formación para adultos. Había una «recepción» con una mesa y unas sillas diminutas para niños, aunque ningún niño participaba en el programa. Sobre la mesa había un formulario de registro, una planta araña muerta y una araña muerta. En un estante del armario había una pila de cuadernos escolares de tapas jaspeadas y una caja de lápices Ticonderoga sin punta.

Mi alumna, Linda, llegó diez minutos tarde. Era delgada, más o menos de mi edad, llevaba los labios pintados de color lila metálico y las uñas esmaltadas

a juego. Me entregó una hoja de papel doblada. La abrí y la leí: «Linda necesita ayuda con las fracciones».

Entramos en la más pequeña de las dos aulas y nos sentamos a una mesa plegable. Me enseñó la página del libro que tenía que aprender. Era una tabla para formar fracciones.

| Numerador | Denominador | Fracción |
|-----------|-------------|---------------|
| 1 | 2 | $\frac{1}{2}$ |
| 1 | 3 | $\frac{1}{3}$ |
| 1 | 4 | $\frac{1}{4}$ |

Parecía como si ya se supiera la tabla, porque cuando escribí otros numeradores y denominadores, como el 2 y el 3, supo colocar los números correctamente uno encima del otro: $\frac{2}{3}$.

—Exacto —dije.

Linda suspiró y miró por la ventana.

—Simplemente no entiendo para qué sirve esto —dijo.

Era una sensación con la que me identificaba mucho. Dejé la tabla a un lado y traté de explicarle la utilidad de las fracciones. Empecé dibujando un círculo en el cuaderno y le dije que era un pastel. Pareció molesta. Recordé que el director del programa, un estudiante de último curso que trabajaba con adultos desfavorecidos desde que iba al instituto, me había dicho que, cuando enseñabas matemáticas, siempre convenía hablar de dinero, porque eso demostraba que las matemáticas eran importantes en la vida cotidiana. Pasé a otra página en blanco del cuaderno y le expliqué que el numerador uno y el denominador cuatro representaban un cuarto de dólar, y que cuatro cuartos sumaban un dólar. Por tanto, era útil saber dividir algo en partes y hablar de esas partes.

—Es probable que a menudo ya pienses en fracciones —dije—. Solo se trata de aprender los términos correctos.

Linda volvió a suspirar.

—Quizá esto sea importante para ti —replicó—, pero para mí no. Tengo cosas más importantes en las que pensar.

Asentí mientras reflexionaba sobre qué debía responder.

—Al fin y al cabo —dije— es importante para que obtengas el certificado de secundaria. Para aprobar el examen final tienes que saberte las fracciones.

—Na-ah —dijo y siguió mirando por la ventana.

Yo también miré por la ventana. Vi un contenedor de basura y unas palomas. Había empezado a llover.

—¿Qué quieres decir con «na-ah»?

—Na-ah —repitió—. En el examen no preguntan nada de pasteles. Preguntan lo que sale en el libro. Mi profesor nunca habla de pasteles.

Reflexioné sobre ello. Pensé en el examen. Le dije que no hablaríamos más de pasteles y que nos limitaríamos a estudiar lo que estaba en el libro. Pasé la hoja de nuevo. «Ahora ya sabes todo lo necesario para simplificar fracciones —leí—. En lugar de dos cuartos, escribe: un medio.» No había ilustraciones, ni explicaciones, ni nada que indicara por qué dos cuartos era igual a un medio. Bajo el epígrafe «Ejercicios» había toda una lista de fracciones para simplificar. Resultaba terriblemente intimidante tratar de explicar cómo simplificar fracciones sin hablar de pasteles o de dinero.

—Dado que ya te has aprendido la tabla quizá deberíamos dejarlo por hoy —sugerí.

Linda no contestó. Me pregunté si «dejarlo por hoy» sería una expresión elitista que solo utilizaba la gente rica.

—Tal vez deberíamos irnos a casa —dije—. Hasta la semana que viene.

Asintió, metió el libro en el bolso y se fue.

—Sabes que no tienes que defender las fracciones ante ella, ¿no? —dijo Svetlana—. En realidad no quieren que lo entienda, solo quieren que se aprenda de memoria el libro.

Cuando llegué a mi habitación, encontré a Svetlana sentada a mi escritorio toda concentrada en escribir algo en una hoja de papel rosa. Cuando entré, no levantó la vista. Miré por detrás de su espalda y leí que me estaba escribiendo una nota para anular nuestra cita para ir a ver juntas *El acorazado Potemkin*. Su mano izquierda jugueteaba con el collar que llevaba puesto: una ristra de pesadas cuentas de ámbar.

Firmó con su nombre, trazando una S caprichosa, y me entregó la hoja.

—Te he escrito una nota —dijo.

En lugar de ir a ver la película, fuimos a su habitación y nos sentamos en la cama a leer «Nina en Siberia». Era cómodo leer en ruso con Svetlana, porque se sabía todo el vocabulario por el serbocroata y bastaba con preguntárselo a ella, en vez de consultar el glosario.

La historia era confusa y triste. Nina descubría que Ivan estaba trabajando en el laboratorio de su tío y que se había casado con una geoquímica. Pero eso tampoco era seguro, porque Nina no había hablado con él: solo había visto una placa con su nombre en su escritorio y una nota de su mujer.

—¿Quién escribe estos textos? —pregunté.

En la cubierta del libro no figuraba ningún nombre, solo aparecía el título: *Lectura de ruso para principiantes*.

—No lo sé —dijo Svetlana, y volvió a su manual de psicología.

Tomé mi edición crítica de Norton de *Casa desolada*, de 1.020 páginas. El libro te absorbía y repelía al mismo tiempo, como un sueño increíblemente largo de otra persona. Por enésima vez leí la misma frase:

Vholes añade, como cláusula adicional a esta declaración, que el señor Carstone está a punto de incorporarse a su regimiento y que este debería dignarse entregarle una letra de veinte libras contra su banquero a cuenta de lo que le debe.

Una y otra vez Vholes debía añadir una cláusula sobre el señor C. y el dinero. Una y otra vez, el señor C., su banquero, las veinte libras a cuenta... Tal vez.

Svetlana estaba subrayando algo sobre la desindividuación mientras su mano izquierda jugueteaba con el collar de ámbar.

—Es un collar precioso —dije.

—¿Eh? —dijo.

Decidí que tenía que hacer que levantara la vista.

—El collar que llevas —repetí—. Es precioso.

—Ah, ¿este? Me lo regaló mi psicoanalista.

Cuando mencionó a su psicoanalista, entendí que me había salido con la mía y que Svetlana dejaría de leer para hablar conmigo.

Su psicoanalista había asistido a una conferencia en Moscú por Acción de Gracias. Era la primera vez que viajaba a Europa del Este y todo le había recordado a Svetlana. No había parado de conocer a otras mujeres de nombre Svetlana, la mayoría psicoanalistas como él, aunque una de ellas trabajaba en una agencia de viajes. En una joyería, delante de un mostrador de bisutería de ámbar, se había planteado si sería poco profesional comprarle un regalo a Svetlana. Se lo consultó a una colega, una Svetlana rusa, que lo había acompañado para ayudarle a elegir un regalo para su mujer. La Svetlana rusa lo animó a seguir su impulso de generosidad.

—No es nada del otro mundo —dijo Svetlana—. Como me dijo él mismo, el collar costaba una cincuentaava parte de lo que le he pagado en facturas desde septiembre. En cualquier caso, lo cubre todo mi seguro. Así que, en

cierto modo, este collar es un regalo de la Cruz Azul de Massachusetts.

Como no tenía ganas de seguir leyendo *Casa desolada*, le pregunté por su seguro médico. Mientras le preguntaba, pensé para mí que *Casa desolada* trata principalmente sobre papeleo administrativo aburrido, así que ¿por qué no me leía el libro en lugar de preguntarle a Svetlana por su aburrido papeleo administrativo? Svetlana abrió mucho los ojos. Dijo que había una casilla en el formulario del seguro reservada para anotar el diagnóstico de los problemas mentales y que ella había visto su número. Era una cifra de cuatro dígitos que correspondía a un cuadro clínico del DSM-IV, el manual de diagnóstico psiquiátrico.

—Imagínatelo —dijo—. Cuatro números. Todo está ahí: ese es el mal que te aqueja.

Le pidió a su psicoanalista que le dijera qué significaba ese número, pero él se negó. Dijo que las palabras del DSM no servían para nada, que las únicas que contaban eran las que ellos dos se decían en las sesiones de terapia. Pero Svetlana, sirviéndose de un truco mnemotécnico, memorizó los cuatro dígitos, se le quedaron grabados en la memoria. Más tarde fue a la biblioteca de ciencias y encontró el DSM-IV.

—Me dirigí hacia las estanterías y lo vi allí —dijo—. Dos gruesos volúmenes encuadernados.

—¿Y?

—Y... no lo miré. Me fui de la biblioteca. De pronto ya no me interesaba.

Empecé a olvidarme de cosas que había leído. Lo noté por primera vez en la clase de conversación de ruso. Llegué tarde, ya estaban leyendo en voz alta. Ivan empujó su libro hacia mí y me señaló el fragmento por el que íbamos. En la frase en que Nina miraba por la ventana y pensaba en Leonid, Ivan se

inclinó hacia mí y me dijo:

—Parece que siempre está pensando en hombres.

—¿Perdona?

—Primero piensa en Ivan, luego en Leonid. Siempre piensa en hombres.

—Ah, sí —dije—. Qué extraño.

Ivan y yo teníamos que representar una escena ambientada en Novosibirsk, una escena que yo había leído y sobre la que había reflexionado, pero de repente no recordaba nada de lo que tenía que decir. Además, no podía consultar mi libro porque me lo había olvidado en la habitación. Me quedé parada, llena de miedo, y solo recordé que le habían dado malas noticias a Nina.

—Ivan, quédate ahí y espera a Sonia —dijo Irina—. No, así no, de espaldas a ella. Sonia, acércate a Ivan. No, no como si estuvieras en un funeral... Tienes prisa. Así.

Ivan estaba de cara a la ventana e Irina corrió hacia él; primero absorta en sus pensamientos, luego entusiasmada:

—¡Ivan!

Me horroricé. No recordaba ningún encuentro entre Nina e Ivan. ¿Cómo había podido olvidarme de algo así?

Irina se volvió hacia mí.

—Ahora te toca a ti, Sonia.

Yo también crucé la habitación y traté de parecer alegre.

—¡Ivan! —exclamé.

Ivan se dio la vuelta. Su semblante era del todo inexpresivo.

—Buenos días —dijo.

—¿Ivan? —pregunté—. ¿De verdad eres tú?

—Soy Ivan, sí. ¿Nos conocemos?

—¿Como que si nos conocemos? Pensé que éramos amigos.

—Sonia —dijo Irina en tono de reproche—. ¿Has hecho los deberes?

—Sí, claro —respondí—. Pero, no sé por qué, me he olvidado de cómo seguía el relato.

Suspiró.

—Léelo otra vez y refréscate la memoria. ¡Rápido!

Ivan me pasó el libro. Mientras lo leía, recordé que ese no era el auténtico Ivan, sino otro Ivan de nombre casi igual. ¡Qué detalle tan estúpido para meter en un relato!, pensé.

—Oh, perdona —dije—. Estoy buscando a Ivan Bazhánov. Pero tú eres otro Ivan.

—Sí, soy Ivan Boiarski —dijo Ivan—. No nos conocemos.

—Me he equivocado —dije—. Lo siento. Me tengo que ir.

—Está bien —dijo él—. Te llevaré con el tractor.

—Gracias —respondí—. En Siberia la gente es muy amable.

No tenía ganas de ir a Mundos Construidos, y entonces vi un letrado de la Cruz Roja y me acordé de que Svetlana había donado sangre. Pensé que podría saltarme una parte de la clase si yo también lo hacía. Seguí los letrados hasta el entresuelo del edificio de lingüística, que había sido dividido en cubículos con pantallas de plástico azules.

—Por favor, siéntate y no te muevas, te extraeré un poco de sangre —dijo una enfermera en tono inexpresivo mientras se levantaba y se acercaba. Se inclinó sobre mí, me apartó un poco el pelo y luego oí un chasquido—. Es una nueva técnica —dijo—. Extracción de sangre de la oreja.

La enfermera me enseñó un mapa del mundo mimeografiado, en colores violetas y borroso, y me preguntó si en los dos últimos años había estado en alguna de las zonas marcadas. No era un mapa grande: toda Turquía tenía el

tamaño de un grano de uva. La parte inferior estaba marcada.

—¿Eso es todo el sur de Turquía? —pregunté.

Contestó que era solo Anatolia suroriental.

Le dije que había estado en la Anatolia centromeridional. Dijo que eso no era importante desde el punto de vista médico. Luego me preguntó si había mantenido relaciones sexuales con un hombre que hubiese mantenido relaciones sexuales con otro hombre después de 1977, o aceptado drogas o dinero a cambio de sexo, o si había suministrado drogas o dinero a cambio de sexo.

—Déjeme que la interrumpa en este punto —dije. Me miró expectante—. A ver, no he mantenido relaciones sexuales con nadie —expliqué.

Me miró con dureza por encima del borde de sus gafas.

—¿Has mantenido relaciones sexuales con alguien que hubiese mantenido relaciones sexuales a cambio de drogas o de dinero?

Abajo, unos estores cubrían las ventanas de cristal. Me tumbé en una camilla. Había una ficha pegada al techo: «Pregunta de cultura general: Desde la perspectiva del Polo Norte, ¿la Tierra gira en el sentido de las manecillas del reloj o en sentido contrario?».

—Buenas venas —observó la enfermera.

—Oh, gracias —dije.

El pulso en mi brazo se ralentizó, se me enfriaron las manos. Pensé en el mapa mimeografiado, en el mapa de Anatolia, y en qué sentido giraba la Tierra. Al final di con la respuesta gracias a la canción de *La bella y la bestia*, en la que «beauty and the beast» rimaba con «rising in the East». Se acercó una figura blanca que parecía una cometa.

—Algunas personas necesitan un poco más de tiempo —dijo una voz.

El tiempo pareció volverse suave y viscoso. El chico de la camilla de al lado, que había llegado después de mí, ya se iba. Ya había llenado su bolsa de

sangre. ¿Lo ves, corazón mío? ¿Lo ves? ¿Puedes aprender? ¿Qué puedes aprender? Me encontré pensando en Nina, que siempre pensaba en los hombres, y luego pensé en pensar en Ivan y sentí que se me aceleraba el pulso. Tal vez así conseguiría acelerar el proceso.

—¿Es tu primera vez? —preguntó una mujer.

—Sí —respondí.

—Me lo imaginaba.

No había sentido la aguja cuando estaba en mi brazo, pero la sentí cuando me la quitaron.

Linda llegó tarde a nuestra segunda clase. Me senté en una de las sillitas infantiles y miré a través de la ventana agrietada el contenedor de basura, dentro del cual ahora había un sofá. Cuando sentí calambres en las piernas, me levanté, inspeccioné la planta araña y tiré las hojas muertas a la basura. Luego recorrí las tres salas destinadas al programa de formación para adultos: primero a través del pasillo oscuro, y luego a través de las dos aulas contiguas y la recepción. Seguí repitiendo el mismo recorrido, como si fuera un pensamiento martirizante.

Al cabo de cuarenta minutos, finalmente apareció Linda. Entramos en la clase más pequeña y nos sentamos a la mesita de picnic. Se dejó caer sobre una silla como si llevara días sin sentarse. Le pregunté qué material nuevo había en su libro de fracciones. Pasó las páginas con sus garras color púrpura y plata y me dio el libro. Estaba abierto por una lección sobre cómo convertir «números mixtos», como $2\frac{1}{2}$, en «fracciones impropias», como $\frac{5}{2}$.

Sabía que era mejor abstenerse de dibujar tres pasteles. Pensé qué maravilloso sería en ese instante comerme un trozo de pastel. Traté de pensar en la manera más fácil de memorizar estos ejercicios.

—No es tan difícil —dije—. Solo tienes que multiplicar el número de abajo por el número de la izquierda. Luego sumas el número de arriba, ¡y ya está!

Siguió un largo silencio.

—Tengo cosas mucho más importantes de las que preocuparme —dijo Linda—. No tienes ni idea.

—Tu examen también es importante, ¿no? —dije.

Me miró fijamente.

—¿Y tú quién eres? ¿Qué haces todo el día? ¿Es este tu trabajo?

—Soy... soy estudiante —dije.

El director del programa nos había remarcado que en ningún caso debíamos mencionar que íbamos a Harvard y que lo negáramos si nos lo preguntaban directamente; pero no nos había dicho quiénes debíamos decir que éramos.

—¿Una estudiante? —Pareció sorprendida—. ¿Estudias esta tontería?

—Bueno, no exactamente. Estudio otras cosas. Pero hace algún tiempo aprendí las fracciones, sí.

Movió la cabeza.

—¿Entiendes lo que quiero decir? No tengo tiempo para esto.

—Entiendo lo que quieres decir —respondí—. Pero, al fin y al cabo, tienes elección, ¿no? Si no quieres venir, no tienes por qué hacerlo. Pero si quieres venir, tenemos que aprender las fracciones.

—¿Elección? —Resopló con desdén—. Aquí nadie tiene elección. El profesor dijo que tenía que venir.

Me preguntó dónde estaba Ethan. Ethan era su otro tutor. Le dije que a él le tocaba los martes y me preguntó por qué no podía venir también los viernes. Le dije que era lo que había.

Suspiró.

—Al menos él no es estudiante —dijo, lo cual no era cierto.

Yo también suspiré.

—¿No tienes deberes para repasar?

Después de un largo silencio, sacó una hoja de papel rasgada: ejercicios de suma de fracciones. Eran deberes y los había hecho. Se los corregí con un lápiz mientras ella miraba por la ventana. De diez sumas había hecho bien cuatro. Le devolví la hoja y le expliqué lo que había hecho mal. No me miró ni reaccionó. Apunté algunos ejercicios nuevos, parecidos a aquellos en los que había cometido errores.

—¿Quieres trabajar en estas sumas el resto de la hora? —pregunté.

Seguía sin mirarme, pero al cabo de un minuto o así tomó la hoja y empezó a sumar las fracciones. Ahora era yo la que miraba por la ventana. El rasguño del penoso lápiz y el chasquido de su chicle.

5. Trabaja duro, olvídalo todo

Cuando Nina salió del laboratorio, la nieve y el cielo se volvieron de color azul oscuro. A lo lejos se veían las luces de la granja colectiva «Chispa de Siberia». Caminó en esa dirección mientras se preguntaba qué debía hacer. ¿Volver a Moscú? Pero Moscú solo le recordaría las cosas que quería olvidar...

Nina llamó a la puerta de la granja. Deseaba preguntarle algo a la directora. Quería trabajar allí durante unas semanas.

La directora se puso muy contenta.

—Los buenos trabajadores son siempre bienvenidos aquí —respondió.

Nina trabajaba mucho y apenas se detenía a pensar, ni en Ivan ni en la física. Incluso había perdido su libro de física. Daba lo mismo. Cuidaba a los dóciles renos y a los lustrosos zorros. ¡Qué alegría trabajar duro y olvidarse de todo!

Nina se hizo amiga de Ivan Boiarski (al que llamaba Ivan-2) y de su hermosa esposa ucraniana, Ksenia. A veces Nina se preguntaba: ¿Qué habría pasado si Ivan-2 no estuviera casado? ¿Se habría enamorado de él? Qué extraño... ¿Por qué estaban casados todos los Ivanes del mundo?

Pasaron las semanas. Llegó Nochevieja. Nina, Ivan-2, Ksenia, la directora y todos

los trabajadores bebieron champán soviético. «¡Feliz Año Nuevo!», se desearon unos a otros.

Una oscura noche de invierno, la directora fue a decirle a Nina que tenía una visita.

«¿Quién será?», pensó Nina.

En la oficina la esperaba Leonid. Tenía el libro de física de Nina en la mano.

—¡Leonid! —exclamó Nina—. ¿Cómo me has encontrado?

Svetlana le había preguntado a su psiquiatra cuánto tiempo tardaría en curarse. Según él, la pregunta era equivocada. Al parecer, uno nunca se «curaba» del todo. Entonces ella le preguntó cuánto tiempo le llevaría funcionar con normalidad, y él respondió que dos años. Al principio, dijo Svetlana, le pareció una eternidad, pero cuando se detuvo un rato a pensarlo entendió que no era tanto.

—¿Qué significa «funcionar con normalidad»? —pregunté.

—Ser capaz de enfrentarse al pasado. Tener una vida sexual normal. No pasarse despierto toda la noche con ataques de ansiedad.

—Oh. ¿La mayoría de la gente es capaz de enfrentarse al pasado y tiene una vida sexual normal?

—Sí, creo que la mayoría de la gente sí —dijo—. Y si hay alguien capaz de eso, esa debería ser yo. En el fondo tengo un talento para el bienestar psicológico. Lo sé.

Asentí. Yo también pensaba que tenía talento para el bienestar psicológico.

En el periódico de la universidad leímos que un estudiante de primer año se había tirado desnudo por una ventana de la tercera planta del edificio de psicología. Su caída la había amortiguado un ventisquero de nieve y ahora estaba en la enfermería, donde lo estaban tratando de una hipotermia. No se

mencionaba su nombre, pero al mediodía todos los estudiantes de primer año sabían que era un tal Ethan que vivía en Pennypacker Hall.

En una novela de Dickens, pensé, el tal Ethan que se había tirado por la ventana resultaría ser el mismo Ethan que daba clases a Linda. Pero como esto era la vida real, lo más probable era que se tratase de otro Ethan. Desde luego, no faltaban los tipos llamados Ethan.

Sin embargo, después de comer recibí una llamada del director del programa, pidiéndome que sustituyera al otro tutor de Linda, que no se encontraba bien. Le respondí que a esa hora tenía clase. Me explicó que habíamos contraído un compromiso con los estudiantes de esa comunidad, que hacían muchos sacrificios para cambiar sus vidas. Nosotros también teníamos que hacer sacrificios, darles un buen ejemplo, porque ya les habían decepcionado demasiadas veces en el pasado. Todo lo que decía sonaba muy lógico, pero pensé que no era justo que me gritara. Después de todo, no era yo quien me había tirado por la ventana.

Linda preguntó tres veces qué le había pasado a Ethan.

—Se tiró por una ventana —dije al final—. Pero no te preocupes, está bien.

—¿Por una ventana?

Se volvió y miró por la ventana, como si también estuviera pensando en tirarse por ella.

Linda tenía que aprender a restar fracciones. ¿Por qué siempre es más difícil restar que sumar?

Una llovizna gélida se arremolinaba alrededor cuando salí del edificio y me dirigí a la parada del autobús de enlace. El autobús no iba tan lleno como de costumbre. No encontré asiento, pero tenía suficiente espacio para sacar el walkman, y de vez en cuando podía mirar afuera por entre las cabezas de los

otros pasajeros, lo que me ponía de buen humor. Era extraño lo poco que bastaba para hacerte sentir bien o mal, aunque las circunstancias básicas de tu vida siguieran siendo las mismas.

De alguna manera todo cambió repentinamente, y me encontré tirada en el suelo, cara a cara con unas botas y un envoltorio de papel de plata que contenía un molusco de chicle. Mi walkman estaba un poco más lejos: la tapa del reproductor se había abierto y las ruedas giraban. Unos cuantos pasajeros también estaban tirados por el suelo, como naranjas caídas de una bolsa de papel.

El autobús había chocado con un Mercedes que iba delante. El conductor del Mercedes se bajó y se acercó a la ventanilla para gritarle al conductor del autobús. Este también se bajó para gritar mejor. Miré afuera y vi que ya casi habíamos llegado al Central Square. Me abrí paso hasta la parte delantera, salí por la puerta del conductor y me encaminé hacia la universidad.

Pronto la aguanieve se transformó en una hermosa nieve y de repente todo pareció más importante y significativo. La cantina estaba cerrada desde hacía una hora, así que fui a la tienda a comprarme un yogur y una chocolatina. En la tienda todo parecía muy bien organizado y claro: la máquina de refrescos, los estantes refrigerados con los yogures, la luz roja del lector del código de barras.

Al día siguiente, llamé al director del programa y le comuniqué que no quería dar más clases de matemáticas.

—Tienes que recordar que no todo el mundo puede estudiar en Harvard — dijo—. Tienes que aprender a ver la realidad desde el punto de vista de los otros. Una chica blanca, privilegiada, de clase alta, más joven que tú, va al lugar donde vives y te dice: «Tienes que saber esto, aquello y lo otro, y entonces podrás pertenecer a mi círculo». ¿Confiarías en alguien así de inmediato?

Lo medité un instante.

—No lo sé —respondí—, pero estoy harta de las matemáticas. Si necesitáis profesores de inglés como segunda lengua, avísame.

—Se necesita tiempo para construir una buena relación —dijo.

—Voy a colgar ahora mismo —contesté.

Suspiró.

—Ya te avisaré para las clases de inglés.

Decidí acompañar a Svetlana a su clase de taekwondo. Primero corrimos en círculos descalzas. Me había olvidado de que tenía pies y tobillos. La sala del gimnasio tenía una pared de cristal que daba a la piscina, donde estaban dando una clase de buceo. ¿Cómo sabían todas esas personas que querían aprender a bucear?

Un chico con cinturón verde se puso delante de mí en una esquina y me mostró la primera «forma»: una serie de movimientos danzarines que supuestamente te permitían defenderte de un hipotético asaltante. No entendía cómo era posible defenderse con un bailecito así, a menos que el atacante también conociera ese bailecito, aunque en ese caso, ¿por qué iba a usarlo para atacarte?

Al final de la clase, todos nos sentamos en el suelo mientras los estudiantes avanzados, por turnos, partían tablas de madera. Los dos instructores, uno extraordinariamente alto y el otro notablemente bajo, sostenían las tablas. El alumno más avanzado, un cinturón marrón, fue el último. El instructor alto apiló varias tablas para que las partiera, en lugar de solo una. Sonriendo, el chico realizó una serie de gráciles movimientos. Luego gritó y golpeó la madera con la mano. No pasó nada. El chico se puso rojo y volvió a golpear la madera. Al tercer golpe, se oyó que se astillaba. Al cuarto, las tablas cayeron

destrozadas al suelo, acompañadas de un fuerte aplauso. Todavía rojo, el chico se inclinó ante los instructores y volvió a sentarse.

—Todavía hay unas cuantas tablas aquí —dijo el instructor alto, mientras paseaba la vista entre los alumnos—. Svetlana, ¿te sientes preparada?

Svetlana lo miró con una sonrisa tímida que yo nunca le había visto y se puso delante de la clase con las piernas flexionadas.

—Voy a dar unas patadas de prueba —anunció.

Con cada patada, su talón tocó exactamente el centro de la tabla. Una y otra vez repitió el mismo movimiento.

—Creo que lo tienes, Svetlana —dijo el instructor, mientras su recio talón rosado tocaba el centro de la tabla.

—Ahora todos vosotros conocéis mis tendencias obsesivas —dijo Svetlana.

Dio un paso atrás y respiró hondo. Su sonrisa desapareció. Su pierna salió disparada como un pistón y la tabla se partió por la mitad.

Una mañana, de camino a una clase sobre Balzac, me di cuenta con claridad meridiana de que ese hombre, el profesor, nunca me enseñaría nada útil. Sin duda sabía muchas cosas útiles, pero no nos las diría; probablemente nos repetiría por enésima vez que el París de Balzac era extraordinariamente variado.

En vez de eso fui a la biblioteca de la universidad, al sótano donde se guardaban los documentos del gobierno. Era la única área donde se permitía el uso de ordenadores portátiles, porque el golpeteo de las teclas resultaba molesto para los usuarios sin ordenador. Abrí el archivo hotelrosa.doc y empecé a escribir.

No ocurría nada bueno en el hotel rosa. Estaba en Tokio. Una familia tenía previsto quedarse allí dos noches. El padre, director de cine, quería rodar un

documental sobre una granja de ruiseñores que estaba en el campo. Los nidos de estos pájaros se utilizaban para fabricar crema facial. Al cabo de dos noches en Tokio, el padre y su asistente se fueron a la granja de ruiseñores. Pero la madre se había puesto enferma y ella y sus dos hijas no pudieron marcharse. Tuvieron que quedarse en el hotel. La hija mayor estaba enamorada del asistente del padre. La hija menor era peor que una plaga. El relato se titulaba «La plaga», en una suerte de alusión a *La peste*. Era una historia muy deprimente.

En las semanas previas a las vacaciones de invierno, salí a correr todas las noches sola junto al río. A Svetlana no le gustaba correr por la nieve y, según ella, era peligroso ir por esa zona cuando oscurecía. Pero con todas las capas de ropa que llevaba puestas, los zapatos amortiguadores y los cascos del walkman me sentía completamente aislada y segura. Todo cuanto me rodeaba pasaba como si estuviera detrás de un cristal. A un lado del camino, la luz de las farolas de vapor de sodio brillaba sobre el río semicongelado y reflejaba las nubes bajas; al otro lado, los brillantes faros de los coches se iban expandiendo hasta pasar rápidamente de largo.

Una noche, alrededor de las once, una bicicleta se materializó en medio de la oscuridad.

—¡Hola, Sonia! —gritó el ciclista, y cuando ya se había marchado me di cuenta de que era Ivan.

Después de regresar y ducharme ya era medianoche pasada, pero no estaba cansada en absoluto, me sentía como si fueran las dos de la tarde. Me sequé el pelo, puse a hervir agua en un cazo y metí una bolsita de té de arándanos que había cogido de la cafetería. Estaba escuchando una cinta que había comprado de oferta en Christie's, el concierto para violín de Jachaturián, dirigido por

Aram Jachaturián. Si aguzabas el oído, podías oír a alguien, quizá el propio Aram Jachaturián, tosiendo.

Estuve leyendo un rato. Por fin las cosas le iban bien a Nina, para variar, y sin embargo no me gustó que Leonid resultara ser el ex de Galina. ¿Por qué tenía que aparecer en escena el novio al que le había dado calabazas la rival de Nina? ¿Era economía narrativa, o era una declaración sobre cómo funcionaba el mundo, sobre cómo las personas rechazadas tenían que contentarse entre sí?

A las dos de la madrugada me puse a limpiar mi habitación, aunque no le hacía mucha falta. En las memorias de Oleg Cassini, que encontré debajo de la cama, leí que él también había sufrido de insomnio. Una noche se despertó de un sueño agitado, con las primeras palabras del *Infierno* de Dante desatando «un tumulto estruendoso en su subconsciente»: «A la mitad del camino de nuestra vida, me encontré en una selva oscura». Cuando leí esas terribles palabras, sentí que un estremecimiento me recorría los brazos. Sabía que «a la mitad del camino de nuestra vida» se refería a la crisis de la mediana edad. Pero tenía la impresión de que uno siempre estaba a la mitad del camino de su vida, y que quizá fuera así hasta el momento de la muerte.

Me desperté a las 9.07. Miré fijamente el reloj y me pregunté si debía quedarme en la cama, ir a desayunar o llegar tarde a la clase de ruso. Era extraño pensar que todo el mundo estaba allí ahora: con la clase ya empezada y todos en el aula. En ese instante eran las 9.09.

Unos minutos después, una ráfaga de viento derribó unos copos de nieve secos de una rama que fueron a caer sobre mi mejilla, todavía caliente de la almohada. Llegué veinte minutos tarde a clase. Solo estaban Ivan y Boris. Irina se alegró al verme llegar, siempre prefería que no hubiera solo chicos o solo

chicas en la clase. Nos dijo a Ivan y a mí que nos pusiéramos en pie. Había tenido una idea: ¿por qué Ivan no hacía del Ivan de la historia, el Ivan de Nina?

—Finalmente os encontráis —dijo—. En Siberia. ¿Entendéis?

Dijimos que sí y nos miramos.

—Ivan —dije—. Por fin nos encontramos.

—Es cierto —respondió.

Entonces los dos nos quedamos callados.

—Ivan —dijo Irina—. ¿No tienes nada que contarle a Nina?

—Bueno —dijo. Miró el suelo y luego a mí. Unos pliegues le surcaron la frente—. Tengo esposa —dijo—. Y no eres tú.

Sabía que no era real, sabía que solo era un relato. Pero sentí que se me encogía el estómago, que el aire se me atoraba en la garganta y que una oleada de náusea me crecía en el pecho. Me di cuenta de que esperaba oír una justificación: que era un espía, o que había huido para que no lo acusaran de un crimen que no había cometido. Me hubiera gustado oírle decir que su matrimonio era una farsa.

Me dije a mí misma que en realidad no había pasado nada. Incluso en el relato, Nina sabía desde hacía tiempo que Ivan estaba casado. No era nada nuevo. Nada había cambiado.

Pero al final de clase aún me sentía un poco enfadada con Ivan, de la misma forma en que te sientes enfadado con alguien en la vida real después de que te haya dicho algo desagradable en un sueño. En vez de bajar las escaleras con él, como de costumbre, cogí el ascensor.

Durante las vacaciones, volví a casa en Nueva Jersey. Todo seguía abrumadoramente igual y al mismo tiempo un poco diferente. El burro de yeso

de las hermanas Oliveri aún estaba en el camino de entrada, debajo del sauce, pero se veía un poco más pequeño que antes. La casa estaba increíblemente limpia, como la escena de un crimen. Mi madre había contratado a una señora de la limpieza. En el armario de la cocina había arroz basmati, algo que hasta entonces nunca había visto. Desde que me había marchado, me dijo mi madre, la factura del agua se había reducido un 80 por ciento.

Mi madre invitó a algunos colegas a cenar. Debía de haberlos invitado por algún motivo especial. Había escogido el menú del *Nuevo manual elemental de cocina*. Yo era la encargada de preparar el postre, un pastel de ángel de frambuesas con salsa de frambuesas y amaretto. Nunca había hecho un pastel de ángel y cuando empezó a subir me emocioné, pero abrí el horno demasiado pronto, y el pastel se hundió por el centro, parecía el desmoronamiento de una civilización.

Los colegas de mi madre eran tan grotescos que parecían caricaturas. Costaba creer que fueran hematólogos: la idea de que su trabajo consistiera en hacer sentirse mejor a los enfermos resultaba cómica.

—Dentro de quince años el departamento estará formado únicamente por caras de color marrón —declaró el jefe del departamento, que lucía una pajarita.

Me eché a reír a carcajadas. Todos me miraron.

—Es que no puedo creer que haya dicho eso —dije.

Mi madre trajo el pastel, que para entonces estaba completamente plano.

—Veo que nos has preparado un pastel plano. ¿Ha sido a propósito? —preguntó uno de los hematólogos.

El novio de mi madre, Steve, dijo que era un pastel de ángel caído. Lo tomamos con la salsa de frambuesa. Estaba bastante bueno, si te imaginabas que era una especie de tortita.

Otra noche, mi madre y yo vimos *Sonrisas y lágrimas*. Por culpa de los

anuncios publicitarios, duró más de cuatro horas. Mi madre cantaba junto con Julie Andrews algo sobre que debía de haber hecho algo bueno en su juventud o su infancia. Cantó que debía de haber hecho algo bueno durante «mi» infancia, pues yo le había salido muy bien.

Me pareció interesante el momento en que las monjas cantaron sobre cómo resolver un problema como María. Era como si «María» fuera en realidad un problema que tenían, o una suerte de palabra clave para referirse a algo.

Mi madre estaba releendo *Anna Karénina*. Según ella, *Anna Karénina* trataba de que había dos tipos de hombres: hombres que amaban a las mujeres (Vronski, Oblonski) y hombres que realmente no amaban a las mujeres (Levin). Al principio Vronski hacía que Anna se sintiera bien consigo misma, porque él amaba a las mujeres, pero no lo suficiente a ella en particular, así que Anna tuvo que suicidarse. Levin, por el contrario, era torpe, aburrido y un poco coñazo, al parecer estaba más interesado en la agricultura que en Kitty, pero en realidad era un compañero más fiable, porque en el fondo no le gustaban las mujeres. Por eso Anna había hecho la elección equivocada y Kitty la correcta. Según mi madre, de eso trataba *Anna Karénina*.

Tomé el tren a Nueva York y, una vez allí, contemplé el árbol de Navidad del Rockefeller Center: algo que habían visto millones de personas, a diferencia del burro de las Oliveri. Luego vi algunos carteles de propaganda soviética en el Museo de Arte Moderno. En uno de ellos, para una línea ferroviaria llamada Turksib, se veían las cabezas de unos hombres con típicos tocados turcos que parecían a punto de ser arrolladas por un tren. Me pregunté qué habría visto más la gente a lo largo de la historia: el árbol o ese cartel. Los exámenes finales eran después de las vacaciones, en lugar de antes. Todos los estudiantes inscritos en un seminario o en clases de lengua tenían que volver al campus para la semana de repaso, que comenzaba el 2 de enero. Mi madre estaba furiosa y afligida porque mis vacaciones fueran tan cortas, pero,

a fin de cuentas, yo me sentía contenta de volver.

El ambiente en el tren a principios de enero era muy diferente del que había habido a mediados de diciembre. En diciembre, el tren había estado lleno de estudiantes; estudiantes tumbados en posición fetal, o sentados con las piernas cruzadas en el suelo, estudiantes con todos sus accesorios: sacos de dormir, guitarras, calculadoras gráficas, bocadillos rellenos en un 99 por ciento de lechuga, el *Portable Jung* de Viking. Yo me había puesto a escuchar mi walkman mientras leía *Père Goriot*. El anterior propietario del libro, Brian Kennedy, había subrayado sistemáticamente las frases más absurdas e incoherentes de toda la novela. Gracias a Dios que no estaba enamorada de Brian Kennedy y que no tenía la compulsión de descifrar todos sus pensamientos.

En enero los pasajeros eran menos numerosos, mayores, más sobrios. Pensé en cómo un bebé se convertía en un anciano. Ese era el enigma de la esfinge. En cualquier caso, no resultaba muy complicado de resolver. En Connecticut, las ráfagas de ventisca se convirtieron en nieve, que revoloteaban rápidamente como las pestañas de un vigilante nocturno. Fui al vagón restaurante, que tenía las ventanas más grandes. Olía a café, a la lucha por mantener la conciencia. Sentado a una mesa, un hombre con traje se estaba comiendo un bollo. En otra, había tres chicas que estaban estudiando.

—¡Eh, Selin! —dijo una de ellas, y me di cuenta de que era Svetlana, acompañada de Fern y Valerie.

Al verlas a las tres juntas, me sorprendió que la cabeza de Svetlana fuera mucho más grande que la de sus compañeras. Era realmente extraño que algunas personas fueran más grandes que otras. Svetlana dijo que generalmente tomaba la lanzadera para volver a Boston, pero que el aeropuerto de Logan estaba cubierto de nieve. Al parecer, la lanzadera era un avión.

—Creo que a partir de ahora tomaré siempre el tren, es tan tranquilo... —

dijo—. Me da un poco de vergüenza confesarlo, pero me aterra volar, aunque solo sea una hora.

Hablamos de lo que tendríamos que hacer durante la semana de repaso. Svetlana y yo teníamos clase de ruso, mientras que Valerie tenía un seminario de física, el seminario ese en el que el premio Nobel te ponía a lavar el equipo de laboratorio.

—Es tan injusto —dijo exaltadamente—. Mi hermano tiene todo el mes para hacer lo que quiera, y yo tengo que volver el día después de Año Nuevo para verter ácido en los cátodos gastados, solo porque el profesor es demasiado tacaño para comprar otros nuevos.

—Les hace utilizar disolventes cancerígenos —dijo Svetlana.

—No se ha demostrado que sean cancerígenos —repuso Valerie.

Fern solo tenía un ciclo de conferencias y clases de laboratorio, y dijo que había vuelto sobre todo para cuidar las plantas.

—Supongo que no me gusta demasiado estar en casa —añadió.

En Boston, cubierta con una capa de veinte centímetros de nieve, anochece. Tomamos una serie de decisiones equivocadas: cogimos el metro en lugar de un taxi, y luego fuimos varias paradas en dirección a Braintree en lugar de a Alewife.

—North Quincy —anunció una voz digital mientras las puertas se abrían a una oscuridad brillante.

—Estamos yendo en la dirección contraria, ¿no? —preguntó Valerie.

Todas miramos la puerta abierta, pero se cerró enseguida.

—Próxima parada, Wollaston —dijo el robot.

En Wollaston tardamos mucho tiempo en encontrar las escaleras que nos llevaran al andén opuesto. Además de la maleta, Svetlana llevaba dos bolsas grandes de lona.

—No sé por qué he traído todo esto —suspiró.

Valerie y yo arrastramos la bolsa más pesada por las escaleras.

El campus parecía desierto. La mitad de las luces del comedor estaban apagadas, y solo había una fila abierta en la que se servían espaguetis y melocotones de lata. Nuestras voces sonaban metálicas en la sala casi vacía.

En mi habitación había un silencio increíble: se oía caer la nieve. Angela seguía en casa con su familia, y Hannah se había quedado atrapada en Saint Louis por la nevada. Me enviaba a menudo correos electrónicos, a veces en verso. Yo también le mandé algunos en verso.

A la mañana siguiente empezaron las clases de ruso. Ivan no estaba. Nos hicieron hablar de nuestras vacaciones.

Intenté estudiar en el dormitorio, pero había demasiado silencio. Cada vez que levantaba la vista, Einstein parecía mirarme expectante, como diciendo: «¿Y ahora qué?».

Al final fui a la biblioteca y me senté junto a una ventana del quinto piso que daba al Hong Kong Lounge, una estructura sin ventanas que desempeñaba un papel importante en la imaginación de Hannah.

—Adivina qué quiere decir si pides un rollito de primavera rojo —decía a menudo.

Junto al Hong Kong había una heladería Baskin-Robbins completamente a oscuras, excepto por el suave resplandor de los refrigeradores. En invierno cerraban temprano.

En la quinta planta de la biblioteca había tan poca gente que, aunque normalmente el uso de ordenadores no estaba permitido, saqué el mío y empecé a escribir sobre los personajes del hotel rosa.

Al mirar por la ventana, me di cuenta de que en el Baskin-Robbins cerrado había dos personas. Todas las sillas a su alrededor estaban subidas a las

mesas, con las patas hacia arriba. Una de las dos personas o era muy gruesa, o llevaba un abrigo muy grande.

A las dos de la madrugada la biblioteca cerró y regresé caminando a través de la nieve fresca. Las nubes se habían dispersado y se veía el cielo estrellado. La luz de una estrella incluso cercana tiene ya cuatro años cuando llega hasta nuestros ojos. ¿Dónde estaría yo dentro de cuatro años? «Sencillo: donde estés ahora. Dentro de cuatro años te habré alcanzado.»

No podía dormir. Estuve leyendo hasta las cinco. A las 8.30 fui a ruso. Ivan seguía sin venir.

El aeropuerto abrió de nuevo y Hannah volvió. Se la veía inmensamente feliz. Decía que en su casa tenía que estar en silencio y llevar siempre calcetines porque había alfombras blancas por todas partes y porque su hermano mayor tenía una discapacidad mental. Nunca había pensado en la vida familiar de Hannah, ni me había preguntado por qué tenía que hacer siempre tanto ruido.

6. El poder de las conexiones

Nina estaba afuera con los renos. De repente, vio a un hombre que caminaba deprisa hacia ella a través de la tundra.

—¿Nina? —dijo el hombre.

—¡Profesor Réznikov! —exclamó Nina cuando reconoció a su profesor de Moscú.

—¡Qué alegría! ¿Sabes, Nina? ¡He pensado en ti! He venido a Novosibirsk a visitar al profesor Bazhánov. Estamos trabajando juntos en un experimento revolucionario con científicos en Irkutsk y buscamos un nuevo asistente.

—¿Un asistente? —repitió Nina.

—Nina, te seré sincero. He oído que estás teniendo algunos problemas en tu vida personal. Pero confío en que no hayas dejado la física. Sé que tienes talento y que llegarás a ser una buena física. ¿Quieres ser nuestra asistente en Irkutsk?

—Con mucho gusto —dijo Nina al profesor Réznikov.

Como regalo de despedida, los trabajadores de la granja le dieron a Nina un gorro de piel. Nina prometió que les escribiría y ellos prometieron responder.

*

Leonid y Nina fueron al aeropuerto. Leonid voló directamente a Irkutsk, pero Nina regresó primero a Moscú para poner en orden sus asuntos. Su padre se alegró mucho al ver que estaba bien y al enterarse de que había encontrado un nuevo e interesante trabajo en Siberia. Una semana después, Nina voló a Irkutsk.

Nina miró por la ventana del avión. «Otra vez Siberia», pensó. Imaginó la nueva vida que empezaría allí.

El jueves por la mañana, antes de la clase de conversación de ruso, pasé a recoger las fotografías del hotel rosa que había dejado a revelar. Cuando entré en el aula, todavía estaba tratando de abrir el sobre. Incluso sin levantar la vista, supe que Ivan estaba allí.

Resultó que teníamos que hacer un examen oral. Dos profesores habían venido a oírnos hablar, provistos de una grabadora. Todos teníamos que decir nuestro nombre y apellido al micrófono, nuestros nombres verdaderos, para que nos pudieran poner las notas.

—Ivan Varga —dijo Ivan en voz alta acercándose al micrófono, y luego me lo pasó.

Hasta ese momento no había sabido su apellido.

Tuvimos que representar el principio de «Nina en Siberia», describiendo en voz alta nuestras acciones y pensamientos y empleando el mayor número posible de estructuras gramaticales. No me había preparado en absoluto, pero tuve la sensación de que nunca había hablado ruso con tanta fluidez.

—Ahora tengo que hablar con el padre de Ivan —dije—. Genial. No le caigo bien. Nunca le caí bien. Sé exactamente lo que dirá con su voz triste:

«Solo Dios lo sabe». Oh, así es como se comporta siempre conmigo.

Los profesores se rieron. Comprendí que todos en la clase simpatizaban con Nina, con sus circunstancias personales, que objetivamente eran tan inusuales y tan desagradables. Dentro del mundo de esa historia, nadie decía o reconocía que todo era anormal, así que uno tendía a aceptarlo sin cuestionarlo. Pero cuando señalabas que en realidad era anormal, solo por el mero hecho de decirlo, en el mundo real la gente lo apreciaba y se echaba a reír.

De repente me acordé de aquel día en la guardería en que las maestras nos hicieron ver *Dumbo* y por primera vez me di cuenta de que todos los niños de la clase, incluso los matones, estaban a favor de Dumbo y en contra de quienes lo martirizaban. Se reían y daban gritos de alegría cada vez que a Dumbo le salía algo bien y a sus enemigos les pasaba algo malo. Pero ellos sois vosotros, pensé para mí. ¿Cómo es que no lo veían? Pues no lo veían. Era asombroso, una verdad desconcertante. Todos pensaban que eran Dumbo.

Una y otra vez vi que este fenómeno se repetía. Las chicas más mezquinas, las que creaban clubes secretos para hacer el vacío a las chicas que iban mal vestidas, estaban encantadas de ver a Cenicienta triunfar sobre sus hermanastras. Se alegraban cuando el príncipe la besaba. Era evidente que no solo se consideraban personas nobles y buenas, sino que también querían amar y ser amadas. Quizá no por todos y cada uno, la manera en que yo quería ser amada. Pero, con la persona adecuada, estaban dispuestas a establecer una relación basada en la bondad mutua. Eso significaba que el retrato que Disney hacía de los matones no era correcto, porque en las películas de Disney los matones se daban cuenta de que eran malos, se enorgullecían de ello y no querían a nadie.

En *Mundos Construidos* presentamos por turnos nuestro mundo construido. Ham llevó una escuadrilla de diminutos monstruos humanoides de plomo que dispuso sobre una mesa como si fueran piezas de ajedrez, simbolizando el cambio de tornas que se estaba produciendo en el transcurso de una larga guerra. Cada raza o ejército tenía sus propias características, como esperanza de vida, superpoderes y puntos débiles. Algunos monstruos podían disparar telarañas con las piernas, como las arañas. Otros eran insensibles al dolor. Otros en realidad eran plantas. No estaba claro si eso contaba como un superpoder o como un punto débil.

Un estudiante había construido un mundo que era exactamente igual al de *La guerra de las galaxias*. Era idéntico, con la excepción de que todos los personajes tenían antiguos nombres galeses.

Otro estudiante había pintado unas acuarelas para ilustrar un relato escrito por su novia. El relato no pudimos leerlo, porque la novia era muy tímida y vivía en Minnesota, pero al parecer trataba de una chica semidesnuda que vivía sola en una playa. En una acuarela con la leyenda «Ojalá me llevaras contigo», la chica estaba de rodillas en la arena y seguía con la mirada el vuelo de unos pájaros. En otra, se ataba unas hojas de palmera a los brazos («Parecían plumas»). En la tercera estaba tendida sobre un montículo al pie de un acantilado.

Kevin y Sandy, unos gemelos idénticos chino-americanos que estudiaban medicina, habían creado una serie de xilografías oscuras y expresionistas. Las de Kevin eran ilustraciones inspiradas en *A contrapelo*, e incluían una vista desde abajo de la tortuga con joyas incrustadas en el caparazón arrastrándose frente a una chimenea y proyectando una enorme sombra sobre una alfombra oriental.

Todas las xilografías de Sandy representaban iglesias.

—¿Cuál es el relato aquí? ¿Qué clase de mundo es este? —preguntó Gary.

Según Sandy, el relato era que las iglesias estaban en Hungría. Ese era su mundo. Gary dijo que el hecho de que todas estuvieran en Hungría no las dotaba de suficiente desarrollo narrativo, que en realidad carecían de narrativa. Sandy respondió que les añadiría un desarrollo narrativo antes de la próxima clase.

Ruby, una chica de Arkansas medio china y ancha de espaldas, había grabado un vídeo titulado *Montar un pollo*. Empezaba con Ruby en una cocina sosteniendo un pollo grande de papel maché. «He encontrado un pollo, papá, ¿con quién podría montar un pollo sino contigo?», decía despacio. Tenía una cara demente, con la boca caída y adusta y un flequillo asimétrico.

En la siguiente escena aparecía un hombrecillo asiático con una camisa amarilla, desenfocado, de pie delante de un edificio. Parecía sonreír y mover la cabeza.

«Papá, ¿está poniendo huevos de oro? —preguntaba Ruby—. ¿Debería hacer que lo examinara un veterinario? ¿O un cocinero?»

Más tarde, Ruby explicó que el vídeo trataba sobre la ira que sentía hacia su padre.

—En un mundo ideal —dijo—, mi padre se habría subido a un avión y habría participado en algo que a mí me interesase mucho. Pero, por supuesto, es demasiado imbécil para hacer eso. En fin, un día me encontré a este viejo paseando por Central Square, que se parecía un poco a mi padre. El amigo que me ayudaba a filmar ese día no estaba, así que tuve que grabar esa parte sola. Al principio estaba cabreada porque el tipo se negaba a hablar conmigo. Le di diez dólares para que leyera el texto que había escrito y se limitó a quedarse allí plantado, moviendo la cabeza y sonriendo. Luego me di cuenta de que eso simbolizaba bastante bien la relación con mi padre y que le daba más fuerza al vídeo.

Por la noche había quedado para cenar con Ralph. Llegué a la cafetería demasiado pronto y me detuve en uno de los ordenadores. Tenía un nuevo correo electrónico. Debía aportar dos dólares para el pastel de cumpleaños de alguien. Todavía me quedaba algo de tiempo, así que presioné la tecla C para escribir un mensaje nuevo y luego, solo para ver qué pasaba, escribí Varga en la casilla del destinatario. Como por arte de magia, aparecieron la dirección de correo electrónico y el nombre completo: Ivan Varga. Era Ivan.

Medité un momento y empecé a teclear.

iIvan!

Cuando recibas esta carta, estaré en Siberia. Dejo la universidad porque las cuestiones de fonética articulatoria ya no me interesan. Viviré y trabajaré en Novosibirsk, en la granja colectiva Chispa de Siberia. Sé que me entenderás. Es mejor así. Nunca te olvidaré.

Tuya,
SELIN (SONIA)

La cena consistió en una sopa de judías blancas servidas en unos cuencos de pan.

—Creo que, a pesar de su nombre, los Lucky Charms no dan buena suerte —dijo Ralph sirviéndose una ración de cereales del dispensador.

Svetlana y yo habíamos quedado en ir juntas a taekwondo, pero no apareció. Pensé en saltarme la clase, pero eso significaría admitir que solo iba porque lo hacía Svetlana y no porque tuviera un interés puro y desinteresado en el taekwondo. De hecho, así era, pero sabía que estaba mal hacer cosas porque

otras personas las hacían. Los demás no podían ser el motivo por el que hacías algo.

Más de la mitad de los estudiantes seguían de vacaciones. Yo era la única principiante. Mientras los otros practicaban sus movimientos con el instructor bajo, yo fui a una sala contigua con William, el instructor alto, para que me enseñara a dar patadas.

William me explicó que mucha gente pensaba que la patada giratoria se hacía con la rodilla, pero en realidad había que utilizar la cadera.

—Tienes que concentrarte en tu cadera.

Le dije que lo haría, pero era difícil concentrarse en algo en aquella salita tan pequeña con aquel cuerpo tan grande que él tenía, con sus brazos y piernas, largos, pesados y velludos que apenas le cubría el uniforme blanco. Cuando su enorme y largo pie descalzo salió disparado y golpeó el saco, me pareció que debía apartar la mirada, aunque también que tenía que prestar atención, porque parecía interesarle mucho que yo aprendiera a dar una patada giratoria.

—Gira más la cadera —dijo.

Hizo un movimiento como para corregir la posición de mi cadera, pero sin tocarme. Esa era la filosofía del taekwondo: máxima potencia, cero contacto.

—Imagina que estás en el punto uno de un círculo unitario —dijo—. Tu cadera es el seno y tu rodilla es el coseno. El coseno está estable en uno, como tu rodilla. Para establecer una gran diferencia en el coseno, tienes que hacer algún movimiento disparatado sobre el cual ni siquiera queremos pensar, ya que te harías daño. Pero basta una pequeña diferencia en el seno para que estés dando vueltas sin parar en ese círculo. ¿Entiendes lo que te digo?

Después de la clase fui a la habitación de Svetlana. Estaba sentada en el suelo, con el teléfono beige en el regazo y la cara muy hinchada y enrojecida.

—¿Te has enterado? —preguntó alzando sus ojos llorosos—. Joseph Brodsky ha muerto.

Le había llegado la noticia esa mañana, y su subconsciente ya había tenido tiempo de incorporarla en un sueño, porque después de comer había dormido un rato. Soñó que estaban sentados con las piernas cruzadas cerca de la fuente de delante del Centro de Ciencias, ella, Brodsky y otros, en círculo, y que se pasaban, de palma a palma, unos granos de maíz. Se oyó un leve zumbido y el cielo se volvió de color ceniza. La fuente se había secado. Estaban rezando para que lloviera. El cielo se oscurecía, pero la tormenta no llegaba: era un eclipse solar.

Cogí un libro que estaba en el suelo, abierto boca abajo: *К УРАНИИ*. Significaba *A Urania*, en ruso. Abrí una página al azar. Reconocí una palabra en casi cada línea: «aquí», «tú», «quizá».

Volví a mi habitación y me senté al escritorio a revisar el correo electrónico. Cuando vi el nombre de Ivan en la bandeja de entrada, tuve un sobresalto y me di cuenta de que llevaba todo el día esperando que me escribiera. El asunto era: Siberia. Leí el mensaje varias veces. No entendía lo que decía. Tomadas por separado, las palabras e incluso las oraciones tenían cierto sentido, pero en conjunto parecían escritas en una lengua ignota.

Querida Selin, Sonia: he tenido un sueño extraño, empezaba el mensaje. El sueño iba sobre el río Yeniséi. Ahora sé que estás allí. Sé que me engañarás con el exnovio de mi futura novia. Sin embargo, te perdonaré. Sin ti no habría encontrado a Varvara, la perfecta máquina-profesora.

Ivan me preguntaba si podía contarle la trama de *Adiós, verano*. Era una telenovela de la BBC para estudiantes principiantes de ruso. En teoría, teníamos que haberla visto durante el semestre. Entraría en el examen. Si me cuentas de qué va, te perdonaré por lo de Siberia, por los ciento cincuenta años de ocupación turca de Hungría y, además, por los horribles libros sobre el tema que tuvimos que leer en la escuela.

Nunca había oído hablar de la ocupación otomana de Hungría. De niña, me habían contado que los turcos y los húngaros estaban emparentados, que los hunos eran de etnia turca, que los dos pueblos habían emigrado hacia el oeste desde Altái y hablaban lenguas parecidas. Uno de mis tíos se llamaba Atila, en Turquía era un nombre común. Pero en el mundo de Ivan nuestros antepasados habían sido enemigos.

Me sentí mareada por la sensación de intimidad y de lejanía. Todo lo que decía era completamente ajeno a mí. Yo no habría sido capaz de inventar ni imaginar nada de eso. Me había contado un sueño. Había escrito: Sé que me engañarás. Dijo que me perdonaría, dos veces. Yo no le había hecho nada, pero la mera idea de que eso hubiera pasado, o de que pudiera pasar en el futuro, era en cierto modo emocionante. Quise contestarle de inmediato, pero él había esperado un día entero, y por tanto sabía que yo tenía que esperar al menos ese tiempo.

Svetlana y yo estábamos cruzando la sala de pesas de camino a las taquillas.

—Le dije a William que no entendiste nada cuando empezó a hablarte de trigonometría —dijo—. No volverá a pasar.

Me sentí traicionada, y luego me di cuenta de que Svetlana le tenía el ojo echado a William. En ese momento vi que Ivan también estaba en el gimnasio. Estaba sentado en una máquina, tirando de una barra de hierro sujeta a una cuerda. Al otro lado de una polea, las pesas apiladas subían y bajaban de un modo impecable. Ivan se levantó y soltó la barra, y las pesas cayeron con un ruido sordo. Era un sótano de techo bajo y no podía erguirse por completo. Se dio la vuelta como si nos hubiera visto, pero no estaba segura. Me pregunté si debía saludarlo, pero ya estábamos en las taquillas.

Querido Ivan, escribí. Cuando me desperté, en Siberia, me invadió una gran nostalgia. Pensé que la sensación desaparecería durante el día, pero no fue así. Le dije que me había ido de Siberia y que había vuelto otra vez. Una parte de mí pensaba que aquí no quedaría nada, que subiría por las escaleras mecánicas y solo encontraría nieve. Pero encontré paredes de ladrillo, a Balzac, yogur helado, fricativas alveolares, todo tal como lo había dejado. Sentí una necesidad imperiosa de contarle que estaba rodeada y abrumada por cosas que tenían un significado desconocido o dudoso para mí, cosas que no eran de modo alguno commensurables para mí.

Empecé a resumirle la trama de *Adiós, verano*. Era una historia larga y, mientras la escribía, me percaté de que estaba perdiendo una especie de capital político. Borré lo que había escrito y tecleé: Pues claro que puedo contarte de qué va la historia. Ahora tendría que escribirme de nuevo.

Svetlana y yo habíamos quedado para desayunar juntas antes del examen.

—Qué cara, parece que se te haya muerto alguien —dijo.

—No he dormido bien —contesté.

—No me digas que estás nerviosa...

—Cuando estoy preocupado por algo —dijo un chico llamado Ben—, me pongo a pensar en China. En China hay alrededor de dos mil millones de habitantes y a ninguno de ellos le inquieta lo más mínimo lo que a ti te parece tan importante.

Admití que realmente era un gran consuelo.

A Svetlana le gustaba llegar siempre con antelación, así que fuimos de las primeras en presentarnos en el lugar del examen: una sala histórica inundada de sol con bancos de roble. Me senté casi en el extremo de uno de los bancos. Svetlana se sentó en la fila de delante y se giró hacia mí. Se preguntaba si

debía asistir a la ceremonia en memoria de Brodsky en Mount Holyoke. En un momento dado se interrumpió y alzó los ojos hacia algo que había a mis espaldas.

—Sonia —dijo Ivan—. ¿De verdad puedes contarme de qué va esa serie de la BBC?

Le conté la historia, empezando por el momento en que Olga se olvidaba su libro de texto en el taxi de Víctor. A medida que el ruido iba creciendo en la sala, Ivan se acercó más y se inclinó sobre mí. Al cabo de poco se sentó en cuclillas a mis pies y se sujetó al respaldo del banco para no perder el equilibrio, con el ceño fruncido y los ojos clavados en el suelo.

Llegué a la parte en que los dos se casaban con otras personas cuando llegó el supervisor del examen.

—Y así acaba —dije.

—Me has salvado la vida —dijo Ivan, mirándome a los ojos, y se fue a buscar un lugar donde sentarse.

—¿Quién era ese? —preguntó Svetlana.

—Ivan, ¿no te acuerdas? Iba a clase con nosotras.

—No lo recuerdo para nada. No entiendo cómo he podido olvidarme de alguien así —dijo—. ¿Por qué no ha visto él mismo la serie?

—Estaría ocupado.

—Debe de tener una vida interior muy rica —respondió Svetlana. Me reí, pero ella no—. ¿De verdad no has visto nada extraño en él? La forma en que te miraba, como si tratara de ver dentro de ti. ¿No te ha hecho sentir incómoda? A mí sí.

Pero no, a mí no me había hecho sentir incómoda.

Ivan me escribió un correo electrónico con la palabra Lenin en el asunto. Me dijo que en Rusia estaban pensando en sacar a Lenin del mausoleo de la Plaza Roja. Sin él, Ivan se sentiría un tanto solo. Lenin siempre había estado allí: «Lenin y yo, una fotografía suya en la blanca pared», decía Maiakovski en su libro de lectura de cuarto curso, pero en la escuela no les explicaron por qué se había suicidado.

Después de 1990 todos los monumentos a Lenin de Budapest se quitaron y fueron depositados en un parque a las afueras de la ciudad. Allí formaron una magnífica comunidad: «mucho mejor de lo que nunca imaginaron que sería el comunismo». Lenin saludaba a Lenin enfrente de otro Lenin, mientras un proletario —lo llamaban «la escultura del guardarropa»— corría detrás de él con un cartel: «Disculpe, se ha dejado su suéter». Al gigantesco y sonriente Lenin que se erguía en el fondo lo habían desfigurado unos vándalos a principios de los ochenta. «No sonrías, Ilich, está fuera de lugar: en ciento cincuenta años no nos convertimos en turcos», habían escrito los vándalos. En húngaro sonaba mejor porque rimaba.

Otra estatua de Lenin, un regalo del pueblo soviético, se había dañado durante el trayecto en tren desde Moscú. La parte superior de la cabeza se desprendió y se extravió. En un abrir y cerrar de ojos los escultores húngaros esculpieron una gorra para Lenin, tallada con el mejor mármol. Durante la majestuosa ceremonia en la que se inauguró la estatua, se descubrió que Lenin tenía dos gorras: una en la cabeza y otra en las manos.

Leí el mensaje varias veces. Realmente no entendía por qué lo había escrito, pero me daba cuenta de que había puesto mucho empeño y que trataba de ser encantador. No podía parar de pensar en los Lenin del parque, dispuestos en una configuración que nadie había planeado, pero que tal vez constituyera la auténtica materialización del comunismo. El tono del mensaje

era juguetón, pero serio a la vez. Que Maiakovski se hubiera suicidado también era algo serio.

Mi rutina de sueño se alteró por completo. Parecía que siempre estuviera pensando en las cosas equivocadas. Cada noche me acostaba a eso de las doce, cerraba los ojos, acudían a mi mente un montón de pensamientos caóticos, volvía a encender la luz y leía hasta las cuatro.

Como quería entender mejor a Ivan, leí *El libro de la risa y el olvido*. La novela comenzaba con una anécdota sobre la absurdidad del régimen comunista que tenía como protagonista un gorro. Por lo visto los comunistas habían borrado a cierto tipo de una fotografía, pero se habían olvidado de hacer desaparecer su gorro. Me pasé horas pensando en ese gorro. Sabía que de algún modo estaba relacionado con el gorro de la estatua de Lenin en Hungría. Pero ¿cómo? Simplemente parecía estar ahí: ese gorro de más.

Svetlana y yo fuimos a la filmoteca a ver *Tres cantos a Lenin*. En el tercer canto, Lenin moría. Toda la parte final de la película consistía en gente llorando: ancianos, jóvenes, niños; rusos, tártaros, centroasiáticos; en las fábricas, en los campos, en su funeral. Había un corte que pasaba del Lenin muerto en su ataúd a un viejo Lenin sonriente bajo el sol, y se veía exactamente cuál era la diferencia entre la vida y la muerte. Nunca había pensado en cuánta gente había amado a Lenin, en cuánta lo había amado de todo corazón.

Cuando iba a primero, comentó Svetlana, los niños en el recreo se hostigaban unos a otros con la pregunta: «¿A quién quieres más, al camarada Tito o a tu madre?».

El último día de Mundos Construidos, Gary nos ayudó a instalar nuestros proyectos terminados en un espacio de exposición.

Sandy, cuyas iglesias húngaras habían necesitado algo más de desarrollo narrativo, trajo seis nuevas xilografías del mismo tipo de iglesias húngaras, pero esta vez con cerdos en las escaleras de entrada. Dijo que los cerdos se habían escapado de una granja vecina.

Gary puso todas las xilografías boca arriba sobre una mesa y luego dio la vuelta a algunas de ellas para que pudiéramos ver lo diferentes que se veían las imágenes restantes, dependiendo de cuántas y cuáles fueran visibles. Era cierto, se veían muy diferentes. Fue estimulante constatar por fin que Gary era bueno en algo. Todos estuvimos de acuerdo en cuáles eran las cuatro xilografías que quedaban mejor juntas. No eran las cuatro mejores por separado, sino las cuatro entre las que se creaba más tensión. En una no había cerdos, en las otras tres sí. Probamos a colgarlas en diferentes configuraciones. Descubrimos que todo se podía cambiar y manipular. El soporte para la televisión de Ruby quedaba mejor al lado de la enciclopedia falsa elaborada por un estudiante especializado en informática. Las iglesias húngaras quedaban mejor puestas en fila, mientras que las escenas de *A contrapelo* ganaban dispuestas en cuadrícula.

Yo había llevado doce fotografías del hotel rosa y la clase escogió seis para la exposición. Fue divertido ver qué fotos odiaban todos. En una se veía a un chico plantado en el vestíbulo con una maleta. Todos detestaron unánimemente al chico y su maleta. Les gustaron las fotos con Hannah y sin gente. Colgamos seis fotografías en una hilera. Debajo, en un pedestal, puse una pila de copias impresas del relato. Había elegido un tamaño de letra de diez puntos no solo para ahorrar papel, sino también para disuadir a la gente de que lo leyera,

pues pensaba que no les gustaría. Aunque tenía el pleno convencimiento de que escribía bien, y de que ya era escritora en cierto modo, esa convicción era completamente independiente del hecho de que yo hubiese escrito algo, o de que fuera capaz de imaginarme escribiendo algo que pudiera gustarle leer a alguien.

Cuando Hannah vio los documentos impresos, no salía de su asombro por la cantidad de páginas que había escrito, y además en una letra tan pequeña. Estaba segura de que nadie más en toda la universidad era capaz de escribir relatos tan largos y detallados y me animó a participar en el concurso literario estudiantil.

—¿Te acordaste de apuntarte al concurso? —me preguntó al día siguiente.

—No encontré el edificio —respondí.

Hannah, que se sabía al dedillo el mapa del campus, me acompañó hasta la casita de madera que albergaba la sede de la revista literaria. Me vio entregar una copia impresa del relato, con mi nombre y mi número en un papel separado.

Los exámenes terminaron. Era hora de olvidarse de todos los símbolos fonéticos, los verbos rusos y las tramas de novelas decimonónicas. Durante los pocos días de vacaciones antes del nuevo semestre, la madre de Svetlana vino de visita. Durmió en la habitación de Svetlana, y esta se quedó conmigo: no podía dormir en la sala común de su dormitorio, porque Fern estaba cultivando una delicada planta que tenía que estar expuesta a una luz intensa durante toda la noche.

La madre de Svetlana nos llevó a comer a un restaurante franco-camboyanos.

—Selin, esta es mi madre, Sasha —dijo Svetlana—. Mamá, esta es mi amiga Selin.

La madre de Svetlana me examinó con atención.

—Cariño —dijo con voz áspera—, ¿no tienes otro abrigo?

Llevaba la prenda gogoliana que me llegaba hasta los tobillos que había comprado en Filene's. Cuando le expliqué que me habían robado mi chaquetón, la madre de Svetlana pareció muy afectada.

—¿Robado? ¡Oh, Dios mío! Svetlana, estoy segura de que tienes alguna chaqueta vieja para regalarle a Selin. ¿Quizá tu chaqueta de esquí violeta? Todavía está en casa. Puedo enviártela.

—Mamá, esa chaqueta es de hace dos años. Las mangas me quedan cortas incluso a mí. A Selin no le iría bien.

—Oh, sí, es verdad. Selin, eres más grande que Svetlana. Qué pena.

—A mí me gusta el abrigo de Selin —dijo Svetlana.

—Oh, a mí también, no me malinterpretes. Es... elegante. Quizá un poco demasiado elegante, quizá hasta un poco ridículo. Pero, por supuesto, tienes que ponértelo mientras no tengas otro. De lo contrario, podrías morirte de frío.

Trajeron a la mesa una vasija de barro con algo que chisporroteaba furiosamente en leche de coco. La madre de Svetlana evocó su fiesta preferida de cuando era niña.

—Íbamos a... ¿cómo se dice? Donde están los muertos. Cementerio, el cementerio. Al cementerio turco. Y allí bailábamos sobre las tumbas. Había una orquesta, bueno, una orquestita, no demasiado grande, tal vez con cinco o seis músicos, y muchas flores, y las niñas llevaban unos vestidos de seda preciosos. Rojos, amarillos, blancos, todos de colores diferentes. Era una fiesta magnífica.

—Mamá —dijo Svetlana—, no me parece que sea muy apropiado que cuentes esta historia delante de mi amiga turca.

—No seas ridícula. Era una fiesta muy bonita e inocente, llena de baile y de flores. Selin no se ofenderá en absoluto. Los turcos eran un enemigo poderoso y respetado.

—¿Como los serbios en Bosnia? —preguntó Svetlana.

—¿Qué pinta eso aquí?

—Me parece increíble que hables de los turcos, como si en este momento ser serbio fuera lo más genial del mundo.

—Da lo mismo si uno es serbio o no. No soy yo quien participa en esas limpiezas étnicas. Personalmente, a los bosnios solo les deseo lo mejor. Y a los turcos también. Solo estaba comentando un recuerdo feliz de mi infancia, ¿por qué acabamos siempre hablando de política? Un poco de frivolidad, por favor.

De repente se volvió hacia mí.

—¿Te depilas las cejas con cera? Seguro que te quitas los pelitos con unas pinzas. ¿No? Tienen una forma muy interesante. No parece natural del todo. Por supuesto, no es que tengas que hacer algo con tus cejas. Bueno, quizá podrías despejarlas un poquito, justo aquí, pero no es ninguna tragedia. No como Svetlana, que no quiere arreglarse las suyas y la hacen parecer enfadada.

—Estoy enfadada, mamá. No tienen nada que ver las cejas.

—Sí, lo sé, cariño, siempre me lo dices. Pero hacen que parezcas una gruñona, como si fueras un crío enrabiado. Estarías mucho más atractiva sin eso. ¿No crees, Selin?

Sabía a qué expresión se refería. La adoptaba cuando miraba hacia abajo en cierto ángulo, y a mí me resultaba muy entrañable.

—A mí me gustan las cejas de Svetlana —dije.

—¡Ah! —Suspiró—. Chicas, sois tan jóvenes.

—No me siento joven —respondió Svetlana—. Me da la impresión de que solo hoy he envejecido mil años. No te imaginas, Selin, el día tan agotador que

he tenido. Desde las siete de la mañana estamos discutiendo sobre cómo me jodió la infancia Sasha.

—Bueno, cariño, no ha sido una discusión, porque estoy totalmente de acuerdo contigo. Fui un monstruo. Un monstruo. Pero ¿qué sentido tiene recrearse en eso ahora? ¿A quién le importa? Ahora podemos pasar página. ¿Tengo razón o no?

Svetlana no dijo nada, pero parecía chisporrotear casi tan furiosa y audiblemente como la leche de coco en la vasija.

—Saliste genial —dije, y puse una mano sobre la suya—. Quiero decir... ¡solo hay que mirarte!

—¡No se trata de eso! —exclamó la madre de Svetlana, golpeando la mesa con el anillo—. Incluso si fuera un monstruo, no tendríamos más remedio que lidiar con ello. No tendría ningún sentido discutir.

PRIMAVERA

El primer día del semestre aprendimos algunos sustantivos rusos irregulares que, aunque parecían femeninos, tenían desinencias masculinas. Eran nombres bonitos: «calendario», «diccionario», «maleta», «oso». Ivan llegó tarde y se sentó justo detrás de mí. Cuando lo veía en persona, no podía creer que me hubiese escrito esos mensajes.

Como estábamos sentados cerca, Ivan y yo acabamos trabajando en pareja en un ejercicio sobre el caso instrumental. Teníamos que preguntarnos, por turnos, qué queríamos ser después de la universidad. La respuesta se tenía que declinar en instrumental. Ivan dijo que quería ser matemático. Yo dije que quería ser escritora.

—¿Qué quieres escribir? ¿Cuentos, ensayos, poemas?

—No, novelas.

—Interesante —dijo Ivan—. En mi opinión, puedes escribir una buena novela.

—Gracias —respondí—. En mi opinión, puedes llegar a ser un buen matemático.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Solo estoy siendo educada.

—Ah, entiendo.

Parecía que la conversación hubiera llegado a su fin. Miré al resto de la clase. Todos seguían hablando, esforzadamente, como focas.

—¿Dónde quieres vivir después de la universidad? —le pregunté, aunque no era parte del ejercicio ni usaba el caso instrumental.

—¿Después de la universidad aquí? —Ivan señaló al suelo—. ¿Aquí, en Harvard?

—Sí.

—Quiero vivir en Berkeley.

Intenté recordar qué era Berkeley.

—¿En... California?

Ivan asintió.

—Quiero estudiar un posgrado en Berkeley, en California.

Nunca había estado, ni pensado, en California.

Varvara nos entregó la última parte de «Nina en Siberia». Se empleaban los seis casos gramaticales del ruso. Ivan y yo bajamos juntos las escaleras.

—Y ahora ¿qué vas a hacer? —preguntó.

Parecía una pregunta existencial.

—No lo sé —respondí, tratando de seguirle el ritmo.

Aminoró el paso.

—¿Tienes clase?

—Hasta dentro de una hora no —dije—. ¿Qué vas a hacer tú ahora?

Dudó por una fracción de segundo.

—Voy a clase.

—Oh.

—En realidad no tengo ganas de ir.

«Pues no vayas», traté de decir. Sujetó la puerta para que pasara, una pesada puerta contra incendios. No me gustaba caminar delante de él. No me gustaba perderlo de mi campo de visión, y no me gustaba que me viera por detrás. Crucé la puerta. Nos despedimos y fui al centro estudiantil, donde pedí un café y me senté a leer sobre Nina.

7. *El eclipse solar*

Aquella primavera hubo un eclipse solar. Nina y Leonid asistieron a una conferencia en la ciudad de Ulán-Udé, en la República de Buriatia, en Siberia oriental: el mejor lugar del mundo para observar el eclipse.

La intervención de Nina fue un gran éxito. Todo el mundo estuvo de acuerdo en calificarlo de «lo último en el campo de la física». Después se celebró una gran cena. Los físicos comieron esturión, bebieron vodka, charlaron y contaron anécdotas hasta altas horas de la noche.

—Buenas noches —dijo un desconocido.

Nina y Leonid se dieron la vuelta y vieron a un chamán.

—Por solo dos rublos, os leeré el futuro —dijo el chamán.

Leonid le dio dos rublos. El chamán miró la palma de la mano de Nina durante mucho rato.

—Estás comenzando una nueva vida —dijo finalmente—. Me parece que te casarás pronto.

Leonid le dio al chamán cinco rublos más.

A la mañana siguiente Nina se despertó muy temprano y se vistió con sus prendas de ropa de más abrigo. Se puso el gorro de piel que le regalaron en «Chispa de Siberia». Fue con Leonid al puesto de observación, donde ya había muchos físicos.

De repente, Nina oyó una voz familiar.

—¡Nina!

Se dio la vuelta y vio a Ivan.

—Nina —dijo Ivan—. Felicidades por tu brillante intervención de ayer. ¡Qué feliz estoy de verte! Dime, ¿cómo te va la vida?

—¡Ivan! —exclamó Nina—. Me va muy bien.

—Hola, Ivan —dijo Leonid.

—Hola, Leonid —respondió Ivan.

Los tres se quedaron en silencio.

—Nina. Leonid. Escuchad —dijo finalmente Ivan—. Quiero que sepáis por fin la verdad sobre mí. En Moscú, Nina era mi novia y pensaba que la amaba. Pero el verano pasado conocí a Galina y me enamoré. Galina vivía en Siberia e iba a casarse con Leonid. Yo vivía en Moscú e iba a casarme con Nina. Galina y yo decidimos olvidarnos el uno del otro. Pero entonces recibí una carta de mi tío. Me invitaba a trabajar en su

laboratorio de Novosibirsk. Entonces entendí que era el destino.

—¿El destino? —repitió Nina.

—Decidí ir a Novosibirsk, pero no me atreví a decírtelo, Nina. Pensé que entenderías que entre tú y yo todo había acabado. Más tarde, cuando me enteré de que habías venido a Siberia, comprendí que me había comportado como un estúpido y un cobarde. Empecé a escribirte una carta, pero no encontré las palabras apropiadas. Nina, perdóname, si puedes.

—¿Perdonarte, Ivan? —preguntó Nina—. ¡Pero si te estoy agradecida! Si te hubieras quedado en Moscú, yo no habría venido a Siberia. Y si no hubiera venido a Siberia, nunca habría conocido a Leonid.

—¡Chicos! —gritó alguien—. ¡Empieza el eclipse!

De forma gradual, el sol se convirtió en una media luna cada vez más pequeña. La sombra de la luna se tragó casi todo el cielo. La corona multicolor se hizo cada vez más brillante. Al principio, Nina y Leonid se turnaron para mirar por el telescopio solar. Pero luego se miraron a los ojos.

Me sentí desanimada cuando leí la última parte. Todo parecía falso: la profecía del chamán, la explicación de Ivan y sobre todo el final «feliz». ¿Por qué Nina tenía que mirar a Leonid a los ojos y no por el telescopio? ¿Por qué Leonid era la solución a todos los problemas? ¿Por qué todos los relatos tenían que acabar con una boda? Eso es lo que se esperaba de *Casa desolada*, o incluso de *Crimen y castigo*. Pero «Nina en Siberia» se me había antojado diferente. De entre todos los textos que había leído ese semestre, era el único que parecía haberme hablado directamente, prometerme la revelación de algo acerca de la relación entre el lenguaje y el mundo. Que todo el misterio se resolviera de una manera tan simplista, que se emparejara y aniquilara a los personajes de ese modo, me pareció una traición terrible.

Estaba tan absorta en el relato de Nina que me perdí el comienzo de la

siguiente clase: un seminario sobre la vanguardia española. Encontré un asiento justo cuando el profesor metía una cinta en el reproductor de vídeo. Pasó la cinta hasta dar con una escena en que una nube cortaba la luna, seguida, un momento después, por la imagen de una navaja de afeitar saajando el ojo de una mujer.

El profesor detuvo la cinta y volvió a encender la luz. Por su cara demacrada y surcada de arrugas, pensé, se veía que no era estadounidense.

—Este es —dijo el profesor— el problema con Buñuel. ¿Por qué nos enseña primero una luna y luego un ojo? Dos imágenes sin relación entre sí. ¿Por qué las yuxtapone?

Miró a su alrededor. Nadie dijo nada.

—Exacto —anunció—. No hay respuesta, porque es surrealismo. Podemos sugerir muchas interpretaciones, pero no podemos probar nada y nunca tendremos una respuesta. Pensemos por un momento en Freud. Leí *La interpretación de los sueños* y el libro me pareció sumamente insatisfactorio. En ese libro, por ejemplo, Freud interpreta un sueño. Leí su interpretación y pensé: sí, es posible. Quizá su interpretación sea correcta. Pero ¿cómo puede demostrarlo? No puede. Por eso, la discusión es interminable e inútil. Y también nos encontramos con esta inutilidad infinita cuando tratamos de interpretar a Buñuel.

Miré a mi alrededor. Los otros estudiantes asentían o tomaban notas. A nadie más le parecía terrible o bochornoso que un profesor de literatura se plantara delante de una clase y afirmara que tratar de interpretar era un ejercicio de una inutilidad infinita.

—Acabamos de ver una escena impactante —siguió diciendo el profesor—. En ella, se disecciona un globo ocular. Durante el rodaje, por supuesto, Buñuel no utilizó de verdad el ojo de una mujer, sino el ojo de una vaca.

El chico de al lado pareció sufrir una especie de convulsión y garabateó

algo en el cuaderno. Miré la página. Con una caligrafía espasmódica había escrito: «Ojo de vaca».

—Pero, aunque Buñuel no cometiera ese acto de violencia contra un ser humano, el cine de por sí ya era un medio nuevo y violento. El cine es un medio que fragmenta y desmiembra el cuerpo humano. Vemos la cabeza del actor, pero no su cuerpo. Es como si lo hubieran decapitado. Aun así, no parece muerto. Habla y se mueve como una persona viva. ¡Qué paradoja! En la época de Buñuel, los espectadores se levantaban y miraban debajo de la pantalla para tratar de encontrar el resto del cuerpo. Nunca habían visto un cuerpo humano fragmentado de esa manera y para ellos fue una terrible conmoción.

Cuando calificó el cine de «paradoja», sentí una oleada de dolor casi físico.

—¿Y qué pasa entonces con los retratos? —solté de pronto.

El profesor se giró hacia mí y me clavó su mirada desolada.

—¿Los retratos?

—En un retrato solo se ve la cabeza de alguien, sin el cuerpo. Pero nadie cree, por eso, que al retratado lo hayan decapitado.

—Ah, los bustos —dijo—. Creo que te refieres a los bustos griegos y romanos, ¿no? Por ejemplo, un busto de Afrodita. Pero lo que a menudo se nos presenta en los museos como un busto suele ser en realidad la cabeza de una estatua que se desprendió del resto del cuerpo como consecuencia de un accidente. Los griegos y los romanos se habrían horrorizado si hubieran visto una cabeza sin cuerpo de ese modo.

Medité sobre ello un instante.

—¿Y las monedas? ¿Las monedas no muestran la cabeza de un gobernante, sin su cuerpo?

—Por supuesto —dijo el profesor en tono cansino—, las monedas son muy antiguas y podríamos hablar de ello, si quisiéramos. Pero lo que quiero decir

es que el cine era un medio revolucionario.

Me quedé impresionada por ese giro retórico: ahora yo parecía una imbécil, porque era como si estuviese diciendo que el cine no era un medio revolucionario.

Al final me apunté a otro seminario de cine español, impartido en español por un profesor adjunto. Este profesor también decía cosas estúpidas, pero en español, así que al menos aprendía más. Yo era la única estudiante en la clase que no venía de una familia hispanohablante, así que era la que hablaba más despacio y con el peor acento. El español lo había estudiado en el instituto porque mi padre, un hombre de izquierdas, decía que era importante saber el idioma de las clases trabajadoras. Me gustaba el español; me gustaba que el burro desempeñara un papel en su literatura y me gustaba ver películas españolas en español y descubrir un mundo diferente en el idioma en el que ese mundo se había concebido.

Ivan no me respondió en el día que había previsto que lo hiciera. Una y otra vez revisé el correo electrónico, pero seguía sin escribir. Cuando su nombre apareció finalmente en la pantalla negra con aquellas letras verdes, sentí asombro y miedo, en parte porque ya no esperaba que fuera a escribirme, en parte porque en el asunto del mensaje decía, en turco: ¡No seas ridícula!

Querida Sonia, empezaba Ivan.

Mientras estaba *domuzuna çalışmak* en la biblioteca en mi ensayo de filosofía, encontré este diccionario.

En turco, *domuzuna çalışmak* significa «trabajar para tu cerdo». Era algo que nadie había dicho nunca, o ni siquiera diría. Probablemente quisiera decir

«trabajar como un cerdo». Aunque nadie diría eso tampoco. De los cerdos no se habla a menudo en la cultura turca y, ciertamente, no eran animales a los que se conociera por trabajar duro; esos, en cualquier caso, habrían sido los burros. Aun así, me pareció genial que Ivan hubiera decidido consultar un diccionario turco-inglés para aportar un punto de vista tan peculiar.

Decía que el turco era el único idioma en el que se podía expresar que, de hecho, no había mucha diferencia entre una letrina y su tía paterna. Estaba lleno de palabras húngaras, como «esposas» y «barba»: En comparación con el turco, todas las lenguas de Europa occidental son solo *garb*, «vestimenta». Durante semanas, solo con pensar en esa frase me reía a carcajadas. *Garbi* era la palabra que en turco se usaba para designar «occidental» y tenía la misma raíz que *garip* («solitario», «forastero», «extraño»). Pero *garb* también se asemejaba a *garble*, «embarullar», y *garbage*, «basura», y significaba asimismo «vestimenta extraña». Pensé que tenía razón. Todas esas lenguas occidentales eran en realidad «vestimentas».

Quería saber cómo iba a resultar nuestra historia, como cuando pasas hacia delante las páginas de un libro. Ni siquiera sabía a qué género pertenecía o qué clase de papel me tocaría interpretar. ¿Quién de nosotros se lo tomaba más en serio? ¿No tendría que ser yo, porque era más joven y porque era la chica? Por otra parte, pensaba que había en mí una cierta ligereza de la que él carecía, que había en él algo serio y pesado que me resultaba ajeno, y que yo rechazaba.

Gané dos kilos de anacardos en una rifa. Durante un par de días me salté el almuerzo y la cena y solo comí anacardos. Leía todas las noches hasta las

cuatro de la madrugada, luego dormía hasta que el despertador sonaba a las ocho. Después de las clases de la mañana, dormía un poco más y después iba a las siguientes clases. Los días cobraron un cariz espeluznante y pesadillesco, como si fueran parte de una secuencia larga e ininterrumpida, y aunque me sentía desorientada y tenía un continuo dolor de cabeza, también resultaba emocionante, así que no quería que la situación cambiase o terminara.

A las cuatro de la madrugada, cuando aún no me había dormido, me levanté y escribí a Ivan un largo correo electrónico diciéndole que me convencía la hipótesis de Sapir-Whorf, a pesar de que los seguidores de Chomsky se mostraran tan despectivos con él y lo llamaran inspector de seguros contra incendios.

Mientras trabajaba para la compañía de seguros contra incendios Hartford, Whorf desarrolló una profunda desconfianza hacia el lenguaje y sus estructuras invisibles, que siempre parecían estar causando incendios. En una fábrica descubrió que en dos salas había barriles de petróleo. Los barriles de una estaban «llenos», y los de la otra, «vacíos». Los trabajadores se mostraban menos cuidadosos cuando estaban en la sala de los barriles «vacíos», aunque de hecho contenían gases volátiles; había más vapores en esa sala que en la de los barriles «llenos», y a veces los trabajadores entraban allí, se encendían un cigarrillo y entonces ardía todo. ¿Qué había causado el incendio? ¿Acaso no eran las estructuras binarias que construían nuestro lenguaje? ¿Qué pasaría si nuestra lengua tuviera un concepto diferente, o ni siquiera lo tuviera, de «vacío»? ¿Qué era un barril de petróleo «vacío»?

Después de pulsar el botón de enviar, me encaminé hacia el río nevado, me senté en un banco y me puse a comer anacardos. El cielo parecía un montón resplandeciente de ropa grisácea que alguien hubiera metido en la lavadora con una camisa roja.

Empecé a sentirme como si estuviera llevando dos vidas: una que consistía en el intercambio de correos electrónicos con Ivan, y otra que consistía en las clases de la universidad. Una vez, unas horas después de recibir un correo de Ivan, me encontré con él por la calle. Sabía que me había visto, pero fingió que no. Siguió andando sin más y no dijo nada.

Más tarde, cuando iba de camino al gimnasio con Svetlana, nos cruzamos con un chico al que conocía de la clase de lingüística.

—Eh, Selin, ¿cómo estás? —dijo.

Me paré a responderle. Svetlana tuvo que detenerse, y también el chico. Ninguno de nosotros podía marcharse hasta que yo dijera algo. Me devané los sesos, pero no se me ocurrió nada que decir. Después de una pausa que me parecieron horas, me di por vencida y seguí caminando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Svetlana—. ¿Quién era ese?

—Nada. Nadie.

—¿Por qué no le has dicho nada?

—No sabía qué decir.

Svetlana me miró fijamente.

—«¿Cómo estás?» no es una pregunta. No le interesa realmente saber cómo estás.

—Lo sé —dije, abatida.

—Sé que odias las convenciones, pero no deberías llegar al punto en el que ni siquiera puedas decir «Bien, gracias», solo porque no es una respuesta brillante y original. No puedes ir contra las convenciones en todos los aspectos de la vida. La gente se llevará una impresión equivocada.

Asentí. Era verdad que odiaba ser convencional y quería decir cosas interesantes. Al mismo tiempo, tenía la sensación de que se trataba de un problema mucho más profundo. Poco a poco se me estaba escapando algo

esencial del lenguaje.

Pensé que podría arreglarlo asistiendo a clases. Me inscribí en un seminario sobre filosofía del lenguaje. El objetivo del seminario era elaborar una teoría que, si un marciano la leyera, entendiera qué sabemos cuando sabemos un idioma.

Para adquirir una visión más global, también me apunté a un curso de psicolingüística, que requería conocimientos previos en redes neuronales. Además de no tenerlos, tampoco sabía lo que eran las redes neuronales. Por alguna razón, me daba lo mismo y no veía por qué podía ser un problema. El atractivo profesor italiano vestía los trajes más elegantes que había visto en mi vida, de colores extremadamente sutiles: gris con un toque de azul ahumado tan esquivo que tenías que seguir observándolo para asegurarte de que no te lo habías imaginado. La clase se reunía en la décima planta del edificio de psicología, ocupada en su mayor parte por un instituto para el estudio de los murciélagos y donde olía en consonancia. Resultaba sensorialmente discordante ver salir del ascensor al atractivo profesor con sus elegantes trajes para enfilar aquel pasillo que apestaba a murciélago.

Ivan comenzó a escribirme correos electrónicos sobre el destino y la libertad. Parecía realmente preocupado por la posibilidad de que no tuviéramos libre albedrío. Lucrecio y la teoría cuántica salieron a colación. Mi sensación —y sobre todo cuando estaba mirando el cursor verde en la pantalla negra, tratando de escribirle un email a Ivan— era que yo no tenía nada salvo mi libre albedrío. La idea de que de algún modo pudiera verse limitado solo me producía alivio.

Tomi, mi amigo y mi exprofesor de matemáticas, que lleva veinte años enseñando, afirma que sabe cómo será la vida en el futuro para la mayoría de

sus alumnos. Hay excepciones, como le pasaba a Freud, que no podía analizar a ciertas personas. No me atrevo a preguntarle sobre mí. Por otro lado, estoy a punto de convertirme en científico, y hasta ahora la única explicación científica para el libre albedrío es que se trata de una ilusión. Eso no me gusta.

En la librería, mientras esperaba a que Svetlana terminara de comparar las diferentes ediciones de *Beowulf*, empecé a hojear *Curso de literatura europea*, de Nabokov, y me llamó la atención un pasaje en el que hablaba de las matemáticas. Según Nabokov, cuando se inventó la aritmética en la Antigüedad, era un sistema artificial diseñado para imponer un orden en el mundo. A lo largo de los siglos, a medida que el sistema se fue haciendo más complejo, «las matemáticas trascendieron su condición inicial y se convirtieron, por así decirlo, en parte natural del mundo al que meramente se habían aplicado [...]. El mundo entero se fue basando gradualmente en los números, y nadie parece sorprenderse ante el extraño hecho de que la red exterior se haya convertido en esqueleto interior».

De repente, todas las cosas que había aprendido en la escuela parecían encajar. ¿Estaba Nabokov en lo cierto cuando decía que los cálculos abstractos llegaron primero y solo después pasaron a describir la realidad? ¿Acaso no habían dado los griegos con la elipse al desarrollar la geometría espacial, al cortar la superficie de un cono imaginario, y siglos después la elipse resultó describir la forma exacta de las órbitas planetarias? ¿Acaso los antiguos no inventaron la trigonometría centurias antes de que se descubriera que las ondas sonoras tienen forma sinusoidal? Fibonacci descubrió la sucesión que pasó a ser conocida con su nombre a partir de la suma de números y luego ese patrón resultó estar codificado en las espirales de las semillas del girasol. ¿Y si se descubría que las matemáticas explicaban cómo

funcionaba todo, no solo la física, sino todo? ¿Era eso lo que estudiaba Ivan?

Fui con Hannah a su clase de Cálculo Multivariable. Era una asignatura obligatoria para quienes estudiaban medicina. El instructor era un estudiante greñudo de pecho abombado que llevaba un llamativo chándal verde. Empezó a hablar, en voz muy alta. No entendí ni una sola palabra. No era por el tema; más bien resultaba imposible identificar el sonido de una sola sílaba.

En el pasillo, después de la clase, Hannah y sus amigos estudiantes de medicina bromeaban sobre cómo iban a sabotear a un chico llamado Daniel, que siempre sacaba las mejores notas. Daniel estaba allí al lado, con una sonrisa de modestia en los labios.

—¿Habéis entendido algo de lo que ha dicho ese tipo? —pregunté durante una pausa en la conversación.

Una de las estudiantes, una chica bonita con las cejas como dos plumas etéreas muy por encima de sus ojos, me lanzó una mirada.

—No, nadie lo entiende —contestó.

Luego se pusieron a hablar de que colocarían una bomba de humo en el dormitorio de Daniel la noche antes del examen.

Fui a la primera clase de la única asignatura de matemáticas de la guía académica que no era obligatoria para medicina y que no requería conocimientos previos. Se llamaba Conjuntos, Grupos y Topología y se describía como «una introducción a las matemáticas exactas, los axiomas y las pruebas, a través de temas como la teoría de conjuntos, los grupos de simetría y la topología de baja dimensión». Las sillas no estaban dispuestas en fila, sino agrupadas en desorden. Reconocí a Ira, el compañero de cuarto de Ralph,

y me senté cerca de él. Entraba cada vez más gente y se sentaba en el suelo. Hacía mucho calor. Llegó un tipo barbudo y paseó la mirada por la sala con ojos melancólicos.

—Me llamo Pal Tamas —dijo—. Ese es mi nombre húngaro. Es por eso que hablo con este acento. En inglés, me llamo Tamas Pal. Enseguida llegará mi asistente con el programa del curso.

Ni siquiera me sorprendí cuando el asistente resultó ser Ivan. Me di cuenta de que él también me había visto, pero no nos sonreímos ni nos saludamos. Empezó a repartir las hojas del programa, que todavía estaban calientes de la fotocopidora y contenían unos signos diacríticos inesperados. Tamas Pal resultó ser «Tamás Pál» e Ivan, «Iván». El tema de la primera semana era «Continuidad, Conectividad y Compactación». Cuando me puse en modo escucha, Tamás Pál estaba hablando sobre la imposibilidad de trisecar un ángulo.

—Quizá sea contraintuitivo —dijo.

No imaginaba lo que podía significar que fuera imposible trisecar un ángulo. Si algo existía, ¿acaso no se podía dividir en tres partes? El profesor se puso a dibujar diagramas y ecuaciones en la pizarra. Lo copié todo en el cuaderno. Ivan estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared. Tenía un roto en los vaqueros, justo por debajo de la rodilla. Eso me impresionó mucho más que la demostración sobre los ángulos.

Decidí no asistir a la segunda sesión de Conjuntos, Grupos y Topología. En lugar de eso, fui a la biblioteca de ciencias a leer un artículo de una revista sobre el primado lingüístico. Al parecer, si acababas de ver una foto de un elefante, reconocías más rápidamente la palabra «jirafa». La imagen de una abeja ayudaba a reconocer la palabra «oveja» y la imagen de una ola te

ayudaba a reconocer la palabra «hola». ¿Acaso esas palabras no demostraban que las personas piensan de una manera diferente en diferentes lenguas? A medida que leía, me sentía menos capaz de hacer ejercicios sencillos de reconocimiento de palabras. Cada vez sabía menos qué hacer conmigo misma. Ese desconocimiento resultaba físicamente doloroso, como el insomnio.

Fui a la clase de matemáticas.

El profesor estaba hablando de la teoría de conjuntos.

—Consideremos el conjunto de personas de esta aula —dijo—. Hay alrededor de cuarenta miembros. Ahora elijamos un subconjunto dentro de este conjunto. Pongamos por caso, la gente que conocemos. La mayoría de nosotros aún no nos conocemos, pero no es así en todos los casos. Por ejemplo, yo conozco a Iván. —Pronunció su nombre de una manera muy particular, enfatizando la primera sílaba—. No sé cuántos miembros más pertenecen a este subconjunto de personas que se conocen, pero diría que deben de ser unos diez o quince. Así que trazaré algunas conexiones, como esta.

Dibujó un montón de puntos en la pizarra y unió algunos, como si fueran constelaciones. ¿Estábamos Ivan y yo entre esos puntos interconectados, pertenecíamos al subconjunto de personas que se conocían? ¿Qué significaba conocerse?

Por la tarde, Svetlana me enseñaba a jugar a squash. Hasta ese momento nunca había pisado una pista de squash. En ese cubo blanco de un blanco deslumbrante, nuestras zapatillas de deporte chirriaban y la voz de Svetlana sonaba extrañamente remota, como si estuviera al otro lado del teléfono. La pelota de goma azul era tan pequeña, tan rápida y alocada... ¡Y pensar que para algunos este mundo era demasiado determinista!

Mientras volvíamos de la pista de squash, me acordé de que a las nueve

Ivan daba un módulo de matemáticas. Sobre el polideportivo colgaba una luna enorme. Probablemente no asistiría a ese módulo. Fui a la habitación, me duché y me vestí. Cuando miré la hora, eran exactamente las nueve menos diez.

Fui al Centro de Ciencias. No lograba encontrar la clase, que era la quinientos y algo. En el ascensor no estaba la quinta planta: los botones saltaban del tres al seis. Aun así entré en el ascensor, fui hasta el piso undécimo y volví a bajar, como si el quinto fuera a aparecer de repente. De nuevo en la planta baja, las puertas se abrieron y allí estaba Ira.

—No hay quinta planta —anuncié.

—Eh —dijo él, y entró en el ascensor—. ¿Subes?

—Bueno, en eso estoy —dije.

Ira apretó el botón de la tercera planta. Resultó que había que salir del ascensor y cruzar una pasarela metálica que se extendía a través de un atrio. Sobre el atrio estaba suspendido un jardín grande y descuidado, en una especie de bandeja poco profunda y atada con cadenas. Era como en Babilonia, en aquellos tiempos en los que todo el mundo hablaba el mismo idioma. Al otro lado del atrio, había un tramo de escaleras que conducía a la quinta planta.

El aula era casi tan luminosa como la pista de squash. Ver a Ivan de pie ante la pizarra hacía que me sintiera, no sé por qué, terriblemente avergonzada. Aun así, se suponía que tenía que mirarlo, para eso estaba él allí. Parecía muy alto, casi con el aspecto torpe de una marioneta, mientras iba de aquí para allá, escribía en la pizarra y extendía el brazo para señalar lo que acababa de escribir. La camisa se le había salido por un lado del pantalón. Se esforzaba mucho. Utilizó tres veces la palabra «sufrir». No recordaba a ningún otro profesor que hubiera mencionado el sufrimiento ni una vez en todo el año.

Miré alrededor de la sala a los otros estudiantes. Ira llevaba gafas y tenía la vista clavada al frente. Dos tipos con chaquetas acolchadas y zapatillas de

deporte gigantescas estaban repantingados en sus asientos y movían las sillas de delante con los pies. Una chica con una minifalda negra, los labios pintados de rojo intenso y el pelo alborotado asentía con una sonrisa permanente en la cara.

Ivan hablaba de conjuntos cerrados, conjuntos abiertos, números impares, números pares y días de la semana. Había puntos que estaban muy cerca de los conjuntos cerrados, había puntos que estaban todavía más cerca de cierto conjunto cerrado. Había una clase de conjunto que estaba, al mismo tiempo, abierto y cerrado. Se podía demostrar la existencia de un tipo de conjunto que no contenía algunos de sus propios elementos.

—Soy un artista malísimo —dijo Ivan, dibujando una casa.

Le añadió una chimenea, y luego una columna de humo saliendo de ella. El humo parecía alambre de espino. ¡Estaba dibujando una enorme cantidad de humo! Una gran nube, tan grande como toda la casa. ¿Qué estaba pasando ahí dentro?

Ivan dibujó un círculo alrededor de la casa.

—La casa está dentro del mundo —dijo—. Puedes estar dentro o fuera de la casa, pero no puedes abandonar el mundo.

»¿Hay humo en la casa? Mientras no me asfixie, me quedaré dentro; si es demasiado asfixiante, me marcharé. Nunca lo olvidéis: la puerta está abierta.

Eso era lo que Epicteto decía sobre el suicidio.

Junto a la casa, Ivan dibujó un monigote. La cabeza llegaba a la altura de la chimenea. En turco, cuando dices de una chica que «su cabeza aún no llega a la chimenea», significa que aún es demasiado joven para casarse.

—¿Está dentro o fuera? —preguntó Ivan—. Fijaos, está fuera de la casa, pero dentro del mundo.

Al final de la clase, me fui rápidamente, antes de que el reloj acabara de dar las diez. Dentro del mundo, sí... ¡pero al menos fuera de esa aula!

Ya estábamos en febrero. La inquebrantable preocupación del profesor de filosofía por los marcianos empezó a parecerme excéntrica, incluso inquietante. En beneficio de los marcianos, pasamos horas tratando de expresar en una notación lógica nociones como metáfora y malapropismo. ¿Bajo qué circunstancias podría ser cierto que «Kenji plantó una bandera en la cima del monte Fuji»? (¡En ninguna! ¡En ninguna! ¡Bajo ninguna circunstancia!)

Resultó que la teoría del significado que mejor funcionaba para los marcianos era una «teoría de la verdad» que proporcionaba las condiciones de verdad para cada enunciado. La solución se presentaba como una serie de proposiciones con la forma: «“La nieve es blanca” es verdad si y solo si la nieve es blanca». El profesor escribía este enunciado en la pizarra en casi todas las clases. Al otro lado de la ventana, la nieve se iba acumulando cada vez más.

En la clase de ruso, a nadie le importaban las condiciones de verdad. Todos decíamos: «Tengo cinco hermanos».

Soñé que Ivan nos pedía que identificáramos el punto que estuviera más cerca del conjunto que comprendía los días de martes a viernes. Para obtener la respuesta correcta, había que tener un Rolex falso en el que el segundero avanzara a saltos, haciendo tictac, a diferencia de lo que pasa con un Rolex auténtico, que se desliza con un movimiento fluido perfecto. En un Rolex falso, la respuesta era «23.59.59 en Sapir», porque el lunes se llamaba Sapir,

al menos en las dos primeras semanas del mes; en las dos últimas, el primer día de la semana se llamaba «Whorf». Era importante no considerar «Sapir» y «Whorf» simplemente como dos sinónimos de lunes, porque la posición de un día dentro del mes afectaba a su esencia.

Querida Selin, escribió Ivan.

¿Cambiarías vino y queso por vodka y pepinillos? ¿Por qué los héroes griegos tienen que luchar contra su destino? ¿Son los dados un arma letal? ¿Hay alguna forma de escapar del calabozo de la trivialidad de las conversaciones? ¿Por qué has dejado de venir a matemáticas?

Escribí a Ivan acerca de mi sueño. Me respondió que, si les daba una oportunidad a las matemáticas, comprendería que se trataba de un mundo pequeño y privado: solo tú y las razones; sin bravucones masculinos, con sus calendarios y diccionarios. Recordé las palabras rusas para «calendario» y «diccionario», que acababan con signo blando, como muchas palabras femeninas en ruso, pero que en realidad eran masculinas, y pensé que Ivan tenía razón: de eso era de lo que había ido mi sueño.

Lo de los Rolex es asombroso, asombroso, escribió Ivan. La luz, decía, parecía moverse fluidamente, pero la teoría cuántica afirmaba que avanzaba a saltos. Las ondas eran una combinación de movimiento fluido y tictac. ¿Puede existir la auténtica fluidez en este planeta nuestro? Quizá uno pueda hacer matemáticas de forma fluida o sexo de forma fluida. La fluidez era maravillosa, pero impotente. La energía provenía del tictac: de la capacidad para cambiar rápidamente. La inmortalidad era el movimiento fluido. Las vidas que vienen y van, las generaciones, los años, los minutos, los segundos: todos ellos están en el Rolex falso.

El día de los enamorados, Hannah me envió un correo de una cadena de mensajes: Envía esto a cinco personas, o tu corazón se romperá en las próximas veinticuatro horas. No prometía nada bueno si lo mandabas; solo que, si no lo hacías, tu corazón se rompería. Se ha demostrado que funciona. Trescientas parejas felices se han separado en cuestión de veinticuatro horas después de haber borrado este mensaje. ¿Qué clase de persona escribiría una carta así?

Fui a cenar a la cafetería con Ralph. Era noche de fajitas mexicanas. En la fila, me inventé un poema sobre la toma de decisiones. «Ya sea de maíz, trigo o harina, la elección que hagas de tortilla / puede alterar la velocidad del viento /, así que cada cosa a su tiempo / y los nabos en adviento.» Por todas partes había cajas de bombones con forma de corazón, con sus agoreros dichos gnómicos. PREGÚNTAME, NI LO SUEÑES, SÍ, QUIERO, ¿QUIÉN, YO? Más tarde, mientras estaba comiendo bastoncitos de zanahoria, Ralph me dijo que le recordaba a un caballo.

—¿Estás enfadado conmigo por algo? —pregunté.

—No, ¿por qué lo dices? —dijo Ralph.

Ivan me escribió un email sobre los payasos. Dijo que nos habíamos olvidado de ellos, que ahora solo actuaban en las cárceles y en los manicomios. Lo que se deducía de ello es que era algo malo.

Yo le escribí sobre una película que había visto en clase de español. Trataba de un viejo cuyos amigos recorrían la ciudad en sillas de ruedas motorizadas. El viejo soñaba con quedarse paralítico, para poder ir también en silla de ruedas. Por las calles vagaban muchos animales de granja, lo que representaba el caos del período franquista.

Ivan dejó de ir a clases de ruso. Cada vez tardaba más en responderme. Un

día, a las cuatro de la madrugada, me envió un mensaje muy largo en el que hablaba del alcoholismo y el vértigo. Lo abrí en el centro de estudiantes, con Svetlana.

—¿Quién te ha escrito ese email descomunal? —preguntó mirando por encima de mi hombro.

—Nadie —dije, y cerré el mensaje.

Pero Svetlana había visto su nombre. Me dijo que el apellido de Ivan era el anagrama de una de las palabras serbocroatas para designar al diablo.

—Ya sabes, como *vrag*, el Enemigo.

Me puse furiosa y le dije que el nombre de «Svetlana» también contenía «Satán».

Leía los mensajes de Ivan una y otra vez y me preguntaba qué querían decir. Me sentía avergonzada, pero ¿por qué? ¿Por qué era más respetable releer e interpretar una novela como *Las ilusiones perdidas* que releer e interpretar los emails de Ivan? ¿Era porque Ivan no era tan buen escritor como Balzac? (Aunque yo pensaba que Ivan era un buen escritor.) ¿Era porque las novelas de Balzac las habían leído y analizado cientos de profesores, de modo que leer e interpretar a Balzac era como participar en una conversación con todos ellos y, por lo tanto, una actividad más elevada y más significativa que leer un correo electrónico que solo veía yo? Pero el hecho de que ese correo se hubiera escrito expresamente para mí, en respuesta a algo que yo había dicho, lo convertía literalmente en una conversación, de un modo en que las novelas de Balzac —escritas para el gran público con el fin de obtener beneficios para la industria editorial— no lo eran; así pues, lo que estaba haciendo yo, ¿no era más auténtico y más humano?

El programa de formación para adultos me asignó a un estudiante de inglés como segunda lengua, Joaquín, un fontanero dominicano con el pelo blanco, gafas tintadas y tieso como un palo. Llegó puntual y me saludó cordialmente en español. Sonreí, pero no respondió. Con los estudiantes de inglés extranjeros, nos habían dicho que fingiéramos no solo que no íbamos a Harvard, sino que no sabíamos nada de español. Como si hubiéramos caído del cielo, en plan marciano.

—¿Cómo estás hoy? —pregunté.

Se le iluminó la cara.

—Joaquín —respondió.

—No quién eres, sino cómo estás.

Me dedicó una amplia sonrisa.

Dibujé tres caras en la pizarra: una sonriente, otra con la boca recta y otra con el ceño fruncido.

—¿Cómo estás? —pregunté. Luego fui señalando por turnos las caras—. Estoy bien —dije—. Estoy así así. Estoy mal.

—*Sí* —dijo Joaquín en español.

—¿Cómo estás? ¿Estás bien? —Di unos golpecitos sobre la cara sonriente. Entrecerró los ojos, se quitó las gafas y se las volvió a poner.

—Yo —dijo, y luego se señaló a sí mismo y a la pizarra—. Yo... Joaquín.

—Significa *cómo está* —dije finalmente.

—*Ah, ¿cómo está?* —repitió Joaquín, con una sonrisa aún más amplia—. *Bien, bien. Pues, sabe, estoy un poco enfermo.*

Descubrí que Joaquín había venido a Estados Unidos para ser tratado por un especialista de unos problemas de la vista relacionados con la diabetes. Su hijo vivía en Boston con su esposa, una chica agradable pero algo descuidada. Joaquín me preguntó de dónde era yo, de dónde era el nombre de Selin, a qué

se dedicaban mis padres, si era estudiante en la universidad. Al principio contesté a todo en inglés, pero luego también en español.

—Eres una buena chica —dijo—. Tus padres deben de estar muy orgullosos de ti.

A la semana siguiente tenía que conseguir que me dijera de qué color eran las cosas. Tenía una hoja de ejercicios. Debía decir que el papel era blanco, el bolígrafo azul y la pizarra negra.

—*The paper is white* —dije sosteniendo una hoja de papel en alto.

Asintió.

—El papel es blanco —dijo en español.

—Exacto, y ahora repite después de mí: *The paper is white*.

—Papel, es, blanco —dijo con una expresión tan seria como la mía.

—No, repite las palabras que estoy diciendo en inglés: *The paper is white*.

Al cabo de veinte minutos, sabía decir «Papel iss blonk». Lo decía con una expresión de suma paciencia y amabilidad. Pasamos a *The pen is blue*. Empezamos con «El bolígrafo es azul» en español, y llegamos finalmente a «Ball iss zool». Entonces se nos acabó el tiempo.

Ya fuera porque el autobús tuviera un techo especialmente alto, ya fuera porque los pasajeros de ese día fueran inusualmente bajos, muchos de ellos parecían incapaces de alcanzar los pasamanos. Con cada movimiento brusco, la gente tropezaba entre sí y alguno terminaba en el regazo de otro.

Aferrada al pasamanos, me sentí abrumada por el cansancio. ¿Qué estaba haciendo? ¿En beneficio de quién? ¿Quién entendería lo que Joaquín quería decir con «Papel iss blonk», por no hablar ya de «Ball iss zool»? Eso no era inglés. Era una especie de criollo. No... era pidgin. Si tuviéramos hijos que creciesen hablando así, le añadirían más gramática y entonces sería criollo.

Así ni siquiera era criollo.

De vuelta en la habitación, cogí un brownie Snackwell bajo en calorías, el dulce que a Hannah le gustaba menos, de un paquete de provisiones que su madre le había enviado, y me lo comí delante del ordenador. En la bandeja de entrada había un correo en turco de un tipo llamado Yıldırım Özguven, enviado desde una dirección de una universidad alemana. No decía gran cosa, solo que había pasado mucho tiempo desde que habíamos estado en contacto y que me deseaba éxito en mis estudios. Yo no conocía a nadie llamado Yıldırım Özguven, un nombre que significaba «Rayo Confianza». Después de pensarlo un buen rato, me convencí de que se trataba de un perfecto desconocido. Lo más probable era que hubiese buscado en el directorio de Harvard a chicas con nombres turcos y, recurriendo a la confianza hereditaria que daba nombre a su familia, me hubiese escrito ese estúpido mensaje. Cuanto más lo pensaba, más furiosa me ponía. ¿Cómo podía ese tipo ser tan presuntuoso? ¿Cómo se atrevía a suponer que sabía su *garb*? ¿Por qué me seguían pasando estas cosas?

Poco a poco, esa ira se fue asentando sobre su destinatario secreto y legítimo: Ivan. ¿Qué le daba derecho a ponerse a escribir a las tres o cuatro de la mañana lo primero que se le pasara por la cabeza, sobre los payasos o el vértigo, para luego enviármelo por email? Me duché y, aunque apenas eran las nueve y media, me metí a rastras en la cama y enseguida me sumí en un sueño agitado.

A las dos y media me desvelé. Sabía que no habría manera de que volviera a dormirme, al menos no durante horas. Me puse unos pantalones de chándal y

bajé a la sala de ordenadores. La única luz provenía de la máquina de Coca-Cola y del salvapantallas «Volando por el espacio». Metí seis monedas de diez centavos en la máquina y una lata cayó dando tumbos como un cuerpo cayéndose por una escalera. La Coca-Cola light bajó fría y chispeante por mi cálida y rosada garganta. Sentí que la mirada se me despejaba. Me senté a uno de los ordenadores. Querido Ivan, tecleé.

He estado dando clases de inglés como voluntaria. Tengo un alumno que, en lugar de decir «El papel es blanco», dice «Papel iss blonk». Yo lo entiendo, porque estaba allí cuando se lo inventó. Pero en lo que respecta a la enseñanza de inglés, he fracasado. Ahora soy la intérprete de una lengua que solo él y yo entendemos. Me hace sentir tan cansada, incluso furiosa. ¿Por qué debería comprenderlo? ¿Por qué no recibo ningún mensaje claro?

No entiendo lo que escribiste sobre el alcohol. ¿Trataba de eso? ¿O sobre otras cosas desagradables que dejan de parecerlo una vez que se impone el deseo de experimentar? ¿Cómo puede ser el vértigo el deseo de caer y no el miedo? ¿Por qué no saltar sin más? No entiendo por qué me contaste esas cosas.

Y yo quiero entenderte.

Cuando volví a despertarme, nevaba. Me había dormido y no me había levantado a tiempo para la clase de ruso. Ahora tocaba filosofía del lenguaje. Las mismas palabras insulsas, «“La nieve es blanca” es verdad si y solo si la nieve es blanca», fueron escritas en la pizarra por enésima vez. Automáticamente, toda la clase se puso a mirar por la ventana.

Pensé en Ivan y sentí remordimientos y vergüenza. No debería haberle dicho que quería entenderlo. No debería haber querido entenderlo.

Un estudiante que formulaba una pregunta estaba sentado en una postura asombrosa: las piernas cruzadas por la rodilla y el tobillo, los brazos entrelazados, los codos sobre la mesa, los dedos entrecruzados, como si con

todo su organismo aspirara a ser un buñuelo retorcido.

—Quiero decir... —comentaba—. Si se piensa en todo ese grupo de crisis ontológica en Pittsburgh...

Algunos alumnos se rieron. ¿Acaso no lo veían? Todos deseaban lo que no podían tener. Incluso ese chico joven, brillante, ingenioso, para quienes todas las puertas estaban abiertas, quería ser un buñuelo. Bueno, por supuesto, la otra cara del deseo era el miedo.

A las tres de la mañana, me conecté y tecleé finger varga en el ordenador. Nunca me había atrevido a utilizar el comando «finger» de Unix, porque sonaba muy desagradable, y también porque me parecía vergonzoso: te indicaba cuándo y desde dónde se había conectado otro usuario por última vez. Al cabo de un par de segundos, el ordenador dijo: Conectado desde 02.43.10. Me dio paz ver que estaba en línea. Me fui a dormir y soñé con un tipo tremendamente amable llamado Phil Lang, que tenía el pelo lustrado y a quien yo le caía mal. Resultó que él era la filosofía del lenguaje.

Querida Selin:

Hay un editor de texto, el emacs. Para salir del programa, pulsa Ctrl-x y luego rápidamente Ctrl-c. Si lo abres por equivocación, no podrás salir si no has aprendido antes la combinación Ctrl-x-ctrl-c. Naturalmente, puedes recurrir a la ayuda —Ctrl-h, es fácil—, y si pulsas otra vez Ctrl-h te explica cómo utilizar la ayuda. Pero entonces la ventana de ayuda llena la pantalla y se queda ahí. Para esconderla podrías buscar «cerrar búfer» en ayuda, pero primero tienes que buscar ayuda para saber cómo buscar ayuda. En fin, tu amigo te aconseja que imprimas la ayuda. Acto seguido, obtienes una tabla de diez páginas con interlineado simple de dos columnas encabezadas por COMANDO — FUNCIÓN. A la izquierda, están las combinaciones de teclas (Ctrl-ctrl, etc.). A la derecha, las funciones: cut-kill-region, kill-sentence, incluso transpose-sexpr.

Ese tal emacs sabe mucho, pero no tienes que aprender su (¿de él?, ¿de

ella?) lenguaje secreto. Hay quien dice que Microsoft Word es para niños, pero emacs... es Dios; la pantalla tiembla con la pulsación de las teclas. Una vez que aprendes los atajos del teclado, es genial. Estoy mejorando, pero tengo miedo. ¿Qué pasa si todo lo que puedo aprender en emacs está limitado por unas trescientas combinaciones de teclas válidas? ¿Todavía quiero aprenderlo, pues?

Está esa cosa con hablar, ya sabes.

Leí por encima lo que decía sobre el editor de texto, pero en la frase sobre el hablar me detuve. No podía creer que estuviera allí. La leí una y otra vez. Me hiciste una pregunta real y eso es cruzar cierta frontera. Dijo que estaba contento, porque hacía tiempo que quería hablarme con su propia voz, pero que le daba miedo trivializar nuestra conversación, por razones que, escritas en un email, a su vez, se trivializarían. Si ahora me encontrara por la calle, me diría hola y seguiría andando, porque... lo considero correcto así (rebatí todos mis argumentos racionales), porque el lenguaje hablado está tan desmitificado, es tan simplista, es una trampa. Al hablar, tendría que usar solo algunas combinaciones de teclas para las pocas funciones disponibles...

Me preocupaba cada vez más ser la víctima de algún engaño elaborado. ¿Y si Ivan había urdido toda esa correspondencia pretenciosa solo para ver hasta dónde llegaría yo? Estoy contento de que por fin me estés hablando de forma directa, escribía, en mitad de un párrafo pomposo en el que decía que no me hablaría si se cruzara conmigo por la calle. Pero ¿cuál era exactamente el engaño? El mensaje lo había enviado a las cinco y media, e Ivan llevaba conectado desde las tres menos cuarto. Eran horas importantes, delicadas. Horas a las que la gente no renunciaba tan alegremente. ¿Por qué alguien se tomaría tantas molestias para desconcertarme? Se me pasó por la mente que podía ser una venganza, quizá ni siquiera consciente, por... Pero eso parecía

demasiado descabellado para contemplarlo. Al final, pensé, no tenía otra opción que suponer que estaba siendo sincero. Si resultaba que no, mucho peor para él.

El invierno llegaba a su fin. Los ventisqueros grises empezaron a derretirse y dejaron al descubierto todo tipo de basura medio congelada. El aire olía a mugre. No parabas de tropezarte con pájaros muertos. Los narcisos florecieron justo a tiempo para ser destruidos por una nevada tardía, que se convirtió inmediatamente en nieve fangosa.

Joaquín llegaba tarde a nuestro tercer encuentro. Me senté a la mesa y escribí en un cuaderno de espiral algunas cosas a las que les había estado dando vueltas. Miré el reloj. Habían pasado veinte minutos. Las dos veces anteriores Joaquín había sido puntual, así que empecé a preocuparme. Encontré una lista con los nombres y la información de contacto de todos los estudiantes. Solo había un Joaquín, pero no constaba ningún número de teléfono, solo una dirección.

Al cabo de un par de días me llamaron de la oficina para decirme que Joaquín no volvería. Le habían operado de la vista y ahora estaba ciego.

Cuando pasó el segundo tercio del curso académico, Hannah dijo que no quería la habitación individual. Comentó que no le gustaba mucho estar sola y cedió su privilegio a Angela. Así que Angela se mudó de nuevo a la habitación individual, y yo volví con Hannah.

Hema, una amiga del instituto, me envió una cinta con una recopilación de canciones que incluía una de They Might Be Giants. Había una parte en que el tipo gorjeaba con su extraño tono característico, al mismo tiempo quejumbroso, alegre y resignado:

*No one Knows these things but me and him,
So I' writing everything down in a spiral notebook.*[2]

Una y otra vez escuchaba esas líneas, maravillada por lo bien que describían mi situación vital.

Me había saltado tantas clases de ruso que me llegó una carta de la oficina del decanato en la que me comunicaban que, si quería seguir inscrita al curso, tenía que presentar una carta firmada por la profesora. Fui a ver a Varvara durante las horas de tutoría. Me firmó la carta al momento y me dijo que no debería preocuparme por el decanato, pero que había notado que yo no era la misma ese semestre y que quizá tendría que ponerme una nota más baja.

—¿Es por tus compañeras de cuarto? —me preguntó. No recordaba que hubiera hablado de ellas en clase—. Sé que puede ser difícil —dijo—. Yo tuve que cambiar de compañeras en el primer año de universidad.

Por primera vez me pregunté si había ido a la universidad en Alemania del Este, y qué clase de estudiante novata había sido.

Le dije que con mis compañeras las cosas iban mejor. Me preguntó si había algo más de lo que quisiera hablar. Parecía muy agradable y sincera, con sus grandes ojos amables y la mandíbula cuadrada.

—Según usted, ¿el nombre de Sonia trae mala suerte? —solté de improviso.

—¿Qué quieres decir?

—En *Tío Vania*, y en *Crimen y castigo*. Incluso en *Guerra y Paz*, el personaje que lleva ese nombre es patético, es...

Dudé, pues no quería utilizar la expresión que había empleado Tolstói: «una flor estéril».

—No consigue al hombre que quiere —respondió Varvara.

Ví en sus ojos sorpresa y compasión y sentí, con un destello de miedo, que sabía de lo que estaba hablando.

Ivan y yo habíamos establecido un ritmo: él tardaba una semana en escribirme, y luego yo me obligaba a esperar una semana antes de responderle. Parecía una enorme pérdida de tiempo. Luego pasaron ocho días sin que él me escribiera, y después diez días, y ya estaba segura de que nunca más me volvería a escribir, y estaba desesperada. Finalmente me envió un mensaje. El asunto era locura, lo cual encontré alentador, pues así era como me sentía. Pero cuando abrí el correo electrónico, solo había una línea: Presento mi tesis dentro de dos semanas: te escribiré entonces.

En clase de español vimos una película colérica en euskera y otra triste en gallego. El profesor nos explicó con voz impasible que el paisaje de Galicia era insoportablemente bello, que siempre llovía, que había castillos, dólmenes y petroglifos, y que la costa era rocosa como en Irlanda. Introspectivos, resignados y melancólicos, los lugareños respondían a una pregunta con otra pregunta, creando una suerte de canto monótono, y tocaban unas «cornamusas primitivas» cuyo nombre era *gaita galega*. Su lengua contenía dieciséis diptongos entre crecientes y decrecientes. Los decrecientes eran ai, au, ei, eu, iu, oi, ou, ui. La «Trinidad gallega» consistía en la vaca, el árbol y el mar; la

lengua gallega era un árbol con alas: a pesar de sus raíces, volaba.

—Nieve en primavera, ¿qué es esto? —preguntó el psicolingüista italiano en un tono que claramente expresaba simpatía y jocosidad, pero que a mí me pareció, más o menos como todo lo que decía, preñado de la tristeza inefable del mundo—. ¿Por qué nadie es capaz de disfrutar de un almuerzo pausado?

En la clase de filosofía hablamos de los problemas que tendríamos en Marte: problemas lingüísticos. Si fuéramos a Marte y los marcianos dijeran *gavagai* cada vez que pasara corriendo un conejo, no tendríamos forma de saber si el término *gavagai* se refería a conejos, a correr o a una especie de mosca que vivía en las orejas de los conejos. Lo encontré increíblemente deprimente, tanto los obstáculos de comprensión como los conejos con moscas en las orejas.

Una noche Ralph me llamó y me preguntó si estaba ocupada. Fuimos a la Pizzeria Uno.

—No sé ni siquiera cómo hablar del tema —dijo Ralph, y pidió una *bruschetta*.

Yo no sabía lo que era una *bruschetta*.

Ralph me contó una larga historia sobre Cody, un tipo que vivía en una habitación en el mismo pasillo que él, y que ambos habíamos encontrado irritante en anteriores ocasiones. No entendía por qué me hablaba de Cody y cuándo empezaría a abordar del verdadero problema. Primero Cody le prestó a Ralph un libro sobre Auden. Luego Ralph leyó un artículo en el *New Yorker*

sobre Stephen Spender que tenía que ver con algo del libro, así que lo fotocopió y se lo dejó a Cody en la cesta junto a su puerta. Luego Cody comentó algo interesante sobre el artículo, y Ralph pensó que tal vez Cody no fuera tan mal tipo. Pero más tarde Cody le reprendió por no sé qué lámpara y le puso una mano en la cintura. Y ya está, esa era toda la historia. Al principio pensé que eran los extraños comentarios de Cody sobre la lámpara lo que había enojado a Ralph, pero no. Era que Cody hubiese tomado a Ralph por gay.

—¿Qué ha podido darle esa impresión? —me preguntó Ralph—. ¿Ha sido por lo de Stephen Spender?

—Tal vez sí —dije, a la vez que me preguntaba quién era Stephen Spender.

—¿Alguna vez has pensado algo así de mí?

—Oh, Ralph...

Le toqué el hombro, preguntándome qué sería lo correcto responder. Dije que tal vez el comportamiento de Cody no reflejara tanto lo que él pensaba de los sentimientos de Ralph, como que él, Cody, pensaba que Ralph era divertido, guapo y encantador, lo cual era cierto.

—De todos modos —añadí al cabo de un momento—, eso no sería el fin del mundo. No serías como Cody, uno que se le va la olla por una lámpara. Seguirías siendo tú.

Ralph levantó la vista de su bebida, mitad té helado, mitad limonada, con una expresión que nunca le había visto.

Ralph y yo fuimos al centro de estudiantes a estudiar para los exámenes parciales. Él estaba leyendo un manual de economía y yo estudiaba psicolingüística. Cada vez que alzaba los ojos, mi mirada se cruzaba con la de Ham, de Mundos Construidos, que estaba en una mesa cercana con otros tres

chicos.

Al cabo de unos minutos, Ham vino a nuestra mesa.

—Pareces muy interesada en ese libro —dijo—. ¿De qué va?

Le di la vuelta para enseñarle la cubierta violeta, en la que ponía LENGUA EN GRANDES LETRAS BLANCAS.

—Jo, odio la lengua —dijo Ham—. Si por mí fuera, todos nos limitaríamos a gruñir.

—Si todos hiciéramos eso, los gruñidos se convertirían en una lengua.

—No de la forma en que yo lo haría.

—¿En serio? —dije.

A modo de respuesta, emitió una especie de ruido.

Fui a casa para las vacaciones de primavera. Mi madre y yo nos quedamos despiertas hasta tarde hablando. Cuando me levanté al día siguiente, ella se había ido ya a trabajar. Salí a correr, pero no mucho rato, porque las pilas de mi walkman empezaron a agotarse. «No one knows these things but hiiim and meee», zumbó una versión espantosamente distorsionada de They Might Be Giants. Me dirigí a casa. La señora Oliveri deambulaba por el camino de entrada con una rebeca amarilla. Nunca había tenido mucho de qué hablar con la señora Oliveri, que tenía noventa y ocho años. Lo primero que pensé fue que podría entrar en la casa sin que ella se diera cuenta, pero luego me sentí culpable por pensar eso y le grité un saludo. Pareció no oírme. «¡Hola!», grité dos veces más. Siguió sin contestar. Al parecer, no quería trivializar nuestra relación con el lenguaje hablado. Me acerqué y me planté justo delante de ella.

—¡Hola! —saludé.

—¡Ah, hola! ¿De dónde has salido? ¡No te había visto! —Miró al cielo. Le dije que había llegado por el camino de entrada. No se lo creía—. ¿Por ahí?

¿Precisamente por ahí? ¡Pero si no te he visto! —exclamó, y dijo que se alegraba de verme. Luego añadió—: ¡Oh, te quiero! —Y me dio una palmadita en el brazo.

Estaba perpleja. Nunca me había dicho que me quería. Yo también le acaricié el brazo y le dije que me alegraba mucho de verla. Cuando entré a ducharme y me miré en el espejo, me sorprendió ver lo radiante que se veía mi cara.

Cuando mi madre llegó a casa, me explicó que la señora Oliveri había tenido un derrame cerebral. Estaba enfadada con la otra señora Oliveri, porque le había cobrado diez dólares por retrasarse con el pago del alquiler. Justo entonces sonó el timbre. Era la señora Oliveri, la que no había tenido el derrame. Traía un pastel. Mi madre puso una cara rara.

—Bueno, gracias —dijo—. ¿Quiere pasar?

El pastel resultó estar hecho casi por entero de glaseado.

Mi madre me dijo que yo tenía que hacer algo con mi pelo. El fin de semana me llevó a su peluquero en Nueva York. Hubo otra tormenta de nieve, pero inmediatamente después salió el sol y la temperatura subió a quince grados, haciendo que la nieve se derritiera. Ya nada era real; todo había terminado. Gerard, el peluquero, llevaba patillas, un chaleco de rayas, y tenía una risa vivaz. Me dijo que le gustaba cómo mi pelo se limitaba simplemente a estar ahí.

—Se rebela, recupera su forma. Eso es lo que me gusta. Apuesto a que es como su dueña, que tampoco se limita a quedarse ahí tumbada sin hacer nada.

Me sentí muy desanimada. ¿Qué otra cosa se suponía que debías hacer, aparte de quedarte ahí tumbada? ¿Qué sabía mi pelo que yo no sabía? Además, ¿por qué un gay me detallaba sus suposiciones sobre mi comportamiento sexual? Todo era un disparate. Gerard se quejaba todo el rato de la música. Decía que tenían muy buena música, tipo Santana, pero en lugar de eso no

paraban de poner a Chris Isaak. Al final me dejó el pelo cortísimo.

Volví a la universidad el sábado antes de que se reanudaran las clases. El tren iba casi vacío. El conductor recitó los nombres de las paradas en Connecticut con una incredulidad hastiada, como si no pudiera creer cuántas había: «South Saybrook. Saybrook Racetrack. Saybrook. Old Saybrook. North Saybrook. Saybrook Falls».

Cuando llegué, Ivan aún no me había escrito. Llamé a Ralph, pero nadie respondió. Entonces me llamó Svetlana. Pasamos juntas esa noche y todo el día siguiente, paseamos por Massachusetts Avenue y cruzamos el puente hasta Boston. Nos detuvimos en Tower Records y luego subimos por Newbury Street. Fuimos a una tienda de abalorios en Beacon Hill. Svetlana se gastó casi veinte dólares en cuentas de collares, sin pensar que hubiera nada vergonzoso en ello.

De vuelta en la habitación de Svetlana, escuchamos los cedés que ella había comprado —*Blue*, de Joni Mitchell, y *La pasión según San Mateo*, de Bach— y nos dedicamos a hacer collares, levantando de vez en cuando las ristras para compararlas. Mientras Svetlana me explicaba por qué su collar era característico de ella y el mío de mí, pensé que probablemente, desde que la civilización existe, las mujeres habían enhebrado cuentas en hilos, juncos o cosas por el estilo. Entonces me pregunté si siempre habría sido una cosa de mujeres. Quizá en la Antigüedad los hombres también llevaran collares. Sin embargo, hoy en día era difícil imaginar a unos chicos sentados en unos pufs, escuchando a Joni Mitchell, viendo cómo quedaban los collares en el cuello del otro y hablando de la hermana de Svetlana. A una parte de mí le inquietaba que esta fuera la razón por la que las mujeres nunca llegaríamos a nada, por la que en cierto modo nos estábamos quedando rezagadas.

Durante las vacaciones, Svetlana había ido a visitar a su hermana a la academia de bellas artes. Se la había encontrado sentada con las piernas cruzadas sobre la cama en un minúsculo dormitorio, dando sorbos a la misma taza de café tibio que recalentaba en el microondas cada dos horas, mientras construía una alcachofa con palillos. Lo de la alcachofa era un trabajo obligatorio para todos los estudiantes de primer año de las facultades de arte. La semana anterior habían tenido que hacer un zapato de alambre.

Sasha, su madre, quería enviar a la hermana a un curandero ruso, un hombre que pintaba cuadros místicos del cielo nocturno. Uno de sus cuadros estaba colgado en la habitación de Sasha. Representaba una balalaika solitaria que pasaba flotando por delante de una luna llena.

De vuelta en mi habitación, el único email que me aguardaba era de mi madre, con el asunto: Invasión de hormigas.

He tenido que llevar a cabo un miniexterminio. Decidí tirar el pastel de las vecinas que seguramente irritó a las hormigas, pero ellas tampoco están ya.

Por la mañana, cuando vi el nombre de Ivan en la bandeja de entrada, casi me eché a llorar. Me recordó un tipo de tortura sobre el que había leído, en el que los captores te iban devolviendo los sentidos uno a uno, y al final sentías tal gratitud que acababas contándoselo todo.

El sol, escribía Ivan, estaba a punto de salir. Al otro lado de la ventana, la luz de un semáforo oscilaba entre el rojo y el verde. De vez en cuando pasaba un coche. En ruso se podían describir ese coche y otros con los verbos de

movimiento acompañados de determinados prefijos: ¡qué sutilezas tan insignificantes! Ivan acababa de terminar de corregir los deberes de los que casi habían sido compañeros míos, y su tren para Yale salía al cabo de una hora. Al día siguiente estaría en California. Ahora el sol ya había salido y él no había llegado a ninguna parte. La fortuna no sabe de reglas cuando reparte talentos.

Veía la escena con mucha claridad —el semáforo que cambiaba de color toda la noche en beneficio de nadie, los primeros coches que circulaban mientras el sol iba saliendo— y me abrumó la sensación de que su vida era mucho más plena que la mía, por las cosas que hacía y las distancias que recorría, mientras que yo nunca había hecho nada ni ido a ninguna parte, y nunca lo haría. Lo único que había hecho siempre era ir a visitar a mis padres, primero a uno y luego al otro, sin que hubiera visos de que eso fuera a terminar algún día. Peor aún, sabía que no tenía a nadie a quien culpar por ello, excepto a mí misma. Si mi madre me decía que no hiciera algo, yo no lo hacía. Todas las madres prohibían a sus hijos hacer cosas, pero yo era la única que obedecía. Como una eterna indigente en el gran mercado de las ideas y del mundo, no tenía nada que enseñar a nadie. No tenía nada que alguien quisiera. Leí de nuevo el mensaje de Ivan y traté de enfrentar esa terrible indignidad.

Querido Ivan:

Mis vacaciones han sido una mierda. No le encuentro el sentido a nada. Tengo un libro que pone lengua en la cubierta y no me enseña nada. Creo que el problema es mucho más profundo. El barril de petróleo está vacío, así que tiras dentro un cigarrillo. Y todo estalla en llamas.

No entiendo nada de lo que está sucediendo, ni cómo está sucediendo. No entiendo por qué si nos saludáramos, o si realmente habláramos el uno con el otro, estos mensajes se trivializarían. Dices que no estás de humor para sutilezas intrascendentes. Pero las sutilezas intrascendentes son la única

diferencia entre algo especial y un enorme montón de basura flotando en el espacio. No me lo estoy inventando. Se descubrió en el siglo XIX.

Creo que me estoy enamorando de ti. Cada día me resulta más difícil ver el denominador común, entender lo que cuenta como una cosa. Todas las categorías que componen un perro se vuelven borrosas y se disuelven. Ya no puedo decir qué es algo. Siento escalofríos en la parte de atrás de los brazos y las canciones siguen dándome vueltas en la cabeza. [Si voy a ser ejecutada, que sea] por tu manita aristocrática.

Tu Sonia

Era tarde cuando envié el email. Después fui a correr junto al río. Todo parecía furiosamente nítido, al mismo tiempo más real e irreal que de costumbre. El suelo seguía allí a cada paso. No quería dejar de correr nunca. No quería pasar a la siguiente cosa, ni a la que venía después.

De vuelta en la residencia, me duché, me conecté a Unix y ejecuté el comando «finger» para ver dónde se encontraba Ivan. Estaba en línea, en un servidor llamado neptuno.caltech.edu.

Saqué un libro y me puse a leer. El libro parecía tener algo que ver con España. Cada cinco minutos comprobaba si Ivan seguía en línea. A veces estaba inactivo por un minuto o dos; luego volvía a activarse de nuevo. Intenté imaginármelo allá en California, donde el reloj marcaba tres horas menos, escribiendo en un ordenador llamado Neptuno, haciendo una pausa de un minuto o dos para luego teclear otra vez.

A las 2.40 de la madrugada, me envió un correo. Lo leí dos veces. No entendí ni una palabra, pero sentí con todo mi ser que no eran buenas noticias. Había frases aisladas que hacían que mi corazón se inflamara, pero, por debajo de

ellas, la base, el suelo, resultaba enfermizo.

Leí el mensaje por tercera vez.

Querida Sonia, empezaba. Hay tanto de lo que quiero escribirte. Ivan estaba sentado en un diminuto cuarto en Caltech, el Instituto de Tecnología de California. Yo estaba describiendo algo que se parecía al vértigo de «caerse del lenguaje». Él también lo sentía. Lo que más le gustaba de las matemáticas era que la relación entre pensamiento y escritura era muy directa, que las matemáticas se escribían tal como se pensaban.

Cuando te escribo, siento algo parecido, como si mis pensamientos y estados de ánimo estuvieran directamente en las teclas. No sé por qué quiero esto, porque claramente es muy difícil de entender. Quizá entienda un tercio de lo que escribes, y probablemente pase lo mismo a la inversa.

Por otro lado, del tercio que sí entiendo, obtengo más de Ti de lo que podría obtener de algo concreto y cristalino, como una explicación o un artículo académico. Lo que escribes con tanto esmero e intensidad porta una imagen de Ti. Por eso temo la trivialidad de las conversaciones. ¿Y si quisiera llegar a Ti en la misma medida que a través de estos mensajes... y descubro que no puedo?

Por supuesto, es solo un temor. Podríamos intentarlo, de todos modos. Podríamos pasear y pasear, y solo hablar si surgiera algo.

Hacia el final, tocó el tema del amor y decía que era algo tan complicado que no era capaz de escribir una sola frase coherente al respecto. Me han pasado muchas cosas en los últimos dos años, y mis opiniones sobre el amor han cambiado. Tengo una novia a la que quiero solo a veces. Pienso mucho en ti. El amor que siento por ti es por la persona que escribe tus mensajes.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para asimilar el significado de esas frases, para forzarlas a entrar en mi cerebro. Apreciaba todos sus niveles, el grafémico, el morfológico y el semántico, y todos ellos me dolían. Decía «el amor que siento por ti», y luego añadía que era para otra, para la persona que

escribía mis mensajes. Hablaba del enorme valor de estas cartas, que eran tan difíciles de entender; y la dificultad a la hora de comprenderlas parecía ser precisamente lo que para él era más valioso.

Al leer el email por cuarta vez, me detuve en la frase sobre su novia. ¿Era posible que esa fuera la frase más importante? Pero, para mí, la idea de que tuviera novia no me parecía tan nefasta como la sensación de que no quería conocerme, ni saber nada, solo quería conjeturar, hacerse preguntas y desaparecer.

Bueno, al menos ahora ya lo sabía. No le escribiría más, no tenía sentido. Ya lo habíamos hecho, y yo no tenía nada más que decir, y de todos modos él no tenía tiempo. Apagué el ordenador y me fui a la cama.

Cuando me desperté, del pasillo llegaba una canción acerca de que en algún lugar había un mundo normal y que un tipo tenía que encontrarlo. Fui a lavarme los dientes. Hannah estaba sentada frente al ordenador.

—Hola —dijo—. ¿Ya has desayunado?

Fuimos a desayunar. Eran casi las once, y ya habían sacado el helado para la comida. Mientras Hannah hundía la cuchara en un gran tazón de helado de fresa, me contaba con todo lujo de detalles un sueño que había tenido sobre la serie *Friends*. Yo masticaba mecánicamente los cereales y daba sorbos a un café solo.

Unas niñas exploradoras habían entrado en la cafetería. Hacía meses que no veía a un niño. Dos de ellas se acercaron a nuestra mesa.

—¿Os gustaría comprarnos unas galletas? —preguntó la que tenía más pelo. Compré dos cajas de galletitas de menta y chocolate y le di una a Hannah.

—El otro día te cogí un brownie del paquete que te envió tu madre —dije.

—¡No pasa nada! Son para compartir.

Sonrió complacida. Cualquier muestra de amistad la colmaba de felicidad.

Yo también había sido una niña exploradora, pertenecía a una tropa de Brownies. Una tarde cogí un rastrillo del garaje y me puse a rastrillar el patio de la anciana señora Emmett, para tratar de ganar la insignia de las buenas acciones. La anciana señora Emmett me denunció a la policía por allanamiento de morada, y además dijo que había envenenado a su perro. Yo ni siquiera sabía que tenía un perro. Pues bien, lo tenía: un perro envenenado.

Cuando me tocaba vender galletas, mi madre, a quien pocas cosas habrían podido abochornar más que la idea de que yo fuera de puerta en puerta tratando de vender algo, se ocupaba de hacerlo ella misma y se las endilgaba a su propia madre. Al cabo de diez años, cuando fui a visitar a mi abuela en Ankara, las encontré en la despensa: treinta cajas de galletas sin abrir. «¿Por qué no te comiste las galletas?», le pregunté. «Ah, ¿son galletas? Pensaba que eran velas», respondió mi abuela.

—¿Te pasa algo? —preguntó Hannah—. No estás de tan buen humor como de costumbre.

—Estoy de bajón —respondí.

—¿Te ha pasado algo?

—Me gusta alguien a quien no le gusto yo —dije.

Había pensado en ello como una aproximación, pero, una vez dicho, me pareció que era la verdad.

Finalmente fui a visitar a Ralph a la Biblioteca JFK. Tomé un autobús desde una estación de la T gris y desierta, envuelta en ululantes ráfagas de viento. Era la única pasajera a bordo. El conductor hizo caso omiso de todas las paradas y se dirigió de un tirón hasta la biblioteca: un edificio de cristal y hormigón que recordaba tanto a una lápida como a una nave espacial. Esperé a

Ralph en un pabellón desangelado con vistas al océano. Yo no paraba de decir «Oh, no», mientras abrochaba y desabrochaba el botón de la manga de mi chaqueta. Al vernos, Ralph y yo nos reímos. Caminamos por un espacio que recreaba la Convención Nacional Demócrata de 1960 y vimos el abrigo rosa —«rosa radiactivo», como lo calificó John Kenneth Galbraith— que Cassini diseñó para el encuentro de Jackie con Jawaharlal Nehru. Tenía el cuello redondo y lo llevaba con un sombrero a juego. Cuando Jackie se lo puso, un periódico de Delhi la comparó con Durga, la diosa de la fuerza.

A la mañana siguiente encontré un email de Ivan con el asunto: ¿Dónde estás? Dijo que necesitaba oírme. Él solía pensar que tenía mucho que decir, pero primero tenía que saber lo que pensaba yo. Ahora estaba en Caltech con su amigo del instituto, Imre. Un estadístico ruso, cuya expresión facial recordaba a la de un domador de leones que hubiese sacado la cabeza de entre las fauces de un león un segundo después de haberla metido, les había largado una conferencia de una hora sobre su investigación. Ivan se había pasado todo el rato pensando en qué escribirme.

Ivan había bebido sidra con Imre, para así poder hablarle de mí. Si se quería hablar con Imre de cualquier cosa sin que se convirtiera en una competición, primero había que darle de beber. Pero no había bastado con toda esa sidra. Se agenciaron otra botella de vino, pero no un sacacorchos. Ivan había aprendido un truco de su padre: se envolvía la botella en una toalla y la golpeabas contra la pared. En vez de una toalla, usaron el suéter de Imre. En lugar de una pared, utilizaron una fuente modernista. La botella se hizo añicos.

Ivan e Imre anduvieron tres kilómetros para comprar más vino, se lo bebieron y regresaron al departamento para escribir correos. En la sala de

ordenadores, a Imre se le cayó la botella y el resto del vino se derramó por todas partes hasta alcanzar el pasillo. En el servicio de hombres no quedaban toallas de papel. Mientras limpiaban el pasillo con unas toallas de papel que cogieron del aseó de mujeres, apareció un teórico de los números alemán y empezó a hablarles de su investigación. Ahora Imre lo estaba esperando en la fuente. Ivan le había prometido acompañarlo a los Estudios Universal, pues había encontrado una manera de colarse sin pagar los treinta y cinco dólares de la entrada. Quería escribirme de un modo más profundo, pero no podía hacerlo hasta que oyera mi voz.

Apagué el ordenador y me fui a Copley Square con Ralph, para ayudarle a comprar unos tirantes. Me hice un lío con las puertas giratorias. No paraba de pensar en que, si alguien me decía que tenía que pagar treinta y cinco dólares o utilizar un sacacorchos, no intentaría ser más lista que los demás. ¿Cómo iba a llegar a alguna parte en la vida? ¿Cómo podría interesarse alguien en mí?

Pasados los perfumes, los cosméticos, los bolsos y las gafas de sol para mujer, bajamos por una escalera mecánica hasta el departamento de caballeros. La sección en sí era un despropósito, nada parecía pensado para sorprender o complacer al cliente, y todo parecía idéntico. ¿Cómo era capaz alguien de elegir entre tantas chaquetas grises? Pero seguí tocando los hombros anchos y sólidos y, a pesar de que había algo ridículo en su sobriedad y vanidad, no fui capaz de reprimir una oleada de deseo.

Los tirantes tenían que conjuntar con unos pantalones caquis, una chaqueta azul marino y una corbata burdeos. Era difícil tener en mente los tres colores al mismo tiempo. A los dos nos gustaron los tirantes rojos, pero no con una corbata burdeos. Como una tonta, le pregunté a Ralph por el color de los zapatos.

—Negros —dijo.

—Zapatos negros, chaqueta azul marino —cavilé en voz alta.

Nos miramos con la misma expresión angustiada: «Zapatos marrones». Fuimos a la sección de calzado. Ese fue el principio del fin, no solo porque comprar calzado era de por sí algo triste —¿qué era *La Cenicienta* sino una alegoría de la tristeza fundamental de ir a comprar zapatos?—, sino porque para llegar a los zapatos tenías que pasar por la sección de pijamas y ropa interior. Allí realmente lo perdimos todo: nuestro sentido de propósito en la vida y de quiénes éramos. Los zapatos, al menos, estaban relacionados con los tirantes. Aquí, los colores eran irrelevantes... o no lo eran, pero tenían significados diferentes. Allí había unos calzoncillos tipo bóxer que tenían estampado NO NO NO en rojo, y SÍ SÍ SÍ en unas letras verdes que brillaban en la oscuridad.

Pasó otro día. Los registros de conexión de Ivan migraron del Instituto de Tecnología de California a la Universidad de California en San Diego y luego a la Universidad de California en Los Ángeles. Una y otra vez traté de escribirle, pero me paralizaba la idea de que ahora todo dependía del paso que yo diera. ¿No era lo que había dicho él mismo? ¿Que quería decirme algo, pero solo si yo decía antes lo correcto?

No podía estudiar ni dormir. No entendía qué sentido tenía nada ni qué iba a pasar. Escribía todo el rato, bien en el cuaderno de espiral, bien en el ordenador, casi sin parar, apuntando a menudo qué hora era, porque quería sentir que controlaba cada minuto de mi tiempo. Pero, por supuesto, era imposible. Cuando acababas de escribir qué hora era, inevitablemente ya era más tarde.

Quería contarle a alguien lo que me pasaba, pero no sabía cómo ni a quién.

No podía contárselo a Svetlana; se pondría a hablar de Satán o a decirme que debería olvidarme de Ivan porque tenía novia. Pero ¿y si se podía establecer otra conexión? ¿Y si eso no fuera la única cosa en el mundo? Le conté una versión abreviada de la historia a mi madre. Al oírme, me di cuenta de que no tenía sentido. Como historia, era absurda. No podía hablar. No podía leer.

Concerté una cita con un psicólogo en la clínica de la universidad. En la sala de espera cogí un folleto titulado «Verdades y mitos sobre la acidez del estómago», porque, por lo general, me gustaban los mitos, pero estos eran malísimos. «Los caramelos de menta son un antídoto contra la acidez de estómago.» Una enfermera dijo algo que se aproximaba a mi nombre. La seguí hasta una puerta con una placa que decía PSICOLOGÍA INFANTIL Y ADOLESCENTE. En el interior, un hombre de pelo cano con la cara sonrosada estaba sentado detrás de un escritorio rodeado de bloques de madera y cerdos de plástico. No había otros animales: solo cerdos. Ivan había mencionado a los cerdos en sus correos, varias veces. ¿Había algo particular sobre los cerdos que yo ignoraba?

—Por favor, siéntate —dijo el psicólogo de niños y adolescentes, señalando hacia una serie de sillas, algunas de tamaño infantil, otras, supongo, de tamaño adolescente.

Me senté en una de las sillas grandes y se lo conté todo. Le hablé de los problemas para dormir, hablar y leer, del intercambio de correos electrónicos, de mi confesión y de la respuesta de Ivan. Me llevó mucho rato explicarlo.

—¿Cómo reaccionaste cuando te habló de su novia? —preguntó el psicólogo.

—No le respondí.

Asintió enérgicamente.

—¿Qué hizo él, entonces?

—Me volvió a escribir. Dijo que tenía más cosas que decirme, pero que antes tenía que oír mi voz.

—¿Quería hablar contigo por teléfono?

—¿Perdone?

—Cuando dijo que necesitaba oír tu voz, ¿quería decir que iba a llamarte?

—Ah, creo que me estaba pidiendo que le escribiera. Creo que cuando dijo «voz» hablaba, mmm... metafóricamente.

—Entiendo. Tu voz escrita.

Cuando oí la expresión «voz escrita» me sentí avergonzada hasta casi enmudecer.

—Sí —logré decir.

—¿Has hablado por teléfono con él desde que se fue?

—Nunca he hablado con él por teléfono.

—¿Qué? ¿Ni siquiera una vez?

—No.

—¡Vaya por Dios! Así que tú tampoco has oído su voz. Excepto, claro, su voz escrita.

—Bueno, hemos hablado en clase, y a veces un poco después de clase.

—Es verdad, ibais juntos a esa clase. La de ruso. Pero ¿aparte de eso?

Negué con la cabeza.

—Solo, mmm... la voz escrita.

—Vaya por Dios —repitió—. ¿Y qué vas a hacer ahora? Te ha escrito otro correo. ¿Vas a responderle?

—No lo sé —dije—. Quiero hacerlo, pero no sé cómo. No sé qué está bien decir y qué está mal.

El psicólogo se reclinó en su silla. Siguió un largo silencio.

—¿Sabes, Selin? —dijo—. No me gusta nada cómo suena todo esto.

Estaba sorprendida: no sabía que tuviera que gustarle o no cómo sonaban las cosas.

—¿No? —pregunté.

—No. Todo esto me recuerda a Unabomber.

—¿A Unabomber?

—A Unabomber.

—¿Por qué?

—No lo sé. No dejo de pensar en Unabomber.

—¿Porque tenía un doctorado en matemáticas?

—Oh, eso es interesante, pero no estaba pensando en eso. —Escribió algo en una libreta—. Pensaba en ordenadores, en que todo esto va de poder y de ordenadores. Ahí es donde reside el poder, en los ordenadores.

—Oh —dije.

—Estás es una fase muy vulnerable de tu vida. Te has ido de casa por primera vez, te sientes cuestionada y abrumada por las obligaciones académicas. Y ese chico del ordenador... ¿dónde está? ¿En California?

—Sí. Está visitando escuelas de posgrado.

—Tiene una novia, se va a licenciar, se marcha a California. No es alguien que vaya a estar ahí para ti. Ni a corto ni a largo plazo. Tal como lo has descrito, casi parece que no exista. Es solo una voz detrás de un ordenador. ¿Quién sabe quién o qué está ahí al otro lado? Obviamente le gusta esconderse. Y tú también te escondes detrás del ordenador. Eso es perfectamente comprensible. Los seres humanos, todos nosotros, odiamos correr riesgos. Todos queremos escondernos. Y gracias a esos emails —pronunció la palabra como si yo me la hubiera inventado—, gracias a esos emails, puedes tener una relación completamente idealizada. No arriesgas nada. Detrás de la pantalla, estás completamente a salvo. Y ahora, me gustaría pedirte que pensaras en algo. En realidad no sabes nada de ese tipo, ¿no? Es

posible que ni siquiera exista.

—¿Perdón?

—Esa persona de la que me has hablado. Es posible que no exista.

Sentí cómo el entramado de la realidad comenzaba a desmoronarse a mi alrededor. Miré detenidamente la cara sonrosada del psicólogo de niños y adolescentes. No parecía bromear ni hablar en sentido metafórico.

—Fuimos juntos a clase durante un semestre —dije despacio—. Lo vi casi todos los días. Hablamos. Yo... tengo un recuerdo bastante nítido de eso. —Mientras hablaba, cobraba más seguridad en mí misma—. Estoy convencida de que existe. Quiero decir, no estoy segura al cien por cien, pero tampoco estoy segura al cien por cien de estar aquí sentada hablando con usted, ¿sabe?

—Pero tú y yo estamos sentados cara a cara. Somos personas reales. Él no actúa en el nivel de una persona real. No es una persona real para ti. Si fuera una persona real, tendrías todo tipo de oportunidades para ver los defectos de esta situación; o para ver que, en lo tocante a ti, él no está realmente aquí. En lugar de eso, dado que existe como una serie de mensajes, siempre está ahí, cada vez que enciendes el ordenador. Apuesto a que lees esos mensajes una y otra vez, ¿no?

—Sí.

—Por supuesto. Y él es el compañero ideal, porque tienes que rellenar los espacios en blanco. Ahora voy a hacerte una pregunta y quiero que lo pienses por un momento. —Hizo una pausa—. ¿Qué pasaría si el tipo del ordenador tuviera... mal aliento?

—¿Perdón?

—Piénsalo un momento.

Lo pensé.

—Lo siento. Creo que no entiendo la pregunta.

—¿Y si conocieras a ese tipo, en persona, y resultara que tiene mal aliento?

Lo pensé un poco más.

—Bueno, supongo que, si ese fuera el caso, tendría que tomar alguna medida en ese momento —respondí—. Pero hasta entonces no parece tener mucho sentido preocuparse por eso.

—¡Exacto! Como no es una persona real, no tienes que preocuparte por eso. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? Parece una persona ideal, pero la verdadera persona detrás de esa máscara podría tener todo tipo de problemas.

—Oh... como el mal aliento.

—Exacto.

—Mire —dije—. No quiero que esto suene como «Soy tan cerebral que me daría lo mismo que le oliese mal el aliento», pero creo que lo podríamos arreglar de alguna manera. Es muy poco común encontrar en el mundo a alguien con el que conectes de verdad. La mayoría de la gente es horrible. En líneas generales, el mal aliento parece relativamente fácil de manejar. Después de todo, hay muchos productos para combatirlo. Por el contrario, no hay muchas cosas que hagan que una persona sea interesante y relevante.

El psicólogo entrechocó las yemas de los dedos.

—Me interesa tu comentario acerca de que la mayoría de la gente es «horrible». ¿Qué hace que la mayoría de la gente sea tan horrible?

Le expliqué mi teoría. La mayoría de la gente, en el mismo momento de conocerte, te evalúa como un potencial competidor por los recursos. Es como si todo el mundo viviera con el miedo constante a un naufragio, en el que solo cupiera cierto número de personas en un bote salvavidas, y trataran constantemente de vigilar sus pertenencias y de identificar a las personas prescindibles... personas de las que pueden deshacerse. Hannah era así: quería crear una alianza conmigo en contra de Angela.

—Todos tratan de tranquilizarse a sí mismos: a mí no me van a tirar del bote, los tirarán a ellos. Siempre están dividiendo a la gente en dos grupos:

aliados y prescindibles.

—¿Te ves a ti misma como una persona prescindible?

—El caso es que no quiero verme envuelta en esa cuestión, y eso es de lo que la mayoría de la gente quiere hablar. El número de personas que quieren entender cómo eres, en lugar de tratar de averiguar si vas a subirte al bote... es realmente limitado.

—Selin, lo que estás diciendo es algo muy simple, muy natural: el miedo a la competencia y al rechazo por parte de tus compañeros. Está claro que en el instituto te fue muy bien. Luego vienes a Harvard y hay mil seiscientos chicos de tu edad a los que les ha ido tan bien como a ti, a algunos quizá incluso más. En cada conversación con tus compañeros, te topas con una rivalidad subliminal. Te preocupa que, si no estás a la altura, te rechacen.

»Me temo que se nos ha acabado el tiempo, pero creo que ha sido una sesión muy productiva. Has expresado muchas emociones contradictorias. Me parece que tu percepción de que todos los demás son horribles quizá esté compensando tu propio sentido de inferioridad y tu temor al rechazo. Racionalizas el rechazo de tus compañeros diciéndote que proviene de los defectos de los demás en lugar de los tuyos. Son ellos los que no entienden tu filosofía o tus ideas.

»Todo esto te deja terriblemente sola y aislada, lo que creo que explica tu vulnerabilidad hacia ese chico del ordenador. Parece ofrecerte justo lo que quieres: una relación interpersonal no interpersonal. Con él no tienes que preocuparte de en qué lado de la habitación está el alargador del enchufe. Pero eso es porque no es una relación íntima. En la vida real esas cosas se discuten y se llegan a acuerdos para superarlas. De ahí viene tu ansiedad, la sensación de que siempre estás a punto de cometer algún error.

»Lo que quiero ayudarte a comprender en las próximas semanas es que la intimidad real es un lugar donde no hay errores, al menos no en el sentido en

que los entiendes. Uno no lo estropea todo con un solo movimiento equivocado. Una amistad es un espacio en el que recibes apoyo y eres libre de cometer errores. Creo que cuando lo interiorices, muchos de tus problemas se solucionarán.

No parecía haber nada que decir en respuesta a eso, así que asentí y me puse la chaqueta. Me dijo que todo el departamento de salud mental se trasladaría pronto a un nuevo edificio. Dibujó un mapa con el edificio nuevo y el antiguo en el dorso de su tarjeta de visita y me la entregó. Me la guardé en el bolsillo, aunque sabía que no iba a utilizarla.

Lloviznaba. No tenía paraguas. El miedo me atenazaba el estómago. Había traicionado a Ivan hablando de él, haciendo que un desconocido lo llamara «ese chico del ordenador» y lo comparara con Unabomber. Gracias a mí, ahora existía en el mundo una representación neuronal de «ese chico del ordenador». Tenía un miedo irracional a que Ivan se enterase de ello, o a que de algún modo ya lo supiera.

Traté de consolarme con la idea de que, después de todo, también Ivan había hablado de mí, y que lo que su amigo Imre pensara de mí probablemente no sería menos estúpido que lo que el psicólogo pensaba de Ivan. Pero eso no me levantó el ánimo.

Querido Ivan:

Me costó mucho entender tu mensaje. Supongo que estoy demasiado acostumbrada a pensar en las palabras como medios para un fin. Las palabras crean un estado de ánimo, pero no son el estado de ánimo en sí. Estoy totalmente de acuerdo en que algunos estados de ánimo no se pueden transmitir con un lenguaje claro y lógico, o mediante artículos académicos. ¡Los artículos pueden ser un verdadero fastidio! Básicamente, el lector no está

a tu lado, por lo que no puedes omitir ningún paso lógico. Y a veces, cuando una conexión es delicada, se tarda mucho en explicar los pasos: no solo es imposible, sino que, para cuando das el último paso, el estado de ánimo se ha desvanecido.

En ese sentido, es mejor escribir una carta a un amigo. Puedes conseguir más. Puedes hacer avances más grandes. Por supuesto, siempre hay una posibilidad de que ella (¿él?) no te siga. Pienso en ello todo el tiempo. ¿Cuándo deja de merecer la pena tanta confusión por un estado de ánimo? ¿Cuál es la proporción correcta?

Nunca pensé en distinguirte de la persona que escribe tus mensajes. Pero creo que te entiendo. Te envió un correo: ¿cómo sabes quién lo ha escrito? Podría haber sido cualquiera. No tengo ninguna manera de convencerte. Digo: «¡Soy yo!», tú dices: «¿Quién es "yo"?».

¿No sería alucinante si descubriéramos que los dos tenemos a negros que nos escriben los correos? Imagínate los a los dos dando un largo paseo juntos, paseando y paseando, y hablando solo si surgiera algo...

Ivan reapareció en redwood.stanford.edu, luego en kepler.berkeley.edu.

Svetlana y yo fuimos a correr. No paraba de repetir lo libre que se sentía en pantalones cortos: se había depilado por primera vez las piernas con crema depilatoria. Me habló de un poema que había escrito, en el que su ordenador se le caía bajo la lluvia y se tragaba el universo. Le preocupaba que «tragarse el universo» sonara pretencioso, porque la sensación que intentaba describir era en realidad similar a la sensación de tragarse un huevo duro entero. ¿Debería simplemente decir que se había tragado un huevo y dejar al universo al margen? Pero el huevo daba realmente la sensación de ser el universo entero.

—Es tan difícil ser sincera sin sonar pretenciosa —añadió—. Quiero decir, ¿qué se supone que debes hacer si realmente te sientes como si te hubieses

tragado el universo? ¿No decirlo?

—Yo también me he estado preguntando eso —dije.

Al final, pensé que debería decir que se sentía como si se hubiera tragado el universo, a menos que se tratara «exactamente» de la misma sensación que la de haberse tragado un huevo duro, porque, en ese caso, sería mejor no pecar de exagerada.

—Supongo —dijo.

Ivan me envió un correo electrónico. Era una especie de poema en prosa sobre las estrellas y el infierno. Trataba realmente de esas cosas. A veces yo hacía chistes, para mí misma, sobre las estrellas y el infierno. No tenía a nadie a quien contárselos.

El programa de formación para adultos me asignó a un nuevo estudiante. El formulario decía solo: «Dinah, álgebra, jueves a las 19 h».

Dinah tenía más o menos la edad de mi madre y llevaba, en la pechera de su vestido con estampado floral, un medallón grande con la fotografía ligeramente borrosa de un niño negro que se levantaba de un escritorio y miraba por encima de su hombro. La propia Dinah no paraba de sentarse y ponerse en pie para sacar cosas de un enorme bolso rojo. Me contó que el niño de la foto era su hijo, Albert, muerto en enero a los dieciocho años. Yo también tenía dieciocho años. ¿Cómo no iba a preguntarse, como yo misma estaba haciendo ahora, por qué yo estaba viva y sentada en una habitación con ella, mientras que su hijo ya no existía?

—Lo siento mucho —dije.

—Gracias, cariño —respondió—. Estas cosas pasan por algún motivo, pero

ignoro cuál es. Por eso he vuelto a la escuela.

—Eso es maravilloso —dije, porque aún creía en la escuela.

—Claro que sí, cariño. Al fin y al cabo, ¿qué tengo que hacer durante todo el día? ¡Así que ahora voy a la universidad! El problema es que no entiendo nada de álgebra. —Suspiró—. Voy a la clase. No entiendo. Así que he dejado de ir. Pero sigo sin entender. Dentro o fuera de esa clase, no entiendo ni una palabra de lo que dice ese hombre. Otro ascendente, otro descendente... para mí no tiene ningún sentido.

Para entonces había sacado de su bolso, y puesto sobre la mesa, cinco bolsas de hilo rosa, tres cigarrillos sueltos, un encendedor dorado, un cuaderno de espiral, un manual de álgebra, dos lápices rotos y un marco de fotos decorado con una cinta amarilla y una ramita de alguna planta verde. El marco contenía una copia más grande de la misma fotografía de su hijo.

Después de ordenar todos los objetos en fila, Dinah colocó bien su silla y abrió el cuaderno.

—Bien —dijo—. Ahora, lo primero que quiero que me expliques es el Otro.

—El Otro —repetí para ganar tiempo.

Estaba bastante segura de que el Otro era un constructo francés que tenía algo que ver con el sexo o el colonialismo.

—Sí. El Otro Descendente.

—Mmm... —dije—. ¿Puede ser que te refieras al orden descendente?

Dinah se me quedó mirando, luego dio una palmada sobre la mesa y movió enérgicamente la cabeza.

—¡Eso es, pues claro! ¿Ves lo que te digo? ¡No entiendo nada de lo que dice ese hombre! Ni siquiera entiendo las palabras que dice. Así que lo primero que quiero que me expliques es el otro descendente. Quiero decir, el orden. ¡Ja, ja! ¡He vuelto a decir «otro»! ¿Me has oído?

Tomó un cigarrillo y se puso a darle vueltas entre los dedos.

—El orden descendente consiste en empezar desde el número más alto e ir bajando hasta el más bajo —expliqué—. En orden. Es decir, descendente se refiere al tipo de orden. Pongamos que tienes varios números, como el uno, el nueve y el tres. Y quieres ponerlos en orden descendente. Entonces sería nueve, tres, uno.

—Vale, vale, espera un segundo. ¿Cómo has sacado el tres y el uno del nueve?

—Bueno, me los he inventado. Como ejemplos de algunos números.

Me miró un segundo.

—¿Sabes qué, cariño? —dijo—. Tendrás que disculparme. Creo que necesito un cigarrillo. No, no te levantes. Tú quédate aquí. Volveré dentro de cinco minutos.

—¿Perdón?

—No te preocupes por mí. Porque estoy aquí. No voy a ninguna parte, nooooo, estoy aquí.

Cogió el mechero de la mesa.

—De acuerdo, pero ¿adónde vas?

—Yo solo... estoy aquí, cariño, eso es lo único que cuenta —dijo, y desapareció por la puerta.

Miré las cinco bolsas de hilo rosa. Me levanté y miré por la ventana. Caía del cielo una especie de aguanieve que se amontonaba en el suelo. Me recordó a las estrellas y el infierno.

Al día siguiente por la tarde, en la biblioteca, cogí «Oda al átomo», de Pablo Neruda, y empecé a leer. Había palabras que no conocía, pero no dejé que me frenaran. Intuía el significado y seguía adelante, y entonces me di cuenta de

que Ivan tenía razón: no entender era emocionante.

El átomo estaba seducido por el ejército, por un militar. «Pequeñísima estrella, enterrada en el metal —decía (o parecía decir) el militar—. Te desencadenaré, verás la luz del día. Eres un dios griego, acuéstate en mi uña. Te guardaré en mi chaleco, como una píldora norteamericana.»

El átomo escuchó al ejército, salió, se desencadenó. Su luminosidad fue rabiosa. Asesinó los gérmenes e impidió la corola, y en Hiroshima los pájaros cayeron del cielo como peras calcinadas. Al final, el poeta suplicaba al átomo que volviera a la tierra. «Oh, chispa loca —dijo—. Entiérrate en tu manta de minerales, vuelve a ser piedra ciega, colabora con la agricultura y, en vez de las cenizas mortales de tu máscara, danos el noble algo de la otra cosa, abandona tu rebeldía en nombre de los cereales, tu magnetismo desencadenado, para establecer la paz entre los hombres, y así no será infierno tu eso luminoso, sino felicidad, esperanza, contribución a la tierra.»

Lo que me llamó la atención fue que el poema hablaba de las estrellas y el infierno. Mientras pensaba en esto, miré por la ventana y vi que nevaba otra vez, aunque ya era abril... y entonces el viento cambió de repente y la nieve voló en ráfagas hacia arriba, de vuelta al cielo. Tenía que contárselo a Ivan.

Me di cuenta, mientras le escribía, de que mis partes preferidas del poema eran el principio y la mitad: la seducción del átomo. El final también estaba muy bien escrito, pero no me gustaba tanto. Le dije a Ivan que me recordaba el sortilegio que solía recitar mi abuelo cuando yo tenía dolor de barriga: «A las montañas, a las piedras, a los pájaros, a los lobos, deja que el dolor de barriga de Selin se vaya a ellos».

En la vida real las cosas no son tan fáciles. No le puedes decir a un dolor sin más: «Vuelve a las piedras». Además, creo que la palabra «paz» es engañosa. No puede ponerse al mismo nivel que los cereales.

Cuando me desperté por la mañana, encontré la respuesta de Ivan.

Querida Sonia:

Iba a escribirte que no hay nieve en Berkeley, pero, en efecto, aquí tampoco la hay, y todo lo demás está en orden, debajo de mi ventana el semáforo cambia de color sin cesar, como mi corazón. Ahora tengo quince horas para decidir dónde pasaré los próximos cuatro años: New Haven o California.

Creo que tu átomo nunca volverá a la paz, a los cereales o a las rocas o a nada por el estilo. Una vez que ha sido seducido no hay vuelta atrás, el camino siempre es hacia delante y es mucho más difícil después del final de la inocencia. Pero ya no funciona hacerse el inocente. El átomo seducido posee energías que seducen a la gente y rara vez se pierden.

Por tu mensaje he averiguado lo que ha pasado: la nieve cayó en dirección equivocada (hacia arriba), despacio, hasta que todo desapareció. Está bien mientras la hierba fresca no se esconda de nuevo en la tierra y lo que venga sea un Hola, primavera, y no un Adiós, verano. Otra vez no.

Tu Vania

Las cosas seguían acumulándose: las estrellas, los átomos, los cerdos y los cereales. Y cada vez era más imposible imaginar explicárselo todo a alguien. Quienquiera que fuera se tiraría por la ventana del aburrimiento. Y sin embargo ahí estaba yo, mirando cómo se acumulaba todo en tiempo real, y no solo no me aburría, sino que tampoco podía pensar en algo más. Esta discrepancia parecía crear una brecha insalvable entre el resto del mundo y yo.

Salí a correr y pensé si Ivan quería decir que yo era el átomo, la chispa loca, la que ahora tenía energías para seducir a la gente. ¿Me estaba llamando, o enviándome lejos? Por un lado, decía que no funcionaría volver a la tierra. Por otro, cuando hablaba de que el camino que había por delante era más

difícil, sonaba como algo que tenía que afrontar yo sola.

Sonó el teléfono. Era la editora de la revista literaria. Había ganado el primer premio en el concurso de literatura. La editora dijo que nadie en el comité me conocía ni había oído hablar de mí y que habían debatido si yo era un chico o una chica. «Yo estaba convencida de que eras una chica —dijo—. Quiero decir una mujer.» Todos los textos ganadores se publicarían en el número de primavera de la revista. Mi contribución era más larga que los relatos que solían publicar y habían discutido sobre si debían hacer cortes, pero, como no sabían qué partes suprimir, la publicarían íntegra en un tipo de letra extrapequeña. Helen, la editora, me comunicó la fecha del cóctel de recepción, durante el cual los ganadores leerían sus textos. Yo recibiría un cheque regalo por valor de cincuenta dólares para gastar en la librería Words Worth.

—Bien —dije, y apunté la fecha.

—Dime, ¿estás... emocionada? —me preguntó.

—Por supuesto —respondí—. Estoy superemocionada. Gracias.

Del miedo se me encogió el estómago. Me encantaba haber ganado un concurso y que hubieran pensado que era un chico, y estaba contenta por los cincuenta dólares. Pero no quería que mi relato se publicara o leer un fragmento delante de un público. No quería que alguien pensara que yo pensaba que era bueno.

Llevé mi único par de zapatos de vestir al zapatero. Se habían roto por la puntera. Los tacones también estaban estropeados. Sin tocarlos, el zapatero les dio un vistazo a los zapatos.

—Cariño —dijo—. Necesitas unos zapatos nuevos.

Fui a varias zapaterías y pedí ver todos los modelos para mujer que tuvieran de la talla 11. Nadie hacía zapatos de mujer de la talla 12. Casi nadie fabricaba del 11, tampoco. A veces los vendedores admitían sin tapujos que la talla más grande que tenían era la 10. Otras veces traían zapatos de la talla europea 41 y afirmaban que equivalía a un 11 americano. Pero es falso: un 41 europeo es un 10 americano. El zapato no me cabía y aun así el vendedor — solo actuaban así los hombres— insistía en metértelo a la fuerza con el calzador.

—Es un 11, has pedido un 11, esta es tu talla.

Ivan me envió un extenso correo, aunque no era su turno. Empezaba con una meditación con visos de ciencia ficción sobre un niño que estaba en un desierto inundado de unas melodías color verde claro que flotaban a través de algo. El niño, que se convertía en un vaho verde, quería disgregarse o compactarse, no estaba claro. Esto duraba bastante tiempo. Luego cambió de tema. Os invoco, palabras, oh, estrellas mías, condensación de la materia, escribía:

Eres la segunda etapa de la creación. Llenas el espacio vacío y el desierto. Puedes ser un medio para un fin, pero ese fin es el principio de todo. Sin ti no hay nada: no hay terreno para la creación.

Tienes razón sobre el poeta... cuánta razón tienes. Los poetas son unos mentirosos, están obsesionados con los cereales. Tratan de devolver el átomo a los Fruit Loops, la vida al paraíso y el amor a una simplicidad inexistente. Tienes razón, no deberían hacerlo. Es imposible, y no deberían pretenderlo.

Este email me colmó de pura alegría. Era lo que estaba esperando que me dijera: que en el amor no había vuelta atrás, y que me estaba llamando, que yo debía acudir. Sentí una suerte de paz y de alivio que nunca había

experimentado. Los pájaros que caían del cielo como peras calcinadas no me parecían un presagio de peligro, y le respondí con el corazón ligero, abierto de par en par: ¿Estás ocupado mañana por la tarde, o el jueves? Yo estoy libre a partir de las dos. Pulsé Enviar. Parecía un sueño. Y lo pareció aún más cuando él me escribió en ruso: Nos vemos mañana, a las 3, escaleras Wid.

Sabía que Wid. tenía que ser Widener, la biblioteca de la universidad, y al mismo tiempo parecía que no era algo que realmente supiera, sino que solo lo estaba suponiendo.

Mientras estaba desayunando en la cafetería, un chico al que apenas conocía me invitó a un estreno de la compañía teatral de la universidad esa misma noche. Me dijo que le haría un gran favor, porque estaba enamorado de la técnica de sonido. Todo lo que decía era un disparate. Era una locura hacer planes para después de mi cita con Ivan, como si los hiciera para después de mi muerte. Le dije que sí.

En los escalones de la biblioteca, un grupo de chicos vestidos con chándal rojo posaban ante el objetivo de una chica con un chándal idéntico. Un tipo flacucho con una enorme bolsa llena de libros parecía una boa constrictor dirigiendo un elefante. Dos chicas con pañuelos en la cabeza bajaban en mi dirección, y cuando pasaron por mi lado oí que una le decía a la otra en turco: «No te olvidaste las gafas, ¿no?».

Ivan ya estaba allí, sentado en lo alto de la escalinata. Le saludé con la mano, pero estaba mirando fijamente un pabellón académico al otro lado del patio. Empecé a subir los escalones, primero de uno en uno, luego de dos en dos. Solo habría como unos mil. Miré hacia arriba para ver lo cerca que

estaba. Ivan se había puesto de pie y bajaba dando saltos en dirección a mí. Los dos levantamos un poco los brazos, a modo de saludo. De pronto estaba muy cerca de mí, más cerca de lo que había estado nunca. Bajamos las escaleras en silencio.

—Te has sentado muy arriba —dije.

—¿Cómo?

—Te has sentado muy arriba.

—¿Arriba de qué?

—Arriba, de las escaleras.

—Ah, sí. Lo siento. Me estaba escondiendo.

—¿Escondiendo? —repetí.

—¡Oh, no de ti, claro! De mi compañero de cuarto. Siente mucha curiosidad por ti. Le enseñé algo que escribiste y le gustó, y ahora quiere verte. Pero me niego a darle ese gusto, así que llevo todo el día dándole esquinazo.

Me sentí como si me hubiera tragado un huevo duro. ¿Le había enseñado a su compañero algo que yo había escrito? ¿Cómo? ¿Le había reenviado mi correo electrónico, o había dejado que lo leyera por encima de su hombro? ¿Y ahora ese tipo andaba suelto por ahí? Miré a mi alrededor. Vi una iglesia, un perro, un árbol. Todo parecía extrañamente aislado, como si cada elemento del paisaje se hubiera comprado por separado de un catálogo.

—Tranquila —dijo Ivan—. Seguro que ya me lo he quitado de encima. Debe de haber vuelto a la habitación.

Salimos del campus y giramos por una de las calles laterales que conducían al río. Pensé que nunca había estado en esa calle en particular, ni visto el café del sótano situado debajo de una tienda en la que vendían espejos. Nos sentamos a una mesa bajo una sombrilla amarilla, en el pequeño patio de obra vista que estaba encajonado entre la tienda de espejos y una verja de hierro. Ivan miraba a la calle, y yo al escaparate lleno de espejos.

En realidad, nunca había estado en un café, o al menos no en uno de esos situados en un sótano donde la gente consume bebidas a base de café. Leí la carta una y otra vez, como si fuera un examen para el cual no había estudiado.

—¿Qué es Sanka? —dijo Ivan—. Siempre me lo pregunto. Dondequiera que vayas, siempre es lo más barato de la carta. El nombre me suena a algo de Europa del Este. Según tú, ¿qué es?

—Café instantáneo descafeinado —dije.

Parpadeó.

—Perdón, ¿qué?

—Es una marca de café instantáneo. Como Nescafé, pero descafeinado.

—¿Nescafé descafeinado? Parece algo totalmente inútil. —Asintió despacio—. Ajá, vale, ya lo pillo: es una especie de porquería imbebible, así que le ponen un nombre de Europa del Este.

El camarero vino a tomarnos nota. ¿Por qué estábamos ahí, por qué ese tipo nos traía cosas? Pedí un café helado. Ivan pidió un té de menta. Venía en una tetera.

—Bueno —dijo Ivan mientras vertía el té por el colador—. ¿Te has preparado?

—¿Para qué?

Di un sorbo al café helado. Tenía un sabor diferente al que me había imaginado.

—Para esto.

—¿Había que prepararse? ¿Te has preparado tú?

—Oh, yo nunca estoy preparado. Mi compañero de cuarto, en cambio, es lo opuesto a mí, un tipo muy analítico. Me preguntó qué me había preparado para decirte. Cuando le dije que nada, se escandalizó. «Oh, no, tienes que decirle algo bonito.» Me dio un poema para que te lo leyera, ¿te parece normal? Obviamente lo había escrito él mismo: un poema increíblemente malo. El

primer verso acababa con «yo», el segundo con «suspiro» y el tercero con «muero». Le dije: «Mira, no voy a castigar a Selin con el poema que has escrito. Haz que alguna de tus amigas lo escuche». Pero él venga a negar que lo hubiese escrito. «No, no, no lo he escrito yo. Es de Yeats.» Yeats, figúratelo.

—Oh, Yeats.

—Pero luego descubrí que me decía la verdad. Me lo enseñó en un libro. ¡El poema era realmente de Yeats! —Se echó a reír sin poder parar.

Yo también me reí porque su risa era contagiosa. ¿Yeats? ¿Qué me estaba contando?

—¿Qué tal está tu café? —preguntó Ivan.

—Supongo que bien —dije—. Pero me parece que no me gusta el café helado.

—¿Quieres pedir otra cosa?

—Oh, no, gracias.

—Ah, ¿lo has pedido a propósito? Entiendo. Yo hacía lo mismo en Fráncfort cuando no tenía dinero. Siempre pedía Guinness, porque es barata y no me gusta, así que la consumición me duraba mucho y no podían echarme del bar.

—A mí tampoco podrán echarme nunca de aquí —convine con tristeza.

—¿Sabes quién es Radu, mi compañero de habitación? —dijo Ivan.

—Sí.

—Está desesperado por tener novia.

—Ah ¿sí?

—La cosa se está poniendo fea. Incluso lo intenta con las de primer año.

—¿De verdad? —dije, sintiéndome un poco insultada.

—Las sigue, las espía.

—¿No se enfadan?

—No lo sé —contestó—. Tal vez piensen que es divertido.

—Tal vez —dije dubitativa.

—Radu es rumano. El verano pasado trabajaba en Washington, pero estaba enamorado de una chica de su país.

—Ah.

—Ella estaba en Rumanía, y Radu le enviaba una postal cada día. Y en esas postales poco a poco le fue revelando sus sentimientos por ella. Puso mucho cuidado en decírselo de un modo gradual, para que la chica no se asustara.

—¿Y funcionó?

—No —contestó, y se echó a reír—. ¡Ella estaba en Berlín! Envío las postales a la casa de su familia, en Bucarest, donde solo estaba su abuela. Todos los días la abuela recibía una postal de Radu desde Washington.

—¡Oh, no! ¿Y no podía reenviárselas, a su nieta?

—¡La abuela tenía ochenta años! ¿Tenía que ir a la oficina de correos todos los días solo para hacerle un favor a Radu?

—Supongo que no.

—Por supuesto que no. Simplemente esperó a que su nieta regresara en septiembre y le entregó todas las postales de golpe, en una bolsa de plástico. —Parecía especialmente impresionado por lo de la bolsa de plástico, y de hecho un momento después repitió ese detalle—. Noventa postales en una bolsa de plástico.

—Es terrible —dije, aunque yo también me estaba riendo otra vez.

—¿Qué tiene de terrible? Al final la chica recibió las postales. Su abuela habría podido tirarlas. Radu tuvo suerte.

—¡No, para nada! —repliqué—. A ella debieron de parecerle muy aburridas y repetitivas cuando las leyó todas seguidas. Una al día no habría sido tan aburrido.

—Mmm... —dijo Ivan—. Tienes razón. Leer noventa postales en un día es

diferente a leer una postal al día durante noventa días.

Visiblemente satisfecho con la conclusión a la que habíamos llegado, se arrellanó en su silla y miró fijamente al vacío.

—¿Y qué pasó al final? —pregunté.

—¿Eh?

—Con tu compañero de cuarto y la chica.

—Ah... Nada.

—¿Nada?

—Bueno, se vieron, dieron un largo paseo, había un río o algo así, o tal vez había luna. He olvidado los detalles. Entonces ella le dijo: «Radu. ¿Sabes qué debes hacer para que alguien se enamore de ti, si no lo está todavía?». —Se detuvo y me miró—. ¿Sabes la respuesta?

—¿Cómo hacer que alguien se enamore de ti? —Me ruboricé—. No.

Ya se estaba riendo, lo que casi le impedía contar el chiste.

—«Tienes que perfeccionar tu alma.» Eso es lo que ella le dijo a Radu. ¡Ja, ja!

De repente fui incapaz de reírme.

—Perfeccionar el alma —repetí, y sentí que me temblaba la voz—. Trataré de recordarlo.

Ivan dejó de reírse.

—No lo he dicho con esa intención.

Pero no sirvió de nada. Todo lo que decía parecía tocarme muy directamente; todo, empezando por Radu y sus postales, se me antojaba un presagio de mala suerte. Apenas pude hablar, y él llevó todo el peso de la conversación. Dijo cosas graciosas, sorprendentes y encantadoras, y todas ellas me entristecieron profundamente. Dijo que cuando estaba en su casa en Hungría sentía que debía entretener a sus padres y a sus hermanas, llevarlos por ahí; dos años atrás habían ido todos a Florencia en el pequeño Mazda de

su madre, él, su madre, su hermana y su amigo Imre, y vivieron tres días metidos en aquel coche. Todo ese tiempo, allí en el coche, le sirvió como una especie de clase, para cumplimentar un requisito para la asignatura de Análisis Social. Harvard le había reconocido como créditos académicos que condujera por Italia con cuatro personas en el diminuto Mazda de su madre.

—Siempre estás triste cuando te vas de Roma —dijo en un momento dado—. Siempre estás deprimido hasta que vuelves.

Me habló de aprender a conducir una moto, de que se había sacado el carnet. Su hermana pequeña vino a visitarlo y fueron en moto a Nueva York y Annapolis. En teoría, su hermana no debía mencionar lo de la moto a sus padres, pero se le había escapado. Y como ella regresó antes que él, fue la única que se llevó la bronca. De vez en cuando Ivan me decía que debería hablar más, para que él dejara de contar chorradas. Yo no tenía claro qué entendía él por «chorradas». Tuve la incómoda sensación de que me estaba advirtiendo de algo. Le dije que no, que era interesante. Añadió que no quería sentirse como si solo me estuviera contando chorradas.

Me habló de su dentista checa, de que cuando llegó a Budapest él estaba muy emocionado por enseñarle la ciudad, solo que se presentó con su marido gruñón, un tipo al que no le gustaba nada. La figura del marido gruñón de la dentista me pareció un augurio nefasto.

Cuando el camarero trajo la cuenta, busqué mi llavero-monedero.

—No pensarás realmente que voy a dejarte pagar esto, ¿no? —dijo Ivan.

Tenía una billetera de cuero de hombre. Nos marchamos y fuimos a pasear. Acabamos en un puente que llevaba a la facultad de Economía. Ivan dijo que allí había una iglesia, o un jardín. Lo buscamos, pero fue en vano.

—Se pueden tomar dos puentes —dijo mientras cruzábamos la autopista.

—Ah —respondí.

—Este es el menos romántico.

Fuimos por un sinuoso camino de asfalto que discurría a través de céspedes bien cuidados. Se veían montones de arbustos y, aquí y allá, surgía un edificio de ladrillo o de piedra. Había gente jugando con un disco volador. En un momento dado, en mi premura por mantener la distancia correcta con Ivan, pisé a un terrier escocés. Soltó un aullido. Capté la expresión de sorpresa de una mujer.

—¡Lo siento mucho! —exclamé.

La dejamos atrás antes de que tuviera tiempo de contestar.

—Parecías realmente apenada, por el perro —dijo Ivan.

Intenté no parecer afectada.

—¿Te gustan los animales? —preguntó.

Lo pensé. No tenía ni idea de si me gustaban los animales.

—Creo que no —dije.

—¿Crees que no?

—Bueno, siempre me ha molestado que yo no les guste a ellos. Pero aun así lamento haberlo pisado.

—¿No les gustas a los animales? ¿Por qué no?

—Bueno, quiero decir que a un animal no puedes realmente gustarle... no como puedes gustarle a una persona.

—Ajá. No puedes perdonarles por no ser personas.

—Antes tenía un perro, y siempre tenía esa pesadilla recurrente en la que me hablaba todo el rato. Me decía: «Lo único que haces es ser condescendiente conmigo, me hablas como a un idiota, me pusiste un nombre estúpido».

—¿Cómo se llamaba?

Antes de que pudiera contestar, Ivan tiró de mí por el codo para apartarme del camino y salvarme de ser arrollada por un hombre corpulento que pasó zumbando en patines, rozándome el brazo. El hombre llevaba rodilleras,

coderas y un casco. Justo delante de nosotros topó con un pequeño bache en el asfalto, se tambaleó y recuperó el equilibrio.

—Ah, esperaba que se cayera —dijo Ivan—. Me habría reído un montón.

Me sentí totalmente abatida. ¿Cómo era posible que quisiera ver a alguien caerse? ¿Era por eso por lo que había aceptado que nos viéramos? Mientras paseábamos, me miré fijamente los pies y sopesé la probabilidad de dar un traspie. Noté que Ivan también me miraba los pies con aire preocupado. Pero cuando nuestras miradas se cruzaron, me sonrió.

—Bonitos zapatos —dijo.

Llegamos al río, en el borde de una autopista, y fuimos a parar junto a un supermercado y entramos. Era tan extraño ver a gente normal haciendo la compra. Las fresas estaban de oferta. Las cajas estaban apiladas en forma de castillo, flanqueadas por botes de nata montada.

—Me pregunto qué podríamos hacer con eso —dijo Ivan, de algún modo casi enfadado, mirando los botes de nata montada.

Sentí que la cara se me teñía de rubor. Decidimos comprar unas fresas. En la cola para pagar, los dos nos fijamos en una revista llamada *Self*. Ivan dijo que no creía que pudieran revelarle nada que no supiera ya.

Caminamos junto a una especie de autopista, a lo largo de múltiples carriles de coches y camiones que pasaban veloces. Llegamos a una isleta ajardinada. En el césped había algunas sillas y una pala oxidada, como el atrezzo de una deprimente obra de teatro.

—Quizá deberíamos sentarnos aquí —dijo Ivan.

No sentamos en las sillas y abrimos la caja de fresas. Cogí una. Vi entonces que estaba cubierta de tierra. No teníamos agua, así que la limpié lo mejor que pude con la mano y me la comí. Crujía por la tierra. Tomé otra. Parecía tan

sucia como la primera. La sostuve en la mano durante mucho rato. Ivan hablaba de los amigos que irían a visitarlo esa noche: un amigo del instituto y su novia, que iba en silla de ruedas. Por lo visto, ese amigo suyo solo salía con mujeres discapacitadas. Había empezado con una, después empezó a salir con su amiga, y luego con una tercera que no tenía nada que ver con las otras dos. Las tres iban en silla de ruedas. Todas ellas eran realmente majas. Los coches pasaban rugiendo a pocos metros de nuestras narices. En su interior viajaban uno o varios pasajeros. A ninguno de ellos les tocaba sentarse en esas sillas como nosotros. Por otra parte, tal vez se dirigieran a lugares aún peores.

Ivan y yo nos quedamos mirando la fresa que yo sostenía en la mano.

—No puedo comérmela —dije.

Asintió.

—Tendremos que enterrarla.

Se puso de pie, cogió la pala oxidada y empujó la hoja con el pie para que se hundiera en la tierra dura. Cavó un pequeño agujero y allí depositamos la fresa.

—Este es el mejor lugar para ella —dije.

—Lo sé —contestó Ivan—. ¿Deberíamos enterrarlas todas?

Enterramos todas las fresas y seguimos con nuestro paseo.

Intenté hablar varias veces para que no tuviera que hacerlo él solo. Las palabras siempre eran equivocadas. Dije que alguien tenía mal humor y él entendió que estaba diciendo algo sobre el mal de amor. Describí a otra persona como «a punto de quebrarse».

—¿De quebrarse?

—Sí, que se está viniendo abajo. Está perfecta... al principio está perfecta, y luego de pronto empieza a enfadarse por las cosas más tontas.

Sonaba como los afásicos de nuestro manual de lingüística: «Escribe,

escribió, no hoy, sino ayer».

Ivan me preguntó qué iba a hacer en verano. Yo no lo sabía. Pareció sorprendido y de alguna manera disgustado.

—Deberías intentar ir a algún lado —dijo.

Me sugirió que probara a buscar trabajo en *Let's Go*, la colección de guías turísticas para estudiantes que viajan con bajo presupuesto. Dijo que si me elegían como redactora, podría viajar en verano a cualquier país del mundo.

Ivan volvía a Hungría, donde pasaría siete semanas, y luego iría a Japón con Radu para asistir a una conferencia de matemáticas. Dijo que los matemáticos nunca tenían vacaciones, de modo que siempre estaban celebrando conferencias, por ejemplo en Honolulu. Hablaba de los matemáticos como si en cierto modo fueran esencialmente distintos del resto de la gente. La conferencia trataba de las ciencias medioambientales, una materia de la que Ivan no sabía nada. Pero su tesis versaba sobre recorridos aleatorios, así que se había inventado una investigación sobre los recorridos aleatorios de zorros y conejos. Los científicos medioambientales le creyeron y le compraron un billete de avión a Tokio.

Tuve la extraña sensación de que el relato de Nina había prefigurado esta conversación: Nina, que había fingido estudiar la locomoción de los renos y a quien la física había empujado hacia el este.

En cierto momento de nuestra conversación, Ivan mencionó que las fresas crecían en los árboles. Le dije que yo pensaba que crecían en plantitas cerca del suelo. No, replicó, en los árboles.

—De acuerdo —dije.

Sabía que había visto fresas creciendo en plantas, pero no me pareció una prueba irrefutable de que no crecieran en los árboles.

—Es fácil convencerte —dijo.

Paseamos durante tres horas. En el camino de vuelta nos perdimos y tuvimos que bajar por una colina empinada. Yo no tenía ningunas ganas de bajar aquella colina. De hecho, choqué contra un árbol y me quedé allí parada un minuto.

—¿Qué haces? —preguntó Ivan.

—No lo sé —respondí.

Asintió. Dijo que había muchas maneras posibles de bajar la colina, pero probablemente la mejor fuera una en la que no hubiera que atravesar un árbol. Entonces empezó a hablar de la ejecución de Ceaucescu y su mujer.

El dormitorio de Ivan estaba en la esquina de la undécima planta de una torre de hormigón con vistas al río. La habitación estaba completamente rodeada de ventanas, anochecía, y allí dentro me sentía como si flotara en una caja azul. Abajo, a lo lejos, las bicicletas y los remos surcaban la oscuridad con sus luces parpadeantes, como una galaxia. Vi el semáforo sobre el que me había escrito Ivan, ese cuyas luces cambiaban durante toda la noche como su corazón. Cuando nos sentamos en el suelo, apoyé las manos cerca de mi cuerpo para mitigar la sensación de ir a la deriva. Ivan explicó que el motivo de que su habitación estuviera tan limpia era que se la iba a prestar al amigo cuya novia iba en silla de ruedas: el edificio se había construido en los años setenta y no solo estaba preparado para soportar disturbios, sino que también era completamente accesible para usuarios de sillas de ruedas. Yo no le había preguntado por qué su habitación estaba tan limpia.

Su ordenador estaba encendido. Por la pantalla se desplazaba la frase «¿Qué son las chispas?». Dijo que la había escrito para acordarse de algo, pero que no recordaba el qué.

—Tengo la misma lámpara —dije al ver su lámpara halógena del tamaño de un ser humano, la que vendían en la librería del campus.

Hannah y yo la habíamos comprado a medias. Hasta entonces nunca había tenido una lámpara halógena, ni siquiera había visto una. Me encantaba esa lámpara.

—Todo el mundo tiene una —dijo Ivan.

Añadió que eso no le gustaba, porque prefería que los objetos fueran únicos; era como comer en un McDonald's cuando podrías comer en cualquier otro sitio. Por ejemplo, él no iba a Baskin and Tombins, de hecho ni siquiera sabía qué era: ¿una tienda de helados?

—Sí, de helados —dije.

Ivan describió a algunos de sus amigos. Uno exploraba cuevas. Otro era indio y gay. «Es la persona más bella que he visto en mi vida», dijo Ivan, y sentí una punzada que tardé un momento en identificar: por lo tanto, él era más bello que yo. El tercer amigo era el típico intelectual judío que de forma idiosincrásica también hacía remo. Yo solo tenía una idea remota de en qué consistía el remo, y ni la menor idea de qué lo convertía en una ocupación tan idiosincrásica para un intelectual judío. Ivan también era amigo del hijo de Rupert Murdoch, que vestía como un mendigo. ¿Quién era Rupert Murdoch? Sabía que lo sabía, pero no logré recordarlo. ¿Un famoso cazador de zorros?

Ivan me preguntó qué clase de música me gustaba, y puso un disco de Vivaldi en un tocadiscos.

—No había visto uno desde niña —dije.

—Ya —suspiró—, por lo visto es ahora cuando tengo que alardear de mi tocadiscos.

Escuchamos todo el disco. Los amigos de Ivan aún no habían llegado. Ivan me preguntó si quería cenar.

La cafetería era como el escenario de una película completamente distinta:

las bandejas hexagonales, los sombreros de papel del personal, el aire denso de sopa institucional. Caminé detrás de Ivan. Me resultaba demencial pensar que comiera todos los días, y que fuera a hacerlo ahora.

Tomé apenas dos cucharadas de arroz. Ivan habló de los espárragos de Fráncfort. Pelé una naranja, usando un cuchillo como lo hacía mi padre, de modo que toda la cáscara se desprendía en una sola pieza: el único truco que sabía. De repente me acordé de la obra de teatro.

—Tengo que irme —dije.

—¿Ahora, ya?

Ivan miró la espiral de la cáscara y la naranja sin comer.

—Me lo he pasado muy bien —dije.

Nos miramos y llevé mi bandeja a la cinta transportadora que conducía hasta el cuarto de fregar los platos.

Fui corriendo a mi habitación, me puse mi único vestido y bajé a toda prisa las escaleras. El chico ya estaba en la puerta. Apenas lo reconocí: aparte de que apenas lo conocía, ahora llevaba un esmoquin.

—Te debo una bien grande —dijo, y empezó a contar una historia larga e incomprensible sobre alguien cuya madre tocaba la tuba.

El teatro era una caja de hormigón, gélido, retumbante del eco, lleno de voces de chicas cantarinas y seguras de sí mismas. También había chicos, pero sobre todo se oía a las chicas. ¿De dónde sacaban tanta seguridad en sí mismas, tantas opiniones, todos esos vestidos complicados? Cada vestido estaba hecho de telas diferentes, o tenía rajadas o tirantes o una falda asimétrica. Una llevaba una especie de falso vestido transparente y debajo otro diminuto, el vestido real y oculto. Mi vestido era de punto negro. Lo había comprado de rebajas en Gap.

Se levantó el telón. Una chica con las piernas desnudas se mecía en un columpio. Con voz fuerte y resabiada, dijo cosas graciosas y cínicas sobre un

hombre.

Después hubo un cóctel con champán y fresas.

—Qué limpias están las fresas —dije.

Me habría gustado contarle al chico que me había pasado toda la tarde paseando con Ivan junto a una autopista, pero no habría sabido por dónde empezar. Hablamos brevemente con la técnica de sonido, la chica de la que estaba enamorado mi acompañante. La felicitamos por el sonido. Durante la función se habían oído sonidos atonales muy fuertes.

—Creo que ha ido muy bien —dijo el chico, entusiasmado, mientras ella se marchaba.

Se ofreció a acompañarme a la residencia, pero pareció aliviado cuando le dije que podía ir sola. En cuanto me quedé sola, me invadió una sensación de vacío y abandono en el pecho, y me di cuenta de que añoraba a Ivan. ¿Como podía ser que lo extrañara? Ni siquiera lo conocía.

Esto es lo que aprendí de los recorridos aleatorios: si estabas junto a un árbol y empezabas a dar pasos en direcciones aleatorias, al final acababas de vuelta junto al mismo árbol. Puede que te llevara mucho tiempo, y que llegaras a alejarte mucho del árbol, pero si seguías moviéndote de forma constante terminarías volviendo al punto de partida. «Ahí está otra vez, ese árbol increíblemente viejo.»

«Las fresas —leí en la *Enciclopedia Británica*— son plantas herbáceas de bajo crecimiento con un sistema radicular fibroso y una corona de la que crecen las hojas basales.»

El profesor de psicolingüística nos estaba hablando de su intercambio de correos electrónicos con un colega de París. Dado que UNIX no aceptaba los signos diacríticos, la *á* era a, lo mismo que la *à*.

—Aun así, ¿procesamos mentalmente los diacríticos «invisibles»? — preguntó—. Si es así, ¿cómo podemos determinar si eso ocurre a un nivel grafémico o fonémico?

Dos estudiantes de licenciatura se pusieron a debatir sobre cómo determinar a qué nivel se lleva a cabo el procesamiento. Pero yo no dejaba de pensar en *á* y *à* —en Europa, donde incluso el alfabeto lanzaba chispas exuberantes—, en el Mazda de la madre de Ivan y en la tristeza que te invadía siempre cuando te ibas de Roma.

En clase de ruso tuvimos que contar de qué iba «El fatalista», de Lérmontov. La cuestión central era si nuestro destino estaba escrito en el cielo. No entendía el relato y no lo supe contar bien. No dejaba de repetir «Se tiró sobre la mesa», en lugar de «Tiró la carta sobre la mesa». La diferencia era solo una sílaba. Lo dije mal siete veces seguidas. Irina no paraba de corregirme: imitaba a alguien que se tiraba sobre una mesa para hacerme ver el error. Hasta la octava vez no capté la diferencia.

Hannah me acompañó a la recepción de la revista literaria, vestida con una chaqueta negra con hombreras, mocasines y calcetines blancos. Era la única persona a la que se lo había contado. Cuando fuera famosa, dijo, le contaría a todo el mundo que me había conocido en mi primer año de universidad.

Helen, la editora de literatura, era menuda y bonita, con maneras de mujer

sensata y práctica. Notaba que quería caerme bien, y de hecho me caía bien. Como no sabía cómo expresárselo con palabras, me incliné sobre ella en silencio, tratando de proyectar mis buenas intenciones.

El ganador del tercer premio del concurso de literatura leyó su historia sobre una mujer que padecía sudores nocturnos y luego descubría que su abuela había sido víctima del Holocausto. El galardonado con el segundo premio leyó un texto alegórico en el que un hombre se despertaba una mañana y descubría que su cabeza se había convertido en un culo gigante. Entendí enseguida que, aunque mi relato no era nada bueno, al menos era igual de malo que los otros. Eso fue un alivio en parte, pero no del todo. ¿Por qué éramos todos tan malos escribiendo relatos? ¿Cuándo mejoraríamos?

Después de la lectura, alguien puso un cedé de Ella Fitzgerald, y Helen me presentó al resto de los editores. Todos eran igual de ingeniosos y refinados, casi de un modo uniforme: todos parecían tener el mismo sentido del humor autocrítico. El tipo más divertido y cáustico, un editor de poesía, llevaba una gabardina y gafas de sol. Helen dijo su nombre con un deje irónico, como si fuera una especie de celebridad. Me estrechó la mano un instante antes de girarse hacia otra persona y decir algo gracioso.

Solo reconocí a una editora, Lakshmi, que también era estudiante de primer año y vivía en el mismo edificio que yo. Solo sabía de ella que era guapa, consumía drogas, hablaba con acento británico y de pequeña había vivido en diferentes países. Parecía impresionada de que yo hubiera ganado el primer premio. No dejaba de repetir: «Del agua mansa líbreme Dios...». Era simpática, pero me sentí aliviada cuando se fue a hablar con un chico que llevaba una bandana y pude sentarme en un sofá a mirar a la gente. Como de costumbre, era más interesante observar a las chicas. La redactora jefe tenía el pelo castaño, unas facciones vivaces y una voz opulenta y arrastrada que parecía poseer más registros que la de los demás, como un clarinete. También

había una chica cuyo esbelto cuello, emergiendo de entre varias capas de volantes morados y negros, claramente no tenía ni idea de lo que eran los volantes, o de que estaban allí; ese cuello simplemente iba a la suya, sosteniendo aquella cabeza de marioneta con sus ojos y todo aquel pelo.

Helen me ofreció un vaso de plástico de vino tinto: mi primera copa de vino. Era completamente diferente a cuando solo tomabas un sorbo. Sabía completamente diferente cuando dabas grandes tragos.

Cuando me presenté a nuestra cita a la tarde siguiente, Dinah ya me estaba esperando en el aula.

—Hola, ¿cómo estás? Yo bien, pero no he hecho los deberes —dijo, y puso un libro de texto sobre la mesa.

En la cubierta ponía: *Contabilidad para principiantes*.

—¿Contabilidad? —pregunté.

—Oh, ¿he dicho contabilidad? Quería decir álgebra. Quiero decir... Me he dejado el libro. ¡Oh, Dios, me he dejado el libro!

Empezó a darse golpes en la cabeza.

—Por favor, no hagas eso —dije.

Encontré un libro de álgebra en el armario del material y le pedí que mirase si había en él algo parecido a lo que estaba estudiando. Pasó despacio las páginas.

—Esto es lo que no entiendo —dijo dando golpecitos con el dedo sobre una página—. Lo de los polinomios.

Al principio tenía miedo de no poder explicar los polinomios, pero la cosa fue rodada, como en un sueño; fue mucho más fácil que intentar explicarle a Linda las fracciones. Dinah entendió inmediatamente la diferencia entre binomios y trinomios, y los coeficientes y las variables. Le hablé de «sumar

términos semejantes». Eso llevó más tiempo, pero me sentí enormemente feliz cuando lo entendió.

—Ahora voy a sumar los términos semejantes —dijo—. ¡Cruza los dedos!

Después de que aprendiera a sumar términos semejantes, empezamos a simplificar expresiones polinómicas.

—Ah, me estoy divirtiendo mucho —dijo—. ¿Ves? Esto es lo que no entendía, todo lo referente a los polinomios. No sabía que esto de los polinomios pudiera ser tan divertido.

Solicité trabajo en *Let's Go*, la serie de guías de viaje de la que me había hablado Ivan, como redactora-investigadora para Rusia, España o América Latina. Hice una entrevista con tres de los editores. Primero me pidieron que describiera el Au Bon Pain de Harvard Square al estilo de una guía de *Let's Go*. Yo nunca había leído una guía de viaje de *Let's Go*.

—Puedes comerte un bocadillo de atún por cinco dólares —dije.

Los editores intercambiaron miradas.

—¿Qué nos perdemos si no te contratamos? —preguntó una chica.

Nadie me había hecho nunca una pregunta así y sentí una mezcla de asombro y crispación. ¿De verdad querían que fingiera que les estaba haciendo un favor? Les dije que se me daban bien los idiomas. El editor replicó al instante que no había estudiado suficiente ruso para ir a Rusia: necesitabas haber cursado dos años por lo menos, a ser posible más. Tenías que ser capaz de sobornar a la gente. Dijeron que tendría mucha más lógica que fuera a Turquía, porque era un destino de vacaciones muy popular y porque muy pocos estudiantes de Harvard hablaban turco. Pero yo había pasado en Turquía todos los veranos de mi vida y ahora quería ir a algún lugar nuevo.

—¿Y qué tal España o América Latina? —pregunté.

Dijeron que el listón de español estaba muy alto, ya que muchos candidatos eran hablantes nativos.

—¿Y si te pedimos que nos describas esta habitación en español, al estilo de *Let's Go*? —dijo un editor.

Miré a mi alrededor. Era una habitación totalmente anodina, en la que no había nada interesante que ver.

—*Una atmósfera antipática* —dije—. *Mejor evitar.*

Los editores intercambiaron miradas de nuevo.

—Nos pondremos en contacto contigo —dijo la chica.

Cuando le conté a Svetlana lo de la entrevista, me dijo que había sido una locura que me hubiera presentado: todos los que trabajaban para *Let's Go* estaban agobiadísimos. Al chico que había estado en Turquía el año anterior, un estadounidense que no hablaba turco, le habían dado una paliza y sufrió una crisis nerviosa. Una prostituta se había presentado en su habitación de hotel en Konya y él le pidió que se marchara, pero un poco más tarde llegaron unos tipos y le dieron una paliza. Todo el episodio había sido minuciosamente documentado en la revista *Rolling Stone* como parte de una especie de reportaje.

Fui a comer con Lakshmi, de la revista literaria, y me contó el problema más acuciante de su vida. El problema más acuciante de su vida era un chico. Era un estudiante de último año, como Ivan. Lakshmi y yo tratamos de hablar de nuestra desgracia común, pero lo que nos pasaba era tan diferente que apenas parecía comparable o mensurable. Noor era de Trinidad y estudiaba literatura y economía. Estaba muy interesado en la parte teórica de todo. Todos los fines de semana Lakshmi lo acompañaba a él y a sus amigos a clubes o raves — instituciones que yo no podía imaginar en absoluto, ni arquitectónicamente ni

de ninguna manera—, donde tomaban éxtasis y hablaban de poscolonialismo y deconstructivismo. A veces Lakshmi perdía el conocimiento y se despertaba en la cama de Noor, pero nunca pasaba nada. «No pasó nada, por supuesto», decía en un tono resentido, que parecía dar a entender que el hecho de que no hubiera ocurrido nada era achacable a Noor.

Me di cuenta de que Lakshmi entendía tan poco mis historias como yo las suyas. Los correos electrónicos, los paseos, el entierro de las fresas. Lakshmi me dijo que probablemente me estaba olvidando de contar algo.

Hannah y yo estábamos limpiando la habitación con la radio encendida. El DJ regaló un cedé de Butthole Surfers a la vigesimoséptima persona en llamar por teléfono, Mary de Dorchester, que gritó orgásmicamente durante quince segundos. Justo en ese momento sonó el teléfono. Sabía que era Ivan.

—Adivina dónde estoy —dijo Ivan.

—No lo sé.

—En tu casa.

—¿En mi casa?

—En la casa donde vivirás el año que viene. Deberías estar aquí.

Era cierto: entre los estudiantes de primer año se acababa de celebrar un sorteo para asignar los alojamientos y teníamos que ir todos a comer a nuestro nuevo comedor, mientras que a los de último año les tocaría comer en el de los de primer año.

—No he ido —dije.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Y tú qué? ¿Por qué no estás en vuestra comida?

—Odio esas cosas, cuando intentan que te pongas nostálgico.

Hubo un silencio.

—Bueno —dije—, menos mal que no he ido a buscarte a vuestra comida. Habría sido como en «El regalo de los Reyes Magos».

En cuanto lo dije, me arrepentí.

—¿Como qué?

—Ah, no, déjalo.

—¿El regalo de los qué?

—De los Reyes Magos... Es un cuento de lectura obligatoria en todos los institutos estadounidenses.

—No lo conozco.

—Bueno, claro, ¿por qué deberías conocerlo?

—¿Y por qué no? ¿Lo dices porque no fui al instituto en Estados Unidos?

—Exacto.

—Pero *tú* sí fuiste a un instituto estadounidense.

—Cierto.

—Así que deduzco que tú sí que conoces ese cuento.

—Eso también es cierto.

—En Hungría la deducción lógica es algo que te enseñan en los institutos.

—Qué suerte la tuya —dije.

—Qué suerte la mía —dijo—. Bueno, cuéntame de qué va la historia.

Intenté pensar en cómo cambiar de tema, pero no se me ocurrió nada.

—Érase una vez —dije— un matrimonio pobre. Aunque el marido y la mujer eran sumamente pobres, los dos tenían una posesión muy preciada.

—Espera, perdona, no lo he entendido. ¿Qué tenían los dos?

—Una posesión *muy preciada*. Un objeto que para ellos era muy valioso.

—Ah, una posesión muy preciada. De acuerdo, sigue.

—La posesión preciada del marido era un reloj de oro y la de la mujer era su hermosa y larga melena. Esas dos cosas les ofrecían un gran consuelo. Puede que pasaran frío y hambre, pero al menos tenían ese magnífico reloj y

esa maravillosa melena.

»Entonces llegó la Navidad, y los dos tenían que hacerse un regalo. Ellos se... eh... amaban con locura, y cada uno quería comprarle al otro un regalo fabuloso. Pero no tenían dinero. Así que la mujer vendió su larga melena a un fabricante de pelucas para comprar una cadena para el magnífico reloj de su marido. Y, entretanto, el marido empeñó su reloj para comprar unas peinetas con piedras preciosas para el hermoso cabello de su mujer.

—Ajá —dijo Ivan, animándome a seguir.

—Ya está. Ese es el final.

—¿Qué? ¿El cuento acaba así?

—Sí.

—Me parece que no lo entiendo.

—Bueno, es irónico. La mujer no puede ponerse las peinetas porque vendió su cabello, y el hombre no puede usar la cadena porque vendió su reloj.

—Porque las peinetas eran cosas que se habría podido poner la mujer, ¿no? ¿Una especie de ornamento?

—Así es.

—¿No es una especie de utensilio... para peinarse?

—No. Al menos eso creo. En cualquier caso no importa, ¿no? Porque ya no tiene melena.

—Entiendo —dijo Ivan, después de haber guardado silencio—. Ahora entiendo tu comparación. Quieres decir que no habría servido de nada que hubieras ido a buscarme al comedor de estudiantes de primer año, y que no habría servido de nada que yo hubiera ido a buscarte a Mather House. Habría sido tan inútil como una cadena de reloj sin reloj o una peineta sin pelo. Esta situación me recuerda a una expresión húngara: «Tan inútil como el peine de un calvo».

Le dije que era una buena expresión.

—Se utiliza para las cosas totalmente inútiles —dijo Ivan.

Se publicó el número de primavera de la revista literaria. Mi relato apareció justo después del cuento del hombre cuya cabeza se transformaba en un culo, en una página enfrentada a una de las xilografías de Sandy, en la que se veía a un cerdo en las escaleras de una iglesia húngara. Dos páginas más adelante había un poema sobre una cascada, que resultó tratar de la bulimia. El resto de mi relato estaba en la parte de atrás, en una letra diminuta. Me sentí aliviada, tanto porque hubieran partido el texto por la mitad, como porque la letra fuera tan pequeña y densa que resultaba casi físicamente imposible de leer.

A la tarde siguiente recibí un email de Ivan. Decía que alguien le había robado su ejemplar de la revista literaria, por lo que todavía no estaba muy seguro, pero que había oído que yo había ganado el concurso: que mi cuento estaba ahí en la revista, junto a los cerdos de Sandy. Me ha hecho tan feliz, como solo una vez lo he sido antes, escribió. Esa vez fue cuando lo aceptaron en Harvard. Esa parte del mensaje estaba escrita en ruso.

Dinah se presentó a la clase casi una hora tarde, cuando ya pensaba que no vendría. Yo estaba sentada, escribiendo en mi cuaderno.

—Oh, por ahí viene la estrella del momento —dije, porque me alegraba mucho de verla pero no sabía qué decir, y eso era algo que le había oído decir a la gente.

—¿La estrella de qué...? ¿Cómo?

—Nada, no lo sé. Me alegro mucho de verte.

—Bueno, por eso he venido —dijo—. No quería dejarte aquí sola. No quería que pensaras que había desaparecido.

Teníamos que afrontar un problema que hasta entonces habíamos logrado evitar: los números negativos. Dinah no los entendía. Al principio no me había dado cuenta, porque sabía sumar números negativos con positivos, pero descubrí que ella misma había inventado una regla: «Restar siempre, luego mantener el signo del número más alto». Le dije que esa regla no funcionaba cuando había que sumar dos números negativos. No la convencí. Pareció pensar que era un aspecto irrelevante. Y de hecho en el libro no había ejercicios en los que hubiera que sumar dos números negativos, así que no intenté volver a explicárselo. Pero entonces llegó el momento de multiplicar números negativos y positivos entre sí, y Dinah quiso mantener también el signo del número más alto. Eso no impidió que a veces obtuviera el resultado correcto. Respondió correctamente que 2×-5 era -10 ; por otra parte, pensaba que -2×-5 también era -10 . Y también que -5 era mayor que -2 .

Le dije que cuando se multiplicaba daba lo mismo qué número era el más alto. Si había un número par de signos negativos, el resultado era positivo; si había uno impar, el resultado era negativo.

—Entonces ¿los números impares son siempre negativos?

—No —dije, notando que se me aceleraba el pulso—. Perdona, espera un momento, voy a pensar en una forma de explicártelo mejor.

Cuando vio que me estaba poniendo nerviosa, Dinah se serenó y trató de confortarme, igual que hacía mi madre.

—Tesoro —dijo, dejando el lápiz—, no te preocupes. Tarde o temprano lo conseguiremos. —Empujó su cuaderno hacia mí—. Escribe exactamente lo que me acabas de decir, con ejemplos, y luego me iré a casa y lo repasaré, ¿de acuerdo? ¿Qué te parece?

—Está bien —respondí, y empecé a escribir en su cuaderno.

—Pero no te olvides de poner ejemplos —dijo sin apartar la mirada de mi mano—, porque cuando veo todas esas palabras, «coeficiente», «variable»,

me digo: «¡Uf, no tengo ni idea de qué va todo esto!». —Mientras escribía ejemplos, ella asentía—. A eso me refiero —dijo—. Ahora todo irá bien.

Ivan me llamó esa noche a las diez.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—Estoy delante de tu casa.

Miré por la ventana. Estaba debajo de la farola, en uno de los teléfonos públicos para emergencias. Esos teléfonos tenían línea directa con la policía del campus, ni siquiera tenían marcador numérico. No tenía ni idea de cómo se las había arreglado para llamar a mi habitación.

Bajé las escaleras. Ivan parecía diferente a como estaba de costumbre, más inquieto.

—Creo que deberíamos ir a beber algo —dijo.

Anteriormente ya me había comentado que pensaba que beber me ayudaría. Según él, me animaría a hablar. Esa obsesión por la bebida era una de las cosas que más me sorprendían de la universidad. Siempre había visto el alcohol con malos ojos, porque a mis padres les gustaba beber en las comidas y eso les volvía más irritantes. Sabía que el alcohol era una parte importante de la vida universitaria y que algunas personas lo consideraban incluso esencial, pero no me imaginaba que sería así prácticamente para todo el mundo, salvo para los que tenían poco sentido del humor y los más infantiles, y también para algunos con creencias religiosas. Realmente parecía imposible no beber sin que se convirtiera en una cuestión de principios.

—Vale —dije—. Vamos a tomar algo.

Ivan me llevó a un elegante bar al aire libre adornado con luces blancas de Navidad. El portero nos pidió el documento de identidad. Al principio Ivan no pareció entender por qué no nos dejaban entrar. Pensaba que de algún modo

nos estaban discriminando.

—Aún no tengo veintiuno —le dije.

—¿Ese es el motivo?

—Así es, amigo —dijo el portero.

Seguimos andando unos veinte minutos hasta salir del campus y llegar a un bar abarrotado en un sótano, donde al entrar nos topamos con un muro caliente de humo de tabaco, efluvios de cerveza y una especie de serrín vaporoso. Ivan encontró una mesa cuyos ocupantes parecían a punto de marcharse, una mesa alta con taburetes, y se irguió sobre ellos con gesto apremiante hasta que se levantaron.

—Espera aquí —dijo—. ¿Qué te apetece tomar?

—No lo sé —dije.

Ivan me miró un instante y luego fue a la barra.

Toda la gente a mi alrededor llevaba camisetas y gritaba. Parecía haber más espaldas que caras. Vi a Ivan inclinado sobre la barra y hablando con la camarera, que tenía el pelo corto, los ojos sonrientes y unos hoyuelos en las mejillas, aunque su boca no sonreía. Ivan volvió con dos jarras de cerveza y me ofreció la más clara. La jarra me pesaba en la mano. Parecía algo caro y adulto.

No entendía por qué teníamos que estar ahí. Al mismo tiempo, no había otro sitio en el mundo en el que quisiera estar. Pensé en lo especial y singular que era Ivan, alguien mucho más despierto y vivo que los demás, que decía y pensaba cosas que nadie más decía o pensaba, y que estaba dispuesto a pasear conmigo durante horas. Lo único que tenía que hacer era escribirle un email y él saldría a pasear conmigo todo el día. ¿Quién más en el mundo haría algo así?

—Salud —dijo Ivan en ruso, y brindamos.

La cerveza estaba fría y no era especialmente desagradable, pero no le veía

el sentido. Al igual que el café helado, era a la vez acuosa y amarga. Al parecer, eso era algo deseable.

—¿Está buena? —preguntó Ivan.

—No estoy segura —dije.

Tomó mi jarra y dio un sorbo. Lo miré con atención.

—Es cerveza —dijo encogiéndose de hombros—. Prueba la mía.

Me acercó su jarra. La probé. Sabía casi exactamente igual que la mía.

—¿Te gusta más esa cerveza? —preguntó.

Negué con la cabeza. Volvimos a intercambiar las jarras.

No sabía si sería capaz de acabarme la cerveza. Cada vez me costaba más tragar. Me dio la sensación de que mi cuerpo se balanceaba ligeramente sobre el alto taburete. No me pareció que hablar fuera más fácil. A nuestro alrededor, la gente se reía y hablaba tan fuerte que teníamos que inclinarnos y gritarnos al oído. De fondo sonaba «Linger», de los Cranberries. «You've got me wrapped around your finger», «Me tienes comiendo de la palma de tu mano», gorjeaba la cantante una y otra vez, con una voz infantil y exorbitantemente bella. Me parecía siniestro: la infantilidad estetizada, el enamoramiento y la debilidad.

—¿Te gustan los Cranberries? —preguntó Ivan.

—Esta canción no me gusta nada —dije—. ¿Y a ti?

—A mí sí. —Estaba separando y contando un fajo de billetes de uno y cinco dólares—. Tengo suficiente dinero para dos rondas más.

Entendí que se refería a dos cervezas más. El corazón me dio un vuelco. Pensaba que «ir a tomar un trago» significaba que solo tenías que tomar un trago.

—No puedo —dije.

—¿Por qué no?

—Mañana tengo que levantarme temprano.

Me miró fijamente.

—Aún no son ni las once.

Me sentí muy desdichada. No entendía por qué no podíamos saltarnos la parte en la que yo me bebía dos jarras más de cerveza.

—Bueno, no quiero presionarte —dijo Ivan de un modo un tanto irónico, como si aludiera a la situación conocida por ambos en la que los chicos presionaban a las chicas, y que era algo que obviamente no estaba ocurriendo.

Me sentía avergonzada, porque mi rechazo y mi miedo al alcohol daban a entender que yo pensaba que eso era lo que estaba pasando, que él quería «aprovecharse de mí», una frase que era imposible imaginar sin entrecomillar.

—¿Qué te parece si pido una más y la compartimos? —dijo Ivan.

Le dije que me parecía bien. Fue a la barra. «Linger» terminó y le siguió «Smells Like Teen Spirit», una canción que me gustaba porque parecía llena de buen rollo y libertad, y a la vez negativa y alegre. Ivan volvió con otra jarra. Era la cerveza un poco más oscura que había tomado él. Tal vez por esa razón, porque era la suya, y porque nos turnábamos para coger la jarra, me gustó más. Tomé pequeños sorbos, apenas lo suficiente para tragar, y cada vez que volvía a sentir ese sabor frío y desconocido me preguntaba si se trataba de un recordatorio de algo o de una continuación, y si importaba realmente durante cuánto tiempo continuabas con una experiencia que solo era temporal.

—¿Seguro que no quieres otra? —dijo Ivan cuando la jarra se acabó.

Lo pensé, pero no sabía cómo echarme atrás de la decisión que había tomado.

Cuando me levanté, la sala oscilaba y al momento tropecé con una mesa. Ivan me cogió del brazo. Me sentí avergonzada por causarle problemas, pero también un poco enfadada, porque si estaba causando problemas era por culpa suya.

—Me parece que estoy borracha —dije.

—No creo que sea posible emborracharse con una sola cerveza —dijo.

Me sentí dolida. ¿Pensaba que estaba fingiendo? Y un momento después me pregunté: ¿lo estaba fingiendo? ¿Era capaz de caminar en una línea más recta de lo que lo estaba haciendo? Me pareció que, cuando me concentraba, sí que podía. La cara me ardía. Caminé en línea recta, poniendo mucha atención.

Mientras íbamos por Massachusetts Avenue en dirección al campus, un hombre salió de un portal.

—Vendo libros —dijo.

Instintivamente aparté los ojos, aceleré el paso y cambié ligeramente de dirección para esquivarlo, mientras que Ivan hizo exactamente lo contrario: aminoró el paso hasta pararse justo delante del hombre, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Libros? ¿En serio?

Súbitamente me sentí abrumada por la sensación de libertad que emanaba Ivan. Por primera vez me di cuenta de que si eras un chico, un chico alto y parecido a Ivan, podías pararte a mirar lo que quisieras y cuando te apeteciera. Y como estaba paseando con él ahora, justo en ese momento disfrutaba de un privilegio especial, también podía mirar lo que fuera que él mirara. Así que yo también miré al hombre: las arrugas que le surcaban el rostro, su expresión provocadora y astuta, su ojo nublado y su ojo penetrante, enmarcados los dos por unas cejas asilvestradas.

El hombre se abrió una solapa de la gabardina. Sujeta en el interior, al más puro estilo contrabandista, llevaba un surtido de libros de bolsillo: *El manantial*, *La revolución dietética del Dr. Atkins*, una introducción a la filosofía de Heidegger, *El manifiesto comunista*, una antología de las cartas al consultorio sentimental *Querida Abby*. *Los siete hábitos de la gente altamente efectiva* y un diccionario español-inglés. El hombre miró con gesto algo torpe los títulos, como si estuviera decidiendo cuál ofrecerle a Ivan. Me

pregunté cuál sería su elección, qué había notado de él.

—No sé si hablas español —dijo finalmente el hombre, sacando el diccionario.

Había notado que Ivan era extranjero.

—No, no lo hablo.

—Entonces este diccionario te será de mucha utilidad —dijo el hombre con aire ingenioso—. Cuesta solo un dólar. Mira el precio que pone en la cubierta: quince dólares. En Canadá, veintiuno. Canadá está a solo unas horas de aquí.

Ivan hurgó en el bolsillo de sus vaqueros —una visión extraordinaria, alguien de quien estás prendada intentando sacarse algo del bolsillo de los vaqueros— y le dio quince centavos.

—Todo ayuda —dijo el hombre, guardándose la moneda de cinco centavos y la de diez en bolsillos separados.

Sacó un fajo de postales, como las que hay en los expositores de los restaurantes, y le dio una a Ivan.

—¿Se la vas a regalar a tu novia? —preguntó, mirando primero a Ivan y luego a mí—. ¿Por qué si os queréis no os cogéis de la mano?

—Bueno —dijo Ivan—. Porque hay un tiempo y un lugar para todo.

Al darnos la vuelta para marcharnos, un objeto vino volando en nuestra dirección, hacia el pecho de Ivan. Él lo atrapó al vuelo con una mano. Era el diccionario de español.

—Ya lo has comprado —gritó el hombre, que parecía emparentado con el chamán que Nina se encontraba en Ulán-Udé.

Ivan me preguntó si necesitaba un diccionario para mis clases de español. Le dije que ya tenía uno. Se lo embutió en el bolsillo de la chaqueta.

—Bueno, tal vez algún día me sea de utilidad.

Sentí una oleada de deseo. ¿Dónde utilizaría ese diccionario, con quién?

La acera se ensanchó y de nuevo tuve dificultades para caminar en línea

recta. Ivan me explicó que bastaba con que tratara de mantener una distancia constante con la pared. La idea me pareció indescriptiblemente graciosa. Cuando me reí, Ivan también se rio. Llegamos a la entrada del campus, estábamos muy cerca de mi residencia. Ivan me entregó la postal. Salía un esquimal bebiendo agua Evian en un iglú. En el reverso aparecían las siguientes palabras escritas con bolígrafo: «You have a warm hart».

—¿Es eso verdad? ¿Tienes un corazón caliente? —preguntó Ivan.

—No pone *heart*, sino *hart*. Esa palabra designa a un animal.

—¿Qué clase de animal? Espera, lo sé. Es como un ciervo, ¿no? Lo he leído en alguna obra de Shakespeare.

A Ivan le encantaba Shakespeare. Una vez, mientras paseábamos por no sé dónde, me contó el argumento entero de *Pericles, príncipe de Tiro*. Le llevó veinte minutos.

—Un corazón caliente —dijo Ivan, cogiéndome la muñeca—. Me da a mí que debe de ser cierto.

Lo miré. Sonreía con dulzura. ¿Y si pensaba que yo estaba esperando algo?

—Es mejor que me vaya —dije.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—¿Para hacer qué? ¿Dormir?

—Sí.

Lo miré.

—Vale —dijo.

Sentí que yo había ganado y, aun así, cuando me giré para cruzar el portal, me sentí como si me hubieran arrancado algo del pecho.

Hannah estaba sentada ante su ordenador.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—En un bar —dije.

Abrió los ojos como platos.

Le conté cómo me había ido la noche a Hannah con una voz llena de dolor, sin ser capaz de transmitir exactamente qué había sido tan doloroso.

—¿Te has divertido? —preguntó.

—No lo sé.

Era cierto, no lo sabía.

Mi ropa apestaba como mis tías, las que aún fumaban. Cuando subí a la litera y me acosté, la habitación empezó a girar. Todo empeoró cuando cerré los ojos. Probé a abrirlos y a sentarme. Me sentí menos mareada. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Pasarme así sentada toda la noche?

Me obligué a tumbarme y a mantener los ojos cerrados. Pronto caí en un sueño ligero y soñé con Rupert Murdoch. Cuando me desperté, ya no había luz afuera y Hannah roncaba debajo de mí. Nunca en mi vida había tenido tanta sed. Encontré mi taza en la oscuridad, salí al pasillo, llegué al baño y abrí el grifo de agua fría, mientras pensaba en mi ciervo caliente.

Svetlana y yo vimos una película sobre el cartero de Pablo Neruda. Pensaba que quizá se parecería en algo a su poema sobre el átomo, pero no. La noche era húmeda y pegajosa, y todo el mundo llevaba el pelo hecho un asco. Cuando volví al dormitorio, Angela, que por lo general cerraba la puerta de su habitación, estaba sentada a su escritorio con un espejo de mano y un peine de dientes anchos.

—No sé qué hacer —dijo.

Tenía un gran mechón de pelo que le caía delante de la frente, liso como un bocado gigante. Me puso en la mano unas horquillas y me pidió que la

ayudara. Me conmovió e intenté ayudarla. Pero no sirvió de nada, las horquillas no eran lo suficientemente fuertes.

Mi pelo, por el contrario, se había convertido en una especie de hogaza de pan detrás de mi cabeza, con un halo encrespado alrededor de la cara.

En el contestador tenía un mensaje de Ivan en el que me preguntaba si estaba libre esa noche.

«Quizá quieras devolverme la llamada», decía al final.

Me planteé si debía llamarle o no. Angela me preguntó si, en mi opinión, debía ponerse laca en el pelo. Le dije que con la laca solo se le fijaría el mechón tal como estaba.

—Ya... —dijo.

Me di cuenta de que se iba a poner laca.

Mientras Angela sacudía el bote de espray, sonó el teléfono.

—¿Hola? —dije con el corazón en un puño.

—Querida.

Era mi madre. Acababa de ver *El mago de Oz* y quería contarme lo graciosa que era la escena cuando el mago se alejaba flotando en un globo aerostático, agitando la mano y gritando: «¡Adiós, amigos!». Dijo que no se había dado cuenta hasta entonces de lo gracioso que era. La manera en que lo describió fue de veras graciosa.

Me preguntó si tenía alguna novedad que contarle. Le conté que acababa de recibir un mensaje de Ivan y que estaba tratando de decidir si iba a llamarle o no, ya que eran casi las once de un viernes y a esa hora nadie estaba ya en casa. Me dijo que por supuesto debía llamarlo, que si me lo había pedido probablemente estaría en su habitación. La voz de mi madre sonó un poco triste. Su novio acababa de irse a casa, lo había echado después de ver *El mago de Oz*.

Después de colgar, marqué el número de Ivan y me respondió el

contestador.

—Te he llamado, pero no estás —dije, y colgué.

Decidí darme una ducha. Mientras buscaba la toalla, sonó el teléfono. El corazón se me aceleró de nuevo. Era Ralph. Quería saber si me apetecía dar un paseo. Se presentó enseguida, con una cinta de vídeo en un estuche de plástico. Incluso su pelo, impecablemente cortado, tenía un aspecto encrespado y horrible. Me dijo que primero tenía que devolver la cinta, así que decidimos ir andando al videoclub.

En el pasillo, mientras estaba cerrando la puerta con llave, me acordé de que Angela estaba en su habitación. Ralph hizo una broma sobre la manera tan desafiante en que había mirado la puerta. Eso provocó en los dos un acceso de risa histérica, tanto por la broma de la puerta como por los pelos que llevábamos todos, luego me giré y, con horror, vi el pelo de Ivan que subía por encima de la barandilla, encrespándosele sobre la cabeza como una tienda diabólica.

—Oh, hola —dije. Dejé de reírme—. Iba a acompañar a Ralph a devolver una película.

—Ah —dijo Ivan.

—Lo siento... ¿Querías...?

Ralph me miró a mí y luego a Ivan.

—No, no, id a devolver la película —le pidió Ivan a Ralph—. ¿Estarás aquí más tarde? —me preguntó.

—Te llamo cuando volvamos —le respondí a Ivan.

—No hace falta que me acompañes —me dijo Ralph.

—No, habíamos quedado en que te acompañaba —le dije.

Los tres bajamos las escaleras. En algún lugar, alguien salió por una puerta contraincendios y se activó la alarma, que sonó como el canto de un millón de cigarras enloquecidas.

—Así que acabáis de ver una película —gritó Ivan para hacerse oír por encima de la alarma.

—Ralph ha visto la película —dije, al mismo tiempo que Ralph decía:

—Yo he visto la película.

Pero Ivan parecía decidido a creer que Ralph y yo habíamos visto la película juntos.

—¿Os peleasteis por cuál queríais ver? —preguntó en tono jocoso.

—Yo no estaba con él —dije.

Salimos del campus y nos encaminamos hacia la plaza. Ralph e Ivan hablaban del sorteo para el alojamiento. De vez en cuando tenía que bajarme de la acera o caminar detrás de ellos. Al parecer a Ralph le había tocado el mismo edificio en el que vivía Ivan, el de doce plantas. Ivan se puso a describir las vistas desde distintas ventanas. Parecía que conociera las vistas desde todas las ventanas.

—Está bien saberlo —repetía Ralph.

Nos detuvimos en un semáforo en rojo.

—Me parece que volveré a mi habitación a estudiar un poco de matemáticas —dijo Ivan en tono lúgubre, y se eclipsó en la noche.

Ralph y yo devolvimos la película, *Los amigos de Peter*. Nunca había visto que Ralph odiase tanto una película como para salir en plena noche a devolverla al videoclub. Seguimos caminando hacia el río. Parecía que estaba empezando a llover. Cuanto más nos acercábamos al río, más gotas notábamos, pero cada vez que volvíamos hacia la plaza las gotas dejaban de caer. Probamos a pasear un rato alrededor de la plaza, pero fue deprimente, así que desde la facultad de ciencias políticas volvimos a encaminarnos hacia el parque.

—Parece que estamos volviendo al parque —dijimos, mirando al cielo.

No llovía. Llegamos al parque. Pero ¿y si empezaba a llover en ese

instante?

—¿Deberíamos volver a la residencia? —pregunté.

—Me parece que vamos a volver —dijo Ralph.

—¿Volvemos?

—Me parece que es porque nos encontramos con tu amigo.

Cuando dijo eso me sentí avergonzada.

—No es verdad —dije—. Vamos, sigamos paseando.

Pasamos las dos horas siguientes haciendo el tipo de cosas inútiles que siempre hacíamos. Volvimos al río y, cuando finalmente empezó a llover, entramos corriendo en el vestíbulo del hotel DoubleTree y nos sentamos en el suelo del ascensor de cristal a contemplar la lluvia. A veces alguien llamaba al ascensor y subíamos o bajábamos. A nadie parecía interesarle que estuviésemos allí, ni nos pidieron que nos fuéramos. Cuando dejó de llover fuimos a Chili's y pedimos una Flor Fabulosa: una gigantesca cebolla rebozada y frita cortada en pétalos. Nos comimos más o menos un tercio. Luego nos resultó imposible comer más.

Una de las cosas más sorprendentes de la gigantesca escultura de cebolla frita era su poderoso parecido con una alcachofa. Ralph me habló de las teorías de la cebolla y de la alcachofa sobre la humanidad, que había estudiado en clase de sociología. Según la teoría de la alcachofa, el ser humano tenía una esencia interna, o «corazón»; según la teoría de la cebolla, una vez que le quitabas al hombre todas las capas de sociedad, no quedaba nada. Desde esa perspectiva, la idea de una cebolla disfrazada de alcachofa parecía siniestra, incluso psicopática. Años más tarde, se descubrió que la Flor Fabulosa contenía casi tres mil calorías y *Men's Health* la escogió como el peor aperitivo de Estados Unidos, tras lo cual Chili's la suprimió de su carta.

Cuando llamé a Ivan era la una de la madrugada.

—¿Tienes mucho sueño? —preguntó.

—No mucho. Y tú, ¿tienes mucho sueño?

—No mucho.

Ivan quería volver a mi dormitorio, para ver cómo vivía. Yo no quería que viera cómo vivía, pero no parecía que hubiera una manera de evitarlo y, de todos modos, ¿de qué serviría esconderse?

Colgué el teléfono y me miré en el espejo. Nada de lo que había hecho en las últimas dos horas había surtido el menor efecto positivo en mi pelo.

Ivan llamó a la puerta. Sus ojos recorrieron la habitación y se detuvieron en Albert Einstein. Me dio la impresión de que albergaba pensamientos negativos sobre Einstein, pero, si era así, se los guardó.

Hannah salió de nuestra habitación bostezando. Tenía el pelo impecable, como siempre.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Dijo que no podía dormir. Yo sabía que el bostezo era falso y que no era verdad que estuviera intentando dormir: ella no tenía problemas para eso. Se presentó y empezó a ametrallar a preguntas a Ivan. Cuando se le acabaron, empezó a enumerar los nombres de los varios profesores asistentes de matemáticas y a preguntarle si los conocía.

—¿Era ella la hipocondríaca? —me preguntó Ivan más tarde—. Quería hacer que se preocupara por la humedad, pero temía que pudiera ser la compañera equivocada.

—Sí, es ella. Nuestra otra compañera de cuarto no te habría dirigido la palabra.

—¿No me habría dirigido la palabra?

—Quiero decir que es tímida, no te habría ametrallado a preguntas.

—Ah, entiendo. A mí me gusta que me hagan preguntas.

Asentí con aire pensativo.

—¿Y eso por qué?

Al cabo de un instante Ivan se echó a reír, y yo me sentí orgullosa de mí.

Caminamos hasta el río y nos sentamos en un banco.

—No fue una buena idea que me llamaras —dijo.

—¿Por qué no?

—No he podido trabajar. No he hecho nada.

Traté de no demostrar lo feliz que estaba de oírle decir eso.

—Todas las luces apuntan hacia ti —dijo Ivan, mirando las farolas de la orilla opuesta, reflejadas en el río.

—Esas de allí están apuntando hacia ti.

—¿En serio? —dijo—. Y también apuntan hacia ti, ¿no?

—No, hacia ti.

—Bueno, tienes razón, yo también creo que apuntan hacia mí.

Sentí una oleada de atracción física por él. Estaba sentado en una posición que parecía incómoda, inclinado hacia delante, con las piernas juntas y los brazos cruzados apoyados en el regazo.

Nos quedamos allí mucho tiempo, preguntándonos si volvería a llover.

—¿Cuánto tiempo crees que llevamos aquí? —preguntó Ivan.

—Mucho —dije. Cerca de la orilla del río, algo se agitó entre los juncos—.

¿Qué animal puede ser?

—Un pez —sugirió Ivan.

—Puede que llevemos tanto tiempo aquí que el pez ya haya evolucionado.

—Es posible. Entonces nosotros también lo habríamos hecho. ¿Hacia qué habríamos evolucionado?

Sentí que se me tensaban los músculos de todo el cuerpo.

—No lo sé —dije.

Ya eran las tres y hacía demasiado frío para quedarse en el banco. Al mismo tiempo, también hacía demasiado frío para moverse. Casi parecía que, si nos quedábamos un poco más allí, podría subir la temperatura de nuevo; podría llegar a ser más temprano que tarde, y las cosas aún podrían adquirir un cariz diferente al que habían tenido.

Fuimos a la habitación de Ivan y escuchamos discos, uno tras otro. Cada disco era muy particular y específico, casi arbitrario. ¿Qué más daba si había algunas notas diferentes? ¿Eso haría la música mejor o peor?

Ivan se deslizó hasta el suelo, con las manos agarradas en torno a las rodillas, y apoyó la cabeza sobre el sofá. Miraba al techo. La habitación se tornó más clara. Sabía que no debía observarlo así, y me giré para mirar por la ventana. Para eso estaban las ventanas. El cielo era de color malva, al igual que los edificios de hormigón. Las viviendas de ladrillo se teñían de un tenue brillo naranja. El río era como un pergamino plateado sin fin.

Miré de nuevo a Ivan, para ver si estaba dormido. Seguía mirando al techo, en una postura semivigilante que parecía decir: «No te preocupes por el techo, lo tengo controlado».

Intenté analizar la sensación de fatiga. Sentía pesadez en las piernas, un leve dolor detrás de la frente y en los ojos, y algo en los hombros. Todos los ruidos parecían fuertes y distantes a la vez. Me puse de pie. Era como si me bajara de un coche después de un largo viaje. Apoyé la palma de la mano sobre el frío cristal. En el desierto cruce de abajo, la luz roja del semáforo cambió a verde. La radio despertador marcaba las 6.26.

Había dejado una huella en el cristal de la ventana. Se superponía sobre una torre con un reloj. La limpié con la manga y fui a sentarme en el suelo junto a Ivan. Yo también eché la cabeza hacia atrás y miré al techo, a la esquina donde

se unían las dos paredes: un triángulo parecido al punto donde se encuentran las piernas de una mujer. Me senté erguida. Ivan también. Estiró las piernas, se quitó las gafas, se frotó el puente de la nariz.

—¿Estás cansado? —pregunté.

—No, en realidad no. —Volvió a ponerse las gafas—. Creo que mi cuerpo ha aceptado el hecho de que la noche ha terminado sin que haya ido a dormir. ¿Y tú?

—Mi cuerpo también lo acepta.

—Estoy empezando a entenderte mejor —dijo—. No comes, no duermes y no bebes. ¿Siempre eres así o solo cuando estás conmigo?

Pensé en ello.

—Cuando no estoy contigo como y duermo más.

—Pero no bebes.

—En realidad, cuando no estoy contigo me emborracho todas las noches. Con mis auténticos amigos.

—¿En serio?

—No.

Suspiró.

—No digo que tengamos que emborracharnos, solo beber una o dos copas. Sinceramente, creo que así podríamos ahorrarnos muchas cosas. Veo que no te molesta pasarte toda la noche despierta... pues el alcohol es exactamente lo mismo. Solo te ahorras el sufrimiento físico. Por lo demás, es muy parecido. De repente ves conexiones que antes no veías. Algo se rompe. No sé cómo llamarlo... esos bloques que tienes en la mente y que obstruyen una conexión.

—Inhibiciones —dije.

—Sí, exacto —dijo. Sentí que me ruborizaba—. No me refiero —añadió— a que nunca hables de sexo, y entonces te emborraches y de repente te pongas a hablar de sexo.

—Ya —dije.

El tiempo pasaba. Pensé en cuánto tiempo teníamos y, a la vez, qué poco. En un momento dado, Ivan me preguntó si me gustaban los donuts. La pregunta me pareció absurda. El reloj de la torre dio las siete, luego las siete y cuarto. Ivan propuso que fuéramos a desayunar. Nos dirigimos por el pasillo a prueba de disturbios hasta el ascensor.

El aire claro de la mañana era increíblemente fresco y parecía ansioso por penetrar en los pulmones. Cruzamos la calle y entramos en la cafetería, que estaba vacía excepto por una mesa en la que estaban sentados seis chicos con sudaderas. Se veía que hablaban en voz alta y aun así no perturbaban el silencio general, como si su conversación flotara por encima de su mesa, como en una tira cómica.

Ivan se sirvió un poco de todo: huevos revueltos, una tortita, jamón, patatas fritas. Llenó dos vasos con zumo de naranja de la máquina. Yo me serví un tazón de Cheerios, cogí un plátano y me serví una taza de café. Nos sentamos. Corté el plátano en un plato, luego eché las rodajas en el tazón de Cheerios.

—No tenemos nada de que hablar —observó Ivan.

Asentí.

—Nos hemos agotado el uno al otro. Hemos demostrado que los dos somos personalidades finitas. —Parecía enojado—. ¿Cuánto tiempo podemos seguir con esto? Inventamos un significado para cada palabra, como un diccionario, y luego repetimos las palabras. Pero cuando las palabras se agotan...

No tenía ni idea de qué estaba tratando de decir.

—El lenguaje es infinito —aventuré.

—Hay un número finito de palabras —dijo—. Solo las combinaciones son infinitas.

Le dije que según Chomsky el número de palabras también era infinito.

—Porque puedes tener un misil antiaéreo, y luego combatirlo con un misil antimisil antiaéreo, y luego con un misil antimisil antimisil antiaéreo.

—Sí, vale —repuso—. Tal vez podamos hablar así de ahora en adelante.

—Desde «de ahora en adelante» en adelante.

No se rio.

Di vueltas a los Cheerios con la cuchara. Solo había una letra, la o, pero infinitas combinaciones. Ivan se comió malhumorado los huevos, la tortita, el jamón y las patatas, y se bebió el zumo de naranja.

—Bien —dijo echando hacia atrás la silla—. Supongo que ahora puedes irte a casa a dormir o lo que sea. Cualquier cosa secreta que hagas cuando yo no estoy.

—Oh —dije—. De acuerdo. Tú también te puedes ir a hacer tus cosas secretas.

—Sí, tengo muchas cosas secretas que hacer.

Tiramos las sobras a la basura, dejamos las bandejas y los platos sobre la cinta transportadora y salimos.

—Nos vemos —dije.

—Ya, a saber cuándo —dijo—. Te habrás dado cuenta de que no se nos da muy bien ponernos en contacto.

—Mejoraremos —dije.

Frunció el ceño.

—Tú también puedes llamarme, ¿sabes? No tienes que esperar a que yo te llame.

—De acuerdo —dije con tristeza: así que no iba a llamarme—. La próxima vez te llamaré yo.

—Bien —dijo, y volvió a su edificio.

Entré en el dormitorio de puntillas, con la esperanza de que Hannah no se despertara. Se oyó un crujido. Me quedé paralizada. Hannah se sentó, bostezó y se estiró exageradamente.

—Vaya, ¿acabas de llegar?

—Sí.

—¿Dónde has dormido?

—No he dormido. Me he pasado toda la noche sentada en una habitación. Así que estoy un poco cansada.

—Parece que necesitas descansar —dijo saltando de la cama.

—Ese es el plan —respondí trepando desde lo alto de la cómoda hasta la litera de arriba.

—¿Ahora, ya? ¿Ni siquiera vas a desayunar?

—Ya he desayunado.

Me tapé la cabeza con las sábanas. Hannah anduvo por ahí un rato y comentó algo sobre sus llaves. Finalmente se fue. Aparté las sábanas, cogí mi ejemplar de *La pequeña Dorrit* y estuve mirando la primera página hasta que me quedé dormida.

Me desperté a las tres. La cafetería no abría hasta al cabo de dos horas. Fui al centro de estudiantes, donde compré un bocadillo de atún con pan de baguette y lo mordisqueé un rato. Para consumir esa baguette parecía que hiciese falta algún tipo de músculo de la oreja que yo había perdido durante el curso de dos millones de años de evolución humana.

Encontré un libro de fábulas y leí dos de ellas sobre ciervos. Las dos terminaban mal. En «El ciervo en el establo del buey», el ciervo se escondía del cazador en un establo. El cazador veía que sus cuernos sobresalían de la

paja y lo mataba, demostrando que «nada escapa al ojo del amo». En «El ciervo y el cazador», el ciervo se quejaba de sus patas porque eran menos bonitas que sus cuernos. Más tarde, cuando huía del cazador sirviéndose de sus patas, los cuernos se le enredaron en un árbol y acabaron abatiéndolo. La moraleja era: «A menudo despreciamos lo que nos es más útil». En general, el mayor problema del ciervo era su cornamenta. O no, no eran sus cuernos: eran los cazadores.

Svetlana cumplió veinte años y dio una fiesta. Le di muchas vueltas a qué podía regalarle y al final me decidí por un gran ramo de girasoles. En la floristería no me percaté de su enorme tamaño. Las flores parecían crecer mientras cruzaba la plaza hasta que, cuando llegué a la fiesta, sus radiantes caras amarillas eran casi del tamaño de un rostro humano. Habría sido una locura ponerlos en un jarrón, como meter a nueve personas en un florero. Acabamos utilizando una papelería de plástico decorativa que nos dejó alguien. Fern la llenó de agua en la ducha que había al final del pasillo.

La mayor parte del club de serbocroatas estaba allí; habían traído *slivovitz*. Había también pastel de limón. Yo solo podía pensar en que, la última vez que hablé con Ivan, me había dicho que intentaría llamarme esa noche. El pastel estaba más bueno de lo que parecía. Hablé con seis judíos ortodoxos que el próximo año iban a vivir en la misma residencia que Svetlana. Todos ellos padecían las secuelas de una intoxicación alimentaria. Con motivo de una festividad religiosa, habían tenido que comer una sopa de pollo que habían dejado en un horno caliente durante toda la noche, por debajo de la temperatura de ebullición.

—Es la mejor manera de cultivar bacterias —explicó Jeremy, que estudiaba microbiología.

Cuando me fui, Svetlana estaba charlando animadamente en serbocroata con un chico que llevaba unas gafas con montura de plástico. Cuando hablaba serbocroata tenía un tono de voz diferente, como más indolente pero al mismo tiempo más vivaracho.

Tenía un nuevo mensaje de voz. Era de mi madre, que me describía cómo, después de meses de trabajo, su técnico de laboratorio se había resbalado, caído al suelo y había roto todas las pipetas.

—Me parece que ha sido un desliz freudiano.

Colgué el teléfono. Casi al momento empezó a sonar de nuevo. Era Ivan. Me dijo que estaba en el centro de estudiantes, así que si yo andaba hacia él y él andaba hacia mí nos encontraríamos a mitad de camino. Me pareció que había más de una forma de ir caminando al centro de estudiantes y que quizá no nos encontraríamos, pero entonces eché a caminar, y ahí estaba Ivan. Parecía muy emocionado.

—Estaba estudiando para el examen de Shakespeare con mi novia... bueno, ahora mi exnovia —dijo.

El corazón me dio un brinco. ¿Significaba que ya no tenía novia? Dijo que había terminado hablando con su exnovia de Shakespeare, de la condición humana y de mí, y que ella había citado algunos ejemplos interesantes de Shakespeare, y que habían hablado de mí y de Shakespeare.

—De hecho, tú me recuerdas un poco a Shakespeare —dijo.

Lo miré. ¿Estaba borracho?

Fuimos a su habitación y sacó una caja de cartón llena de fotografías. Me enseñó una foto de su primera moto, una Honda. La moto me turbó. Ivan me parecía cada vez más la caricatura de un enamorado. Había varias fotografías tomadas en Tailandia. En una de ellas Ivan estaba al lado de un elefante. El

elefante y él tenían casi la misma expresión. En otra, estaba delante de un templo budista, de cara al sol, con su madre y su hermana, pero las sombras eran tan oscuras que casi no se les veían las caras.

—Aquí hay una de mi exnovia —dijo Ivan.

Me enseñó una foto de una chica delgada, de pelo largo y rojizo, con una camiseta sin mangas, una falda larga y una mochila. Miré la foto con atención, tratando de averiguar qué tenía de especial para ser la novia de alguien. Era pequeña, con curvas y de aspecto duro, aunque su sonrisa era amplia y casi infantil. En la foto también aparecía un burro. Ese no era un detalle relevante. ¿O sí?

Ivan había sacado algunas fotos de la caja y las puso boca abajo, como cartas que reservara para jugar con ellas más tarde.

—Estas no quiero que las veas —me explicó—, porque sabrías cosas de mi vida que no quiero que sepas.

La franqueza con que lo dijo me hizo reír. No le pedí que me contara, ni siquiera me pregunté, qué había en las fotos. El papel de mujer desconfiada parecía un cliché que no tenía nada que ver conmigo ni con la época en que vivíamos.

—El curso pasado, en el segundo semestre, empecé a tener un montón de ideas complicadas sobre el amor —dijo Ivan—. Me pusieron poco más de un aprobado en una asignatura de matemáticas. Nunca había sacado una nota tan baja en matemáticas. Me sentí fatal.

Tenía la mirada extraviada, horrorizado, al parecer, por el recuerdo de esa nota.

—Hay algo de lo que quiero hablarte, pero espero que no te sientas presionada —comentó Ivan.

Me contó que su amigo Peter, húngaro también, y estudiante de un posgrado en economía, dirigía un programa de voluntariado que cada verano enviaba a universitarios estadounidenses a enseñar inglés en pueblos de Hungría. Los profesores se tenían que comprar los billetes de avión, pero una vez allí todo estaba pagado. Incluso recibían un pequeño sueldo.

—Queda una plaza libre —dijo—. Si la quieres, me parece que te la darían. Peter es amigo mío y tú tienes experiencia como profesora de inglés.

Pensé en las tres clases de inglés que le había dado a Joaquín antes de que se quedara ciego.

—Bueno, técnicamente es así —dije.

—Yo estaré en Budapest, así que podríamos vernos los fines de semana —observó Ivan—. Por lo demás, no tengo ni idea de cómo son esos pueblos. Seguramente vivirás rodeada de cabras. Pero al menos estarás en Europa.

No podía imaginármelo, ni Europa ni las cabras. ¿Las meterían dentro de las casas? Ivan me dijo que me lo pensara, y yo fingí que lo hacía. Pero no había nada que pensar. Enseñar inglés en un pueblo húngaro era algo que no podía sopesar en comparación con otra cosa, porque no tenía ni idea de cómo era, e incluso si la tuviera, no sabía cuáles eran las otras alternativas. Además, en aquel momento mi política era que, cuando te enfrentabas a dos posibles líneas de acción, siempre había que escoger la menos conservadora y la más altruista. Pensaba que era una obligación moral para quienes se encontraban en una posición privilegiada, y especialmente para quien quisiera convertirse en escritor.

Conocí a Peter, el amigo de Ivan, en la cafetería del Centro de Ciencias. Era mucho más normal de lo que me esperaba. Por su aspecto, su ropa y su forma de hablar se parecía mucho a todos los demás. Hablaba como si Ivan y yo

fuéramos buenos amigos o conocidos que se vieran a menudo.

—¿Crees que mañana verás a Ivan? —preguntó.

Era como si me preguntara si estaría abierto el portal interdimensional.

—No sabría decírtelo —respondí.

Peter me felicitó por mi dominio idiomático del inglés y me preguntó cuánto tiempo llevaba en Estados Unidos.

—Siempre he vivido aquí —dije.

—¿Siempre?

Parecía desconcertado, como si pensara que me refería a que llevaba viviendo aquí desde 1776.

—Quiero decir que nací aquí y nunca me he ido.

—Oh, tiene gracia. Ivan me dijo que eras turca.

—No, soy de Nueva Jersey.

—¿Qué salida de la autopista?

Peter había crecido en Queens con su madre, una dermatóloga. Se estaba sacando un doctorado en economía y en estudios de Asia Oriental. El programa que dirigía en los pueblos húngaros era el primer paso en su plan para establecer una red global de escuelas sin ánimo de lucro en las que se enseñara inglés y programación informática en países en vías de desarrollo. Había que empezar poco a poco, con los contactos que se tenían. Sus contactos eran unas personas estupendas que trabajaban en administraciones municipales de Hungría y Rumanía, y llevaba tres años enviando a estudiantes de Harvard a esas comunidades. Con una voz amable y mesurada me contó lo importante que era establecer contactos, que había gente buena en todas partes, que había que identificar a las personas que no solo eran buenas sino que también eran capaces de hacer que las cosas se pusieran en marcha, y me habló de cómo funcionaba el sistema escolar en Kirguistán.

Me dio un folleto del programa. En el reverso había un formulario para

hacer la solicitud, pero me dijo que yo no tenía que rellenarlo, porque Ivan me había escrito una carta de recomendación muy elogiosa.

Estuve a punto de decir «¿En serio?», pero me mordí la lengua.

—Confío en Ivan —dijo Peter—. Confío en su buen juicio sobre las personas.

El verano estaba en el aire. Luminoso, cálido, indolente, cada nuevo día parecía colgar suspendido como un gran globo resplandeciente justo enfrente de tu cara. Como de costumbre, no tenía nada que ponerme. ¿Cómo es que nunca tenía la ropa apropiada para ningún tipo de clima? Corté las perneras de mis vaqueros más viejos y luego tiré esas perneras amputadas, dos cilindros grises y deshilachados, al cubo de la basura.

Con los vaqueros cortados, un polo amarillo canario y las grandes gafas de sol de mi madre de los setenta, crucé la plaza del campus hasta la facultad de filosofía, donde Peter daba una charla de orientación. Sobre la puerta estaban escritas, en letras enormes, las siguientes palabras: QUÉ ES EL HOMBRE PARA QUE DE ÉL TE ACUERDES. Había visto esa inscripción infinidad de veces, pero nunca me había parado a pensar en ella. Era una buena pregunta. ¿Qué era el hombre? Pensé que yo, del hombre, me acordaba incluso demasiado, y entonces me pareció captar un destello de libertad.

En la charla éramos seis personas, tres chicas y tres chicos. Yo era la única de primer año. Hicimos un juego mnemotécnico para recordar los nombres de los demás. La memorización en sí se me antojaba una técnica muy extraña: consistía en asociar una cosa con otra, pero sin modo alguno de que arraigara nada en algún lugar. Si querías recordar tus llaves, podías imaginártelas en un anfiteatro, pero nadie te explicaba cómo recordar ese anfiteatro.

Con un aspecto compacto, pulcro y casi náutico con sus pantalones cortos y

su camiseta descolorida de rayas blancas y azules, Peter nos habló del programa. Yo había supuesto que todos enseñaríamos juntos en la misma escuela, pero resultó que cada uno iría a un pueblo distinto y viviría con una familia diferente. Daríamos tres o cuatro horas de clases al día. Los profesores del pueblo nos pondrían al corriente de qué temas estaban estudiando y nosotros idearíamos ejercicios y juegos. «Simón dice» era un buen juego para aprender las partes del cuerpo. Twenty Questions era útil para adquirir vocabulario. La música era una buena herramienta didáctica, sobre todo la de los Beatles, porque hasta el niño más pequeño podía entender «I want to hold your ha-a-a-a-and». Lo más importante era mostrar una actitud relajada, paciente y predispuesta al juego.

Por las tardes compartiríamos la cultura estadounidense de forma libre fuera del aula. Peter nos enseñó algunas diapositivas en las que participantes de ediciones anteriores compartían su cultura. Un chico jugaba a baloncesto con los niños. Se había llevado la canasta de Estados Unidos y la había clavado a una valla. Otro tocaba la guitarra. Les había enseñado canciones de Bruce Springsteen a los niños. Después del pase de diapositivas, Peter dijo que uno de los profesores del año anterior había venido a hablarnos de su experiencia. Entró el profesor del año anterior. Era Sandy, de Mundos Construidos.

Mientras recordaba su estancia en el pueblo húngaro una sonrisa de afecto se dibujó en la cara de Sandy. No había electricidad ni agua caliente. Sus alumnos habían sido chavales de entre ocho y catorce años.

—Intentarán ponerlos contra las cuerdas —dijo.

—Tú pasaste auténticas aventuras —le recordó Peter.

—Los cuernos —exclamaron Peter y Sandy al unísono.

Sandy nos contó que uno de sus alumnos se había agenciado unos cuernos, que por alguna razón estaban colgados en una pared de la escuela, y lo había

embestido con ellos. Sandy se subió a un escritorio e intentó defenderse con la silla sin causar daño ni al chico ni a los cuernos. Todos se rieron. Pensé que si alguien me embistiera con unos cuernos yo no sobreviviría.

Durante la pausa del almuerzo, Sandy y yo recordamos nuestras experiencias en Mundos Construidos y hablamos de Ivan. Resultó que Sandy y él vivían en la misma residencia.

—Es un tipo muy interesante —dijo Sandy, que parecía impresionado de que yo fuera amiga suya.

Le pregunté más detalles acerca de la historia de los cuernos. Dijo que el director se lo había tomado a la tremenda y que eso había empeorado la situación. Siempre que fuera posible, la mejor opción era solucionar los problemas directamente con los niños.

—Te divertirás un montón —dijo.

Ya casi era la época de exámenes, y justo después teníamos que dejar libres los dormitorios. Cada día hacía más calor. Nadie tenía suficientes cajas de cartón. Algunos se comportaban como si fuera facilísimo conseguir cajas gratis y solo los idiotas pagaran por ellas. Yo solo encontré una caja gratis. Estaba colonizada por moscas de la fruta. Ralph y yo quedamos para ir a comprar cajas.

Llamé a mi madre y le pregunté si le parecía bien que fuera a enseñar inglés cinco semanas a un pueblo de la campiña húngara. Le expliqué que estaba todo pagado, excepto el billete de avión, y que en agosto podría ir directamente de Budapest a Turquía para encontrarme con ella y mis tías; ir primero a Budapest no saldría mucho más caro.

—Es una idea de ese tal Ivan, ¿no? —preguntó—. Cariño, ¿es alguien de fiar? ¿Quién más estará allí?

Le hablé de Peter, le dije que llevaba años organizando ese programa, que se estaba sacando un doctorado en economía y que su madre trabajaba como médica en Queens. Fue esta última información lo que pareció tranquilizarla, especialmente cuando le dije que Peter nos había dado su número de teléfono. Nos había dicho específicamente que, aunque él estaría en Mongolia buena parte del verano, nuestros padres siempre podrían ponerse en contacto con él llamando a su madre en Queens.

—¿De verdad quieres ir?

—Bastante... sí.

—Ese chico te gusta de verdad —dijo con un tono de voz tan triste y cariñoso que se me saltaron las lágrimas.

El viernes por la mañana escribí a Ivan. Pensé que me llamaría esa noche o el sábado. No lo hizo. El domingo estudié ruso con Svetlana. Se había inventado una canción para ayudarme a memorizar las declinaciones de los sustantivos irregulares. Era una cancioncilla triste, más bien una suerte de salmodia, basada en dos notas: «No hay ciudadanos. No hay ciudadanos. Veo al ciudadano. Veo al ciudadano».

A Svetlana memorizar se le daba mucho mejor que a mí. Había interiorizado que era algo necesario. A mí, que había crecido en Estados Unidos, en cambio, me habían enseñado a despreciar la memorización. Se hacía referencia a ella como «aprendizaje por repetición» o, a veces, como «repetir como un loro». Los profesores decían que querían enseñarnos a pensar. No querían que nos convirtiéramos en robots, como los estudiantes soviéticos y japoneses. Esa era la única razón por la que los niños soviéticos y japoneses sacaban mejores notas que nosotros en las pruebas de nivel. Porque no sabían pensar.

Ya en el instituto me percaté de que los profesores no eran honestos con nosotros. El profesor de biología nos decía: «No quiero que os aprendáis las cosas de memoria y luego las repitáis como un loro, sino que entendáis la elegancia de la lógica que subyace en cada mecanismo». Sin embargo, en el examen tenías que dibujar un diagrama de la transcripción del ARN. Cuando se trataba de ciencia o historia, el razonamiento quedaba bastante al margen. Aun cuando un paso derivara lógicamente del anterior, tenías que memorizar el primer paso, así como la regla que describía cómo se sucedían los pasos. No era como si solo hubiera una manera por la que el mundo había resultado ser como era. No era como si las fresas tuvieran que crecer necesariamente en las plantas. Las cosas podrían haber resultado de muchas maneras diferentes, pero tú solo tenías que memorizar esa forma concreta que era la real.

Pero... ¿de veras tenías que hacerlo? ¿Existía solo una manera por la que el mundo había resultado ser como era? Si eras lo bastante inteligente, ¿podrías deducirlo por tu cuenta? Una pequeña parte de mí aún se aferraba a la esperanza de que eso fuera posible. Y por eso me costaba aprenderme la canción de Svetlana.

El lunes me llamó mi madre. Me preguntó cómo me había ido el fin de semana y por Ivan. Le dije que no había tenido noticias suyas.

—¿En todo el fin de semana? —preguntó—. ¿Por qué? ¿Qué está haciendo?

—No lo sé —dije.

Se quedó un rato en silencio.

—Selin, ¿estás teniendo cuidado?

Me embargó la desazón.

—Lo intento —respondí.

—Quiero decir, ¿utilizáis preservativos?

—¿Qué? No. Ni siquiera mantenemos relaciones.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Estás segura?

—Pues claro.

—Bueno, si lo hacéis, por favor, tomad precauciones. Incluso en los pueblos húngaros. Es muy importante.

Después de colgar, me entraron ganas de vomitar. Me di cuenta de que había pasado los tres últimos días desesperada.

Sonó el teléfono. Si no era él, me moriría. Sabía muy bien que ese pensamiento, en sí mismo, era letal. En el tiempo que tardé en descolgar y responder, no dejé de repetirme: «¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes? ¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes? ¿Qué es el hombre?».

—Selin —dijo Ivan—. Hola.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó Ivan.

—Nada en especial. Un trabajo de filosofía. ¿Y tú?

—He tratado de averiguar cómo llevar mis cosas a California y dónde guardarlas, cosas así.

—Ah, ya.

Le conté que me parecía muy duro tener que tirar todas las cosas de mi habitación, o guardarlas, o enviarlas de algún modo a casa de mi madre.

—¿A ti? ¿Por qué va a ser duro para ti? El curso que viene volverás aquí. Mételo todo en un trastero y vete a casa.

Le dije que no tendría coche, porque mi madre estaría en Turquía, y tampoco podía llevarlo todo en el tren, así que estaba enviando las cosas por

correo a casa. Me preguntó si estaba utilizando la tarifa especial para libros, porque era la más barata. Dijo que se podía usar esa tarifa para mandar otras cosas, aparte de libros: en realidad no estaba permitido, pero se podía hacer. Él había convencido a la mujer de la oficina de correos para que hiciera la vista gorda. Me sentía cansada y desesperada.

—Bueno... —dijo Ivan—, ¿te apetece ir a nadar?

—¿Ahora?

—Bueno, hace mucho calor, ¿no?

—Sí.

En efecto, hacía mucho calor.

Propuso que quedáramos a las cinco en la cafetería de los estudiantes de primer año para comer algo antes. Me preguntó si me atrevía a ir de paquete en la moto. No me parecía que una moto tuviera que asustarme. Al fin y al cabo, no tenía cuernos.

Después de colgar, empecé a dar vueltas por la habitación, preguntándome si era denigrante preocuparme por mi traje de baño. Era un traje de baño que tenía desde el instituto. El instituto me hizo pensar en Ralph y recordé que habíamos quedado para ir a comprar cajas. Lo llamé.

—Hoy no puedo ir a comprar cajas —dije.

—Oh —dijo—. No pasa nada. ¿Y a cenar, eso tampoco?

No recordaba que hubiéramos dicho nada de ir a cenar.

Desde lejos vi a Ivan subido a un parapeto, agarrándose con los brazos las rodillas. Nunca me había fijado en ese parapeto y mucho menos había pensado en sentarme en él.

En cuanto me vio, bajó de un salto. Llevaba una bolsa negra para el portátil

en bandolera. Fuera lo que fuese lo que contenía, pesaba menos que un portátil. Me preguntó si me parecía bien que pasáramos un momento por el buzón de correo urgente. Quería enviar algo antes de la recogida de las cinco y media. Bajamos juntos las escaleras de piedra.

En las últimas dos horas había refrescado. El cielo era azul claro, no hacía nada de viento y el aire parecía estar a la misma temperatura del cuerpo.

—Ahí está mi novia —dijo Ivan, como de pasada.

—¿Qué? —pregunté.

Miré alrededor. Ví unos árboles, un camino, dos buzones, un anciano paseando a un perro, un joven con un bebé en un portabebés. El bebé iba vestido de rosa, así que era una niña. Pero era demasiado pequeña para ser la novia de alguien. Una chica de pelo largo y rizado que le caía sobre una mochila de vinilo venía hacia nosotros desde el otro lado de la calle. Pero me miró impasible y siguió andando.

—Tarde o temprano tenía que llegar este momento —dijo Ivan—. Yuuu —gritó.

Pensé que iba a decir «Yujuuu», pero resultó ser el nombre de «Eunice».

—¡Yuuunis! —gritó.

No hubo respuesta. Apretó el paso. Yo me quedé atrás.

—Hola, Eunice —dijo, con la misma voz cálida que usaba para hablar conmigo por teléfono.

Solo entonces reparé en que había una chica de rodillas junto a los soportes para bicis, de espaldas a nosotros, quitándole el candado a una bicicleta. Llevaba unos vaqueros blancos y una camisa de rayas rojas y blancas, y el cabello negro peinado hacia atrás y recogido en una cola alta que se balanceaba de lado a lado.

Después de que Ivan la llamara cuatro veces, la chica se dio la vuelta y se levantó, frotándose las diminutas manos.

—Ah, hola —saludó con una voz apenas audible.

Ivan le pasó el brazo alrededor de la cintura. Junto a él, parecía pequeñísima.

—Esta es Eunice, mi novia—me dijo—. Esta es Selin, de la que ya te he hablado —le explicó.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Selin —repitió—, esta es Selin.

—Encantada —dije, tendiéndole una mano.

—¡Ah! —exclamó.

Por un instante estreché en la mano un objeto pequeño, frío y carente de entusiasmo.

—He hablado con Vogel —le comentó la chica a Ivan, apartando la mano.

—¿Ah, sí? —dijo él.

—Me van a dar dinero por la cosa esa de China.

—¿Qué?

—Por la cosa esa de China, van a darme dos mil quinientos dólares. Pero no sé si debería aceptar.

—Ajá.

—Es tan aburrido.

—Sí, no debería ser así.

—¿Qué?

—No deberías hacer cosas que te aburran.

—Pero necesito el dinero.

Hablaron un rato sobre los dos mil quinientos dólares y esa cosa tan misteriosa y aburrida de China que ella no quería hacer.

—¿No puedes coger el dinero sin más? —preguntó Ivan.

—¿Qué?

—¿No puedes coger el dinero y no hacerlo?

—Pues claro que no.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, siempre es mejor que espalar nieve.

—Lo sé —dijo ella.

Tenía una boca de color rojo brillante que se había dibujado con pintalabios, ligeramente más pequeña que su boca real. De repente me vino a la cabeza la imagen de ella poniéndose el pintalabios por la mañana mientras Ivan estaba en la puerta y hablaban de esto y de aquello, como hacían en ese momento, sobre las cosas triviales y controvertidas que de alguna manera conforman la vida. Y entonces todo se detuvo. El espacio y el tiempo desaparecieron, primero una dimensión y luego otra: el cielo se desmoronó y, en lugar de una cúpula, pasó a ser un plano, y el plano se transformó en una raya, y luego ya no hubo nada alrededor, no había dirección sino adelante, y después ya ni siquiera hubo adelante.

—¡Vamos a nadar! —exclamó Ivan con una voz alegre, como si fueran grandes noticias.

—¿Qué? —repuso Eunice.

—Selin y yo vamos a nadar.

Frunció el ceño.

—Pero a las nueve y media empieza la película.

Ivan también frunció el ceño.

—Lo sé.

—Tendrías que pasar a buscarme a las nueve y veinte.

—Sí, ya —dijo—. Entonces será mejor que nos vayamos.

—Hasta luego.

Ella se subió a su bicicleta y nosotros seguimos nuestro camino. Ivan se detuvo delante de un buzón de autoservicio de FedEx y dejó la bolsa del portátil sobre él mismo, de tal manera que casi con toda seguridad se caería en

el hueco entre el buzón y la pared. Abrió el cajón de debajo del buzón, sacó un formulario y empezó a rellenarlo.

La bolsa de Ivan, siguiendo los dictados del destino, cayó al suelo. Los dos nos agachamos. Yo fui más rápida. Le pasé la bolsa.

—Lo siento —dijo—. Quiero decir, gracias.

Me apoyé contra la pared y miré al cielo. Una raya blanca flotaba suspendida en el aire mientras un avión seguía su vuelo. Ivan tachó ruidosamente en el formulario, luego hizo una bola con el papel.

—Este no es el que necesito —dijo.

Hizo bolas con los papeles de dos formularios más antes de dar con el correcto. Después destrozó una etiqueta con la dirección cuando intentaba separar el papel de la pegatina, y tuvo que rellenar una nueva.

Le dije que no se preocupara, que no teníamos prisa.

Levantó la mirada y me sonrió.

—Es la segunda vez que le mando esto a ese tal Or-chid —dijo pronunciado la ch aspirada—. Me parece un incompetente total. Ahora tengo que enviárselo por FedEx. Necesito el billete cuanto antes, para poder tramitar el visado a Japón.

Miré el nombre en el albarán: Orchid Jones.

—Creo que es una mujer —dije.

—¿En serio? ¿Es Or-chid un nombre de chica?

—Orchid, orquídea. Es el nombre de una flor.

—Ah, ¿orquídeas? ¿Esas flores obscenas? Entonces estoy de acuerdo contigo en que Orchid Jones debe de ser una mujer.

Ví cómo rellenaba un cheque por una cantidad de 689,92 dólares. Lo escribió todo con mayúsculas, con una I arqueada como una C al contrario.

Sacó una tarjeta de crédito y empezó a copiar los números.

—Compré un billete de vuelta directo de Tokio a San Francisco —dijo—.

No volveré aquí. He enviado todas mis cosas al departamento de matemáticas de Berkeley. Ya deben de estar allí amontonadas en alguna oficina. Tendrán que quedarse con ellas todo el verano.

Esa idea pareció divertirlo.

Yo también intenté reírme. Cogí su cartera y miré su carnet de estudiante y su carnet de conducir. En ninguna de las fotos sonreía.

—¿Se parece a mí? —preguntó.

—¿Qué?

—¿Se parece a mí? ¿La fotografía?

Le respondí que sí. Añadí que, si no hubiera sabido que era él, me habría colado del todo.

—¿Qué? —dijo.

—Si no lo hubiera sabido, habría pensado que eras tú.

—¿Habrías pensado que era yo, en esa foto mía?

—Sí.

Frunció el ceño.

—Y ahora ¿quién crees que es?

—Olvídalo —repuse.

—Vale —dijo, y se le cayó la tarjeta de crédito.

Esta vez no me agaché a recogerla.

En la cola de la cantina cogí un cuchillo y un tenedor. Ivan me ofreció otro par de cubiertos. Me quedé mirando los dos cuchillos y los dos tenedores. En el bufet de ensaladas, Ivan se sirvió lechuga y tomates en un cuenco y los aliñó. Yo también me eché cosas en un cuenco, pero al final no era una ensalada, sino una colección de cosas aleatorias en un cuenco. En el dispensador de refrescos, la Coca-Cola light me salpicó furiosa sobre la muñeca.

Encontramos dos sitios vacíos en el otro extremo de una mesa con cuatro jugadores de rugby. Sus bandejas parecían ciudades futuristas, con vasos de leche y de Gatorade que descollaban como rascacielos blancos y fluorescentes.

El maíz en mi plato me recordaba a unos dientes. No me quitaba de la cabeza el cuento sobre monomanía de Poe, en el que la mujer sufre esa obsesión, y que al final resulta que trata sobre dientes.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Ivan.

—En dientes —dijo.

Miró mi bandeja intacta.

—¿Te hace daño la boca?

Ivan comió un plato caliente y luego un cuenco de gelatina. Se la tomó con un tenedor. No quería ser el tipo de chica que pierde el apetito por culpa de un chico, así que me comí unos cuantos garbanzos. Luego pensé: ¿por qué debería ser ese tipo de persona que come cuando no tiene hambre, solo para demostrar algo? Dejé el tenedor.

—¿Dónde están tus cosas? —preguntó Ivan.

—¿Mis cosas?

—Bueno, tu bañador, por ejemplo. Supongo que piensas ponerte un bañador.

—Ya lo llevo puesto.

—Ah, ¿debajo de la ropa? Ajá. ¿Y la toalla?

La toalla me la había olvidado. Me dijo que fuera a mi habitación a coger una, mientras él iba a buscar la moto y luego me recogía junto a la verja del campus.

En mi habitación, vacié la mochila y metí una toalla de playa y una camisa de cuadros. Miré alrededor y me pregunté qué más podía llevar. Vi a Einstein. Eso me recordó que tenía que coger un cepillo. No se me ocurrió nada más,

aparte de la toalla, la camisa y el cepillo.

Cuando llegaba a la verja, oí unas pisadas fuertes detrás de mí. Me aparté. Algo saltó y aterrizó a mi lado.

—Acabas de pasar justo por delante de mí —dijo Ivan sin resuello—. Te he gritado, te he llamado por tu nombre.

Pensé que Eunice tampoco le había oído antes. No era su mejor día para atraer la atención de las chicas.

La moto era de color amarillo canario. Ivan me entregó un casco. Cuando me vio manipular la hebilla con torpeza, me lo quitó de las manos, apretó la correa, me lo volvió a poner en la cabeza y me enganchó la hebilla por debajo del mentón. Se puso el casco, con una visera transparente sobre la cara, y me indicó dónde tenía que sentarme. Me dijo que me agarrara a él, que si nos inclinábamos en una dirección no me preocupara ni intentara ladearme hacia el lado contrario, sino que hiciera lo mismo que él.

—El consejo más importante que te doy —repitió— es que te agarres muy fuerte a mí. Así no te caerás.

Asentí. No se me había ocurrido que uno pudiera caerse. Me subí detrás de él, mirando al suelo y esperando no ver a nadie que conociera.

Arrancó el motor y nos alejamos del bordillo. Resultaba asombroso moverse por el mismo suelo por donde solía caminar, pero sin esfuerzo, y mucho más rápido.

—Deberías agarrarte a mí más fuerte —dijo Ivan por encima de su hombro, cogiendo más velocidad.

Llevaba una camisa amplia de color naranja oscuro que le había visto a menudo, sin pensar que algún día llegaría a tocarla. Le puse los brazos suavemente alrededor de la cintura y traté de reducir al mínimo el contacto

físico. La idea de agarrarme a él era impensable y equivocada, como coger en brazos a un animal salvaje.

Después de un rato, sin embargo, la sensación de incomodidad desapareció y solo sentí la alegría pura y primitiva de ir a tanta velocidad. Cuando Ivan cogió la autopista y subió de marcha, no pude evitar reírme. Hacía tanto viento que empecé a inquietarme por mis lentes de contacto, así que miré hacia abajo, hacia el asfalto que pasaba a toda prisa debajo de nuestros pies. De vez en cuando levantaba la vista para vislumbrar un hotel o una gasolinera. Cada vez que Ivan se echaba hacia atrás, nuestros cascos entrechocaban.

Lo primero que se veía al llegar al lago Walden era una réplica de la cabaña en la que había vivido Thoreau. Ni a escala real ni en miniatura, solo un poco más pequeña de lo normal, como la sección de tallas pequeñas de unos grandes almacenes. Por la ventana vimos una pequeña sartén sobre una pequeña estufa de leña, una pequeña caña de pescar, una pequeña silla y una pequeña mesa y, sobre esta, una pequeña lámpara y un pequeño manuscrito, presumiblemente *Walden*, pero un poco más pequeño.

—Se ve que Thoreau era bastante bajito —dijo Ivan.

—Eso, o era demasiado tacaño para construir una casa de tamaño normal.

El agua era de un verde claro, rodeada de colinas boscosas. En una playa de arena, unos críos chapoteaban con unas alas hinchables amarillas mientras sus madres tomaban el sol. Era extraño pensar que esa escena formaba parte de sus infancias. Ivan dijo que le parecía que podríamos encontrar un lugar menos concurrido. Le seguí y saltamos una valla, donde un cartel advertía que estaba prohibido caminar por la ladera porque causaba erosión. Subimos por allí hasta adentrarnos en el bosque. Caminamos por una especie de sendero tallado como una repisa en la colina.

—Oye, espera, tú eres americana —dijo Ivan de repente—. ¡Seguro que has leído su libro! ¿De qué va la historia, la del tal Thoreau?

—Lo leí en el instituto. Ya no me acuerdo muy bien.

Se rio.

—Porque para ti el instituto fue algo que ocurrió hace mucho tiempo.

—Fue en segundo. ¡Hace tres años!

—Está bien, de acuerdo. Y, cuando lo leíste hace tres años, ¿te gustó?

Thoreau, como personaje, no me había parecido el más simpático del mundo: por cómo había despreciado a Emerson, y por cómo luego había utilizado el dinero de este último para construirse una cabaña.

—Recuerdo que decía que los egipcios habían desperdiciado el tiempo construyendo las pirámides, porque deberían haber tirado al faraón al Nilo como a un perro —dije—. Escribió que los esclavos egipcios deberían haberle sorbido todo el tuétano a la vida.

—Perdona, no te he oído... ¿qué dices que deberían haber hecho?

—Sorberle todo el tuétano a la vida —respondí en voz alta.

—Ajá, vale. Así que era una especie de comunista. ¿Y cómo terminó aquí, en el lago?

—Quería apartarse de la sociedad y experimentar la vida plenamente, construir una casa con sus propias manos. En el libro menciona el precio de cada clavo y de toda su comida, para demostrar lo sencillas que son sus necesidades. Una mujer le ofrece una estera, pero él no la acepta.

—Perdona, ¿qué le ofreció la mujer?

—Una estera.

—¿Una estera? ¿Por qué quería darle una estera?

—Ni idea —dije—. Supongo que sentiría pena por él.

—Ajá, vale. Continúa. Ella quiso darle una estera, pero él no la quiso.

—Sí. Dijo que le ocuparía demasiado espacio.

—¿Era una estera grande?

—Ni idea —respondí—. No creo.

Llegamos a un claro entre los árboles. Más allá se extendía una playa de guijarros más pequeña y completamente desierta. Parecía tan limpia, clara y perfecta, como una metáfora de algo.

—¿Te parece un buen lugar? —preguntó Ivan.

—Sí.

—Vale. Cambiémonos.

Se alejó colina arriba y desapareció entre los árboles. Yo subí un poco en otra dirección. Me senté en una roca y me quité los zapatos. Durante un rato me quedé sosteniendo un zapato con la mirada perdida. Luego me quité la camiseta y los calcetines. Me dejé los vaqueros sobre el traje de baño y caminé cuesta abajo. Ivan llegó corriendo con unos vaqueros cortados, los pantalones echados sobre el hombro, y saltó de la pendiente al sendero.

Dejamos las bolsas en la playa. Me quité los vaqueros.

—Ya me estaba preguntando si podrías nadar con los vaqueros —dijo Ivan.

Nos adentramos en el lago. Unos pececillos translúcidos nadaban alrededor de nuestros tobillos. Estaban tan vivos. Dentro de esos cuerpecitos había pura vida, casi no había lugar para nada más. El sol estaba bajo y soplabla la brisa. El agua estaba helada. Me sentí paralizada ante la idea de tener que meterme. Luego me decidí y me zambullí. Sentí cómo se me tensaba toda la piel, y me di cuenta de que rara vez eres consciente de todo tu cuerpo, como una superficie continua.

—Deberías meterte —exclamé jadeante, casi sin voz a causa del frío—. Está deliciosa.

Ivan parecía otro sin gafas y con el pelo mojado. Le dije que era como la primera vez que ves a un perro peludo cuando está empapado.

—¿Así que en tu analogía soy un perro peludo? —preguntó.

—Sí. Aunque creo que en muchos aspectos no pareces un perro peludo.

—¿Entonces no me parezco a un perro peludo? Ahora estás hiriendo mis sentimientos.

Nadamos el uno al lado del otro en dirección a la orilla opuesta y nos contamos cómo habíamos aprendido a nadar: yo en un campamento de verano en Nueva Jersey, él con sus padres en el lago Balatón. Ivan me preguntó por el campamento. Quería saber cómo era. Yo le pregunté por el lago Balatón. Me dijo que su familia solía ir allí todos los años, pero que ahora estaba demasiado abarrotado.

—No como aquí —dijo—. Apuesto a que ahora debe de haber unas dos personas en todo el lago. Incluidos nosotros.

—¿Dos personas incluidos nosotros?

—Así es.

Los árboles se recortaban con extraordinaria nitidez contra las nubes nacaradas y oscuras, y el agua era tan cristalina que se veía el fondo. Ivan me preguntó qué profundidad pensaba que habría. Se sumergió y desapareció durante lo que pareció mucho rato.

—¿Has tocado el fondo? —pregunté.

—No.

Lo intentó de nuevo, alzando los brazos por encima de la cabeza y sumergiéndose en posición vertical. Yo me puse a flotar sobre mi espalda, mirando al cielo.

—¿Sabes tumbarte boca arriba y mirarte los dedos de los pies? —preguntó Ivan desde una distancia incommensurable.

Miré alrededor. Estaba justo a mi lado.

—No sé —contesté—. No mucho rato.

—Mi padre sí sabía. Cuando yo era pequeño, él se tumbaba boca arriba y estiraba los dedos hacia fuera a la vez que decía: «Apuesto a que no sabéis

hacer esto». Mis hermanas y yo nos esforzábamos mucho, pero tenía razón, no sabíamos. Según él, era porque no éramos lo suficientemente listos. Y yo me enfadaba muchísimo. —Se rio y luego me miró—. Deja de intentarlo, es imposible. Era solo porque mi padre estaba muy gordo. Por eso podía hacerlo.

Volvimos a la orilla. Un pato se cruzó plácidamente en nuestro camino, dejando una estela en forma de V. Ivan dio unas cuantas brazadas justo detrás de él.

—Ehhh —exclamó. Y sonó tan humano y a la vez tan parecido a un pato que no pude evitar reírme—. Este pato solitario en un lago vacío... es como si fuera a evolucionar en otra cosa.

Estuve de acuerdo en que el pato tenía aspecto de pionero.

—Los siguientes seremos nosotros. ¿A qué crees que evolucionaremos?

—No lo sé —dije.

Me cuestioné por qué no dejaba de hacerme esa pregunta.

Cuando nos acercamos a la orilla, Ivan empezó a nadar más rápido, hasta llegar al borde del agua, y luego salió tambaleándose por la playa. Yo nadé más despacio y lo observé. Cogió su bolsa, luego pareció cambiar de opinión y cogió la mía, la abrió y sacó mi toalla. Me pareció extraño que él se hubiera olvidado la toalla después de haberme recordado que tenía que llevar una. Además, ¿por qué se había dado tanta prisa en salir del agua para luego coger mi toalla? Llegué a la orilla y quise ponerme de pie para salir, pero hacía tanto frío que volví a meterme en el agua y esperé a que él terminara con mi toalla. Entretanto, Ivan se quedó simplemente allí, goteando y con mi toalla en la mano. Era una toalla de playa con un estampado de grandes relojes multicolores.

No parecía haber otra opción que salir del agua. Nadé hasta que la arena me raspó las rodillas, y entonces me levanté y chapoteé hasta la playa. Me acerqué a Ivan. Se puso detrás de mí. Me giré. Su mano tocó mi hombro. Me

aparté a un lado. Comprendí que estaba tratando de ponerme la toalla sobre los hombros. Asustada, me volví hacia él y le quité la toalla de las manos.

—Gracias —dije.

—No hay de qué. —De la bolsa del portátil sacó una toalla de baño azul y se puso a secarse la espalda. Me cepillé el pelo y me escurrí el agua. Ivan recogió su ropa—. No mires —dijo.

Me di la vuelta. Oí que abría la cremallera de sus vaqueros cortados. Me metí en el agua hasta los tobillos. Mis pies se veían blancos y fantasmales sobre los guijarros. Un banco de pececitos, esta vez negros, pasaron disparados como flechas en un asedio.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo Ivan detrás de mí.

Miré hacia la orilla opuesta.

—¿Lo estoy haciendo bien?

—Sí, lo estás haciendo mucho mejor que yo.

«¿Haciendo qué?», intenté preguntar, pero no pude.

Cuando dejé de oír ruidos de ropa, me di la vuelta, pero volví a girarme corriendo cuando vislumbré fugazmente que Ivan solo había metido una pierna en sus vaqueros. No podía coger mi ropa porque estaba detrás de él. Me enrollé la toalla a la cintura y miré al cielo.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó al cabo de un momento.

Volví a girarme. Estaba completamente vestido.

—No creo —dije, preguntándome por qué debería necesitar ayuda para ponerme mi ropa.

—Tal vez necesites ayuda para sujetar la toalla —sugirió.

—Para sujetar la toalla —repetí.

Deduje que estaba sugiriendo sostener la toalla a modo de biombo para que yo pudiera quitarme el bañador. Intenté imaginármelo. ¿Sostendría la toalla de algún modo alrededor de mí, o solo delante de mí? ¿Hacia qué lado miraría

yo? ¿Hacia dónde miraría él? ¿Y qué pasaba con los otros lados? Además, ¿qué importancia tenía, si allí no había nadie más aparte de él y los patos?

Le dije que me pondría la ropa encima del bañador.

—Es mejor que no hagas eso —dijo en un tono tan firme que me sorprendió.

—¿Perdona?

—Está húmedo, hace viento. Te enfriarás.

Me pregunté por qué me resistía tanto a la idea de que sujetara la toalla delante de mí mientras me quitaba la ropa. Al fin y al cabo, era yo la que estaba colada por él. Más tarde, cuando él se fuera, ¿no querría yo que volviéramos a estar allí, como en ese momento?

—Piénsalo —dijo—. ¿Qué diría tu madre?

Las lágrimas me anegaron los ojos. Mi madre se compadecería de mí.

—Quiero decir... Ella no querría que te resfriaras, ¿no? Tal vez se enfadaría conmigo si cree que te has resfriado por mi culpa.

—Yo... —intenté responder, pero no pude.

Miré al suelo.

—Está bien, está bien, Selin, como tú quieras —dijo.

En silencio, recogí mis vaqueros, mi camiseta y mi camisa de cuadros y me los puse encima del bañador mojado. Me senté en un tronco para ponerme los zapatos. El sol atravesó las nubes y las tiñó de naranja. Empezó a hacer un poco más de calor. Volvimos a la entrada para poder ir al baño. Un letrero advertía que estaba prohibido tirar el papel higiénico al inodoro, que consistía básicamente en una tabla con un agujero, ni siquiera se podía tirar de la cadena.

—¿Quieres volver ya? —preguntó Ivan cuando salí.

—¿Tienes que volver ya? —repuse.

—Aún no. Todavía tenemos tiempo de ver la puesta de sol.

Saltamos de nuevo por encima de la valla y seguimos andando una cantidad

de tiempo ridículamente largo, pero no encontramos el sol.

—No te preocupes, lo encontraremos —dijo Ivan—. Cuando menos, mañana por la mañana.

Pensé en lo maravilloso que sería caminar con él hasta la mañana siguiente. Sentía de veras eso, a pesar de que él me ponía los nervios de punta y no nos oíamos bien y no dejábamos de preguntarnos «¿Qué?» todo el rato. Justo en ese momento vimos el lago y la temblorosa yema derretida del sol suspendida sobre el agua. Nos sentamos en un tronco y contemplamos cómo se hundía en el horizonte.

—¿Sabes que te he traído un libro? —preguntó Ivan.

—No.

Abrió la cremallera de su bolsa y sacó un fino librito verde de la biblioteca. Eran cuentos de hadas, en ruso. El primer cuento se titulaba «La cabra no sé qué». Ninguno de los dos sabía qué clase de cabra era. Estaba claro que no había manera de escapar de las cabras. Inclínados sobre la primera página, desciframos que un comerciante tenía tres hijas. Se construía una casa nueva. La hija mayor iba a la casa y le pasaba algo. La hija menor también iba a la casa. Se sentía triste, dijo Ivan... Patética.

—¿Patética? —repetí.

Ivan sabía ruso mejor que yo; se había saltado un semestre y había empezado a ir a segundo de Lenguas Eslavas porque no había suficientes estudiantes inscritos a ese curso y, de lo contrario, se habría anulado.

Ivan asintió.

—Tal vez no patética, sino más bien desdichada.

Había oscurecido demasiado para leer. Ivan dijo que creía que la palabra húngara para «cabra» derivaba del turco. De hecho, las palabras eran similares. Luego comparamos los términos para «hierba», «vaca» y «cerdo». Eran diferentes. «Manzana» era igual, y también «bota».

—¿Cuántas palabras podríamos encontrar, si continuáramos? —preguntó Ivan.

—Muchas, ¿no crees? Quiero decir, sabemos muchísimas palabras.

—Bueno, solo contaríamos las que coincidieran.

—¡Ah! Entonces no sé.

Volvimos al aparcamiento. Empezó a oscurecer cada vez más y más rápido.

No había autoservicio en la gasolinera, así que paramos en el área de servicio completo y bajamos de la moto. Un chico flaco y pecoso se acercó a nosotros. Ivan leía los precios de la gasolina. La mirada del chico se cruzó con la mía. Al instante entendí que tenía la misma edad que yo, y supe que él también lo sabía. Ivan desenroscó el tapón del depósito de gasolina. El chico descolgó el dispensador y se lo pasó. Observamos cómo Ivan llenaba el depósito.

—Bonita moto —observó el chico.

—Gracias.

—¿Yamaha?

—Suzuki.

En el depósito de gasolina estaba escrito SUZUKI.

—Ajá.

El chico cogió el dinero de Ivan y regresó a la gasolinera.

—Un servicio realmente fantástico —comentó Ivan, y arrancó el motor.

Cuando volvimos a Cambridge eran, según el reloj del banco, las 8.40. Fuimos al comedor del edificio de Ivan. Como era época de exámenes todos los comedores estaban abiertos hasta tarde. En una mesa cerca de la puerta, dos estudiantes se habían desplomado sobre sus libros, dormidos o quién sabe si asesinados. En un rincón, una chica miraba con ferocidad indescriptible un montón de tarjetas de aprendizaje, como si quisiera comérselas.

En una mesa cerca de la máquina de agua caliente yacían los restos de un pastel deshecho, con unas palabras en cursiva aún legibles: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS A TODOS LOS NACIDOS EN MAYO! Junto al pastel había una cesta de plátanos. Nos sentamos a una mesa con dos tazas de té y unos plátanos. Ivan me contó que una vez en un café de Budapest, estando con su novia, un camarero arrogante no le dejó pedir en húngaro.

—Insistió en hablarle en inglés a mi novia. Estaba muy orgulloso de su inglés. Ella no entendió ni una palabra de lo que él le estaba diciendo, pero aun así no se rindió.

Dimos sorbos al té y miramos por la ventana.

—Una cosa que no entiendo de ti —dijo Ivan— es hasta qué punto te sientes estadounidense o turca. ¿Qué sensación tienes cuando estás en Turquía? ¿Te sientes diferente?

—Me siento como una niña.

—Como una niña, ¿eh? Tiene que ser terrible para ti.

—Aprendí turco a los tres años, así que no tengo mucho vocabulario. No puedo hablar de nada —añadí—. ¿Y tú? ¿Te sientes diferente cuando estás en Hungría?

Ivan movió su taza de papel en varias direcciones, como si fuera un rey en jaque. Dijo que la gente en Hungría era más sincera. Si pensaban que estabas haciendo algo estúpido, te lo hacían saber de inmediato. Los estadounidenses eran educados y distantes, como si hubiera burbujas que nos separaran a unos de otros.

—Nunca sabes si le gustas a alguien de verdad —comentó—. No puedes aproximarte a nadie. Están todas esas barreras.

—Barreras —repetí.

—Sé que es un cliché sobre Estados Unidos: «¡Oh, es tan impersonal! ¡Me siento un número más!». Pero no me refiero a eso. Tampoco estoy diciendo

que las cosas sean mucho mejor en Hungría. En general, creo que el aislamiento es algo bueno. Agradezco que la mayoría de la gente no se acerque demasiado a mí. En Hungría enseguida empiezan a hablarte de tonterías. —Se calló un rato, aparentemente pensando en todas las historias estúpidas que le habían contado en Hungría—. Por supuesto —continuó—, eso *también* te hace sentir más protegido. En Hungría me siento más vulnerable.

—Entiendo —respondí—. Así que aquí te sientes más *invulnerable*.

—Bueno, tal vez no sea tan simple como eso.

Me acabé el té y metí las dos cáscaras de plátano en la taza vacía. Afuera, la luz del semáforo se puso en verde. Un motorista con el faro trasero parpadeante pasó a toda velocidad a lo largo del río. Cuando volví a mirar a Ivan, me estaba observando.

—Tengo que irme —dijo.

—Está bien —respondí. Estaba segura de que algo había llegado a su fin y eso no me entristeció, sino que sentí alivio—. Gracias —añadí.

—¿Qué?

—Gracias, por lo de hoy. Me lo he pasado muy bien.

—Vamos, Selin. Soy yo quien debería darte las gracias. Yo sí que me lo he pasado bien. —Empujó la silla hacia atrás y se levantó—. Y ahora tienes que irte a casa a quitarte ese bañador mojado.

Nos alejamos del río, pasamos junto a su moto aparcada, en dirección al patio. Cuando llegamos a Quincy Street, Ivan giró a la izquierda y yo continué recto. Estaba oscuro, y me paré un momento en el cruce y lo miré. Parecía tan libre mientras caminaba un tanto encorvado, con la camisa revoloteando ligeramente detrás de él. Cuando crucé la calle junto al banco, el reloj marcaba exactamente las 9.20.

El día siguiente, viernes, pareció el principio de una nueva era. Hannah tenía exámenes todo el día, así que me puse a trabajar en la sala común en mi trabajo de filosofía sobre los enunciados de acción. Nadie sabía cómo expresar en notación lógica esos enunciados. Donald Davidson consideraba que la acción era un extra invisible que se escondía en el enunciado. Y que había que llamarla x . Leí y releí los ejemplos.

Volé en mi nave espacial hasta la Estrella de la Mañana.

$(\exists x)$ (Volé (yo, mi nave espacial, x) & (hasta la Estrella de la Mañana, x))

¿Funcionaban así las naves espaciales?

El teléfono no dejó de sonar.

Primero, un chico de mi universidad me llamó para preguntarme si conocía ese artículo en el que P. F. Strawson decía que la parafraseabilidad de los términos singulares no implicaba necesariamente que se pudieran eliminar los términos singulares de una lengua.

—Veo con tanta claridad ese pasaje —dijo—. Como si fuera un manuscrito, como en fuente Courier. Incluso veo ante mis ojos el párrafo que estoy buscando. Se encuentra en el extremo inferior izquierdo de una página par.

—Si lo ves tan claramente, ¿por qué no lees la imagen?

—No funciona así.

En cuanto colgué, el teléfono sonó de nuevo.

—¿Hola? —dije.

Me recordé a mí misma que no podía ser Ivan, porque sabía que Ivan no volvería a llamarme.

—¡Oh, Oleg!

—¡Ralph! ¿Cómo te fue química?

—Digamos que, pensándolo bien, no es para tanto eso de ser médico. Es tan terriblemente burgués...

—Y que lo digas. Y esas batas blancas... qué raro es vestirse de ese color cuando no es verano.

—En cambio, me fascinan esos uniformes quirúrgicos de color verde jade.

—Quizá, como indumentaria de tarde, esos aún podrían pasar.

—¿Comentamos los modelitos durante la cena?

—¿Dentro de una hora? Aún no he acabado el trabajo.

—¿El de filosofía! Soy un desconsiderado, ni siquiera te lo he preguntado ¿Qué tal lo llevas?

—Bueno, digamos que tengo que añadir palabras.

Cinco minutos después de colgar, el teléfono sonó de nuevo. Era un tal Jared que llamaba para preguntarme si votaría por él para no sé qué comité del que nunca había oído hablar.

—Entendido —dije, y colgué.

El teléfono volvió a sonar de inmediato.

—¿Qué? —espeté.

—¿Selin? —dijo mi madre.

—Oh, lo siento. Pensé que llamabas para pedirme que votara por ti para el Comité de Iniciativas Estudiantiles.

—No, querida, no quiero ser miembro del Comité de Iniciativas Estudiantiles. Estaba pensando en ti. Me preguntaba cómo te iban los exámenes, y cómo te iba con ese amigo tuyo húngaro.

Le conté una versión corta de lo que había pasado el día anterior.

—Creo que no volveremos a hablarnos —dije.

—¿Y qué harás cuando te llame?

—No me va a llamar.

—Por supuesto que lo hará. Los mujeriegos siempre vuelven a llamar. Esa es su mejor cualidad.

No dije nada. ¿Mujeriegos?

—Tarde o temprano volverás a hablar con él y, yo que tú, decidiría de antemano qué posición adoptar. Quiero decir, piensa por qué permitió que todo esto ocurriera. Probablemente solo quería hacer que te enfadaras.

—¿Que me enfadara?

—Quería asegurarse de que estás interesada en él.

—Pero él lo sabe desde hace tiempo.

—Bueno, tal vez deberías darle la satisfacción de enfadarte y ver cómo reacciona.

Intenté tragarme el nudo que se me había hecho en la garganta. Oí ruidos de fondo al otro extremo de la línea. Un cajón metálico cerrándose.

—Sí, lo he hecho. Tienes toda la razón —estaba diciendo mi madre—. Voy enseguida. Lo siento, tesoro —me dijo—. Acaba de llegar al laboratorio alguien con quien tengo que hablar. Te llamaré mañana. Si no te localizo, llámame tú.

—Vale.

—¿Me lo prometes?

—Prometido.

—Bien. Y no dejes que nada de esto haga bajar tu tasa de buen humor. Piensa en Tamerlán.

Cuando mi madre era pequeña, mi abuelo solía consolarla recordándole que podían ser descendientes de Tamerlán.

—Está bien —respondí, aunque no veía cómo Tamerlán podía ayudarme en algo.

—Recuerda que tienes un corazón y una cabeza grandísimos, y que hagas lo que hagas estará bien. Adiós, cariño. Y no te olvides de comer mucha fruta.

El teléfono sonó de nuevo. ¿Y si realmente fuera Ivan y tuviera que darle la

satisfacción de mostrarme enfadada?

—¿Hola?

—Eh —dijo Lakshmi—. ¿Qué haces esta noche?

Noor iba a pinchar en la fiesta de cumpleaños de una especie de bróker en un club de Boston. Sonaba horrible, pero aun así era mejor que quedarme sentada al lado del teléfono y fingir que estaba haciendo ese trabajo mientras me preguntaba si Ivan me llamaría, lo cual, al parecer, era lo que mi estúpida cabeza tenía previsto para mí.

—No tengo carnet —respondí.

Según Lakshmi, eso no sería ningún problema. Me explicó que no era muy difícil entrar en esos sitios, lo único que tenía que hacer era vestirme como una mujer atractiva.

—Oh —dije.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Lakshmi—. Eres una mujer. Puedes vestirme de forma atractiva. Isabelle va a comprar tequila y yo ya tengo la sal. Probablemente me deprimirá ver a Noor con otras mujeres, así que podemos tomar chupitos de tequila y desahogarnos contándonos nuestras penas. ¡Finalmente descubriré todos tus secretos!

—Genial —dije, preguntándome para qué serviría la sal.

Después de colgar, me quedé mirando a Einstein unos minutos y esperé a que el teléfono volviera a sonar. No sonó. Releí la última frase que había escrito en mi trabajo. No quedaba muy clara. ¿Cómo podría aprovechar esa falta de claridad para alargar el texto?

«En otras palabras», tecleé.

Pero me costaba enormemente concentrarme en los enunciados de acción, así que empecé a preguntarme por Eunice, qué estaba estudiando, cuántos años tenía, si también estaba terminando la carrera, si se iba a mudar a California. Minimicé la ventana del WordPerfect, abrí Netscape y busqué el nombre

«Eunice» en el directorio de la universidad. Había once. Todas ellas parecían tener la capacidad de hacerme sentir como un trapo.

Lakshmi llevaba un top negro de tirantes, una falda de cuero y botas con tacones de aguja. Sus labios pintados se veían tan brillantes y húmedos como sus risueños ojos negros delineados con kohl. Estaba increíblemente guapa.

Esperamos en la entrada del campus un buen rato a Isabelle, la mejor amiga de Noor, que al parecer era francesa, supersexy, brillante y sofisticada, pero también muy dulce y protectora. Isabelle apareció finalmente. Parecía más joven de lo que me había imaginado, y llevaba una chaqueta blanca y suave. No había podido traer el tequila.

—Me siento fatal —dijo con acento francés.

—No pasa nada —repuso Lakshmi.

Se dieron un beso. Isabelle llamó un taxi para ir a la inauguración de la galería de un amigo de su madre. Mientras caminábamos hacia la parada de metro, Lakshmi habló casi con desesperación de la chaqueta de Isabelle, de lo bonita que era y cómo demostraba que Isabelle sabía caminar sin esfuerzo por la delgada línea entre lo sexy y lo angelical. Junto a la entrada de la estación un hombre barbudo y de aspecto descuidado cantaba canciones folk. Al cruzar la calle, vi que Ivan y Eunice estaban entre la multitud que se había detenido a escucharlo. Ivan tenía en la mano el casco de la moto, Eunice el de la bicicleta. Parecían completamente absortos en la música. Al acabar la canción, no aplaudieron ni hicieron ademán de irse.

—¿Y bien? —preguntó Lakshmi en el andén del metro—. ¿Cómo está tu hombre misterioso?

—Acabamos de pasar por su lado —dije—. Estaba con su novia.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Afuera. Estaban escuchando a ese tipo de la guitarra.

Lakshmi quiso subir corriendo para echar un vistazo, pero no podía permitirse comprar otro billete de metro, siempre iba escasa de efectivo.

—No puedo creer que estuviera ahí —repetía—. No puedo creer que realmente exista. Nunca me cuentas nada de él.

Lakshmi siempre me hacía preguntas sobre Ivan a las que yo no sabía qué contestar: si era muy atractivo, si era muy inteligente, si vestía bien, a qué actor se parecía.

—Es muy alto —observé.

—Qué gran descripción viniendo de una escritora.

Le dije que no me recordaba a ningún actor.

—Supongo que esa es la razón por la que te gusta alguien —añadí—. Que tiene una...

—Una tipología propia —intervino Lakshmi. Era una de sus peculiaridades; adivinaba lo que ibas a decir y se te adelantaba. Lo cual no significaba que estuviera de acuerdo—. No, no lo creo —prosiguió—. Creo que tiene que encajar en un prototipo. El amor a primera vista solo es posible si reconoces cierta tipología. De hecho, siempre la estás buscando. Ya sabes, buscas a tu padre, a tu profesor de instituto... Alguien a quien hayas visto antes.

Un metro entró rugiendo en la estación, pero resultó que iba en sentido opuesto.

—¿Y cómo es su novia? —preguntó Lakshmi—. ¿Es atractiva? ¿Viste bien?

—No lo sé.

—Seguro que tienes una opinión al respecto.

—Sé que es raro. Pero francamente no lo sé.

—En términos relativos, ¿es más o menos atractiva que tú?

—Es la pregunta más deprimente que podrías haberme hecho.

—Solo intento ayudarte a hacer un pronóstico.

—El pronóstico puedo dártelo yo ahora mismo, en cuatro letras —dije—. Malo. El pronóstico es malo. No importa cuál sea mi aspecto. Aunque me pareciera a Juliette Binoche, daría lo mismo.

—Juliette Binoche no tiene un cuerpo bonito. Por supuesto, tiene una cara angelical, pero ¿has visto alguna vez sus piernas? —Lakshmi se quedó en silencio un rato—. Supongo que te refieres a que daría lo mismo si fueras espectacularmente guapa. —Se echó a reír—. ¿Por qué? ¿Por tu personalidad insoportable?

Aún nos estábamos riendo de mi personalidad insoportable cuando llegó el metro. El vagón iba tan lleno que no podíamos hablar. Permanecimos allí plantadas, agarradas a la barra del techo y balanceándonos sobre nuestros estúpidos zapatos. El metro emergió por un instante del túnel para cruzar un puente. Los cristales pasaron de ser espejos deformantes a ventanas por las que podías contemplar el mundo: estrellas, agua, luces, barcos.

Lakshmi le había pedido prestado su carnet a Denise, una estudiante de medicina india de veintiséis años y metro sesenta, que se parecía un poco a Lakshmi y casi nada a mí. Lakshmi le enseñó el carnet al portero. La dejó entrar. Luego me pasó el documento a hurtadillas por detrás de la cuerda de terciopelo. Se suponía que tenía que dar una vuelta por allí cerca y volver al cabo de diez minutos. Entré en un bar y pedí un café. En la mesa de al lado había un grupo de chicos paquistaníes.

—¿Eres paquistaní? —preguntó uno de ellos.

—No —respondí.

—¿Por qué mientes? Está clarísimo que sí lo eres.

—No lo soy.

—¿Por qué te avergüenza ser paquistaní?

—Soy turca —dije—. Solo nos parecemos.

—¿Por qué dices eso, te avergüenzas?

Dejé el dinero en la mesa, regresé al club y enseñé el carnet de Denise. El portero me dejó entrar.

La música latía como una función corporal. Enseguida vi a Noor, que estaba detrás de los platos, con los auriculares puestos. Sabía por Lakshmi que era muy atractivo y vestía muy bien. Le miré y traté de determinar cómo era un hombre atractivo y bien vestido. Llevaba barba de varios días y un pendiente.

A Lakshmi le brillaban los ojos. Me tocó la cintura y me señaló a un hombre. Me dijo que, si me acercaba y coqueteaba un poco con él, me daría éxtasis. Miré al tipo.

—Estoy bien —dije.

Las canciones de baile resultaron consistir en una frase que se repetía en bucle. Por ejemplo: «I miss you, like the deserts miss the rain». ¿Por qué un desierto echaría de menos la lluvia? ¿Por qué el desierto no podía ser un desierto, por qué algo no podía ser lo que era, por qué siempre había que echar algo de menos?

Algunos hombres bajitos y agresivos bailaban alrededor de Lakshmi, quien había encontrado la manera de integrar el rechazo a su baile, poniendo los ojos en blanco, sacudiendo la melena y girando sus hermosos hombros para evitarlos. Con mucha menos frecuencia, alguno de los hombres intentaba bailar conmigo. Yo asentía de forma mecánica y luego me daba la vuelta como si acabara de recordar que tenía algo importante que hacer. La cosa siguió así, eso era bailar. No dejaba de preguntarme por qué teníamos que hacerlo, y durante cuánto tiempo más.

El domingo por la noche, la tercera después de que saliéramos a nadar, encontré un mensaje de Ivan en el contestador. Tenía el mismo tono que siempre. Decía que llamaba para ver qué tal estaba. No sabía qué decirle.

Dejé de contestar el teléfono. Volvió a dejar mensajes el lunes y el martes. El martes era el último día de exámenes. Pasé el miércoles con mi primo segundo Murat, que estaba en Boston para asistir a un congreso de ingeniería. Le enseñé un poco el campus y luego vino a mi habitación para ayudarme a llevar algunas cajas al almacén. Mientras estaba precintando las cajas, sonó el teléfono.

—¿No vas a contestar? —preguntó Murat después del tercer tono.

Lo dejé sonar dos veces más y luego descolgué.

—Hey, Selin —dijo Ivan.

—Hey.

—¿Qué has estado haciendo?

—Nada.

—Pensé que estabas muy ocupada con algo. Te he llamado varias veces.

¿Recibiste mis mensajes?

Asentí.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí.

—Bueno. He pensado que estaría bien volver a verte. ¿Tienes algo que hacer esta tarde?

—Mi primo está aquí.

Hubo un silencio.

—¿Va todo bien?

—Sí. Ahora no puedo hablar.

—Entonces será mejor que cuelgue.

—Vale.

—Adiós.

—Adiós.

Murat y yo fuimos a comer a un restaurante indio, luego él se fue a su hotel y yo volví a casa y encontré un correo de Ivan. Empecé a llorar en cuanto vi el asunto del mensaje: adiosselin.txt.

Querida Sonia, escribió. No volveré a intentar hablar contigo. Si hay algún malentendido del que quieras hablar, estoy dispuesto a hacerlo. Si hay algún malentendido que no quieras abordar, también me parece bien. Había pensado mucho, decía, en si debía seguir viéndome o no. Últimamente había estado muy metido en el existencialismo. Según los existencialistas, no se podían tomar decisiones basándose en normas y códigos preexistentes, que siempre eran demasiado generales para un caso específico. Más bien, cada decisión que tomabas te creaba. La decisión (existencia) viene primero, y crea la esencia.

La decisión de Ivan de quedar conmigo había creado algo que él pensaba que era bueno. Pero siempre había sabido que era más difícil para mí. Siempre había intentado asegurarse de que no me forzaba o presionaba a hacer nada. Esperaba que no me echara para atrás en lo de Hungría, porque el país era lo suficientemente grande para que dos personas no tuvieran que verse si no querían. Tienes que superar lo de ese Vania y esos sueños descabellados sobre átomos, chispas, relojes Rolex y todo lo demás, concluía. Intentemos no crear destrucción, sino crecimiento y vida para el futuro.

Empecé a dar vueltas por la habitación, aturdida por el dolor. No sabía qué hacer conmigo misma. No tenía ni idea de cómo iba a disponer de mi cuerpo en el espacio-tiempo, cada minuto de cada día, durante el resto de mi vida. No entendía cómo a Ivan podía parecerle bien el no volver a verme, o por qué actuaba como si hubiera sido idea mía, o si no debía ir a Hungría, o qué iba a hacer allí sin él. Pero aún más doloroso e incomprensible era que, sin previo aviso y sin motivo alguno, se hubiese retractado de lo que había dicho sobre el átomo: que podía emerger y jugar, ser una chispa loca y acostarse en su uña. Él

me había llamado y ahora me echaba, me enviaba a una montaña, como hacía mi abuelo para ahuyentar el dolor de barriga.

Me parecía tan imposible que por un momento pensé que me estaba imaginando que él había dicho esas cosas antes. Pero busqué sus correos y allí estaban, claros como la luz del día.

Creo que tu átomo nunca volverá a la paz, a los cereales o las rocas o nada por el estilo. Una vez que ha sido seducido no hay vuelta atrás.

El átomo seducido posee energías que seducen a la gente y rara vez se pierden.

Os invoco, palabras, oh, estrellas mías.

Sin ti no hay nada.

Luego volví a leer lo que me acababa de escribir, que tenía que superar mis sueños locos y descabellados, renunciar a la destrucción y construir una vida para el futuro. Lo que estaba diciendo era que tenía que marcharme para que *él* pudiera construirse una vida para el futuro. Quería decir: desaparece y conviértete en nada. Mi mente no alcanzaba a entender tanta perfidia. Simplemente no parecía haber ningún motivo para ello.

Le respondí inmediatamente. Escribí cosas terribles, las peores que se me ocurrieron. Le llamé director de cine. Al final, copié en el correo electrónico las frases que me había escrito antes, las frases que me habían conmovido tanto y de las que ahora se había retractado de manera tan desconcertante, y luego presioné Enviar. Todo había acabado.

SEGUNDA PARTE

JUNIO

Al día siguiente de mi decimonoveno cumpleaños, mi madre me llevó en coche a la terminal de Pakistan Airlines, anexa al JFK: una construcción estrecha y provisional con ventanas polvorientas, donde también estaba Air Poland. El logotipo de Air Poland era una especie de pájaro escuálido de aspecto desnutrido. Siempre leo mal los letreros. CONFÍE SOLO SU EQUIPAJE AL PERSONAL DESINFORMADO. Veía a Ivan por todas partes. Una mujer alta y angulosa con un maletín, la escalera cromada de un obrero. Pasar por el control de seguridad era como morir: había que despedirse de todo el mundo, convertirse en un nombre en un papel y entregar el dinero, el reloj y los zapatos.

—Estoy tan contenta de que vayas a París —dijo mi madre, y vi lágrimas en sus ojos.

Ella nunca había estado en París, pero mi abuela sí, de joven, y se la había descrito como la ciudad más bella del mundo.

Iba a pasar dos semanas con Svetlana y una pareja de amigos suyos del instituto, Bill y Robin. El cuarto miembro de la expedición, Fred, había obtenido inesperadamente unas prácticas en Merrill Lynch, y Svetlana no quería ir de carabina, así que me pidió que los acompañara. Me dijo que era la única persona a quien habría podido pedírselo con tan poca antelación: la única en su círculo de amistades que hacía ese tipo de cosas.

—Podrías ser mi carabina por Europa, como en una novela —añadió—. Y desde allí irte a Hungría.

Nos alojaríamos todos en el apartamento de la tía de Svetlana, frente al

Museo de Orsay. El padre de Fred, un corredor de divisas, les había reservado cuatro plazas de clase turista en el vuelo transatlántico más barato: el primer tramo de un vuelo de Pakistan Airlines con destino a Islamabad. Svetlana puso el billete de Fred a mi nombre, y asunto arreglado.

El vuelo llevaba un retraso de dos horas. Era la primera vez que estaba sola en la terminal de vuelos internacionales y deambulé un rato por allí, leyendo mi horóscopo en las revistas y curioseando en todas las tiendas. En Brookstone vendían un «secador silencioso» que te permitía hablar por teléfono mientras te secabas el pelo, sin que se diera cuenta tu interlocutor. Finalmente, cuando ya no parecía tener sentido demorarlo más, me subí a la cinta transportadora.

La puerta de embarque estaba ubicada en una sala cerrada y acristalada, con otro control de seguridad. Mientras esperaba a pasar por el detector de metales, miré a través de los cristales y busqué a Svetlana entre la muchedumbre. A ella no la vi, pero sí a un doble de Ivan: al parecer, había uno en cada sala. Esta vez llevaba el pelo cortado a cepillo.

En cuanto pasé el control de seguridad, vi a Svetlana. Estaba sentada en una hilera de asientos giratorios de color naranja junto a una atractiva pareja de aspecto muy americano.

—¡Selin! —gritó, rodeándome el cuello con los brazos y besándome en la mejilla.

—¡Selin! —la imitó Bill, y él también me abrazó y me besó.

—Pensaba que ya no vendrías —dijo Svetlana—. Contigo nunca se sabe. habríamos podido recibir noticias tuyas desde Brasil, dentro de unas semanas. Bill y Robin no dejaban de señalar a chicas y de decir «Debe de ser esa», y luego resulta que era una chica de aspecto supernormal con coleta y botas de

montaña.

Svetlana y yo fuimos al baño. Pasamos justo por detrás del doble de Ivan, que estaba esperando en una especie de cola, hablando con una chica rubia de melena vaporosa.

Estábamos tan cerca que alcancé a leer lo que estaba escrito detrás de su camiseta. Ponía HARVARD MATHEMATICS 1995-96, seguido de varias columnas de nombres. El nombre de Ivan, «Ivan», aparecía en la última.

—¡Ah...! ¡Hola! —dijo Svetlana.

«Ivan» no se dio la vuelta, pero la chica rubia sí.

—Eh, Svetlana —respondió despacio, como si tratara de entender algo.

—¿Conoces a mi amiga Selin? Selin, esta es Emery. Ella también estudia ruso.

Nos dimos la mano. Emery tenía los ojos muy azules y una cara pálida con una mancha rosada redonda en cada mejilla.

«Ivan» se volvió a medias hacia nosotras. Salvo por el corte a cepillo, se parecía mucho a Ivan, incluso en los lóbulos de las orejas. Pero Ivan había dicho que se marcharía a Budapest después de graduarse, y la ceremonia de graduación ya había sido. Unos días atrás, había volado de Boston a Budapest. Por eso era imposible que ahora fuera a subirse a un avión en Nueva York con rumbo a París o a Islamabad.

—Vamos al baño —propuso Svetlana.

—Ah —dijo Emery, con la misma voz pensativa.

—Estoy hecha polvo. Ni te lo imaginas —soltó Svetlana en cuanto la puerta del baño se cerró detrás de nosotras.

La semana anterior, cuando empezaron las vacaciones después de los exámenes, Robin —que era una de las amigas que Svetlana tenía desde hacía más tiempo— se había ausentado de la ciudad, y Bill —que era muy competitivo y por quien Svetlana siempre había sentido cierta atracción sexual, desde mucho antes de que Robin y él empezaran a salir— iba todos los días a su casa a jugar al ajedrez con el padre de Svetlana y a tenis con ella. Svetlana entró en uno de los cubículos y oí que cerraba el pestillo. Una noche, Bill le había dicho algo increíblemente ofensivo en el coche. Desde el cubículo, me repitió sus horribles palabras.

El inodoro emitió un rugido agónico. Svetlana se lavó las manos y cogió tres toallitas de papel.

—Sasha sabe cómo tratarlo. «Billy», le dice, «tienes que parar de una vez con esas chorradas onanistas.» —Se secó las manos con esmero y tiró las toallitas—. ¿Qué piensas de Emery? Por alguna razón, siempre me impresiona mucho. Es idéntica físicamente a como me imagino a Nadja, la Nadja de André Breton. Un día la vi bajando muy despacio por Dunster Street, bajo una lluvia torrencial y sin paraguas: estaba empapada y se la veía fabulosa. Naturalmente, siendo como soy, yo llevaba impermeable y además paraguas. Intenté cubrirla con mi paraguas, pero ella se apartaba. Su pelo y su ropa estaban chorreando, completamente pegados a su cuerpo, con esos enormes ojos azules mirándome desde esa cara tan fina. Fue entonces cuando me dijo que se iba a París.

Cuando le preguntó cuáles eran sus planes allí, Emery se limitó a responder con aire absorto: «Voy a pasear perros». Svetlana quiso saber qué tipo de perros. Emery contestó: «No lo sé... Perros, sin más».

Reflexioné sobre todo ello.

—¿A qué clase de ruso va? —pregunté.

—Acaba de terminar segundo. ¿Por qué?

—Esa es la clase a la que iba Ivan —dije—. Me parece que el que está en la cola con ella es él.

—¿En la cola aquí, en el aeropuerto? ¿Ivan? Pero ¿cómo iba a saber él que ibas a coger este vuelo?

—No podía saberlo. Será una coincidencia. O quizá ni siquiera sea él.

—¿Puede ser que se haya enterado a través de la oficina de reservas?

Pensé en ello.

—Pero hasta hace solo dos días el billete no estaba a mi nombre.

—Es verdad. Cualquiera diría que tiene poderes sobrenaturales. ¿Por qué no le has dicho nada cuando hemos pasado por su lado?

—No estaba segura de que fuera él.

—No me digas que ya no te acuerdas de cómo es.

—Bueno, tenía el pelo demasiado corto.

Svetlana meneó la cabeza.

—Nunca te entenderé. ¿Sabes que el pelo se puede cortar? ¿Y que eso no altera tu identidad?

—Pero ¿y si no es él?

—Bueno, dejando aparte el pelo, ¿se parece a él?

No respondí al instante.

—Todo el mundo se parece a él —contesté al fin.

Svetlana puso los ojos en blanco.

—Un húngaro de dos metros que mira a todo el mundo como si intentara penetrar en el fondo de su alma, y tú piensas que todo el mundo se parece a él. Muy bien, este es el plan. Ahora vamos a salir. Yo voy a hablar con Emery y tú vas a saludar a Ivan. Si no es él, lo único que tienes que hacer es decir: «Lo siento, pensaba que eras otra persona». Sencillo, ¿no?

Antes de que me diera cuenta, estábamos yendo hacia ellos.

—Bueno, Emery —dijo Svetlana—, ¿dónde te vas a alojar en París?

—No lo sé.

Yo me puse al lado de Ivan.

—Hola —saludé.

No me miró.

—Feliz cumpleaños —dijo.

—No te había reconocido con ese corte de pelo.

Su rostro pareció ensombrecerse aún más.

—Por eso me corté el pelo.

Me pareció gracioso, pero él no se rio.

—No sabía que ibas a París —comenté.

—Y yo no sabía que ibas tú.

Luego nos quedamos callados.

—Bueno, nos vemos luego —dije.

—Supongo.

—Bueno, no ha ido tan mal, ¿no? —me preguntó Svetlana después.

—No lo sé. Parecía enfadado.

—Siempre piensas que todo el mundo está enfadado. Venga, no te desanimas. —Me pasó un brazo por los hombros—. He intentado tirarle de la lengua a Emery, pero ella no sabe nada. No tiene ni idea de qué está haciendo él aquí. Se han encontrado por casualidad en el aeropuerto.

—Ni siquiera sabe qué tipo de perros va a pasear ni dónde se va a alojar — señalé—. ¿Por qué iba a saber los planes de Ivan?

—Bueno, pensé que te animaría saber que al menos no se iban juntos a París. Quiero decir... Ella es muy guapa.

Volvimos con Robin y Bill. Bill no paró de hacer preguntas.

—¿Quién es ese chico? ¿Cómo se llama? ¿Es ese su nombre? ¿Está Selin colada por él? —Se volvió hacia mí—. ¿Por qué pones esa cara? Deberías alegrarte. En un avión, de noche, a miles de metros sobre el océano, puede

pasar cualquier cosa.

Nuestros asientos estaban todos en la parte trasera del avión, pero en diferentes pasillos. Ivan ya estaba sentado junto a la salida de emergencia, al lado de un tipo trajeado. Nuestras miradas se cruzaron. Yo no podía seguir avanzando porque un hombre bloqueaba el pasillo intentando meter en el compartimento superior un objeto grande envuelto en una colcha. Era obvio para todos, incluso para él, que el objeto era más grande que el compartimento, pero aun así siguió intentándolo.

—Creo que tenemos que hablar —dijo Ivan.

—Estoy en el 44K.

Finalmente, un auxiliar de vuelo se ocupó del objeto del hombre. Encontré mi asiento y empecé a leer *Madame Bovary*.

—¡Selin! —Levanté la vista. Era Svetlana, que acompañaba a un abuelito paquistaní cogiéndolo suavemente por el codo—. Este caballero es tan amable que ha aceptado intercambiar su asiento por el tuyo —dijo.

Yo no quería cambiarme de lugar. Pero el hombre sonreía y parecía muy orgulloso de su buena acción. Le di las gracias y seguí a Svetlana al otro lado del avión. Bill tenía el asiento de pasillo y yo el de ventanilla, con Svetlana en medio. Por alguna razón, Robin iba sentada justo delante de Bill. No podían verse ni hablar entre sí.

A Svetlana le daba miedo volar y nos cogió a Bill y a mí de la mano. Unas azafatas empezaron a mostrarnos cómo usar los cojines de nuestros asientos para flotar sobre el océano Atlántico. Los motores arrancaron. De los altavoces salió el canto de un muecín y apareció en la pantalla un hombre rezando, arrodillado en diagonal hacia el océano.

—¿Por qué ponen eso? —preguntó Svetlana.

—Para que si te mueres de repente no vayas al infierno —repuso Bill. Desafiando la normativa, levantó el reposabrazos—. Ven, apóyate en mí.

Svetlana cerró los ojos, me soltó la mano y se acurrucó contra Bill. El avión despegó finalmente con un creciente y ensordecedor rugido.

Al otro lado de la ventanilla, las luces de la ciudad se volvían cada vez más pequeñas. Eran las doce en punto de la noche. Poco después, solo había nubes bajo nosotros. El hombre que estaba delante de mí reclinó su asiento hasta tumbarse en mi regazo. Casi sentí ternura por él. Pasó el tiempo. Una azafata nos preguntó si queríamos comida americana o paquistaní. Yo pedí paquistaní.

—No queda —dijo la azafata—. Aquí tiene una comida americana.

Abrí la tapa de papel de aluminio y miré la comida americana. No tenía ni idea de lo que era. El hombre del asiento de delante empezó a removerse y a girarse. Su almohada cayó en mi postre. La espuma rosa trazó dibujos sobre la tela blanca. Parecían tener un significado. Vi un pájaro: eso significaba viajar.

Encendí la luz e intenté leer *Madame Bovary*. Había una frase que me impresionó mucho: «Con frecuencia, algún animal nocturno, erizo o garduña, salía de caza y movía las hojas, o se oía, de tanto en tanto, el ruido de una pera madura que se caía sola de las espaldas». Me recordó el vídeo musical de «Human Behavior», en el que a Björk la persigue un erizo gigante por el bosque.

Alrededor de las dos, vi aparecer a Ivan al otro lado del avión, mirando los números de las filas. Se detuvo en la 44. Observó muy atentamente al viejo paquistaní del asiento 44K.

Me desabroché el cinturón y metí *Madame Bovary* en el bolsillo del asiento de delante. Los cuerpos enredados de Svetlana y Bill me obstruían la salida al pasillo. Ivan se había alejado del abuelito paquistaní y se frotaba la nuca.

Le hice señas, pero no me vio. Encendí y apagué varias veces la luz del techo. Al final se acercó.

—Mi amiga me hizo cambiarme de asiento —dije.

Miró a Svetlana. Traté de pasar junto a ella sin despertarla, pero abrió los ojos y los clavó en Ivan.

—¿Qué? —preguntó Svetlana.

—Lo siento —dije—. Solo quiero salir.

Giró la cabeza y me miró.

—Oh —exclamó, y levantó las rodillas para dejarme pasar.

Ivan y yo andamos por el avión, buscando un lugar donde pudiéramos hablar. No lo encontramos. Finalmente nos quedamos delante de la puerta de los lavabos, apoyados en paredes opuestas.

—Pensaba que ya estarías en casa —comenté.

—Olvidas que tenía que graduarme —dijo—. Ahora ya tengo el título.

Le tendí una mano. Al cabo de un momento, la cogió. Miré hacia abajo. ¿Era realmente su mano, la mano con la que escribía, la mano con la que lo hacía todo? ¿Cómo era posible? De pronto me preocupó que llevara cogiendo su mano mucho rato y la solté.

—¿Qué has estado haciendo desde que te graduaste?

—Tuve que ir a Nueva York —respondió—. Alquilé un coche. Casi paro en Nueva Jersey. Pensé: Tal vez debería echarle un vistazo a ese lugar. Pero tú y yo no habíamos acabado muy bien.

Me miró.

—Entiendo.

—Por eso me fui directamente a Nueva York. Jugué al baloncesto en Brooklyn con unos húngaros. Eran realmente muy húngaros, incluso para un húngaro. Hicieron que me sintiera un forastero. Fue bastante aburrido. Además, no me gusta el baloncesto. La gente siempre piensa que se me da bien

porque soy alto. —Volvió a mirarme—. ¿Eres buena jugando al baloncesto?

—No.

—Yo tampoco.

Hubo un breve silencio. Le pregunté cuánto tiempo estaría en París. No respondió.

—Un día casi me dan una paliza —prosiguió—. En el centro. Iba a comprar un reproductor de cedés para el cumpleaños de mi hermana pequeña y el tipo quería estafarme. Intenté golpearle por encima del mostrador, luego él quiso saltar para pegarme, pero otro tipo lo detuvo.

—¿Cuándo es el cumpleaños de tu hermana?

—Me lo acabo de perder —dijo—. Me habría gustado estar allí. Casi nunca estoy en su cumpleaños.

—Pero ¿al final compraste el reproductor?

Asintió.

—Compré uno en otro lugar. Ahora está debajo de nosotros. —Señaló el suelo—. Junto con mi ejemplar de la revista literaria.

—¿Te quedarás mucho tiempo en París? —pregunté.

Pareció no oírme.

—Esas cosas sacan a relucir el sádico que uno lleva dentro —dijo—. Estaba allí, pensando en todas las maneras distintas de arrancarle las entrañas a aquel tipo.

Me quedé en silencio. ¿Por qué llevaba un sádico dentro? ¿Y por qué no quería decirme cuánto tiempo iba a quedarse en París? Decidí intentarlo de nuevo.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en París? —pregunté.

—¡No lo sé! —respondió—. Tres o cuatro días. Pero ¿no se supone que estás muy cabreada conmigo? ¿Y no se supone que yo tendría que estar muy dolido? ¿No es así?

—¿Qué?

—Se supone que yo debería estar muy dolido por tu último correo. Y tú muy cabreada conmigo. No deberías estar aquí de cháchara conmigo.

Sabía que la expresión «estar de cháchara» la había aprendido de mí. Y sabía que tenía razón. Debería estar enfadada con él. Pero estaba tan contenta de verlo. Me resultaba imposible ocultar lo feliz que me sentía y, aunque hubiese podido, no quería hacerlo.

—No estaba dolido —dijo—. Estaba más bien... pfff... —Agitó la mano en dirección al suelo.

Cuando dijo eso, sentí una punzada de dolor.

—Bueno, entonces ¿cuál es el problema? —pregunté.

Suspiró.

—¿Así que no estás cabreada?

—Creo que no —respondí.

—Pero lo estabas.

Asentí.

Un sobrecargo me dio un golpe en el zapato con una fregona.

—El lavabo está libre —dijo—. Esta es la zona de espera para entrar en los lavabos.

—Como no estamos sentados juntos —respondió Ivan—, hemos buscado un lugar para poder hablar.

—Les ruego que regresen a sus asientos —dijo el sobrecargo, levantando la fregona.

Caminamos por los pasillos oscuros, entre filas de cuerpos azulados dormidos con la boca abierta. Nos detuvimos en el hueco de la salida de emergencias. Ivan se sentó en la parte plana de la puerta, donde había una inscripción roja que decía NO SENTARSE. Yo me apoyé en la pared, donde ponía NO APOYARSE. En la pantalla, un tanque explotó y una mujer en uniforme militar

se precipitó a una trinchera.

—¿Adónde vas después de París? —preguntó Ivan.

—¿Qué quieres decir? A Budapest.

—De esa parte aún me acuerdo. Quiero decir antes de eso.

—A ningún sitio, solo a París. ¿Adónde vas tú?

—Tal vez al lago Lemán, a visitar a Tomi. En verano va siempre a Montreux. Su mujer es suiza. —La forma en que dijo «su mujer» sonó un tanto picante—. Y como voy a Budapest haciendo autoestop, ¿por qué no parar en Ginebra? Puede que también en Venecia.

Asentí. Nunca había oído que el autoestop fuera la primera opción de alguien como medio de transporte. Ivan me preguntó si pensaba viajar por Europa cuando me marchara de Hungría.

—Iré a Turquía —dije.

No me apetecía pensar en qué haría después de marcharme.

—Oh, claro. Está bien que vuelvas a Turquía. Yo luego iré a Tokio. Por fin recibí mi billete. Me apetecía de veras hacer una escala en Bangkok, y al final lo conseguí. Pasaré allí tres días. Estoy muy contento de volver a Tailandia.

Me pregunté qué tendrían esos lugares para que le gustara tanto ir, o regresar, a ellos, y por qué estaba bien que yo volviera a Turquía.

—¿Cómo es Tailandia? —pregunté.

—¿Eh? No te he oído.

—Olvidalo —respondí, porque en realidad no me importaba cómo era Tailandia.

—No, dímelo.

—Nada. Te he preguntado cómo era Tailandia. Una pregunta tonta.

—No, no es una pregunta tonta. Déjame pensar —respondió—. En Tailandia hace muchísimo calor. En la calle venden una comida muy sabrosa que se supone que es mejor no comer. Aun así, un día me hinché de comer.

—¿Y qué pasó?

—Me puse muy enfermo

Nos quedamos un rato en silencio.

—¿Has dicho algo? —preguntó.

—No.

—Ah. Pensaba que habías dicho algo.

—Debe de haber sido el avión.

—¿Mmm?

—Probablemente el avión ha hecho un ruido y has pensado que era yo.

—¿Oh? Siempre tan pesimista. Creo que a estas alturas ya soy capaz de distinguir entre un avión y tú. ¿Estás cómoda así apoyada?

—No. ¿Estás cómodo así sentado?

—No. Probemos esa silla.

Abrió una silla abatible sujeta a la pared y se sentó en el lado derecho del asiento. Yo me senté en el izquierdo. En la pantalla, la mujer vestida de camuflaje vadeaba por el barro. ¿Qué la hacía tan guapa? Los pómulos, la garganta, la cintura. Una luz anaranjada destelló a través del bosque. La mujer se vio lanzada contra la pared de una trinchera.

—Es extraño verlo sin sonido —comenté.

—Tengo la impresión de que no nos perdemos mucho —observó Ivan.

Un hombre, también con ropa de camuflaje, apareció en la trinchera. La mujer se volvió hacia él, con los labios entreabiertos. Se besaron apasionadamente, luego se separaron, y su expresión se tornó sombría. El hombre dijo algo. La mujer asintió tensa.

Nuestra conversación derivó hacia el tema de la sordera. Ivan describió el sketch de una comedia sobre un sordo que había inventado unos auriculares que vibraban y parpadeaban cuando sonaba el teléfono. Al final del sketch sonaba el teléfono y el sordo decía con orgullo: «¿Hola?».

Le conté un chiste turco sobre dos pescadores sordos. «¿Vas a pescar?», pregunta el primer pescador. El segundo dice: «No, voy a pescar». Entonces el primero dice: «Oh, pensaba que ibas a pescar».

Ivan me contó un chiste sobre un científico al que le habían dado una beca para estudiar las pulgas. Le gritaba a una pulga «¡Salta!», y medía lo lejos que había saltado. Después de un rato la cosa se puso aburrida, porque la pulga siempre saltaba la misma distancia, así que empezó a arrancarle las patas una a una. La pulga saltaba cada vez menos, hasta que el científico finalmente le arrancó la última pata y ya no pudo saltar más. «Si le arrancas las seis patas —concluyó el científico—, la pulga se vuelve sorda.» Me pareció increíblemente gracioso.

—Bueno, explícamelo —dijo Ivan.

—¿Que te explique qué?

—Explícame por qué estabas enfadada. Me refiero a antes... cuando lo estabas.

Intenté recordar por qué había estado enfadada, por qué había empezado.

—Cuando nos encontramos con tu novia y luego no me llamaste, pensé que lo habías hecho a propósito... Como si me hubieras llevado allí, y organizado el encuentro, para enviarme algún tipo de mensaje.

Asintió.

—Pensé mucho en eso —dijo—. En si lo hice a propósito.

—¿En serio?

—Sí. Cuando volví al campus, discutí con mi novia. Todavía estaba mojado y no tuve tiempo de ducharme. Me preguntó dónde había estado. Le expliqué que había ido a nadar. Le tuve que hablar de ti, de que nos veíamos. Creo que entonces se puso celosa. Me preguntó: «¿Qué está pasando? ¿Está enamorada de ti?». Y le dije: «Me parece que antes lo estaba». Me preguntó: «¿Quiere algo de ti?». Le respondí: «Creo que ya no». —Se quedó un rato en silencio

—. Y luego me preguntó: «¿Y tú quieres algo de ella?». Contesté: «¡No, por supuesto que no!».

Incluso antes de asimilar el significado de esas palabras, sentí como una bofetada en la cara.

—Entiendo.

Me miró un momento.

—Tuve que decir que no.

Asentí.

—¿Y luego?

—¿Luego? La cosa se puso muy fea. Le dije: «Te estás comportando de un modo muy desagradable». Y entonces paró. Cuando la veas en el aeropuerto, no pienses que lo he hecho a propósito... porque va a venir a recogerme.

Me planteé si debía hacerle preguntas sobre su novia. En ese momento no quería saber nada. Pero recordé la curiosidad con la que busqué su nombre en el directorio de la universidad, y pensé que sería mejor hacer acopio de información con vistas al futuro, por si volvía a entrarme curiosidad.

—¿Tu novia también se ha graduado? ¿Era estudiante de último año?

—¿Qué? No, es estudiante de doctorado, acaba de sacarse un máster. Sabes, todo son coincidencias: hoy es su cumpleaños.

—¿Cuántos años cumple?

—Veintiséis.

—¿*Veintiséis*?

—Es un poco mayor que yo —añadió con una pizca de orgullo—. El tío con el que salía antes de mí era un profesor... diez años mayor que ella.

—Uau —dije.

Ese profesor había vivido casi el doble de tiempo que yo. ¿Qué habría sido de él? Instintivamente empecé a mirar a mi alrededor, como si él también pudiera estar en el avión.

—En otoño me iré a Berkeley —continuó Ivan— y mi novia se quedará en Harvard. Así que no sé lo que pasará. —Noté que me miraba—. Me pregunté muchas veces si me estaba comportando mal contigo. Quise darte la oportunidad de acabar con todo esto, si querías. Pero supongo que pensaste que era... ¿Qué palabra utilizaste en tu correo? «Pretencioso.»

—Si das por hecho que tengo el corazón roto en mil pedazos —dije—, eso es pretencioso.

—Ya, entiendo. —Suspiró—. Mi amigo Imre me dijo que me estaba comportando muy mal contigo. Dijo que yo estaba... ¿Cómo lo dijo? Usó una palabra muy graciosa. «Engatusándote.» Que te estaba engatusando.

Sentí como si me golpearan de nuevo, esta vez en el estómago. Ivan me miraba. Con zozobra, me di cuenta de que esperaba que dijera algo.

—¿Y tú qué piensas? —pregunté—. ¿Crees que me estás engatusando?

—Bueno, intenté explicarle a Imre que no era así, pero siguió mostrándose muy despectivo. Me dijo que estaba empezando a sonar banal, como un verdadero capullo.

—Pero no importa lo que piense tu amigo. ¿Tú qué piensas?

—Bueno, evidentemente espero no estar comportándome como un capullo contigo. Pero a veces he tenido miedo de estar engatusándote, por lo que me escribiste cuando estaba en California. Cuando me escribiste aquella carta... me gustó, me gustó mucho. Me preocupa que solo sea bueno para mi ego.

Ivan, Ivan. Se levantaba por la mañana, se vestía con lo primero que encontraba, se bebía su zumo de naranja y salía de casa para enfrentarse a un mundo de pizarras y motos. A veces sabía comportarse de un modo increíblemente arrogante. Siempre llevaba los vaqueros demasiado cortos y pensaba que los payasos tenían algo complicado que enseñarnos sobre la falibilidad humana. Y, sin embargo, no había un solo momento del día en que no pensara en él: en el fondo de todos mis pensamientos, siempre estaba él.

Mis percepciones, por sí solas, ya no bastaban para conformar el mundo tangible. Quería filtrar a través de su conciencia cada sonido, cada sílaba que me llegaba. Una palabra suya habría bastado para que lo hubiera seguido a cualquier parte, más allá de la denominada línea roja. En la oscuridad aparecieron un millar de cinturones de seguridad luminosos, y el suelo empezó a temblar.

Una voz informó de que estábamos atravesando una zona de turbulencias y que debíamos volver a nuestros asientos, pero nadie vino a echarnos de la silla abatible. Al principio me gustó ese temblor, pero a medida que se hacía más violento, empecé a sentirme cada vez más pequeña y más desarraigada del mundo, como una bola dentro de un bombo de lotería. Traté de agarrarme a un respaldo, pero no pude alcanzarlo y estaba segura de que me iba a caer.

No me caí. El avión se inclinó en la otra dirección y entonces fue Ivan quien tuvo que esforzarse por mantener el equilibrio. Luego el avión volvió a enderezarse.

En la pantalla, la pareja en ropa de camuflaje saltó al interior de un helicóptero, y sobre este empezaron a deslizarse los títulos de crédito. Después de otra llamada a la oración, el mapa apareció de nuevo en la pantalla. Estábamos sobrevolando Islandia. Eran las cinco de la mañana, hora de Boston.

—Nuestra hora habitual —comentó Ivan—. ¿No tienes sueño?

—No.

—¿Cómo me he olvidado? Tú nunca tienes sueño.

Nos quedamos en silencio un minuto.

—Perdona —dijo—, pero me siento bastante inútil.

—¿Inútil?

—Creo que deberíamos intentar dormir un rato. Incluso tú.

Bill y Svetlana formaban un bulto voluminoso y continuo, sordo como un

arrecife de coral. Sobre mi asiento vacío caía un cono de luz.

Ivan se aclaró la garganta.

—Tendrás que pasar entre ellos —dijo.

Me sujeté al respaldo del asiento de Bill, me subí en su reposabrazos y pasé por encima de él hasta el reposabrazos de Svetlana. Al hacerlo, golpeé a Bill en la cara con mi trasero.

—¡Qué pasa! —exclamó.

—Perdona, perdona —dije—. Vuélvete a dormir.

Svetlana abrió un ojo.

—¡Bill se ha despertado con tu culo en la cara! —Suspiró—. Qué gracioso.

En el brillante y futurista aeropuerto hacía una hermosa mañana. Estaba junto a Ivan en la cinta transportadora de equipaje.

—*Bonjour* —saludó.

—Hola —dije.

Observamos pasar las maletas delante de nosotros como barriles en el río del tiempo.

—Ya veo mi bolsa —observó. No se movió. Me pregunté cuál sería la suya. Intenté imaginármelo cargado con cada una de ellas. Lo que cogió fue una mochila roja con estructura interna, y luego un reproductor de cedés Aiwa dentro de su caja. Se colgó la mochila al hombro y se metió la caja bajo el brazo—. Bueno... Nos vemos en Budapest.

—Hasta pronto —dije.

Dio media vuelta y se adentró en las puertas giratorias. Cuando el compartimento entre las dos hojas volvió a aparecer, estaba vacío.

Ví mi maleta, la saqué de la cinta y la arrastré hasta donde estaban Svetlana, Bill y Robin.

—Estás realmente pillada —me dijo Bill—. Cuando lo miras, se te transforma la cara. Pareces aterrorizada.

—No te preocupes. —Robin me dio unas palmaditas en el brazo—. Estamos en la ciudad más hermosa del mundo. Te olvidarás de él.

Svetlana puso los ojos en blanco.

—Robin, eres la única persona del mundo a la que se le ocurriría la absurda idea de que la belleza te hace olvidar el amor.

Svetlana tenía cuatro maletas, así que fuimos de los últimos en pasar por el control de aduana. Ivan y su novia no se veían por ningún lado. Emmanuel, un apuesto amigo de mediana edad del padre de Bill, vino a recogernos en un monovolumen. No hablaba inglés. Yo era la única que no hablaba francés. Me di cuenta de que el francés de Bill no era muy bueno y que el de Svetlana era excelente.

Emmanuel nos llevó al apartamento de su hija, Jeanne, en Le Marais. Nos quedaríamos allí cinco días, mientras Jeanne estaba en Bretaña con su novio y hasta que la tía de Svetlana, Bojana, llegara de Belgrado para poder acogernos en su casa.

Robin y Bill se quedaron la habitación de Jeanne; Svetlana y yo dormimos juntas en el futón de la sala de estar. El futón era de color verde esmeralda, con una colcha amarillo limón y cojines naranjas.

—Este apartamento me parece muy intimidante —dijo Svetlana—. Jeanne tiene solo veinte años, pero ya tiene un gusto muy definido.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Bill—. ¿Porque ella tiene novio y tú no?

—No se trata de eso —repuso Svetlana.

Se pusieron a discutir, y yo me acosté en el futón y me quedé dormida. Pero Svetlana me zarandó por el brazo y me dijo que teníamos que salir a la luz del sol, para regular nuestro reloj biológico.

—Te refieres al reloj interno —apuntó Bill—. El reloj biológico es lo que te hace empezar a pensar en tener un hijo.

Fuimos a las Tullerías, nos sentamos en unas tumbonas de hierro y contemplamos la fuente, que estaba llena de patos. Me pareció muy curioso viajar al otro lado del mundo para acabar viendo unos patos.

—Tenemos que mantenernos despiertas —observó Svetlana—. Tenemos que inventarnos algún tema de conversación.

Cuando nos despertamos más de una hora después, Svetlana, Robin y Bill se habían quemado. Las gafas de sol me habían dejado unos grandes y pálidos círculos alrededor de los ojos.

Caminamos hasta Saint-Germain y nos comimos unas tortillas. Había una mostaza acuosa pero intensa que daba picor en la zona de detrás de la nariz. La untamos en la baguete que te daban gratis de acompañamiento y comimos hasta que las lágrimas nos corrieron por las mejillas.

No había ducha en el apartamento de Jeanne, solo una bañera. Te tenías que echar el agua por la cabeza con un balde de metal.

A las once y media todos dormían. Vagué por el apartamento, miré las estanterías de Jeanne, salí al balcón, me pregunté quién era Boris Vian, bebí varios vasos de agua, memoricé los números del uno al veinte con el libro *Aprenda húngaro por su cuenta* y empecé a escribirle una carta a Ralph, que estaba haciendo unas prácticas con su congresista. «En Washington, lo sé, estarás tomándote tu café de después de la cena y todavía quedarán unas dos horas de luz estival —escribí en un estilo que pretendía evocar la voz de Oleg Cassini—. A decir verdad, mi sangre fría me ha abandonado.»

Me tumbé al lado de Svetlana en el futón y estiré del extremo de la colcha. Se había arrebujado dentro como una especie de molusco en su concha. Después

de un rato me di por vencida y traté de dormir de todas formas. No lo conseguí.

Había muchas cosas en los armarios —botellas de licor, copitas de coñac, pitilleras, sillas plegables, esquís, raquetas de tenis y una máquina de coser, entre otros objetos—, pero nada que con un poco de buena voluntad se pudiera usar como manta.

Me acosté de nuevo, estiré con más fuerza de la colcha y finalmente conseguí hacerme con un trozo lo suficientemente grande con el que taparme. Pero en cuanto solté un poco mi presa, Svetlana se dio la vuelta con un gruñido de reproche y volvió a apoderarse de mi parte conquistada de colcha. Empecé a deprimirme. Era como si Svetlana ni siquiera me conociera. Me pregunté si Ivan también estaría durmiendo. Era horrible pensar que él también se encontraba en esa misma ciudad, posiblemente muy cerca, pero que no podía verlo ni hablar con él porque no me amaba. No podía estar con él ni un momento, ni siquiera en esas extrañas horas sobrantes que nadie quería, como un miércoles de una a tres de la madrugada. Y allí estaba, sobre el escritorio, a apenas un metro por encima de mi cabeza, iluminado por el reflejo de una farola: el teléfono parisino, uno entre millones, al que Ivan no me llamaría.

Intenté atraer pensamientos positivos. El único que me aportó consuelo fue: «Qué es el hombre».

«Qué es el hombre para que de él te acuerdes», pensé una y otra vez, hasta que el nudo desapareció de mi garganta.

Me levanté y rebusqué en mi maleta —el nudo se volvió a formar por un momento cuando encontré la bolsa de piruletas que había comprado, siguiendo el consejo de Peter, para recompensar a los alumnos húngaros—, hasta que encontré un pantalón de chándal, calcetines, una camisa de manga larga y una toalla. Me vestí, me acosté y me tapé las piernas con la toalla, y estuve escuchando un casete con las composiciones para piano a cuatro manos de

Brahms que había comprado en una tienda de oferta hasta que me quedé dormida.

Cuando me desperté, hacía un sol resplandeciente. Svetlana ya se había levantado. Yo estaba tapada con la toalla de baño y la colcha. Seguí el sonido de las voces hasta la cocina.

—Hey, Selin —dijo Svetlana—. Intenté despertarte para preguntarte qué te apetecía, pero fue imposible. Así que te he traído un cruasán. —No se parecía en absoluto a los cruasanes que había visto en Estados Unidos—. No sé si lo sabes, pero cuando duermes tienes una personalidad totalmente diferente. Cuando estás despierta eres la Señorita Encantadora, pero te has pasado toda la noche tratando de robarme la colcha. Yo tiraba de ella, y te pusiste de lo más agresiva.

El cruasán era crujiente, suave y hojaldrado al mismo tiempo. Bastaba con dar un bocado para sentirte mimada.

El Louvre causó a Svetlana terribles ataques de ansiedad, que logró controlar concentrándose obsesivamente en un solo cuadro en cada visita. Las dos pensábamos que, en general, era mejor mirar un cuadro durante veinte minutos que veinte cuadros durante un minuto. Durante casi media hora observamos una miniatura pictórica de una Madonna del siglo XV con una túnica verde lima, enfrentándose a una ballena plateada, al parecer a cubierto. Svetlana dijo que se identificaba con esa Madonna más que con cualquier otra mujer de cualquier otra pintura. No paraba de preguntarme con qué cuadro me identificaba yo. Yo no me identificaba con ningún personaje de ningún cuadro.

Al final me identifiqué con un cuadro del Museo Picasso. Se titulaba *Le buffet de Vauvenargues* y representaba un gran aparador negro con todas sus puertas, cajones, compartimentos, molduras y florituras. Dos figuras toscamente esbozadas, una grande y otra pequeña, flanqueaban el aparador. El aparador las separaba.

Svetlana me dijo que debería tener una visión de mi personalidad menos pasiva. Según ella, no estaba bien que me identificara con un mueble. De hecho, Sartre había ilustrado la «mala fe» por medio de la analogía de pensar en uno mismo como una silla; muy concretamente, una silla. Se pueden hacer afirmaciones objetivas sobre una silla, pero no sobre una persona, porque una persona está sujeta a cambios constantes. Dije que el aparador también estaba sujeto a cambios constantes. Dije que su existencia precedía a su esencia. De todos los museos que visitamos, el que más me interesó fue el Museo Picasso, porque todo en él se centraba en una persona, y porque eso me recordaba a Ivan. Al mismo tiempo, desde cierto punto de vista, también parecía un monumento a las mujeres destruidas, a sus cuerpos anquilosados y a sus psiques quebradas.

En Versalles fuimos pasando de estancia en estancia, todas llenas de oro y espejos. Al cabo de un rato, el número de salas revestidas de oro no solo parecía una extravagancia, sino una auténtica locura.

Caminamos hasta Montmartre. La cúpula blanca del Sagrado Corazón, resplandeciendo en el ocaso, parecía un gigantesco huevo extraterrestre. En su interior, las mujeres lloraban y encendían velas. No había hombres llorando, solo mujeres. En la terraza de un café, a dos mesas de distancia de la nuestra, un niño con un chaleco naranja acolchado lloraba a moco tendido. Sentado frente a él, un hombre comía metódicamente una tortilla.

Fuimos al Centro Pompidou para ver una exposición basada en el concepto

de «lo informe» de Georges Bataille. En la sala de la planta inferior estaba programado un festival de cine turco. Svetlana y yo entramos a toda prisa a la sala de proyección justo cuando se apagaron las luces. La película era en turco, con subtítulos en francés, así que las dos pudimos seguirla por diferentes medios. Toda la acción transcurría en un bar y solo había dos personajes: el camarero y un hombre con una irritante sonrisa esculpida en la cara. A veces, el hombre soñaba con una mujer que aparecía entre la niebla, vestida de rosa. El resto del tiempo, el hombre hablaba con el camarero sobre Dios, el vino y el amor. De vez en cuando le preguntaba si ya había llegado un tal Mahmut Bey. El camarero siempre respondía que no.

Hacia el final, el camarero le preguntó quién era Mahmut Bey. «Mahmut Bey es... la frialdad —respondió el hombre con su irritante sonrisa—. Mahmut Bey es la humedad. Mahmut Bey es la ausencia de amigos, de vino.»

Era una película realmente insufrible. Aun así, nos alegramos de haberla visto, por Mahmut Bey. Después a menudo pensábamos en él.

—El chico que te convenció de que fueras a Hungría debe de ser muy guapo —me dijo Bojana, la tía de Svetlana—. En Budapest se puede tomar un café excelente. Veo que estás mirando mi bandeja de té. ¿Te gusta? Es una bandeja de buena calidad. Te la regalaré. Pero aún no: cuando te cases.

Habíamos dejado el apartamento de Jeanne y estábamos tomando el té en el grande y tenebroso ático de Bojana. Robin y Bill dormían en la habitación de huéspedes, mientras que Svetlana y yo nos instalamos en un cuarto libre, donde había dos futones, una alfombra de seda y unas puertas acristaladas que se abrían a un gran balcón de piedra frente al Museo de Orsay. En una pared colgaba un pequeño óleo de un hombre beige empujando una carretilla.

—Os he puesto en la habitación de Goncharova —nos dijo Bojana.

Yo no tenía ni idea de quién era Goncharova. Svetlana me explicó más tarde que era una artista del grupo Jinete Azul y sobrina nieta de Pushkin. El cuadro había sido un regalo del marido de Bojana. Le pregunté cómo era su marido. Svetlana me dijo en tono prosaico que pasaba la mayor parte del tiempo con su otra familia en Estocolmo. Bojana los visitaba todas las Navidades y llevaba vitaminas para los niños.

—Dice que todos parecen terriblemente anémicos. Deben de haber salido a su madre, porque el tío Gunnar es muy robusto. Bueno... —Svetlana suspiró —, es hora de una charla entre tía y sobrina. Vendré a buscarte para la cena.

Me acosté en uno de los futones y me puse a hojear el libro de ajedrez que Bill me había prestado en un intento de que nos hiciéramos amigos. Se hablaba de la Defensa Erizo y el Gambito Budapest. En el capítulo sobre ordenadores leí que el primer ajedrecista autómatas, «el Turco», fue construido en la década de 1760 por un húngaro, el barón Wolfgang von Kempelen. Ataviado con un turbante y bigote, el Turco ponía los ojos en blanco, golpeaba con el puño y decía: «Échec». Hizo jaque mate a Benjamin Franklin en París y a Federico el Grande en Prusia. Me pareció gracioso que el Turco dijera «échec», porque sonaba igual que el término turco para «burro». En otras palabras, el autómatas había llamado burro a Benjamin Franklin en turco.

Tras la muerte de Von Kempelen, el Turco fue adquirido por Johann Mäzel, el inventor del audífono de Beethoven. Mäzel se lo vendió al hijastro de Napoleón, y luego lo recuperó con un pagaré que aún no había abonado cuando este murió, así que huyó a Estados Unidos. El primer club de ajedrez de Estados Unidos, en Filadelfia, se fundó en honor al Turco.

Edgar Allan Poe vio jugar al Turco en Virginia, adivinó cómo funcionaba el dispositivo y escribió un artículo anónimo en el *Southern Literary Messenger* en el que revelaba el truco. Los movimientos del Turco eran realizados por un «maestro ajedrecista de baja estatura» que, escondido debajo de la mesa,

seguía la partida al revés con la ayuda de imanes. Según la edición de 1894 de la *Enciclopedia Británica*, del primero en utilizar el autómata, un oficial polaco llamado Worowski, nadie sospechó, porque el público ignoraba que llevaba prótesis: había perdido las piernas en una campaña bélica.

En 1837, durante una gira por La Habana, Mäzel contrajo la fiebre amarilla. Murió en el viaje de vuelta a Nueva York y fue enterrado en el mar, cerca de Charleston. El Turco se subastó en Filadelfia por cuatrocientos dólares y fue donado al Museo Chino, donde se destruyó en el incendio de 1854.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Svetlana. Le enseñé el libro. Leyó por encima las páginas sobre el Turco—. Lo encuentro muy siniestro. Me parece que te ves a ti misma como un autómata en manos de Ivan.

—Pero el Turco los sobrevivió a todos.

—Sí, pero luego ardió en ese incendio. Es como el Mefistófeles de Fausto. ¿Sabías que mi madre cree que Ivan es la encarnación del diablo?

—¿Cómo es que tu madre conoce a Ivan?

—Le conté por teléfono que apareció de repente en nuestro vuelo a París. Mi madre está convencida de que lo hizo a propósito, de que te estaba siguiendo. Dijo: «Estoy segura de que lo planeó todo. Me parece ver a la pobre Selin en esa situación, perseguida por la encarnación del diablo».

—Eso es una locura.

—Pues claro que es una locura —dijo Svetlana—. Nunca dije que mi madre no estuviera loca. Si te sirve de consuelo, acabo de contarle la misma historia a Bojana y ella cree que solo es una divertida coincidencia.

Sentí una oleada de náuseas cuando me di cuenta de que había propiciado esas chácharas solo por contarle lo que me estaba pasando a Svetlana; solo porque había querido compartir con alguien los acontecimientos importantes de mi vida.

Según Svetlana, yo me consideraba un robot que solo podía actuar

negativamente. Me dijo que tenía ideas cínicas sobre el lenguaje.

—Crees que el lenguaje es un fin en sí mismo. No crees que signifique otra cosa. No, no es que no lo creas: es que no te importa. Para ti, el lenguaje es un sistema autosuficiente.

—Pero es que es un sistema autosuficiente.

—¿Te das cuenta de lo que dices? Así es como te enredaste tú solita con la encarnación del diablo. Ivan percibió esa actitud en ti. Compartís el mismo tipo de cinismo, pero él es aún más cínico porque es matemático. Es como tú dijiste: las matemáticas son un lenguaje que comenzó de forma muy abstracta, más abstracta que las palabras, y de repente se descubrió que era lo más real, lo más concreto que pueda haber. Con las matemáticas construyeron la bomba atómica. De repente, ese lenguaje abstracto te provoca quemaduras de tercer grado en la piel. Ahora hay un lenguaje especial que te permite controlarlo todo, y manipularlo todo, y si perteneces a la élite que lo habla... puedes controlarlo todo de veras.

»Ivan quería hacer un experimento, un juego. Nunca habría funcionado si lo hubiera intentado con otra persona, con alguien como yo. Pero tú... tú estás tan desconectada de la verdad que estabas preparada para dar el salto a una realidad que vosotros dos creasteis mediante el lenguaje. Naturalmente, luego quiso saber hasta dónde podía llegar. Fuisteis cada vez más y más lejos... y entonces algo salió mal. La cosa no podía continuar así. Tenía que convertirse en algo distinto: en sexo, o en otra cosa. Pero, por alguna razón, eso no ocurrió. El experimento falló. Y ahora te encuentras en un territorio completamente desconocido. Flotas a la deriva por el espacio.

—A veces fantaseo con convertirme en psicoterapeuta —dijo Svetlana—, pero cuando se lo comenté a mi psicólogo me dijo que no se me daría nada

bien. Según él, nunca dejaría hablar al paciente. Me pregunto si debería llamarlo. Está de vacaciones, pero me dio su número de móvil. Me dijo que podía llamarle a cobro revertido. ¿Te parece extraño? Tal vez lo haga. —Se incorporó—. Por cierto, a Bojana le caes muy bien. Me dijo que le recordara que te regalase la bandeja de plata cuando te cases.

—¿Cómo está tan segura de que me voy a casar?

—Bueno, si no te casas, no tendrás la bandeja —observó Svetlana—. No sé si Robin recibirá una bandeja cuando se case con Bill. Bojana admira lo bien conjuntada que va Robin, con sus sandalias, su vestido y sus collares a juego. Dice que Robin ya tiene el estilo de una mujer, y que tú tienes un aspecto fresco y radiante, como una niña, pero que yo necesito una renovación total. Empezando por mi pelo.

—¿Tu pelo?

—Sí, tengo que ir a su peluquero y hacerme un corte de pelo de seiscientos dólares, y luego iremos a una boutique donde trabaja su amiga Nika para que me haga un cambio de imagen integral. Después iremos a tomar el té con Nika, que tiene un hijo muy atractivo. Siempre está diciendo cosas del tipo: «Pues claro que no estás gorda, pero si pudieras perder unos cuatro o cinco kilitos...». Nadie de mi familia parece concederle ninguna importancia al hecho de que yo tuviera bulimia cuando iba al instituto. Cuando mi madre se enteró, dijo: «Por Dios, no te tortures de esa manera; existen pastillas para eso». Y me dio un frasco de pastillas para adelgazar.

Mientras cruzábamos la calle, Svetlana apartó a Bojana de la trayectoria de un ciclomotor que pasaba a toda velocidad.

—Gracias, querida —dijo Bojana.

—Imagínate los titulares —respondió Svetlana—: «Sobrino se libra de

corte de pelo porque una motocicleta arrolla a su tía».

El camarero del restaurante nos ofreció una mesa junto a la ventana. Bojana se caló las gafas de leer y pidió una botella de Merlot. El menú de precio fijo constaba de cinco platos. Svetlana pidió para ella y para Bojana. Robin pidió para ella y para Bill. Encontré algunas palabras que creí reconocer en cada plato, se las dije al camarero, y acto seguido se fue. El Merlot cayó en cascada en nuestras copas con un borboteo gutural.

—Svetlana me ha dicho que te vas a Budapest por un tiempo —dijo Bojana—. Es una ciudad maravillosa. Cuando tenía tu edad pasé allí un fin de semana estupendo.

Le dije que solo iba a estar un par de días en Budapest y que luego iría a un pueblecito para divulgar la cultura estadounidense.

—¿A un pueblo? —Bojana posó su copa—. ¿Para qué diantres necesitan los húngaros cultura estadounidense en un pueblo?

—Creo que tiene algo que ver con la globalización.

—¿Un mes, dices? ¿Cinco semanas? No, no, querida, eso es imposible. Ir a Budapest, sí. Ve a una cafetería y tómate una buena taza de café. En Budapest hay un café excelente. No tengo ni idea de cómo será en un pueblo. Puede que sea muy malo. Si es imprescindible que vayas a ese pueblo, ve una semana o diez días. Luego toma el tren a Belgrado. Puedes quedarte conmigo.

Me conmovió.

—Haces que parezca tan sencillo.

—Claro que es sencillo. ¡Compras el billete y te subes al tren! ¿Quién te obliga a pasarte cinco semanas en un pueblo húngaro? Es la primera vez que oigo algo semejante.

Cuando nos sirvieron los primeros, descubrí que había pedido melón con oporto. Los demás habían pedido espárragos. No tenía ni idea de cómo se comía un melón con oporto. Se trataba de un melón entero al que habían

quitado la parte superior y que estaba lleno de oporto hasta el borde. Los dibujos de la cáscara parecían antiguos jeroglíficos.

—Conocí a unos húngaros muy atractivos —comentó Bojana—. Altos, atentos con las mujeres. Estoy hablando de Budapest. No sabría decirte cómo será en un pueblo. Tal vez también sean altos, pero creo que te aburrirás.

Ví que me habían traído una enorme cuchara sopera. Al meterla en el melón, el líquido se derramó tembloroso por los bordes.

—Selin ya tiene un húngaro alto y atento —dijo Svetlana.

—¡Ah, sí, el donjuán del avión! ¿Cómo he podido olvidarlo? Entonces tal vez no te aburras del todo. Parece que ese chico podrá entretenerte.

Respondí que yo era alguien fácil de entretener. Bojana replicó que estaba claro que yo nunca había pasado cinco semanas en un pueblo de Europa del Este.

—No tienes ni idea de lo desgraciada que me sentía —le estaba diciendo Svetlana a Bojana—. Apenas salía de casa, excepto para ir del apartamento a la Sorbona. Me aterrorizaban esas francesas delgadas y bien vestidas. Ya me siento una vaca torpe sin necesidad de que me atormentes.

—Solo quiero hacerte un regalo, un vestido, tal vez un nuevo corte de pelo, algo divertido. ¿Qué tiene eso de tormento? Tal vez te sugerí que perdieras cuatro o cinco kilos. Eso no es un crimen, ¿no? Yo debería perder siete.

—No lo entiendes. Cuando tenías mi edad, organizabas fiestas para doscientas personas, incluidos la sobrina de Tsvietáieva y la mitad de la nobleza polaca. Algo que nunca te cansas de repetirme.

Svetlana echó su silla hacia atrás. Poco después la seguí. El aseo estaba situado en lo alto de una estrecha escalera de caracol roja. Entré por la puerta con el letrero DAMES.

—No estés triste —la consolé—. Solo piensa en cómo partiste una tabla de madera por la mitad de una patada.

Hubo un silencio.

—¡Como un... buldócer! —gimió Svetlana dentro del cubículo del baño.

A la mañana siguiente Svetlana salió con su tía. Era la primera vez desde que tomamos el avión que ella y yo nos separábamos por un rato. Fui a un quiosco y compré un mapa —*un plan*, como si uno quisiera construir París en lugar de pasear por él— y un paquete de Gitanes. En realidad no fumaba, tal vez lo hubiese hecho unas diez veces en mi vida, casi siempre con Lakshmi, pero me gustaban aquellas cajetillas azules de cartón con la imagen de una mujer fantasmagórica reclinada sobre una nube de humo, y la soledad despertó en mí el deseo de marcar el paso del tiempo. El simple hecho de encender una cerilla parecía emocionante y un poco peligroso, y cuando la llama entró en contacto con el papel hizo un sonido parecido al de una aguja al posarse en un disco, como si la música estuviera a punto de empezar. Los cigarrillos nunca me sentaban mal. Había crecido entre fumadores, y de todos modos nunca me tragaba el humo.

Estuve paseando todo el día. Alrededor de las cinco fui a un café, donde me comí un bocadillo de salmón ahumado y leí dos capítulos de *Aprenda húngaro por su cuenta*. Cada vez estaba más sorprendida por las similitudes entre el húngaro y el turco, no tanto en las palabras como en la gramática. Ambas lenguas eran aglutinantes, es decir, la sintaxis se expresaba a partir de cadenas de sufijos que se añadían al final de las palabras. Los dos idiomas tenían armonía vocálica y ninguno de ellos género gramatical. Los dos utilizaban una sola palabra para «él» y «ella»: *ő* en húngaro, *o* en turco.

Al atardecer me encontré en la plaza de la Opéra. Todo estaba iluminado: el Café de l'Opéra, la estación de metro Opéra, la propia Opéra, que se levantaba en el centro como un enorme pastel. En la oscuridad, hileras de taxis blancos relucían como el gato de Cheshire.

—Disculpe —dijo una mujer asiática, que me tocó suavemente el brazo—. Estoy buscando este edificio.

Me enseñó una guía en japonés abierta por una fotografía de la Ópera.

—Ahí —dije, y señalé el edificio.

Me dio las gracias y empezó a tomar fotografías.

Al principio pensé que era extraño que no hubiera reconocido el edificio cuando lo tenía justo enfrente. Luego pensé que lo raro sería que alguien lograra reconocer un edificio con una cúpula verde y dorada a partir de una diminuta fotografía plana y gris.

En la cocina de Bojana todas las luces estaban encendidas. De un equipo de música metálico salía a bajo volumen el *Réquiem* de Mozart. Svetlana estaba sentada de espaldas a la puerta. Llevaba el cabello escalado de tal modo que se veían todas las diferentes tonalidades de rubio, como el plumaje de un ave. El corte había durado casi dos horas, tiempo durante el cual le había estado explicando en francés al peluquero de su tía que las apariencias no significaban nada. El peluquero había disentido, sosteniendo que la verdad era belleza y la belleza, verdad.

—Toma una naranjita china. —Svetlana deslizó el cuenco hacia mí—. Tengo antojo de sensaciones fuertes. Me pregunto si Bojana tendrá esa mostaza...

Dentro de la luminosa nevera, las botellas negras de champán descansaban

sobre sus vientres como perros negros con bozales de alambre. Dos tubérculos oblongos lanzaban pálidos destellos desde un cajón de plástico. Entonces Svetlana abrió el cajón y vimos que no eran tubérculos, sino unos huevos enormes. Ese era el tipo de misterio del que podríamos estar hablando durante horas. ¿Eran huevos de oca? Svetlana dijo que era imposible que esos huevos cupieran dentro de una oca, y mucho menos que hubieran salido de una. Según ella, eran huevos de avestruz. Pero ¿cómo se las había arreglado Bojana para comprar huevos de avestruz en las diecinueve horas que llevaba en París?

El vestido nuevo de Svetlana yacía envuelto en papel de seda dentro de una bolsa de rayas. Era negro y con forma de trapecio: ancho de hombros y más estrecho hacia las piernas.

—Lo escogió Nika —dijo—. Estuvimos allí dos horas. Bojana no dejaba de buscar esos modelitos ceñidos hasta que Nika trajo algo largo y negro, en plan: «C'est sexy, mais c'est plus androgyne». —Svetlana volvió a meter el vestido en la bolsa—. Nika ha cambiado por completo. Estaba histérica. En febrero volvió a Belgrado por primera vez desde la guerra, porque su madre estaba enferma. Se quedó allí hasta que murió en abril y luego regresó a París en ese estado. Ha habido un momento en que se ha reído con tal vehemencia que casi se le disloca la mandíbula. Se notaba que era algo que le pasaba a menudo. Le dolía mucho, pero al principio no nos dimos cuenta porque la mandíbula se le había agarrotado mientras se reía. Afortunadamente, sabía cómo arreglarlo ella misma. Hizo un ruido espeluznante. Bojana dice que necesita adoptar una visión más sobria de la vida.

Bojana también había comprado un perfume para Svetlana llamado Féminité du Bois. Era tan amaderado, almizclado y fuerte que una simple rociada nos dio a las dos dolor de cabeza. Abrimos las ventanas. No sirvió de nada.

—Eh, Svetlana —dije.

—¿Qué?

—Todo es sífilis —dije, y estallamos en carcajadas.

Al día siguiente, fuimos todos juntos a La Villette. Amenazaba lluvia. Paseando por los jardines, llegamos hasta una escultura de metal naranja con una barra sobre un pivote. Cada vez que soplabla una ráfaga de viento, la barra se balanceaba con un sonido estridente.

—¿Qué es eso? —preguntó Robin.

—Es un reloj de sol moderno —dijo Bill.

Añadió que funcionaba gracias al magnetismo de la tierra.

—¡Oh, genial! ¿Así que funciona aunque esté nublado?

Robin hizo muchas preguntas sobre el reloj de sol moderno. Cuando Bill le confesó al final que se lo había inventado todo, tuvieron una fuerte discusión.

El reloj de sol moderno se balanceaba y chirriaba, atraído por el magnetismo de la tierra. Mahmut Bey tiraba de él con sus largos y amistosos brazos.

Svetlana y yo dejamos solos a Robin y a Bill para que se reconciliaran y fuimos a la librería inglesa. Svetlana compró las obras completas de Saki, y yo *Drácula* y *Tres cuentos* de Flaubert. Pasamos el resto del día sentadas en el enorme balcón de Bojana, comiendo cerezas y leyendo.

Svetlana, que sabía leer muy bien en voz alta, me leyó el cuento «Esmé» de Saki. Empezaba así: «Todas las historias de caza se parecen». Esmé resultó ser una hiena.

Uno de los cuentos de Flaubert, «La leyenda de san Julián el hospitalario», también era una historia de caza. Julián estaba obsesionado con la caza, y un ciervo le decía que mataría a sus padres. Entonces dejó de cazar, pero, en cuanto empezó a hacerlo de nuevo, mató a sus padres.

Me entraron ganas de escribir un relato sobre la caza y el comportamiento humano, y le pregunté a Svetlana si podía utilizar la máquina de escribir de Bojana.

—Por supuesto —dijo, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Me lo dejó todo preparado en una mesita. Había aprendido mecanografía en la escuela primaria con una Smith Corona eléctrica. Comparar aquella gigantesca Smith Corona con la bonita Olivetti de Bojana era como comparar una fábrica de pan soviética con una tostadora. Microsoft Word era para niños, pero la máquina de escribir era Dios, y la mesa temblaba con cada pulsación.

Para practicar con el teclado AZERTY, intenté escribir la frase del erizo de *Madame Bovary*. No paraba de cometer errores.

Con frecuencia, un animal nocturno, erizo o garduña, salía de cawa y movía las hojas, o se oía, a veces, el ruido de una pera madura que se caía de uno de los árboles por las espaldas.

En mi último día en París, Svetlana y yo fuimos al desfile del Orgullo Gay. Por encima de un mar de cabezas oscilantes, gente multicolor y dorada se deslizaba como flotando. No tardamos en vernos empujadas a codazos desde la acera hasta la calzada, donde la multitud ya no formaba un mar de cabezas, sino un impenetrable muro alborotado que me recordó la expresión «un muro tallado en roca viva». El muro tallado en roca viva nos empujó hasta la mitad de la calle. Nos plantamos justo delante de la carroza, con los altísimos tacones de aguja a la altura de nuestros ojos. Los pies de las drag queens eran

enormes, mucho más grandes que los míos. Me pregunté dónde conseguirían esos zapatos de mujer tan grandes.

Cuando me di la vuelta, Svetlana había desaparecido. Dondequiera que mirase, solo veía hombres. Recordé que Svetlana llevaba una chaqueta rosa sobre una camiseta blanca. Vi un destello de algo rosado, pero resultó ser un niño con el torso desnudo sobre los hombros de un hombre.

Después de unos instantes que parecieron durar años, una mano pequeña agarró la mía.

—¡Selin! Pensé que te había perdido.

—Pensé que yo te había perdido.

Cogidas de la mano, Svetlana y yo nos abrimos paso hasta la acera. Pasaron unos marineros que repartían preservativos con imágenes de anclas, seguidos de diez Jackie Kennedy sobre un escenario flotante, y luego un pene de papel maché del tamaño de un lanzamisiles. En la carroza fálica sonaba «Macarena», y al son de «Eeeh, Macarena» el pene disparaba chorros de papel blanco.

Finalmente llegamos a una calle lateral y Svetlana me soltó la mano.

—Creo que ya no tiene sentido seguir alardeando de un orgullo gay que no sentimos —comentó.

Sentí que mi mano quedaba huérfana.

Volvimos al apartamento para hacer mi equipaje. Estaba nerviosa porque Ivan y yo llevábamos dos semanas sin ponernos en contacto. No entendía internet. No entendía que fuera posible consultar el correo electrónico de la universidad desde un ordenador de fuera de la universidad.

—Si estás preocupada, solo tienes que llamarlo —dijo Svetlana.

—Pero es que no estoy preocupada.

—Sí, lo estás.

Nos sentamos en el borde de la cama de Bojana. Yo sostenía el auricular

mientras leía el número de mi miniagenda de Van Gogh, y Svetlana lo marcó en el dial del aparato.

Escuché el timbre del teléfono que sonaba como extranjero, y luego un robot femenino habló rápidamente en húngaro. «¡Estimado bla, bla! Bla, bla, bla», dijo. Luego pronunció algunos números. Los entendí. Eran los del teléfono de Ivan. Presa del miedo, colgué el auricular.

—Por favor, no me digas que le has colgado a su madre —dijo Svetlana.

—Creo que me dio un número que ya no está operativo. Ha contestado un robot.

—¿Y qué ha dicho el robot?

—No tengo ni idea... Hablaba en húngaro. Pero ha dicho su número de teléfono.

—¿Y luego qué?

—Luego he colgado.

—¿Ni siquiera has escuchado el mensaje hasta el final?

—¿Por qué iba a hacerlo? Estaba en húngaro.

—A veces me pregunto cómo te las arreglas, de verdad... —Svetlana cogió el aparato, volvió a marcar el número y se quedó a la escucha. Al cabo de un minuto, me pasó el auricular—. Ahora habla en inglés.

«... ha cambiado —decía el robot con acento británico—. El nuevo número es...» Lo apunté en mi agenda, colgué y lo marcamos.

—¿Hoo-laa? —preguntó un hombre.

—Hola —respondí—. ¿Podría hablar con Ivan, por favor?

—Ah, un momento.

—¿Hola? —dijo Ivan.

—Hola.

—¿Dónde estás?

—En París.

—¿Todavía? Pero ¿tu vuelo no sale de Bruselas?

—Sí, hago escala en Bruselas.

—Ajá, vale.

Hubo un silencio.

—Bueno —añadí—. Solo quería asegurarme de que lo nuestro aún sigue en pie.

—Querías asegurarte de que lo nuestro aún sigue... ¿qué?

—En pie.

—¿Si sigue en pie?

—Exacto.

—En otras palabras, ¿que si me he olvidado de que vienes?

—Bueno, o si había pasado algo.

Hubo otro silencio.

—No me he olvidado de que vienes —contestó—. Puede que me olvide de muchas cosas, pero de eso no.

Mi vuelo salía al día siguiente a las siete de la mañana, así que reservé un taxi para las cinco. Yo misma llamé a la compañía de taxis, sin pedirle ayuda a Svetlana. Luego, aunque aún no había acabado de preparar el equipaje, fuimos a correr junto al río. Eran las diez y media de la noche, y el cielo era de un gris rosado. Vimos la noria iluminada, y Svetlana se acordó de una amiga de la infancia a la que solía martirizar. Escribía a menudo sobre ello en su diario: «Dentro de veinte minutos llegará Sanja. Me pregunto cuánto tardaré en hacerla llorar». Y más tarde: «He necesitado exactamente tres minutos y cuarenta y tres segundos».

—Estaba llevando a cabo un experimento científico para averiguar cuánto podía soportar Sanja —explicó.

Era la última vez que corríamos juntas por el Sena. Svetlana dijo que

podríamos intentar correr junto al Danubio a la misma hora, cuando ella estuviera en Belgrado.

Svetlana no dejaba de recordarme que tenía que acabar de hacer la maleta, pero luego se nos ocurría algún tema del que aún no habíamos hablado. Pronto se hicieron las dos de la madrugada.

—Deberías acabar de hacer la maleta —observó Svetlana—. Despiértame antes de irte.

Hasta las cuatro no conseguí meter todo dentro de la maleta. Salí al balcón, encendí un cigarrillo y contemplé el museo, preguntándome si aún seguiría allí dentro de mil años. ¿Cuándo dejaría de estar ahí? Me di un último baño en la bañera de Bojana con patas de garras, me puse un vestido nuevo, azul marino y abotonado, que me había regalado mi madre, tomé una taza de Nescafé y comí pan. A las cinco menos diez, le di una palmadita en el hombro a Svetlana.

Diez segundos después de levantarse de la cama, Svetlana ya había encontrado una sudadera y un libro que yo me olvidaba.

—Imagínate la cantidad de cosas que te habrás olvidado aquí —comentó.

—Si encuentras algo, tíralo. No te lleves nada a Italia.

—Acuérdate de llamarme a Belgrado.

Me acompañó hasta el ascensor llevando mi maleta, y cerré la puerta de acordeón que nos separaba. El ascensor empezó a descender cada vez más y más.

Fuera olía a madrugada. Un camión verde de la limpieza pasó rociando agua y barriendo las aceras.

El taxi, un Renault blanco, apareció casi de inmediato.

—¡Selin! —gritó alguien desde lo alto. Svetlana estaba en el balcón con el quimono de Bojana—. ¡Te has olvidado las zapatillas! —Me tiró desde el

balcón una bolsa del Monoprix con las zapatillas. Casi le dieron en la cabeza al taxista, que estaba abriendo el maletero. Svetlana seguía despidiéndose desde el balcón mientras el taxi se alejaba—. ¡Adiós! —me gritó en ruso—. ¡Adiós!

En el avión pasó una azafata ofreciendo periódicos. Todos los adultos los estaban leyendo. Yo también cogí uno. En el *International Herald Tribune* leí que Kika, una elefanta de casi cuatro toneladas y media, había sido inseminada artificialmente en Berlín. El esperma provenía de dos elefantes macho y era imposible determinar quién era el padre, pero los zoólogos se decantaban por Jumbo, de Cleveland. El esperma de Jumbo había volado a Berlín en una pequeña nevera que habían «revisado manualmente» en el control de seguridad del aeropuerto, porque los rayos X habrían dañado el esperma. Así que de eso hablaban los periódicos.

El crucigrama se titulaba «Zooropa». ¿«Mamífero asiático que visita el Bosque de Bolonia»? Pero si esa soy yo. Sentí una mano en el hombro, levanté la vista y vi a un hombre con unas gafas colgando de un cordón rosa alrededor del cuello.

—Si necesitas ayuda, pregúntame —me dijo—. Lo acabo de terminar.

A veces resulta exasperante echar la vista atrás al pasado. «¿Qué pasa contigo?», quiero preguntarle a ella, a mi yo más joven, sacudiéndola por los hombros. Si lo hiciera, probablemente se echaría a llorar. Quizá yo también. Sería como uno de esos libros de Marguerite Duras que intenté leer en el apartamento de la tía de Svetlana.

Elle pleure.

Il pleure.

Ils pleurent, tous les deux.

Durante la escala en Bruselas, pasé la mayor parte del tiempo en el duty-free para deshacerme de los últimos francos franceses. Pensé en comprarle un regalo a Ivan, pero ¿qué? Ofrecían muestras gratis de Campari. Probé una. No entendía por qué alguien querría beber algo que sabía así. Por un momento me pareció increíblemente graciosa la idea de comprarle una corbata a Ivan. Miré las corbatas, tratando de averiguar cuál era la más elegante.

En la puerta de embarque, me senté enfrente de los ventanales e intenté leer «Herodías», de Flaubert. No pude pasar de la primera frase: «La fortaleza de Maqueronte se levantaba al oeste del mar Muerto, sobre un pico de basalto de forma cónica». La leí varias veces, pero parecía no significar nada. Al otro lado de los ventanales, el personal tiraba las maletas como si fueran balas de heno. Sabía que debería estar pensando en lo que le diría a Ivan. Pero ¿de dónde se suponía que venían esas cosas... de fuera de mi cabeza?

Casi todos los pasajeros del vuelo a Budapest eran hombres trajeados, excepto por una madre y su hija que hablaban en húngaro con el mismo rictus adusto en la boca, y un chico con una funda de guitarra que parecía estar durmiendo de pie y cuyo aspecto desaliñado y meditabundo me resultaba de algún modo familiar. Lo volví a ver en el avión mientras buscaba mi fila. Ahora estaba sentado, pero seguía dormido.

Unos minutos después de despegar, ya estábamos cruzando la frontera alemana. En el mapa de la pantalla, el avión blanco estaba simultáneamente en Bélgica, Holanda y Alemania, con la cabina de primera clase ya casi en Colonia, mientras que la clase turista aún flotaba cerca de Lieja y un ala rozaba Heerlen. Europa era tan pequeña... Parecía extraño que la gente se la

tomara tan en serio.

Saqué el manual de húngaro, leí un texto sobre una tal tía Mariska y memoricé las frases «Me duele la cabeza», «Me duele mucho» y «Me duele horrores». El texto iba seguido de unas preguntas del tipo verdadero-falso, que los húngaros llamaban preguntas *igaz-nem*. Era verdad que la tía Mariska tenía reumatismo, que consideraba Budapest una ciudad bella pero ruidosa, y que prefería el coñac al salami húngaro.

—Hola —dijo una voz americana. Levanté la vista. Era el narcoléptico meditabundo—. Tú también participas en el programa de Peter, ¿no?

Entonces lo reconocí, de la reunión de orientación. Se llamaba Owen. Me preguntó cómo pensaba ir a casa de Peter.

—Me viene a buscar un amigo —contesté.

—¿Un amigo del programa de Peter?

—La verdad es que no.

—Tengo el presentimiento de que Peter no se presentará en el aeropuerto. Dijo que quizá vendría, pero tengo un mal presentimiento.

—Ya —dije, y asentí.

—¿Quieres que compartamos un taxi? —preguntó Owen.

—Creo que iré con mi amigo —respondí. Hubo un silencio—. Tal vez él también pueda llevarte —añadí, porque parecía ser la única alternativa.

El comandante anunció que habíamos iniciado el descenso sobre Budapest. Owen regresó a su asiento. No volví a verlo hasta la cola del control de pasaportes. Resultó que Owen también estudiaba ruso y que había pasado un año enseñando inglés en Siberia. Le pregunté cómo le había ido. Dijo que hacía mucho frío.

—No veo a Peter —dijo Owen, que salió por el torniquete justo detrás de mí.

Pero Ivan sí estaba allí, leyendo una novela de bolsillo. El libro se veía

muy pequeño en sus manos, casi frágil, como si pudiera convertirse en polvo. Estaba bronceado y parecía muy diferente a como lo recordaba, pero al mismo tiempo era inconfundiblemente él. Me alegré tanto de verle que lo primero que le dije en lugar de «Hola» fue «Gracias».

—¿Qué lees? —le pregunté dándole una palmadita en el brazo. Levantó la vista y sonrió. Era *La broma*, de Milan Kundera—. También tengo un libro para ti —dijo—. Está en el coche.

—Este es Owen. También participa en el programa de Peter.

—Ivan —dijo Ivan.

Entrechocaron las manos de un modo masculino, casi airado.

Ivan cogió mi bolsa del hombro y la mochila de Owen y caminó delante de nosotros, tirando de mi maleta con ruedas. Su coche, un Opel gris, estaba aparcado en una cubierta al aire libre azotada por el viento. Owen y su guitarra se acomodaron atrás. Ivan me regaló un librito titulado *Húngaro imprescindible*. En la cubierta había tres mujeres o muñecas, con faldas largas y sin pies, que sostenían unos vasos de vino tinto en equilibrio sobre la cabeza. Ivan arrancó el coche y salió del aparcamiento dando marcha atrás con el brazo alrededor del respaldo de mi asiento.

Hojeé el libro de expresiones. Si lo leyera un marciano, probablemente decidiría evitar Hungría.

«Me gustaría algo para (las mordeduras de serpiente, las mordeduras de perro, las quemaduras, el dolor de encías, las picaduras de abeja). Quisiera un (antiséptico, gasas, vendas, espray nasal). Es un (dolor punzante, dolor sordo, dolor persistente). Siento (náuseas, mareos, flojera, fiebre). Tengo (una enfermedad cardíaca, reumatismo, hemorroides). Duele. Duele mucho. El dolor aparece (cada día, cada hora, cada media hora, cada cuarto de hora). Me duele todo el tiempo. Estoy enfermo. Mi hijo está enfermo. Es urgente. Es grave.

»El inodoro está atascado. Hay un escape de gas. La caldera no funciona. Tengo dolor de muelas. Se me rompió la dentadura postiza. He perdido (mis lentes de contacto, un empaste, el bolso, las llaves del coche, el coche, todo). Alguien me ha robado (el coche, el pasaporte, el dinero, las entradas, la cartera, todo). He tenido un accidente. Me he quedado sin gasolina. Se me ha averiado el coche. Mi coche no arranca. Mi coche está (a un kilómetro, a tres kilómetros de distancia). Tengo (una rueda pinchada, el parabrisas roto). Me parece que el problema está aquí.

»No cuelgue. Hay retraso. Siento llegar tarde. No le entiendo. Creo que esto está mal. No, eso no. Es suficiente, gracias. No quiero comprarlo, gracias. Por favor, pare.»

—¡Oh, gracias! —me acordé de decir.

—Espero que te sea útil —añadió Ivan—. He mirado muchos libros y este es el mejor. No contiene un montón de gramática inútil y la guía de pronunciación es realmente buena.

Miré la guía de pronunciación. «Meg-kairem, hodj vaagh-yoh le aw feyait aish aw for-kaat», ponía.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó Owen. Le pasé el libro—. Es genial —dijo—. Muy útil. Tengo que comprarme uno.

Ivan le indicó a Owen dónde podría encontrarlo. Su muslo derecho oscilaba en el espacio libre entre nuestros asientos. Era demasiado alto para el coche. ¿Solo a mí me parecía que Ivan era alguien mucho más real que el resto de la gente, o era un hecho objetivo? Ahora llevaba pantalones cortos, y era evidente que los llevaba hacía tiempo, pues tenía las piernas igual de bronceadas que los brazos.

En la rampa de entrada a la autopista, mi rodilla izquierda tocó su pierna derecha. Giré las rodillas hacia la puerta. Ivan me miró un momento y luego siguió mirando la carretera.

—Siento que haga tan mal tiempo —comentó—. Me habría gustado enseñarte mi ciudad con mejor tiempo.

—Tu ciudad me parece muy bonita.

Ivan se rio. Entonces me di cuenta de que el cielo estaba casi negro y de que estábamos conduciendo a través de un páramo lleno de almacenes y fábricas.

—Mi tío diseñó esa fábrica —dijo Ivan.

—¿Cuál?

—La más grande y fea.

Ivan empezó a hacerle preguntas a Owen sobre su vida. Owen era estudiante de doctorado en historia y estaba escribiendo una tesis sobre la Ucrania con la palabra «hegemónico» en el título. Dijo que deberíamos comenzar a llamarla solo «Ucrania», sin el artículo determinado delante, porque «Ucrania» en ruso significa «zona fronteriza», y era insultante llamar a todo un país «La Zona fronteriza». Al parecer, si decías simplemente «Zona fronteriza», la gente lo percibía como un nombre propio, que semánticamente no tenía relación con otros significados.

Ivan señaló un coche gris azulado perseguido ruidosamente por una nube de humo azul del tamaño, a su vez, de un coche: eso, dijo, es un Trabant, está propulsado por el mismo motor que una motosierra, fabricado en Alemania del Este con cartón.

—Bueno, con cartón no —admitió Ivan un momento después, aunque nadie había cuestionado su afirmación—. Pero la carrocería es de plástico.

—¿No se derrite?

—No, y ese es precisamente el problema. Ni siquiera puedes quemarlo. Bueno, sí que puedes, pero el humo que despide es tóxico. Así que era indestructible hasta que... —Se echó a reír—. ¡Hasta que los alemanes occidentales desarrollaron una bacteria capaz de comérselo!

Caminamos a través de la galería de un edificio de apartamentos de las afueras. Salió el sol y de repente empezó a hacer mucho calor. Luego volvió a ocultarse detrás de las nubes.

—Me parece que la abuela de Peter vive aquí —dijo Ivan.

Se paró ante una de las puertas y llamó al timbre. Abrió un anciano. Ivan y él se pusieron a hablar en húngaro. ¡Cuántas palabras sabía Ivan que nunca había utilizado conmigo! Estaba acostumbrada a ver cómo los demás tenían que descifrar lo que él decía, pero el anciano se echó a reír al instante y le respondió algo.

—Es el número once —dijo Ivan cuando el hombre volvió a entrar.

Llamamos al timbre del apartamento número once. La puerta se abrió. Apareció Peter. Lo seguimos a una sala en penumbra con las cortinas de terciopelo echadas, un piano de cola y plantas de interior. Había dos mujeres: Cheryl, una de las profesoras de inglés a quien recordaba de la charla de orientación, y una húngara más o menos de la edad de Peter.

Nos sentamos todos, Owen y yo en un sofá con demasiado relleno, Peter e Ivan en sendos sillones el uno enfrente del otro, y la húngara, Andrea, en una silla de madera de diseño anguloso. Cheryl se sentó sobre la alfombra debajo del piano.

—Oye, ¿estás segura de que no prefieres una silla? —preguntó Peter.

Cheryl negó con la cabeza.

—Tengo el bolso aquí —respondió con voz suave.

Andrea acababa de regresar a Budapest y enseñaba inglés. La abuela de Peter estaba fuera, jugando a la canasta. Daniel, otro profesor del programa, era de madre húngara, pero no hablaba el idioma.

—¿Por qué no lo habla? —preguntó Ivan.

—Supongo que porque en Vermont nadie más habla húngaro —dijo Peter.

—Podría hablar con su madre —repuso Ivan.

Me sentí aludida cuando dijo eso, porque normalmente hablo en inglés con mi madre. De repente me pareció infantil... como todo lo estadounidense.

—¿Cómo está Eunice? —preguntó Peter, quien solía pronunciar los nombres propios muy enfáticamente, como si estuviera corrigiendo una mala pronunciación.

—Está bien —dijo Ivan en un tono de voz al mismo tiempo orgulloso y afligido—. Como siempre.

—¿No ha venido a Budapest?

—No, nos encontramos en París y viajamos haciendo autoestop por Italia y Suiza. Luego volvió a casa. Pasará el verano en Cambridge, estudiando con Vogel.

—¿El «viejo tirano»?

—Parece que se llevan bien.

—Ah, ¿se llevan bien? Bueno, estoy seguro de que aprenderá mucho de él. Ivan frunció el ceño.

—No sé cuánto tiempo va a seguir escondiéndose de este modo, antes de convertirse en investigadora. Siempre se esconde detrás de obstáculos así, como Harvard.

—A ella le gusta Harvard.

—Sí, sí, le gusta. No quiere irse de allí. Ya ha estudiado chino clásico, coreano y japonés, pero aun así ha encontrado otra razón para no ponerse con su propio trabajo.

—El chino clásico es muy diferente del chino moderno, ¿no?

—Completamente diferente.

—Pero el japonés le será muy útil.

—¿Por qué?

—Porque ya conocerá algunos de los caracteres chinos.

—Los kanji son solo una pequeña parte del japonés —dijo Ivan—. Toda la gramática está llena de katakana.

—Sí, sé que tienen un alfabeto fonético para las palabras extranjeras, pero la base fundamentalmente son los caracteres chinos.

—No, hay dos alfabetos fonéticos. Uno es solo para las palabras extranjeras.

A medida que hablaban, Ivan parecía cada vez más enfurruñado, mientras que la sonrisa de Peter se iba haciendo cada vez más débil. Llamaron al timbre. Entraron dos chicos: Frank, a quien recordaba de la charla de orientación, y Gábor, un tipo de cejas pobladas al que no conocía y que llevaba una bolsa de plástico llena de zapatos.

—Estoy intentando vender algunos zapatos —soltó Gábor.

—Bueno, de momento déjalos junto a la puerta —dijo Peter.

Ivan y Gábor se saludaron con un movimiento de cabeza, ya se conocían.

—¿Qué tal, Frank? —preguntó Peter—. ¿Conoces a Ivan?

Frank e Ivan habían ido juntos a un curso sobre Dostoievski. Empezaron a criticar al profesor, el mismo que me había dado clase de novela decimonónica. Gábor se sentó a mi lado, me miró fijamente a la cara y pronunció una frase de cuatro sílabas que sonó como un estornudo. Me pregunté si me estaría hablando de los zapatos. Pero cuando lo dijo de nuevo, me di cuenta de que era «Hola, ¿cómo estás?» en húngaro.

—Bien, gracias —respondí.

—¡Gábor! ¡No agobies a mis profesores! —exclamó Peter.

—Tarde o temprano tendrán que aprender —dijo Gábor—. Para sobrevivir.

Cuando llegó el resto de los profesores, todos nos dirigimos al albergue donde pasaríamos la noche. Peter y los demás tomaron el tranvía, mientras que Ivan

me llevó a mí, junto al equipaje, en su coche. Vimos el río con todos sus puentes, y la fachada gótica del edificio del Parlamento que se alzaba en la orilla, tan complejo y orgánico como una formación de coral o algo devorado con fruición por las termitas. Por encima de las lejanas copas de los árboles parecía cernerse una mujer de bronce, que sostenía una hoja sobre la cabeza: monumento, dijo Ivan, a los «libertadores» soviéticos.

Durante el año académico, el albergue era una residencia de estudiantes. En el sombrío vestíbulo, un viejo estaba sentado en un cubículo con una lámpara. Sacó un grueso libro de registros de debajo del mostrador. Ivan se inclinó hacia delante y señaló una de las páginas. El hombre dijo algo en tono brusco. Ivan respondió con una voz persuasiva. No funcionó: el viejo cerró el libro y se cruzó de brazos.

—No quiere darnos las llaves hasta que llegue Peter —dijo Ivan.

Sacamos todo el equipaje del coche y lo subimos hasta la mitad del tramo de escaleras que llevaban al ascensor, en un pasillo oscuro junto a una cantina. Olía a vida allí dentro: a la vida entera de algunas personas. Ivan se apoyó en la pared. Yo me senté sobre mi maleta. Ivan miró el reloj.

—Me pregunto por qué tardan tanto —dijo—. He quedado con mis amigos del instituto cerca del Danubio.

—Ah —dije.

—Van a hacer una barbacoa, con una hoguera. Allí hay cerezos y ciruelos. La novia de uno de mis amigos habla ruso. Por lo menos estudia literatura rusa, así que supongo que también hablará ruso. Ya nos enteraremos. Y todos hablan más o menos inglés. También vendrá mi amigo Imre, de Harvard, quien por supuesto también habla inglés como yo.

—Genial —dije algo desconcertada, sin saber por qué me estaba contando todo eso. Me sorprendió mucho cuando me preguntó si quería acompañarlo—. Claro —respondí.

—¿En serio?

—Solo si no es un inconveniente.

—No digas tonterías. Me apetece mucho.

Ivan dijo que podríamos dejar el equipaje allí e irnos: los demás no se habrían perdido, ya que Peter estaba con ellos. Le pregunté si debía dejar mi maleta con las otras.

—No creo que a los demás les haga mucha gracia tener que subir tu maleta —comentó Ivan—. La llevaré de vuelta al coche.

Fuera, el sol había salido de nuevo. El aire era cálido, luminoso, inmóvil.

—Bueno —dijo Ivan mientras conducía por la ciudad—, ¿cómo te ha ido por París?

—Ha estado bien —respondí—. Hubo momentos algo tensos.

Le expliqué que mi cometido era evitar que Svetlana se sintiera como la carabina de Bill y Robin, algo que Bill no siempre parecía apreciar.

—¿Bill era el chico que estaba a su lado en el avión? Pensaba que era su novio, por cómo estaban durmiendo juntos.

—No, es el novio de Robin.

—¿Y dónde estaba ella?

—En la fila de delante.

—¿También estaba en el avión?

—Sí, en la fila siguiente.

Ivan frunció el ceño.

—Ese Bill es un poco capullo, ¿no? —preguntó.

Me alegré de que lo dijera, porque debía de significar que él no era como Bill, que no se iba a comportar conmigo como Bill con Svetlana.

—No nos llevábamos bien —dije—. Luego llegó la tía de Svetlana y

empezó a decir que cuando tenía nuestra edad daba fiestas para la sobrina del médico de Marina Tsvietáieva. Luego obligó a Svetlana a hacerse un corte de pelo de seiscientos dólares y le regaló un vestido de dos mil. Así que Svetlana tuvo ataques de ansiedad con eso de la feminidad y los vestidos.

—Ajá. ¿Tú también tuviste ataques de ansiedad con la feminidad y los vestidos?

Me sonrojé y de repente me quedé sin habla. Esperó un rato, luego se dio por vencido.

—Háblame de Svetlana —dijo—. Debe de ser increíblemente inteligente.

—Sí —dije—. Piensa de manera muy diferente a mí. Nunca ve las cosas como un hecho aislado, siempre las sitúa dentro de un contexto. Cada cosa que haces es un síntoma de toda tu personalidad y una consecuencia de la historia de la civilización occidental, o una metáfora de la civilización occidental, o algo relacionado con la civilización occidental. En cambio, yo lo veo todo como un caso aislado y me cuesta pensar en la civilización occidental. A veces me impresiona mucho la forma en que ella consigue que encajen todas las piezas. Pero otras me parece que se lo inventa.

Ivan asintió como si entendiera exactamente lo que le quería decir.

—Mi mejor amigo del instituto, Dávid, es igual —dijo.

Intenté pensar en qué podía preguntarle sobre Dávid para prolongar la sensación de que estábamos manteniendo una conversación real. Pero no se me ocurrieron suficientes preguntas, y el momento se esfumó. Al otro lado de la ventanilla brillaban multitud de luces blancas y algunas vallas publicitarias, una con una imagen de un gigantesco helado Magnum y otra con un anuncio de Benetton, que mostraba a una escuálida chica rubia y a un hermoso hombre africano envueltos en una manta. No conseguía imaginarme cómo serían sus vidas.

—¿Qué zona de París te gustó más? —preguntó Ivan.

Pensé en lo que me había gustado de París y lo que no. Le dije que había disfrutado corriendo por el río con Svetlana.

—Íbamos casi cada noche —dije.

—¿Ibas a correr mientras estabas en París? ¿Y eso fue lo que más te gustó?

Asentí.

—Me encantaba ver las luces.

—Mmm. Vale.

—Y a ti, ¿qué es lo que más te gustó?

—Montmartre —contestó al instante—. Me pareció la zona más intensa de la ciudad. ¿Te gustó Montmartre?

—Sí. Pero no sé... Fuimos al Sagrado Corazón por la noche y me dio miedo.

—¿Qué te dio miedo?

—Supongo que la cripta... Estaba pensando en el niño que vimos llorar.

—¿El sagrado corazón? ¿Te dio miedo el sagrado corazón?

—Sí, supongo que me dio miedo el sagrado corazón.

A las afueras de la ciudad, el motor se detuvo en medio de la carretera. Ivan se hizo a un lado en el arcén y el coche se hundió en una zanja arenosa.

—Esto me pasa a menudo —dijo—. Tengo que conseguir agua. ¿Crees que tendrán agua en el restaurante chino?

Estaba mirando un edificio rojo con techo de pagoda. En un cartel rojo con letras pintadas en amarillo se leía RESTAURANTE CHINO en húngaro.

—Creo que en China incluso beben agua —observé.

Esperaba que sonara gracioso, pero no fue así.

—¿Qué? —preguntó Ivan.

—Olvidalo.

—No, dímelo.

—Nada.

—Pero ¿qué has dicho?

—Que creo que sí tendrán agua en el restaurante chino.

—Ajá —dijo Ivan—. Veamos.

Sacó un bidón del maletero y cruzó la calle, que resplandecía bajo el sol. Justo delante de nosotros había una plaza con una estación de tren de cercanías, un quiosco, cabinas telefónicas y una escultura abstracta amarilla, del tipo que Svetlana y yo llamábamos ahora reloj de sol moderno. El sol se reflejaba en las ventanas del restaurante chino, pero en su interior se veían reservados de vinilo rojo y botellas de salsa de soja que se erguían en todas las mesas como mujeres diminutas. Ivan desapareció dentro del local y apareció de nuevo en la ventana. Habló un rato con una mujer china, que finalmente le cogió el bidón, fue a la parte de atrás del restaurante y regresó cargando el recipiente con ambas manos.

—Tenían agua —dijo Ivan mientras abría el capó—. Al principio pensé que la mujer no quería dármele, pero resultó que no sabía húngaro. Por alguna razón, ella sabía alemán.

La manera en que dijo «la mujer» tenía algo de indulgente y divertido.

Desenroscó algo y vertió el agua. El vapor siseó furioso. Iván volvió a subirse al coche y giró la llave. El motor gruñó tres veces y luego se encendió. Pero cuando Ivan quiso volver a la carretera, se oyó un terrible ruido de impotencia y furia, y el coche no se movió: estaba atascado en la arena. Las ruedas giraban y giraban.

—¿Tengo que bajarme? —pregunté bajándome del coche.

Estaba segura de que el coche no se movía por mi peso. Aun así las ruedas seguían patinando sin encontrar resistencia. Ivan puso el coche en punto muerto y bajó para empujar.

—Yo también puedo empujar —dije.

—Será mejor que vuelvas a montarte y manejes el volante.

Me senté en el asiento del conductor y automáticamente me puse el cinturón de seguridad. Luego me lo quité, ruborizada. Puse el brazo derecho en el asiento del pasajero y miré por la luna trasera. Ivan retrocedió un paso y luego lanzó todo su peso contra el parachoques trasero. El coche se bamboleó hacia delante. Ivan apoyó las manos contra el maletero y empujó con todas sus fuerzas. Se le marcaron los músculos, el sudor formó un triángulo en su camiseta y el coche se balanceó hasta que los neumáticos finalmente se agarraron con un sonido rasposo. Giré el volante hacia la carretera. El cambio de marchas era manual, como el del viejo Volkswagen de mi madre. Por el espejo retrovisor vi a Ivan medio corriendo detrás del coche y sentí frustración y envidia. Por supuesto que no podía quererme, no cuando vivía envuelta en tantas capas, cuando me asustaba Montmartre y me ponía el cinturón de seguridad para sacar el coche de una zanja.

El coche subió al asfalto y enderecé el volante. Ivan avanzaba ahora erguido, de modo que su cabeza desapareció del espejo.

Me planteé pasar por encima de la caja de cambios hasta el asiento del copiloto, pero en vez de eso me bajé y rodeé el coche. Ivan se sentó al volante, se frotó las manos sucias de aceite y miró a su alrededor, quizá buscando un pañuelo. Abrí el bolso y saqué una de las toallitas desinfectantes que mi madre me había dado del hospital. Ivan frunció aún más el ceño.

—Uau —dijo con aire lúgubre—. Gracias.

Registré esa información con un suspiro interior: así que se suponía que no debería llevar toallitas desinfectantes.

Ivan embutió el envoltorio y el pañito ennegrecido en el cenicero, arrancó el coche y puso el intermitente.

—Te estaba mirando conducir —dijo—. Lo haces muy bien. Debes de

conducir a menudo.

—Me saqué el carnet hace casi dos años.

—Seguro que hay muchas más cosas que haces muy bien y que yo desconozco.

No dije nada.

Aparcamos en un descampado frente a una tienda de comestibles.

—Es una barbacoa, así que será mejor que llevemos algo —dijo Ivan. La palabra «llevemos» me causó una sensación de angustia, como si ya hubiera hecho algo malo, como si estuviera gorroneando. Hice ademán de salir del coche—. Si quieres, puedes esperar aquí.

Ví cómo entraba en la tienda y empecé a darle vueltas a por qué habría dicho eso. ¿Por qué iba a querer esperar en el coche? Salí, pero no me decidí a entrar en la tienda. Ví una cabina telefónica y me acordé de que le había prometido a mi madre llamarla cuando estuviera en Budapest. Entré en la cabina e intenté llamar a AT&T, pero se necesitaba una moneda para eso.

Volví al coche y me senté de lado con la puerta abierta. En el salpicadero estaba el manual de húngaro. Miré el capítulo que iba de comprar comida, y leí algunas frases que Ivan quizá estuviera utilizando en ese momento. El glosario de «carnicero» incluía el dibujo de una vaca dividida en trece piezas numeradas. Era de lo más curioso que tuvieras que ser capaz de nombrar trece trozos de carne, después de que te hubiera mordido una serpiente y te hubieran robado el coche.

—¿Has aprendido algo útil?

Ivan había vuelto con una bolsa de plástico que parecía pesada.

—Solomillo —dije en húngaro, y le enseñé el libro.

—¿Mmm? —Miró la ilustración—. Ah, podrías trabajar en una planta de

procesamiento cárnico.

Uno de sus amigos salía con una chica eslovena que no hablaba una palabra de húngaro, que se había mudado a Hungría solo para estar con él, y que había encontrado trabajo en una planta de procesamiento cárnico. Ivan la había mencionado más de una vez. En Eslovenia era estudiante de ingeniería.

Caminábamos por una zona pantanosa, entre helechos y árboles raquíticos. Ivan comía galletas con forma de espiral que sacaba de una caja de plástico.

—¿Seguro que no quieres galletas? —preguntó.

—No, gracias.

Apareció un perro callejero. Su enérgica y peluda cola me recordó la hoja de palmera que sostuviera un esclavo egipcio en una película pasada hacia delante a cámara rápida.

—Parece un perro muy gracioso —dijo Ivan. Sostuvo el paquete de galletas a un brazo de distancia por encima de la cabeza del animal. Este bailoteó sobre sus patas traseras y gimoteó—. No te gusta jugar con los perros, ¿no? —observó Ivan. Le tiró una galleta al perro, que la atrapó en el aire. Luego intentó sacar algo de su bolsillo—. ¿Puedes aguantarme esto un segundo? —me preguntó, y me pasó el paquete de galletas.

En cuanto lo cogí, el gracioso perro saltó encima de mí, frotando las patas contra mi vestido.

Alejí el paquete de mi cuerpo y tiré una galleta a unos pasos de distancia. El perro se lanzó corriendo tras ella.

—¡Vaya! —exclamó Ivan en tono disgustado. Al principio pensé que estaba molesto por que hubiera desperdiciado otra galleta con el perro. Entonces miré hacia abajo y vi que mi vestido estaba cubierto de barro—. Lo siento.

—No pasa nada —dije—. Se puede lavar.

Ivan miró al suelo frunciendo el ceño, luego volvió a levantar la vista.

—Sabes que no lo he hecho a propósito, ¿verdad?

—¿Perdón?

—No te he pasado las galletas para que ocurriera esto.

Me dolió tanto el comentario que sentí que me faltaba la respiración. Nunca se me habría ocurrido que lo hubiera hecho a propósito.

—Es mejor que te lo quites —observó—. El vestido.

—¿Que me lo quite?

—Te lo lavaré en mi casa. En esos pueblos puede que no tengan lavadoras. Te lo devolveré mañana.

—No es necesario.

—Es lo menos que puedo hacer. De todos modos, tus cosas están en mi coche, así que puedes cambiarte de ropa.

Ya estábamos volviendo hacia el coche. El perro nos siguió. Ivan se comió las últimas galletas, metió el paquete en una bolsa de plástico y fingió que le daba una patada al perro. El animal salió huyendo.

Ivan abrió el maletero, rodeó el coche y se apoyó en el capó, de espaldas a mí. Abrí la maleta. Toda mi ropa estaba allí, justo como la había colocado en París. Me quité las sandalias y me puse unos vaqueros debajo del vestido. Luego saqué una camiseta. Tan rápido como pude, me quité el vestido y me puse la camiseta.

—¿Estás visible? —preguntó Ivan.

—No lo sé —respondí.

Ivan me dio una bolsa de plástico para meter el vestido sucio. Habría preferido tirarlo al río, pero lo doblé y lo guardé en la bolsa.

—Te lo devolveré mañana —dijo.

Volvimos a cruzar el terreno pantanoso y terminamos en el borde de una playa húmeda, donde un grupo de chicos y chicas jugaban a voleibol. Ivan

gritó algo. Los jugadores saludaron y uno de ellos se acercó a nosotros. Fibrado y angelical, tenía los ojos de color azul intenso y llevaba pantalones cortos blancos y una camiseta blanca sucia.

—Imre, ¿conoces a Selin? —preguntó Ivan.

—No —dijo Imre, mirándome con sus brillantes ojos azules—. Pero he oído hablar mucho de ella.

Imre le dijo a Ivan algo en húngaro y este le contestó.

—Así que estás aquí de visita —me dijo Imre.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Cinco semanas.

—¿Cinco semanas?

—No en Budapest. Estoy en un programa para enseñar inglés en los pueblos.

—¿Te refieres al programa de Peter? ¿Has estado alguna vez en un pueblo húngaro?

—No.

—Allí hay muchas ovejas. ¿Te gustan las ovejas?

Me encogí de hombros.

—No tengo nada contra las ovejas.

—Lo que tendría que haberte preguntado es si te gustan los pastores. Ese es el objetivo del programa, enseñar inglés a los pastores. ¿Te gustan los pastores? ¿Alguna vez has enseñado inglés a pastores? ¿Y bien? —insistió al ver que no le contestaba—. ¿Alguna vez has enseñado inglés a pastores?

—Siempre hay una primera vez para todo —dije.

Una chica de pelo negro rizado le gritó algo a Imre, que se incorporó de nuevo al juego.

—¿Te gusta el voleibol? —preguntó Ivan.

—No —dije—. Pero tú puedes jugar, yo tengo un libro.

—No, a mí tampoco me gusta.

Ivan se sentó en el suelo y tendió a su lado una camisa de manga larga que había traído. Me senté junto a él y automáticamente recogí la camisa. El suelo estaba húmedo. Me di cuenta de que probablemente debería haberme sentado sobre la camisa. Era una camisa suave, de color vino, recordaba habérsela visto en la universidad. La sostuve en las manos mientras veíamos el partido de voleibol. Imre se lanzó sobre la arena, pero la pelota salió volando en la dirección equivocada y casi terminó en el agua.

—¿Qué demonios está haciendo? —exclamó Ivan.

—No tengo ni idea —dije.

Se echó a reír.

—Oye, ¿te apetece que corramos junto a este río?

—¿Qué?

—Podríamos correr por la orilla. Como hacías en el Sena.

—Oh. No, estoy bien.

—¿Por qué no vamos a dar un paseo?

Nos levantamos. Le devolví la camisa e inmediatamente me arrepentí. ¿Por qué no me la había quedado un poco más?

Caminamos un rato hasta llegar a un embarcadero. Ivan me habló de un amigo suyo del instituto que exploraba cuevas neolíticas y coleccionaba rocas. Resultó que algunas de las rocas de su colección eran radiactivas y sus padres le obligaron a tirarlas. A otro amigo le gustaba el submarinismo y fue a Finlandia para explorar los restos de un barco vikingo hundido. El día antes de que los arqueólogos submarinos hicieran el recuento de los hallazgos, se sumergió y puso una estatua de un gimnasta húngaro dentro del barco, que posteriormente se incluyó en el inventario. Después contó una historia sobre el armario de taxidermia de su instituto.

Como sentía que yo también tenía que explicarle algo, le hablé de la vez que mi profesor de biología me despertó tirándome una lamprea muerta a la cabeza.

—¿Una qué?

—Una lamprea.

—¿Qué es eso?

—Una especie de anguila. Nada contracorriente, como los salmones.

—Oh —dijo.

Eso pareció dar por zanjado el tema de la zoología.

—Todo el mundo dice que París es muy caro —comentó Ivan—. Yo no creo que lo sea tanto, ¿y tú?

—Supongo que no.

—El vino es barato, el pan es barato. El queso es barato.

—El pan es barato —admití. No había comprado vino ni queso—. Una vez encontré naranjitas chinas de oferta.

—Hablando de queso: un día nos quedamos dormidos en un banco y alguien nos robó la bolsa de la cámara...

Ivan empezó a toser.

—Oh, no —dije.

—... pero en esa bolsa —siguió diciendo, y me di cuenta de que no era tos, sino un estallido de risa—, ¡solo había queso! ¡Ja!

—Ajá —dije—. Qué divertido.

—Nos reímos un buen rato pensando en el ladrón que, al abrir la bolsa de la cámara, habría visto que solo contenía queso. —Al cabo de un instante, Ivan dejó de reírse y se aclaró la garganta—. Ahí está ese perro otra vez.

Tenía razón. Era el mismo perro.

—Tiene unos ojos tan expresivos... —dijo—. Casi dostoievskianos.

—¿Ah, sí?

—Creo que sí. ¿Te gusta Dostoievski?

—Más o menos. —Lo miré un momento—. ¿A ti te gusta Dostoievski?

—Sí —dijo.

Le hice mimos al perro, le acaricié la frente y las sedosas orejas. Se sentó, cerró los ojos y barrió el suelo con la cola. Le doblé las orejas hacia fuera. El perro sacudió la cabeza para devolverlas a su posición natural.

—No le gusta tener las orejas hacia fuera —dije.

—Comprensible, ¿no? —Ivan me rozó la oreja con el dorso de la mano. Sentí, llena de miedo, que se me tensaba el cuerpo. Y aun así, sabía que quería que me tocara... ¿no? ¿No era esa mi táctica general?—. ¿Te gustaría que alguien decidiera doblarte las orejas? —preguntó mientras me tiraba ligeramente del lóbulo.

El miedo se hizo más intenso y me bajó hasta el estómago. Sabía por el seminario de Shakespeare que las orejas eran una zona erógena. ¿Se estaba burlando de mí... o de mi táctica general? ¿Y tenía razón al decir que había torturado al perro?

—No —respondí.

Apartó la mano. El suelo parecía hundirse, y de hecho se hundía: no estábamos sentados en un embarcadero, sino en una plataforma de madera que flotaba en el agua. El perro dio un pequeño paso para recuperar el equilibrio y meneó la cola.

—¿Y si tiro el perro al agua? —preguntó Ivan.

—¿Por qué ibas a querer hacer eso?

—Cuando veo un río, me entran ganas de tirar algo al agua. Y no puedo tirarte a ti.

Sabía que era una broma, pero me sentí insultada y humillada.

—Oh —dije.

Suspiró.

—Creo que no te gusta la idea de tirar el perro al agua.

Ivan contó otra historia. Su novia y él querían ir a Verona, pero cuando se subieron a un coche y dijeron «Verona», los italianos dijeron «¡Ah, Roma!». Y tuvieron que repetir «¡Verona, Verona!». Esa era toda la anécdota.

—¿Y al final llegasteis a Verona? —pregunté.

—Sí —dijo. No parecía querer hablar más de Verona—. ¿Y qué es lo que no te gusta de Dostoievski?

Lo pensé.

—Me incomoda y me cansa.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿A qué crees que se debe?

—Se inventa todos esos problemas supuestamente complicados y luego se mete hasta el fondo en ellos... en plan, esto es terrible, una humillación intolerable, cómo puede un hombre rebajarse hasta tal punto. Pero a mí nada de eso me parece especialmente terrible, humillante o complicado. Y como no consigo meterme a fondo, me incomoda. Y me cansa.

—Vaya. ¿Y te pasa lo mismo incluso con *Crimen y castigo*?

Asentí.

—Hace eso tan ruin y deprimente de matar a una anciana; y, en lugar de algo ruin y deprimente, se supone que es una asombrosa crisis filosófica.

—Pero ¿no crees que hay un conflicto filosófico? ¿No crees que en cierto modo está justificado que Raskólnikov la mate? ¿Y si era la única manera de que pudiera estudiar?

—Supongo —dije—. Pero ¿por qué debería ser esa la única salida? ¿Por qué no podía hacer otra cosa?

—Entonces no habría historia.

—Tal vez no.

—¿Acaso no es una pregunta legítima: por qué es tan malo, a efectos prácticos, matar a una anciana a la que nadie quiere? Personalmente, esa vieja me saca de quicio. A menudo veo a mujeres como ella en el tranvía. Dan por sentado que les cederás el asiento. A veces estoy leyendo y me pone furioso tener que cedérselo a una de esas mujeres mayores, para que pueda ir sentada sin pensar en nada.

Me pregunté por qué me habría contado algo tan terrible sobre sí mismo.

—¿Has notado una gota de lluvia? —pregunté.

Ivan frunció el ceño.

—Sí.

Volvimos al coche y esperamos dentro a que dejara de llover.

—¿De qué estábamos hablando? —preguntó Ivan.

—De que está bien sacrificar a ancianas si eso propicia tu desarrollo intelectual —dije.

Se rio.

—No estoy diciendo que yo mataría a nadie. Solo que tengo fantasías violentas cuando voy en el tranvía y que eso me ayuda a entender a Dostoievski. ¿Nunca piensas ese tipo de cosas?

—No lo sé —dije—. Naturalmente, a veces me pasa que estoy muy cansada y no quiero cederle mi asiento a una persona mayor en el autobús. Pero eso es algo que me deprime, no que me ponga furiosa, porque sé que algún día yo también seré una anciana y estaré incluso más cansada que ahora. Nunca he pensado que tenga más derecho a ir sentada por estar leyendo un libro. —Preocupada por que hubiera sonado demasiado mojigata, añadí—: Quizá sea porque nunca leo en el autobús: me mareo.

Ahora había más compañeros de clase de Ivan. Estaban sentados alrededor de una hoguera, arrancando la corteza de unas ramitas en las que ensartaban trozos de grasa de tocino. Sostenían la grasa sobre el fuego, luego la dejaban gotear sobre el pan y se lo comían. El tocino no, solo dejaban que goteara sobre el pan. Ivan afiló una rama para mí. Cuando la grasa de tocino cruda llegó hasta mí en una bandeja de poliestireno, cogí un trozo y me esforcé en atravesarlo con la rama. El problema era que en realidad no quería tener un trozo de tocino ensartado en una rama.

—Lo haces con demasiado recato —dijo Ivan.

Cogió el tocino y lo clavó en la rama.

La mantuve sobre el fuego un rato, pero no podía imaginarme comiéndome eso o dejándolo gotear sobre algo, así que la retiré.

—Creo que tienes que haber comido esto desde niño para disfrutarlo —dijo a modo de disculpa mientras cortaba una rebanada de pan.

Algunos amigos de Ivan me preguntaron de dónde era. Aguzaron el oído cuando les dije que mi nombre era turco, pero inmediatamente perdieron todo interés cuando les dije que había crecido en Estados Unidos. Pronto dejaron de hablar conmigo y se pasaron al húngaro. Entendí muchas de las palabras que decían, porque en su mayoría eran números. Intercambiaban esas afirmaciones plagadas de números en húngaro, y se reían a carcajadas. Todos habían ido a un instituto especializado en matemáticas.

—Están hablando de la cantidad de lastre que hay que soltar de un globo aerostático —explicó Ivan—. ¿Seguro que no quieres pan? Al menos cómete un tomate.

Había oscurecido. Miré fijamente el fuego y conté los diferentes colores: naranja, amarillo, blanco, azul. Me comí un tomate.

Alguien cerca de mí repetía una palabra que sonaba como «Sonia».

—¡Sonia, Sonia! —Me pregunté qué significaría—. ¡Sonia... Selin!

Me di cuenta de que era Imre, que me llamaba Sonia, y me sentí tan traicionada que apenas pude hablar.

—¿Sí? —acerté a decir al fin.

—El pan —dijo Imre.

Lo miré.

—¿Qué?

—Detrás de ti, en la bolsa.

Me volví. En efecto, había una bolsa de pan. Se la pasé. No la cogió.

—Tienes que aplicar el cuchillo —dijo sonriente.

—¿Perdón?

—Tienes que aplicar el cuchillo al pan.

—Quiere decir que tienes que cortar un trozo —dijo Ivan—. Tú tienes el cuchillo.

No se equivocaban: el cuchillo del pan estaba justo a mi lado. Miré el cuchillo, luego a Ivan, después a Imre y de nuevo a Ivan. Un instante después, Ivan cogió el pan y el cuchillo, cortó una rebanada y se la dio a Imre.

—Gracias —dijo Imre.

Me levanté.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó Ivan.

—Debería llamar a mi madre —dije—. Para decirle que he llegado bien.

—¿Ahora? No sé si hay algún teléfono por aquí.

—Vi una cabina cerca de donde aparcaste. Delante de la tienda.

—¿Sí? ¿Por qué no llamaste cuando estábamos allí?

—No tenía monedas.

Frunció el ceño.

—Podrías haberme pedido una.

No respondí.

—Ahora tampoco tienes monedas, ¿verdad?

—No.

—¿Y cómo vas a llamar?

—Compraré algo en la tienda y me darán cambio.

—Quizá la tienda ya no esté abierta. ¿Tienes florines?

—Tengo cheques de viaje.

—¿Cheques de viaje? ¿Por qué tienes cheques de viaje?

Me sentí de lo más miserable. ¿Por qué alguien tenía algo?

—Porque estoy viajando —dije.

Mi madre me había conseguido los cheques de viaje. Yo los había firmado en nuestra mesa del comedor.

—Es mucho mejor utilizar la tarjeta. Puedes ir directamente a un banco y te darán un tipo de cambio más ventajoso.

—No he traído mi tarjeta. No sabía que aquí podría usarla.

—Te iría mejor que los cheques de viaje.

Ivan hurgó en su bolsillo.

—Yo tampoco tengo cambio. Iré contigo a la tienda.

Me volví a sentar.

—Déjalo, ya llamaré mañana.

—Pero ¿tu madre espera que la llames hoy?

—Bueno... Quizá se haya olvidado del día exacto.

—Ajá. Pero si no lo ha olvidado, puede que esté preocupada, ¿no?

No respondí.

Ivan se aclaró la garganta y dijo algo a sus amigos, señalando con la cabeza en mi dirección. Reconocí la palabra «madre», que se repitió alrededor de la hoguera en diferentes formas diminutivas: *anya*, *anyu*, *anyus*, *anyuska*.

La tienda aún estaba abierta.

—Siento lo de la comida —dijo Ivan—. ¿Te apetece algo de comer? ¿Unas galletas?

—No, gracias.

De todas maneras, compró galletas y me dio una moneda.

—Pero necesitarás algún código, ¿no? —dijo—. ¿Sabes cuál es?

—Sí.

—¿Ah, sí? Oh, pues perfecto.

Se quedó delante de la cabina telefónica, de espaldas a mí. Entré y marqué el número.

Eché un vistazo al reloj mientras sonaba el teléfono. En Nueva Jersey eran las cuatro de la tarde. Mi madre descolgó.

—¿Ya has llegado? ¿Dónde estás? —preguntó en turco.

—Estoy en Budapest —contesté—. Acabo de llegar.

—¿Va todo bien? ¿Fue a buscarte tu amigo? ¿Se comporta como un ser humano?

—Todo va bien. Todos se comportan como seres humanos.

—Pero no te oigo bien. ¿Desde dónde llamas? ¿Está tu amigo húngaro también ahí?

—Estoy en una cabina. Mi amigo húngaro está esperando fuera.

—¿Está esperando fuera? Bueno, no te entretengo más. Pero que no me olvide de decirte esto: te han llamado. ¿Solicitaste un trabajo para este verano en Turquía como investigadora?

—No —dije—. Oh, quiero decir... sí, para *Let's Go*, una guía de viajes.

—*Let's Go*, eso. Te llamaron. Quieren que vayas a Turquía ahora, para ocho semanas. Les dije que seguramente no podrías, pero que te lo preguntaría de todos modos.

—No, no puedo irme de aquí así como así. Podría ir en agosto.

—En agosto, ¿verdad? Eso es lo que les dije. Pero me dijeron que tenías que ir inmediatamente y pasar allí ocho semanas.

—Entonces no puede ser.

—Parecían disgustados... como si de verdad quisieran que fueras.

—Pero han pasado siglos desde que me presenté a ese trabajo y me rechazaron.

—¿Te rechazaron? Bueno, pues ahora se han arrepentido. Dijeron que el chico que fue tuvo problemas emocionales en Turquía y que había regresado a Boston. —Dijo «problemas emocionales» en inglés—. Ya me imaginé que no podrías ir. Pero no puedo evitar pensar en lo agradable que sería que estuvieras ahora en Turquía, en lugar de tener que ir por esos pueblos húngaros de Dios.

—Soy muy necesaria en esos pueblos húngaros de Dios.

—¡Oh, sí, claro, eres lo único que les faltaba a los pueblos húngaros!

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Ivan mientras volvíamos a la hoguera—. ¿Se alegró de que la llamaras?

—Sí. —Le conté lo de *Let's Go* y lo del chico con problemas emocionales—. Tal vez sea cierto que todos los investigadores acaban sufriendo una crisis nerviosa en Turquía. Me pregunto si yo habría tenido una crisis nerviosa.

—¿En Turquía? Tú allí no tendrías una crisis nerviosa. Tú les provocarías una crisis nerviosa.

Le perdoné muchas cosas cuando dijo eso. Le perdoné casi todo.

La hoguera se estaba apagando. De vez en cuando una rama se desintegraba en brasas ardientes y toda la estructura del fuego disminuía algunos grados. Ivan

me ofreció un trozo de sandía.

Finalmente apagaron el fuego, se levantaron y recogieron las botellas y la basura. Ivan hablaba con Dávid, Imre y un chico con una chaqueta de cuero.

—Nos vamos —me dijo Ivan—. Nos llevamos a algunos con nosotros.

«Hola», empezaron a decirse unos a otros. «Hola, Hola.» «Hola» significaba tanto hola como adiós. Nunca me cansaría de ver a los húngaros decirse hola unos a otros con voz seria, dar media vuelta en direcciones opuestas y marcharse.

Cuando llegamos al Opel, la tienda estaba cerrada. Los tres chicos se sentaron en la parte de atrás, y yo delante, con Ivan. El coche olía a grasa de tocino y a hoguera. Me quedé dormida casi al instante.

—¿Lo has pillado, Sonia? —me preguntó Imre en un momento dado.

—No —respondí.

—Qué pena —dijo—. Ha sido muy gracioso.

Eso, de hecho, me hizo reír. Menudo gilipollas, pensé, y me volví a dormir.

El coche se detuvo e Imre y el chico de la chaqueta de cuero se bajaron en la esquina desierta de dos calles sin luz.

—Ya hemos dejado a dos —me dijo Ivan, dando marcha atrás en un callejón—. Tú eres la siguiente.

Atravesamos el centro de la ciudad, pasamos por todos los puentes iluminados y los hoteles internacionales, donde los adultos se alojaban por razones que nada tenían que ver con las barbacoas, y después subimos hasta la colina del Castillo, donde Ivan dejó a Dávid en una calle estrecha flanqueada por edificios góticos.

—He decidido que sería más rápido pasar por aquí primero y luego dejarte en el albergue a la vuelta —dijo.

Era casi la una cuando llegamos al albergue. Todas las luces estaban apagadas.

—No había pensado en el toque de queda —dijo Ivan mientras aparcaba el coche—. Tendré que hablar con el portero.

En el oscuro vestíbulo, el mismo viejo estaba sentado en el mismo cubículo con la lámpara amarilla. Ivan y él discutieron. El viejo repetía la palabra «hora».

—Larguémonos de aquí —dijo finalmente Ivan. Volvimos al coche. Me explicó que el portero no me dejaba entrar—. Creo que en mi casa habrá sitio para que puedas quedarte esta noche —añadió arrancando el motor—. Conocerás a algunas de mis hermanas.

Poco después circulábamos por una carretera sin señalizar y mal iluminada, sin apenas tráfico. Los faros alumbraron a cuatro o cinco chicas flacuchas junto a la carretera en la oscuridad: piernas desnudas, faldas cortas, caras pálidas. Parecían de mi edad, tal vez más jóvenes.

—Es increíble el número de prostitutas que hay —comentó Ivan—. Cada vez que vengo la cosa está peor. Ahora ya han llegado hasta aquí.

Por su tono de voz parecía compadecerse de las prostitutas, pero también como si las estuviera criticando.

Tomamos una carretera más estrecha y oscura. Ivan encendió las luces largas. De repente frenó y extendió su brazo derecho delante de mí. Un animalito apareció delante del coche. Se quedó allí paralizado a la luz de los faros, con los ojos brillantes, como si un pedacito de su voluntad nos estuviera iluminando desde el interior de su cabeza. Luego se escabulló.

—¿Has visto lo que era? —preguntó Ivan.

—No —dije.

—Quizá un gato —respondió él—. O una rata.

—Oh.

—Mira a qué lugares tan horribles te llevo. Debes de confiar mucho en mí. Sentí una punzada de dolor.

—Por supuesto que confío en ti.

Frunció el ceño.

—Bueno, en realidad no te he traído a ningún sitio horrible. Aquí es donde vivo.

El camino de grava, cubierto de arbustos, terminaba en una entrada circular frente a dos casas de estilo moderno con muchos ventanales oscuros y un jardín oscuro en penumbra. La luz de los faros destelló sobre una especie de piscina. Ivan llevó mi maleta hasta la puerta de una de las casas. Entramos y avanzamos por un pequeño pasillo.

—Creo que mi hermana pequeña está durmiendo en la sala de estar —susurró—. Deberíamos dejar aquí los zapatos.

Oí pasos que descendían apresuradamente por una escalera, y una chica delgada y pálida apareció corriendo. Llevaba gafas de montura metálica, un camisón de franela, calcetines de lana, y tenía una expresión de loca alegría. Acarició el brazo de Ivan, mirándolo radiante a él y luego a mí.

—Esta es mi hermana Edit —dijo Ivan.

Le tendí la mano y la estreché entre las suyas, así que yo también le tomé las dos manos y nos echamos a reír. Intercambió unas palabras con Ivan y salió de la habitación. La oí subir corriendo las escaleras.

—Está de muy buen humor —observó Ivan.

—Ya me he dado cuenta.

—Acaba de tener su primera cita con un chico —dijo.

Cuando oí la palabra «cita», se me cambió la cara: la alegría que me había inundado al ver una persona tan feliz y encantadora se desvaneció, y no podía ocultarlo.

Subimos el primer tramo de unas escaleras y entramos a una gran sala con librerías de acero.

—Nosotros mismos diseñamos esta casa —comentó Ivan.

Continuamos por una estrecha escalera de caracol que daba a una gran habitación oscura. A través de una ventana alargada, que parecía la ventanilla de un autobús, vi destellos de luces en una colina lejana. Ivan subió detrás de mí con la maleta y encendió una lámpara. Estábamos en un espacioso desván de techo inclinado y con un tragaluz. Había una cama enorme, como una isla sobre una plataforma elevada.

—Aquí era donde dormía durante mi último año de instituto —dijo Ivan—. Ahora es la habitación de mi hermana pequeña. Pero me dijo que mientras estuviera aquí me dejaría mi antigua habitación y que ella dormiría en la sala de estar. Me negué, por supuesto, pero resulta que le encanta dormir en el sofá. Sin embargo, a mi padre le molesta que, cuando se va a trabajar por la mañana, haya gente durmiendo en la sala de estar.

La cabeza de Edit asomó por la parte superior de la escalera.

—Solo he encontrado ropa de cama pequeña. ¡Lo siento! —dijo mientras entraba en la habitación.

Empezó a sacar las almohadas de las fundas. Eran cuadradas y por lo menos el doble de grandes que cualquier almohada que hubiera visto nunca en una cama.

—Te enseñaré dónde está el baño —dijo Ivan.

Lo seguí abajo hasta la cocina y luego bajamos más escaleras hasta llegar a un rellano con paredes rojas. El inodoro estaba en una habitación separada y la bañera en otra.

—Mis padres duermen al otro lado —añadió—. Trata de no hacer ruido.

Asentí.

—Ahora me gustaría hablar con mi hermana —dijo—. Y tú probablemente quieras dormir.

—Sí.

—Te despertaré por la mañana.

—De acuerdo —dije—. Gracias.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando salí del baño, Ivan y Edit estaban sentados en la cocina a oscuras y nos dimos otra vez las buenas noches. Edit me preguntó si me gustaría ducharme. Respondí que podía esperar hasta el día siguiente.

—Pero ahora te sentirías mejor —dijo Edit.

—Sí, dúchate —añadió Ivan—. Has tenido un día muy largo.

De hecho, no solo había sido largo sino también maloliente. Subí a coger mi champú y una muda de ropa limpia y volví a bajar. El baño me recordó a Turquía: ducha de mano sin cortina, taburete de plástico y Fa de limón. Una corriente de aire se filtraba por una ventana cerca del techo. Del grifo de agua caliente salió un chorro tibio. Me costó un poco desnudarme. No me miré al espejo.

Me moví con cautela porque tenía miedo de que el suelo se mojara o de hacer ruido, y me lavé dos veces el pelo con el champú de albaricoque para niños que Svetlana y yo habíamos comprado de oferta en Monoprix. El agua empezó a salir fría. Aún olía a barbacoa. Me volví a lavar el pelo con agua fría por tercera vez y finalmente dejé de oler a humo.

La cocina estaba tan oscura y silenciosa que parecía que hubiera estado vacía durante años. Cuando regresé al desván, donde había dejado la luz encendida, me fijé en una blusa de manga corta y una falda vaquera tiradas en el suelo, así como en un telescopio sobre una alargada mesa de madera bajo la ventana. Quise mirar por el telescopio, pero me sentí incómoda, como si estuviera curioseando en el botiquín de alguien. El botiquín de Dios. Bueno, ¿qué cambiaba si veía algunas estrellas?

Todavía no daba crédito a lo grande que eran la cama y las almohadas. Me pregunté qué habría pasado si Edit no hubiera cambiado las fundas. ¿Lo habría hecho Ivan, simplemente me habría dado unas fundas limpias, o no se habrían cambiado?

Las sábanas, sin embargo, no se habían cambiado y dentro de la cama había todo tipo de cosas. De entrada, encontré un calcetín, un despertador y un billete de metro de París. Poco a poco aparecieron otros objetos: un lápiz, otro billete de metro, dos billetes amarillos del tren regional de París y un ejemplar del *Let's Go* de Tailandia con un marcapáginas en «Bangkok: Dónde alojarse». Mientras pensaba en toda la otra gente que debía de haber dormido allí, apagué la lámpara, y entonces la única luz fue la que llegaba de las lejanas colinas, al otro lado de la ventana.

En el desayuno conocí a la madre de Ivan, que era idéntica a Edit. Al principio me sorprendió que fuera tan joven, pero luego recordé que Ivan parecía mayor que yo, aunque teníamos más o menos la misma edad, así que nuestras madres debían de ser de la misma generación. Conocí a la hermana pequeña de Ivan, Ilona, que llevaba un vestido largo de verano desteñido. «Ilona», anunció en tono solemne cuando nos dimos la mano. No me sonrió, pero me miró a los ojos con una expresión abierta y seria. La madre de Ivan me dijo que era estupendo que estuviera allí para poder conocerlos a todos. Solo faltaban dos hermanas de Ivan: una estaba en un campamento de folclore en Transilvania, y la mayor en el hospital de Pest, con el padre de su novio.

—Me temo que se está muriendo —añadió la madre de Ivan, refiriéndose al padre del novio de la hermana de Ivan—. Pero eso significa que tendrás que volver para conocer al resto de la familia.

Ivan bajó mi maleta. Comprendí que el resto de mi vida consistiría en hacer

que Ivan sacara y metiera mi maleta en el viejo coche de su madre, hasta el fin de nuestros días. Antes de dirigirnos a la casa de la abuela de Peter, teníamos que dejar a Edit en la estación del tren de cercanías. Mientras esperábamos a que recogiera sus cosas, Ivan me enseñó el jardín. Había vuelto a llover y sentía el suelo mullido bajo los pies. Caminamos entre las sandías pequeñas y las rosas mustias de finales de junio, bajo los árboles frutales. Ivan me dijo cómo se llamaban en húngaro «cereza» y «guinda» y me preguntó si en turco también había dos palabras diferentes para nombrarlas, y cuál de las dos prefería. Yo prefería las frutas dulces, pero sabía que sonaría infantil decir eso.

—¿A ti te gustan más las ácidas? —pregunté.

—Sí, las ácidas son más interesantes. Las dulces no tienen un sabor tan distintivo. Pero ahora están maduras.

Cogió dos cerezas oscuras, casi negras, y me ofreció una.

Había un estanque alargado de plástico, lleno de carpas anaranjadas, gordas y brillantes, con aletas transparentes y unas lastimeras bocas redondas que se abrían y cerraban. Pedían y pedían.

—Qué peces tan hermosos —exclamé.

—Son un quebradero de cabeza —dijo Ivan.

En invierno tenían que capturarlas y meterlas dentro.

A través de la ventana polvorienta de un anexo, señaló el acuario de invierno de las carpas.

Edit apareció con una falda larga y botas; como si ya fuera otoño, tiempo de que ocurrieran cosas, y el verano quedase atrás.

En el apartamento de la abuela de Peter, Cheryl estaba otra vez sentada debajo del piano y Andrea enseñaba a todos a decir «por favor» en húngaro.

—¿Así que no pudisteis entrar? —preguntó Peter.

—El portero no quiso darnos la llave —dijo Ivan.

—¿Por qué no le dijiste a tu compañera de habitación que llegarías más tarde? —me preguntó Peter—. Te habría dejado la llave abajo.

—No sabía quién era mi compañera de habitación —dije.

—Tu compañera es Dawn.

—Hola —saludó sonriente una chica rellenita y pelirroja con una camiseta que decía EVITA LA CONFUSIÓN.

—Hola —dije.

—Podrías haberme preguntado —dijo Peter.

—No lo pensé. Lo siento.

—No tienes que sentir nada —intervino Ivan—. Seguro que el portero tenía una copia de la llave, pero está claro que no quiso ayudarnos. Probablemente tendríamos que haberlo sobornado.

—¿Le disteis el nombre de Andrea? —preguntó Peter a Ivan.

—Le di tu nombre.

—Pero te dije que fue Andrea quien hizo las reservas.

—No, creo que no me lo dijiste.

Peter sonrió a Ivan y me dio una palmadita en el hombro.

—Bueno, lo importante es que estás aquí. Pongamos ese equipaje en un lugar donde mi abuela no se tropiece con él y se rompa el cuello. Estupendo. ¿Nos vamos ya?

—Peter os va a llevar a hacer turismo —me dijo Ivan mientras los demás se levantaban—. Yo tengo cosas que hacer.

—Vale.

—Tienes mi número de teléfono —dijo.

Salimos todos del apartamento en fila y fuimos por la galería hasta las escaleras. Ivan se quedó un poco atrás.

—Ve con ellos —dijo—. Te conviene hacerte amiga de esa gente. Después de todo, será a ellos a quienes llames si tienes algún problema cuando estés en los pueblos. —Cuando dijo eso, el mundo pareció detenerse—. Quiero decir —añadió al ver mi cara—, cuando yo esté en Tokio.

—De acuerdo —dije, abriendo mucho los ojos para evitar que las lágrimas corrieran por mis mejillas.

Hablar con Dawn resultaba tan diferente a hablar con Ivan que casi parecía que Ivan hubiera dejado de existir. Me preguntó cómo había conocido a Peter. Le dije que era amigo de un amigo. Dawn había conocido a Peter unos meses antes en la London School of Economics. Londres era genial, especialmente la sidra. El inconveniente era que los mocos se te ponían negros. Era un fenómeno totalmente democrático: incluso la princesa Diana tenía los mocos negros. Por suerte, era algo pasajero.

—Este es solo mi segundo día en Budapest, y cuando me sueno los mocos ya casi no salen negros. Seguro que el aire aquí es muy limpio. Hablando de todo esto, espero que Peter nos lleve a algún lugar donde podamos comprar papel higiénico, porque no tienen en el albergue. Me parece que utilizan papel de periódico. Había montones de periódicos viejos en los lavabos. Se nota que aquí la mayor parte del tiempo solo viven chicos. No se lo he preguntado a Peter, pero estoy segura de que en Budapest tienen que vender papel higiénico. ¿No crees?

—Supongo —comenté.

—Sí, Budapest es una ciudad totalmente moderna. Apuesto a que solo son esos chicos universitarios los que utilizan papel de periódico. Los universitarios son unos guarros en cualquier país. Sea como sea, voy a hacerme con un buen cargamento aquí, por si tampoco tienen papel higiénico

en los pueblos.

Cuando volví a mirar al aparcamiento, ya no vi a Ivan. Tampoco vi su coche.

Peter nos llevó primero a una oficina de American Express. Al igual que yo, todos cambiaron cheques de viaje o dólares: nadie utilizaba tarjeta. La siguiente parada fue una librería, donde la gente compró guías de conversación. Había una estantería con libros en inglés. Cogí uno que se titulaba *Los mejores cuentos populares húngaros de un minuto*. El primero, «Sobre la trivialidad de las conversaciones», estaba escrito en forma de diálogo:

—¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias, ¿y tú?

—Bien, pero ¿por qué arrastras detrás de ti esa cuerda?

—No es una cuerda, son mis intestinos.

Así acababa. Esa era toda la historia. Me quedé anonadada. ¿Acaso ese miedo a la mazmorra de la trivialidad de las conversaciones, que yo había tomado por una de las particularidades de Ivan, era en realidad un rasgo del carácter nacional húngaro? ¿Cómo podías separar la procedencia de alguien de su personalidad?

Hojeé un libro titulado *Antología de textos para estudiantes de inglés como lengua extranjera*. Estaba repleto de consejos terribles. Si un estudiante muy tímido no quería participar, el libro decía que había que poner las mesas de los demás en círculo alrededor de la del «alumno pasivo» y hacer así el resto de la clase. Cuando alguien levantara la mano para preguntar, contestar o comentar algo, tendrían que dirigir la pregunta o el comentario no a ti, el

profesor, sino al alumno pasivo, que debería esforzarse por responder.

—Este libro parece bastante útil —dijo Owen, hojeando otro ejemplar del mismo—. Tiene un montón de ejercicios buenos.

Eché un vistazo a los ejercicios. «El perro al que el chico da una patada es rojo. Rodea con un círculo la imagen correspondiente.» Los dibujos mostraban a un perro rojo dando una patada a un chico, un perro dando una patada a un chico rojo, un chico rojo dando una patada a un perro, y un chico dando una patada a un perro rojo. Era el tipo de test que se utilizaba para diagnosticar la afasia de Wernicke.

—Creo que voy a comprarlo —decidió Owen—. ¿Quieres que lo compremos a medias? Uno lo lee aquí en Budapest, el otro lo tiene en el pueblo y al final lo deja allí de regalo.

No quería leer el libro, ni en Budapest ni en el pueblo, pero tampoco quería parecer arrogante, por lo que acepté y pagué la mitad. El libro no era caro pero sí pesado, y como Owen no llevaba bolsa acabé cargándolo todo el día.

Pasamos la tarde haciendo turismo. Vimos una iglesia en cuya cripta descansaban los restos de un rey y una reina de ochocientos años de antigüedad. Durante la dominación turca había sido una mezquita. Una vidriera representaba varias escenas de la vida de san Esteban de Hungría, incluida la muerte de su hijo durante una cacería de osos.

—Parece ser que los patrones geométricos de los mosaicos están inspirados en diseños islámicos —me contó Peter—. ¿Ves alguna similitud?

—Supongo —dije vacilante.

—Oh, ¿supones?

Visitamos un teatro que antes había sido un monasterio carmelita y de cuya remodelación se había encargado Kempelen Farkas, más conocido como Wolfgang van Kempelen, el inventor del Turco, el autómeta que jugaba al ajedrez. Vimos un colosal monumento del color del increíble Hulk que

representaba a siete conquistadores húngaros a lomos de caballos de aspecto biónico. Un caballo tenía cuernos. La mano derecha de san Esteban se conservaba dentro de una caja en algún lugar. El puente de las Cadenas había sido reconstruido después de cada guerra mundial. Según decían, el escultor de las estatuas de los leones se había ahogado a causa de la vergüenza, ya que no les había hecho lengua a sus leones; aunque otros afirmaban que, si mirabas bien en el interior de sus fauces, podías ver sus lenguas allí.

La isla Margarita se llamaba antiguamente isla de los Conejos, bien porque los turcos que construyeron un harén allí fornicaban como conejos, bien porque los primeros reyes húngaros, a quienes les gustaba la caza pero que no tenían bosques cerca de la ciudad, habían llevado a todos los conejos a la isla para cazarlos. Durante la invasión tártara, Béla IV juró que entregaría a su hija Margarita a Dios si derrotaba a los invasores. Cuando los tártaros fueron derrotados, Béla hizo construir un monasterio en la isla y envió allí a Margarita. Tenía nueve años. Se hizo monja, nunca se lavó por encima de los tobillos y murió a los veintiocho años.

—En realidad nadie sabe por qué se llama el Bastión de los Pescadores —dijo Andrea cuando llegamos al Bastión de los Pescadores—. Según algunos, se debe a que la cofradía de pescadores defendió el castillo. Según otros, porque antes había aquí un pueblo de pescadores. Según unos terceros, porque en la Edad Media había un mercado de pescado.

—Ninguna de esas cosas excluye a la otra —dijo Owen—. Quiero decir, ¿no podrían ser las tres opciones ciertas?

Andrea lo miró con aire misterioso.

—Quién sabe...

—Esta plaza no debe su nombre a una manta, ¿no? —le pregunté a Andrea en la plaza Batthyány, porque en turco «manta» se decía *battaniye*.

—La plaza lleva el nombre del conde Batthyány —dijo Andrea.

—Owen me ha dicho que habéis comprado un libro interesante —dijo Peter. Saqué de la bolsa la *Antología de textos para estudiantes de inglés como lengua extranjera*.

—Selin lo vio primero —dijo Owen.

—¿Me lo prestas? —preguntó Cheryl.

—Claro —repose—. ¿Quieres quedártelo ahora?

—Oh, no... Léelo tú primero.

Me sorprendió descubrir que Cheryl ya tenía veintitrés años, porque parecía muy joven con su cabello rizado y su diminuta cara puntiaguda. Llevaba una camisa de rayas, pantalones cortos blancos y sandalias blancas, como Piglet, el cerdito de Winnie the Pooh, y un bolsito en bandolera. Al principio sentí cierta afinidad con Cheryl, porque era la única que, al igual que yo, quería aprender realmente húngaro: bajo el brazo llevaba la misma edición de *Aprende húngaro por tu cuenta*, que yo tenía escondida en mi maleta. Mientras yo estudiaba en secreto y fingía que no entendía nada, Cheryl practicaba en los restaurantes y hacía preguntas sin cesar a Peter. A veces preguntaba sobre incoherencias del libro que me habían desconcertado también a mí y entonces me sentía muy unida a ella.

Me impactó darme cuenta de que, al igual que yo estaba interesada en el húngaro por Ivan, Cheryl lo estaba por Peter. Éramos muy parecidas, salvo por el hecho de que éramos muy diferentes, porque mientras que a mí me ponían tensa y recelosa los idílicos comentarios de Ivan sobre los ciruelos y los cerezos, a Cheryl parecía gustarle esa onda bucólica. No paraba de preguntar sobre el pueblo donde viviría, si habría montañas, un lago y animales. Peter le dijo que Hungría estaba llena de montañas preciosas, lagos helados y caballos retozones, y que quizá podría pedir prestada una bicicleta a su familia de

acogida, ponerse el traje de baño debajo de la ropa e ir al lago a nadar al pie de las montañas entre los conejos y los ciervos.

Cheryl se moría de ganas de que le tocara una familia anfitriona con muchos niños que no hablaran inglés, para así aprender húngaro. La tercera o cuarta vez que mencionó que esperaba que nadie de su familia hablara inglés, Peter dijo que en cada casa de acogida habría al menos una persona que lo hablara. La gente de los pueblos debía de haberlo arreglado así porque querían practicar inglés, de la misma manera que ella quería practicar húngaro. Cheryl dijo que seguramente podrían cambiarle la familia asignada y encontrarle una con muchos hijos que no hablaran ni una palabra de inglés. «Mientras haya alumnos principiantes de inglés, un lago, y pueda ver una montaña, estaré satisfecha del todo», dijo. Eso me recordó a mi abuelo, que solía decir que era un hombre sencillo de gustos sencillos: «Todo lo que necesito es un poco de leche de una cabra alimentada con peras verdes silvestres durante un mes».

Acordamos ir todos a un club de jazz para encontrarnos con Gábor, el chico que intentaba vender zapatos. Primero tenía que llevar mi maleta al albergue, que todavía estaba en la casa de la abuela de Peter. Este observó que se estaba haciendo tarde, así que lo mejor sería que yo fuera por mi cuenta y que luego tomara un taxi para unirme a ellos. Apunté el nombre del club y Peter llevó mi maleta hasta la parada del tranvía. Andrea también vino. El sol se estaba poniendo y todo era malva, dorado y hermoso.

—Me pregunto por qué no dejaste ayer tu equipaje en el albergue, junto con el de los demás —dijo Peter.

—Estuvimos esperando a los otros un rato —respondí, anhelando el día en que por fin no tuviera que dar cuentas a nadie de esa maleta—. Pero Ivan tenía prisa. Había quedado con sus amigos.

—Sí, vale, pero ¿y tus cosas? ¿Por qué no las dejaste en el albergue?

—Ivan dijo que sería mejor que no lo hiciera, porque los otros tendrían que haberlas subido por mí.

—Habría sido menos molestia que todo esto, ¿no crees? Quiero decir, de todos modos otros siguen teniendo que llevar tus cosas.

No dije nada.

—Ah, bueno —concedió Peter—. Supongo que fue mejor así, porque al final tuviste que ir a dormir a casa de Ivan y así tenías tus cosas contigo. Habría sido un inconveniente que tus maletas hubieran estado en el albergue.

—Peti, se me ha ocurrido algo —propuso Andrea—. ¿Por qué no la llevo en mi coche? Y luego ya nos vemos en el club.

—Ah, ¿tienes coche? —preguntó Peter.

—¡Pues claro que tengo coche!

—¿Y funciona?

—¡Por supuesto! —Luego añadió con sorna—: Bueno, hay que empujarlo.

—¡No sería ninguna novedad!

—¡Eso fue hace un año!

—Ya, claro. Espero que no vuelva a pasar lo mismo.

—¡No! —exclamó.

—No —repitió Peter.

—¡No te metas con mi cochecito!

—No me estoy metiendo con tu cochecito.

Andrea cogió el asa superior de la maleta, yo la lateral, y entre las dos la llevamos.

Mi habitación estaba en la cuarta planta del albergue. Había tres camas, tres escritorios, un lavamanos y un armario. En la pared, escritas a lápiz, había algunas ecuaciones matemáticas. Aquello no había sido obra de Dawn, que evitaba la confusión. Dejamos la maleta y nos fuimos.

El club de jazz estaba en un sótano. El saxofonista se encorvaba, el rostro contraído, jadeando entre fraseos. Los sonidos parecían provenir de fuera de la vida. La estampa no solo daba pena, sino también miedo. Me preguntaba dónde estaría Ivan.

Peter me ofreció un vaso con un trozo de lima.

—Es un gin-tonic —dijo.

No había sidra, pero el camarero le preparó a Dawn un combinado de zumo de manzana, Sprite y vodka que a ella le pareció que era aún mejor.

En una sala oscura con luces anaranjadas y una machacona música española bailamos formando un gran círculo. Me recordó a la guardería, donde también teníamos que formar un círculo y dar palmadas. Empecé a intuir vagamente por qué la gente bebía cuando salía a bailar, y se me ocurrió que quizá la razón de sentirse de aquel modo en la guardería era porque hubo que pasar por todo aquello sobrio.

Cuando nadie miraba, volví a la mesa donde habíamos dejado nuestras cosas. Encontré mi bolso y encendí un cigarrillo. Después de la primera calada, sentí una energía débil pero perceptible acumulándose detrás de mis ojos. De pronto vi que Cheryl estaba sentada entre las chaquetas y los bolsos, con la cabeza inclinada bajo su sedosa melena. Cuando la saludé, me miró con ojos melancólicos. Parecía un cachorrito enfermo.

—No me encuentro bien —comentó—. Ojalá Peter nos lleve pronto de vuelta.

Sentí una oleada de pena por las dos y le sugerí que compartiéramos un taxi.

—Antes he visto taxis fuera.

—Vete tú si quieres —dijo finalmente, después de un largo silencio—. No creo que sea de buena educación marcharnos antes que Peter.

No parecía haber nada que replicar a eso. Di otra calada al cigarrillo.

—Peter me ha dicho que eres de Turquía —soltó una voz familiar.

—Ah... hola, Gábor —dije.

—Me intriga cómo ven los turcos la caída del Imperio otomano —dijo Gábor—. Un día sois el imperio más grande del mundo y, al siguiente, una república del tamaño de Texas.

—¡Ja, muy gracioso! —exclamé mientras buscaba un cenicero.

—Me gustaría mucho saber qué piensan los turcos de a pie al respecto.

Ví un cenicero unas mesas más allá. Cuando volví a la nuestra, Gábor todavía me miraba expectante.

—Probablemente lo mismo que piensan los húngaros sobre ser una república del tamaño de Carolina del Sur.

—¡Ja! —gritó Gábor—. ¡El Trianón! *Touché!*

A las tres volvimos al albergue. Dawn no paró de hablar ni un momento, ni siquiera cuando se cepillaba los dientes. Las almohadas eran del mismo tamaño que las del desván de Ivan. Dawn estaba probando su radio despertador, y de repente una mujer húngara empezó a hablar en la habitación. Me quedé dormida tratando de averiguar cómo colocar mi cuerpo en relación con esa enorme almohada.

Lo siguiente que oí fue a Louis Armstrong cantar «What a Wonderful World». «Veo a amigos que se dan la mano y dicen: “¿Cómo estás?” / En realidad quieren decir “Te quiero...”» Pensé en los momentos en que Ivan y yo nos habíamos dado la mano, y se me llenaron los ojos de lágrimas.

La sala de duchas para mujeres era una gran habitación de azulejos sin compartimentos separados: solo una hilera de alcachofas fijadas a la pared.

—¡Parece una película sobre un campo de concentración! —exclamó Dawn,

y luego se quitó la camiseta y la ropa interior.

Reprimí un suspiro. En la vida adulta nunca dejabas de llevarte sorpresas. Me quité la ropa y la colgué en un gancho de metal.

—¡Espero que lo que salga de ahí sea agua! —dijo Dawn alegremente, abriendo el grifo de la ducha.

Me volví hacia ella, luego recordé que estábamos desnudas y aparté la mirada.

La ducha era deliciosa: presión fuerte y casi insoportablemente caliente.

—El agua sale ardiendo —dijo Dawn—. Y el suelo está inclinado. No sé por qué pierdo el tiempo depilándome las piernas.

Un minuto más tarde, una cascada de espuma fluyó desde la ducha de Dawn hasta el desagüe. Una cascada parecida descendió por mis hombros.

—¿No es triste que las chicas se sientan más acomplejadas con sus cuerpos que los chicos? —preguntó Dawn.

Estuve de acuerdo con ella: era triste.

A las ocho en punto nos encontramos en la estación del tren de cercanías para hacer una excursión de un día a Szentendre, que según Peter era una pintoresca ciudad histórica a orillas del Danubio. Andrea trajo *kifli*, unos panecillos con forma de media luna que los húngaros hornearon por primera vez para conmemorar la derrota de los turcos en Viena, y que más tarde María Antonieta introdujo en París, donde fueron bautizados con el nombre de cruasán. En la estación de Szentendre subimos dos escaleras mecánicas rotas, a través de una rampa de hormigón cubierta de grafitis. Por primera vez leí una frase completa escrita a mano por un húngaro autóctono: «János estuvo aquí».

Llegamos a una plaza soleada que me pareció extrañamente familiar. Poco después reconocí el reloj de sol moderno, el restaurante chino y el terreno

arenoso donde se sobrecalentó el coche de Ivan. Así que aquello era Szentendre. Esta vez no caminamos a lo largo del río, sino que tomamos una carretera sinuosa hacia el casco antiguo, que estaba lleno de iglesias serbias. Pasamos junto a un Museo del Mazapán, con un Elvis de mazapán en el escaparate, y escuchamos a un acordeonista ciego. Peter dio palmas al son de la música, mirándonos a todos a los ojos y sonriendo. La cruz ortodoxa incorporaba una media luna ensartada, que simbolizaba la victoria sobre los turcos. Owen sabía leer las inscripciones en eslavo antiguo. Algunos comerciantes serbios daban gracias a Dios por el final de la peste.

El interior de la iglesia olía inconfundiblemente a interior de iglesia. Una colonia de artistas había pintado los frescos del coro. Cristo y los apóstoles estaban sentados en fila con la mirada clavada al frente y rostros muy específicos, de rasgos humanos. Recordaban a los tipos que ves sentados en el avión cuando vuelves a tu asiento del baño. La catedral había sido «construida por los dálmatas».

En la cima de la colina había una plaza adoquinada rodeada de un parapeto llena de puestos de artistas. En uno de ellos, una pareja alemana gritaba ante un cuadro que representaba a unos cowboys. Solo señalaban el cuadro y gritaban. El artista, con aire aburrido, se apoyó en el parapeto y encendió un cigarrillo. Estaba de espaldas a las vistas: toda la ciudad se extendía como una fantástica ensalada.

Un cuadro mostraba a una familia con sonrisas vivaces; mentalmente lo titulé: *Ahora nos haremos trizas unos a otros.*

Las otras tres chicas del programa, Cheryl, Dawn y Vivie, no paraban de tomar

fotografías de grupo. El problema con las fotografías de grupo era quién debía hacerlas. Andrea y yo nos ofrecíamos siempre voluntarias, pero las reglas de la etiqueta dictaban que el propietario de la cámara debía intentar conseguir que un transeúnte tomara la foto, para que saliéramos todos.

Mientras posaba con los demás al lado de un cañón, me pregunté cuándo volvería a ver a Ivan. Me había dicho: «Deberías llamarme». ¿Había sido ayer o hacía más tiempo? ¿Tenían Ivan y Peter una relación muy estrecha, con qué frecuencia hablaban? ¿Sabía Ivan que estábamos aquí? Miré el reloj. En los últimos veinte minutos apenas había pasado el tiempo.

La mujer alemana levantó otro lienzo con el brazo extendido, escrutándolo por encima de sus gafas. El cuadro mostraba unas ovejas, un pastor y una especie de fregona que funcionaba de un modo autónomo.

Por alguna razón, Peter se había ido a alguna parte. Lo esperamos sentados en una barandilla con vistas al Danubio, frente a una rotonda con la estatua de un oso.

—¿Es ese el oso que devoró al hijo de san Esteban? —pregunté a Andrea.

Había pretendido que fuera una pregunta educada, pero de alguna manera me salió algo brusca.

—No lo creo —dijo.

—Es que me ha hecho pensar en la historia que nos contaste, sobre el hijo de san Esteban devorado por los osos.

—¡Ah! Imagino que es posible que sea uno de esos osos. Pero no creo que el escultor tuviera la intención de representar a un oso en particular.

—¿Cómo se dice «oso» en húngaro? —preguntó Cheryl.

—*Medve* —respondió Andrea.

—En ruso se dice más o menos así —apuntó Owen.

Andrea nos explicó que antiguamente, cuando en Hungría se practicaba el chamanismo, el oso se consideraba un animal sagrado. A lo largo de los siglos, la palabra originaria húngara se había convertido en tabú, razón por la cual los húngaros adoptaron una palabra eslava.

—¡Uau! Entonces ¿cuál es la palabra auténtica, la que es tabú? —preguntó Vivie.

Andrea se echó a reír.

—Quién sabe...

Vivie abrió los ojos como platos.

—Oooh... no puedes decirla.

Hacía demasiado frío para darse un baño, pero había dos personas en el agua: un hombre de pecho prominente y una niña muy pequeña con un bikini azul. La niña casi estallaba de alegría. El hombre estaba de pie con aire incómodo, como el primer invitado a una fiesta, cambiando el peso de una pierna a otra en el agua que le llegaba hasta las rodillas y frotándose los brazos. Luego se agachó hasta que solo emergió del agua su cabeza. Después desapareció por completo, reapareciendo casi un minuto después con expresión perpleja. La niña aplaudió y chilló, hizo girar al hombre tomándolo por los hombros y se encaramó a su espalda. El hombre se levantó, con el pecho embadurnado de hojas. La niña estaba tan contenta que empezó a cantar. Estaba muy feliz, pero no sabía nada de cómo eran realmente las cosas. No sabía qué significaban las cosas. Sabía incluso menos que nosotros.

El ferry de regreso a Budapest estaba lleno de mujeres de unos cincuenta años en plena juerga festiva. Con los brazos entrelazados, bailaban, pateaban, cantaban y tosían. En el bar, estampaban botellas sobre el mostrador. Los pocos hombres de la fiesta estaban desplomados sobre las mesas, con la

cabeza hundida entre los brazos. Solo dos se sentaban erguidos y atacaban con una navaja un salami de aspecto muy tieso.

No había asientos libres. Dondequiera que nos pusiéramos, bloqueábamos el paso entre el bar y el baño de mujeres. Owen, Dawn y yo subimos unas escalerillas y llegamos a una cubierta superior vacía. Nos sentamos sobre unas cuerdas enrolladas. Owen se quedó dormido. Yo me abracé las rodillas y vi el paisaje que se deslizaba detrás de los cables metálicos pintados de blanco.

El sol había desaparecido detrás de un cielo gris y plano. Los árboles que desfilaban por delante de nosotros eran de un verde brillante y casi parecían de plástico.

—Southern Comfort —decía Dawn—. ¿Crees que se molestarían?

—No veo por qué —dije, preguntándome qué sería el Southern Comfort.

—Peter nos dijo que deberíamos traer regalos, ¿no? Y también que a los húngaros les gustaba beber. Quería traer algo representativo del lugar de donde vengo. Mi madre se enfadó cuando se lo dije. Según ella, también podría haberles llevado una escopeta.

—Ojalá tuviéramos ahora un poco de Southern Comfort —dije.

—Pues sí. —Apoyó los pies sobre una caja de chalecos salvavidas—. ¿Qué has traído para la familia que te aloje?

—Chocolate.

—Chocolate. —Dawn suspiró.

—Me temo que, sin querer, me lo comeré todo antes de llegar —añadí, siguiendo la regla de que uno tiene que fingir no poder resistirse al chocolate.

—¿Y si, sin querer, me bebiera la botella de Southern Comfort antes de llegar?

El cielo era de un gris suave, pero si lo mirabas sin pestañear empezaba a refulgir y te irritaba los ojos. Dawn se sumió en un silencio atípico en ella. Se había quedado dormida.

Una casa elegante de diseño moderno se deslizó ante nosotros, tan cerca que casi la rozamos. Me pregunté quién viviría allí y si esa gente tenía una hija.

Saqué *Drácula* de mi bolso. En el primer párrafo, el protagonista, un abogado inmobiliario, llegaba a Budapest. Tras cruzar un espléndido puente occidental sobre el Danubio, se encontró «entre las tradiciones del dominio turco». El abogado tenía que ir a Transilvania para ayudar a Drácula en la compra de unos inmuebles en Londres. Drácula, que había aprendido inglés de manera autodidacta, pidió al abogado que le corrigiera la pronunciación. «Pero, conde, ¡usted sabe y habla el inglés perfectamente!», protestó el abogado.

El abogado inmobiliario empezaba a tener muchos problemas. Había un íncubo, un súcubo, lobos. Drácula le interceptaba el correo. Entendí enseguida en qué se había equivocado: no había hecho suficientes amigos. Estaba claro que por eso tenía tantos problemas en el pueblo.

Entramos flotando en Budapest al anochecer, con la ciudad inundada de un azul viscoso y reluciente y las luces ya encendidas de los espléndidos puentes occidentales. En el río se reflejaban invertidas las vallas luminosas publicitarias, que anunciaban cerveza Tuborg y cámaras Minolta.

Pasamos el resto de la noche escuchando una ópera al aire libre, *L'elisir d'amore* de Donizetti. Los cantantes parecían mirar al público con aire suplicante, como si pudiéramos ayudarlos de alguna manera. Un elixir de amor... menuda ocurrencia. Tú amas a alguien en concreto, a ese alguien que no te corresponde, así que ¿qué sentido tiene un elixir que lo transforme en otra persona? No paraba de mirar al público en las gradas, gente de mediana edad vestida con ropa cómoda. A todos y cada uno de ellos les importaba el amor, pero ¿cuánto? ¿Mucho o solo un poco? La ópera duró una eternidad. Al final, las dos personas más jóvenes sobre el escenario se casaron y todos pudimos irnos a casa.

Al día siguiente, domingo, teníamos que ir a misa en una famosa catedral, y luego a los baños de un famoso hotel, en los que te quitabas la ropa y alguien te masajeaba con algo maravilloso. La radio despertador de Dawn sonó a las siete y media. Enterré la cabeza debajo de la enorme almohada y maldije todas las religiones organizadas, especialmente el islam y el catolicismo. De no haber sido por la obsesión del islam por los baños, no habría existido una tradición de baños públicos en Budapest, que habría desaparecido con los romanos, y quizá los otomanos ni siquiera habrían invadido Europa, y de niño Ivan no habría tenido que leer aquellos libros. De no haber sido por el catolicismo, no habría misas matinales e Ivan nunca me habría escrito aquellos mensajes tan enrevesados sobre la libertad, el infierno, la inocencia y la seducción. A estas alturas estaba muy enfadada. De ninguna manera iba a escuchar a esos tipos hablando en latín.

En la radio despertador sonaba de nuevo Louis Armstrong, esta vez «Blueberry Hill». En cuanto Dawn se despertó, la asaltaron todo tipo de dudas sobre qué ropa debía ponerse y si debía depilarse o no las piernas, cuando lo había hecho anteayer. Entonces intentó rasurarse en el lavabo y se cortó. Luego se le planteó un problema aún mayor: tenía la menstruación. Dawn se sentó en el borde de la cama con la cabeza entre las manos.

—¿Crees que podré llevar un tampón en los baños?

No tenía ni idea de qué tipo de prueba podría confirmar o refutar la conclusión de que se podía llevar un tampón en los baños.

—Sí —dije.

—¿En serio? —Se enderezó—. Mejor me pongo el bañador, ¿no? ¿Crees que alguien más irá en bañador?

Le dije que sí. Se animó. Era muy fácil levantarle el ánimo.

Dawn llevaba el pasaporte, los billetes de avión y los cheques de viaje en una cartera con cremallera sujeta al cuerpo. El dinero en metálico lo llevaba en una pequeña bolsita sujeta al sostén con un clip, patentada para ese uso, que se llamaba Sujeta-Escondite. Cuando vio que yo iba a dejar el pasaporte y los cheques de viaje en la habitación, insistió en que los guardara bajo llave en el armario de madera junto con los otros objetos de valor: mi walkman, la botella de Southern Comfort y su radio despertador. No entendía por qué era más difícil forzar el armario que la puerta de la habitación.

—Estoy deseando llegar al pueblo —dijo Dawn—, ya solo por razones de seguridad. Es decir, en un pueblo pequeño puedo dejar mis cosas en la maleta, y si vuelvo por la noche y descubro que falta algo, sabré quién lo ha robado.

Me imaginé a Dawn yendo de puerta en puerta en el pueblo como miss Marple para resolver el misterioso robo de su radio despertador.

—Me temo que, para la misa, tendré que usar un vale canjeable —le dije a Peter en el vestíbulo.

—¿Un vale canjeable? —Pareció divertido.

—Bueno, tal vez no exactamente...

—¿Qué es eso de «vale canjeable»? —preguntó Andrea.

—Quiere decir que no haces algo y lo dejas para otro momento —dijo Peter—. Pongamos que tienes entradas para una ópera al aire libre y llueve. Te darán un «vale canjeable», es decir, unas entradas válidas para otra función. Se utiliza en sentido figurado. Si tú y yo hemos quedado para ir al cine y yo respondo «vale canjeable», significa que hoy no puedo ir, pero que prometo hacerlo otro día.

—Entiendo —dijo Andrea, un poco triste por no poder ir juntos al cine.

—Así que hoy no iré a la misa —dije.

—Pero no habrá una próxima vez —dijo Peter.

—Tienes razón. He utilizado equivocadamente la expresión «vale canjeable». Pero ahora me parece que he entendido mejor cuál es su uso correcto. Se lo podré enseñar a los niños del pueblo.

—Excelente —dijo Peter—. Eso es lo que quería oír.

Volví a la cama y me desperté a las once y media. Descorrí las cortinas y miré afuera, la calle arbolada, el tranvía, los edificios de color caramelo pálido. Después de darme una larga ducha en la sala de duchas vacía, bajé a la cantina y compré un paquete de galletas de avellana. Pasé el resto de la mañana tumbada en la parte más soleada de la cama, comiendo galletas de avellana y leyendo *Drácula*. La novela se había transformado en una narración fragmentada polifónica, el tipo de libro que menos me gustaba. Aparecía un vaquero de alguna parte y decía cosas del tipo: «Señorita Lucy, sé que no soy digno ni de arreglar la guarnición de sus zapatitos». Estaba segura de que la guarnición era lo que se sirve con el pavo, y no interpreté que el vaquero se refiriera a otra cosa.

El autor no había conseguido decidirse sobre los poderes y limitaciones de Drácula: si en algunas circunstancias podía aventurarse a salir del ataúd de día, o hacer daño a alguien que llevara un crucifijo; si su control se extendía a todos los animales o solo a algunos; si todas las personas a las que mordía se transformaban automáticamente en vampiro.

Van Helsing llegaba de Ámsterdam para explicarlo todo: «Así pues, si bien puede hacer lo que quiera dentro de sus limitaciones, cuando tiene su tierra natal, su ataúd, su infierno [...] en otras circunstancias, solo puede cambiar de lugar cuando llega el momento apropiado». Nunca había conocido a un holandés que se expresara así. Siempre hablan un inglés increíble.

Eché un vistazo a la biografía del autor. «Estudiante de matemáticas puras, Stoker también fue un miembro activo de la Sociedad Filosófica», decía. Pensé que era extraño que un matemático hubiera creado un mundo con tantas incongruencias internas.

Por la tarde, tomé un tranvía al azar para ver adónde me llevaba. Pasó por la casa de la abuela de Peter y se desvió por una calle de aspecto cada vez más residencial que no conocía. En cada parada bajaba alguien y nadie subía. Pronto solo quedaron ancianos en el tranvía. Poco a poco, las vallas metálicas empezaron a ser más numerosas que las de madera y debajo de los raíles ya no había grava sino arena. Después de otros cinco minutos desaparecieron incluso los ancianos, excepto un hombre que debía de estar inconsciente o muerto.

Me bajé en una estrecha calle arbolada frente a una valla metálica. Al otro lado, un dóberman empezó a ladrar como un poseso. Un cartel decía HARAPÓS KUTYA. Lo busqué en mi diccionario. Quería decir «El perro muerde».

Casi todas las casas de la calle tenían el cartel de «EL PERRO MUERDE», junto con su perro para corroborarlo. Di una vuelta a la manzana. Los ladridos no cesaron durante un minuto. Solo vi a dos seres humanos, unas ancianas sentadas en sillas de jardín. Giraron las cabezas mientras me acercaba.

—Buenos días —dije al pasar.

—Buenos días —contestaron.

Cuando me volví para mirar por encima del hombro, seguían observándome.

Tomé el tranvía de vuelta y caminé en línea recta hasta llegar a una cabina

telefónica. Alrededor de la cabina se alzaban edificios de piedra con fachadas de yeso en diferentes tonos de amarillo. Saqué mi agenda de Van Gogh y me planteé si debía llamar a Ivan. En vez de eso, llamé a Svetlana en Belgrado. Contestó la tía Bojana. Dijo que Svetlana acababa de llegar de Italia esa mañana y que todavía estaba durmiendo.

—Creo que ese chico la ha dejado agotada —comentó—. Le dará mucha pena no haber podido hablar contigo. ¿Tienes algún número en el que te pueda localizar?

No había tal número.

Miré mi reloj y me di cuenta de que en Nueva Jersey ya había amanecido. Mi madre respondió al segundo tono.

—¿Sí? —dijo en tono seco.

—Soy yo. Selin.

Hubo un silencio.

—¡Selin... querida! ¿Dónde estás? Parece que hables desde la habitación de al lado.

—Todavía estoy en Budapest —dije—. Sí, la conexión es muy buena.

—¿Me estás llamando desde el hotel?

—No, desde un teléfono público. En la calle.

—¿Estás con alguien?

—No.

—¿Estás sola en la calle? ¿Qué hora es?

—Aquí es pleno día. Son las tres de la tarde.

—Ah, vale. —Suspiró—. No me hago a la idea. No puedo imaginarte en el otro extremo del mundo, llamando desde una cabina telefónica en la calle.

Me preguntó cómo era la calle. Le hablé de los edificios amarillos. Le dije que había begonias en un macetero.

—Parece un lugar precioso —observó.

Me preguntó por Ivan. Le comenté que había conocido a su madre.

—¿Tiene madre? No me lo puedo creer. ¿Cómo es?

—Muy agradable —dije—. Me regaló un libro.

—¿Qué clase de libro?

—Uno sobre Hungría. Aquí todos están obsesionados con el hecho de ser húngaro.

—¿Y qué tal el resto de la familia? ¿También los conociste?

Le expliqué que los había conocido a todos menos a la hermana que estaba en Transilvania y a la hermana que estaba en el hospital.

Mi madre suspiró.

—Quiere casarse contigo —dijo—. Me preocupa.

Cuando un hombre te presenta a sus hermanas es que quiere casarse contigo.

—No te preocupes, nadie quiere casarse conmigo —dije.

Pero, en mi fuero interno, una pequeña parte de mí se sintió muy emocionada.

Por la noche fuimos a la ópera a ver *Rigoletto*. Resulta que *Rigoletto* trataba de una pobre chica a la que deshonran y luego asesinan. Tenía que ser muy triste para su padre.

Volvíamos al albergue a medianoche. En el vestíbulo la televisión estaba encendida: estaban a punto de comenzar las Olimpiadas. Al día siguiente, a primera hora, nos marcharíamos a los pueblos.

Después de hacer las maletas, Dawn dijo que iba a escribir en su diario. Sacó un cuaderno de tres anillas, un montón de folletos y entradas, unas tijeras y pegamento en barra. Yo saqué mi cuaderno. En alguna parte, un reloj marcó las dos. Dawn decidió llamar a sus padres en Texas, donde todavía eran las siete. Pensé en llamar a Ivan, pero en casa de sus padres eran las dos de la

madrugada.

Dawn se detuvo en la puerta de la habitación.

—¡Mira, hay una nota para ti!

Me dio un papel doblado, una hoja de ejercicios, con las respuestas en mililitros. Kovács Csaba había contestado correctamente a todo. Le di la vuelta a la hoja. «Querida Selin —leí—. Quizá este sea el último de una larga serie de “encuentros fallidos”. Ahora me voy a casa. He intentado localizarte durante todo el día. Si quieres, puedes llamarme hoy hasta tarde. Ivan.»

Dawn cerró la puerta tras de sí. Imaginé las escaleras que bajaban al vestíbulo, los teléfonos públicos en la oscuridad, las monedas contra mi pulgar, su voz. La lucha interior pensando en cosas que decir, con solo unos breves momentos de tregua, durante los cuales tendría que escuchar todo aquello que a él se le ocurriera decirme. Y luego de nuevo el tono de llamada, más agudo que en América —siempre estaba allí, como el mar dentro de una caracola—, y la pesada sensación de vacío en mi pecho, igual que ahora, solo que más intensa.

Al mismo tiempo estaba segura de que algún día querría oír su voz y no podría oírla, y recordaría aquella vez que me había invitado a llamarlo, y me parecería tan incomprensible como una invitación a hablar con los muertos.

Dawn entró y dijo que los teléfonos no funcionaban. Yo estaba convencida de que había utilizado monedas equivocadas.

Alguien llamó a la puerta. Era Peter. Llevaba una bolsa de plástico de la biblioteca, de esas en las que ponía UN LIBRO MOJADO NO ESTÁ MUERTO. Se había olvidado la llave de la casa de su abuela y necesitaba un lugar para dormir, y recordó que nosotras teníamos una cama extra.

—¿Os parece bien? —preguntó.

—Claro —respondió Dawn.

Peter me miró.

—Claro —dije.

Resultó que Peter llevaba en la bolsa de plástico un cepillo de dientes, algo que no concordaba del todo con la historia de no haber podido entrar en la casa. Pero me alegraba de que estuviera allí. Aunque era amigo de Ivan, de alguna manera representaba un mundo en el que toda esa incertidumbre y angustia no eran reales.

JULIO

En alguna parte alguien estaba comiendo ajo crudo de una bolsa. Teníamos un compartimento para nosotros. El cristal de la ventanilla estaba salpicado de gotas de lluvia. De vez en cuando la gota más gruesa se deslizaba hacia abajo, como una lágrima irreprimible. El tren empezó a moverse. Poco a poco las gotas se fueron alargando y empezaron a trazar líneas caprichosas sobre los cristales, como si fuera el diagrama de algún proceso desconocido.

Todos se durmieron. Peter parecía más pequeño que de costumbre, un muñeco de sí mismo, pero la cabeza de Andrea sobre su hombro parecía de tamaño natural. Cheryl dormía sentada erguida, con las manos pálidas sobre los reposabrazos y un aleteo en los párpados. Vivie, que parecía tener un don para la comodidad, se había hecho un cojín con su chaqueta y se había acurrucado contra la ventanilla. La cabeza de Dawn se balanceaba cada vez más cerca de mí, hasta que finalmente se posó sobre mi hombro y se volvió pesada. El tren entró en un túnel. Cerré los ojos.

El segundo tren estaba más abarrotado y olía a condición humana. Un hombre daba bandazos arriba y abajo por el pasillo con un carrito de la compra lleno de alcohol. Aún no eran las ocho de la mañana, pero ya estaba haciendo su agosto vendiendo licor tanto en botellas como en vaso. El vaso era un recipiente turbio fijado al carro con un cordel y cinta adhesiva. Cuando pasamos por un tramo de vía irregular, el hombre y su carro volcaron dentro de compartimento rompiendo varias botellas y enriqueciendo aún más con sus

vapores el intenso aroma que flotaba en el aire.

Mientras miraba la cinta de campos de girasoles e iglesias amarillas que se desplegaba detrás de la ventanilla, intenté prepararme para las diferentes situaciones que podrían presentarse en los pueblos, como que un niño me persiguiera con unos cuernos. Pensé mucho rato en ello, pero no llegué a ninguna parte.

El alcalde del pueblo principal vino a recogernos a la estación y nos llevó a un edificio municipal. En el salón de actos había una serie de carteles que representaban diversos aspectos de la vida rural de Hungría: un castillo medieval, unos emparrados, un hombre asando un buey. El alcalde dio un discurso y Peter nos lo tradujo. Luego nos agradeció que hubiésemos venido para compartir nuestra cultura y nuestro idioma, y esperaba que a nosotros también nos enriqueciera la experiencia. Luego preguntó si alguien sabía HTML, porque su pueblo necesitaba una página web. Owen sabía HTML. El alcalde le estrechó la mano y dijo que Owen viviría en su casa.

Béla, el hijo adolescente del alcalde, nos dio un recorrido por el pueblo. Alrededor del cuello llevaba unos auriculares de color amarillo canario cuyo cable desaparecía en una chaqueta acolchada. Cuando Vivie le preguntó qué estaba escuchando, sacó de su bolsillo un Sports Discman y nos lo fuimos pasando unos a otros para oír música rap húngara. Nunca había escuchado música con un reproductor de cedés portátil. Se oyó un leve siseo y luego un grupo de chicos gritando con suma nitidez en húngaro. Era como si estuvieran justo ahí, chillándote al oído.

Seguimos a Béla por un camino de grava cubierto de barro, pasando junto a casas de madera de color rosa y pequeñas parcelas con sembrados de maíz y girasoles, hasta llegar a una iglesia del siglo XII. La puerta estaba cerrada con

llave. En la parte de atrás, junto al cementerio, había una casita con un letrero en el que se leía VIGILANTE, SZEKERES JÁNOS. Béla llamó a la puerta y a las ventanas, hasta que János Szekeres salió frotándose los ojos. Después de abrir la iglesia, se puso a hablarnos durante una hora sobre pilares, naves y Caín y Abel.

En la cripta de la iglesia, en algún momento del pasado, puede que hubiese estado sepultada una parte del cuerpo de un importante rey. El monarca había sido enterrado originariamente en Budapest, luego lo canonizaron, lo exhumaron y lo enviaron por partes, dentro de relicarios, a lo largo y ancho del país. Los restos de los restos se volvieron a enterrar. Durante la ocupación otomana, los desenterraron de nuevo y los pusieron a salvo en otro lugar; tal vez en aquella misma cripta, o tal vez no; el vigilante sopesó concienzudamente las pruebas a favor y en contra. En cualquier caso, allí ya no quedaba nada, porque todo se había vuelto a enviar a Budapest después de que se fueran los otomanos. Había esperado que la cripta fuera oscura y lúgubre, pero era clara y luminosa, con techos abovedados y arcos amarillos, así que la muerte, quizá, también fuera así.

Visitamos un museo de folclore. János estaba allí otra vez, como en un tedioso sueño, y nos describió las diferentes formas de hilado de algodón. En la trastienda del museo una mujer nos sirvió chuletas de cerdo. Nunca había comido chuletas de cerdo. Mis padres casi nunca comían cerdo. En Turquía casi nadie lo comía, ni siquiera los ateos. Al principio se me saltaron las lágrimas y me costó mucho tragar. Pero al final fue como comer cualquier otra cosa.

Todos hacían preguntas a Béla. Yo escuchaba con atención, porque así aprendería a relacionarme con los adolescentes de los pueblos húngaros. Pero

no aprendí nada útil. En un momento dado, Owen le preguntó a Béla si alguna vez había ido a Budapest: una ciudad que estaba a solo dos horas de tren.

—¿A Budapest? —repitió Béla.

—Sí, de donde hemos venido nosotros —dijo Owen.

—A veces los fines de semana voy con mis amigos a Pest —respondió Béla.

Miró a Owen sin disimular su asombro y le dijo que lo trataría como a un hermano.

Cuando Vivie se disculpó por comer tan despacio, Béla dijo que eso era bueno.

—Si comes despacio, puedes sentir la comida.

—La comida no se siente —replicó Owen—, se saborea.

—Sí —replicó Béla—. Pero me refiero a algo más que a saborearla.

—La disfrutas —sugirió Daniel—. Si comes despacio, disfrutas la comida.

—La disfrutas —repitió Béla.

—Te relames con ella —añadió Owen—. La paladeas.

—¿Pedaleas?

—No, pedalear no, paladear. Es como disfrutar del sabor de algo, pero más pausadamente.

—Esa palabra no la conozco —dijo Béla, y le brillaron los ojos.

Me di cuenta de que yo nunca habría corregido a alguien por decir «Puedes sentir la comida». Por eso los estudiantes de Owen terminarían diciendo «paladear», mientras que los míos no irían más allá de «Papel iss blonk».

Después de comer volvimos al salón de actos. Los representantes de cada pueblo vinieron a buscar a sus respectivos profesores de inglés. Primero llegó un médico con aire cansado procedente del pueblo donde aquel niño había intentado cornear a Sandy.

—Necesitamos a un chico atlético —dijo el médico.

Frank iría al pueblo de los cuernos.

Los representantes de los otros pueblos eran profesoras de inglés, todas mujeres. Primero se acercaron a Cheryl, pero ella se limitó a negar con la cabeza y dijo que esperaba a una familia que no hablara su lengua.

Después de Owen y Frank, los siguientes a los que escogieron fueron Dawn y Vivie, y luego Daniel. Quedábamos Cheryl y yo, y solo una representante de un pueblo, una mujer de rostro amable y con un peinado estilo Farrah Fawcett.

—Hola, soy Margit, la profesora de inglés de Kál —le dijo a Cheryl—. Tú debes de ser Cheryl.

Esta asintió.

—Pero yo estoy esperando a una familia que no hable inglés —contestó.

—Oh, bueno, pues lo tenemos un poco difícil, porque yo soy profesora de inglés. —Margit se giró hacia mí y me sonrió—. Así pues, ¿te vienes tú conmigo?

—¿Estamos esperando a alguna otra familia? —preguntó Peter al alcalde.

—No ha venido nadie de Apafalva. —El alcalde miró el reloj—. Hay que esperar.

—¿Apafalva está en las montañas? —oí preguntar a Cheryl cuando salíamos del salón de actos.

—Pobre Cheryl —dijo Margit mientras metíamos mi maleta en su Ford Fiesta—. No me gusta dejarla aquí. No entiendo por qué está tan empeñada en que su familia no hable inglés.

—Tiene muchas ganas de aprender húngaro. Cree que lo aprenderá mejor si la familia no habla inglés.

—Es una pena, porque me parece que no encontrará una familia así. Verás, una familia que no hable inglés se sentiría muy cohibida teniendo a un estudiante estadounidense en casa. Queremos que os sintáis a gusto.

—Cheryl tiene unas ideas muy poco convencionales sobre la comodidad —

dije.

—Creo que tu amigo Peter también tiene ideas muy poco convencionales. ¿Es verdad que os hizo tomar el tren de Pest a las seis de la mañana?

—Bueno, más bien a las seis y media.

—Es insólito y difícil de comprender, porque hay muchos trenes que salen más tarde. ¿Qué habéis hecho aquí toda la mañana?

—Turismo.

—Vaya, qué interesante. Habéis venido de Budapest a Feldebrő a las seis y media de la mañana para hacer turismo.

—Creo que Peter quería que visitáramos la cripta.

—Ah, entiendo. Bueno, la cripta es interesante. Es muy antigua. ¿A ti te pareció interesante?

—Mucho —respondí—. Aunque me parece que pasamos demasiado rato allí.

Me preguntó cuánto tiempo habíamos estado en la cripta. Cuando se lo dije, casi se muere de la risa.

—Venís de Budapest a las seis y media de la mañana para estar dentro de una cripta más de una hora. ¡Mírate! Tienes ojeras.

—¿Sí?

—Sí. ¿Qué pensaría tu madre? Creería que te estamos torturando.

—Oh, no, ella creería que estoy fortaleciendo mi capacidad de resistencia.

—¡Resistencia! ¡Dos horas en la cripta!

Margit se desvió de la carretera comarcal y se adentró por un camino de tierra. Los postes del teléfono y de la electricidad parecían insólitamente altos, quizá porque las casas eran muy pequeñas: cajas blancas de yeso con techos rojo oscuro. En algunas parcelas pequeñas de tierra se cultivaban plantas altas con hojas grandes. A medida que nos acercábamos, las plantas parecían una espesura caótica, pero si las mirabas desde cierto ángulo se

ordenaban milagrosamente en filas. Por un instante la vista estaba despejada hasta la siguiente casa, y acto seguido el conjunto volvía a deshacerse en el desorden.

Con Margit y su familia solo me quedaría durante la primera semana del programa. Como había tanta gente en el pueblo que quería vivir con un profesor de inglés bajo el mismo techo, me alojaría con tres familias diferentes. Daría clases durante unas cuatro semanas y luego pasaría una semana con los niños en un campamento cerca de Szentendre.

La familia de Margit estaba formada por su marido, Gyula, sus hijos, Nóra y Feri, y Barka, la perra. Había muchos gatos, pero no se les permitía entrar en la casa. Nóra los había bautizado a todos con nombres que solo ella conocía. El aspecto de Margit me resultaba familiar, pero Gyula no se parecía a nadie que hubiese visto antes. Nervudo, de tez bronceada y con un bigote dorado, llevaba una camisa de cuadros de manga larga metida por dentro de unos vaqueros muy cortos y se cubría con una gorra azul de visera. «Wilkommen!», dijo mientras sacaba mi equipaje del maletero y lo llevaba arriba.

La segunda planta de la casa era una ampliación reciente; las paredes de la sala de estar todavía estaban atravesadas de vigas de madera y material aislante de color rosado, y sobre el marco de la ventana había un plástico sujeto con cinta adhesiva. Pero la habitación de detrás estaba terminada y era bonita, con una alfombra amarilla, un sofá cama verde, un escritorio con tablero de cristal y un jarrón con varas de oro, y, en un rincón, una pequeña comadreja disecada que parecía estar gruñendo. Cuando Margit vio la comadreja, torció el gesto y le dijo algo a Gyula, quien se explayó en su respuesta.

—Mi marido pensó que, como tu habitación se veía muy vacía, quizá te

gustaría tener una pequeña comadreja —dijo Margit, volviéndose hacia mí—. Podemos llevarla abajo. Estoy segura de que no se molestará.

No me quedó claro quién no se molestaría, si su marido o la comadreja. En cualquier caso, me pareció evidente que, si uno quería ser de verdad escritor, no debía desprenderse de la comadreja.

—¿Seguro que cuando te despiertes no te asustarás? —preguntó Margit.

—Oh, no —dije.

Al despertarme, me asusté.

En una vinagreta helada flotaban rodajas de pepino muy finas. La remolacha no se correspondía con cualquier idea que hubiese tenido hasta ese momento de la remolacha. Durante la cena, Gyula salió de la casa y regresó con una botella de Coca-Cola de un litro y medio llena de un vino casero oscuro que guardaban en el cobertizo. Gyula llenó tres vasos de aspecto pesado y levantó uno, mientras Margit me traducía lo que estaba diciendo: que yo debía considerar su casa como la mía, y que si me despertaba en medio de la noche con hambre podía bajar y servirme lo que quisiera.

La manera de hablar de Margit me recordó a la de Ivan: la manera en que pronunciaba mi nombre, y las preguntas que me hacía, como qué idiomas hablaba y en qué otros países había estado. Los estadounidenses no hacían ese tipo de preguntas. Margit había estado en París y Viena, y también en San Petersburgo cuando todavía se llamaba Leningrado. En la época soviética había estudiado ruso durante doce años, pero lo había olvidado todo.

—Es una lástima —dijo—, porque es una lengua muy hermosa.

Cada dos años, Margit viajaba a Londres con un grupo de estudiantes suyos de inglés. En el último viaje había llovido todos los días y se pasaron una tarde entera en el hotel bebiendo whisky escocés, metidos en la habitación de

Margit. No podían beber en el bar, porque la mayoría de los alumnos eran menores de dieciocho años. A Margit le pareció extraño, porque en Hungría no había una edad mínima para consumir alcohol, y además, ¿no era ella responsable de los estudiantes, tanto si estaban en un bar como en una habitación de hotel? El whisky en Londres era muy bueno.

Margit me preguntó qué pensaba de la serie de televisión *Urgencias*, que había empezado a emitirse en Hungría. Margit opinaba que era menos estúpida que *Dallas*.

Después de la cena, llegó la hora de hacer una ronda de inspección por los campos. Toda la familia se metió en el coche. Cuando Gyula abrió el maletero, Barka se metió de un salto y se ovilló, como si estuviera acostumbrada a viajar allí. Margit se montó en la parte de atrás con los niños, y yo me senté delante y me puse el cinturón de seguridad. Gyula empezó a gritar y a agitar los brazos.

—Dice que puedes confiar en él como conductor —tradujo Margit, riéndose—. Es muy prudente y no vamos muy lejos.

Inmediatamente me quité el cinturón de seguridad. Eso provocó aún más risas.

—¡No, no! —exclamó Margit—. ¡Déjate puesto si así te sientes más segura!

Dije que me ponía el cinturón no porque no me sintiera segura, sino porque era un gesto automático, ya que en mi país era obligatorio ponérselo. Esto también les pareció divertidísimo.

—¡Si nos ve un policía yendo a los campos en coche, podrían meterte en la cárcel!

Tardamos solo unos minutos en llegar a los campos. Gyula sacó una

escopeta del maletero y desapareció entre el maíz. Un espantapájaros con forma de mujer colgaba indolente de una estaca alta con un vestido ondeando al viento. Margit dijo que era un viejo vestido suyo.

—Se encogió, así que Nóra y yo lo utilizamos para hacer un espantapájaros. Y, por alguna razón, Nóra le puso una cara de gato.

El espantapájaros tenía, en efecto, una pequeña nariz felina y bigotes.

—Debe de asustar mucho a los pájaros —dije.

—Por desgracia, los pájaros de por aquí son muy valientes.

Caminamos por los campos y Margit señaló los diferentes cultivos: tabaco, trigo, garbanzos, sandías, melones, amapolas, uvas, cerezas, manzanas.

Cuando volvimos a casa, Margit acostó a los niños y luego sacó una tarta de manzana que había hecho. Gyula puso sobre la mesa una botella de whisky. Me avergonzaba comer la tarta sin que estuvieran los niños. Margit, que pareció adivinar lo que estaba pensando, dijo que a Feri no le gustaba el pastel y que Nóra debía reducir la ingesta de dulces, aunque solo tenía siete años. ¿Alguna vez alguien obtenía de algo todo lo que quería?

—Bueno —dijo Margit cuando Gyula sirvió el whisky—, ahora cuéntenoslo todo sobre ti.

—Pero si ya lo he hecho —contesté—. Ya lo sabéis todo.

—Ahora nos vas a contar la versión larga —dijo, y se recostó en la silla—. Tenemos mucho tiempo. Tenemos toda la noche.

Me quedé muy impresionada cuando dijo eso. Por un instante, como si fuera el flogonazo de un relámpago, me pareció atisbar unas vistas desconocidas extendiéndose ante mí y expandiéndose en todas direcciones antes de que volviera a hacerse la oscuridad.

Margit me preguntó qué quería ser después de terminar la universidad. Se lo dije.

—Entonces escribe una novela sobre nosotros —dijo.

—Quizá algún día —respondí.

Me sorprendió que me preguntara si tenía novio. Creía que estaba claro que yo no era la clase de chica que tenía novios. Pero cuando le respondí que no, pareció no creerme.

—Pensé que tal vez tuvieras un novio húngaro —comentó—, y que por eso habías venido a Hungría.

—No —contesté—. ¿Qué te hizo pensar eso?

—No lo sé. Supongo que se me ocurrió sin más.

La alarma sonó a las ocho menos cuarto. Me quedé unos minutos en la cama y me pregunté por qué tenía que levantarme y enseñar inglés a unos colegiales; si había cometido algún error y, de ser así, dónde.

Nóra ya estaba en la mesa con su pequeña mochila, comiendo un panecillo con mantequilla y mermelada. ¿Por qué los niños tenían que aprender inglés durante el verano? Margit me preparó un Nescafé muy fuerte, y luego todos nos montamos en el Ford Fiesta. Me quedé dormida, y no me desperté hasta que las ruedas crujieron sobre la grava de la parte de atrás del edificio de la escuela.

La clase estaba completamente desprovista de cuernos, de hecho no había nada que pudiera convertirse en un arma salvo un helecho en una maceta, algunos dibujos infantiles y un mapa de Hungría. Los alumnos estaban sentados en tres largas mesas colocadas en forma de U. Margit se sentó a la mesa más baja con los niños más pequeños y sonrió expectante. No se me había pasado por la cabeza que ella también estaría allí. Fue un gran alivio.

Les pregunté a los niños cómo se llamaban, cuántos años tenían y cuánto tiempo hacía que estudiaban inglés. Ádám, que tenía quince años, lo había estudiado durante tres años y se le daba realmente bien: se podía mantener una

conversación con él. Róbert, que tenía la misma edad, nunca había estudiado inglés. Ese era el caso de muchos de los niños más pequeños, entre ellos Nóra. El menor de todos, Miklós, tenía cuatro años y apenas podía decir nada en ninguna lengua.

Katalin, que tenía diecisiete años, era preciosa, con una larga melena dorada hasta la cintura y una cara perfectamente sencilla. ¿Por qué «sencillo» era un eufemismo de «feo», cuando la verdadera característica de la belleza humana era su sencillez, la simetría y la simplicidad que siempre evocaban la juventud y la inocencia? Era imposible no pensar que la belleza de Katalin era una de sus principales cualidades, algo que tenía que ver con lo que ella era en esencia.

La madre de Miklós, Tünde, trabajaba en la escuela. Era delgada, con el pelo de un castaño apagado, gafas grandes y una sonrisa implorante, y a menudo se quedaba en la clase y revoloteaba sobre Miklós, que era increíblemente pequeño, incluso para un niño de cuatro años. Debilucho y rosado, parecía una cría de ardilla. Cuando le preguntabas algo, se retorció en la silla preso de ataques de timidez. Entonces Tünde lo azuzaba pinchándolo con un dedo y él se retorció aún más. Ella le daba muchos consejos, todos equivocados, e insistía tercamente en que pronunciara todas las es mudas. Si alguna vez se las arreglaba para pronunciar *one* o *five*, ella lo corregía: «Ua-ne, fai-ve».

—*Faiv* —dije en voz alta.

—*Fai-ve* —repitió ella con su sonrisa obsequiosa.

—¿Cómo puedo conseguir que deje de hacer eso? —le pregunté a Margit.

Margit pensó en ello.

—Le pediremos que vaya a buscar un borrador.

En la pizarra no había ninguno, solo un trapo sucio de tiza. Tünde desapareció durante el resto de la mañana. Al día siguiente estaba allí de

nuevo, sentada en la mesa del profesor con una esponja rosa en forma de corazón y una palangana de agua. Cada vez que la miraba, sostenía en alto el corazón chorreante. Cuando yo le preguntaba a su hijo «¿Cómo estás?», ella seguía apremiándolo para que me contestara que bien, pronunciando «fai-ne». Róbert, que era muy influenciado, también decía «fai-ne» y «fai-ve». Nóra, que nunca tomaba partido, murmuraba algo intermedio. Cada vez que Miklós decía algo, fuera lo que fuese, Nóra aplaudía y le acariciaba la cabeza y los hombros.

Al mediodía, todos se fueron a casa excepto Róbert, el hijo de la directora de la escuela, y yo. Los dos nos metimos en un amplio trastero destinado al material didáctico donde, en un escritorio de madera rodeado de mapas enrollados y pantallas de proyección, nos sirvieron un elaborado almuerzo preparado por Vilmos, el cocinero de la escuela, que llevaba un delantal blanco y un gorro de chef. De primero había sopa, luego, a elegir, pollo a la paprika, estofado de ternera, chuletas fritas u hojas de col rellenas, y, por último, fruta en almíbar presentada artísticamente en platos de postre. Nos entregamos a la comida con dedicación, laboriosidad y pocas palabras. A veces le preguntaba cómo estaba y él decía que «fai-ne». Luego él me preguntaba cómo estaba y yo le respondía que «fain». Al principio pensé que era extraño sentarse cada día en el trastero del material didáctico y comer un menú de tres platos con un chico de quince años, pero pronto empecé a verlo como lo más normal del mundo.

Después de comer, daba clases particulares a Ádám y a otros dos chavales de quince años para ayudarles a preparar el examen de inglés de ingreso a una facultad especial de informática. Era más fácil que las clases de la mañana, porque los tres ya sabían mucho y trabajaban duro, y también porque Tünde no estaba allí; solo se pasaba a traer una botella de dos litros de Pepsi sin gas y un vaso en una bandeja de plata. Yo me servía un vaso para mí y les daba la

botella a los chicos. Por lo general daban algunos sorbitos educados, pero un día que habían jugado a fútbol durante la pausa del mediodía se tomaron los dos litros de un trago. Desapareció en el interior de sus cuerpos, absorbida por sus células.

Antes de ese verano, no sabía casi nada de los Beatles. No sabía por qué era tan importante ser un melenucho con corte de tazón, ni siquiera qué era un corte de tazón. Cuando oía a las personas mayores hablar de ellos, simplemente desconectaba. Nunca me había supuesto consecuencias negativas, y pensé que podría seguir haciéndolo durante el resto de mi vida. Pero los Beatles resultaron ser una de esas cosas que no se podían evitar, como el alcohol o la muerte.

—¿No sería divertido enseñar a los niños algunas canciones de los Beatles?
—me preguntó Margit el mismísimo primer día.

Cuando le dije que no conocía ninguna, le pidió a una de las chicas de la clase que me prestara un recopilatorio con sus temas más famosos: dos casetes Maxell de noventa minutos con los títulos de las canciones cuidadosamente escritos en la etiqueta con un bolígrafo.

Estaba confusa con los Beatles, por la contradicción entre su alegre gorjeo, armonioso e inocente, y la visión cínica y calculadora del mundo que parecía subyacer en sus letras. Los Beatles hacían todo lo posible por complacer a esa chica, pero a la vez llevaban la cuenta y le echaban en cara tener que enseñarle el camino, pues esperaban que ella en agradecimiento les correspondiera. Seguían diciendo que habían trabajado como un perro para ganar dinero y comprarle cosas, y a cambio ella tenía que dárselo todo. ¿Y si ella no lo hacía? ¿Y si no sabía cómo hacerlo?

«Seventeen» era perturbadora, porque en el verso que me había esperado

que dijeran «y por su aspecto parecía estar por encima de su edad», en su lugar decían «y por su aspecto parecía estar por encima de su novio», o eso me pareció. Me impresionó profundamente la desigualdad entre la chica y su novio, lo vulnerable que esto la hacía a ojos de los Beatles, aunque todo indicaba que ya había sido derrotada y humillada, y la habían engatusado para que saliera con alguien que no estaba ni de lejos a su altura. Pero, al mismo tiempo, el hecho de que con solo diecisiete años ya tuviera pareja significaba que mi juventud no justificaba mi incapacidad para conseguir que alguien condujera mi coche, o para contarles a los Beatles lo que querían saber, o para inspirar en ellos o en cualquier otro los sentimientos que describían, aquellos que Ivan sin duda sentía por su novia, ocho días a la semana.

Margit me llevó a visitar a su exalumna Judit, que ahora hablaba inglés tan bien como ella, pero que insistía en seguir tomando clases.

—Judit es una chica muy inteligente —me dijo Margit con aire consternado—. Ha leído muchísimo, en inglés, en alemán, en muchos idiomas. Tiene un nivel demasiado avanzado para mí. No puedo enseñarle nada más.

—Es todo un éxito —comenté.

Era lo que mi madre habría dicho.

—Sí —dijo Margit, vacilante—. Está ansiosa por aprender. Le gustará hablar contigo. Pero yo no me quedaré.

Cuando llegamos, Judit estaba leyendo en el sofá, junto a una ventana que daba al descampado que separaba la casa de sus padres de las vías del tren, a las afueras del pueblo. Por todas partes había libros: apilados sobre la mesita de delante del sofá, sobre el televisor, en el alféizar de la ventana, en el suelo entre el sofá y la pared.

Cuando entramos Judit se levantó. Era más alta que yo, por lo menos medía

un metro ochenta, llevaba un chándal holgado que le ocultaba el cuerpo, pero que dejaba al descubierto sus muñecas y tobillos, extremadamente delgados. Sus singulares ojos —grises, perfilados de rosa, casi temblorosos— se veían agrandados por los gruesos cristales de sus gafas.

La madre de Judit, que en cierto modo se parecía mucho a su hija, aunque con un aspecto bastante más vulgar, trajo una bandeja con limonada. Judit apartó algunos libros, incluido el que estaba leyendo: *El molino del Floss*.

—¿Es bueno? —pregunté.

—Sí, es interesante. Pero tengo que buscar muchas palabras en el diccionario.

Cogió un vaso de limonada con una mano sorprendentemente larga y delgada.

—¿Lo estás leyendo por algo relacionado con tus estudios?

—Indirectamente. Verás, dejé los estudios en primavera.

Judit había estado estudiando en una academia de vuelo, porque desde niña soñaba con convertirse en piloto, aunque de hecho resultaba imposible, pues medía un centímetro más de lo debido; incluso si hubiera sido un hombre, era demasiado alta. La miré con compasión. Ella volvió hacia mí sus ojos grandes y llorosos.

—Es por el diseño de las cabinas —dijo.

—¿Por eso dejaste los estudios?

—No, no estaba haciendo el curso de entrenamiento de pilotos. Estudiaba para ser controladora de tráfico aéreo.

—¿Era... no era divertido?

—¿Divertido? —Frunció ligeramente el ceño—. Lo dejé por problemas oculares. Siempre he tenido problemas con los ojos. Me tienen que operar cada pocos años. Desde que me operaron el invierno pasado, me resulta muy difícil aprobar las pruebas de la vista, incluso con gafas.

Me pregunté qué debería decirle a alguien cuya situación era tan diferente a la mía, y mucho más complicada. La frase que se me ocurrió fue «qué calamidad», como decía la gente en las novelas inglesas cuando hablaban de las tragedias de la guerra.

—Qué mala suerte —dije en voz alta.

—Yo no lo veo así —replicó Judit—. Es mejor que deje los estudios ahora, antes de diplomarme, que convertirme en controladora aérea y hacer que un avión se estrelle porque no lo he advertido en la niebla. —Reconocí que, visto así, lo ocurrido había sido para mejor—. En otoño —siguió diciendo— empezaré a trabajar en la empresa de importación-exportación de mi tío. Allí los idiomas que sé me serán útiles. —Además de inglés, sabía francés y alemán y estaba aprendiendo italiano—. ¿En qué otros países de Europa has estado, además de Hungría? —preguntó.

Le dije que iba todos los años a Turquía a visitar a mi familia y que acababa de estar en París.

—¿También tienes familia allí?

—No, fui con un amigo.

—¿Era tu novio? —preguntó.

Otra vez con los novios.

—No —contesté.

Le hablé de Svetlana, de Robin y de Bill. Mientras hablaba, tuve la sensación de que se creaba cierta distancia entre las dos, y resultó ser así.

—No entiendo por qué invitaron a tu amiga a ese viaje —dijo—. Si mi novio estuviera interesado en otra chica, o si una chica estuviera interesada en mi novio, no la invitaría a venir de vacaciones con nosotros.

—Pero Svetlana y Robin son amigas. Lo son desde hace años, antes incluso de conocer a Bill.

—No estoy de acuerdo. Si fuera realmente una amiga, no habría ido a París,

y tampoco te habría contado todas esas cosas.

Cuando comentó eso, me sentí avergonzada y me pregunté cuál había sido mi error. ¿Ir a París, enterarme de la historia, o contársela a una desconocida?

Me sentí aliviada cuando oí afuera el coche de Gyula. Margit había tenido que llevar a los niños a alguna parte y por eso había venido él a recogerme.

No había nadie en la casa cuando llegamos. Empecé a subir las escaleras hasta mi cuarto, pero Gyula me llevó a la mesa, apartó una silla y, antes de que me diera cuenta, ya había sacado el whisky.

—¿Marlboro? —preguntó mientras extraía un paquete del bolsillo.

Pero la idea de fumar con un adulto me resultaba demasiado extraña, y por eso rechacé tanto el Marlboro como el whisky. Gyula pareció quedarse pensativo, luego salió al cobertizo y volvió con una caja metálica de color naranja de cuyo compartimento superior sacó dos bandejas, apiladas una sobre otra. Estaban llenas de munición, balas, cartuchos y perdigones, cuidadosamente organizados en compartimentos.

Sacó varios cartuchos y los puso en posición vertical sobre la mesa.

—Aleman —dijo—. Americano... como tú. —Incluso las balas allí tenían nacionalidades. Había balas checas, finlandesas, yugoslavas y chinas—. Bala soviética —dijo en ruso, dando golpecitos sobre un cartucho con la punta redondeada y una franja roja.

Sosteniendo en alto uno de los cartuchos alemanes, Gyula frunció la nariz e hizo movimientos de correteo con las manos. Luego se dio unas palmadas en las piernas, con un ruido que sonó como un aleteo, y soltó un chorro de aire, fffff, entre los dientes. Por esos gestos entendí, finalmente, que el pequeño cartucho alemán era para cazar conejos y faisanes.

Después de depositar un cartucho estadounidense más grande sobre la mesa,

Gyula cerró los ojos por un instante, luego puso los índices señalando hacia arriba, contra sus sienes, abrió los ojos y movió bruscamente la cabeza de izquierda a derecha.

—*Özbak* —dijo.

Resultó ser «corzo».

Sacó un tercer cartucho, muy diferente de los otros dos, revestido en latón y parecido a un bolígrafo. Me miró un momento.

—*Mensch* —dijo bajando la voz. Y luego, en húngaro—: «Hombre».

Gyula me contó una historia de caza. En ella había un corzo, y Barka, y la policía, y un enfrentamiento, y ladridos. Elogió repetidamente a Barka y dijo que era un braco húngaro, e imitó la manera en que señalaba con la pata. Sacó algunos papeles del compartimento inferior de la caja.

—*Biztosítás* —dijo—. ¿Entiendes? *Biztosítás*.

Busqué *biztosítás*. Significaba «seguro». Cuando vio que tenía un diccionario, Gyula me dijo otras palabras. Me habló del registro de armas, el permiso de caza y el permiso de armas de fuego. Lo más importante parecía ser que necesitabas obtener dos permisos: uno para ti y otro para el arma.

—Dos permisos —repetí.

Asintió y me dijo que era inteligente.

El Ford Fiesta se detuvo frente a la casa y los niños entraron corriendo, seguidos poco después de Margit.

—Oh, Dios —dijo Margit cuando vio la botella de whisky, la caja abierta y la colección de balas y permisos—. Parece que alguien ha estado dando una conferencia.

A la tarde siguiente, Margit y Gyula tenían cosas que hacer, así que la directora de la escuela me llevó a casa. Cuando llegamos, Gyula salía

corriendo por la puerta llevando un traje azul claro. Agitó la mano al pasar a modo de saludo y gritó algo sobre un autobús. La directora se ofreció a llevarle en coche, pero ya casi estaba en la carretera principal. Corría muy rápido, incluso con ese traje que, como supe más tarde, reservaba para su clase semanal de alemán en la ciudad.

Por primera vez en varios días estaba sola. Recordé que me habían dicho que podía comer lo que quisiera cuando me apeteciera, así que me serví un trozo grande de pastel de manzana y me lo comí mientras leía *Drácula*. Era una sensación magnífica: comer sin tener que escuchar, asentir, sonreír o hacer algo con las cejas. Drácula visitaba la jaula de los lobos del parque zoológico. «Esos lobos parecen enfurecidos por algo», observaba. A la mañana siguiente los barrotes de la jaula estaban retorcidos y el lobo gris había desaparecido. Drácula había poseído temporalmente su cuerpo. Para Drácula, la visita al zoo había sido una vivencia totalmente diferente a la de otras personas.

Alguien llamó a la puerta acristalada. La puerta principal estaba abierta y detrás del cristal había una chica menuda y rubia.

—Hola —dije.

—Hola —respondió ella—. Soy Reni. Nos vamos de excursión.

Abrí la puerta. Entró pero no quiso sentarse, y solo miraba su diminuto reloj cuya esfera no era más grande que una moneda de cinco céntimos. Tampoco pareció interesada en el pastel. No paraba de repetir que nos íbamos de excursión.

—Está bien —dije.

Me levanté y empecé a limpiar la mesa.

—Nos vamos de excursión ahora.

—¿Ahora? ¿Quieres decir ahora mismo?

—¡Sí, claro!

Entonces vi que llevaba una mochila pequeña. Reprimí un suspiro. Tenía cada vez más la sensación de que Hungría era como leer *Guerra y paz*: cada cinco minutos aparecían nuevos personajes con nombres extraños y formas de expresarse peculiares, a los que tenías que prestar atención durante un rato, aunque ya no te los volvieras a encontrar en el resto del libro. Habría preferido hablar con Ivan, el objeto de interés amoroso, pero por alguna razón no me decidía a llamarlo. Al mismo tiempo, sentía que esa abundancia de personajes no era en absoluto irrelevante, sino más bien todo lo contrario, y que cuando Ivan me dijo que me hiciera amiga de los otros chicos, me había enseñado algo importante sobre el mundo: que el personaje fatídico de tu vida no era el que te sepultaba dentro de una roca, sino el que te llevaba a conocer más gente.

En cuanto salimos de la casa y llegamos a la carretera principal, la cara de Reni se iluminó.

—Dentro de diez minutos, autobús —dijo Reni alegremente, cuando llegamos a la carretera—. Ahora sentadas.

Nos sentamos en el borde del asfalto, de cara al bosque. Reni levantó la cabeza y miró el cielo despejado y luminoso.

—¡Me encanta estar al aire libre! —exclamó. Luego añadió—: No me gusta la casa de Margit.

—¿No?

—No. Muchos animales.

—¿Te refieres a Barka?

—No. Los animales muertos, marido de Margit, con la escopeta. Odio a los cazadores. Por supuesto, no hablo de eso al marido de Margit.

Llegó el autobús, un autocar alto con asientos mullidos y ventanillas

tintadas. Subimos las escaleras y nos sentamos por la mitad. Reni explicó que había sido alumna de Margit: la peor alumna de la clase. Ahora estudiaba ingeniería agrícola y tenía novio. Reni tenía veinte años y su novio solo dieciséis, pero solía mostrarse muy maduro. Pero ahora se habían peleado y había vuelto a comportarse como un chico de dieciséis.

—¿Por qué habéis discutido? —pregunté.

—Por muchas cosas —contestó—. Él no ha sido agradable.

—¿Agradable?

—En absoluto.

Me volví a mirarla; al oírla hablar de su novio sentí curiosidad por su aspecto. Se la veía muy mona y formalita, con su melena rubia corta, una camiseta blanca y gafas con montura metálica. Hablamos de la rotación de cultivos. El autocar nos llevó a Gyöngyös, la segunda ciudad más grande de Hungría. Al cabo de una hora, otro autocar nos llevaría a un fortaleza de Navidad en las montañas. (Más tarde me enteraría de que no era más que un bosque de pinos y abetos. «Árboles de Navidad», dijo Reni señalando por la ventanilla.)

Mientras tanto, en Gyöngyös, visitaríamos el lugar preferido de Reni, el Museo de Historia Natural, donde conservaban un animal muy especial. Era un animal muy grande que no existía.

—¿Te refieres a un animal imaginario? ¿Como un unicornio?

—No, no, muy antiguo. Miramos los huesos.

—Ah, un dinosaurio.

—No, un dinosaurio no.

—¿Cómo se llama en húngaro?

Al principio parecía reacia a decírmelo, pero insistí hasta que al final me miró a los ojos y dijo despacio y en voz alta:

—MAMUT.

El mamut estaba en una gran mansión amarilla antiguamente habitada por nobles húngaros. Todas las luces estaban apagadas. Unas mujeres mayores, con atuendos históricos consistentes en faldas negras y delantales blancos, estaban doblando sábanas junto a una ventana polvorienta. Cuando llegamos, dos de las mujeres dejaron su labor y nos guiaron por el museo. Una caminaba delante de nosotras con un candil eléctrico e iba encendiendo las luces, la otra iba detrás y las iba apagando. De vez en cuando, una de las dos sacaba una de las monografías con títulos en latín que llevaban en los bolsillos del delantal y nos instaba a comprarla. Reni dijo que no, primero educadamente y luego con un exabrupto airado que me sorprendió, aunque las mujeres no parecieron ofenderse.

No nos detuvimos mucho tiempo en la historia geológica, petrológica y mineralógica de la región de Gyöngyös; era obvio que a Reni la irritaban por algún motivo, y apretó el paso. Pero cuando llegamos a los helechos su rostro se iluminó, y en la sala de los insectos entró en trance.

—¡Me encanta la naturaleza! —dijo con un suspiro al ver un antiguo escarabajo pelotero.

Se sabía todos los nombres en latín de los insectos y me preguntó los nombres en inglés. El único que me sabía era «mariquita».

Llegamos a los vertebrados.

—¡Oh, es precioso! —exclamó Reni cuando nos acercamos al erizo.

El erizo era realmente bonito, pero no estaba menos muerto que los animales de la casa de Margit.

De pie, en la entrada en penumbra de una sala oscura, la mujer levantó su candil eléctrico y vimos brillar los gigantescos huesos pálidos y arqueados. Luego encendió la luz y ahí estaba el mamut, ante una cortina de terciopelo verde sobre una plataforma elevada sin barandilla, para que pudieras pasar por debajo de sus enormes colmillos curvos del tamaño de un hombre.

Despojada de carne y de pelo, cada costilla se veía muy elegante: alta, abovedada, de un blanco marmóreo, como el más estilizado de los puentes. Oh, Mahmut Bey, debes saber que siempre te he estado esperando, incluso ahora, después de tantos años.

En el camino de vuelta al pueblo, bajamos del autobús demasiado pronto y nos encontramos en un cruce con un restaurante, una gasolinera y una señal que ponía KAL, 6 KM. Propuse que fuéramos a pie, pero Reni dijo que seis kilómetros era demasiada distancia y que me cansaría.

—Tengo una idea —dijo—. El teléfono de mi novio.

—¿El teléfono de tu novio?

—Está a solo un kilómetro. Ven.

Dejamos la carretera principal y tomamos un camino estrecho que se convirtió en una pista de tierra. Después de media hora, llegamos a una casa de color naranja y marrón con un letrero de «EL PERRO MUERDE». Reni llamó a la puerta. Un horrible perro negro con el hocico torcido salió de un cobertizo, cruzó corriendo el patio y se lanzó babeando contra la valla.

—¡Oh, Milord! —Reni metió las manos a través de la cerca y agarró la cabeza del perro de tal manera que este no podía clavarle los dientes (aunque no por falta de ganas, pensé). Sus cuartos traseros se agitaron en el aire—. Milord es un perro muy bueno —dijo Reni, con la baba del animal goteándole por la muñeca.

Salió una mujer con un cesto de plástico lleno de ropa. Cuando vio a Reni, frunció el ceño y volvió a entrar.

—Es la madre de mi novio —dijo Reni—. No le caigo bien.

Asentí.

—Pero no puede hacer nada —siguió diciendo Reni—. Su hijo me ama.

Ahora lo llamará.

—¿La madre de tu novio no nos dejará utilizar el teléfono? —pregunté al cabo de unos minutos.

—¡Oh, no! —dijo Reni—. Piensa que soy... una chica muy mala. No sé cómo se dice en inglés.

Aún estaba aguantando la cabeza del perro, que emitía un leve gruñido. Me ofrecí a llamar a la puerta para preguntar si yo podía llamar por teléfono, pero Reni dijo que la madre era muy desconfiada y que pensaría que yo también era mala.

Después de estar unos diez minutos así frente a la casa, el estado de ánimo de Reni cambió repentinamente, aunque, por lo que yo podía apreciar, nada había cambiado en nuestras circunstancias.

—Mi novio sabe que estamos aquí —dijo, entornando los ojos hacia las ventanas de la planta de arriba.

Soltó al perro, lo que le provocó a este otro arrebato de furia, y luego tiró un puñado de grava a las ventanas. Uno de los guijarros golpeó a Milord, que reaccionó en consonancia con su carácter. Reni se acercó a la verja e intentó abrir el pestillo por dentro, pero entonces vio la espuma chorreando de la boca de Milord.

—¡Laci! ¡Laci! —gritó, y se volvió hacia mí—. Llama tú también.

—Laci —grité.

—Tenemos que gritar más alto —dijo—. Juntas. Uno, dos, tres.

—¡LACI! —chillamos—. ¡LACI!

El chico que salió al porche parecía mayor de dieciséis años, tenía la tez aceitunada, los labios gruesos y el pelo engominado. Su camiseta blanca de pico dejaba al descubierto una cruz dorada en medio de una maraña de pelo. Reni le contó lo del autobús y el teléfono. Laci se apoyó en la baranda del porche, sin hacer ademán de acercarse a la valla. Su madre volvió a salir.

Reni y ella se gritaron. Luego Laci dijo algo, y la madre entró. Reni y Laci hablaron un rato. El chico no cambió su postura relajada ni su tono indolente.

—Dice que no podemos usar el teléfono. —A Reni le temblaba la voz.

—¿Hay alguna cabina por aquí cerca? —pregunté—. Tengo una tarjeta telefónica.

Había comprado una con Margit en la tienda, pero aún no la había usado.

—¡Oh, una tarjeta telefónica! —exclamó Reni, y le gritó algo a Laci.

Laci suspiró y volvió a entrar, luego se acercó tranquilamente a nosotras y le entregó a Reni una tarjeta telefónica por encima de la valla.

—No podemos usar tu tarjeta —me dijo Reni—, ¡porque tú eres la invitada!; Caminamos cinco minutos por la carretera principal hasta llegar a una cabina. Reni marcó el número de Margit y le pidió que viniera a recogernos.

—Era el marido de Margit —dijo después de colgar—. Resulta algo incómodo. Tenemos muchas discusiones, porque odio a los cazadores. —Suspiró—. Bueno, me voy. Tú espera aquí.

Le pregunté adónde iba. Dijo que tenía que devolverle a Laci su tarjeta telefónica, porque en realidad era de su madre. Echó a andar por el largo y recto camino hacia la casa. Cuando estaba a unos cien metros, atisé a lo lejos una figura que se aproximaba. Cuando estuvo más cerca, vi que era Laci y que venía corriendo. Reni se detuvo. Él corrió más despacio hasta llegar donde estaba ella. Al otro lado de la carretera, una suave pendiente herbosa descendía hacia lo que ahora reconocí como un campo de tabaco. Reni se reunió conmigo en la cabina telefónica. Se la veía radiante. Laci volvía a ser agradable.

Gyula no parecía enfadado por tener que venir a buscarnos, ni tampoco

preocupado por las opiniones de Reni sobre su estilo de vida. En el coche él le hizo muchas preguntas, y se rio a carcajadas ante sus respuestas.

—A todos nos cae muy bien Reni —me dijo Margit cuando volvimos a casa.

—A mí también me cae bien —dije.

—Pero no nos gusta su novio. No es listo, ni serio ni simpático. Por desgracia, es muy guapo. ¿Lo has conocido?

—Lo he visto.

—¿Y te ha parecido guapo?

Mientras pensaba qué responder, Margit se echó a reír.

—¡No te ha parecido guapo! —gritó, dando palmas.

A última hora de la tarde fuimos en bicicleta a la casa de los padres de Gyula. Nóra tenía una bici pequeña. Feri iba sentado detrás de Gyula, atado con una correa. Yo iba encaramada en una bicicleta gigante de diez velocidades.

—Tenía miedo de que no te fuera bien ninguna bicicleta, con esas piernas tan largas —dijo Margit—. Por suerte, el hijo de nuestros vecinos es tan alto como tú.

El padre de Gyula, ingeniero agrónomo, se había hecho famoso por cruzar garbanzos y trigo, aunque no entre sí. Gyula también era ingeniero agrónomo, pero perdió su empleo cuando los soviéticos dejaron de subvencionar el centro de investigación local. Pasamos por el centro de investigación: tres edificios alargados, uno de chapa corrugada, otro de estuco rosa y el tercero de color rosa chicle. El mar de maíz y tabaco circundante se reflejaba tan claramente en las ventanas que parecía estar dentro de los edificios.

La calle donde vivían los padres de Gyula tenía un aspecto residencial, con sus aceras, sus céspedes y sus arbustos no comestibles. La madre de Gyula,

con una falda y una blusa de seda con estampado de cebras, nos llevó a la sala de estar y me mostró los trabajos científicos de su marido, en húngaro, alemán y ruso. También había un folleto trilingüe sobre la remolacha y las precipitaciones en invierno, así como la traducción en inglés de las actas de una conferencia sobre irrigación. En la primera página figuraba la lista de participantes:

ÁBEL GY., *subdirector*, Granja Modelo Estatal de Szarvas, Szarvas.

ÁDÁNY, N., *director adjunto*, Servicio Meteorológico Nacional, Instituto Central de Física de la Atmósfera, Budapest.

BALOGH, Zs., *académico, profesor universitario*, Universidad Eötvös Loránd, Departamento de Fisiología de las Plantas, Budapest.

BÁRDOS, A. S., *ingeniero jefe*, Obras Químicas Borsod, Sección de Agroquímica, Kazincbarcika.

BÖDÖR, J., *jefe científico del departamento*, Instituto de Investigación de Viti- y Vinicultura, Kecskemét.

CSAPÓ, J., *director jubilado*, Estación de Investigación para el Cultivo de la Remolacha, Sopronhorpács.

CSORNAI Z., *vicepresidente del área de producción*, Cooperativa Agrícola Lenin, Tiszaföldvár.

DEÁK, B., *investigador*, Instituto de Investigación Agrícola de la Academia de Ciencias de Hungría, Martonvásár.

DUDÁS, E., *viceministro*, Ministerio de Agricultura y Alimentación, Budapest.

Las preguntas, en **negrita**, iban seguidas de las respuestas de los participantes según el orden alfabético de sus apellidos. Era imposible no admirar la manera clara y concisa en que el padre de Gyula distinguía entre las

necesidades de irrigación de la cebada de invierno y de verano, cómo cuestionaba la situación de abandono del arroz en la Gran Llanura húngara, y cómo resumía las ventajas del riego por inundación en las tierras de cultivo alcalinas.

La madre de Gyula sacó un viejo anuario. El padre de Gyula y otros veinte jóvenes muy repeinados y con expresión decidida me miraban desde las páginas satinadas en blanco y negro, y pensé en que, mucho antes de que yo hubiera nacido, ellos ya habían memorizado el ciclo de Krebs, comido salami y contemplado el futuro: su propio futuro y el de la agricultura húngara.

—Te he traído porque la madre de Gyula hace un delicioso pollo a la paprika con fideos caseros —susurró Margit.

Durante la cena la conversación giró en torno a la ambigua nomenclatura de los tipos de cebada según la estación. La madre de Gyula sacó un *strudel* de manzana y sirvió coñac para todos. Me lo bebí porque resultaba menos complicado que explicar por qué no lo quería. Cuando nos íbamos, la mujer me puso en las manos algo caliente, pesado y blando. Estaba envuelto en papel de aluminio, pero parecía estar vivo. Era otro *strudel*.

En el camino de vuelta no fui capaz de mantener el manillar completamente recto y, aun así, mientras bajaba haciendo eses por la carretera desierta iluminada por la luz de la luna, me di cuenta de que era mucho más difícil caerse de la bicicleta de lo que había imaginado.

En clase practicamos el modo condicional.

—Si yo fuera Picasso —decía Katalin—, amaría a muchas mujeres.

Una chica menos bonita no habría dicho eso, pensé. Las personas guapas vivían en un mundo diferente, se relacionaban de otra forma con la gente. Desde el principio vivían para el amor.

Dibujé planos de ciudades estadounidenses para explicarles cómo dar indicaciones para llegar a algún lugar. Gira a la izquierda por Main Street y luego toma la segunda a la derecha por Elm Street. Encontrarás la estación de bomberos a la derecha.

—¿A la derecha, Selin, o a tu derecha?

—Las dos opciones están bien.

—Pero ¿cuál es más educada?

Fui a dar un paseo con Nóra. Me decía los nombres de las cosas en húngaro y yo los apuntaba. No había llevado el diccionario, así que aquello era lo que el filósofo del lenguaje Donald Davidson calificaba de «interpretación radical». La calle parecía desierta, pero estaba llena de palabras: «charco», «barro», «botella», «envoltorio de chocolatina», «chicle», «papel de chicle». Nóra señaló con tristeza un pájaro muerto y dijo: «Madár». Pensé que significaba «muerto», pero entonces señaló al cielo y volvió a decir «Madár», y entendí que era «pájaro». La hierba era a veces «gaz» y otras veces «fű».

—¿Qué es esto, *gaz* o *fű*? —me preguntaba.

—¿*Gaz*?

—¡No, Selin... *fű*!

Llegamos a la carretera principal, donde había cables de teléfono y de tendido eléctrico.

—*Telefon oszlop* —decía Nóra—. *Telefon oszlop, telefon oszlop, telefon oszlop. Elektromos oszlop.*

No estaba segura de a qué se refería *oszlop*, si al poste o al cable, hasta que llegamos a una pequeña columna de hormigón de más o menos un metro que sobresalía del suelo.

—*Beton oszlop* —dijo Nóra.

Sabía que *beton* era hormigón, porque era la misma palabra en turco. Me pareció muy gracioso que hubiera un *oszlop* de teléfono, un *oszlop* de electricidad o un *oszlop* de hormigón. El mundo entero podría ser redescrito usando la palabra *oszlop*. Intenté contarle a Nóra que ella era un *oszlop* de Nóra. La niña me escuchó con expresión seria.

—Ahora vamos a correr —dijo, y salió disparada hacia las colinas—. ¡Corre, Selin! —gritó.

A pesar de su constitución robusta, corría muy rápido. Seguimos corriendo por calles cada vez más residenciales, hasta que finalmente llegamos a la casa de los padres de Gyula. La madre de Gyula salió con aspecto cansado y nos dio un trozo de pastel. Diez minutos más tarde, Margit vino a buscarnos en coche. Resultó que Nóra tenía la costumbre de ir corriendo a casa de sus abuelos. Lo hacía por el pastel.

El viernes me planté delante de la clase y canté «Hello, Goodbye» de los Beatles. Me sentí como si cayera por un precipicio: el tiempo se expandía, había tanto tiempo para pensar en tantas cosas diferentes. «Tú dices sí, yo digo no —canté—. Tú dices para, yo digo sigue, sigue, sigue.» Recordé una expresión turca: «Yo digo *bayram haftası* [semana de vacaciones], él dice *mangal tahtası* [la base de madera de un brasero]». Pensé en la semana de vacaciones y en que hoy era viernes y en que Ivan había dicho que podíamos vernos los fines de semana.

—¡Hola, hola! —canté—. No sé por qué dices adiós, yo digo hola.

—¡Hola, hola! —cantaron los niños más pequeños—. ¡Hola, hola, hola, hola, hola, hola!

Para cuando llegué a casa de Margit, llevaba horas pensando en llamar a Ivan, tratando de averiguar la mejor manera de bajar por la carretera hasta la

cabina telefónica. Pero en cuanto solté la mochila, Margit me dijo que una tal señora Nagy iba a venir a verme al cabo de media hora. Exactamente treinta minutos después, llegó la señora Nagy con su hijo Zoltán.

Nos sentamos a la mesa. Margit y la señora Nagy se pusieron a hablar en húngaro. Zoltán, cuya tez pálida, cabeza pequeña y pelo liso negro le hacían parecer un dibujo de Edward Gorey, miraba fijamente al suelo. Comí maquinalmente todas las galletas saladas que Margit había puesto en la mesa, como si fuera una tarea que me hubieran encomendado. Margit me explicó que la señora Nagy le había comentado que yo debería hablar en inglés con Zoltán, porque el chico no sabía nada de inglés, solo alemán. No me pareció que fuera una razón de peso para hablar con él en inglés.

—Dice que tienes que hablar con él y no mostrarte tímida —dijo Margit.

La señora Nagy tampoco hablaba inglés, aunque ahora enseñaba alemán y en el pasado había enseñado ruso.

Le eché un vistazo a Zoltán. Estaba mirando al suelo.

—¿Tengo que hablar con él ahora?

Margit también miró a Zoltán.

—Bueno, quizá más tarde.

Acabé cenando en casa de los Nagy. Toda la comida estaba cubierta de crema agria.

—COME —me decía la señora Nagy, tanto en húngaro como en ruso, mirándome fijamente a los ojos—. COME.

Lo intenté, pero nunca me había gustado la crema agria. Para mi alivio, al final la señora Nagy me quitó el plato y se lo puso delante al hermanito de Zoltán, Csaba, un niño pálido y regordete que se parecía a su padre y que se lo comía todo. Sentí un gran alivio cuando vi desaparecer la comida en el

interior de su cuerpecito.

Mientras comíamos buñuelos de crema, la señora Nagy me interrogó en ruso sobre la educación superior en Estados Unidos. Me preguntó si solo los ricos podían ir a la universidad, cuánto ganaban mis padres y si era difícil llegar a ser estomatólogo. Luego me dijo que debería ver algunos de los edificios que había construido su marido.

—AR, QUI, TEC, TO —gritó, y me pasó una carpeta con folletos.

El señor Nagy se inclinó hacia delante para señalarme algunas características de los edificios, todos ellos construcciones alargadas de dos plantas de madera rojiza. Yo asentía y hacía como si entendiera algo, porque me daba miedo que la señora Nagy se pusiera a traducir de nuevo.

Después de mirar esos edificios, Zoltán y Csaba recitaron poesía en alemán. Por suerte, no sabían mucha poesía en alemán. Luego Csaba sacó una flauta de plástico y empezó a tocar una canción increíblemente repetitiva que hablaba de un cuco.

—Ya basta —dijo el padre. Sonriendo maliciosamente, Csaba tocó el estribillo por quinta vez—. Ya basta —repitió el señor Nagy. El niño soltó una risita. Sus dientes chocaron con el plástico y las exhalaciones de su risa pasaron a través de la flauta con un sonido sibilante—. ¡BASTA! —gritó el padre, y le dio un puñetazo en el estómago.

El niño se sentó. Ocurrió tan rápido que la sonrisa aún le flotaba en las comisuras de los labios. Mi madre me contó una vez que, siempre que veía que le pegaban a un niño en público, trataba de mostrarle cierta solidaridad, ya fuera diciéndole algo o mirándolo a los ojos. Pero yo no veía cómo podía demostrarle mi solidaridad a Csaba desde donde estaba sentada, y también me parecía hipócrita, porque no quería que volviera a tocar la flauta.

Traté de imaginarme cómo le describiría esa cena a Ivan, en el caso de que alguna vez me preguntara por qué no le había llamado. No pude imaginármelo.

Pensé en contársela a Svetlana. «Solo tú podías acabar en una situación así», me diría, como hacía a menudo. Me preguntaba si era verdad que algunas personas eran propensas a cierto tipo de situaciones. Por un lado, me parecía que no había hecho nada especial para llegar ahí, que esto podría haberle pasado a cualquiera. Por otro, no podía imaginarme a Svetlana sentada en la mesa del comedor de los Nagy. ¿A eso se refería la gente cuando hablaba del destino?

Me sorprendí pensando en una chica de la universidad, Meredith Wittman, que vivía en la misma planta que Hannah, Angela y yo, aunque las pocas veces que la había saludado solo había murmurado algo sin mirarme ni mover la boca. Licenciada en Andover, llevaba sus libros en un bolso de Dior y una vez había escrito una crónica sobre el mundo del merengue y la salsa en Boston para el magacín semanal del periódico de la universidad. También me enteré, porque oí cómo se lo contaba a su amiga Bridey, de que iba a hacer unas prácticas de verano en la revista *New York*. Y por un momento reflexioné sobre el hecho de que, aunque Meredith Wittman y yo queríamos ser escritoras, ella estaba haciendo prácticas en una revista, mientras que yo estaba sentada a una mesa en un pueblo húngaro tratando de reformular en ruso la frase «musicalmente talentoso», a fin de que su madre pudiera decirle de mi parte algo alentador a un niño desagradable al que su padre acababa de dar un puñetazo en el estómago. No pude evitar pensar que el enfoque de Meredith Wittman parecía más directo.

A las diez, la señora Nagy finalmente se levantó y le dijo algo a Zoltán, que se puso la chaqueta. La señora Nagy me puso las manos sobre los hombros.

—HASTA MAÑANA —entonó en ruso en voz alta—. NOS VEMOS MAÑANA. A LAS SIETE DE LA MAÑANA.

—¿Mañana?

—MAÑANA VAMOS A LA GRAN LLANURA.

Aquello ya me pareció excesivo.

—Por desgracia, mañana estoy ocupada.

La señora Nagy se rio con deleite y dijo que no era verdad, que se lo había preguntado a Margit y sabía que yo estaba libre. Cuando se despidió, me instó a que hablara en inglés con Zoltán mientras él me acompañaba a casa, porque a veces parecía estúpido, pero en realidad solo era callado.

—¡No parece estúpido! —dije.

La señora Nagy me dio una palmadita en el hombro y me dijo que era una buena chica.

Zoltán y yo íbamos por un camino de tierra entre los campos verdes y oscuros. Un banco de nubes bajas avanzaba rápidamente cubriendo el cielo negro y estrellado.

—Deberías decir algo —dijo de pronto Zoltán en inglés, un idioma que me habían dicho que no hablaba.

Casi me muero del susto. Dije que el cielo estaba precioso. Asintió.

—Es azul —dijo.

Llegamos a un camino más ancho, con cables de teléfono.

—Hay una cabina telefónica.

—Podríamos llamar a alguien.

—Podríamos llamar a cualquier teléfono del mundo.

Dos figuras venían hacia nosotros en la oscuridad: Reni y su novio.

—Hola, Reni —dije.

—Hola —dijo Reni.

—Zoltán, esta es Reni. Reni, este es Zoltán.

—Hola —dijo Reni.

—Hola —dijo Zoltán.

—Laci —dijo el novio.

—Zoltán —dijo Zoltán.

Nos quedamos un momento en silencio.

—Hola —dijo finalmente Reni.

—Hola —dijo Zoltán.

—Hola —dijo Laci.

—Hola —dijo Reni.

—Hola —dije yo.

Reni y su novio continuaron su camino.

—Deberías decir algo —me dijo Zoltán al cabo de un minuto.

—Creo que está lloviendo —dije.

—Llueve —dijo, asistiendo.

Me miró expectante.

—¿Por qué no hablas un poco? —dije—. Cuéntame algo de ti.

Hubo un largo silencio.

—Estoy aburrido —dijo.

—¿Aburrido?

—Lo siento, me he equivocado. Quiero decir que soy aburrido.

Cuando llegamos al camino de entrada de la casa, empezó a llover con fuerza. Un relámpago iluminó los campos y el patio. Aun así, Zoltán se negó a entrar.

—Relampaguea —dije.

—No pasa nada. Estoy acostumbrado.

—Bueno, hasta mañana.

—A primera hora —dijo con aire sombrío.

Se escondió entre las sombras junto al cobertizo mientras yo llamaba a la puerta. Margit me hizo pasar.

—¿Es un animal? —preguntó, mirando hacia la tormenta.

—No, es Zoltán.

—¡Zoltán! —llamó Margit, saliendo al porche.

Pero ya se había ido.

Un relámpago relumbró en el interior de la habitación, como si las cortinas de gasa ni siquiera existieran, iluminando cada centímetro cúbico, incluida la comadreja.

Le había dicho a Margit que al día siguiente no hacía falta que se levantara a la misma hora que yo, pero me alegré cuando lo hizo.

—Estás más ojerosa que de costumbre —observó—. Trata de dormir en el coche.

Pero en el coche era imposible dormir. El señor Nagy conducía, Zoltán iba sentado delante, y Csaba y yo íbamos detrás, con la señora Nagy entre nosotros.

—VACA, Selin —dijo enfáticamente, zarandeándome por el hombro—. VACA. VACA. VACA. En húngaro decimos VACA.

Zoltán preguntó si podía encender la radio.

—Me encanta la radio —observé.

Un ritmo disco inundó el coche. «Confía en mí y nunca te fallaré», cantaba un hombre de manera poco convincente.

—PUENTE —gritó la señora Nagy, agarrándome la pierna.

Un campo de girasoles que se extendía hasta el horizonte llenó la ventanilla. Como medida preventiva, grité la palabra húngara para girasol. No funcionó.

—GIRSAOL. GIRASOL. GIRASOL —repitió insistentemente la señora Nagy, golpeándome la rodilla y señalando hacia fuera.

Tardamos mucho en llegar a la Gran Llanura, y una vez allí nos quedaba aún un largo trecho hasta nuestro destino final: un mercado al aire libre, abarrotado, amarillo, polvoriento y ya muy caluroso. El señor Nagy necesitaba unos pantalones nuevos. Paseamos entre los puestos de chándales, vestidos de rayón y camiones. La señora Nagy escogió varios pantalones, y el señor Nagy se metió en un rincón, se quitó los que llevaba y se fue probando los nuevos. Luego la señora Nagy se los ajustaba dando tirones en la cintura y en la entrepierna y le hacía caminar en círculos. Los pantalones que más le gustaron a ella eran de color verde brillante.

—¿Qué te parecen? —me preguntó en ruso.

—Extraordinarios —respondí.

Compraron los pantalones verdes. El señor Nagy se los puso inmediatamente, hizo un ovillo con sus viejos pantalones grises y se los colocó bajo el brazo.

Luego fuimos a comprar una pistola de plástico para Csaba y una camiseta de fútbol para Zoltán. Zoltán se probó varias sobre la camisa que llevaba puesta, y cada vez su madre estiraba de las costuras, miraba desde lejos, se arrodillaba en el suelo y me preguntaba mi opinión. A Zoltán el sudor le corría por las sienes. Al final no le compraron ninguna camiseta.

La señora Nagy dijo que era hora de comprarme un regalo.

—UN REGALO. UN REGALO. UN REGALO.

Cada vez que pasábamos junto a un vestido largo hasta el suelo, lo sacaba de la percha, lo sostenía frente a mí y le preguntaba a Zoltán si le gustaba. El sol estaba cada vez más alto. Estábamos todos empapados en sudor. Csaba disparaba a todo el mundo con su pistola. De repente, la señora Nagy decidió comprarme un sombrero.

—UN SOMBRERO, UN SOMBRERO, UN BONITO SOMBRERO —dijo, y me llevó a los puestos donde vendían cestas y otros artículos de paja.

Sentí una resistencia primitiva e irracional a la idea de que la señora Nagy me comprara un sombrero, aunque también tenía claro, o debería haber tenido claro, que esa era la única forma de seguir adelante con nuestras vidas. Cogió un sombrero de niña de ala ancha y con una cinta, me lo puso en la cabeza y empezó a tirar del ala hacia abajo, tratando de encajármelo en la cabeza.

—Sombrero —murmuró en voz baja en húngaro.

El pánico se apoderó de mí.

—NO NECESITO UN SOMBRERO —grité en ruso. Todos se giraron hacia mí—. ¿Sabes? Lo que me gusta mucho es esto —dije cogiendo una cestita deformada.

—No sabía que te gustaran las cestas —dijo en un tono ligeramente acusador.

Me compró la cesta y luego también un pequeño sabueso de peluche que cabía dentro. El perro tenía una mirada trágica; en un corazón de plástico pegado a sus patas delanteras se leía en letras blancas: I LOVE YOU.

—¿Te ha gustado el mercado? —me preguntó Zoltán cuando volvimos al coche.

—Ha sido interesante —respondí—. ¿Venís aquí a menudo?

—No —dijo—. Es la primera vez.

El domingo por la mañana, tomé el autobús hasta la cercana ciudad de Eger para reunirme con Peter y los otros profesores de inglés. El autobús era el paraíso. Durante una hora entera no tuve que enseñar nada a nadie ni aprender nada de nadie, escuché «All My Loving» y pensé en Ivan. Llegué a Eger casi una hora antes de lo acordado, y apenas bajé del autobús me encontré con

Dawn.

—Gracias a Dios que estás aquí —dijo—. Necesito urgentemente un trago y no quería ir sola a un bar.

Entramos en el primer bar que vimos. Dentro ya había unos cuantos hombres bebiendo. Dawn pidió un combinado de zumo de manzana, vodka y Sprite; yo pedí una Coca-Cola light. Nos sentamos al fondo, junto a la mesa de billar. Dawn me contó que le habían asignado una familia de abstemios que no tenían ni idea de inglés, y que en toda la semana no había hablado con nadie ni bebido una gota de alcohol.

—Ojalá lo hubiera sabido antes de regalarles la botella de Southern Comfort —comentó—. La guardaron bajo llave en un armario y no sé cómo pedirles que me la devuelvan.

Cuando nos acabamos las bebidas, fuimos al punto de encuentro acordado: un monumento que representaba la batalla del siglo XVI en la que István Dobó condujo a dos mil húngaros a la victoria sobre cientos de miles de otomanos. Cuando Peter apareció sentí una terrible decepción, y comprendí que era porque Ivan no estaba con él.

Ese día se celebraban muchas bodas en Eger, a no ser que se tratara de una única e inmensa boda que se extendiera por toda la ciudad. Entre los edificios siempre se atisbaba algo: una orquesta, una mesa llena de flores, una familia posando con aspecto solemne para una foto. Las estatuas y los edificios de color gris amarillento despuntaban contra el cielo nublado. Peter nos llevó a que subiéramos al famoso minarete de Eger: el edificio otomano más septentrional de Europa. La mezquita fue destruida en 1841. Erguido en solitario, el minarete parecía desesperadamente delgado y fuera de lugar, como si alguien lo hubiera desafiado a dar una vuelta por ahí y se hubiera perdido.

Los calabozos del castillo de Eger se habían transformado en un museo de

la tortura. Era una suerte de encarnación arquitectónica de la mazmorra de la trivialidad de las conversaciones. Podías hacerte una fotografía con un hombre bigotudo con turbante y cimitarra vestido con pijama.

Cada vez que intentaba explicarles a los húngaros las increíbles similitudes que había entre el turco y el húngaro, se negaban a creer que sus gramáticas tuvieran algo en común, e invariablemente sacaban a colación los préstamos turcos en la lengua húngara, como las palabras para designar «látigo» y «esposas». De hecho, aunque las palabras turca y húngara para «látigo» eran muy parecidas —*kirbaç* y *korbács*—, la palabra turca para esposas (*kelepçe*) era en realidad la palabra húngara para «trampa», mientras que la palabra húngara para «esposas» (*bilincs*) era la palabra turca para «conciencia». No sabía muy bien cómo interpretar aquello, aunque sin duda era cierto que la conciencia podía ser una trampa.

La triste historia de Cheryl: llevaba tres noches durmiendo en el sofá del alcalde. El miércoles la enviaron a una remota aldea, situada dos horas al sur, para instalarse en la casa del manitas del pueblo.

—Me trata como a una idiota —dijo en voz baja—. Pensaba que no sabía cómo encender la luz o abrir los grifos. Traté de explicarle que en Estados Unidos también tenemos electricidad y agua corriente, pero no quiso oírme. Siguió encendiendo y apagando las luces. Tiró siete veces seguidas de la cadena para enseñarme cómo funcionaba la cisterna. Ahora el inodoro está roto.

—¿No es el manitas del pueblo? —preguntó Owen.

—No creo que sea muy bueno en su trabajo —respondió Cheryl.

—Estamos haciendo todo lo posible para sacarte de allí —aseguró Peter.
Cheryl no dijo nada.

Hablamos por turnos con Peter, que se iba a Mongolia al cabo de dos días; no volveríamos a verlo hasta el 12 de septiembre a mediodía, delante del Centro de Ciencias. Cheryl fue la primera. Los demás nos sentamos junto a una fuente, contemplando parte de un cortejo nupcial entre dos edificios, mientras intercambiábamos anécdotas de la vida rural. En la clase de Daniel únicamente había chicas adolescentes, algunas de ellas muy atractivas. Todos los padres le hacían la misma broma, que tenía que oír por lo menos una vez al día: «¡Si le tocas un pelo a mi hija, tendrás que casarte con ella!». Y luego se desternillaban de risa.

Todos querían hacer un viaje juntos cuando acabara el programa. Les apetecía ir a Rumanía para ver sus maravillosos bosques. En ellos había bandidos, y si no sabías bien lo que hacías podías acabar muerto, pero Peter tenía algunos amigos rumanos que nos llevarían en su coche. El plan me pareció carente de encanto, solo con los amigos de Peter para protegernos de los bandidos, y solo con los bandidos para protegernos de los amigos de Peter, pero no dije nada. De todos modos, yo estaría en Turquía.

Cuando me tocó reunirme con Peter, me preguntó si había hablado con Ivan. Le dije que no.

—¿Por qué no?

Lo pensé.

—No han dejado de llevarme de excursión.

Se rio.

—Deberías llamarle —dijo—. Deberías llamar a Ivan.

—Supongo que sí. —Me di cuenta de que había arrancado un puñado de

hierba del suelo—. No sé por qué estoy arrancando la hierba de Eger.

—Oh, no hagas eso —dijo Peter.

—Es una manía destructiva —admití.

—Bueno, de acuerdo entonces. No arranques la hierba y llama a Ivan. Ese es nuestro plan para ti.

Vivie, Owen y yo íbamos a tomar el mismo autobús de regreso: nuestros pueblos estaban en la misma dirección. En un quiosco, Owen se puso a leer un periódico alemán mientras Vivie y yo hojeamos las revistas de moda húngaras y comentamos que las modelos parecían menos atormentadas que las de las revistas estadounidenses.

—Tal vez se deba a que, en las culturas donde se pasa hambre, el ideal de belleza no exige estar tan delgada —observó Vivie.

Durante un rato contemplamos a esas mujeres húngaras tan seguras de sí mismas, que sabían decenas de miles de palabras que eran familiares para Ivan.

En el autobús, Vivie dijo que el padre de su familia de acogida describía los girasoles como «los cinco dedos de Dios».

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—No tengo ni idea.

Esa noche bajo la ducha, después de haberme aclarado el champú del pelo, dirigí el chorro de agua entre mis piernas, algo que se podía hacer con un cabezal de ducha móvil, aunque nunca antes se me había ocurrido hacerlo. La sensación era nueva y al mismo tiempo familiar, como una canción que hubiese escuchado aunque no completa hacía mucho tiempo. Mientras sentía que todo

mi cuerpo se contraía y tensaba alrededor de algo que no estaba allí, me pareció entender por primera vez el significado del sexo y pensé en todo el deseo injustificado que había sentido por Ivan y tuve la impresión de que no podría vivir un momento más sin sentirlo dentro de mí, llenando ese vacío terrible. Y aun así, al parecer podía vivir, y tenía que vivir, y vivía. Arriba me esperaban las varas de oro y la comadreja. Me pregunté por enésima vez si debía llamar a Ivan y por enésima vez no encontré solución a los dilemas de cómo llegar al teléfono y qué decir. Sin embargo, el hecho de que teóricamente podía llamarlo continuó atormentándome hasta que me quedé dormida, y soñé que iba a una casita donde se suponía que yo vivía, pero Ivan estaba dentro y me gritó que me fuera; luego cambió de opinión y me enseñó a abrir y cerrar los grifos.

Nóra sollozaba con el aterrador desenfreno de los niños, como si nunca fuera a encontrar consuelo. Una de las gatas había tenido gatitos.

—Ahora tenemos al menos quince gatos —me explicó Margit—. Puede que más. Nóra dice que se comerán a los ratones, pero no creo que aquí haya quince ratones.

—¿No pueden comerse a los ratones de los vecinos?

—Ya se han comido a todos los ratones de los vecinos.

Yo estaba haciendo la maleta, aunque no sabía adónde iría. Nóra me seguía llorando de una habitación a otra, con un gatito en los brazos. Apoyó contra mí su cuerpo caliente, húmedo y sofocado. Incluso tenía la coronilla caliente y mojada cuando le acaricié la cabeza. El gatito también estaba empapado. Parecía algo sorprendido. Como si pensara: Así que esto es la vida.

Cuando Gyula volvió de su clase de alemán, Nóra dejó al gatito sobre la mesa y saltó a sus brazos. Gyula la levantó y le secó las lágrimas. El gatito se

acercó al borde de la mesa, miró el suelo y maulló. Luego saltó, corrió bordeando la esquina y desapareció en dirección a las habitaciones.

Gyula dejó a Nóra en el sofá para llevar mi maleta al coche. Margit y yo nos montamos. Nóra estaba sentada ahora en la mesa redonda del porche, con la cabeza escondida entre los brazos. Gyula tomó una especie de guadaña y se puso a afilarla con una piedra, haciendo un sonido chirriante y quejumbroso. Margit puso la marcha atrás. En el espejo retrovisor vi cómo Nóra se alejaba, luego se acercaba y después se alejaba de nuevo. Todavía tenía la cabeza apoyada en un brazo y con el otro me despedía trágicamente.

Un autobús rojo aceleraba hacia nosotros por la izquierda, y un autobús azul por la derecha.

—Podemos elegir —dijo Margit—. Podemos estrellarnos contra un autobús rojo o contra uno azul.

Cruzamos las vías del tren, luego circulamos unos minutos junto a ellas y paramos delante de una casita rosa enfrente de la estación. Margit me dijo que sería allí donde pasaría la próxima semana con una chica llamada Rózsa, que tenía mi edad y estudiaba para ser profesora de inglés. Me dijo que ella no se quedaría mucho rato, porque no le caía bien a Rózsa.

Rózsa salió a la puerta con su tía Piri. Nos alojaríamos en la casa de Piri, porque era más grande que la de los padres de Rózsa. Tía y sobrina eran de constitución frágil, con la piel pálida y el pelo negro, pero Rózsa era más alta y delgada. Piri llevaba un chándal amarillo; Rózsa, una camisa de cuadros turquesa y pantalones de chándal a juego. Rózsa era callada y adusta. Piri, una afinadora de pianos que hablaba esperanto con fluidez, me acarició el pelo y pronunció exclamaciones misteriosas.

—*Saluton!* —dijo—. *Bonvenon!*

Margit se marchó enseguida. Rózsa me enseñó mi habitación. Subimos juntas la maleta. Luego nos quedamos en silencio. Había visto una lavadora en el baño, así que le pregunté si podía lavar la ropa. Resultó que la lavadora estaba estropeada. Rózsa se puso a lavar toda mi ropa en la bañera, frotando con un cepillo todas mis prendas, incluso la ropa interior.

—¿Qué es esto? —Levantó una camiseta blanca que goteaba (en sus manos parecía enorme, como una bandera) y señaló una mancha amarilla—. Aquí, en las axilas.

—Bueno, creo que es del desodorante.

—No me gusta —dijo lúgubrementemente—. No me gusta nada.

Insistí varias veces en lavarme yo misma la ropa, pero me dijo que seguramente no lo haría bien, porque estaba acostumbrada a utilizar la lavadora.

Cargamos la ropa mojada en una palangana de plástico, la llevamos afuera y empezamos a tenderla en una cuerda que colgaba entre dos árboles. Después de haber tendido dos de mis camisetas empapadas y grandes como banderas, se oyó un crujido: uno de los árboles se partió por la mitad y la cuerda cayó al suelo.

Recogimos la ropa mojada y fuimos al dormitorio de Emese. Emese era la hija de Piri y trabajaba en una tienda. A lo largo de la pared había un sedal para colgar pósters. Solo había uno: un retrato de Beethoven, montado sobre un tablero de cartón pluma.

—Creo que para Emese será una agradable sorpresa encontrarse tu ropa colgada en la pared —dijo Rózsa, subiéndose a la cama y colgando mis pantalones cortos vaqueros.

—¿No podemos tender la ropa en mi habitación? —pregunté.

—¿Por qué? ¿Te da miedo Emese?

Examinó atentamente mi rostro, como si buscara señales de temor.

—¿Qué? No conozco a Emese.

—No debes tenerle miedo, sabes.

Tenía la cara tan cerca de la mía que no podía mirarme a los dos ojos a la vez, así que primero miraba uno y luego el otro.

—Vale, pero aun así no quiero mojarle la cama.

A modo de respuesta, Rózsa colgó una de mis bragas junto a Beethoven.

Fuimos al baño a secarnos las manos. El toallero se cayó en medio de una nube de polvo de yeso. Desprendido de la pared, parecía un hueso prehistórico.

Piri sacó las piezas de una mesa de plástico blanca y nos pidió que la montáramos; así podríamos cenar en el patio. Rózsa y yo desplegamos las patas y las atornillamos, pero cuando pusimos la mesa de pie, las patas empezaron a tambalearse y se derrumbó. Sin perder el buen humor, Piri sacó un rollo de cinta adhesiva. Pegamos las patas para que quedaran rectas. En cuanto conseguimos que la mesa se aguantara, retumbó un trueno y la lluvia empezó a caer del cielo como si estuvieran volcando un cubo gigantesco. No cenamos en el patio.

Rózsa y yo nos sentamos en la sala de estar de color mostaza, donde cuatro relojes increíblemente ruidosos indicaban una hora diferente. De la cocina llegaba un estruendo de vajilla y cacharros.

—Piri está cocinando —anunció Rózsa en tono elocuente.

—¿Deberíamos echarle una mano?

—No. Piri no sabe cocinar. Y pone medicinas en la comida.

—¿Medicinas?

Rózsa buscó en su diccionario.

—Laxantes —dijo—. Pone laxantes en la comida.

—¿Por qué?

Consultó de nuevo el diccionario.

—Porque cree que todo el mundo tiene estreñimiento.

En la mesa, junto a cada cubierto, había una servilleta de papel tipo cóctel doblada en forma de cuadrado. Cuando desdoblé la mía y la puse en mi regazo, Piri saltó de su silla, me quitó la servilleta y corrió a la cocina.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Rózsa—. ¿Por qué has hecho eso con la servilleta?

—No lo sé. En Estados Unidos la gente se pone la servilleta en el regazo para comer.

—¿Por qué? ¿Es que los estadounidenses siempre se tiran la comida en la ropa, como los niños pequeños?

Pensé en ello.

—Supongo que sí.

Piri volvió con una gran tela de cuadros, probablemente un mantel, que me entregó con una floritura extravagante.

—Dice que esto protegerá mejor tu ropa que una servilleta de papel —explicó Rózsa.

Intenté rechazarlo, pero Piri estaba demasiado entusiasmada con el mantel. Le di las gracias y me cubrí el regazo con la tela.

Emese llegó a casa cuando ya estábamos cenando. Era alta, con un hermoso lunar en una mejilla y un hueco entre los dientes incisivos que le confería una expresión de timidez cuando sonreía. Se quitó las botas de tacón, se dejó caer en la silla con un ostentoso suspiro y se masajeó la nuca.

Emese notó que me gustaban los pepinillos en salmuera y los acercaba una y otra vez a mi plato. Me habría comido un cubo entero de esos pepinillos

encurtidos al sol, sin vinagre. Ví que a ella, por el contrario, le gustaba el maíz y le acerqué el cuenco.

—No entiendo a la gente que se atiborra —dijo Rózsa.

Después de cenar, Emese se puso una minifalda y salió. Rózsa, Piri y yo nos pusimos el pijama y nos sentamos en la sala de estar, donde hablamos del esperanto.

El esperanto había tomado palabras prestadas de todas las lenguas del mundo. Sin embargo, las únicas palabras húngaras eran *papriko* y *gulašo*. Cuando iba a buscar su manual de conversación, Piri derribó un espejo de plata, que se rompió en tres pedazos. Rózsa y ella se desternillaron de risa, y Piri fue a buscar pegamento.

Regresó con un manual de conversación, publicado en los años ochenta, que traducía frases entre los idiomas ruso, esperanto, húngaro, alemán e inglés. «Nos gustaría saber más sobre las casas de reposo (sanatorios) de tu país», leí. «Queríamos hablar con los trabajadores.» «Soy comunista (socialista, demócrata, liberal).» «Soy ateo (católico, protestante, judío, musulmán).» «Me gustaría ver ese torno más de cerca.» La lista de palabras frecuentes incluía: lucha por la paz, mujer, amor, constitución, diputado, congreso, delegación, amigo, madre, niña, salmón, esturión, caviar rojo (negro), champán, vodka, sandía, cereza, guinda, rábano picante y bistec.

—*Fini!* —exclamó Piri en tono jubiloso: había terminado de pegar el espejo.

De camino a la cama, casi me caí por las escaleras; la moqueta solo estaba pegada al peldaño superior. En mitad de la noche, cuando me levanté para ir al

baño, vi a alguien en lo alto de las escaleras. Era un joven con un cuchillo de trinchar. Me miró de pies a cabeza.

—Hola —dijo en tono huraño, y se precipitó escaleras abajo.

Fui rápidamente al baño y eché el pestillo.

Piri hizo croquetas de patata para desayunar, que al parecer yo debía comer con mermelada. Nadie más estaba comiendo mermelada.

—Sabemos que te gusta la mermelada —dijo Rózsa, y me dio una cuchara sopera y un bote grande de mermelada—. No, échate más. Hemos hecho mucha. —Piri me entregó la tela de cuadros—. Ahí tienes tu servilleta, Selin —dijo Rózsa—. ¡Porque eres una niña pequeña!

—Ah, gracias —dije.

Mientras comíamos, le pregunté a Rózsa por el joven del cuchillo que había visto deambulando por la casa. Dijo que era el novio de Emese, András, y que había venido a cortar una sandía.

—Es bastante habitual. Viene hacia medianoche, o a la una de la madrugada, con una sandía. Pero se levanta muy temprano y se va a trabajar. Tienes que comer más mermelada.

—¿Dónde trabaja?

—En la discoteca. Se levanta muy temprano y trabaja mucho. —Había visto la discoteca (se llamaba Elefánt Diszkó) al otro lado de las vías del tren. Me pregunté qué tipo de trabajo haría allí por la mañana temprano—. No me interesa ese chico —dijo Rózsa—. Pero no pasa nada. Emese ama. Yo no amo. No le busco tres pies al gato.

La casa de Piri estaba tan cerca de la escuela que podíamos ir andando. Rózsa

llevaba un pastel que había horneado para Tünde. Formaba parte de un plan para convencer a Tünde, que resultó tener influencia en el asunto, de que permitiera a Rózsa ir conmigo a Szentendre la semana siguiente.

Margit vino a dejar a Nóra, pero ya no se quedaría en clase; dijo que a Rózsa no le gustaría. Ahora que Margit no estaba allí, Tünde se entrometía constantemente, ordenando a los niños que pronunciaran las vocales mudas y pidiéndole a Rózsa que me dijera que debía hablar más, en lugar de hacer hablar a los niños.

—Según ella, tu trabajo es hablar mucho —dijo Rózsa—, para que puedan oír a una estadounidense.

—Pero si yo también hablo mucho —dije.

Rózsa se encogió de hombros.

—Yo no lo digo. Lo dice Tünde *néni*. A ella le gusta buscarle tres pies al gato.

La nueva aula era más grande y había clases por la mañana y por la tarde. Rózsa se había preparado un plan de lecciones muy detallado en húngaro; si no la interrumpía, se pasaba todo el tiempo hablando, sin dar a los niños la oportunidad de decir ni una palabra. Durante la mayor parte del primer día me quedé sentada en la ventana y la escuché, mientras comía los cacahuetes que Tünde había traído a clase en una bandeja de plata. El segundo día le sugerí a Rózsa que enseñara su plan por la mañana y yo el mío por la tarde.

—No, esta es la clase de Selin —dijo Rózsa—. Tienes que darla toda tú. Yo solo soy tu traductora.

—No es verdad, deberías enseñar tu plan.

—¡Lo preparé para las dos!

—Bueno, pues como tú lo has preparado, creo que tú deberías enseñarlo. Y

luego yo daré el mío.

—Oh, ¿tú también tienes un plan? Entonces no tengo que traducir. De ahora en adelante estoy callada. Me siento en el rincón.

En efecto, se fue a una esquina, se sentó en una de las diminutas sillas y me miró durante el resto del día.

Teníamos que aprender las partes del cuerpo, así que dibujé a una persona en la pizarra y comentamos las distintas partes. Luego jugamos a Simón dice. Después de hacer de Simón durante un buen rato, dije que ahora uno de ellos debía ser Simón, y que quien lo hiciera se ganaría una piruleta. Un niño llamado Atila levantó la mano. Al principio lo hizo bien, pero luego se le debieron de acabar las ideas, porque no paraba de decir:

—Simón dice tócate las rodillas. Tócate las rodillas. Simón dice tócate las rodillas. Tócate las rodillas.

Jugamos al ahorcado. Les di unas piruletas a los ganadores.

—¿Así que este es tu plan de clases? —me preguntó Rózsa después con voz iracunda—. ¿Caramelos y juegos?

—Así es básicamente como lo hacemos en Estados Unidos.

—Creo que eres muy... —Buscó en su diccionario—. Inexperta.

—Tenemos métodos diferentes.

—¡Sí, yo soy seria, y tú no!

Mientras regresábamos a casa de Piri, nos encontramos con Reni. Llevaba guantes de trabajo y una camiseta demasiado grande que le tapaba los pantalones cortos. Me dijo que había estado trabajando en el jardín.

—¿Conoces a Rózsa? —pregunté.

—Sí —dijo, al tiempo que Rózsa decía: «Claro».

Nos quedamos allí un rato, y luego Reni siguió su camino.

—No soy popular aquí —declaró Rózsa.

—¿No?

—No. Alguien un poco más inteligente que los demás ha dicho que soy especial.

—¿En qué sentido?

Consultó su diccionario.

—Engreída —respondió—. Quisquillosa, maniática. Tiquismiquis.

—Creen que le buscas tres pies al gato.

—Sí.

Fuimos a casa de Tünde para que Rózsa la engatusara un poco más. Tünde nos dio Coca-Cola y caramelitos de mantequilla de cacahuete, luego se sentó a su hijo Miki en las rodillas y mantuvo una larga conversación con Rózsa. Me comí casi todo el plato de dulces y le hice muecas a Miki, que se retorció tímidamente y sonrió mirando al suelo.

—¿Qué pasa contigo? —me espetó Rózsa.

—Nada —dije.

—A Selin le gustan los niños —dijo Tünde en húngaro.

—Selin es una niña —replicó Rózsa.

—Oh, no, es una profesora —dijo Tünde con su obsequiosa sonrisa.

Más tarde le pregunté a Rózsa cómo había ido, y qué había dicho Tünde.

Rózsa se quedó mirando a lo lejos.

—Ha dicho muchas cosas estúpidas —dijo—. Pero soy perseverante.
Tenaz.

Emese estaba tocando una pieza de Liszt al piano, inclinándose sobre el teclado para abordar suavemente los pasajes más tranquilos, y aporreando las teclas en los más animados, como un gato a un ratón. Su chándal blanco crujía.

El piano, vertical y de madera barnizada, sonaba sorprendentemente desafinado teniendo en cuenta que Piri era afinadora de pianos.

András también vino a cenar, con su cuchillo y un melón amarillo. Pregunté cómo se decía «melón» en húngaro. Su nombre en húngaro era «melón amarillo». Piri había hecho albóndigas, arroz con pasas, compota de manzana y una ensalada de pepino. Aunque llevaba todo el día sin apenas parar de comer, mi apetito estaba extrañamente intacto.

Piri animó a Rózsa a comer más. Rózsa dijo que no veía por qué tenía que comer cuando no tenía hambre. Me ofrecí a lavar los platos. András, que había estado callado toda la noche, dijo que yo era muy diferente a Emese: yo era una mujer de mi casa.

—¿Es verdad? —preguntó Rózsa mirándome a la cara—. ¿Eres una mujer de tu casa?

Me puse a lavar los platos. Rózsa miró por encima de mi hombro y me dijo que estaba usando demasiada agua y jabón. Traté de gastar menos, pero Rózsa seguía dándome golpecitos en el brazo y quejándose. Al final le dije que lavara ella los platos, así aprendería a usar menos agua.

—Por lo que se ve, soy la única mujer de su casa aquí —dijo Rózsa, poniéndose los guantes de goma.

En lugar de enjabonar y enjuagar cada plato por separado, Rózsa los puso todos en una tina con agua jabonosa, y luego la reemplazó por agua normal. En efecto, usó menos agua y jabón.

Salimos a darle el arroz que había sobrado al perro de los vecinos. El perro, un pequeño spaniel, se levantó sobre las patas traseras y aulló. Me arrodillé y lo acaricié entre los listones de la valla. Los ojos le brillaron de la emoción, con deseo y algo que parecía amor. Rózsa me dejó ponerle el arroz en el plato.

El perro lo engulló. Le acaricié la pequeña frente. Cuando volvíamos a la casa, el perro empezó a gemir lastimeramente. Miré atrás y vi su cabeza sobresaliendo implorante por encima de la valla.

—No estaría tan triste si no lo amaras —dijo Rózsa en tono irritado.

Siempre trataba de acostarme temprano para poder leer libros en inglés, en un inglés real y denso con largas secuencias de oraciones, totalmente distintas a «Simón dice tócate el hombro con la rodilla» o «Me gustaría ver ese torno más de cerca» o «Alguien un poco más inteligente que los demás ha dicho que soy especial». Acabé *Drácula* y empecé *La montaña mágica*. Encontré muchos aspectos en ella con los que me sentía identificada, sobre todo lo de desayunar dos veces al día. A veces, después de haber estado comiendo todo el día, subía corriendo a mi habitación y devoraba algunas onzas del chocolate que había traído de París como regalo.

Tarde o temprano, oía los pasos de Rózsa crujiendo en las escaleras y deteniéndose ante mi puerta.

—Has dicho que estabas cansada, pero veo que tienes la luz encendida.

Rózsa quería sentarse en la sala de estar y mantener conversaciones trascendentes.

—¿De verdad no hay nada que quieras saber de mí? —preguntaba Rózsa una vez que estábamos sentadas en la sala—. ¿Tan aburrida soy?

El amarillo mostaza y el tictac de los relojes parecían intensificarse a cada segundo.

—No es que no quiera saber nada de ti —respondí—. Es que no sé qué preguntarte.

Rózsa me dirigió una mirada fulminante.

—No sabes qué preguntarme —dijo—. Pues a mí se me ocurren muchas

preguntas para ti.

No pregunté qué preguntas eran, pero me las hizo igualmente. En primer lugar, quería saber qué pensaba de los húngaros. Dije que me parecían cordiales y hospitalarios. Replicó que tenía que decirle lo que pensaba de verdad.

—Es lo que pienso de verdad. Todas las personas que he conocido son cordiales y hospitalarias.

—¡Solo tratan de parecerlo contigo porque eres la invitada!

Suspiré.

—¿Por qué quieres que diga algo negativo?

—Quiero una confesión sincera —dijo—. Quiero oír toda la verdad, tanto lo bueno como lo negativo.

Traté de pensar en algo que confesar.

—Tünde me saca de quicio —dije.

Rózsa resopló.

—Pues claro que no te gusta Tünde. ¿A quién le gusta Tünde?

—¿A ti tampoco te gusta?

—¡Claro que no! Es orgullosa. No sé por qué, ya que no es ni guapa ni inteligente. Pero te he preguntado por todos los húngaros. No solo por Tünde.

—Solo llevo aquí dos semanas. Solo puedo hablar de Tünde.

—¿Tünde no es interesante! ¿Qué hay de mí? ¿Qué piensas de mí?

Se parecía tanto a la Lucy de *Peanuts* que sentí una oleada de ternura por ella.

—Creo que te apasiona la verdad.

—¿Y tú eres diferente? ¿No amas la verdad?

Pensé en ello.

—La verdad está bien —dije.

—Odio las mentiras. Eso es lo que más odio de los húngaros: dicen una

cosa, pero piensan otra.

—Estoy bastante segura de que todo el mundo lo hace, no solo los húngaros.

—Yo no —replicó—. Digo lo que pienso o no digo nada. No miento.

—Pero la civilización se basa en mentiras.

Piri vino con un plato de gofres abarquillados y nos preguntó de qué estábamos hablando. Rózsa le dijo que yo pensaba que la civilización se basaba en mentiras.

—Pero eso es cierto, Rózsa —dijo Piri. Dejó el plato sobre la mesa y salió de la habitación, asintiendo y diciendo—: *Igaz, igaz.*

—Tengo otra pregunta —dijo Rózsa—. ¿Cuántos años tiene ese amigo tuyo que es de Hungría?

—¿Quién? ¿Reni?

—¡No, Reni no! Tu novio. El chico húngaro que vive en Estados Unidos.

—No es mi novio. Tiene veintidós años.

—¡Oh, cielos! Qué joven. Mi amigo tiene veinticinco. Pero es como tu amigo. Está separado. Ya no es mi novio.

—Me apena oír eso —dije.

—¿Te apena? —Sus ojos refulgieron—. ¿Por qué?

—Porque... habéis discutido.

—Hemos discutido. —Eché la cabeza hacia atrás—. Los hombres húngaros son muy interesantes. Saben decirte lo que quieres oír. Son muy inteligentes. Pero esas palabras no significan nada. Cinco o seis meses después, cuando se hayan hartado, te dirán cosas horribles.

Esas palabras, «cuando se hayan hartado», me dieron vueltas en la cabeza durante mucho rato.

Rózsa y Piri me llevaron de excursión a la cueva del hombre primitivo.

—¿La cueva del hombre primitivo?

—La cueva del hombre primitivo.

—¿Qué es, un ermitaño o algo así?

—Quizááá —dijo Rózsa.

En el ferrocarril de vía estrecha, Rózsa y Piri se sentaron con la cesta del picnic. Yo me quedé de pie junto a la barandilla, contemplando el bosque.

—¿Ves la locomotora? —Rózsa la señaló.

—Sí.

—La llamamos la cafetera.

—¿Por qué?

—¡Porque es pequeña y despide vapor!

Esperé lo que confiaba en que fuera un tiempo prudencial para ponerme los auriculares. Todo lo que quería era estar allí, escuchar a los Beatles, mirar los árboles pasar y pensar en Ivan. Rózsa empezó a hablar más alto, diciendo que no me pusiera tan cerca de la barandilla porque podía caerme. Fingí no oírla.

—Selin —dijo—. Selin.

—¿Qué?

—¿Por qué no te sientas?

—Me gustan las vistas.

—¿Qué vistas? No hay nada. La cueva del hombre primitivo aún no se ve. Aquí solo hay árboles. No tienes que estar de pie para verlos.

—Pero si estás de pie se ven más.

—¡Pero en realidad no los estás mirando! —exclamó—. Tú estás... —
Hojeó el diccionario—. ¡Soñando despierta!

—Así es —dije—. Estoy soñando despierta.

—Estás pensando en tu amigo —dijo—. Por eso no quieres escucharme.

—Pero, Rózsa... ¿A ti nunca te apetece... soñar despierta?

—¡No! No soy una soñadora.

La cueva del hombre primitivo estaba en la cima de una colina empinada. Me había puesto unas sandalias Birkenstock de hombre, que eran tan feas que pensé que serían buenas para hacer senderismo, pero no fue así.

—¿Por qué llevas sandalias? —preguntó Rózsa.

—No lo sé.

El hombre primitivo ya no vivía en la cueva. Su presencia se atestiguaba por los objetos que había dejado atrás, como unas puntas de lanza de sílex de unos cientos de miles de años. También se habían encontrado huesos de animales que habían vivido antes de la última glaciación: el oso de las cavernas, la hiena de las cavernas, el ciervo de la tundra.

Rózsa me tomó de la mano y me llevó hacia la oscuridad. Era la primera vez que estaba en una cueva. Olía fatal. Cuanto más nos adentrábamos, más fría, oscura y maloliente se volvía. Las telarañas se nos adherían a los brazos y las caras, como largas ristras de sufijos aglutinantes. Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad, vimos las arañas.

—Están cansadas —dijo Rózsa.

De hecho, yo nunca había visto unas arañas tan perezosas.

Intenté pensar en el hombre primitivo... imaginar cómo se levantaba por la mañana. ¿Cómo sabía el hombre primitivo que era por la mañana? Me pregunté si Ivan habría estado allí. No parecía que fuera una cueva muy transitada.

Resultó más difícil bajar la colina que subirla. Con las Birkenstock no paraba de resbalarme.

—Tienes que dar pasitos —me dijo Rózsa—. No vayas deprisa o te caerás.

Pero parecía que los pasitos me daban más oportunidades para resbalarme, así que di grandes zancadas y acabé corriendo, cobrando tanto impulso que al

llegar abajo me costó mucho detenerme sin pisotear a ningún excursionista.

—Ya sé por qué lo has hecho —dijo Rózsa cuando me alcanzó—. Ha sido porque tenías miedo.

Por la noche, cuando nadie me veía, crucé la calle hasta la estación de tren. Rózsa me había dicho que no fuera allí: el café lo frecuentaban gitanos.

Pálidas nubes fibrosas reposaban sobre la superficie del cielo, que parecía un cuenco azul oscuro invertido. La luna era un disco blanco perfecto. En la ventana del café, los hombres, las mesas, las botellas y un piano se destacaban tan nítidamente como en la escena de una película. Un poco más adelante, al otro lado de la entrada de la estación, había una cabina telefónica iluminada.

Entré y cerré la puerta detrás de mí. La luz del techo se encendió. Empecé a marcar el número de Ivan, pero me detuve antes de llegar hasta el final, y en su lugar llamé a Svetlana en Belgrado. Contestó al segundo tono, y casi inmediatamente se lanzó a contarme el viaje que había hecho a Italia con Bill.

—Nos sentíamos abrumados los dos por el éxtasis de la presencia del otro —dijo.

—Es una gran frase —observé.

—Admito que la preparé de antemano. Esperaba encontrar a alguien a quien decírsela.

—Oh, pensé que la habías ideado especialmente para mí.

—Bueno, es probable que así sea, hasta cierto punto. No me imagino diciéndosela a nadie más. Quizá a mi psiquiatra, aunque se pone de mal humor cuando empiezo a hablarle de Bill. Pero sabía que tú la entenderías. Cuando piensas en la infinidad de las galaxias y las combinaciones de adn, y en las escasas posibilidades de conocer a esa persona... es un milagro. Quería postrarme de rodillas en cada iglesia.

—Claro.

No lograba concebir la presencia de Bill en la tierra como una especie de milagro, pero ¿acaso no era ese el milagro? ¿Que el amor fuera una conexión oscura e insondable entre dos individuos, y no una competición de carácter económico en la que a cada persona se le asignaba una pareja de acuerdo a cuán digna de amor era?

Le hablé a Svetlana de la casa de Piri.

—Conozco esa sala de estar —dijo—. Siempre hay una mosca dando vueltas y nadie puede atraparla. ¿Por qué Ivan no ha ido a rescatarte todavía?

—No le he llamado.

—¿Por qué no? ¿No es el motivo por el que fuiste a Hungría?

—No quiero que piense que me estoy quejando. De todos modos, creo que debería resolver mis problemas yo misma.

Le conté que me había dicho que me hiciera amiga de los otros chicos.

—¿No te das cuenta de que pareces una loca? Tienes que llamarlo, antes de que el tictac de esos relojes te haga enloquecer aún más.

Svetlana había ido a tomar café con su amiga Sanja, la chica a la que solía torturar de niña. Sanja tenía una aventura con un hombre casado de treinta y cinco años, padre de dos niños pequeños. Era locutor de noticias en la emisora de radio nacional. Svetlana conocía muy bien su voz... como todos los serbios.

—Me enteré de la dimisión de Radovan Karadžić por el hombre casado que se acuesta con mi vieja amiga del colegio Sanja —reflexionó Svetlana.

—Debe de tener una voz agradable —dije.

—En realidad habla con una voz de lo más monótona e irritante. Sanja dice que su voz es totalmente diferente en la cama. Espero por su bien que así sea. ¿Te imaginas oír carantoñas en la cama con la voz de un locutor de noticias?

—¿La hiciste llorar?

Se quedó callada un momento.

—De hecho, sí. No a propósito. Intentaba averiguar, por puro interés científico, si tenía algún problema ético por mantener una aventura con un hombre casado.

—¿Y lo tenía?

—¡No! ¡En absoluto! Primero bromeó al respecto, luego se puso a la defensiva, y al final rompió a llorar. Pero no porque se arrepintiera, sino para hacerme sentir lástima por ella, y para cambiar de tema. Mi padre dice que sobrevivir a una guerra te vuelve muy amargado o muy frívolo. Creo que Sanja se volvió frívola.

—Pero ¿a ti te amargó?

—Pues claro. Pero prefiero estar amargada a ser frívola. De acuerdo, mi experiencia sexual no va más allá de besar al novio de mi prima en el zoológico de Belgrado cuando tenía trece años, mientras que Sanja se acuesta con un locutor casado de treinta y cinco años. Pero aun así, creo que mi comprensión del amor es más profunda que la suya.

En ese momento, nuestra conversación se vio interrumpida por un fuerte estrépito de cristales rotos. Cuando levanté la vista, vi a un hombre a horcajadas sobre el marco de la ventana rota del café, con una pierna dentro y la otra metida en unos arbustos. Estaba gritando a otro tipo que aún estaba en el café, y luego los dos saltaron por la ventana y empezaron a rodar por el suelo.

—Creí que Rózsa era racista con los gitanos —dije.

—No, Hungría tiene un problema con los romaníes —comentó Svetlana—. No puedo creer que estés ahí, viendo cómo se tiran unos a otros por una ventana.

—No puedo creer que estés ahí, haciendo llorar a las amantes de otros.

—Lo sé. Pensé en hacer una llamada anónima a su esposa, pero me dije que

no era asunto mío. Aunque en realidad siento que sí es asunto mío, porque forma parte de la historia de mi viaje a Belgrado. He pensado mucho en eso últimamente. ¿Entiendes a qué me refiero?

—¿Lo de que forma parte de la historia de tu viaje?

—Sí, exacto. Hablar contigo por teléfono ahora forma parte de la historia de mi viaje a Belgrado, al igual que esa pelea en el café. Y cuando te cuentes a ti misma la historia de tu viaje a Hungría, Sanja también formará parte de ella.

—Es verdad —repuse.

—Desde hace algún tiempo me doy cuenta de que existe cierta tensión en nuestra relación —dijo Svetlana—. Y creo que es por eso. Porque las dos construimos narrativas sobre nuestras vidas. Creo que por eso decidimos no vivir juntas el año que viene. Aunque, evidentemente, esta también es la razón por la que nos atraemos tanto.

—Todo el mundo construye narraciones sobre su vida.

—Pero no en la misma medida. Piensa en mis compañeras de cuarto. Fern, por ejemplo. No quiero decir que no tenga vida interior, o que no piense en el pasado ni haga planes para el futuro. Pero ella no recrea compulsivamente todo lo que le ocurre en forma de historia. Ella está en mi historia, pero yo no estoy en la suya. Eso nos hace diferentes, pero también hace que nuestra relación sea más estable y segura. Cada una de nosotras desempeña papeles distintos. Es como un acuerdo tácito. Contigo hay más inestabilidad y más tensión, porque sé que también estás construyendo una historia y porque sé que en esa historia yo solo soy un personaje.

—No lo sé. Sigo pensando que cada uno experimenta su propia vida como una narración. Si no tienes una historia en mente, ¿cómo sabes quién eras cuando te levantaste por la mañana?

—Esa es una definición vaga de narración. Estás diciendo que una narración es solo memoria más causalidad. Pero, para nosotras, una narración

también implica estética.

—Pero no creo que sea por nuestra personalidad —dije—. ¿No se trata más bien de cuánto dinero tienen nuestros padres? Tú y yo podemos darnos el lujo de perseguir alguna narración solo porque nos resulta interesante. Tú has podido ir a Belgrado para reconciliarte con tu vida de antes de la guerra, y yo he podido ir a Hungría para conocer más a Ivan. Pero Fern tiene que trabajar durante el verano.

—Tú también estás trabajando.

—Pero mi madre me pagó el billete de avión. No estoy ganando dinero para dárselo a mi familia.

—No creo que se trate de eso. Fern es solo un ejemplo. Los padres de Valerie son ingenieros y ella tampoco tiene que trabajar, pero se parece más a Fern que a nosotras.

—No lo sé —dije—. En cierto modo me parece elitista verlo así.

—¿No crees que es falso fingir que no eres elitista? —preguntó Svetlana—. ¿Si piensas realmente en quién eres, y en lo que valoras?

Cuando volví a casa, Rózsa me estaba esperando.

—Ahora sí tenemos que hablar —dijo, y me llevó a la sala de estar—. ¿Cómo está tu amigo? ¿Cómo se llamaba...? ¿Era Iván?

No sabía quién le había dicho el nombre de Ivan.

—No sé cómo está.

—¿Por qué no?

—¿Porque no he hablado con él! He hablado con otra persona.

Rózsa se quedó en silencio.

—Lo siento —dijo—. Lo siento, y estoy lista.

—¿Lista para qué?

—Lo siento —repitió—, y estoy lista.

—¿Estás lista para qué?

—*Örület* —dijo, señalando una entrada de su diccionario—: «manía, frenesí, locura».

—¿Estás lista para la locura? ¿Qué significa eso?

—Mientras estabas en la estación, yo también he hablado por teléfono. Tünde me ha llamado. Puedo ir contigo al campamento.

El autobús a Szentendre salía por la mañana temprano. En el desayuno Piri me dio una pastilla que, según dijo, evitaría que me pusiera enferma. Cuando le dije que prefería esperar a estar enferma antes de tomarme cualquier pastilla, tanto Rózsa como Piri empezaron a hablarme acaloradamente al mismo tiempo.

—*Malsano!* —gritó Piri en esperanto, haciendo como que vomitaba—. *Malsano*, ¡bluagh!

Al final me puse la pastilla bajo la lengua y fingí tragármela.

Cuando el autobús pasó por la estación, vi que la ventana del café de los gitanos estaba pegada con cinta adhesiva. Me quedé dormida con la cabeza contra la ventanilla y me desperté justo cuando pasábamos por el cruce donde el coche de Ivan se había sobrecalentado. Ahí estaban otra vez: el restaurante chino, la estación de cercanías, el reloj de sol moderno.

Rózsa y yo no podíamos franquear la puerta del campamento. Ella sostenía nuestras maletas mientras yo forcejeaba con el pestillo tratando de averiguar cómo funcionaba. El perro del vigilante corrió babeando hacia nosotras, luego se detuvo de repente como si una mano espectral lo hubiese agarrado del

collar. El vigilante salió de su casa y empezó a gritarnos. Rózsa y yo nos quedamos allí, mirándolo.

—Dice que eres estúpida —tradujo Rózsa un momento después.

—Entiendo —dije.

El vigilante seguía gritando.

—No, estúpida no —dijo Rózsa, pensativa—. Idiota.

Estaban poniendo en fila a los niños para llevarlos a comer a la cantina. Uno de los profesores de gimnasia me trajo una lata de maíz y una sandía casi entera. Me dieron a entender que yo no iba a almorzar con los demás, sino que tenía que quedarme en el campamento comiendo maíz y sandía. Me pareció algo extraño —creo que a todos nos pareció extraño—, pero lo aceptamos. Se hizo referencia a cuestiones de seguridad.

—Puedes abrir la lata tú misma, nadie más la ha tocado —dijo Rózsa.

Una delegación de profesores de gimnasia me trajo un vaso de agua del grifo, luego me lo quitaron inmediatamente y lo vertieron en el fregadero. Una maestra salió, le quitó una lata de Coca-Cola a un niño pequeño que estaba a punto de abrirla y me la dio. Intenté devolvérsela, pero todos protestaron con vehemencia, incluido el niño.

Estaba sentada en un banco, bebiéndome la Coca-Cola y observando al rebaño de niños que se llevaban fuera del campamento. En cuanto me quedara sola, decidí, iría a la estación y llamaría a Ivan. Mientras esperaba, acabé comiéndome la lata entera de maíz y casi toda la sandía.

Ivan contestó al tercer tono.

—¿Hola?

—¿Ivan?

El silencio al otro lado de la línea duró tanto que pensé que se había cortado.

—¿Dónde estás? —preguntó al fin.

—En Szentendre. Estoy en el reloj de sol moderno.

Hubo otro silencio.

—¿Quieres que vaya a buscarte?

Asentí, luego recordé que no podía verme.

—Sí.

—Vale —dijo, y algo pareció distenderse entre nosotros—. ¿Qué demonios estás haciendo ahí?

Traté de describirle el campamento. Pensé que sería el tipo de institución que para él, como húngaro, tendría sentido, pero mientras hablaba me di cuenta de que no era así.

—¿Es un campamento de inglés, estudian inglés?

—No.

—Entonces ¿qué haces ahí?

—No tengo ni idea —respondí—. Creo que estoy de vacaciones.

Ivan dijo que si no me necesitaban para enseñar inglés, debería coger mi cepillo de dientes y pasar la noche en casa de sus padres. Añadió que podía venir a buscarme al cabo de una hora; nos encontraríamos en un restaurante que conocía. El restaurante estaba en un barco.

—Es fácil de reconocer —dijo—, porque es el único restaurante que hay en un barco.

Incluso para él, parecía una diabólica elección como punto de referencia.

—¿Cómo lo encontraré, si está en un barco?

—El barco está amarrado. ¿Sabes? —añadió—, creo que me debes un regalo.

Era verdad que yo nunca le había regalado nada y que él me había regalado dos libros y una cinta de casete. Después de colgar, me pasé por el quiosco. Vendían cigarrillos, flores, periódicos y billetes de lotería. Pero Ivan no fumaba, las chicas no regalaban flores a los chicos, en todos los periódicos había fotos horribles de políticos, y no creí que fuera una buena idea comprarle un billete de lotería a alguien que iba a hacer un doctorado en teoría de la probabilidad.

Cuando volví al campamento, metí en la mochila mi cepillo de dientes, el estuche de las lentillas y una muda de ropa interior. Al día siguiente podía ponerme los mismos vaqueros, pero necesitaba una camiseta limpia. No conseguía decidirme entre dos de mis camisetas: la que tenía el escote más favorecedor o la que estaba más limpia. La limpia, que nunca me había puesto, era bastante ancha, con un cuello redondo y estrecho, y un dibujo del personaje Soy Simón del Dr. Seuss, manteniendo en equilibrio una bandeja con huevos verdes y jamón sobre un palo. Fue un regalo de mi hermanastro de cinco años: la había elegido él. Tenía la sensación de que no era la camiseta adecuada para la ocasión. Sin embargo, me ceñí al principio de que los sentimientos de Ivan por mí no iban a cambiar por presentarme ante él con una camiseta u otra, así que me llevé la limpia que me había regalado mi hermanito, tan inocente él.

Busqué entre mis cosas para ver si había algo que pudiera regalarle a Ivan. Lo único que encontré fue la revista agrícola en la que había aparecido el artículo del padre de Gyula. Al principio no me pareció adecuado, pero luego me fijé en que todo el ejemplar estaba dedicado a la cebada de invierno.

Pensé que Ivan entendería esa alusión a nuestra correspondencia sobre los cereales: sobre las semillas que dormían en el suelo y se despertaban. Metí la revista en mi mochila.

Cuando la directora del campamento, Ildi, regresó del almuerzo, le dije que iba a visitar a un amigo y que volvería al día siguiente. La noticia no fue recibida con serenidad, ni por Ildi ni por los profesores de gimnasia. «¿Quién es ese amigo?», preguntó un profesor, y luego todos se pusieron a hablar a la vez. Algunos profesores parecían sostener un punto de vista; otros, uno distinto. Habría sido interesante ver en qué acabaría aquello, pero al mirar mi reloj vi que ya habían pasado tres cuartos de hora desde que había llamado a Ivan. Cuando nadie me miraba, me puse la mochila al hombro y me escabullí por la puerta.

Mientras caminaba a lo largo de la orilla del río, escruté todos los barcos en busca de señales que indicaran cuál podía ser un restaurante. En un barco un tipo se estaba comiendo un bocadillo, pero parecía ser su bocadillo personal sin más.

—¿Un restaurante en un barco? —pregunté finalmente a un hombre de aspecto alegre con una caña de pescar.

—Un restaurante en un barco —dijo—. Un kilómetro.

Lo reconocí enseguida: resultaba casi cómico lo mucho que se parecía tanto a un barco como a un restaurante. Era pequeño y azul, con un bar abajo y un restaurante en la cubierta superior. Ivan no estaba ni en uno ni en otro. Me senté en un banco cerca de la entrada, ascendiendo y descendiendo suavemente con la corriente.

Desde donde estaba sentada, por debajo del nivel del suelo, lo único que vi al principio fueron las piernas de Ivan. Las reconocí inmediatamente y salí corriendo del barco.

—Qué alegría —dije.

—Qué alegría —dijo, y nos miramos con expresión radiante.

Entonces me di cuenta de que la madre de Ivan también estaba allí, así como su coche, el Opel, con una canoa sujeta al techo. Me llevó un rato entender cuál era el plan, que consistía en que Ivan y yo volveríamos remando a Budapest en canoa, mientras que su madre volvería en el coche. Pero primero fuimos a tomar algo al restaurante del barco.

—¿Quieres una cerveza? —me preguntó la madre de Ivan.

—No bebe cerveza —dijo Ivan.

—¿De verdad? ¿Por algún motivo?

—Supongo que porque no estoy acostumbrada —contesté, y añadí que en Estados Unidos había una edad mínima para beber alcohol y que era muy difícil conseguir un documento de identidad falso.

—Ah, entonces es por la ley de tu país —dijo.

—Bueno, no sé si es por la ley...

—¡Claro que lo es!

Parecía tan convencida que me pregunté si no tendría razón.

—Pues entonces una gaseosa para mí —dijo al camarero con cierto pesar, después de que yo pidiera una Coca-Cola e Ivan una limonada.

Luego la madre de Ivan me preguntó por el pueblo. Le hablé de Margit, de Gyula y de Rózsa. Se suponía que las partes referentes a Rózsa tenían que ser divertidas, pero ni Ivan ni su madre se rieron, y ella incluso pareció un poco preocupada. Cuando quise pagar los refrescos, me tocó la mano y me dijo que con mucho gusto pagaría ella.

—No todos los días tengo la oportunidad de pasar tiempo con Ivan y

conocer a sus amigos.

La idea de que yo era amiga de Ivan, o de que por conocerme podría saber algo más acerca de la vida de su hijo, me resultaba tan descabellada que me eché a reír a carcajadas. Ella también se rio. Me preguntó si los del campamento sabían que pasaría la noche fuera. Le dije que cuando me marché estaban discutiendo acaloradamente sobre el tema.

—Bien, entonces lo saben —observó Ivan.

Pero me sentí aliviada cuando su madre dijo que volviéramos al campamento para que él hablara con ellos.

La madre de Ivan se subió a la parte trasera del coche, Ivan condujo, y yo me senté delante y le indiqué el camino. Cuando paramos ante la puerta, el perro del vigilante empezó a ladrar como un loco. El vigilante nos fulminó con la mirada, agarró al perro por el collar, entró en la casa y cerró de un portazo. Un momento después vimos que las cortinas de la ventana delantera se cerraron con un tirón brusco.

—Ese hombre cree que soy idiota —declaré con una pizca de orgullo.

Rózsa salió de la cabaña principal, vistiendo una túnica marinera. Se la presenté a Ivan, que era más alto que ella. Rózsa se dirigió a él de manera gentil y tímida, sorprendentemente diferente del tono siniestro y aforístico que utilizaba conmigo en inglés.

La madre de Ivan y yo esperamos junto al coche.

—No tienes mucha suerte, teniendo que pasar directamente de Rózsa a Ivan —dijo poniendo su brazo alrededor de mi cintura—. Parece que siempre tengas que estar bajo las órdenes de algún jefe.

Me llevó un rato procesar esa nueva agrupación de ideas: Rózsa, Ivan y mi suerte.

Ildi salió de la cabaña. Su mirada fue recorriendo a Ivan, a Rózsa, a mí, a la madre de Ivan, al coche aparcado y la canoa en el techo, antes de volver a

Ivan.

—Tú debes de ser el amigo de Selin —dijo.

Ivan se dirigió a ella con su cálida voz, esa que no había funcionado con el portero del albergue. Pronto Ildi y él se estaban riendo.

—¡Hasta mañana! —me dijo Ildi, y saludó a la madre de Ivan, que le devolvió el saludo.

Fui la primera en meterme en la canoa, que se tambaleaba y parecía estar viva. Ivan se adentró chapoteando en el agua, empujó la canoa lejos de la orilla y se subió detrás de mí. Me enseñó a sostener el remo, el ángulo en que debía meterlo en el agua. Como iba sentada delante, no tenía que dirigir ni marcar el ritmo. Solo tenía que remar al compás que él establecía, para evitar que navegáramos en círculos. Mientras Ivan hablaba, sentí que me gustaba seguir instrucciones, y eso me avergonzó. Seguir instrucciones fue lo que condujo al Holocausto. Y aun así la vergüenza era una cuestión aparte. Si disfrutabas con algo, disfrutabas y ya está, tanto si sentías vergüenza como si no.

Al principio me molestó no poder ver a Ivan. Pero poco a poco parecía estar cada vez más presente, como si estuviera sentada frente a él. Era increíble estar tan cerca del agua, ver alzarse el mundo a nuestro alrededor como una planta extraña. Camiones de dieciséis ruedas se deslizaban por nuestro lado en barcazas, cerniéndose sobre nosotros y tapándonos momentáneamente la luz del sol. Ivan me explicó que los camiones no podían circular los domingos, y por eso se transportaban en barcazas. Nos bamboleamos en la estela de una lancha a motor, suave pero enérgicamente, ambas cosas a la vez.

Como de costumbre, Ivan se estaba esforzando mucho. Habló durante casi todo el trayecto. Me contó la historia de san Jorge. Dijo que había dos

versiones: una más verdadera, la otra menos. En la primera, mataban a san Jorge ocho veces, una de ellas clavándole clavos en el cráneo en una prisión de Palestina, pero siempre volvía a la vida. La versión menos verdadera era la del dragón.

Érase una vez, contó Ivan, una ciudad invadida por un dragón. Durante años, sus habitantes pudieron aplacar al dragón dándole dos cabras al mes. Pero cuando se quedaron sin cabras, tuvieron que darle de comer personas. El gobernador organizó «una especie de sorteo» para elegir a la víctima. Un día, la suerte le tocó a su hija. El gobernador estaba fuera de sí, pero la hija dijo que las normas eran las normas.

«¿Por qué esas caras tan largas?», preguntó san Jorge, que casualmente pasaba por allí. Le explicaron la situación. Dijo que sabía exactamente lo que había que hacer: mataría al dragón.

La hija, que había tenido un día muy largo, dijo: «Oh, vete, san Jorge». Aunque de hecho aún no era un santo, así que lo que en realidad dijo fue: «Vete, Jorge. A ti también te comerá. Tu plan es una porquería».

Justo en ese momento apareció el dragón. Jorge levantó la espada de madera que llevaba por algún motivo, en lugar de una de metal («Algo más o menos así», dijo Ivan, sosteniendo su remo en el aire), y el dragón cayó herido. Jorge ató su cinturón alrededor del cuello del dragón —me interesó especialmente la parte en que se quitaba el cinturón— y lo llevó a la ciudad.

«Mirad —dijo Jorge a los habitantes de la ciudad—. He domado a vuestro dragón, y si ahora os convertís todos al cristianismo, lo mataré.»

Ese fue el remate de la historia: la parte en la que Ivan, que había empezado a reírse con lo de «Vete, Jorge», casi se muere de la risa, hasta el punto de que pensé que la canoa iba a volcar. Y yo también empecé a reírme, aunque no entendía de qué. No entendía por qué Jorge tenía que matar al dragón cuando ya lo había domado, o por qué lo había domado golpeándolo y no con amor.

Mientras hundía una y otra vez el remo en el agua, cada vez con el mismo movimiento, tuve la sensación de que yo era el dragón y que Ivan me había domado, por razones que no tenían nada que ver conmigo. El sol caía con fuerza sobre nosotros; era el momento más caluroso de la tarde. No me identifiqué en absoluto con la hija del gobernador. No me identificaba con ninguna de las chicas de las historias que Ivan me contaba. Su insolencia y su espíritu eran totalmente ajenos a mí.

Otra canoa nos adelantó lentamente. Ivan saludó a los remeros —una pareja alegre, bronceada y musculosa de unos sesenta años— y charlaron un rato.

—Acaban de jubilarse —dijo Ivan cuando la pareja se alejaba—. Por primera vez en su vida pueden ir en canoa tanto como deseen. Esta mañana han ido de Budapest a Visegrád y ahora regresan. Esta es la parte fácil, porque ahora van río abajo.

Por un momento tuve la sensación de que no estábamos en el Danubio, sino en el río del tiempo, cada uno en un punto diferente, aunque en cierto modo estábamos todos allí al mismo tiempo.

Llegamos a las afueras de la ciudad y pasamos por debajo del primero de los seis puentes. El segundo pareció llegar casi al instante. Ivan señaló el puente entre su casa y su instituto.

—Tenía que cruzarlo a diario. Dos veces al día.

Pasamos junto a un barco llamado соня —Sonia en ruso— y junto a otro llamado STEAUA, que era el nombre rumano para estrella, o algo parecido a una estrella.

—Casi todos los barcos rumanos llevan «estrella» en su nombre —dijo Ivan.

El plan era desembarcar cerca del sexto y último puente, buscar una cabina

telefónica y llamar al padre de Ivan para que viniera a recogernos. A mí me pareció un plan extraño, pero por lo visto los húngaros tenían una gran tolerancia a los cambios de última hora y a conducir a través de la campiña. Pero mientras nos acercábamos al sexto puente, Ivan dijo de pronto que no estaba seguro de dónde estaríamos exactamente si desembarcábamos ahí; no estaba seguro de que su padre entendiera dónde estábamos. Comentó que había un séptimo puente, uno nuevo, construido para una Exposición Universal que no había llegado a celebrarse. Cerca del puente hacia la inexistente exposición, había un pueblo que su padre sí conocía.

—¿Qué te parece? —dijo—. ¿Seguimos hasta el séptimo puente?

Seguimos hasta el séptimo puente. El tráfico y los ruidos de la ciudad se fueron atenuando, y durante unos minutos paramos de remar y nos dejamos llevar por la corriente. Los únicos sonidos eran el chapoteo del agua contra la canoa, el lejano gorjeo y zumbido de pequeños animales, y el rugido aún más lejano de un avión. El sol descendía hacia el agua. El aire era suave y dorado.

Pronto apareció por encima de nosotros el séptimo puente, moderno y extraño, con una especie de pilones de acero rojo. Pero últimamente había llovido mucho, y el lugar de desembarque en el que había pensado Ivan estaba inundado. Se veían sobresalir del agua las copas de los árboles jóvenes y los arbustos. Era imposible alcanzar la orilla. Continuamos hasta llegar a un pequeño promontorio. Ivan se bajó primero y arrastró la canoa a tierra. Le pasé nuestras bolsas y zapatos. Me ayudó a salir.

—Tengo tanta hambre que podría comerme lo primero que viera —dijo.

—Eso suena como la maldición de un cuento: dices eso y entonces lo primero que ves es tu oveja favorita.

—No tengo una oveja favorita. Cuando tengo hambre, se trata solo de oveja y no oveja. Comestible y no comestible. Por cierto, ¿tú eres comestible?

Pensé en ello.

—No lo sé.

—No te preocupes, no te comería. Eres mi oveja favorita.

Llegamos a un sendero que discurría a lo largo de un dique. Ivan dijo que iría a buscar una cabina telefónica y que volvería al cabo de veinte minutos. Dijo que yo tenía que esperar allí y vigilar la canoa.

Me senté en un tronco y vigilé la canoa. Las hojas de las plantas parecían grandes y prehistóricas. El mundo entero se fue volviendo azul poco a poco. Oí pasos, muchos pasos. Un hombre con dos cabras apareció en mi campo de visión. Las cabras tenían una expresión dulce y estúpida. No parecían interesadas en la canoa.

Cada vez era más difícil ver los números en mi reloj. Me estremecí y deseé haberme llevado una chaqueta. Un minuto después, abrí la mochila de Ivan. Era más grande y masculina que la mía, negra con adornos rojos. Tampoco llevaba chaqueta. Oí un motor, y de pronto me preocupó que los bandidos hubieran venido finalmente a robarme la canoa. En su lugar, aparecieron dos policías motorizados. Me quedé totalmente quieta y esperé que no repararan en mí, pero no fue así. Se bajaron de las motos y empezaron a hacerme preguntas. La única que entendí fue si era una sintecho. «¿Tienes casa?», preguntaron en voz alta, y uno de ellos puso las manos sobre su cabeza en forma de tejado puntiagudo.

—Casa, sí —dije.

Parecieron aliviados, dijeron algunas cosas más y me miraron expectantes, aparentemente esperando una explicación de mi presencia allí.

Pensé por un momento en la mejor manera de resumir las circunstancias.

—Mi amigo —dije— ha ido a buscar un teléfono.

Esta explicación pareció satisfacer por completo a los policías.

—Bien, bien —dijeron, luego volvieron a sus motos y se marcharon.

Cuando se fueron, me sentí un poco abandonada.

No podía quedarme ni un minuto más allí. Decidí echar a caminar en la misma dirección que Ivan, y continuar hasta encontrarlo a él o a un teléfono. Era casi imposible distinguir la canoa, pero coloqué un par de ramas con hojas sobre ella, solo para asegurarme. Luego saqué mi cuaderno y me senté en el dique para escribir una nota en la oscuridad, explicándole a Ivan que ya no podía seguir vigilando la canoa.

«Querido Ivan», había escrito, cuando oí unas pisadas que se acercaban. Se hicieron cada vez más fuertes, y luego Ivan se dejó caer al suelo junto a mí, sin aliento, con la camisa desgarrada y llena de barro.

—Pensé que no podría encontrarte —dijo—. Siempre tengo la sensación de que no seré capaz de encontrarte.

Quería tocarlo, abrazarlo de algún modo, pero solo le toqué la manga.

—Te estaba escribiendo una nota —dije—. Estaba a punto de ir a buscarte.

Ivan me contó sus desventuras. Lo había perseguido un perro salvaje durante varios kilómetros. En un momento dado había conseguido darle esquinazo, pero luego el perro había vuelto a aparecer con un enorme conejo muerto en la boca. Al final Ivan había trepado a una valla: así fue como perdió de vista al perro. Pero luego tuvo que saltar al otro lado de la valla para buscar una cabina.

—No quería meter la pata —dijo—. Después de la última vez.

—¿La última vez?

—La comida era mala, empezó a llover...

Me pasó una botella de dos litros de Sprite; no vendían agua en la tienda. Durante un rato permanecimos allí sentados, hablando del perro y dando largos tragos al Sprite tibio y muy carbonatado, hasta que Ivan dijo que deberíamos ir a la salida de la autopista, donde sus padres iban a recogernos.

Venían los dos: su padre, que conocía el camino, y su madre, que había bebido menos vino durante la cena.

Me sorprendió descubrir lo cerca que estaba la autopista, a menos de diez minutos a pie. Nos sentamos en una parada de autobús desde donde veía un enrevesado cruce con paso elevado, paso inferior y rotonda. Todo parecía muy nuevo. Las letras de las señales y las marcas de la carretera eran de un blanco reluciente. El asfalto parecía tan suave y esponjoso como un merengue recién horneado. No se veían coches por ninguna parte. El letrero de una gasolinera brillaba a lo lejos.

Ivan comenzó a pensar en las diversas cosas que podían haberles pasado a sus padres. Tal vez su madre había dejado que su padre condujera. O quizá su padre se había quedado dormido en el asiento del pasajero y no había podido darle las indicaciones para llegar.

—No siempre me llevo bien con mi padre —dijo.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

Un autobús de línea intensamente iluminado cruzó a toda velocidad el paso elevado.

—Cree que soy egoísta.

Apareció el Opel, que avanzaba de forma vacilante. Ivan se acercó a la carretera, levantó un brazo y la luz de los faros lo iluminó. La madre de Ivan detuvo el auto; el padre iba en el asiento del pasajero. Ivan y yo nos montamos atrás. El ambiente en el coche era más alegre de lo que había esperado. Nadie parecía enfadado o especialmente inquieto.

Al principio pensé que sería fácil encontrar la canoa porque estaba muy cerca, pero no podíamos volver en coche por el mismo camino. Para cuando rodeamos el dique y llegamos al otro lado, ya había perdido por completo el sentido de la orientación.

—Estuviste vigilando la canoa mucho tiempo —me dijo Ivan—. ¿Recuerdas

dónde está?

Costaba de creer que, después de haber pasado tanto tiempo junto a la canoa, no hubiera servido para nada.

Al final Ivan reconoció el lugar donde habíamos desembarcado por un árbol muerto. Ivan y su padre llevaron la canoa al coche y la ataron al techo.

—Mis viejos amigos ya me echaban de menos —observó la madre de Ivan mientras ahuyentaba a los mosquitos.

En la cocina, la madre de Ivan se puso a cortar fiambres, queso, pepinos y tomates para hacer bocadillos y descorchó una botella de vino tinto, que bebieron ella e Ivan. Cuando nos terminamos los bocadillos, la madre de Ivan me enseñó dónde dormiría. Era una habitación pequeña en la planta baja, con un sofá cama, un televisor y un aparador de caoba con una colección de tazas de té decoradas con filigranas. La persona que ocupaba habitualmente la habitación, Böbe —que podía ser o bien el ama de llaves o un familiar, no me quedó claro—, no estaba ese fin de semana.

Cuando me quedé sola, me lavé, me puse la camiseta del Dr. Seuss, me acosté y empecé a escribir en mi cuaderno. No dejaba de pensar en la inconstante cualidad del tiempo: en cómo casi siempre estaba vacío, y luego, sin previo aviso, llegaban unos días tan llenos, tan vivos y reales, que parecía indiscutible que eso era la vida, que por fin se había revelado su auténtica naturaleza. Pero luego el tiempo pasaba y todo se volvía inconcebiblemente muerto de nuevo, y entonces resultaba que esa plenitud había sido una anomalía y que tal vez nunca volviera. Quería escribir sobre eso mientras aún lo sentía y veía a mi alrededor, mientras las tazas de té aún parecían vibrar.

De repente se me ocurrió que tal vez el sentido de escribir no era solo registrar algo del pasado, sino también prolongar el presente, como en *Las mil*

y una noche, alargar el tiempo hasta el siguiente acontecimiento y, justo cuando se me ocurrió eso, vi una figura oscura detrás del cristal esmerilado y oí un golpe en la puerta.

—Pasa.

—Casi esperaba que no estuvieras aquí —dijo Ivan—. Siento que nunca puedo contar con que estés en alguna parte.

Estaba mirando fijamente el aparador.

—Yo también tengo la misma sensación —dije—. Bonitas tazas de té.

—Böbe las trajo de Inglaterra. Las colocó así. Decoró toda la habitación ella misma, por eso la ves así. —Todas las asas doradas de las tazas miraban hacia la derecha. Ivan giró una hacia la izquierda. Dijo que Böbe pensaría que habían sido los fantasmas: los fantasmas de Jesucristo y Winston Churchill. Por fin me miró—. ¿Qué estás escribiendo?

—Nada. —Metí el cuaderno en la mochila—. Ah, ¿quieres una revista agrícola sobre cereales de invierno?

—La verdad es que no. ¿Puedo sentarme?

Asentí. Dudó entre la cama y la silla, y finalmente escogió la silla.

—Pensé que ya no me llamarías —dijo—. Esa Rózsa debe de ser horrible.

Le dije que había querido llamarlo antes, pero que las cosas se habían complicado. Que Rózsa no era tan mala... solo intensa. Ivan me preguntó en qué sentido era intensa. Le hablé de la sala de estar con los cuatro relojes, de que quería que le hiciera preguntas sobre ella y que yo le hiciera confesiones sinceras.

—Podría ser divertido —dijo Ivan.

—Esas cosas no se me dan nada bien.

—A ninguno de los dos se nos dan bien. Pero podríamos practicar. Tal vez así mejoraríamos.

—Practicar ¿cómo?

—Podríamos hacernos preguntas, como si fuera un juego, con reglas. Tienen que ser preguntas con fundamento, y la otra persona tiene que contestar con sinceridad. ¿Quieres intentarlo?

—¿Ahora?

—Yo primero. Haré la primera pregunta.

Miró al suelo. Siempre me sorprendía su perfil, lo delicado que era.

—De acuerdo —dije.

Levantó la vista.

—¿Por qué me has llamado hoy?

—Yo... —Me aclaré la garganta—. Quería irme con mejor nota.

¿De dónde había salido esa frase? Casi todas las palabras eran erróneas. Después de «quería», todo estaba mal.

—¿Con mejor «nota»?

—Con un final mejor.

—¿Así que no es una buena nota cuando simplemente desapareces? ¿Cuando me dejas sin más?

Lo miré a la cara para ver si hablaba en serio.

—No —dije—. No lo es.

Algo cambió en la atmósfera.

—Vale —dijo—. Ahora es tu turno.

Pero no se me ocurrió nada, ni pensamientos ni palabras.

Ivan dijo que volvería a preguntar él para darme más tiempo.

—¿Por qué me escribiste? ¿La primera vez?

Noté cómo se me encendía la cara.

—A menudo me lo he preguntado. Sentía curiosidad por ti. Tenías una energía tan diferente a los demás. Quería hablar contigo, pero no sabía cómo.

—Creo que lo entiendo —dijo—. En cualquier caso, me alegro de que lo hicieras.

—Me alegro de que me contestaras. No estaba segura de si lo harías.

—¿Pensaste que cabía la posibilidad de que no te contestara? No, en absoluto. Tu mensaje fue tan original, tan diferente de todo lo que se suele decir.

—Tú también me diste esa impresión.

—Eso está bien.

—Lo sé.

Nos quedamos callados un rato.

—Creo que esto me va a provocar un ataque al corazón —dijo al fin—. Tal vez ayudaría si al menos estuviéramos bebiendo vino. Aunque supongo que tú no quieres.

—Pero tú puedes beber.

—¿Y si traigo la botella y tú también bebes un poco?

—De acuerdo.

En cuanto se fue, la habitación me pareció diferente, vacía. Miré a mi alrededor. Algo se movía: una polilla, revoloteando alrededor de la lámpara del techo. La lámpara tenía tres bombillas, cada una envuelta en su lirio de vidrio y floreciendo todas de un ventilador de techo.

Ivan volvió con una botella de cerveza.

—Me parece que mi madre se ha acabado el vino —dijo—. Nos lo hemos bebido casi todo antes. Me ha dicho que debería haberte entretenido mejor, que debería haberte sacado por ahí.

—También me has sacado por ahí.

Dio un trago y me pasó la botella. Negué con la cabeza.

—No puedo creer que quieras hacer esto sobria. Bueno, creo que es tu turno.

Respiré hondo y traté de controlar mi voz.

—¿Por qué me dijiste que te olvidara? —pregunté.

Clavó sus ojos en un punto de la alfombra situado como a metro y medio de él, como si la respuesta estuviera allí escrita.

—Siempre supe que esto nuestro era muy delicado —dijo al cabo de un momento. Cuando dijo «esto nuestro», se me encogió el pecho—. Siempre pensé que llegaría el momento en que te cansarías. Desde el principio decidí que, cuando eso ocurriera, te dejaría ir y no seguiría llamándote. Cuando te escribí aquello, pensé que ya habías decidido olvidarme.

No dije nada.

—Me hiciste pensar eso —prosiguió—, por la forma en que actuabas.

—Pero si yo ya lo había decidido, ¿por qué tuviste que decírmelo tú?

Hubo un silencio.

—Esa es una buena pregunta —dijo. Me sentí orgullosa. Luego me avergoncé de sentirme orgullosa—. Supongo que lo dije para mí mismo. Yo tenía que olvidarte. Me sentí muy heroico en ese momento. Decidí que era hora de dejarte ir, y entonces lo hice.

—Me dolió mucho —dije.

—Ahora lo sé —respondió—. Lo siento. Pero ¿sabes?, cuando te llamé y no quisiste hablar conmigo, a mí también me dolió. Así que cuando te escribí aquello, en parte también tenía algo que ver con el poder.

Me quedé sin aliento. Nunca pensé que el poder fuera algo que él pudiera utilizar conmigo, precisamente conmigo.

—¿Me dejas que te haga otra pregunta, para que estemos igualados?

—Adelante.

—¿Por qué estabas tan seguro de que llegaría un momento en que me cansaría? ¿Por qué pensaste desde el principio que tendrías que dejarme ir?

—Bueno... en parte porque sabía que me iba. Sabía que probablemente me iría a California, y que me marcharía definitivamente de Boston. Pero, además, siempre tuve la sensación de que esta situación era difícil para ti. Siempre

tuve la sensación de que era mucho más difícil para ti que para mí.

—¿Por qué iba a ser más difícil para mí?

—Porque tú estás sola.

Fue como si me hubieran golpeado, como descubrir que lo peor que yo hubiera podido llegar a pensar era verdad.

—¿Qué?

—Quiero decir, creciste sola, fuiste hija única durante mucho tiempo. Para mí, por ejemplo, hablar es mucho más fácil. Tengo muchas hermanas y estoy acostumbrado a hablar con ellas.

Tuve la impresión de que no era eso lo que había querido decir. Pero no quise preguntar o saber más.

—Te toca —dije.

Asintió y tomó un trago de cerveza.

—¿Por qué me escribiste aquellas cosas cuando estaba en California?

Sentí una conmoción, como cuando había hablado de poder, pero esta vez la sensación fue embriagadora. Lo sentí, su poder... pero como si estuviera dispuesto a usarlo con delicadeza, no como si no fuera a hacerlo. Me solté la pinza con que me sujetaba el pelo y todo el cabello me cayó sobre la cara, así que volví a ponérmela.

—Quería llamar tu atención —dije—. Primero tenías tu tesis, y luego no me escribiste en semanas. Y cuando finalmente me escribiste, ya te estabas marchando a otra parte. Te marchabas y yo tenía que llamar tu atención.

—Bueno, desde luego llamaste mi atención.

—Lo sé.

Se rio.

—Pero ¿sabes?, sigo sin entender si escribiste todas aquellas cosas en serio... o si solo intentabas, como has dicho, llamar mi atención.

Asentí.

—Yo tampoco lo sé.

Levantó la botella como si estuviera brindando, tomó otro trago, y luego la tendió hacia mí sobre la cama. Al cabo de un momento, la cogí. Me gustó su peso, el áspero frescor del papel de aluminio alrededor del cuello de la botella. La cerveza en sí misma era amarga y acuosa, como siempre. Resultaba casi cómico que la cerveza fuera idéntica a como lo era siempre.

—Te toca —dijo.

—Bueno, no entiendo por qué tú... —Respiré hondo—. ¿Por qué lo haces...?

—¿Por qué hago qué?

—¿Por qué te tomas la molestia?

—¿La molestia? —Sonaba enojado.

—¿Por qué te esfuerzas tanto?

—¿Qué esfuerzo? ¿Me estás preguntando por qué me esfuerzo tanto en pasar tiempo contigo? Porque me gusta pasar tiempo contigo. ¿Es eso lo que quieres oír?

—¿En serio?

—Sí, es verdad. Ahora me toca a mí, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué no me llamaste cuando estabas en el pueblo? ¿Por qué no me llamaste durante más de dos semanas?

No dije nada.

—Tienes que responder.

—Porque a veces, después de verte, me siento muy mal —dije—. Es un dolor casi físico. —Me toqué el esternón.

Apartó la cara.

—Bueno, eso es algo que no estoy acostumbrado a oír de ti —dijo, y oí en su voz que estaba sonriendo.

Se alegró de que me doliera así. Y yo sabía que habría sentido la misma felicidad si él me hubiera dicho que yo le había hecho daño. ¿Por qué nos gustaba hacernos sufrir? ¿Significaba eso que no era amor? ¿Seguro que no era eso el amor?

En cualquier caso, en cuanto admití que sentía un dolor físico, las cosas se volvieron más fáciles entre nosotros. El tiempo parecía avanzar más suavemente. Ivan, al igual que Rózsa, me preguntó qué pensaba de Hungría. Dije que era interesante. Comenté que algunas cosas me ayudaban a conocerle mejor, pero otras parecían no tener nada que ver con él.

—Yo también tuve esa sensación en Nueva Jersey —dijo—. Quería averiguar algo sobre ti. Pero no averigüé nada. Solo había zonas residenciales.

Ivan me preguntó si Nueva Jersey era un lugar intenso y cuánto tiempo hacía que sabía que quería ser escritora. Yo le pregunté por qué había dejado Hungría para estudiar en el extranjero y por qué su padre pensaba que era egoísta. Se quitó las gafas, se veía muy cansado y guapo.

Ivan me preguntó por qué pensaba que era tan difícil para nosotros mantener una conversación: lo habíamos evitado todo aquel tiempo y, una vez que nos forzamos a hacerlo, casi acaba con nosotros.

Dije que quizá fuera algo relacionado específicamente con el acto de hablar.

—También podríamos comunicarnos por correo electrónico.

—No lo sé —dijo Ivan—. Nos turnábamos para hacerlo, pero en el fondo tú escribías algo y yo escribía otra cosa, y luego tú escribías otra cosa. Nunca fue realmente una conversación.

—Nunca fue realmente una conversación —repetí mientras pensaba en ello.

—Fue mejor.

La polilla, que se había quedado dormida sobre la lámpara, se despertó y empezó a revolotear por la habitación.

—Probablemente no quieres que la mate —dijo.

—Adelante.

Pero cogió la polilla entre las manos ahuecadas y me pidió que abriera la ventana. Salté de la cama y la abrí, y él se colocó junto a mí y dejó que la polilla se fuera volando. Me acordé de que solo llevaba una camiseta y ropa interior, y volví a la cama.

Ivan se detuvo al pie de la cama, proyectando una larga sombra.

—Son más de las cinco —dijo—. Tal vez no sea mala idea que durmamos un poco.

—Seguramente no.

Se quedó allí un momento más, luego cogió la botella de cerveza, apagó la luz y se fue.

Soñé que estaba sentada en una casa de baños cubierta de azulejos. La luz del atardecer entraba por una ventana alta, y el agua se filtraba por debajo de la puerta, llenando lentamente la habitación y subiendo cada vez más alto. Luego la puerta se abrió y un muro de agua irrumpió a borbotones, y a través de la misma puerta entró también mi hermano, pero no era mi verdadero hermano, sino Ivan, y yo me levantaba y nos abrazábamos. El agua nos llegaba hasta las rodillas. Nos abrazamos con mucha, mucha fuerza.

—Te quiero mucho —dije.

—Lo sé... yo también te quiero —dijo.

Me desperté con lágrimas en los ojos. La luz del sol entraba por la ventana, haciendo resplandecer las tazas de té doradas. Encontré una cámara desechable en un bolsillo lateral de mi mochila, y tomé una fotografía de las tazas, con una de las asas mirando a la izquierda. Al menos así sabría que no había soñado lo de las tazas de té.

Para desayunar había jamón. De niño leías esos libros con rima y parecían tan abstractos... y luego crecías y de pronto ahí estaban los huevos y el jamón..., carnero y narices, ratón y salón, el cajón y el zorro marrón... No iríamos a ninguna parte, ni en un tren de pasajeros, ni bajo un aguacero... Ni aquí ni allá. En ningún lugar.

Conocí a las otras dos hermanas: la que había estado en un campamento de folclore en Transilvania y la que había estado en el hospital con el padre de su novio. La madre de Ivan me mostró un tablero que solían usar cuando todos vivían en la casa: una plantilla con los días de la semana y las diferentes tareas, preparar el chocolate a la taza, lavar los platos o poner la mesa, escritas con un rotulador distinto para cada uno de los cinco hijos. Se veía lo mucho que significaba esa época para la madre de Ivan.

—Ahora es muy raro que estemos todos juntos —dijo—. Afortunadamente, mañana será una de esas ocasiones.

La hermana mayor explicó que al día siguiente se iban todos de excursión en canoa por el oeste de Hungría. Antes de que Ivan pudiera dejarme en Szentendre, tuvimos que parar en la embajada tailandesa de Budapest. En el coche me explicó que era el último día que tenía para recoger su visado para Tailandia.

—Nos vamos mañana, volvemos el viernes y salgo para Bangkok el sábado por la mañana.

—Entiendo —dije.

—Así que elegiste un buen momento para llamarme.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no volvería a verlo... al menos

por mucho tiempo, y tal vez nunca más.

La embajada tailandesa se encontraba en una calle lateral con árboles frondosos, sin carriles marcados ni acera. Ivan aparcó en el arcén, casi en un lecho de hiedra, y se dirigió a la entrada. Me quedé dentro del coche inundado de sol, escuchando a los pájaros. Cuando regresó, Ivan se disculpó por haber tardado tanto. Pero me habría gustado quedarme allí todo el día.

El visado tailandés ocupaba una página entera de su pasaporte. Estaba impreso en papel irisado y contenía un holograma, una suerte de hombre-águila rojo en un círculo en llamas, y una foto de pasaporte fotocopiada. Sin sonreír y subexpuesto, Ivan se veía tan ennegrecido y sombrío como un minero de tiempos pasados.

Cuando volvimos a Szentendre, el campamento estaba desierto. Rózsa le había dicho a Ivan que si llegábamos tarde los encontraríamos en la playa. Ivan condujo hasta un gran hotel blanco al final de la calle. Dijo que allí estaba la playa más grande. Desde el aparcamiento no se veía; estaba situada al pie de una colina, detrás de unos árboles.

—¿Quieres bajar un momento para asegurarte de que están ahí? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Seguro que están ahí —dije.

Salimos del coche y nos quedamos de pie uno frente al otro.

—Así que —dijo— te vas.

Sentí que el ceño se me tensaba.

—Eres tú el que te vas —respondí.

—Mi cuenta de correo electrónico permanecerá activa todavía algún tiempo —dijo—. Y la tuya por mucho tiempo. Así que quizá podríamos estar en contacto. —Todo dolía, especialmente ese «quizá» y ese «todavía algún

tiempo»—. Tienes que tratar de pasártelo bien —siguió diciendo—. Incluso aquí.

Asentí.

—Deberías ir a visitarme a California.

—De acuerdo.

—Ven aquí.

Di un paso adelante y me atrajo hacia él, abrazándome tan estrechamente que me costaba respirar. De puntillas, con el costado de mi cara apretado contra su pecho, no podía mirar por encima de su hombro, de modo que me encontré mirando hacia abajo, hacia el camino de grava que conducía a la playa. Le di unas palmaditas en la espalda, que bajo su camiseta se notaba tan firme y presente. Me sentí perdida: me faltaban las palabras, el aliento, el pensamiento, todo.

Fui la primera en despedirse, en ser valiente. Todavía pensaba que el valor se recompensaría de algún modo.

—Adiós —respondió.

Me dio la sensación de que tardaba horas en llegar al comienzo del camino de grava. Luego empecé a descender hacia la orilla. Después de unos pasos, me detuve. No había oído que se cerrara la puerta del coche. No había oído que arrancara el motor. Pensé en regresar. ¿Era una de las cosas que se podían hacer? Bueno, por supuesto que sí. Ahí estaba yo, en el mundo, con los mismos derechos que cualquier otra persona: podía dar la vuelta, caminar en círculos, pisar con fuerza. Pero nada de eso cambiaría el hecho de que él se iba a marchar al otro lado del mundo, sin ninguna perspectiva ni motivo para volver a donde yo estaba.

Seguí caminando hacia el río. Podía *oír* cómo se me llenaban los ojos de lágrimas. Hacían un sonido crepitante. Estaba demasiado exhausta para parpadear y reprimirlas, y de todos modos no había nadie que pudiera verme.

Noté cómo me cambiaba la cara, cómo mis mejillas se volvían suaves y calientes. Llegué a una pista de tenis. Dos parejas de la edad de mis padres estaban jugando un partido de dobles. Uno de los hombres, que tenía barba y estaba muy cerca de la red, soltaba un grito —«És!»— con cada volea. Nadie se fijó en mí, a nadie parecía importarle que alguien con una camiseta del Dr. Seuss estuviera llorando. Sentí como una bendición ser invisible.

Detrás de la pista había varias pelotas de tenis teñidas de verde entre la grava verde. La playa por fin apareció a la vista. Me inundó una oleada de alivio, y comprendí que era porque estaba desierta y los niños del campamento no estaban allí. No estaba preparada para unirme a ellos. Volví a la pista de tenis y me quedé viendo el partido durante unos minutos para darle tiempo de marcharse a Ivan. Luego volví a subir la colina. Se había ido.

Encendí un cigarrillo y eché a caminar por la carretera principal. El cigarrillo, de forma mágica e inequívoca, detuvo el torrente de lágrimas. Era imposible no sentir que era una fuerza benevolente, cuando te protegía así. Tras pasar junto al restaurante del barco, seguí avanzando por un sendero sombreado a lo largo del río hasta llegar al embarcadero. De los árboles caían pelusas blancas y esponjosas como algodoncillos, silenciosa y abundantemente. La última vez que estuve allí no estaban. Nunca había visto nada parecido. La blancura seguía cayendo sin cesar, como en una oración de las clases de lingüística o de filosofía del lenguaje. Pensé en el invierno, en cómo a veces me encontraba con Ivan cuando caminaba por el patio cubierto de nieve, con la correa de su cartera cruzada por la parte delantera de su chaqueta negra acolchada. Recordé cuánto tiempo nos quedaba por delante entonces.

En el muelle, me senté en un banco debajo de un sauce y traté de trazar un plan. Lo primero, lo más importante, era no volver a llorar otra vez, saber encajar la derrota. Solo con pensarlo se me hacía un nudo en la garganta, porque ¿acaso no había sido siempre una buena perdedora? ¿No había escuchado todas aquellas historias sobre balas y cartuchos, y cantado las canciones de los Beatles, y vigilado la canoa? Había comido mucho cerdo, pensé, y parpadeé para reprimir una lágrima.

Busqué una cabina telefónica e intenté llamar a Svetlana. «Todas las líneas a ese país están ocupadas», dijo la operadora. No entendía cómo era eso posible. Después de dudar un poco, llamé a mi madre. No estaba en casa, pero la localicé en el laboratorio. Al principio no sabía cómo explicarle la situación, pero entonces le conté que Ivan se marchaba a Tailandia y pareció entender cómo me sentía. Me dijo que fuera a ver cosas bellas. La belleza estimulaba la producción de endorfinas, lo cual te ayudaba a sentirte mejor y prevenía las inflamaciones. Me quedé mucho rato dentro de la cabina telefónica. Una mujer italiana no paraba de gritar «*Telefono!*» y golpear el cristal. Fingí que no me daba cuenta.

Fui a dar un paseo en busca de belleza. Vi un puente en ruinas, torres medio desmoronadas, la luz del sol, un jardín, edificios que parecían armarios, edificios dentro de otros edificios, placas con calaveras y huesos entrecruzados, y una virgen de cerámica con forma de bizcocho. Me senté en una iglesia durante mucho tiempo y escribí en mi cuaderno.

Al fondo del templo, cinco monjas estaban cantando. La gente no paraba de entrar en la iglesia y, al ver a las monjas, se marchaban respetuosamente. Nadie me obligó a irme. Pasé todo el día alternando el paseo y la escritura.

Cuando empezó a oscurecer, volví al campamento. Rózsa me estaba esperando en la puerta.

—¿Dónde has estado?

Le hablé de la embajada tailandesa y de que los había estado buscando en la playa. Hice lo posible para que todo sonara tan complicado como para haberme ocupado todo el día.

—Has estado haciendo el vago —dijo.

Rózsa no era tonta.

Me hice amiga de los niños. Dos niñas pequeñas, Zsófi y Cica, me seguían a todas partes. Zsófi se sentaba en el brazo de mi silla y me sonreía desde arriba, mientras que Cica se sentaba en mi regazo y me sonreía desde abajo. «Tu pinza del pelo es bonita —decían en voz baja—. Tu bolso es bonito. Hablas muy bien húngaro.»

Les encantaba pasarse el volante de bádminton una y otra vez. En ocasiones me pedían que les cepillara el pelo. Yo era su favorita y me sentía orgullosa de ello.

Había otra niña, Erzsébet, que siempre quería sentarse en el regazo de la gente y establecer contacto visual. Era un poco mayor, vulgar y torpona. Nadie quería que se sentara en su regazo. Al principio me dio pena y traté de ser amable con ella.

—No hace falta que finjas que te gusta Erzsébet —dijo Rózsa, irritada.

Y, de hecho, no tardé en encontrarla insoportable e hice todo lo posible por evitarla. Me asustaba lo mucho que me repelía, por su timidez y sus risitas, por su manera de rebajarse que parecía en cierto modo agresiva, por la forma en que repetía mi nombre e intentaba subírseme a los hombros.

Los chicos también querían interactuar, aunque lo hacían de manera distinta. Les gustaba venir corriendo hasta mí, decir algo y marcharse rápidamente. A veces preguntaban sobre letras de canciones que no entendían. «Yo nunca te rompería el corazón», leía Ádám de un papel doblado en su bolsillo: quería

saber qué era romperle el corazón a alguien.

—¿Qué es «Tokyo ghetto pussy»? —preguntó otro chaval.

Algunos asintieron; todos se lo habían preguntado.

Fábián, que tenía catorce años, siempre estaba subido a los tejados o saltando de los árboles. Lo veía a menudo porque el botiquín de primeros auxilios estaba en nuestra cabaña. Una tarde, mientras yo estaba leyendo en mi cama y Rózsa le estaba untando pomada en una picadura de abeja, me miró y me dijo algo que no entendí. Rózsa le habló con severidad. Me imaginé que se había burlado de mí. Pero después de irse, Rózsa me dirigió una mirada cargada de intención.

—Quiere algo de ti —me dijo—. Le he dicho que ya tienes un amigo y que eres demasiado mayor.

¿Es que nunca se acababa? ¿Cuándo se acababa? La siguiente vez que Fábián volvió corriendo a la cabaña con el aspecto de un revolucionario loco, esta vez con una camiseta ensangrentada enrollada en el brazo, sentí un pequeño sobresalto.

—¿La chica americana no entiende nada de lo que digo? —le preguntó a Rózsa mientras ella sacaba el yodo.

—Nada de nada —dijo Rózsa.

—Pero la he oído hablar en húngaro.

—Repíte lo que dice la gente como un loro.

—Loro —repetí.

Fábián abrió mucho los ojos. Se quedó un momento más, mirándome fijamente, y luego se fue corriendo.

Rózsa le dijo al camarero de la cantina que no me sirviera demasiada comida porque no tenía hambre. Era mentira. Resultó ser una artimaña para que la

acompañara al supermercado, algo que habría hecho de todos modos.

En el supermercado había de todo. Nunca me había alegrado tanto de ver Whiskas, la comida para gatos. Compré galletas de almendra y Rózsa compró compresas. Yo también tenía el periodo: nos habíamos sincronizado. En el pasillo de productos de belleza, Rózsa se quedó mirando las cajas de tinte para el pelo.

—Quiero teñirme el pelo, pero es caro —anunció en tono mecánico, como si estuviera leyendo un teleprónter.

Cuando salimos le ofrecí una galleta, pero me dijo que estaba a dieta.

—Tú no necesitas ponerte a dieta —dije, porque era cierto y, además, educado.

Pero ella me dirigió una mirada vehemente y me dijo:

—Comer por comer es algo horrible, no puedo entenderlo. Cuando uno come por comer engorda.

Anduvimos un rato en silencio.

—No estoy contenta —dijo Rózsa.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

—¿Estás preocupada por la escuela?

—No.

—Entonces ¿por qué?

—Porque estoy sola.

Sentí una oleada de exasperación y desesperanza. ¿Acaso en eso iba a consistir toda la vida? ¿En tener que estar triste por no tener novio?

—Nos tenemos la una a la otra —dije con tensión.

En la estación de tren, Rózsa se puso a regatear con una de las ancianas que vendían flores. Había cogido un ramo de veinte florines, de claveles y flores silvestres con una rosa roja en medio, atado firmemente con una goma elástica.

Rózsa solo quería comprar la rosa. Al final lo consiguió, por cinco florines.

—Esta es tu rosa —dijo—. La pondrás en tu vaso y ya no estaremos solas.

Dijo que aún no teníamos que volver al campamento, que podíamos ir dando un paseo a donde yo quisiera. No había ningún lugar especial al que yo quisiera ir. Sugerí que fuéramos a donde ella quisiera.

—No —dijo—. A donde tú quieras.

—Pero yo quiero ir a donde tú quieras.

—No, yo debo sufrir. Tenemos que ir a un lugar al que no quiera ir.

Reflexioné sobre ello.

—¿Por qué no piensas en un lugar que te haga sufrir y vamos allí?

—Selin nunca quiere nada —dijo Rózsa con voz burlona—. ¿Es eso verdad?

—Ojalá.

—¿Por qué?

—Cuando no quieres nada, no hay sufrimiento.

La mirada de Rózsa se volvió aún más ardiente.

—Eso es una tontería —dijo.

Nos sentamos en una barandilla. Un viento fresco soplaba bajo el cielo oscurecido, en algún lugar lloraba un bebé, y una gran sombrilla amarilla con el logo de una marca de cerveza cayó rodando por una colina.

—Yo estaba allí... donde tú quieres ir —dijo Rózsa—. Estuve allí el lunes.

—¿Dónde?

—Yo estaba allí —repitió Rózsa.

Y me pareció que se refería al muelle, donde aquella pelusa blanca había caído de los árboles, aunque no estaba segura de por qué, o qué podría haber estado haciendo ella allí.

—¿Crees que va a llover? —pregunté.

—Sí. ¿Por qué?

Se me aceleró el corazón.

—No lo sé —dije.

Entonces caí en la cuenta de que quería que lloviera porque tal vez así Ivan y su familia volverían un día antes a Budapest e Ivan podría llamarme. Sabía que era un razonamiento muy endeble. Pero mi cuerpo no lo sabía.

Fue como si un océano entero de lluvia cayera del cielo. Nos sentamos bajo un toldo cerca del aparcamiento del hotel y comimos ciruelas amarillas. Al final Rózsa se comió una de las galletas que había comprado, y me sentí feliz y satisfecha, como si hubiera logrado alimentar a un animal tímido y orgulloso.

Al cabo de unos minutos el sol volvió a brillar como si no recordara nada.

Una noche, los estudiantes participaron en un concurso organizado por Ildi y los profesores de gimnasia. Había un escenario al aire libre, con sillas plegables para los adultos. Los chicos mayores participaban en uno; las chicas en otro. Los niños más pequeños no participaban en el programa, y se sentaron sobre mantas bajo la mirada atenta de los maestros.

Para el concurso de los muchachos, se colgó una tela del techo que acababa aproximadamente a un metro del suelo. Comenzó a sonar música tecno alemana. Uno a uno, los chavales fueron caminando por el escenario al ritmo de la música. La pantalla escondía sus cuerpos de cintura para arriba. Solo se veían sus piernas. Llevaban prendidos unos números en sus pantalones cortos.

—La chica americana juzgará las piernas de los muchachos —anunció uno de los profesores de gimnasia, dándome un portapapeles con un formulario fotocopiado en el que tenía que puntuar todas las piernas en una escala del uno al diez.

Alcé la vista del formulario y miré las piernas de los adolescentes. Sabía que estaban caminando en círculo, porque los números se iban repitiendo.

Pero, aparte de los números, todas ellas me parecían iguales. Todas parecían piernas. La razón de que las personas tuvieran cara era porque servía para distinguirlas.

—No soy capaz —dije cuando la música paró.

Intenté devolver el formulario. No quisieron aceptarlo.

—¡Necesita volver a verlas! —gritó Ildi.

La música volvió a sonar. Las piernas se pusieron de nuevo en movimiento. Empecé a notar las diferencias entre ellas. Unas eran más largas, otras más cortas, unas más delgadas, otras más musculosas. Algunas estaban salpicadas de pecas y varias tenían las rodillas peladas. Descubrí que el número once era Fábían, porque tenía un corte en el muslo y también por la forma en que caminaba, como en una especie de baile zapateado. No sé si fue a pesar de que solo se le veían las piernas, o gracias a ello, pero el baile me pareció cómico y muy característico de su personalidad.

Pero cuando traté de poner las piernas en un cierto orden, ya fuera ascendente o descendente, sentí que el pánico me invadía el pecho. Los profesores de gimnasia seguían señalando el portapapeles y apremiándome a escribir.

O es que necesitaba ver las piernas por tercera vez, preguntó uno de ellos, y todos se echaron a reír.

—¿Quieres que te ayude? —susurró Rózsa.

Asentí.

—Quiere volver a ver los números siete, once, dos, catorce y diez —dijo Rózsa.

Los números siete, once, dos, catorce y diez aparecieron de nuevo y desfilaron por el escenario. Rózsa los examinó cuidadosamente y luego me susurró sus puntuaciones. Entonces los chicos salieron de detrás de la pantalla e hice entrega de unas medallas de cartón a los ganadores. El primer premio

fue para un muchacho moreno y musculoso de quince años que me recordó al novio de Reni. Fábían quedó el segundo.

Empezó a sonar «Vogue» de Madonna. Era el momento de la competición de las chicas: un concurso de belleza. Las chicas salían al escenario de dos en dos, una por cada lado. Hacían una pose en el centro y luego se alejaban en direcciones opuestas. Luciendo brillo de labios, sombra de ojos y clips para el pelo en forma de flores o conchas, se habían acicalado para complacer y gustar. No había ninguna pantalla que escondiera sus caras, y podías ver las diferentes emociones que las embargaban.

Zsófi y Cica salieron juntas: Cica con una diminuta camiseta de brillos dorados que le dejaba los hombros al descubierto, y Zsófi con un vestido de lunares verdes. Con sus pícaros hoyuelos en las mejillas, Cica desfiló con aire resuelto al ritmo de la música y posó con una mano en la cadera. Zsófi, más alta y torpe, con sus largas pestañas temblorosas, se limitaba a estar allí, bailando de vez en cuando sin moverse del sitio con aire reservado y pensativo.

Pensé que el primer premio sería para Ági, que tenía quince años y un aire punk, con su pelo corto como un chico. Salió llevando unos botines, pantalones muy cortos y una pequeña chaqueta de cuero. Cuando se la quitó y la hizo girar sobre un dedo, todos aplaudieron y silbaron. Ági compartió escenario con su amiga Éva, que parecía paralizada por la vergüenza. Cuando Ági se quitó la chaqueta, Éva hizo amago de desprenderse de su rebeca marrón. «¡Te vas a enfriar!», le gritó un profesor de gimnasia, y ella volvió a ponérsela.

Los jueces eran tres hombres adultos: un profesor de gimnasia, el marido de Ildi, que estaba de visita, y una especie de encargado de mantenimiento que siempre andaba por ahí arreglando cosas. Pidieron a algunas chicas que volvieran a subir al escenario, mientras que las que no habían sido llamadas

se sentaron a un lado con aire avergonzado. Al cabo de un rato, el encargado de mantenimiento anunció a la ganadora y a la finalista: Zsófi y Éva, las dos participantes que habían parecido más confusas y torpes. No lo entendí al momento. Pero entonces me fijé en que, más allá de su postura, vestimenta y peinado, Zsófi y Éva tenían una suerte de belleza física natural. La cara de Éva estaba tan agitada que costaba verla, pero tenía un cuerpo precioso y unas piernas largas.

Zsófi aceptó su ramo de flores con una plácida expresión de Bambi. Éva empezó a desprenderse de nuevo de la rebeca, se detuvo un momento, y luego acabó de quitársela. Esta vez me fijé en sus pechos bonitos y optimistas. El encargado de mantenimiento la besó en las mejillas. Entonces las chicas volvieron al escenario y los jueces las besaron a todas. ¿Qué habían hecho los hombres para hacerse merecedores de tanta gracia y belleza?

La última noche de campamento la pasé en la cabaña, escribiendo. Estaba segura de que Ivan llamaría, porque era su última noche en Hungría. Volvería esa noche de la excursión con su familia y a la mañana siguiente se iría a Bangkok. Sabía el número del campamento. Me había preguntado hasta cuándo me quedaría. ¿Por qué lo habría preguntado, si no tenía intención de llamar?

Por alguna razón, casi todos me dejaron sola esa noche. Nadie quería que cantara canciones con los niños, o que jugara al bádminton. Solo hubo una interrupción, alrededor de las nueve. Fábían irrumpió por la puerta, con su premiada pierna izquierda cubierta de sangre.

—¿Me echas una mano? —preguntó.

Acababa de encontrar el frasco de yodo en el botiquín de primeros auxilios cuando llegaron dos profesores de gimnasia.

—¡Lukács Fábían, deja en paz a la chica americana! —gritaron.

Se lo llevaron y le vendaron la pierna de una manera visiblemente eficiente.
Seguí escribiendo hasta las diez.

Ivan no llamó.

AGOSTO

Estaba previsto que volviéramos al pueblo a las ocho de la mañana. A las 7.40, todos los niños estaban en fila delante del autocar. Sin embargo, el autocar no salió hasta las 8.40. No me quedó claro qué estaba ocurriendo entre las 7.40 y las 8.40: por qué no nos montamos en el autocar, que ya estaba allí, así como su conductor. Fábían no dejó de observarme casi todo el rato. En un momento dado nuestras miradas se cruzaron, y al instante aparté la mirada.

Fábían y sus amigos se pasaron todo el viaje peleando, cantando y pensando en diferentes maneras de aprovechar la circunstancia de que el autocar tuviera una salida de emergencia en el techo. Ahora era el conductor quien nos miraba fijamente a Rózsa y a mí, a través del espejo retrovisor que estaba por encima de su asiento.

Rózsa buscaba en su diccionario adjetivos que consideraba que la describían, y los anotaba en una hoja: «despiadada», «indiscutible», «inolvidable». Le dije que estaba de acuerdo con «inolvidable».

—¿Yo? —dijo ahogando un grito—. ¿Por qué?

Sus ojos, mirando fijamente los míos, parecían asustados. Quise decirle: «Por lo que estás haciendo ahora».

Ví pasar el paisaje, preguntándome si Ivan ya estaría en el aeropuerto, si se sentiría triste por marcharse de Hungría o solo emocionado por irse a Tailandia. Me parecía extraño lo mucho que le importaba su país de origen, pero también lo mucho que le importaba ir a otros países. O no, no era tan extraño: simplemente le importaban los países. Él pensaba que eran conceptos significativos, y por tanto para él era importante saber de qué país eras y

cuáles visitabas.

Después de dejar a todos los demás en la escuela, el conductor nos llevó a Rózsa y a mí a casa. Incluso cargó nuestras bolsas hasta la puerta de Piri. Cenamos en casa de los padres de Rózsa. Sus padres no se encontraban bien y no comieron con nosotros. Cenamos en bandejas en el dormitorio que compartía con su hermana: alguien de quien nunca me había hablado, ni siquiera una vez.

El domingo fui a un espectáculo ecuestre con Juli, la chica con la que viviría durante la última semana del programa. No sabía lo que era un espectáculo ecuestre. Incluso cuando ya estábamos allí, seguía sin saber lo que era. Había mucho polvo. Unos caballos tiraban de unos carros. Luego hubo una rifa. Juli, que se estaba preparando para ser profesora de inglés, estaba convencida de que iba a ganar un caballo. El padre de Juli me ofreció repetidas veces comprarme un cerdito. Al principio pensé que estaba bromeando, pero no se reía, y era cierto que había un hombre vendiendo cerditos.

Juli dijo que había un caballo muy hermoso que teníamos que ver. Me llevó a un cobertizo de madera. Dentro había un caballo de constitución delicada y con una mirada salvaje. Estaba completamente rodeado de moscas y apestaba. Hacía justo una semana, Ivan y yo estábamos en una canoa. Se anunciaron los ganadores de la rifa. Juli estaba firmemente convencida de que iba a ganar un caballo... hasta el momento mismo en que dijeron su nombre y ganó una cabra. Intentó devolverla. Los organizadores del sorteo primero se rieron, luego se volvieron amenazantes. Aquella cabra le dio un sinfín de problemas a Juli. Al final tuvo que contratar a un hombre con una camioneta para que transportara al animal a un pueblo cercano y la tuviese consigo varios días, como una especie de huésped, hasta que Juli le encontrara un alojamiento más estable

con otra gente.

—¿Te ha gustado el espectáculo ecuestre? —me preguntó Rózsa cuando volví para cenar, toda cubierta de polvo y sudor.

—Ha sido bastante estresante —dije.

Rózsa no logró ocultar lo feliz que la hacía que me hubiera estresado el espectáculo ecuestre.

—Sé que has visto los caballos, pero ¿viste al gorila? —preguntó Emese, la hija de Piri.

«El gorila» resultó ser el apodo que le habían puesto al novio de Juli.

Todo pareció ir bien hasta el momento de la cena, cuando no me acabé el puré de patatas.

—¿Cuántos helados te has tomado con Juli? —preguntó Rózsa, golpeando el tenedor sobre la mesa.

Según Rózsa, Juli no había querido alojarme pero no había tenido elección: todos estaban obligados a tenerme en su casa por turnos.

Era extraño seguir conociendo a gente después de que Ivan se hubiera marchado. Había ido a Hungría por él, y ahora que se había ido, mis razones para estar allí parecían cada vez menos claras. Ya antes no habían estado claras, pero ahora resultaba flagrante.

Juli y su familia vivían en un apartamento de seis habitaciones situado sobre la Elefánt Diszkó, que regentaba el padre de Juli. Tanto por su aspecto como por su comportamiento respondía a la idea que yo tenía de un «hombre destruido»; dormía en el cuarto de invitados y a menudo trabajaba en la discoteca hasta las cuatro de la madrugada. Yo dormía en la habitación de la hermana de Juli, Bernadett, y esta dormía en la sala de estar, en un sofá inflable. Sobre el sofá inflable estaba colgado un zorro muerto.

La madre de Juli, una esteticista, era muy delgada y tenía unos ojos insólitamente brillantes. Para cenar hizo una «sopa atrapachicos» y una tarta llamada «pastel de suegra». Esos dos platos parecían resumir toda una cosmovisión sobre la captura y la aceptación.

Bernadett, que también quería ser esteticista de mayor, nunca se había hecho un tratamiento de belleza porque pensaba que eran estúpidos. Se pasaba horas en el baño y a menudo andaba desnuda por la casa.

—*Béna* —siseó Juli.

Cuando pregunté qué significaba esa palabra, Juli leyó la traducción del diccionario:

—Paralítica... desgarrada, torpe, antiestética, deforme.

—¡Gracias por el halago! —gritó Bernadett.

La perra de Juli, Blanka, una husky plateada de ojos claros, deambulaba por la sala de estar, el comedor y la cocina chocándose contra las paredes y los muebles. A veces se subía al sofá inflable y se sentaba allí con aire desinteresado y confuso, como si fuera un visitante de otro planeta.

Cada noche, cuando sacábamos a pasear a Blanka, Juli y Bernadett se llenaban los bolsillos de piedras. «¡Lobo! ¡Lobo!», gritaban los niños cuando nos acercábamos, y les tiraban piedras; no directamente a las chicas o al perro, sino a unos centímetros por delante de ellos. Entonces Juli y Bernadett les tiraban piedras a la cabeza.

Resultaba interesante: Rózsa siempre decía que la gente la odiaba, pero yo nunca había visto ninguna señal de ello, mientras que Juli y Bernadett, que vivían en un estado de guerra con los chicos del pueblo, apenas prestaban atención a aquello y ni siquiera dejaban de conversar mientras tiraban piedras a la cabeza de la gente.

Cuando llegábamos a los campos, pasada la estación de tren, Juli le quitaba la correa a Blanka y la dejaba correr en libertad. Blanka se transformaba

totalmente, su alargado cuerpo atravesaba el campo como una flecha, casi pegado al suelo, con la cola vaporosa detrás de ella como un penacho de humo.

Volvimos al apartamento atravesando la discoteca vacía. En la penumbra brillaba una bola de discoteca. Juli sirvió tres copitas de su licor favorito: Charleston Follies. Bernadett se tumbó boca arriba en la mesa de billar y rodó con las piernas en el aire. Juli la miró.

—Frijol mexicano —dijo con desprecio.

—¿La has llamado frijol mexicano? —le pregunté.

—Sí. Tiene un gusano dentro.

Juli dijo que a Bernadett le encantaba «saltar como boñiga de cabra en un barco». Añadió que era una expresión húngara.

—Juli, el estroboscopio —dijo Bernadett, sentándose.

Había un estroboscopio en una esquina, sobre un trípode. Juli lo encendió. Bernadett volvió a tumbarse en la mesa de billar y volvió a rodar sobre sí. Blanka trotaba en círculos bajo la luz estroboscópica, su figura parpadeaba en la discoteca oscura y vacía, como una película muda en vivo. Fue un espectáculo asombroso. Y aun así, no sabía cómo clasificarlo. Simplemente parecía estar ahí, como el gorro de piel de un burócrata soviético al que hubiesen borrado con un aerógrafo.

Me invadió una especie de pánico pensando que debía prestar mayor atención a todo, que debía saber de qué iba aquello, ganarme retroactivamente el derecho a estar en Hungría; porque, al fin y al cabo, ni siquiera había solicitado participar en aquel programa: Ivan había hablado con Peter y

seguramente había desbancado a un sinfín de profesores de inglés que se lo merecían más que yo. Sabía que aún me quedaba algo importante que hacer o aprender, tan solo debía averiguar cómo no perder el tiempo ni las oportunidades.

Permanecí sentada hasta muy tarde en el escritorio de Bernadett, bajo un póster de una banda alemana llamada Mr. President, haciendo una lista de las diferentes maneras en que podía aprovechar mi tiempo y mis oportunidades.

Aprender húngaro. (¿Cómo? ¿Estudiando en esta habitación, hablando con Juli, intentando hacerme amiga de los gitanos?)

Tener experiencias humanas universales y relevantes (en inglés).

Entender la historia regional («otomanos», «comunismo», «los Habsburgo»).

¿Cambiar la vida de los niños? Algunos (Ádám, quizá Csilla) parecen querer hacer cambios en sus vidas.

Me quedé mirando la lista durante mucho rato. Cuanto más la miraba, menos sentido tenía.

De camino al baño, atisé sin querer a través de la puerta abierta del cuarto de invitados —¿por qué resultaba tan difícil no mirar a través de una puerta abierta, incluso cuando no querías hacerlo?— y vi que el padre de Juli estaba sentado en el borde de la cama, viendo en la tele las pruebas olímpicas de levantamiento de pesas. Los cuerpos de los levantadores de pesas parecían casi verdes. Temblaban y se hinchaban y se tensaban, como si estuvieran a punto de explotar. En mi última semana en la escuela ayudé a los niños a preparar la representación de una función teatral. No se me permitió elegir la obra que llevarían a la escena. Como decía Epicteto sobre la vida: «Recuerda que eres actor en una obra cuya naturaleza corresponde decidir al director». La pieza que Tünde había elegido se titulaba *Chicken Licken*. Era idéntica a la historia que yo conocía como *Chicken Little*. Hasta ese momento solo había visto utilizar la expresión «chicken licken» para referirse a los palitos de

pollo frito del Friendly's. Como nombre propio del protagonista de una obra parecía siniestro, grotesco. Propuse que cambiáramos el nombre por el de «Chicken Little». Tünde se negó:

—Si hay un Turkey Lurkey, también hay un Chicken Licken —dijo en tono sombrío.

Los personajes de Turkey Lurkey, Ducky Lucky y Goosey Loosey los interpretaban los tres chicos más corpulentos de la clase. Llevaban máscaras de cartón con picos, encorvaban los hombros para que parecieran alas, y se movían torpemente por el escenario en fila, como una procesión de tótems.

—Ah, ahí está —decía el narrador—. El pollo más tonto del mundo.

Como los diálogos de la obra no suponían ningún reto, les dije a los estudiantes avanzados que escribieran monólogos en los que dijeran lo que pensaban.

Turkey Lurkey habló sobre lo que pasaría cuando se desplomara el cielo.

—No quedará ningún lugar —dijo—. El cielo yacerá en la tierra como un libro sobre una mesa. No sé quién o qué es un rey, pero tenemos que encontrar uno.

Bernadett hacía el papel de Foxy Loxy.

—Siempre tengo hambre. Nunca estoy saciada, nunca. Comer es más importante que tener amigos.

Dijo que odiaba la cobardía y la estupidez. Nunca podría compadecerse de alguien que no fuera inteligente, valiente y fuerte.

El último sábado del programa, todas las clases de inglés se reunieron en el auditorio de Feldebró, donde cada una representó una obra de teatro. Los

estudiantes de Daniel interpretaron una adaptación de *Romeo y Julieta* en el Salvaje Oeste, con pistolas y sombreros de vaquero. Sus diálogos, atrezo y vestuario eran mucho mejores que los nuestros, y temía que mis estudiantes se sintieran mal por eso. Pero cuando vi a los chicos salir en tropel al escenario con sus disfraces de pájaro, con su energía desvergonzada y sus extravagantes monólogos, comprendí que todo iba bien y me sentí colmada de ternura y orgullo.

Durante mi última noche en el pueblo hubo una fiesta en la escuela. Allí estaban los alumnos de inglés, sus padres y los demás profesores. Rózsa había dicho que no iría, pero al final apareció con lacitos en el pelo. Me regaló dos tapetes de ganchillo que ella misma había tejido, con ribetes festoneados, rosas púrpuras y sendas inscripciones en el mismo color: una decía PARA LA QUERIDA SELIN; la otra, DE LA INOLVIDABLE RÓZSA. Juli me regaló una maceta con un cactus con unos ojos saltones, y el director de la escuela me obsequió con una pinza de cuero para el pelo y un zapato decorativo en miniatura.

Vilmos, el cocinero, estaba allí con su gorro blanco de chef. Había preparado una sopa deliciosa, albóndigas diminutas, pastitas de manzana y ponche. Más tarde me siguió al baño, se me acercó tambaleante y me puso una mano en la cintura, y vi que estaba muy borracho. No tuve miedo.

—Eres un gran cocinero —le dije dándole unas palmaditas en el hombro, y me zafé de él.

No me siguió; regresó tambaleándose por el pasillo.

El sol empezó a ponerse y tiñó la fachada rosa de la escuela de un color líquido e incandescente. Al mismo tiempo, las nubes se fueron acumulando en una parte del cielo. Los girasoles resplandecían en la luz dorada, recortándose con suma nitidez contra las nubes cada vez más oscuras. Alguien había hecho

una hoguera. Margit me dio una cerilla. Todos nos cogimos de las manos alrededor del fuego y cantamos una canción sobre unos hermosos ojos azules. En un verso que hablaba de unos ojos negros, Margit, que tenía los ojos negros como yo, agarró mi mano y cantó con energía redoblada.

Cuando oscureció, Ádám sacó un radiocasete y empezó el baile. Vilmos apareció de nuevo, ya sin su gorro de chef. Cuando pusieron las baladas y todos los novios y novias se emparejaron, Goosey Loosey me invitó a bailar. Puso sus manos en mi cintura y yo puse las mías en sus hombros. Nunca me había fijado en él porque era muy callado y no se le daba muy bien el inglés, pero ahora vi que era más alto que yo y que tenía los ojos marrones. Dijo algunas cosas en inglés. Todas ellas eran cosas que yo le había enseñado a decir.

A las siete y media de la mañana, Juli y Bernadett me acompañaron a pie a la estación. No paraban de decirme que no me durmiera en el tren, o acabaría en Praga. Varias madres me habían dado provisiones para el viaje: algunos melocotones, una bolsa de ciruelas amarillas, un kilo de galletas y seis tabletas de chocolate con ron. Cuando oí mi nombre en el andén de la estación, me di la vuelta y vi a Nóra corriendo hacia mí, seguida por Margit y Feri. Margit me entregó algo en una bolsa de plástico. Los abracé una y otra vez. El tren ya se veía, acercándose con gran estruendo y trayendo consigo la sensación de vida y plenitud inherente a los trenes que entran en una estación. En ese preciso momento apareció Gyula, corriendo y agitando los brazos. Llegó al andén justo a tiempo de subirme la maleta al tren. «¡Adiós, Selin! ¡Adiós!», gritaban todos, y yo grité «Adiós», y las puertas se cerraron.

Cuando el tren salió acelerando de la estación, las puertas se abrieron de nuevo, como si se hubiera abierto un agujero en el mundo. No se cerraron

hasta la siguiente parada. Miré en la bolsa que me había dado Margit. Había el tipo de bocadillos que más me gustaban, con finas rodajas de albóndigas y pimientos verdes. Me quedé todo el trayecto de pie en el pasillo para no dormirme y despertarme en Praga. Un simpático gay recorría el pasillo arriba y abajo, sosteniendo un cigarrillo sin encender de una manera muy cómica. Le di una caja de cerillas. Juntó las manos e hizo una pequeña reverencia. Luego se quedó junto a mí, fumando y echando el humo por la ventanilla, hasta que llegamos a su parada, una pequeña estación en medio de la nada. Solo había una persona esperando allí, un hombre con el pelo cortado a cepillo que aguardaba en la sombra. Los dos amigos parecieron alegrarse mucho de verse. Lo primero que hizo el hombre con el corte a cepillo fue ofrecerle fuego a su amigo.

En la cola para facturar el equipaje en el aeropuerto, una chica me sonrió y yo le devolví la sonrisa. Luego se acercó a mí y me contó la historia de su vida. Se llamaba Teodora, era rumana e iba a reunirse con su marido, que era el tercero comandante de a bordo de un carguero del tamaño de un pequeño pueblo. El barco de su marido solía navegar sin escalas entre Dinamarca y China, pero ahora estaba averiado e iba a permanecer tres días amarrado en el puerto de Estambul, donde tendría la oportunidad de visitarlo.

—Hace dos meses que no he visto a mi marido —dijo.

Por un momento las palabras «marido» y «dos meses», y todo lo que ello implicaba, pareció abrir un abismo entre nosotras.

Era la primera vez que Teodora viajaba en avión, aunque por supuesto había pasado mucho tiempo en barcos. Nunca había estado en Turquía.

—¿Allí hay mucha gente como tú? —me preguntó con expresión esperanzada.

—Desde luego —dije, intrigada por saber a qué aspecto de mí se estaría refiriendo.

Me preguntó cuántos años tenía. Una especie de temblor pareció atravesarle el rostro.

—Yo tengo veintiséis —dijo, como si fuera una mala noticia que hubiese recibido hacía poco—. No me siento tan mayor.

—¿Qué edad sientes que tienes?

—Diecinueve... como tú.

Pero a mí los diecinueve años me hacían sentir mayor y de alguna manera ajena a quien yo era. Pensé que me llevaría más de un año —quizá incluso siete— aprender a sentirme con diecinueve.

Cuando llegamos al mostrador de facturación, Teodora empezó a explicar algo muy complicado al personal de la aerolínea. Algo particular ocurría con su billete o su equipaje, debido al estatus internacional del barco de su marido. Los empleados no conocían ese estatus. Teodora parecía pensar que estaban cuestionando las credenciales de su marido.

—¿Cómo puedo demostrar que mi marido es el tercero al mando de un barco? —caviló—. ¡Ah, llevo anclas en mi blusa!

A los empleados de la aerolínea no pareció impresionarles demasiado su blusa.

La mayoría de los pasajeros de nuestro vuelo eran turcos de mediana edad con el rostro devastado, que volvían a casa después de un viaje organizado a Mallorca.

—No te creerías por lo que hemos tenido que pasar —me dijo en turco un hombre en la puerta de embarque.

Al principio pensé que me había confundido con alguien a quien conocía,

pero luego me di cuenta por su expresión ausente que no le importaba si me conocía o no.

—¿No ha estado bien? —pregunté.

—¿Que si ha estado bien? Allí nadie hablaba turco. Teníamos un guía, si se le puede llamar así. Era un sádico patológico. ¿Qué se puede decir de un hombre así? Buscaba su lugar en la vida y lo encontró.

Meneó la cabeza, visiblemente absorto en sus reflexiones sobre dónde pueden encontrar su lugar en la vida los sádicos patológicos.

Durante todo el vuelo a Estambul, la pequeña aeronave no paró de sacudirse y de inclinarse a un lado y a otro. Por un costado se veía la tierra acercándose y alejándose frenéticamente; por el otro, solo se veía el cielo. Los compartimentos del equipaje se abrieron. Un queso enorme salió rodando por el pasillo. De pronto, el avión perdió súbitamente tanta altitud que varias personas se golpearon la cabeza contra el techo. Cada nueva sacudida era recibida con gemidos, gritos y risas. Algunos pasajeros ancianos se pusieron a rezar. Un tipo vomitó en la bolsa para el mareo, y luego le siguieron los demás.

La peor parte fue el descenso. A cada segundo volvían redobladas las náuseas. Sentías que tu alma se agitaba y rebotaba dentro de tu cuerpo, saltando como boñiga de cabra en un barco. Teodora me agarró la mano y yo se la apreté con fuerza. Entonces, de repente, dejamos las últimas nubes atrás y ante nuestra vista aparecieron el mar de Mármara y el Bósforo, tan brillante, vivo e inescrutable como el costado de un gigantesco pez. Teodora se inclinó extasiada hacia la ventana.

—Ahí está el barco de mi marido —dijo señalando los cargueros que se veían allá abajo—. En algún lugar, uno de esos.

Miré su nuca, el pelo sedoso que se le había escapado de la coleta, la delicada cadena dorada con un cierre en forma de S sobre su piel pecosa... todas esas cosas que su marido debía de conocer tan bien.

Iba a pasar la noche con mi tía Belgin y mi prima Defne, antes de irnos las tres a Antalya, en el mar Mediterráneo, donde nos encontraríamos con mi madre y mis otras tías. Belgin y Defne eran mis únicas parientes en Estambul, una ciudad que no había visitado desde niña. Había pasado más tiempo en Ankara, donde había nacido mi madre: la ciudad fundada por Atatürk, la capital de la república laica. Mi madre consideraba que Estambul era una ciudad triste, con sus calles estrechas y sus edificios ruinosos. Pero yo quería verla porque Ivan me había dicho que quería visitarla, pues tenía la impresión de que era como las ciudades de las novelas decimonónicas: extensa, estratificada, heterogénea, rebosante de advenedizos, monomaniacos y comerciantes de muebles usados.

Mi tía Belgin trabajaba para una cadena nacional de laboratorios de análisis médicos. Me había dicho que me enviarían un conductor al aeropuerto, pero no lo encontré. Y cuando traté de llamar al laboratorio, el código de AT&T no funcionó: había que comprar fichas para el teléfono. No tenía dinero turco y la oficina de cambio no aceptaba moneda húngara ni cheques de viaje.

Volví a las cabinas telefónicas y, mientras estaba intentando averiguar cómo hacer una llamada a cobro revertido, un joven muy bien vestido apareció a mi lado.

—Los teléfonos funcionan con fichas —dijo. Y se puso a explicarme el concepto de ficha telefónica—: Es como una moneda, pero solo funciona con el teléfono.

Y se ofreció a comprarme una si le daba dinero. Le expliqué que solo tenía

dinero húngaro.

—Que sea húngaro, pues —dijo con gesto comprensivo.

—¿Cuánto debo darte?

—Lo que creas oportuno.

Le di un billete. Salió corriendo a una velocidad increíble y volvió con el mismo billete en las manos.

—La oficina de cambio no acepta moneda húngara —dijo.

—Así es.

—Va, venga, dame el dinero húngaro —dijo el joven al cabo de un momento—. Quién sabe, quizá algún día pueda serme útil. Tal vez me encuentre con unos turistas húngaros de regreso a Hungría, y podrán darme sus últimas liras turcas a cambio del dinero húngaro. Ellos dirán «Gracias», y yo diré «Adiós, buen viaje».

Parecía feliz por esa futura transacción y me dio una ficha para el teléfono. Llamé al laboratorio. Me pasaron con cuatro personas. La quinta con la que hablé me dijo que el conductor estaba de camino y que llegaría pronto.

El joven llevó mi maleta desde las cabinas hasta la salida de vuelos internacionales. De vez en cuando, una ola de pasajeros de aspecto macilento afluyó por la puerta. A algunos los estaban esperando; otros se alejaban solos arrastrando los pies.

Intenté darle más florines al chico, pero dijo que ya tenía suficientes.

—Después de todo, puede que nunca llegue a encontrarme con turistas húngaros.

Tampoco quiso galletas. Dijo que no mantenía una buena relación con los dulces. Luego se ofreció a pagarme una cerveza. ¡Cerveza otra vez! Me pregunté si Ivan habría aceptado el ofrecimiento, si él y este chico habrían acabado siendo amigos debido a su amor compartido por la cerveza. Cuando se despidió, el joven me dio otra ficha para el teléfono.

—Tal vez la necesites —dijo—. Si no, puedes quedártela como recuerdo.

La única persona que llevaba esperando tanto tiempo como yo era un hombre que sostenía un cartel donde ponía: ROYAL EMIRATES TOURISM DA LA BIENVENIDA AL SR. AHIB SADEEN. En dos ocasiones se me acercaron dos mujeres diferentes para preguntarme si había visto a Ahib Sadeen.

—Aún no —dije.

Un hombre con una camisa y una chaqueta de un blanco deslumbrante salió por la puerta en compañía de cuatro mujeres con burkas negras. Era Ahib Sadeen. Por alguna razón, su llegada fue el acontecimiento decisivo que me hizo entender que llevaba demasiado rato esperando. Fui al mostrador de información y les pregunté si podían llamar por megafonía al «conductor de los Laboratorios Güven». Me dijeron que no podían avisar a una persona si no tenían su nombre. Señalé que sabía el nombre del laboratorio. Dijeron que no se podía llamar a un laboratorio, que no se adecuaba a la normativa.

—¿No podrían hacerlo como un gesto de amabilidad? —pregunté.

Mi madre solía hablar mucho de amabilidad cuando conversaba con el personal de servicio turco. En comparación con el húngaro, el turco sonaba claro como el agua, pero me resultaba muy difícil hablarlo. Si quería decir algo, sentía que tenía que escarbar en mi cerebro cada frase que había oído antes y luego reformular la que mejor se ajustaba a las circunstancias.

Finalmente accedieron a llamar a «Güven Bey» —el señor Güven—, algo que evidentemente no serviría de nada, porque Güven era un nombre de pila común —significa «confianza»— y nunca se utilizaría solo, sin el apellido, para llamar a alguien en el aeropuerto. Seguí esperando un rato. No vino nadie.

Utilicé la segunda ficha para llamar al laboratorio.

—¿Qué? —exclamó una secretaria—. ¿Que Yusuf Bey aún no ha llegado?

No pude reprimir la risa. Conocía a Yusuf Bey. Había sido el chófer de mi abuelo en Ankara durante años. Nunca llegaba a tiempo a ningún lado. Una vez destrozó el coche al pasar sobre una enorme roca que había en mitad de la carretera. Cuando mi abuelo le preguntó por qué no la había esquivado, respondió: «Pensé que era de papel».

En cuanto supe que se trataba de Yusuf Bey, lo encontré enseguida. Estaba en un rincón comiendo pipas.

—Ah, así que tú eres Selin Hanım —dijo asombrado mientras se frotaba las manos para limpiárselas—. La última vez que nos vimos eras mucho más baja.

—Tenía diez años.

—Ah, es por eso.

Todo en la casa de Belgin y Defne era diminuto: las sillas, los platos, los cuadernos. Los dedos de mis pies apenas cabían en las zapatillas. Belgin había preparado una deliciosa cena a base de hojas de parra rellenas, salmonete rebozado que se comía entero y judías pintas guisadas en aceite de oliva.

Después de la cena, vino a visitarnos Ayhan, un primo mío y de Defne. En los años que habían pasado desde la última vez que lo vi, se había puesto siniestramente guapo: pelo castaño revuelto y penetrantes ojos azules. Acababa de empezar a trabajar en la oficina que dirigía su padre, después de que lo hubieran despedido de su anterior puesto por morderle a un hombre en la oreja.

Los cuatro vimos las noticias de la noche. Una bomba había explotado en Atlanta sin causar heridos. Un incendio forestal llevaba varias semanas activo en Marmaris; ahora había treinta focos y nadie sabía cómo extinguirlos. En Valencia un torero había muerto corneado. En las imágenes se veía el toro

zarandeando su cuerpo, como si fuera muy ligero, y luego su ataúd llevado sobre un mar de hombros. La tía Belgin cambió de canal. Hombres africanos con taparrabos daban saltos en un campo de hierba alta y amarilla.

—Ah, el Drácula japonés —dijo mi primo Ayhan—. Mira cómo saltan. — Repitió varias veces las palabras «Drácula japonés».

—¿Cómo es que son japoneses si están en África? —preguntó Defne.

—El Drácula japonés también se encuentra en África. Ojalá pudiera yo saltar así. ¿Os lo imagináis? Por la noche volvería a casa del trabajo dando saltos así. —Se levantó para hacer una demostración y golpeó una mesita, pero pudo cogerla antes de que se cayera al suelo—. Bueno, chicas —dijo—. ¿Vamos a un bar o qué?

—¿A un bar, ahora? ¿Te has vuelto loco? —exclamó Defne—. Selin acaba de bajarse de un avión. Está cansada.

—Por cierto, ¿no trabajas mañana? —le preguntó la tía Belgin.

—No hasta las ocho y media. Eso significa que tengo que levantarme a las siete y media. Solo duermo tres horas por las noches, cuatro como máximo. Así que aún tenemos cinco horas para ir a un bar.

—Vete saltando a acostarte a tu casa, Drácula japonés —dijo la tía Belgin.

—¡Ojalá! —dijo Ayhan con tristeza, y cogió su chaqueta.

El borde de la bañera y la parte superior del armarito con espejo estaban llenos de productos para el cabello seco o dañado. Vi un champú reparador para el cabello dañado, una mascarilla hidratante para el cabello rizado dañado, un acondicionador reparador total para el cabello seco y dañado por productos para el pelo, un acondicionador extranutritivo para el cabello muy castigado, y un frasco que solo ponía: TRATAMIENTO DE EMERGENCIA: CABELLOS SECOS Y QUEBRADIZOS. Me metí debajo de la ducha, disfrutando del agua

caliente pero inquieta por una creciente sensación de intranquilidad por el pelo de mis familiares.

El sofá cama estaba diseñado para alguien distinto a mí: no solo más pequeño, sino también, me pareció, con una personalidad diferente.

Por la mañana, Defne me llevó a visitar la famosa universidad donde estudiaba empresariales; estaba en la cima de una colina con vistas al Bósforo, justo por encima de una fortaleza del siglo XV que había desempeñado un importante papel en el sitio de Constantinopla. Aunque era verano, en la universidad se percibía una atmósfera de largas noches e intensas relaciones, de libros antiguos y modernos, y por primera vez sentí un temblor de emoción ante la idea de volver a la universidad en otoño.

Visitamos el palacio de Topkapi, donde pagamos un suplemento extra para visitar el harén: un hermoso laberinto de azulejos que se conocía como «la jaula de oro». El harén era precioso, pero me sentí aliviada cuando llegó el momento de ir a nuestro próximo destino, un enorme centro comercial, donde nos sentamos a comer gofres en un patio. A nuestro alrededor, mujeres y adolescentes también comían gofres. En el centro comercial había una papelería japonesa, donde compré un nuevo cuaderno de espiral. Tenía un papel blanco muy fino y cremoso, y una cubierta rosa decorada con un grano de café antropomorfo de color castaño. El grano tenía una mano en la cadera y saludaba con la otra. Era un cuaderno maravilloso.

Nuestro avión llegó a Antalya a las diez de la noche. Mi madre había llegado

unas horas antes. Como de costumbre, llevaba cosas nuevas y elegantes que yo nunca había visto ni imaginado: gafas con cristales extrafinos y montura gruesa, sandalias de un gris ceniza muy suave con tacón fino y bajo, una bolsa de fin de semana de piel color burdeos. Se había pintado las uñas casi del mismo tono gris ceniza que las sandalias, pero aún más claras, un color que nunca había visto en unas uñas. Las sandalias eran fascinantes, parecían dos mujeres bien torneadas.

Mi madre no entendía por qué yo tenía tanta energía después de un vuelo.

—No es normal —dijo—. ¿Has tomado algo? —Repliqué que tal vez se debía a que no había tomado nada. La preocupación no desapareció de su cara —. Toma esto —dijo, y me dio medio Valium.

Mi madre se había tomado el otro medio unos días antes, durante su vuelo desde Nueva York; luego había perdido su pasaporte y había entrado en el país de una manera que me dijo que sería mejor que no supiera. Más tarde en Ankara, mientras iba caminando por la calle, se cayó porque el pavimento era muy irregular. El empleado de un colmado salió corriendo de su tienda, la ayudó a ponerse de pie, la llamó «hermana» y le ofreció un cigarrillo. Bueno, así era Turquía: las calles estaban en mal estado, pero la gente seguía respetando a los mayores.

—Llegó esto para ti a Ankara —dijo mi madre, entregándome una postal con la imagen del puente de los Suspiros.

El reverso estaba cubierto de una caligrafía compacta y ondulada.

Hola, Selin:

Bueno, he llegado al lugar de nacimiento de tu héroe literario, Casanova (ja, ja). La atmósfera es muy decadente, casi irreal. No dejo de tener la sensación de que estoy en Muerte en Venecia y a punto de sucumbir a la peste en mi intento de seducir a un jovencito o algo así. Bill acaba de irse. Todo ha sido extremadamente intenso con él, con más altibajos incluso de lo habitual, por no mencionar nuestro habitual «debate» sobre arte en todas y cada una de las catedrales. Por cierto,

aquí también he tenido sueños de lo más extraños. Creo que a mi subconsciente le afecta el hecho de que Venecia no sea una ciudad de la Antigüedad clásica. Fue fundada en el siglo V (por quienes huyeron de Atila el huno). Creo que mi sensibilidad clásica me hace sentirme más integrada en Roma. Pero ¿quién sabe? Tal vez solo me asuste el hecho de tener que volver a Belgrado. En fin. Hablando de Atila, espero que te esté yendo bien en la tierra del «demonio encarnado» y que nadie te esté persiguiendo con unos cuernos. Ojalá pudiéramos tener una de nuestras largas charlas. Me gustaría hablarte de un sueño que he tenido en el que aparecía un carnaval orgiástico con monjas, pero, como ves, me estoy quedando sin espacio.

Con cariño,

Svetlana

Había algo enervante en el hotel de Antalya: el constante siseo de los aspersores de agua entre la vegetación, la expresión desconcertada del personal con su uniforme con bordados dorados, los arbustos con unas enormes flores de color rojo anaranjado que abrían sus bocas como leones enloquecidos de lenguas rígidas. Por todas partes oía hablar ruso: el comienzo de mis estudios del idioma había coincidido con un auge del turismo ruso en la costa mediterránea turca. Aunque era agosto, las tiendas de artículos de cuero estaban llenas de rusos comprando enormes chaquetas de piel de carnero. Se proveían con vistas al futuro.

Hubo una cena tipo bufet, con un puesto de kebab y un cisne de mantequilla que sudaba en una cubitera llena de hielo. Todos nos sentamos a una larga mesa: mi madre, Defne, la tía Belgin, las tías Seda, Şenay y Arzu, el hijo de Arzu Murat, la nueva novia de Murat, Yudum, y yo. Cada vez que Yudum se ausentaba un minuto de la mesa, todos se ponían a criticarla. Defne le puso pegamento incluso a su nombre, que significaba «sorbo».

—¿Quién tiene un nombre así? —preguntó Defne, cuyo nombre significaba «laurel».

Yudum tenía que compartir habitación con Arzu, la madre de Murat, que trabajaba para el servicio secreto, era una maniática de la limpieza y siempre se subía a las sillas para desempolvar la parte de arriba de los muebles que no se veía. Murat tenía una habitación para él, pero a Yudum no se le permitió dormir con él; ella tuvo que alojarse con Arzu. Juntas le quitaron el polvo a la parte de arriba del armario.

Intenté pasar el mayor tiempo posible con la gente de mi edad —Defne, Murat y Yudum—, pero fui incapaz de adaptarme a su modo de ser. Parecía como si siempre estuvieran esperando algo, que desapareciera algún obstáculo: que se abriera una tienda, que se moviera el sol, o que alguien volviese después de haber ido a buscar algo. Cada vez que conseguían por fin hacer algo, como meterse en el agua, almorzar o dar un paseo, lo hacían de una manera ausente y poco entusiasta, como para demostrar que aquello no era más que una distracción de su actividad principal, que era esperar. Solo hablaban del momento en que finalmente sucedería lo que estaban esperando. Pero cuando eso ocurría, nada parecía cambiar. El sentido de provisionalidad seguía siendo el mismo, solo que poco a poco encontraba un nuevo objeto.

Acabé por pasar la mayor parte del tiempo sola, leyendo o nadando. Me gustaba nadar más que al resto de mi familia, algo que se debía al hecho de ser estadounidense. También caminaba más.

—Va de aquí para allá, de allá para aquí, y otra vez de aquí para allá —observó en más de una ocasión la tía Arzu.

—Ha sido así desde que era pequeña —dijo mi madre con orgullo.

Mi madre nadaba todos los días media hora, con la cabeza muy tiesa por encima del agua. A veces la acompañaba. Una vez que estábamos nadando juntas nos encontramos con un zurullo gigantesco flotando a la altura de los

ojos. Al principio pensé que era un palo o una ramita, y se lo señalé a mi madre.

—Es una mierda —dijo ella con una mueca de consternación.

Ninguna de mis tías creyó lo que habíamos visto. Intentaron refutarlo con argumentos teóricos.

—Se habría deshecho en pequeños trozos —dijo la tía Arzu.

—Nunca flotaría así de una pieza —convino Şenay.

—¿Quién ha oído decir alguna vez que la mierda flote? ¿La mierda flota? Nunca he oído nada parecido —intervino Seda.

—Como médico lo afirmo —dijo mi madre—. Si nadáis hacia allí, veréis una mierda flotando.

Todos los días, cuando el sol empezaba a ponerse, nadaba hasta una plataforma de plástico amarrada a unas boyas a unos cien metros de la orilla. Me tendía boca arriba sobre el cálido plástico azul y escuchaba el chapoteo de las olas y todos los ruidos internos que resuenan en tu cabeza después de nadar. El sol se hundía en el horizonte un poco más pronto cada día. Me tumbaba con los pies hacia la orilla y pensaba que a unos ocho mil kilómetros en esa dirección, hacia el sol, estaba Boston; mientras que Tokio, donde se encontraba Ivan, quedaba a unos ocho mil kilómetros en la dirección de la oscuridad que avanzaba. A unos ocho mil kilómetros de Tokio, siguiendo la misma dirección —en el sentido de las agujas del reloj, desde el polo Norte—, estaba California.

Normalmente estaba yo sola en la plataforma, pero una tarde vi a un hombre que avanzaba hacia mí. Nadaba estilo crol, de modo pausado y en cierto modo inexorable, girando la cara cada cuatro brazadas para respirar. Cuando llegó a la plataforma, permaneció flotando como un minuto con los ojos entornados —

tendría entre cuarenta y cincuenta años y la cabeza rapada—, y luego subió por la escalerilla metálica.

—¿Se puede? —preguntó señalando la plataforma.

Asentí. Se tumbó boca arriba como a un metro de mí, apoyado sobre los codos, con el agua titilando en sus brazos y en su pecho jadeante. Inmediatamente vi que era ruso. La plataforma siguió balanceándose un rato, luego volvió a quedarse quieta.

Decidí intentar entablar una conversación con el hombre. Fuera de las clases, nunca había hablado ruso con nadie de Rusia. Le dije que estaba estudiando ruso en la universidad.

—¿De veras? —dijo.

En un tono ligeramente aburrido, me preguntó a qué universidad iba, de dónde era yo, de dónde eran mis padres, dónde había nacido y qué estaba estudiando: preguntas todas ellas que yo sabía responder. Le pregunté cuál era su profesión. Dijo que era un hombre de negocios.

—¿Es interesante? —pregunté.

—La cuestión no es si es interesante —dijo al cabo de un momento, frotándose el pulgar contra el índice.

Sentí una descarga de corriente sexual y me quedé perpleja. ¿Qué me resultaba tan atractivo? ¿Su indiferencia al aburrimiento? ¿La forma en que se había referido al dinero? ¿Qué más me daba a mí su dinero? Recordé lo alienada que me había sentido en los pueblos húngaros, escuchando a los Beatles cantar sobre el dinero y las mujeres: había pensado que era alguna extraña manía de los años cincuenta. Pero ¿y si mi cuerpo también reaccionaba de alguna manera al dinero? ¿Y si las mujeres éramos así?

—Entonces —dijo el hombre ruso— ¿estás sola aquí?

Negué con la cabeza.

—Estoy con mi madre y cuatro tías.

—Cuatro tías —dijo—. Son muchas tías. —Miró hacia la playa con los ojos entornados, seguramente buscando a mis tías—. ¿Y por las noches?

—¿Por las noches?

—¿Pasas las noches con tus cuatro tías?

Inmediatamente me sentí tan insultada y dolida como me había sentido a veces con Ivan, como si se estuviera burlando de mí o tratando de engañarme.

—No lo sé —dije.

—¿Qué es lo que no sabes?

Lo miré; miré su brazo, que tenía una marca marrón de nacimiento y una cicatriz de la vacuna de la viruela; y miré su boca que de forma tan clara, aunque por razones que no sabía expresar, no era la boca de un estadounidense.

—Ha sido un placer conocerle —dije, y me deslicé hasta el borde de la plataforma y me lancé al agua fría, que envolvió de golpe todo mi cuerpo, sin olvidar ni un solo centímetro.

Los primeros cinco o seis días no sufrí en absoluto, llevada por el cambio de escenario y por un sentido de la progresión. Ese era el siguiente paso de la historia. Ivan estaba en Tokio y yo estaba aquí. Era como cuando dos personajes de una película se marchan a dos lugares distintos.

Entonces algo cambió. Mi vida ya no me parecía una película. Ivan seguía estando en la película, pero me había dejado atrás. Ya no me iba a ocurrir nada extraordinario, ni me volvería a ocurrir en el futuro. Me limitaba a estar allí con mi familia, viviendo unos días inútiles e informes que no me acercaban a nada. Tenía la impresión de que esa situación era un alivio para mi madre. Desde su punto de vista, pensé, las últimas semanas habían sido una aventura arriesgada y temporal, algo que había tenido que soportar, y ahora

todo volvía a seguir su curso normal. Era doloroso sentir que las dos viéramos las cosas de una manera tan diferente. Casi todo lo que era interesante o significativo en mi historia era, en la suya, un riesgo o una molestia inútil. Eso era aún más cierto con respecto a mis tías. No me tomaban en serio; para ellas, todo lo que yo hacía era una especie de actividad trivial y un tanto irritante en la cual yo insistía por alguna razón, aunque no tenía nada que ver con la vida real. No podía cuestionar o refutar la validez de ese punto de vista, ni siquiera ante mí misma, porque la verdad era que no sabía cómo hacer algo real. No sabía mudarme a otra ciudad, o mantener relaciones sexuales, o tener un trabajo de verdad, o hacer que alguien se enamorara de mí, o estudiar algo que no fuera solo un proyecto de superación personal.

Por primera vez en mi vida, no se me ocurría nada que realmente quisiera estudiar o hacer. Todavía tenía la idea de querer ser escritora, pero eso era algo que se era, no que se hacía. Nada indicaba qué se debía hacer.

Me puse enferma. Me dolía el estómago, sentía náuseas todo el rato y especialmente cuando intentaba leer, me dolían las piernas y la espalda, ya no tenía fuerzas para ir a ningún sitio ni para hacer nada, ni para sonreír, ni para mantener la boca en una posición normal cuando la gente me hablaba. La cara se me desmoronó como un pastel. Mis tías pensaban que estaba enfurruñada o enfadada, y se burlaban de mí. No estaba enfurruñada: simplemente no podía mover la cara. No podía comer ni pensaba en comer. Incluso la idea de ir al bufet era superior a mis fuerzas: no quería sentarme a oír cómo todas hacían comentarios pasivo-agresivos sobre Yudum, ni ver cómo Yudum trataba de acrecentar su capital social a costa de burlarse de Defne y de mí, ni soportar que la tía Seda tratara de atiborrarme de cordero y me tomara el pelo porque antes yo era vegetariana, ni oír a Murat comentando que a la bechamel le faltaba mantequilla. Mi madre le dijo a todo el mundo que yo tenía el estómago revuelto y pidió al servicio de habitaciones que me subieran té y una

tostada. La tostada venía servida en una especie de bandejita de plata, como el correo saliente, con mermelada de membrillo; un tipo de mermelada del que siempre me había burlado en el pasado.

Al cabo de unos días, los síntomas físicos desaparecieron. En mi fuero interno, aún sentía como si hubiera caído al vacío al llegar al final de una cinta transportadora, pero podía volver a comer, leer, nadar y recomponer mi cara de modo que no mirase constantemente a la gente con los desolados ojos de la muerte.

Mi madre y yo hicimos una excursión de un día para visitar a Şükrü, el hermanastro de mi abuela, que recientemente había comprado una participación en un hotel de la región de Antalya. Fue un largo y confuso viaje en taxi por sinuosas carreteras interiores. El hotel no estaba junto al mar; solo parecía un hotel de lujo abandonado, construido sin razón aparente cerca de un pantano. Şükrü nos esperaba en la rotonda. Corpulento, grasiento y calvo, con labios gruesos y ojos claros, no se parecía en nada a mi abuela, tan delgada, con sus ojos negros, su voz profunda y su risa estentórea.

Şükrü nos dio la bienvenida en un cenador de jardín, donde un camarero nos sirvió té y canapés, y nos explicó que estábamos en el primer hotel de golf de Turquía. Había una nueva obsesión entre los americanos y los escoceses ricos por jugar al golf en lugares exóticos, como por ejemplo Malasia. En Turquía la gente seguía atrasada y no sabía nada de los hoteles de golf. Sus socios habían comprado aquellos terrenos a un precio de ganga porque no estaban en la costa, y a los turcos solo les importaban las playas. Pues bien, a los golfistas no les importaban las playas. Les dabas una piscina y un campo de golf de

primera clase, y eran de lo más felices.

A decir verdad, el terreno allí era un tanto pantanoso para ser compatible con una experiencia agradable de golf; básicamente, resultaba imposible golpear una pelota para lanzarla en alguna dirección, y gran parte del terreno aún se tenía que drenar. Pero el edificio principal, a todos los efectos prácticos, ya estaba acabado, y el mismo Şükrü vivía allí con su hija —Seda nos había hablado de ella, una famosilla que aparecía a menudo en las revistas de corazón— y su nieto Alp. Alp, dijo, estaba creciendo muy sano allí, en aquel hotel desierto junto a un pantano.

Alp llegó en un carrito de golf cubierto de barro. A pesar de que solo tenía ocho años, su cuerpo en forma de barril, su barriga prominente y sus ojos risueños le conferían el aspecto de un adulto en miniatura.

—Subid, subid —nos dijo Şükrü—. Él os enseñará el lugar.

Mi madre y yo nos miramos. Después de un instante, nos subimos al carrito de golf. Mi madre se sentó atrás, al lado y en parte debajo de un enorme rastrillo de metal. Yo me senté delante, junto a Alp, que llevaba alrededor del cuello una cadena de oro reluciente con un pequeño patín dorado. Cambiando de marcha con ademán profesional, retrocedió hacia unos arbustos y luego enfiló de nuevo hacia el camino de entrada.

Pasamos junto a una flota de carritos de golf aparcados, una colina ondulada y un montículo de arena, y seguimos hacia el futuro campo de golf. El suelo estaba tan pantanoso que los neumáticos dejaban huellas en el barro. Lo que de verdad te impactaba, directamente, en la cara, era la abundancia de vida. Obras de la creación divina no paraban de batir sus alas contra tus brazos y tu cara. El paisaje temblaba y zumbaba, la hierba alta y las hojas de las palmeras se mecían, el barro parecía burbujear. Las ranas saltaban en las charcas y unas

criaturas desconocidas se arrastraban haciendo crujir las hojas. Algo pasó zumbando fuertemente junto a mi oreja y algo o alguien se me metió volando en el ojo.

Alp pisó el acelerador para pasar por encima de una pequeña colina. Los neumáticos perdieron el agarre por un momento.

—No os preocupéis... que aquí estoy yo —dijo Alp.

—Con cuidado, querido Alp, mi niño —le conminó mi madre.

—Voy a enseñároslo todo —afirmó Alp.

—Ya nos has enseñado muchas cosas —dijo mi madre.

—Aún no habéis visto nada.

En un momento dado, frenó bruscamente, saltó del carrito, agarró el enorme rastrillo y empezó a golpear la tierra. Resultó que estaba matando una serpiente. Le rompió la columna vertebral y continuó golpeándola hasta que dejó de moverse. Me recordó a san Jorge.

—Asquerosa —dijo, mirando hacia atrás y guiñándonos el ojo.

No estaba segura de cómo le iban las cosas a Alp allí, en aquel hotel de golf desierto cerca de un pantano lleno de serpientes. No me quedaba muy claro que todo le fuera tan bien. Y sin embargo, el encuentro con él me hizo sentir un atisbo de optimismo. Pensé que podría escribir algo sobre eso, sobre el hotel de golf. Pero cuando intenté inventar una trama que llevara hasta ese pantano, me bloqueé: no, otro hotel no, no podía.

Cuando volví a la universidad en otoño, cambié de especialidad y dejé lingüística y no me matriculé en más clases de filosofía o psicología del lenguaje. Me habían defraudado. No había aprendido lo que quería saber sobre el funcionamiento del lenguaje. No había aprendido nada en absoluto.

AGRADECIMIENTOS

Mientras escribía este libro, cada vez fui más consciente de la deuda que tengo con mis profesores, especialmente con los que tuve durante mi primer año de universidad. No siempre los creí en aquel entonces, pero básicamente tenían razón en todo. También me gustaría expresar mi afecto y gratitud a mis compañeros de clase de esa época, con muchos de los cuales no hablo desde hace años, pero siguen estando muy presentes y son muy queridos para mí.

«Nina en Siberia» se basa en un texto real, «La historia de Vera», que cayó por primera vez en mis manos en 1995 y que fue coescrito a lo largo de varios años por diversos profesores de ruso que trabajaban envueltos en un manto de secretismo, por lo que he sido capaz de averiguar. Agradezco a los Estudios de Lengua Rusa de Harvard, y especialmente a Patricia Chaput y Natalia Chirkova, por haberme iniciado en los rudimentos de ese idioma.

El primer borrador de este libro lo escribí entre 2000 y 2001 con el apoyo de Eric Hsu. Beatrice Monti della Corte y la Fundación Santa Maddalena me proporcionaron el entorno idílico y lleno de carlinos en el que finalmente lo reescribí, y descubrí que el tiempo lo había transformado en una novela histórica. También agradezco su generosidad a la Fundación Rona Jaffe, la Fundación Whiting, la Universidad de Koç y el Centro Cullman para Académicos y Escritores.

Mi agente, Sarah Chalfant, y mi editora, Ann Godoff, han apoyado *La idiota* y a su autora en todos los sentidos. Will Heyward me aportó ideas y conocimientos sobre temas tan diversos que van desde Stendhal hasta la fauna de Nueva Zelanda. Casey Rasch está destinado a hacer grandes cosas. Lorin

Stein, como siempre, me hizo observaciones increíbles. Dimiter Kenarov fue mucho más útil que el peine de un calvo. Escribí el final de este libro en el escritorio de Rajesh Parameswaran. Mis queridos padres, Olcay Ayanlar Batuman y Vecihi Batuman, siempre dieron prioridad a mi educación. La lectura de Lindsay Nordell fue como una hermosa y reluciente joya que aún no puedo creer que tenga en la mano.

Fiódor Mijáilovich: por lo que respecta a los títulos, y no solo a los títulos, ¿qué escritor sería digno de tocar el dobladillo de tus nobles prendas?

PROCEDENCIA DE LA TRADUCCIÓN DE LAS CITAS

—*A la sombra de las muchachas en flor (En busca del tiempo perdido)*, Marcel Proust, trad. de Carlos Manzano, RBA, 2014.

—*Anna Karénina*, Lev Tolstói, Alba Editorial, trad. de Víctor Gallego, 2012.

—*Casa desolada*, Charles Dickens, trad. de Fernando Santos Fontenla, Alfaguara, 2002.

—*Curso de literatura europea*, Vladimir Nabokov, trad. de Francisco Torres Oliver, RBA, 2012.

—*Divina comedia*, Dante Alighieri, ed. de Ángel Chiclana, Austral, 2012.

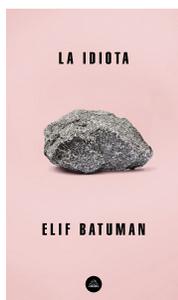
—*Drácula anotado*, Bram Stoker, trad. de Julio Rodríguez Puértolas, Akal, 2012.

—*Huevos verdes con jamón*, Dr. Seuss, trad. de María Serna, Random House, 2015.

—*La señora Bovary*, Gustave Flaubert, trad. de Maite Gallego, Alba, 2012.

—*Odas elementales*, Pablo Neruda, Cátedra, 2006.

El debut novelístico nominado al Pulitzer sobre el gran desafío que supone llegar a la edad adulta.



Esta historia empieza en el año 1995, cuando el e-mail era algo nuevo y emocionante. La protagonista es Selin, hija de inmigrantes turcos apasionada por la literatura que acaba de llegar a Harvard decidida a convertirse en escritora. Acostumbrada a vivir a través de los libros, llega a la universidad sin manual de instrucciones: ¿cómo se hacen amigos? ¿Cómo se enamora uno? ¿Importan más las cosas cuando se viven que cuando se leen? Selin ve su vida como una narración más pero, ¿qué pasa cuando intentamos añadir otras personas a nuestra historia?

Así empieza su relación con Ivan, un estudiante húngaro de matemáticas algo mayor que ella con quien comenzará a escribirse. Mediante el correo electrónico, crearán un mundo paralelo habitable (o una barrera de ficción tras la que esconderse) que rápidamente eclipsará todas sus otras relaciones.

Durante los doce meses que cubre esta novela de iniciación, la heroína de Batuman hace uso de un ingenio y una mordacidad entrañables para descubrirse y, sobre todo, inventarse ante el desafío que supone llegar a la edad adulta. Este debut nominado al Pulitzer es una reflexión perdurable sobre la relación entre el arte y la vida; las palabras y el mundo real; las historias que nos contamos y las narrativas en las que queremos encajar.

«Batuman tiene un sentido extraordinario para los detalles del apego y deseo humanos.»

The New York Times

«No soy turca, no tengo una mejor amiga serbia, no estoy enamorada de un húngaro, no voy a la Universidad de Harvard... ¿o sí? Durante una semana maravillosa pude ser sofisticada, brillante, joven, torpe y enamorada [...]. Una épica adictiva y expansiva. Lo devoré.»

MIRANDA JULY

«Elif Batuman tiene uno de los mejores sentidos del humor en la literatura norteamericana.»

SHEILA HETI

«Hay tanto ingenio y placer en la escritura de Batuman que uno se siente muy cómodo en el mundo que ha creado.»

EMMA CLINE

«Su triunfo es hacer que esa etapa de la juventud importe. Las preguntas que se hace sobre el mundo son para tomárselas en serio: la novela nos disuade de menospreciarlas como preocupaciones juveniles.»

The Guardian

«La novela de Batuman es tremendamente divertida. También es intelectualmente sutil, sorprendente e iluminadora. Es un libro alimentado por un asombro impasible.»

New York Review of Books

«Una primera novela maravillosa. Batuman actualiza la narrativa del gran viaje, al igual que la novela epistolar y la novela de ideas [...]. Un personaje se pregunta si es posible ser "sincero sin sonar pretencioso" y esta novela largamente esperada y atractiva es un sí rotundo.»

Publishers Weekly

«Simultáneamente una sátira mordaz de la academia, una aproximación fresca a la novela epistolar, un Bildungsroman entrañable y literatura de viajes absorbente, *La idiota* es también un retrato conmovedor y vivaz de la artista como una mujer joven enormemente interesante.»

Boston Globe

Elif Batuman (Nueva York, 1977), escritora, académica y periodista, es redactora en *The New Yorker* y colabora también con *The New York Times Magazine*, *n+1*, *Harper's* y *London Review of Books*. Estudió en la Universidad de Harvard y se doctoró en literatura comparada en la Universidad de Stanford. Ha recibido los premios Whiting Writers' Award, Rona Jaffe Foundation Writers' Award y Paris Review Terry Southern Prize for Humor. Su primer libro, *Los poseídos. Mis aventuras con libros rusos y la gente que los lee* (Seix Barral, 2011), una colección de ensayos sobre Rusia, fue finalista del National Book Critics Circle Award y del PEN/Diamonstein-Spielvogel Award. *La idiota* es su primera novela, finalista del Premio Pulitzer de Ficción y del Women's Prize for Fiction en 2018.

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2017, Elif Batuman

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Marta Rebón, por la traducción

Diseño de portada: Adaptación de la portada original de Penguin Random House US

Fotografía de portada: Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3610-3

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

[1] «Helecho», en inglés. (*N. de la T.*)

[2] Nadie sabe esas cosas, salvo él y yo. Así que lo apunto todo en un cuaderno de espiral.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La idiota

Primera parte

Otoño

Primavera

Segunda parte

Junio

Julio

Agosto

Agradecimientos

Procedencia de la traducción de las citas

Sobre este libro

Sobre Elif Batuman

Créditos

Notas